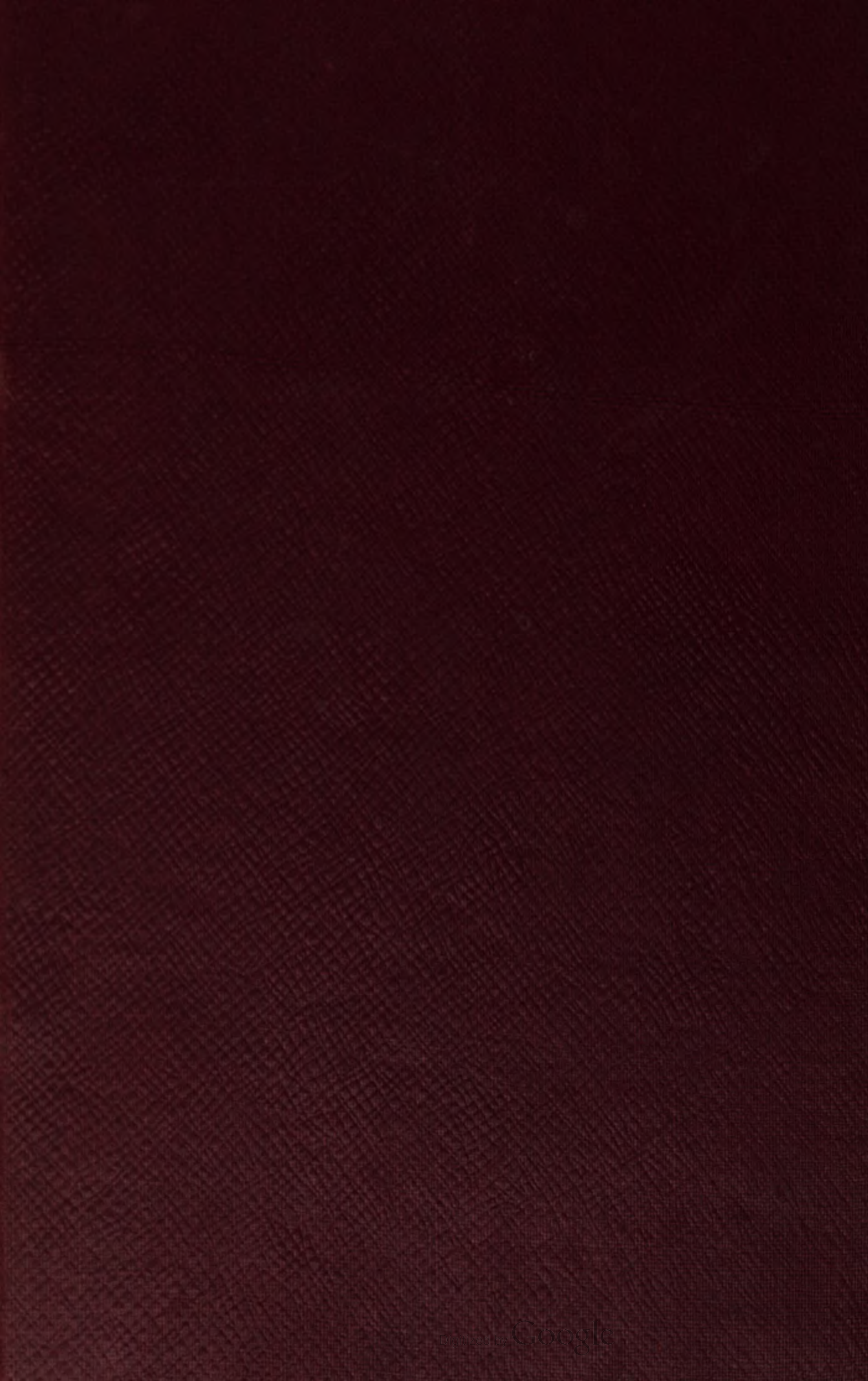
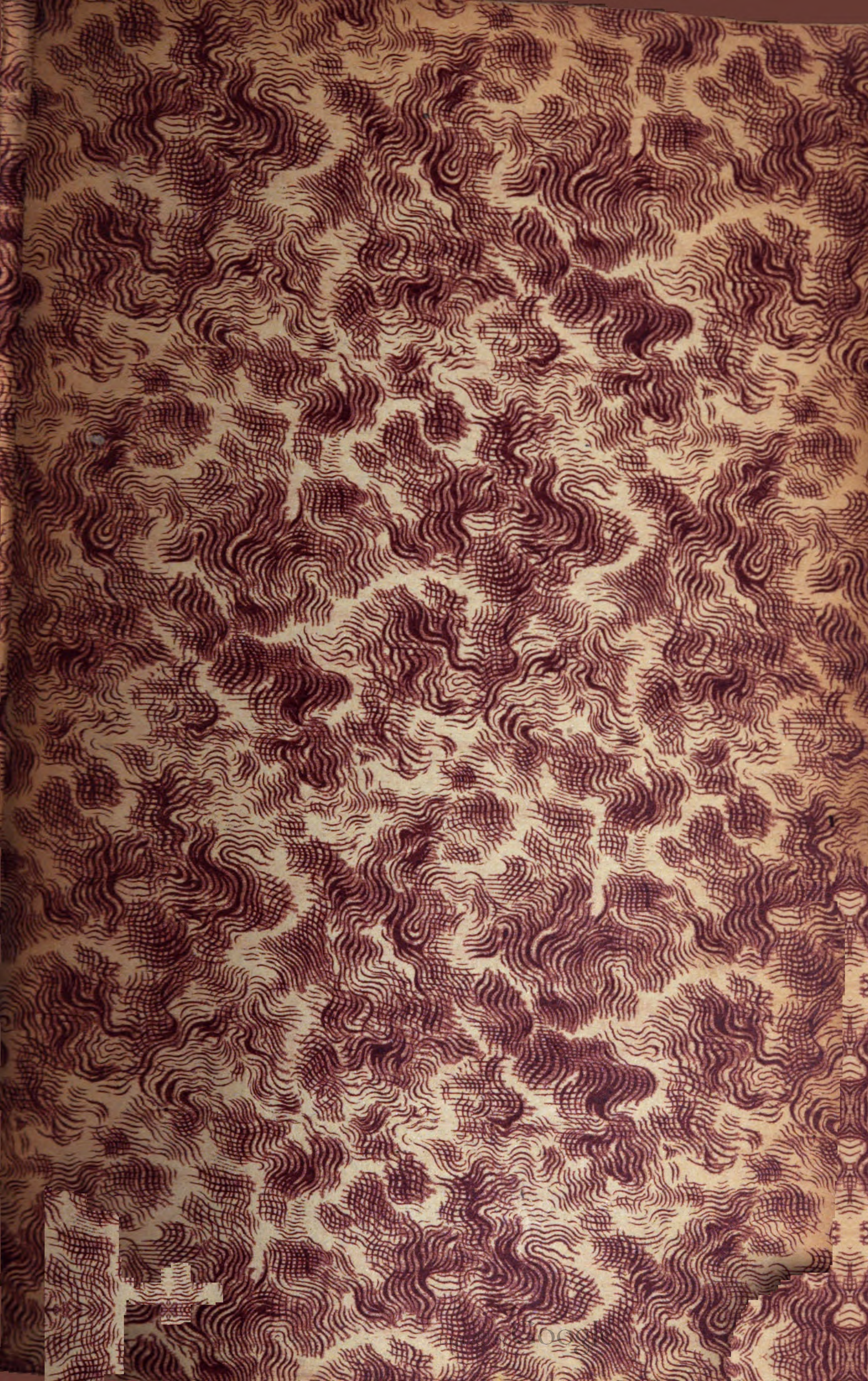



BIBLIOTECA
FERRAN DE SAGARRA I DE SISCAR



CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SIVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geología, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

TOMO III.



BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

1857.



CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA.

TOMO III.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

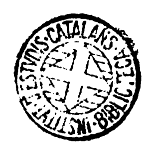
VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geologia, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.



Iesus Christus heri, et hodie : ipse et in saecula. (*Hebr.* XIII, 8).

Jesucristo ayer y hoy : él mismo tambien en los siglos.

Deus charitas est. (*I Ioan.* IV, 8).

Dios es caridad.

TOMO III.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle Nueva de San Francisco, núm. 17.

1857.

ES PROPIEDAD.

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE SEGUNDA.

LECCION I.

ESTADO DEL MUNDO CUANDO VINO EL MESÍAS.

Estado político y religioso de los gentiles.—Dominacion romana.—Idolatría.—Estado político y religioso de los judíos.—Division de su territorio.—Dependencia de los romanos.—Sectas: Fariseos, Esenios, Saduceos y Herodianos.

Acabamos de dejar el mundo antiguo, y pisamos ya el mundo nuevo donde deben cumplirse, verificarse y completarse las promesas, figuras, profecías y documentos cuya historia ha ocupado por tanto tiempo nuestra alma y ha hecho latir nuestro corazon. Antes de pasar adelante, aprendamos á conocer ese mundo nuevo, testigo de tantas maravillas.

El imperio romano, que, segun la profecía de Daniel, debia derrocar y absorber todos los demás imperios, habia llegado al apogeo de su gloria, y abarcaba en su vasto seno cási todas las naciones conocidas. Augusto, vencedor por mar y por tierra tras una prolongada y sangrienta lucha contra sus numerosos rivales, se sentaba tranquilamente en el trono de los Césares, y toda la tierra descansaba en el regazo de la paz, si es permitido dar este nombre á la calma momentánea del esclavo embrutecido y cargado de cadenas.

En efecto, todas las naciones, convertidas en tributarias de los romanos, gemian bajo el despotismo mas duro que haya pesado ja-



más sobre el mundo; todas á excepcion del pueblo judío yacian sumidas en las tinieblas de la idolatría; el universo no era mas que una inmensa mazmorra y un vasto templo de ídolos, y nunca habia sido tan profunda ni tan universal la corrupcion: los hombres no se avergonzaban de ofrecer incienso á las divinidades mas ridículas é infames. Aquí adoraban al sol, á la luna, á la tierra, al agua y al fuego; allá se prosternaban ante los bueyes, los gatos, los cocodrilos, las serpientes y hasta las legumbres que crecen en los huertos. No se contentaron con trocar los animales en dioses, sino que convirtieron los dioses en animales, pues se les atribuyó las mas brutales pasiones, y poblaron el Olimpo de habitantes tan abominables, que se les castigaria en este mundo como viles malvados, y su ejemplo, léjos de inclinar á la virtud, no les ofrecia otro cuadro de felicidad que crímenes que cometer, é inclinaciones que satisfacer. No dirémos cuáles eran las ceremonias con que los diferentes pueblos honraban á aquellos dioses inmortales; todas las almas pudorosas saben la razon de este silencio.

La gravedad romana no trataba mas sériamente á la religion; consagraba por una parte en honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores, es decir, todo lo mas corruptor y bárbaro que puede imaginarse, y por otra parte adoptaba todas las divinidades de las naciones que habian encadenado á su carro sus generales. No hubo un ídolo, ó un culto, por absurdo que fuera, á los cuales no ofreciese un asilo la reina del mundo, de modo que llegó á contar ochenta colegios de sacerdotes y sacerdotisas y treinta mil dioses. Los sábios y los filósofos eran impotentes para arrancar á los pueblos de tan profundo abismo, y aun con mas frecuencia eran los cómplices de sus errores y de sus desórdenes: ninguno de aquellos hombres tan ensalzados dejó de profesar máximas que no podrian reproducirse sin rubor.

El linaje humano, dice Bossuet, habia llegado al extremo de ser incapaz de tolerar la menor idea del verdadero Dios. Si alguno se atrevia á enseñar que las estatuas no eran dioses, como lo entendia el vulgo, se veia obligado á desdecirse, y ádemás era desterrado como un impío. Toda la tierra estaba poseida del mismo error, y la verdad no se atrevia á aparecer en ella: el Dios criador del mundo no tenia templo ni culto mas que en Jerusalen.

Tal era el estado de las naciones en el momento en que Dios iba

á cumplir la promesa tan frecuentemente reiterada de un Reparador, encargado de arrancar á los hombres de sus tinieblas y sus vicios.

Tambien el pueblo judío, el único que habia conservado el conocimiento y el culto del verdadero Dios, tenia necesidad apremiante del Mesías, pues mucho tiempo hacia que habia principiado, no á olvidar al Dios de sus padres, sino á mezclar en la Religion supersticiones indignas de él. Se habian formado en Israel cuatro sectas principales: los Fariseos, los Saduceos, los Esenios y los Herodianos. Como se habla de ellos con tanta frecuencia en la vida de Nuestro Señor, vamos á darlos á conocer, pues esta nocion es utilísima para entender el Evangelio.

La secta de los Fariseos principió entre los judíos bajo el reinado de los Macabeos, y desde la época de Jonatás, hijo de Matatías. Los Fariseos pretendian que Dios habia añadido á la ley dada en el monte Sínai un gran número de ritos y de dogmas que Moisés habia hecho pasar á la posteridad sin escribirlos; agregaban, pues, al texto de la ley las tradiciones de los antiguos que se habian conservado sin escritura, y sosteniendo en el fondo la buena doctrina, mezclaban en ella muchas supersticiones que acreditaban entre el pueblo con su conducta.

Vivian en medio del mundo, muy unidos entre sí, llevando una vida sencilla y severa exteriormente, pero en su mayor parte apegados á sus intereses, ambiciosos, orgullosos y avaros. Preciábanse de ser extremadamente exactos en la práctica exterior de la ley; pagaban el diezmo no solo de los frutos principales, sino hasta de las yerbas mas insignificantes, como el comino, la menta y el mijo; observaban el sábado tan escrupulosamente, que echaban en cara como un crímen á Nuestro Señor el haber mojado en dicho dia un poco de tierra en la punta del dedo para curar á un ciego, y á sus discípulos el haber arrancado de paso algunas espigas para comerse el grano. Todos ayunaban con frecuencia, y algunos de ellos hasta dos veces por semana, el lunes y el jueves; daban limosna en público para ser notados; se amarilleaban el rostro para aparecer grandes ayunadores, y seducian con sus brillantes palabras al pueblo ignorante y á las personas sencillas, que se privaban de sus bienes para enriquecerlos. Persuadieron á los judíos que el haber descen-

dido de Abrahan segun la carne era una distincion que los colocaba naturalmente sobre todos los demás pueblos.

Esta es la razon del altivo desprecio con que miraban á los griegos, á los romanos y á todos los extranjeros. Como solo pensaban en distinguirse de los demás hombres, multiplicaban sin límites las prácticas exteriores, pero descuidaban lo que habia de mas esencial en la Religion, y propagaban todas sus ideas, por ridículas y contrarias que fuesen á la ley de Dios, como tradiciones auténticas.

Estas pretendidas tradiciones, de que tanto misterio hacian los Fariseos, las hallamos en los libros de los judíos que se escribieron cerca de cien años despues de la resurreccion de Nuestro Señor. Es imposible imaginar las frívolas cuestiones de que aquellos libros están llenos. Hé aquí algunas de ellas: ¿Es permitido el dia de sábado montar un asno para llevarlo á abrevar, ó bien conducirlo por el cabestro? ¿Es permitido el dia de sábado andar sobre un terreno recien sembrado, pues se corre el peligro de llevarse con los piés algunas semillas y por consiguiente sembrarlas? ¿Es permitido este mismo dia escribir letras suficientes para que formen sentido? ¿Es permitido comer un huevo aovado en este dia? Sobre la purificacion de la levadura rancia antes de Pascua: ¿Se debe volver á purificar una casa cuando se ve pasar por ella un raton llevando algunas migajas de pan? Y otros mil casos de conciencia de igual naturaleza de que está lleno el Talmud con sus comentarios [1]. Tales eran los Fariseos: Nuestro Señor, que en todas las ocasiones desenmascaraba su hipocresía, no tuvo enemigos mas mortales.

La segunda secta era la de los Saduceos. Segun todas las apariencias, rechazaban las tradiciones de los antiguos, y no se atenian mas que á la palabra escrita, ó á la Escritura que admitian ó interpretaban á su modo. Reconocian que Dios ha criado el mundo con su poder, y lo gobierna con su providencia; que habia obrado un número infinito de prodigios en favor de los judíos, y que habia establecido castigos y recompensas para gobernarlos, pero creian estos castigos y recompensas puramente temporales. Así pues, negaban la resurreccion futura y la inmortalidad del alma; no servian á Dios mas que en consideracion á los bienes de este mundo, y se entregaban en extremo á los placeres de los sentidos.

[1] Véase Fleury, *Costumbres de los israelitas.*

Tenian poca union entre sí, y poca autoridad sobre el pueblo: era escaso su número, pero pertenecian á la principal categoría de la nacion, y lo eran hasta algunos sacrificadores. Nuestro Señor les confundió dirigiéndoles una pregunta á la cual no supieron contestar. Hé aquí el sentido de sus palabras: Creeis en la Escritura, y sin embargo negais la inmortalidad de las almas, ¿cómo es, pues, que en la Escritura Dios se llama el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob mucho tiempo despues de la muerte de estos Patriarcas? Dios no es el Dios de la nada, el Dios de lo que no existe: deducid por consiguiente que aquellos Patriarcas no han muerto enteramente, porque Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.

La tercera secta era la de los Esenios. Honraban á Moisés como al primer legislador, considerando como otros tantos blasfemos á los que hablaban mal de él, y condenábanlos á muerte; estaban en oposicion con los Fariseos, porque rechazaban las tradiciones, y con los Saduceos, porque creian en la inmortalidad del alma; y sus principales errores consistian en negar la resurreccion de los cuerpos y en considerar el alma como una materia en extremo sutil, que atraida al cuerpo por un encanto natural estaba encerrada en él como en una cárcel.

Los Saduceos solo vivian para el cuerpo, y los Esenios, por el contrario, juzgando que todo cuanto halaga el cuerpo aumenta la esclavitud del alma, profesaban una moral de extrema severidad: huian de las ciudades populosas, sus bienes eran comunes, y su alimento muy sencillo; dedicaban muchas horas á la oracion y á la meditacion; su modo de vivir tenia alguna semejanza con el de los Profetas, y hasta los habia que guardaban continencia y llevaban una vida enteramente contemplativa.

La cuarta secta era la de los Herodianos. Su nombre demuestra que habian principiado á aparecer en el reinado de Herodes: se cree que eran personas pertenecientes á la comitiva de este Príncipe, á sus soldados y funcionarios; estaban enlazados con los Fariseos, porque se encuentran siempre juntos en el Evangelio, y profesaban una moral muy peligrosa, pues Nuestro Señor creyó necesario prevenir á sus discípulos contra su impuro contacto [1].

Los Fariseos, los Saduceos, los Esenios y los Herodianos eran, pues, las cuatro sectas que reinaban entre los judíos cuando vino el Me-

[1] Véase á Pluquet, *Diccionario de las Herejías*, discurso preliminar.

sías, y falseaban la Religion, cuyo verdadero espíritu estaba próximo á extinguirse. Por otra parte, la verdad, que estaba espirando entre las naciones, hubiera acabado por sucumbir si Dios no se hubiese apresurado á acudir en su auxilio, pues nunca el mundo habia necesitado tanto una nueva revelacion. Y no se hizo esperar: el Deseado de las naciones bajó en aquel momento supremo, esplendente de luz desde las colinas eternas.

Habia además entre los judíos una clase de hombres de que se habla con frecuencia en el Evangelio: quiero hablar de los Escribas. Dábase este nombre á las personas instruidas, á los doctores de la ley, cuyo cargo consistia en copiar y explicar los Libros santos. Algunos fijan el orígen de los Escribas en la época de Moisés, otros en la de David, y otros en la de Esdras, despues del cautiverio. Aquellos doctores eran muy apreciados entre los judíos, y ocupaban la misma categoría que los sacerdotes y los sacrificadores, aunque sus funciones eran muy diferentes.

Distinguíanse en ellos tres clases: los *Escribas de la ley,* cuyas decisiones se recibian con el mayor respeto; los *Escribas del pueblo,* que eran magistrados, y finalmente, los *Escribas comunes,* que eran notarios públicos ó secretarios del Sanedrin ó Synedrio.

Añadamos á esta reseña de los hombres, entre los cuales debia pasar su vida mortal el Hijo de Dios, algunos pormenores sobre el país que iba á santificar con su presencia.

Cuando nació el Mesías, el territorio de la Palestina se dividia en tres provincias: Samaria, Galilea y Judea propiamente dicha. Hemos visto que la nacion de los hebreos, compuesta de doce tribus, se habia dividido en dos reinos en tiempo de Jeroboam, hijo de Salomon, y que las diez tribus cismáticas tomaron el nombre de reino de Israel, cuya capital fue Samaria. Este reino fue asolado por los reyes de Asiria y convertido en un desierto en castigo de su idolatría; Salmanasar envió al país colonos extranjeros para reemplazar á los antiguos moradores conducidos cautivos á Nínive; pero los recien llegados fueron cási enteramente devorados por leones, por haber llevado sus ídolos á la Tierra Santa.

Cuando Assaradon, rey de Nínive, supo esta catástrofe, envió un sacerdote judío con una nueva colonia para restablecer el culto de los samaritanos. Esta colonia abrazó la religion judáica, y los nuevos samaritanos fueron llamados *prosélitos de los leones,* porque el temor

á estos animales les habia determinado á seguir la religion de los judíos, de la cual se apartaban sin embargo en tres puntos principales: 1.º de toda la santa Escritura solo admitian los cinco libros de Moisés; 2.º rechazaban las tradiciones de los doctores judíos, y se atenian tan solo á la palabra escrita; 3.º sostenian que debia rendirse culto á Dios en el monte Garizim, donde le habian adorado los Patriarcas, en vez que los judíos querian con razon que solo se le ofrecieran sacrificios en el templo de Jerusalen.

Los judíos los consideraban, pues, como cismáticos, y era tan extremado el odio que les inspiraban, que se hubieran creido mancillados con su trato, y en su lenguaje el solo nombre de samaritano equivalia á una grosera injuria. Tales eran los samaritanos, habitantes de una parte del antiguo reino de Israel.

La segunda provincia de la Palestina, en tiempo del Mesías, era la Galilea. Cási la mitad de las diez tribus llevadas en cautiverio á Nínive se aprovecharon de las circunstancias para regresar sucesivamente, y en crecido número á la vez, á una parte del territorio del reino de Israel, su antigua morada. Reedificaron en él numerosas ciudades, y el país que ocuparon se llamó la alta y bája Galilea, donde se hallaba la pequeña ciudad de Nazareth. La parte de la Galilea limítrofe á la Decápolis, ó la Siria de Damasco, llevaba tambien el nombre de Galilea de las naciones, porque los israelitas estaban confundidos allí con los gentiles en cuanto á la sociedad civil, aunque sin comunicarse respecto á la religion.

La tercera provincia de la Palestina era la Judea propiamente dicha: componíase del territorio de las tribus de Judá y de Benjamin, y estaba ocupada por los restos de estas tribus, al volver del cautiverio de Babilonia. Los hebreos que habitaban esta parte de la Palestina y eran dueños de Jerusalen y del templo se llamaban propiamente judíos. Sus sumos sacerdotes llevaron sucesivamente el nombre de jefes de la nacion santa, hasta que habiéndose apoderado los romanos de la Palestina, los judíos se vieron obligados á recibir un soberano de manos de sus conquistadores.

La Judea quedó reducida entonces á una provincia en provecho de Augusto y de sus sucesores, y los mismos judíos reconocieron á los Césares por sus soberanos, y no tuvieron ya libertad de ejecutar á los criminales que habian condenado á muerte sin haber obtenido el permiso del emperador ó del presidente que mandaba en su nom-

bre. Ninguna otra circunstancia prueba mejor que el cetro habia salido de sus manos; y los hijos de Jacob, advertidos por el célebre vaticinio de su padre moribundo, debieron confiar que el reinado del Mesías no estaba lejano. Verémos en la leccion siguiente que su expectacion era fundada.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber venido Vos mismo en persona en auxilio de la verdad que perecia en la tierra, y por habernos sacado de las tinieblas del Paganismo para hacernos gozar de la luz admirable del Evangelio. Divino Reparador, haced que nunca sigamos á otro soberano que á Vos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pondré el mayor esmero en estudiar esta segunda parte del Catecismo.*

LECCION II.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

Expectacion general, — entre los judíos, — entre los gentiles, — en Oriente, — en Occidente. — Edicto del emperador Augusto. — Viaje á Belen. — Nacimiento del Mesías. — Circuncision. — Adoracion de los Magos.

Desde que Alejandro pasara á Oriente, los judíos estuvieron sometidos á diferentes príncipes, aunque sus sumos sacerdotes conservasen el título y la autoridad de jefes de la nacion. Aquellos reyes extranjeros se habian mostrado sucesivamente avaros, crueles, impíos y perseguidores, y habian saqueado los tesoros del templo, asolado el país, proclamado el culto de los ídolos, y hecho morir en los suplicios al santo anciano Eleazar, á la madre de los Macabeos, y á sus siete hijos. Finalmente los romanos, no contentos con exigir un tributo de este pueblo, que se creia libre por naturaleza, le habian quitado el poder soberano.

Los Fariseos y el pueblo, que no daba oidos mas que á sus opiniones, sufrian impacientes este estado; cuanto mas abrumados se sentian por el yugo de los gentiles, mayor desden y odio concebian contra ellos, y solo deseaban ya un Mesías que fuera guerrero y temible para las potencias que los esclavizaban. Así pues, dando al olvido tantas profecías que les hablaban tan expresamente de sus humillaciones, no tuvieron ojos ni oidos mas que para las que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que deseaban. Error fatal que los arrastró al deicidio.

No olvidemos que esta ceguedad es una prueba de mas en favor de las profecías. En efecto, estaba vaticinado, sí, estaba vaticinado que el pueblo elegido seria infiel, ingrato é incrédulo; que negaria al *Cristo*, que le daria la muerte, y que por consiguiente los judíos serian rechazados por Dios, y vivirian errantes, sin rey, sin sacrificio, sin altar y sin profeta, esperando la salvacion sin encontrarla [1].

[1] Dan. IX, 26; Osee, III.

Enterados, sin embargo, por la profecía de Jacob, que señalaba la venida del gran Libertador para el momento en que el cetro de Judá estuviera en manos de un extranjero, están en la expectacion de su próxima venida. Sus oidos están abiertos á todos los impostores que, diciendo ser el Mesías, prometen libertarlos del yugo de las naciones, y se adhieren á ellos con una facilidad hasta entonces sin ejemplo [1]. La historia atestigua que el motivo principal de la guerra asombrosa que sostuvieron entonces contra los romanos fue un oráculo de las sagradas Escrituras, anunciando que se elevaria en aquella época en su patria un hombre que dominaria sobre toda la tierra [2].

Esta expectacion de la próxima venida del Mesías no era peculiar á los judíos, pues participaban de ella todas las naciones. Y preciso era que así fuese, porque de lo contrario, ¿cómo hubieran podido los Profetas llamar al Mesías el *Deseado de todas las naciones?* Los gentiles debian esta idea del Redentor futuro á la tradicion primitiva, ó al trato con los judíos esparcidos algunos siglos hacia en una gran parte del mundo. «Reinaba una *general* conviccion, dice Tá«cito, de que los antiguos libros de los sacerdotes anunciaban que «en aquella época prevaleceria el Oriente, y saldrian de Judea los so«beranos del mundo [3].» Toda el Asia estaba conmovida; así lo atestigua positivamente un grave y célebre historiador romano, Suetonio, que vivió en aquellos antiguos siglos: «Todo el Oriente, dice, «repetia la antigua y constante opinion de que los destinos habian «decretado que en aquella época la Judea daria soberanos al uni«verso [4].»

El genio mas sublime del imperio romano, Virgilio, intérprete de la expectacion general, cantaba en Occidente la próxima llegada del Hijo de Dios, que descendiendo del cielo, iba á traer la edad de oro á la tierra, á borrar el crímen y hacer morir la serpiente [5]

[1] Act. v, 36, 37, etc.

[2] Josefo, *De Bello iudaico*, lib. VI, c. 5, n. 4.

[3] Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Iudaea rerum potirentur. (*Historiae*, l. V, n. 13).

[4] Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore Iudaea profecti rerum potirentur. (*In Vespas.* n. 4).

[5] Virgilio en su Égloga cuarta no hace mas que adornar con las gracias de la poesía el oráculo de la Sibila de Cumas. ¿No es muy notable que esta Sibila

En una palabra, esta viva y comun expectacion del Mesías se notaba en todos los pueblos, por desfigurada que estuviera entre ellos la religion primitiva [1]. «Tradiciones inmemoriales, dice un sábio «inglés, dimanadas de los Patriarcas y esparcidas por todo el Oriente, respecto á la caida del hombre y á la promesa de un futuro Mediador, habian enseñado á todo el mundo pagano á esperar, hácia «la época de la venida de Jesucristo, la aparicion de un personaje «ilustre y sagrado [2].»

Los mayores enemigos de la Religion no han podido negar esta expectacion universal de un Libertador. «Las tradiciones sagradas «y mitológicas de las épocas anteriores á la ruina de Jerusalen, dice «un impío famoso, habian esparcido por toda el Asia un dogma completamente análogo al de los judíos sobre el Mesías. No se hablaba «mas que de un gran Mediador, de un Juez final, de un Salvador «futuro, que, Rey, Dios, Conquistador y Legislador, debia hacer volver la edad de oro á la tierra, libertarla del imperio del mal, y dar «á los hombres el reinado del bien, la paz y la felicidad [3].» Esta creencia era tan viva, que, segun una tradicion de los judíos consignada en el Talmud y en varias otras obras antiguas, un gran número de gentiles acudieron á Jerusalen hácia la época del nacimiento de Jesucristo, para ver al Salvador del mundo cuando viniera á rescatar la casa de Jacob [4].

Luego es un hecho cierto como la existencia del sol, el que antes de la venida de Nuestro Señor no solo los judíos esperaban á un

describa el reinado del Mesías cási en los mismos términos que el profeta Isaías? San Justino mártir remite á estos oráculos á los paganos para prepararles á los misterios del Cristianismo. Á medida que se aproximaba el advenimiento del *Deseado de las naciones*, se esparcia por el mundo una luz extraordinaria: eran los primeros rayos de la estrella de Jacob que iba á aparecer. Y Ciceron anunciaba una ley eterna, universal, la ley de todas las naciones y de todos los siglos; un soberano comun que seria el mismo Dios, cuyo reinado iba á comenzar. *Nec erit alia lex Romae, alia Athenis, alia nunc, alia posthac; sed omnes gentes, et omni tempore una lex et sempiterna et immortalis continebit, unusque erit communis quasi magister et imperator omnium Deus.* (Cicer. *de Repub. lib. III, apud Lactant. divin. inst. lib. VI, c. 8*). Véase *Redencion del género humano*, por Schmidt, *el Cristo delante del siglo*, etc., etc.

[1] Mr. Drach, en sus notas sobre la Biblia, c. I del lib. II *de los Reyes*.

[2] Mr. Maurice.

[3] Volney, *Las Ruinas*, c. 22, n. 13.

[4] Talmud, c. 11.

Libertador, sino tambien todos los pueblos de la tierra, y es igualmente cierto que cesó esta expectacion general despues de la venida de Nuestro Señor. ¿Qué hemos de deducir de este doble hecho? Que ó todos los pueblos, enterados por las tradiciones primitivas y las profecías, se engañaron esperando á un Mesías, y reconociendo como tal á Jesucristo, ó que Jesucristo es verdaderamente el Deseado de las naciones. Imposible es deducir otra cosa.

El mundo se hallaba en esta religiosa expectacion, y las miradas se dirigian hácia la Judea; reinaba un vasto silencio, y hacia quinientos años que no se oia ningun profeta en Israel, cuando de pronto envió Dios un príncipe de la corte celestial, el arcángel Gabriel, á una pequeña ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una vírgen que tenia por esposo á un hombre de la casa de David llamado José, y aquella vírgen se llamaba María. Habiendo entrado el Ángel en su casa, le dijo: Dios te salve, llena eres de gracia; el Señor es contigo, y bendita tú eres entre las mujeres.

María se turba al oir las palabras del Ángel, y trata en su humildad de comprender la razon de tan respetuoso saludo. No temas, María, le dijo el Ángel, has encontrado gracia delante de Dios. Darás al mundo un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; el Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cobijará con su sombra, porque el Santo por excelencia que nacerá de tí será el Hijo de Dios. El Señor le sentará en el trono de David su padre, reinará eternamente en la casa de Jacob, y no tendrá fin su reinado. La humilde Vírgen respondió: Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, segun tus palabras. El Ángel se separó entonces de ella, y el Hombre-Dios se formó entonces por el Espíritu Santo en el casto seno de María.

Tal es la sublime sencillez con que el Evangelio cuenta el mas grande de los misterios. La encarnacion del Verbo, fin supremo de los cuarenta siglos del mundo antiguo, es el punto de partida de todos los siglos modernos hasta la eternidad. En este hecho culminante se encuentra la explicacion de todos los acontecimientos, la razon de la elevacion y la caida de los imperios de Oriente y de Occidente, y la última palabra de la accion de Dios sobre el linaje humano.

Acabamos de decir que la Vírgen santísima y san José vivian en Nazareth. Sin embargo, estaba escrito que el Mesías naceria en Belen, pues su nacimiento en la ciudad de David era una señal por

la cual se debia reconocer. Dios, que habia hecho que las mismas pasiones de los hombres cooperasen al cumplimiento de sus designios, se sirvió de la vanidad ó de la avaricia del emperador Augusto, para llevar á José y á María á Belen, y el altivo Emperador fue, sin saberlo, el humilde ministro del gran Rey, que desde lo alto del cielo gobierna el mundo.

Efectivamente, en aquella época apareció un edicto de César Augusto, mandando hacer el empadronamiento de los habitantes de toda la tierra; y por consiguiente todos los súbditos del imperio romano fueron á inscribirse en la ciudad de que cada cual era originario. Como José era de la casa y de la familia de David, fué de Galilea á Judea, de la ciudad de Nazareth á la de David, que se llamaba Belen, para empadronarse con María su esposa. Llegaron á la patria de sus antepasados, y recorrieron todas las calles pidiendo un albergue. Creeréis sin duda que en una ciudad llena de parientes suyos encontrarian luego una generosa hospitalidad; pero ¡ah! no, en todas partes les respondieron sécamente: No hay sitio para vosotros. Así empezaba á padecer el Salvador aun antes de hacer su entrada en el mundo.

José y María se vieron, por consiguiente, obligados á salir de la ciudad y buscar un asilo en el campo, y habiendo encontrado una cueva que servia de establo á los ganados, resolvieron pasar allí la noche. Esto sucedia, segun la era vulgar, en el año del mundo 4004, mil años despues de la dedicacion del templo, 752 de la fundacion de Roma, el día 25 de diciembre á media noche. Habíanse cumplido los siglos, la hora de la redencion del linaje humano habia sonado, é hizo su entrada en el mundo el Verbo eterno, encarnado en el seno de la mas pura de las vírgenes [1].

[1] El cielo y la tierra estaban de acuerdo para anunciar, cada cual en su lenguaje, la plenitud de los siglos, y la hora para siempre solemne de la redencion general; á la voz de los Profetas y de las tradiciones se unia la *voz* de los astros. Mr. Schuberr, profesor de Munich, sienta en su *Simbólico de los sueños* por una multitud de cálculos astronómicos, que los astros vaticinaban á su modo la venida de Nuestro Señor Jesucristo; que el año sabático, año de perdon y renovacion, estaba calculado segun sus revoluciones; y que los astros renovaban su curso cada vez que la tierra se renovaba por la penitencia. Demuestra que todos los pueblos de la antigüedad conocian este lenguaje de los astros, y sabian el grande acontecimiento, la gran reconciliacion que anunciaban. «Pero todas estas armonías particulares tendian á una armonía mas completa

Apenas nació, cuando María su madre le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre. Sin embargo, el Hijo de Dios no quiso que su nacimiento quedase oculto para los hombres, por los cuales habia *bajado de los cielos;* pero le plugo manifestarse á los sencillos y á los pobres mas bien que á los sábios y á los ricos.

Habia allí en las cercanías unos pastores que se ocupaban en guardar sus ganados. Aparecióseles de pronto un Ángel del Señor, se esparció un vivo resplandor en torno de ellos, y quedaron muy aterrados. Pero el Ángel les dijo: No temais, porque vengo á anunciaros una nueva que será para todo el pueblo motivo de suma alegría: os ha nacido hoy el Salvador en la ciudad de David, que es el Cristo, el Señor, y voy á deciros cómo le reconoceréis: Encontraréis un tierno niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. En seguida una multitud inmensa de la milicia celestial empezó á ensalzar con el Ángel á Dios, y á decir: Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. ¡Oh! sí; gloria á Dios y paz á los hombres; hé aquí por qué acababa de nacer el divino Niño, hé aquí el objeto de todo el Cris-

« y elevada en el movimiento de Urano, el mas elevado y lejano de los planetas. « En el año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Urano, cuyo tiempo « de rotacion en torno del sol abraza y contiene el de todos los demás planetas, « cumplia su quincuagésima revolucion. Pues bien, puede considerarse con ra- « zon el año de Urano como el único real y completo del sistema planetario, « pues entonces es cuando todos los astros, hasta los mas lejanos, vuelven á « principiar su curso.

« Pues bien, precisamente en aquella época en que todo el sistema planeta- « rio reunido celebró su primer año de reparacion y reconciliacion, se cumplian « todas las profecías, y los Ángeles del cielo y los habitantes de la tierra canta- « ban uniendo sus voces á los conciertos armoniosos de las esferas: « Gloria á « Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena vo- « luntad! »

« Aquella época coincidia con el fin de la semana del año sabático, en la cual, « segun un antiguo vaticinio, Dios debia asegurar su alianza con los suyos.

« Así pues, todas las ruedas y todos los resortes particulares de aquel gran « reloj del universo, cuyo destino primitivo era señalar el tiempo, habian sido « colocados y dispuestos de tal modo por el mismo Criador que correspondian « todos á la grande hora en que Dios debia hacer brillar el dia determinado des- « de toda la eternidad, y celebrar el grande año de renovacion y de perdon. « Todo el universo anunciaba, pues, en las grandiosas proporciones de su ar- « reglo y de sus disposiciones interiores, como el libro de la revelacion, aquel « por quien y para quien se hizo el cielo estrellado. »

tianismo. ¿Qué debemos hacer por nuestra parte para conseguirlo? No se necesitan riquezas ni ciencia, pues basta la buena voluntad.

Cuando los Ángeles se separaron de los pastores, estos se dijeron unos á otros: Vamos hasta Belen, y veamos lo que acaba de suceder. Fueron allá presurosos, y encontraron á María y á José con el Niño reclinado en un pesebre; y siendo los primeros apóstoles de Jesús al nacer, publicaron las maravillas que habian visto. Todos cuantos oyeron hablar del suceso quedaron llenos de admiracion, mientras la santísima Vírgen advertia todas estas circunstancias y las meditaba en su corazon. De este modo se pasó aquella noche de eterna memoria.

Ocho dias despues fue el Niño circuncidado, porque la circuncision se verificaba á los ocho dias de haber nacido. El Mesías al verter las primeras gotas de su divina sangre en aquellas circunstancias, recibió el nombre de Jesús, que significa Salvador: nombre misterioso que le habia dado el Ángel aun antes de ser concebido en el seno de su madre; nombre adorable que hace doblar todas las rodillas en el cielo, en la tierra y en el infierno; nombre incomunicable que nadie mas que el Mesías ha realizado en toda su extension. Es verdad que lo habian llevado dos hombres célebres en la historia santa, Josué, sucesor de Moisés, y Jesús, hijo de Josedec; pero ¡qué inmenso intervalo media entre estos salvadores simbólicos y aquel á quien representaban! Así como la tierra prometida en la cual introdujo Josué á los moabitas no era mas que una imperfecta imágen del cielo, y el restablecimiento de los ritos legales por el hijo de Josedec al regresar del cautiverio una sombra de la perfeccion evangélica y de la adoracion en espíritu y en verdad; del mismo modo el nombre de Jesús, dado á aquellos dos grandes hombres, no era mas que un símbolo del nombre omnipotente por el cual debíamos reconciliarnos con Dios y ser restablecidos en la herencia de los Santos.

José y María se hallaban aun en Belen, cuando deseando Dios demostrar que su Hijo era en verdad, segun los vaticinios de los Profetas, el Deseado de las naciones y el Salvador de todos los hombres, hizo brillar en el cielo una estrella extraordinaria; astro milagroso que habia sido anunciado á los gentiles mas de doce siglos antes bajo el nombre de estrella de Jacob. Apareció en Oriente; unos ma-

gos lo reconocieron, y comprendieron que habia entrado en el mundo el Mesías tan deseado. Una tradicion constante nos enseña que los Magos eran reyes y en número de tres; y el nombre de Magos quiere decir sábios. Apenas vieron la estrella, dóciles á la gracia, se pusieron en camino hácia Judea.

Conducidos por aquel guia celestial, llegaron á Jerusalen en la época en que reinaba Herodes. ¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? preguntáron; porque hemos visto su estrella en Oriente, y hemos venido á adorarle. Grande fue la turbacion de Herodes y de toda Jerusalen al oirles; y habiendo aquel reunido los Príncipes de los sacerdotes y los Escribas de la nacion, les preguntó dónde debia nacer el Cristo. Enterados por las profecías, no vacilaron un instante, y lo dijeron: En Belen de Judá, porque hé aquí lo que escribió el Profeta: *Y tú, Belen tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, pues de tí saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel* [1].

Herodes, que unia á la crueldad del tigre la astucia del zorro, resolvió entonces deshacerse del nuevo Rey; mandó por consiguiente llamar en secreto á los Magos, se informó exactamente por ellos de la época en que habian visto aparecer la estrella, y enviándoles á Belen, les dijo: Marchad, informaos cuidadosamente del Niño, y cuando le hayais hallado, avisádmelo para que vaya yo tambien á adorarle.

Herodes discurria de esta suerte: Si la averiguacion se hace en mi nombre y por mis gentes, la desconfianza hará que se oculte al Niño, en vez de que se apresurarán á hacerle encontrar á estos buenos orientales de quienes nadie desconfia. Discurria con sutileza, pero no lo hacia así cuando decretó la muerte de los Inocentes. En efecto, esta muerte era inútil si el Mesías no habia nacido; y si habia nacido en verdad el Mesías que Dios habia prometido al mundo, ¿podia permitir el Señor que fuera víctima del degüello general? De modo que cuando Herodes fue sutil, Dios se burló de su sutileza, y cuando se extravió su razon, le dejó cometer sin fruto alguno para él un crímen que le condenó á la execracion de todos los siglos. Sábios y poderosos del mundo, ¡qué locos, qué débiles sois cuando os atreveis á oponeros á los designios del Señor!

Sin embargo, los Magos despues de oir á Herodes se marcharon

[1] Matth. II, 6.

sin desconfianza, y dispuestos á satisfacer su deseo; y la estrella que habian visto en Oriente volvió á aparecer y continuó su curso delante de ellos, hasta que se paró sobre el lugar donde estaba el Niño. Cuando vieron la estrella experimentaron suma alegría, y entrando en la casa, encontraron al Niño con María su madre, y prosternándose, le adoraron. Abriendo despues sus tesoros, le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra; y los vaticinios de los Profetas acerca del Mesías se verificaron en el Niño de Belen: *Los reyes de Tarso y de Sabá,* dicen, *le ofrecerán presentes, y le darán oro de la Arabia* [1].

Estos presentes eran misteriosos: los Magos reconocian con el oro la dignidad real de Jesucristo, con el incienso su divinidad, y con la mirra, que servia para embalsamar los cuerpos, su humanidad en una carne pasible y mortal. Les imitarémos, dice un Padre de la Iglesia, ofreciendo á Dios el oro de la caridad, el incienso de la oracion, y la mirra de la mortificacion. Los Magos fueron nuestras primicias, y la vocacion de los gentiles comienza con ellos, de lo cual procede la extraordinaria alegría con que celebramos la fiesta de la Epifanía. No nos admire, pues, que los sábios de Oriente, iluminados por la fe, reconocieran sin vacilar por Redentor del mundo al tierno Niño de Belen: sus padecimientos, sus humillaciones y su desnudez absoluta eran pruebas innegables de su divinidad. Necesito un Salvador, dice Bossuet, que con su ejemplo pisotee el fausto y los falsos bienes de los hijos de Adan, y en esto le reconoceré.

Efectivamente, para comprender la prodigiosa humillacion con que se muestra á nuestras miradas el Mesías tan magníficamente vaticinado, basta que recordemos el objeto de su venida á la tierra. El Salvador venia para quitar el pecado del mundo, es decir, para reconciliar al hombre con Dios, satisfacer la justicia de su Padre, y curar al linaje humano de los males que habia acarreado el pecado. Para expiar, el Mesías debe padecer, porque no cabe expiacion sin padecimiento, sin efusion de sangre. Por esta razon Jesucristo padece desde su entrada en el mundo, y su vida no es mas que un prolongado dolor, y finalmente, nace en un pesebre y muere en una cruz.

La ignorancia de lo que debia amar, y la concupiscencia ó el amor ciego, desarreglado y tiránico de las criaturas, son las consecuen-

[1] Psalm. LXXI.

ciás del pecado relativamente al hombre, y para libertarle, el Mesías debia enseñarle á despreciar todas las cosas terrenales, y á dirigir su amor hácia Dios y hácia los bienes sobrenaturales. Hé aquí por qué pisoteó los honores, las riquezas y los deleites, y por qué nació, vivió y murió en la pobreza y en las humillaciones. Con este medio mostró ser el verdadero médico del hombre decaido, y á este precio fue su Salvador.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado al Salvador tantas veces prometido y tan ardientemente esperado. No permitais que le desconozcamos como los judíos; dadnos, por el contrario, la docilidad de los pastores y la fe de los Magos, para que comprendamos como ellos que nació, vivió y murió en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos para quitar el pecado del mundo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero imitar la dulzura y humildad de Jesús al nacer.*

LECCION III.

VIDA OCULTA DEL MESÍAS.

Purificacion. — El anciano Simeon. — Huida al Egipto. — Dégollacion de los Inocentes. — Regreso á Nazareth. — Jesús en el templo.

Herodes esperaba en tanto el regreso de los Magos, y como confiaba en ellos, no tomaba al parecer otros informes sobre el nuevo Rey de los judíos; pero habiendo sido advertidos los Magos en sueños que no volvieran á ver á aquel príncipe pérfido, regresaron á su país por diferente camino. José y María se aprovecharon de la tranquilidad que disfrutaban para cumplir con dos nuevos artículos de las leyes de Moisés, uno de los cuales mandába á todas las mujeres que fueran á purificarse al templo pasado cierto número de dias, y el otro prescribia que se ofrecieran al Señor todos los hijos primogénitos.

María, á quien su divíno parto habia dejado mas pura aun y mas vírgen, fué no obstante al templo á confundirse con todas las demás mujeres: ¡grande ejemplo de humildad y de obediencia que nos enseña á seguir en todo el órden establecido por Dios, sin tratar de eximirnos! Por su parte Jesucristo, siendo Dios, era bien superior á la ley de Moisés, que obligaba á ofrecer al Señor todos los primogénitos, y sin embargo se dignó someterse á ella, y fue llevado á Jerusalen á los cuarenta dias de su nacimiento. Ofrecióse por manos de sus padres á su divino Padre, y le presentó por la vez primera en su templo una hostia digna de él. Dios no permitió que esta sublime ofrenda permaneciese oculta.

Vivia en aquella época en Jerusalen un santo anciano llamado Simeon, un varon justo que esperaba con afan al Consolador de Israel, y á quien hasta se habia revelado que no moriria sin haber visto el Cristo del Señor. Guiado por una inspiracion divina, fué al templo cuando el padre y la madre del niño Jesús lo llevaban para ejecutar con él lo que era costumbre segun la ley, es decir, para ofrecerle al Señor y rescatarle despues dando cinco siclos de plata,

como está indicado en el libro de los Números [1], porque la ofrenda del cordero y de las tórtolas solo era por la purificacion de la madre.

No tan solo tuvo el santo anciano la dicha de ver al Redentor del mundo, sino tambien la de tenerle en sus brazos. Transportado entonces de santa alegría y animado del espíritu de los Profetas, dió gracias á Dios y vaticinó los futuros triunfos del divino Niño. Señor, exclamó, ahora, segun vuestra promesa, dejaréis morir en paz á vuestro siervo, pues mis ojos han visto la salvacion que viene de Vos y que habeis expuesto á la vista de todas las naciones para ser la luz de los gentiles y la gloria de Israel vuestro pueblo.

Mientras la Vírgen santísima y san José estaban llenos de admiracion oyendo las palabras del santo anciano, y él les hablaba de los futuros destinos del divino Niño y del dolor que traspasaria el corazon de María, entró tambien en el templo una viuda llamada Ana, que como verdadera hija de Jacob esperaba con afan la venida del Mesías. Viuda despues de siete años de matrimonio, habia pasado su vida hasta los ochenta años en ayunos y oraciones, y su morada ordinaria era el templo. Apenas conoció al Salvador, cuando unió su voz á la de Simeon, y manifestó su reconocimiento y su alegría entonando cánticos de alabanza.

¡Qué hermoso es ver aquellos dos venerables ancianos, únicos confidentes con José y María del nacimiento del Redentor, dando testimonio de su divinidad y muriendo sin pesar porque han visto al que es la resurreccion y la vida! ¡Dignos hijos de Abrahan, mas dichosos que vuestro padre, habeis contemplado con vuestros ojos á aquel cuyo resplandor, visto en la lejanía de los siglos, hizo estremecer á vuestro ilustre antepasado! Despues de tal ventura, nada quereis ver ya, y teneis razon. ¿Qué queda por ver cuando se ha visto á Jesucristo? Y ¿qué nos queda por desear á nosotros los Cristianos, mas felices que Ana y Simeon, despues de haber recibido, no en nuestros brazos sino en nuestro corazon, al Deseado de las naciones y la Gloria de Israel? ¿Qué cántico puede resonar entonces en el santuario de nuestra alma, sino el del santo anciano: Señor, ahora ya me dejaréis morir: ya he vivido bastante, mis deseos están satisfechos?

Cuarenta dias habian transcurrido al menos desde el nacimiento del Mesías, cuando viendo Herodes que los Magos no volvian, se

[1] Num. XVIII.

encolerizó en gran manera, y resolvió deshacerse á toda costa de un niño cuyo nacimiento le causaba tantas inquietudes, y anegar su cuna en un rio de sangre. Pero, ¿qué son los consejos del hombre contra Dios? El Ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo: Levántate, toma al Niño y á la Madre, huye á Egipto, y no salgas hasta que te lo diga, porque Herodes no tardará en buscar al Niño para darle muerte. José se levantó, y tomando aquella misma noche al Hijo y á la Madre, partió á Egipto.

La conducta que observó José en esta circunstancia ha sido considerada siempre como el modelo de una *perfecta* obediencia [1]. La suya fue sencilla y sin exámen. No alega para librar á su Hijo del furor de Herodes, que Dios tenia una infinidad de medios mucho menos penosos para el Niño, para la Madre y para él mismo. Fue pronta y sin demora. Advertido durante la noche, solo espera para partir que empiece á asomar el dia. Fue generosa y llena de confianza en la Providencia. Parte sin preparativos y sin provisiones; era pobre, porque todo le faltaba, pero ¡qué rico era poseyendo á Jesús y á María! La santa Familia llegó felizmente á Egipto, donde permaneció todo el tiempo que plugo á Dios dejar á su Hijo en aquella especie de destierro [2].

Herodes, creyéndole aun en Belen ó en las cercanías, no habia olvidado que desde la época en que la estrella se habia aparecido á los Magos, el Niño que ella anunciaba podia tener unos dos años. Fundado en este cálculo, reunió un número suficiente de soldados, y les envió con órden de matar á cuantos niños hubiera en Belen y en las cercanías, desde la mas tierna edad hasta los dos años.

Ejecutóse el mandato del nuevo Faraon, y se vertieron raudales de sangre inocente en el territorio de Belen. No se oian mas que los lamentos de las madres desconsoladas por la muerte de sus hijos; mas sus lágrimas no les restituian las caras víctimas que el bárbaro Monarca habia sacrificado á sus celos, y no encontraban consuelo. Cumpliéronse entonces las palabras que Dios habia pronunciado por boca

[1] Véase á san Crisóstomo sobre san Mateo, c. II.

[2] El Evangelio no da pormenor alguno sobre la permanencia de la sacra Familia en Egipto. Segun una tradicion, en el momento que el Hijo de Dios puso el pié en aquella tierra idólatra, fueron derrocados todos los ídolos. Santa Brígida, cuyas revelaciones podemos creer piadosamente, segun han dicho los Soberanos Pontífices, nos asegura que Dios le habia comunicado que la sacra Familia habia carecido allí con frecuencia de pan. ¡Oh, qué lastimera es esta idea!

del profeta Jeremías: Voz fue oida en Ramá, lloro, y mucho lamento; es Raquel que llora á sus hijos, y que no puede consolarse porque no existen [1].

Sin embargo Herodes, al hacer verter arroyos de sangre, no logró mas que encender contra él la cólera del cielo, y acarrear á su nombre la execracion de la tierra. Poco tiempo despues de su bárbara ejecucion perdió con la vida el trono que se proponia conservar á tanta costa.

Apenas bajó al sepulcro, el Ángel del Señor se apareció en sueños á José y le dijo: Toma contigo al Niño y á la Madre, y vuelve á la tierra de Israel, porque han muerto los que perseguian al Hijo de María. José se dispone á obedecer sin dilacion; toma consigo á Jesús y á María, sale de Egipto y se pone en camino para volver á la tierra de sus padres, cumpliéndose de este modo las palabras del Señor, pronunciadas por el profeta Oseas, relativamente al Mesías: De Egipto llamé á mi Hijo. Pero habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en reemplazo de Herodes, no se atrevió á volver á ella, y por un nuevo mandato del cielo, se retiró á Galilea, y estableció su morada en Nazareth, para que se cumpliera el oráculo del Profeta, segun el cual el Hijo de Dios debia llamarse Nazareno: palabra que expresa á la vez la santidad y la perfecta consagracion del Salvador, y el lugar donde pasó la mayor parte de su vida.

Jesús debia abandonar un dia la ciudad de Nazareth para recorrer toda la extension de su mision y echar con sus trabajos los cimientos de su Iglesia. Entre tanto debia permanecer desconocido, ó al menos distinguirse por los rasgos de dulzura, de sumision y de docilidad que hacen á un niño mas amable que los demás, pero que no descubren un Niño Dios.

¡Admirable disposicion de la Providencia, que forma con la misma inaccion del Mesías un espectáculo divino! La humilde casa que encerraba todos los tesoros del cielo y toda la esperanza de la tierra no era á los ojos de los hombres mas que el albergue de un honrado artesano donde se veian reinar la paz, la sencillez y el amor al

[1] Herodes llevó su desconfianza á tal extremo que mandó someter á la degollacion á uno de sus propios hijos. *Con este motivo,* dice Macrobio, autor pagano, *el emperador Augusto dijo por chiste que mas valia ser el cerdo de Herodes que su hijo, haciendo alusion á la ley de los judios que les vedaba la carne de cerdo.* (Saturnal. c. 4).



trabajo, y no se distinguia en ella ninguno de esos rasgos deslumbrantes que enriquecen la historia de los héroes profanos. Pero así debia prepararse el reinado del Redentor ; así continuaba el Hijo de Dios las lecciones de humildad y pobreza que habia empezado á dar en el pesebre, y de este modo manifestaba ser verdaderamente el Salvador del mundo, expiando con sus humillaciones voluntarias el ultraje hecho á su Padre con la orgullosa rebelion del pecado, y curando al hombre dominado por el amor á los falsos bienes con el desprecio solemne del oro y de las grandezas.

Durante el reinado de Arquelao, hijo de Herodes, es de creer que José y María no llevarian al Hijo de Dios á Jerusalen para celebrar la gran festividad de la Pascua, pues habia motivo para temer que su presencia y la del Niño, que podia ser reconocido en la capital, especialmente desde que su presentacion se habia divulgado entre algunos fieles, despertasen las sospechas y reanimasen los celos del Rey de Judea.

Pero los romanos quitaron la corona á Arquelao despues de diez años de reinado, y el emperador Augusto se reservó la soberanía inmediata de la Judea. Desde entonces los Césares confiaron el gobierno de la provincia á un presidente de su eleccion, y la Galilea quedó bajo la dominacion de Herodes Antipater, hermano de Arquelao, que fue el mismo que dió muerte á san Juan Bautista, y á quien Pilatos envió el Salvador en la época de su pasion [1].

El cambio de soberanos moderó algun tanto la opresion en que vivia la santa Familia de Nazareth, y José se aprovechó de la situacion pacífica de la Judea para llevar todos los años de Nazareth á Jerusalen á Jesús con María su madre, con objeto de solemnizar en la casa de Dios la festividad de Pascua. El divino Niño quiso en uno de estos viajes dar principio al ejercicio de su mision de un modo proporcionado á su edad. Tenia doce años, y habia acompañado á María y á José hasta la capital para celebrar la Pascua de aquel año.

Terminada la solemnidad, que duraba siete dias completos, durante los cuales solo se comian panes ázimos, José y María regre–

[1] Dios vengó en este malvado Príncipe la muerte de Juan Bautista y las burlas hechas á Nuestro Señor. Habiendo sido acusado de promover rebeliones en Judea, y no logrando justificarse delante de Calígula, que por otra parte no le honraba con su aprecio, fue desterrado á Lyon con Herodíades donde murieron ambos miserablemente.



saron otra vez á Nazareth, convencidos de que Jesús, que nunca les habia abandonado, les seguia de cerca, pues todos marchaban en cuadrillas y acompañados. Aunque no vieron al Niño á su lado, no experimentaron la menor inquietud, pensando que se habria reunido con algunos de sus parientes ó conocidos.

Tal vez parecerá extraordinario que hicieran una jornada entera de camino sin concebir la menor sospecha por la ausencia de su Hijo querido, ó mas bien esto indica cuán confiados estaban en su juicio y obediencia. Sin embargo, cuando llegó la noche le buscaron entre sus parientes y conocidos, pero en vano; nadie les pudo dar la menor noticia. Fácil es concebir cuán excesivo seria su dolor; y sin buscar de nadie el consuelo, resolvieron volver al dia siguiente á Jerusalen, donde suponian que se habria quedado su Hijo.

¿Qué sitio habia elegido Jesús para albergarse, y qué auxilios habia hallado para subsistir durante los dos dias que estaba separado de José y María? Se ignora. ¡Venturoso el fiel israelita que acogió en su casa al divino Niño durante este corto intervalo, si es cierto empero que honrase entonces con su presencia á alguno de los habitantes de Jerusalen! El Hijo de Dios estaba sujeto á las necesidades, porque de su propia eleccion se habia sometido á las nuestras, pero podia pasar sin los auxilios que nos son indispensables, y estaba seguro desde su mas tierna edad de que Dios su Padre concederia infaliblemente á la dignidad de su persona los milagros que le pidiera. Habian transcurrido tres dias desde la solemnidad de la Pascua, cuando habiendo entrado en el templo la Vírgen santísima y san José, descubrieron allí al Hijo amado cuya ausencia causaba su dolor.

Segun costumbre muy antigua, los maestros de Israel, los Escribas y los Doctores de la ley, se reunian en ciertos dias en alguno de los vestíbulos exteriores del templo de Jerusalen, y sentados allí en asientos elevados, formaban una especie de semicírculo en cuyo centro se colocaban los oyentes para escuchar sus discursos, y para oir de sus labios la explicacion de las divinas Escrituras.

Jesús eligió aquel dia de asamblea de religion, y quiso asistir entre la multitud á la enseñanza ordinaria. Solo tenia entonces doce años, pero todos los tesoros de la gracia, de la sabiduría y de la ciencia se hallaban en él desde el primer instante de su concepcion, aunque solo dejaba entrever lo que convenia á su edad; y si alguna

vez lo manifestaba en mayor grado era en proporcion á la necesidad que tenia de llamar la atencion de los judíos hácia su persona y de prepararlos para recibir los frutos de su Evangelio. De este modo desplegó su divina inteligencia en la importante ocasion de que tratamos.

Como Maestro y Doctor de todos los hombres, escuchaba con dulzura á los maestros orgullosos cuya hipocresía debia descubrir confundiendo su ignorancia algunos años mas adelante, y esperando la época en que enseñara con autoridad bien diferente de la que ostentaban los Escribas y Fariseos, se aprovechó de la libertad admitida de interrogar á los maestros.

Tanto en sus preguntas como en sus respuestas brillaba una sabiduría divina; nunca se habia visto en edad tan tierna tanta madurez y conocimientos tan extensos, y así lo pensaban y decian todos los oyentes, y nadie se cansaba de admirar al maravilloso Niño de Nazareth. La santísima Vírgen y san José, que se hallaban tambien en el templo, participaron de la admiracion general.

Terminada la instruccion, María se creyó con derecho para quejarse amorosamente al Salvador por el misterio con que habia ocultado sus designios, y por la inquietud en que les habia abismado su ausencia. Hijo mio, le dijo con respetuosa ternura, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo estábamos buscándote llenos de afliccion [1]. ¿Por qué me buscábais? les respondió Jesús; ¿no sabeis que es preciso que me emplee en cosas que corresponden á mi Padre? ¡Admirable respuesta, que nos enseña á todos, á vosotros y á mí, que la voluntad del Padre celestial debe preferirse á todas las consideraciones humanas y á todos los afectos de la sangre! El rigor aparente que usa en este caso el Salvador encerraba quizás el designio de dar fuerza á esta leccion.

Habiendo partido en seguida con ellos, volvió á Nazareth; *y estaba sujeto á ellos.*

Estas cuatro palabras encierran treinta años de la vida de Jesu-

[1] ¿Por qué dice: *tu padre?* José no era el padre, *segun la carne*, de Jesús, que no tiene mas padre que Dios, pero Dios transmitió sus derechos á José, que hace las veces de padre á Jesucristo, y está encargado del cuidado de educar y sustentar su infancia. Como esposo de María tiene además con este título el derecho de ser llamado el padre de este Hijo querido, y participa con ella de la autoridad y de los cuidados.



cristo. ¿Estar sujeto á dos de sus criaturas es, por consiguiente, toda la ocupacion del Hijo de Dios, del Salvador del mundo? ¿Y sujeto en qué? En los mas bajos ejercicios, en la práctica de un arte mecánico [1]. ¿Dónde están los que se quejan cuando sus ocupaciones no corresponden á su capacidad, ó por mejor decir, á su orgullo? ¿Dónde están los hijos, los inferiores y súbditos que murmuran contra la obediencia? Que vayan á Nazareth, á la casa de José y María, y vean allí á Jesucristo. Orgullo, exclama Bossuet, estréllate ante este espectáculo. Pero diréis quizás, ¿en dónde está la sabiduría cuando se pasan treinta años en el silencio y la oscuridad, no teniendo mas que treinta y tres que vivir en la tierra para instruir al linaje humano, y fundar una religion? Y yo respondo que la sabiduría divina resplandece con tanto brillo en la vida retirada del Redentor, como instruye con elocuencia en su vida pública. Profundizad el misterio; dignaos recordar que el orgullo fue el manantial de todos los males, que es la pasion mas difícil de desarraigar, y veréis que no es un exceso para curarla treinta años de continua obediencia y humildad.

¿No veis además que esta dependencia, esta pobreza y este trabajo oscuro y penoso preparan la asombrosa revolucion que ha cambiado las ideas y los sentimientos de la humanidad, que ha hecho dar á las dignidades el nombre de *cargas*, que ha enseñado á los superiores que son los primeros servidores de sus súbditos, y que ha santificado y ennoblecido á sus propios ojos á los mercenarios y trabajadores, es decir, á las tres cuartas partes del linaje humano, mostrándoles un Dios convertido en compañero suyo, ganándose el pan con el sudor de su frente, y soportando sin quejarse el peso de las intemperies? ¿No advertís además con qué precision realiza sucesivamente en su persona el Niño de Belen, el Artesano de Nazareth, los oráculos de los Profetas respecto del Mesías? ¿Podia probar mejor su divinidad, conquistar, por consiguiente, la fe del universo y establecer su religion? Finalmente, ¿no veis que lo mismo en Nazareth que en el Calvario cumple su mision de expiador? ¿No

[1] Filius hominis non venit ministrari, sed ministrare. (*Matth.* xx, 28). — Nemo ambigat Dominum Iesum cum adhuc in puerili esset aetate, obsequia praestitisse Mariae, ipsique Iosepho. (S. Laur. Iustin. *de obed. c.* 8). — Saepe focum, crebroque cibum parat officiosus, vasa lavat, baiulat undam de fonte, nuncque domum scopit. (Gers. *in Ioseph. lib. III*).



sabeis que sus trabajos y sudores, sus padecimientos y su sangre tienen el mismo peso en la balanza de la justicia, porque unos y otros son de un valor infinito? Reflexionad todo esto, y penetrados de reconocimiento, admiraréis como Jesucristo muestra ser, tanto en su vida retirada como en la pública, el Salvador del linaje humano.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos dado en vuestro Hijo un modelo tan perfecto de las virtudes de nuestra época.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero imitar la obediencia de Jesús cuando niño.*

Fué, por consiguiente, al encuentro de Juan para que le bautizase en el Jordan; pero Juan rehusaba diciendo: ¿Vos venís á mí, siendo yo el que deberia recibir el bautismo de Vos? Jesús le respondió: Hazlo así ahora, porque conviene que cumplamos de esta suerte toda la justicia. ¡Oh! sí, convenia que para curar al hombre y expiar el pecado el Salvador continuara dando ejemplos de la mas profunda humildad, y que se declarase por medio de un acto solemne el gran penitente del mundo. Juan no se opuso ya entonces al deseo de su divino Señor, y bautizó á Jesús en el Jordan.

Jesús salió al momento del agua, y mientras hacia su oracion se abrieron los cielos, y vió bajar y detenerse sobre sí al Espíritu Santo bajo la figura corpórea de una paloma, y oyó al mismo tiempo una voz celeste que decia: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido. Juan Bautista y cuantos estaban presentes vieron bajar al Espíritu Santo, y oyeron la voz del cielo, porque todo esto solo se hacia por ellos. La Trinidad empezaba á declararse mas distintamente, y las almas estaban preparadas á los grandes misterios que Jesucristo iba á revelar muy pronto al mundo.

El bautismo que Jesús acababa de recibir no era para él una ceremonia sin consecuencia, sino una profesion pública de penitencia, pues quiso ejercer en sí todos sus rigores, y mostrar de antemano á su Iglesia la penitencia que debia prescribir á sus hijos para todos los siglos futuros.

Se alejó del Jordan lleno del Espíritu Santo, cuyo impulso le condujo al desierto, y permaneció allí cuarenta dias y cuarenta noches, durante los cuales su ocupacion consistió en una oracion continua, y su ayuno fue tan riguroso que no tomó ningun alimento. Hubiera muerto de debilidad á no ser por un milagro de la omnipotencia de Dios; pero lo que el soberano Maestro habia hecho mas de una vez por sus siervos, por un efecto de su pura misericordia, no era de temer que lo rehusase á la dignidad de su persona y al mérito de la obediencia de su Hijo.

Al cabo de los cuarenta dias prescritos á su soledad, el Salvador quiso experimentar el hambre, y resolvió conceder á la naturaleza los auxilios que tanto tiempo hacia le rehusaba; pero no habia llegado aun al término de sus pruebas: despues de haber sujetado el hambre, faltábale combatir al demonio. El Salvador, modelo de todos los hombres, quiso probar todas nuestras miserias y tentacio-

nes, para enseñarnos á sobrellevar las unas y triunfar de las otras. Como nuestras tentaciones se reducen á tres, lo mismo que todas nuestras pasiones, el amor al goce, el orgullo y la ambicion, el demonio atacó por estos tres puntos á Nuestro Señor.

En primer lugar por el amor al goce. El tentador se acercó y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes. Jesús se contentó con responder al seductor: Está escrito: No solo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios, es decir, todo lo que place á Dios darle para su sustento. Lo cual nos da á entender que léjos de sacrificar nuestra alma á los goces y hasta á las necesidades del cuerpo, es preciso tener confianza en la Providencia y esperarlo todo de su bondad.

En segundo lugar por el orgullo. Satanás no se dió por vencido; despues de haber atacado al Salvador por lo que creia su flaco, es decir, por el hambre que sufria entonces, le atacó por su fuerte, es decir, por su confianza en Dios, esforzándose en que degenerase en orgullosa presuncion. Habiéndole transportado á la ciudad santa, le colocó en el pináculo del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, porque está escrito: Él ha mandado á sus Ángeles el cuidado de tu persona para que velen por tu conservacion, y te llevarán entre sus manos temerosos de que tu pié no choque contra alguna piedra. Está escrito tambien, le dijo Jesús: No tentarás al Señor tu Dios.

En tercer lugar por la ambicion. Despues de esta respuesta, Satanás creyó que no debia omitir medio alguno, y transportando á Jesús á la cumbre de un monte muy elevado, le hizo ver en un instante todos los reinos del mundo con su gloria, y le dijo: Todo eso te daré, si postrándote á mis piés me adorares.

La blasfemia era horrible, y la proposicion digna del príncipe de los demonios, de suerte que el Salvador tomó el tono con que se debe contestar á la proposicion de un crímen, y le dijo: Vete, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y servirás á él solo. El demonio se alejó entonces de Jesús despues de haber fracasado en todas sus tentaciones [1]. Los Ángeles se acercaron en se-

[1] Cum dicitur Deus homo, vel in excelsum montem, vel in sanctam civitatem à diabolo assumptus; mens refugit, humanaé hoc audire aures expavescunt. Qui tamen non esse incredibilia ista cognoscimus, si in illo et alia facta

guida al Salvador, y le sirvieron de comer. El Salvador quiso ser tentado para instruccion nuestra, y por eso se prepara á sostener las tentaciones por medio del fervor en la oracion, del ayuno y el retiro, y las rechaza con la fe y acudiendo sin demora á Dios. ¿Qué triunfos podemos esperar si solo presentamos al enemigo mas violento y astuto que hubo jamás un alma disipada, una carne delicada, un orgullo lisonjeado, pasiones vivas, y el olvido de las verdades de la salvacion? Finalmente, con el misterioso banquete servido por manos de Ángeles nos muestra la alegría que proporciona la tentacion al alma que sabe vencerla, y á la corte celestial testigo de su victoria.

Habia llegado la época en que, segun la voluntad de su Padre, Jesús iba á consagrarse enteramente á la predicacion del Evangelio y á entregarse á todo trance á las contradicciones que debia encontrar indispensablemente. La empresa de que estaba encargado era grande y difícil; la Judea, la Galilea, la Samaria, todos los pueblos de la Palestina esperaban sus cuidados y pedian su cultivo. Era el campo que el Padre de familia le destinaba; suelo ingrato que solo debia producir, en cambio de sus sudores, abrojos y espinas; donde era preciso sembrar mucho, coger poco, preparar la cosecha con excesivas fatigas, y no tener el consuelo de verla madurar. El tiempo era breve, pues solo se le concedian unos tres años para seguir una carrera trabajosa, cuyo término debia ser una vergonzosa cruz.

No le espantaron las penalidades, y en vez de desanimarle los amargos frutos que debia alcanzar por recompensa, fueron el objeto de su anhelo, pues veia en la série de los siglos á Dios, su Padre, dignamente honrado, al hombre salvado, y un mundo hecho cristiano. Su vida, hasta entonces oscura y pacífica, no fue mas que un encadenamiento continuo de trabajos, correrías y padecimientos hasta el dia en que terminó con los horrores del Calvario.

pensamus. Certe iniquorum omnium caput diabolus est, et huius capitis membra sunt omnes iniqui. An non diaboli membrum fuit Pilatus? an non diaboli membra Iudaei persequentes et milites crucifigentes Christum fuerunt? Quid ergo mirum, si ab illo permisit in montem duci, qui se pertulit etiam à membris illius crucifigi? non est ergo indignum Redemptori nostro quod tentari voluit, qui venerat occidi. Iustum quippe erat, ut sic tentationes nostras suis tentationibus vinceret, sicut mortem nostram venerat sua morte superare. *(S. Greg. homil. in Matth.)*.

Al salir del desierto se dirigió al Jordan, donde Juan Bautista continuaba predicando la penitencia y la próxima manifestacion del Mesías. Al ver llegar hácia sí al Salvador, el santo Precursor exclamó en presencia de todo el pueblo: Hé aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

El Salvador se atrajo en esta ocasion memorable á sus primeros discípulos: Andrés con Simon Pedro, su hermano, y Felipe, todos tres de la ciudad de Bethsaida, que siendo Apóstoles tan pronto como prosélitos, siguieron al Mesías y le acompañaron á Caná de Galilea.

Poco tiempo despues de su llegada á esta ciudad, un particular celebró sus bodas, en las que se halló la Vírgen santísima. Su modo de vivir humilde, sencillo y modesto, sin desmentirse nunca, no tenia sin embargo nada de extraño; la suplicaron que asistiera á la celebracion de este casamiento, y se dignó aceptar. Jesús fue invitado tambien á la fiesta con sus discípulos; se dignaba presentarse en un festin, que nada tenia en sí que no fuera decente y legítimo, especialmente por ellos y para santificar las bodas con su presencia. La Religion no condena estos goces, si no se apartan de los justos límites; pero desgraciadamente los hombres no saben moderarse, y ha sido preciso suprimir costumbres decorosas para precaver sus abusos.

No eran de temer en un festin donde se hallaban Jesús y María; pero un accidente muy humillante estuvo á punto de turbar la alegría que debia acompañarlo. Al terminar la comida empezó á faltar el vino; María lo advirtió, y sin esperar á que recurrieran á su mediacion, se volvió hácia Jesús y le dijo: No tienen vino. Mujer, le respondió el Salvador, ¿qué nos va á mí y á vos? Aun no ha llegado mi hora [1].

[1] Segun el Griego, estas palabras del Salvador pueden presentar otro sentido que nos parece preferible. *Mujer, ¿qué nos importa esto á vos y á mi?* Ó vos, la mujer por excelencia, que sois madre sin dejar de ser vírgen, ¿de qué importancia puede ser para vos y para mí que no tengan mas vino? Sabeis què este excitador de las pasiones no es necesario para la única generacion que sea digna de Dios, de vos y de mí. *Aun no ha llegado mi hora*: aunque no haya llegado para mí la hora de hacer milagros, sin embargo habeis hablado, y esto me basta; yo la adelantaré por consideracion á mi madre. Así pues, el Salvador revela en la primera parte de su respuesta la sublime dignidad de María, y rinde homenaje en la segunda á su póder omnipotente.

Al leer esta breve respuesta de Jesús á su santa Madre quedamos tal vez admirados de su aparente severidad, porque el Salvador pudo suavizar con su ademan y con el tono de su voz lo que nos parece duro en sus palabras, y el mas tierno de todos los hijos no trató de afligir á la mas querida de todas las madres. Pero queria enseñar, no á María que no lo ignoraba, sino á sus discípulos y parientes, que no debia hacer milagros por consideraciones de carne y sangre. María conoció que su Hijo accedia á su peticion, y dijo á los que servian: Haced cuanto él os dijere.

Veíanse allí seis hidrias ó tinajas de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, capaces de contener cada una de ellas dos ó tres medidas. Jesús les dijo: Llenad de agua las hidrias. Y las llenaron hasta el borde. Jesús añadió: Sacad ahora y llevadla al director del festin; y lo hicieron. Luego que este gustó el agua que habia sido convertida en vino, no sabiendo de dónde procedia, llamó al esposo y le dijo: Todo el mundo da el buen vino al principio, y cuando los convidados han bebido bien, se da el que es inferior; pero tú has guardado el vino mejor hasta este momento. Jesús hizo su primer milagro en Caná de Galilea; resplandeció con él su poder, y sus discípulos se confirmaron en la fe que tenian en Nuestro Señor.

Fué en seguida con su Madre y sus discípulos á Cafarnaum donde permanecieron algunos dias. Esta ciudad opulenta y populosa fue despues la morada mas ordinaria del Salvador, y como el centro de sus misiones: estaba situada en los confines de las tribus de Zabulon y de Neftalí, donde desemboca el Jordan en el mar de Galilea ó de Tiberíades.

Jesús se agregó dos nuevos discípulos, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo; paseándose á orillas de este mar ó mas bien de este gran lago. Lo mismo que Pedro y Andrés, eran pescadores de oficio. Venid y seguidme, les dijo el Salvador; y abandonando sus redes y á su padre, le siguieron al momento. ¡Qué ejemplo de fidelidad á la gracia!

Partió de Cafarnaum seguido de sus discípulos, y se dirigió á Jerusalen, donde llegó algunos dias antes de la festividad de Pascua, con intencion de celebrarla con los judíos y de darnos ejemplo de obediencia á la ley y á la autoridad legítima, y se dió á conocer allí desde luego por una accion que le atrajo todas las miradas. Habiéndose dirigido al templo con sus discípulos, llamó su atencion un abu-

so ya antiguo, ó mas bien una profanacion escandalosa que reanimó su celo. Los interesados judíos formaban una especie de mercado en el recinto de la casa de Dios, donde se atrevian á vender bueyes, carneros y palomas para los sacrificios.

El Salvador no pudo tolerar semejante escándalo; el lugar sagrado que profanaban con tan poco miramiento era la morada de su Padre, y le pertenecia á él vengarle del desprecio de sus adoradores. Ármase de unos azotes de delgadas cuerdas, pero especialmente de ese aire de autoridad que toma un amo indignado contra esclavos insolentes, se dirige hácia los profanadores, los arroja vergonzosamente del templo, dispersa los bueyes y los carneros, derriba las mesas de los tratantes, y lanza á lo léjos su dinero. Quitad esto de aquí, dice á los vendedores de palomas, y no convirtais en una casa de tráfico la mansion de mi Padre.

El principal milagro de esta accion consiste en que se hizo sin haber sido preparada por ningun milagro. Nuestro Señor, á quien no conocian los judíos, lo ejecuta sin que entre tantos hombres interesados en oponerse, uno solo se atreva á hablar para defenderse, pues evidentemente los profanadores habian sentido la impresion de la Divinidad. ¿Cuál no debió ser su espanto cuando oyeron llamar la casa de Dios casa de su Padre, al hombre desconocido que les trataba con tanto imperio?

Esta ruidosa accion no nos enseña tan solo el respeto que debemos tener en nuestras iglesias, mucho mas santas que el templo de Jerusalen, sino que nos muestra además la caridad del Salvador en medio de su ardoroso celo. Dice á los tratantes en palomas que se las lleven: si les hubiera tratado como á los demás, las palomas hubiesen volado y las hubiesen perdido sus dueños; pero Jesús quiere aterrarlos á todos, mas no perjudicar á ninguno, y nos enseña en una accion tan viva, que el celo mas recto debe regirse por la prudencia y moderarse por la caridad.

Nuestro Señor permaneció algun tiempo en Jerusalen y en Judea, y hasta convirtió un sábio doctor de la Sinagoga llamado Nicodemo, á quien explicó en un secreto coloquio todo el conjunto del Cristianismo. Habiéndole obligado á alejarse de la capital el eco inmenso de sus obras, volvió á tomar el camino de Galilea con sus discípulos pasando por Samaria. La leccion siguiente contendrá el relato de este viaje.

pre? Por el contrario, el agua de que te hablo es tal, que jamás tendrá sed aquel que beba de la que yo le daré.

La Samaritana pareció dar crédito á estas palabras, lo cual era el primer paso hácia su conversion; pero no comprendiendo aun la naturaleza de una agua tan maravillosa, le dijo: Señor, dadme de esa agua para que no tenga mas sed y no venga mas aquí á sacarla. Antes de satisfacerte, le dijo el Salvador, vé á Sicar á llamar á tu marido, y tráele aquí contigo. Yo no tengo marido, respondió ella. En esta confesion la esperaba Jesús, pues su misericordia, si así podemos expresarnos, le habia tendido este lazo. Dices verdad, añadió, no tienes marido, porque has tenido ya cinco, y el que vive ahora contigo no es tu esposo legítimo. Jamás has hablado con mas razon que al decir que no tenias marido.

Si aquella mujer no era naturalmente buena, tenia al menos la rectitud de no ocultar la verdad, pues en vez de mentir á Jesús, como tantas otras hubieran hecho, y con mas resolucion en cuanto el reproche era mas fundado, le dijo con un transporte mezclado de vergüenza: Señor, por lo que veo, sois un profeta.

La sencillez de esta confesion la dispuso para ser perdonada, y sin embargo la oveja forcejaba aun bajo la mano del buen Pastor, y tratando, por consiguiente, de desviar la conversacion de un asunto que naturalmente debia desagradarla, la hizo versar sobre la controversia que separaba á los judíos de los samaritanos. Nuestros padres, dijo al Salvador, adoran en el monte de Garizim, y vosotros decís que el lugar donde debe adorarse es el templo de Jerusalen.

Cualquiera que fuera el motivo, esta pregunta hizo caer á la Samaritana en un nuevo lazo de la misericordia. El Salvador se aprovechó de su respuesta para instruirla en el culto perfecto que acababa de establecer sobre la ruina de todos los antiguos, sin exceptuar el culto judáico que, aunque verdadero, no era mas que una preparacion para el culto evangélico.

Mujer, le dijo, créeme, ha llegado el tiempo en que no adoraréis mas al Padre en ese monte, ni en Jerusalen; pero llega el dia, y hasta ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Penetrada de la creencia entonces universal de que habia llegado la época profetizada, le dijo la mujer: Sé que el Mesías está á punto de venir, y cuando haya venido nos explicará todas las cosas. Ese Mesías, díjola Jesús, que los dos pueblos

esperan, que debe instruiros sobre todas las cosas y que aceptais por juez de vuestras contiendas, ese Mesías soy yo, el que te habla.

De este modo, pues, habia conducido el Salvador con arte maravilloso á aquella mujer hasta que dijera que se remitia á la decision del Mesías. Solo faltaba una palabra para coronar la obra de su conversion, y coloca tan á propósito el Salvador esta palabra vencedora, que en el momento que acaba de pronunciarla llegan sus discípulos é interrumpen la conversacion como para quitar á la Samaritana, conmovida ya, la tentacion de disputar mas, y para darle tiempo de reflexionar en silencio.

En efecto, cuando Jesús acababa de decir á aquella mujer: Yo soy el Mesías, los cuatro discípulos que hemos visto alejarse de su Maestro en el pozo de Jacob para ir á la ciudad en busca de víveres volvieron con sus provisiones, y quedaron sorprendidos al ver á Jesús que contra su costumbre hablaba con una mujer. Sin embargo, profesaban tanto respeto á su divino Maestro, que ninguno de ellos se atrevió á decirle: ¿Qué preguntais á esa mujer de Samaria, y por qué le dais libertad para hablaros?

La Samaritana, animada por su parte de ese fuego divino que enciende en las almas rectas la conversacion de Jesús, fué á comunicarlo á los habitantes de su ciudad. Venid á ver, les dijo, un hombre que me ha dicho lo que he hecho: ¿si quizá es este el Cristo? Los samaritanos de Sicar estaban tan persuadidos de que habia llegado la época del Mesías, que, únicamente por lo que les dijo su compatriota, salieron en tropel de la ciudad y fueron á encontrar á Jesús suplicándole que viviera con ellos. Accedió á su deseo, y entró en Sicar, donde empleó dos dias en instruirlos y fortalecerlos en la fe.

El Salvador continuó entonces su viaje hácia la Galilea, cuyos habitantes le recibieron con afan, pues habian presenciado todo lo que habia hecho en Jerusalen durante la fiesta. Luego se habló de él en todo el país, y todos acudian en tropel á las sinagogas donde enseñaba; mas en tanto que todo el mundo publicaba sus alabanzas, Jesús continuaba sin descanso la obra por la cual habia bajado á la tierra.

Dondequiera que habia una miseria que aliviar, era seguro verle acudir para prodigar su auxilio. Lo mismo que el alma, el corazon y el cuerpo del hombre estaban contaminados por la llaga del pe-

cado, y todas las palabras, todas las acciones y todos los milagros de Nuestro Señor tenian por objeto curar estas tres partes de nosotros mismos. Y no es esto todo, pues el hombre, esclavo del pecado, lo era tambien del demonio, al cual voluntariamente se habia impuesto por soberano obedeciéndole mas bien que á Dios. El objeto de la venida del Mesías era tambien libertarle del yugo humillante de este cruel tirano, y hasta parece que en los dias de la predicacion de Jesucristo Dios dió un poder mas ámplio al enemigo del linaje humano, para proporcionar mayor realce á las victorias de su Hijo.

Un dia de sábado entró en la sinagoga donde estaban reunidos los Doctores y el pueblo, y repentinamente el demonio exclamó con voz fuerte y terrible por boca de un poseso: Déjanos en paz, Jesús de Nazareth, no nos perturbes en nuestra posesion; ¿qué tienes tú con nosotros? ¿No has venido, pues, al mundo mas que para declararnos la guerra, y para que cese el poder que ejercemos sobre los hombres? Sé quién eres, el Santo de Dios. El Salvador no esperaba la verdad del padre de la mentira; y tomando un tono amenazador dijo estas breves palabras al espíritu maligno: Enmudece, y sal del cuerpo de ese hombre.

Convenia á la gloria de Dios que la posesion no fuese dudosa, y para que el milagro apareciese de un modo incontestable, Jesús permitió al demonio que hiciera sentir durante algunos momentos su despecho y su desesperacion al desventurado que le obligaban á abandonar. El espíritu infernal, al salir de su esclavo lanzando alaridos, le causó violentos tormentos y espantosas convulsiones, le arrojó bruscamente en medio de la asamblea, pero no hizo mas que mostrar la impotencia de su rabia, porque el poseso se halló sin incomodidad alguna y sin heridas, y tan sano de cuerpo como libre de espíritu.

El milagro era público y verídico, pero Nuestro Señor lo habia hecho con tan tranquila apariencia, y se habia mostrado, al hacerlo, tan seguro del buen éxito, que el modo con que se habia verificado el prodigio era tan asombroso como el prodigio mismo. Sin alterarse despues del suceso, así como no se habia afanado durante la accion, dejó á todos los espectadores sumidos en una sorpresa tanto mayor, cuanto él no experimentaba ninguna.

Así pues, cuando los galileos vieron que los milagros acompaña-

ban las palabras del Salvador, y que tanto le costaba hacerse obedecer del infierno como mostrar el camino del cielo, experimentaron un terror respetuoso. ¿Qué indica lo que vemos? se preguntaban unos á otros; ¿qué nueva doctrina es esta? ¿qué nuevo Doctor es este que manda á los espíritus inmundos, y al instante le obedecen?

El rumor del milagro obrado en el poseso y la admiracion hácia su libertador se extendieron sin tardanza desde la sinagoga á toda la ciudad de Cafarnaum y hasta las mas recónditas comarcas de Galilea. Esta fama no era la mas á propósito para permitir al Salvador una vida muy tranquila, y al momento le hubiera acosado una multitud de afligidos, si la circunstancia del sábado no hubiera contenido á los mas anhelosos en una inaccion que creian prescrita.

El sábado comenzaba por la tarde y terminaba á la misma hora del dia siguiente. Luego que hubo transcurrido, todas las familias en que habia enfermos, achacosos de toda especie y demoníacos ó posesos, se pusieron en movimiento y se apresuraron á llevarlos á la presencia de Jesús. El número de ellos era tan inmenso, que toda la ciudad estaba reunida en la puerta de la casa. El Salvador los curó á todos sin excepcion; los enfermos le bendecian como á su libertador, y los demonios arrojados de las almas y de los cuerpos, exclamaban al salir: Eres el Hijo de Dios.

De este modo realizaba el Salvador aquellas palabras del profeta Isaías al hablar del Mesías: Está cargado de nuestras flaquezas, y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades. Lo cual quiere decir: El Salvador ha recibido el poder, no solamente de purificar nuestras almas de la mancha del pecado, sino tambien de curar las dolencias de nuestros cuerpos, porque está encargado de pagar á Dios, su Padre, con la efusion de su propia sangre todas las penas, ora eternas, ora temporales, merecidas por el pecado, y entre las cuales deben contarse las dolencias de la vida, la necesidad de la muerte y las violencias del demonio.

Jesús no se contentaba con curar los cuerpos quitando los demonios y las enfermedades, sino que se dedicaba tambien á la curacion de las almas, disipando las tinieblas del error y de la ignorancia, que son las consecuencias del pecado; y para que se tuviera fe en sus palabras, patentizaba su divinidad con ruidosos milagros, y preparaba el pueblo privilegiado á creer en la vocacion de todos los pue-

blos y á entrar en una religion que, en vez de circunscribirse á los límites de la Palestina, debia tener por campo el mundo entero. Bajo estas bases, pues, instruia á aquella inmensa multitud.

Habia empero en la asamblea Fariseos, Escribas y Doctores de la ley, que de todos los puntos de Galilea, de Judea y de Jerusalen habian acudido á ella con el designio quizás de examinar sus palabras y espiar sus acciones; y como el crédito que se habia granjeado les ofendia ya en extremo, buscaban una ocasion para disfamarle ó perderle, pudiendo considerarse aquel dia como el principio de la guerra cruel que no cesaron ya de hacer á su persona, á su doctrina y á sus discípulos hasta la completa ruina de su nacion. Aquellos perversos estaban sentados á su lado, y le escuchaban con maligna atencion, cuando fue interrumpido su discurso por un singular acontecimiento que atrajo las miradas de todos los espectadores.

Cuatro hombres llevaban á un paralítico tendido en su lecho para presentarlo al Señor, y no habiendo logrado atravesar la multitud, concibieron la idea de subir al enfermo á lo mas alto de la casa que, segun la costumbre del país, formaba una azotea descubierta, y practicaron en el techo una ancha abertura por la cual bajaron al paralítico, acostado en su misma cama, hasta los piés del Salvador y en medio de la asamblea. Jesús se enterneció al ver la fe viva del enfermo que imploraba su auxilio, y la ingeniosa caridad de los que le presentaban. La ocasion era excelente para aliviar á un desgraciado, confundir á los incrédulos, aumentar la gloria de su Padre y autorizar su mision, y por esta razon la aprovechó. Hijo mio, dijo al paralítico, ten confianza, y serán perdonados tus pecados. Profundas palabras que nos revelan que las dolencias del cuerpo son con frecuencia el efecto de las enfermedades del alma.

Al oir estas palabras, los Escribas y Fariseos empezaron á discurrir y á decirse á sí mismos: ¿Cómo es que usa este hombre semejante lenguaje? Blasfema, se arroga un poder que no tiene. ¿Quién puede perdonar los pecados si no es Dios tan solo? Habiendo leido Jesús estos pensamientos en su corazon, les dijo: ¿Por qué concebís interiormente malignas sospechas contra mí? ¿Es mas fácil decir á un paralítico: Tus pecados serán perdonados, que decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?

Ahora bien, para que sepais que el Hijo del Hombre tiene en la

tierra el poder de perdonar los pecados, oid lo que voy á deciros, y ved cuál va á ser la eficacia de mis palabras. Y mirando entonces al paralítico, le dijo: Levántate, yo te lo mando, llévate tu lecho, y vuélvete á tu casa. Y el hombre se levantó al momento, y cargando sobre sus hombros su lecho, tomó el camino de su casa publicando las alabanzas de Dios.

Uniéronse á las acciones de gracias del paralítico las aclamaciones de los asistentes que decian: Nunca se vió al Señor hacer tan grandes maravillas en su pueblo; y todos á un tiempo glorificaron á Dios por haber comunicado al hombre un poder tan divino como el de perdonar los pecados. En efecto, este poder, mas aun que el de curar las enfermedades, era el fin de la encarnacion del Hijo de Dios, y el mas necesario así como el mas precioso de todos los bienes que debia proporcionar á la naturaleza humana. De aquí la sorpresa, la admiracion y la alegría del pueblo, al ver que Dios se habia dignado comunicar á los hombres este derecho que parecia el mas incomunicable de todos los de la Divinidad.

Jesús partió despues de este milagro; y le siguió todo el pueblo, al que instruia segun su costumbre. El Salvador emprendió esta especie de viaje con cierto designio, pues meditaba una conquista tanto mas gloriosa á la fuerza de la gracia, cuanto el objeto podia parecer menos dispuesto á seguir sus impresiones.

Al pasar por delante de la oficina de las Rentas donde se pagaban las contribuciones impuestas á la nacion, vió sentado en su despacho á un hombre llamado Mateo, y le dijo: Sígueme. Mateo se levantó, y abandonándolo todo, le siguió, siendo él mismo quien, discípulo primeramente, apóstol despues, y últimamente historiador de su Maestro, nos cuenta los pormenores de este acontecimiento. Con objeto de honrar la naturaleza humana, á la cual no se habia desdeñado unirse, se ve constantemente al Hijo de Dios elegir hombres de todas las condiciones para hacerlos cooperadores suyos en la obra de la redencion del mundo.

Tenia ya un número bastante considerable de discípulos; pero hasta entonces todos eran á poca diferencia iguales, y queria que ocupasen el puesto mas distinguido, y fuesen los padres y jefes del nuevo pueblo que iba á crear en la tierra. Habia llegado el momento en que debia hacer esta eleccion, la mas importante para el universo, y antes de proceder á ella, el Salvador fué á un monte y pasó la no-

ché orando en su cima. No necesitaba estos preparativos, mas convenia que diera el ejemplo á su Iglesia, que se ha impuesto la ley de imitarle religiosamente, como lo vemos por los ayunos y oraciones con que hace preceder siempre la eleccion y la consagracion de sus ministros.

Luego que se hizo de dia llamó á sus discípulos, entre los cuales habia elegido doce para tenerlos á su lado y con designio de enviarles á predicar, y les honró con el nombre de Apóstoles, que significa enviados, concediéndoles el poder de curar los enfermos y arrojar los demonios.

Hé aquí el nombre de los doce Apóstoles: Simon, á quien Jesús dió el nombre de Pedro; Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo el Publicano, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, y Judas, su hermano, llamado Tadeo; Simon el Cananeo, llamado el Celoso, y Judas Iscariotes, aquel que le vendió.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que curó á la vez nuestra alma iluminándola, nuestro corazon purificándolo, y nuestro cuerpo aliviándolo; concedednos la gracia de que entendamos y practiquemos sus lecciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero suplicar hoy mismo por los pecadores y los enfermos.*

LECCION VI.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO PRIMERO.

Sermon del monte : se divide en dos partes.—Fundamentos de la sociedad nueva : ocho bienaventuranzas.—Deberes de los Apóstoles y de los sacerdotes.—Deberes comunes á los sacerdotes y á los fieles : pureza de intencion, oraciones, ayuno, limosna, confianza ilimitada en la Providencia.—Curacion de un leproso y del siervo de un centurion.

Despues de elegir sus Apóstoles, el Salvador bajó del monte con ellos y los demás discípulos ; esperábanle en el llano una multitud infinita de pueblo de toda la Judea, de Jerusalen y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian ido para oirle y curarse de sus dolencias. El Salvador les curó á todos, y despues de haber sanado los cuerpos, creyó que habia llegado el momento favorable para trabajar por la salvacion de las almas. Habiendo vuelto á subir á la altura, se sentó en medio de sus discípulos, y pronunció con voz bastante elevada, para que le oyera todo el pueblo, aquel admirable discurso que se llama el sermon del monte. Acerquémonos para recoger las palabras de luz y de salvacion que van á salir de la boca divina, pues lo mismo se pronunciaron para nosotros que para ellos.

El discurso del Hijo de Dios puede dividirse en dos partes. La primera es relativa principalmente á los Apóstoles y á sus sucesores en el ministerio evangélico, y la segunda se dirige á todo el pueblo presente y á todos los pueblos cristianos en la continuacion de los siglos. Jesucristo, fundador de una sociedad nueva, ó mas bien restaurador de la sociedad humana degradada por el pecado, sienta las bases del nuevo órden de cosas que acaba de establecer, y despues traza sus deberes á los sacerdotes y á los fieles.

1.° Sienta las bases del nuevo órden de cosas que acaba de establecer. Como príncipe de la paz, quiere que esta reine en el corazon del hombre para que reine en la sociedad universal de que es fundador; pero el corazon del hombre es como un mar agitado, pues habiendo sido hecho para la paz ó la felicidad, no la busca donde se

halla. El Salvador va á enseñárselo, y á destruir al mismo tiempo todas las ideas que se habian formado la razon degenerada, la filosofía y el mismo judaismo que no imaginaban otra bienaventuranza que la que se encuentra en el goce de las riquezas, de los honores y de los placeres.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, dice el divino Preceptor «del linaje humano, porque de ellos es el reino de los cielos.» Por pobres de espíritu se entiende los que lo han abandonado todo por seguir á Jesucristo; los que en medio de las riquezas tienen el espíritu desprendido de los bienes de la tierra, y los que nacen y viven en la pobreza sin queja ni impaciencia. La felicidad eterna les pertenece á todos bajo el título majestuoso de reino.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra;

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque «ellos serán hartos;

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán mi-«sericordia;

«Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á «Dios;

«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de «Dios;

«Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, por-«que de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuan-«do os maldijeren, y os persiguieren, y os dijeren todo mal contra «vosotros mintiendo, por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vues-«tro galardon es muy grande en los cielos. Pues así tambien persi-«guieron á los Profetas que fueron antes que vosotros.»

El desprecio, el mismo temor de las riquezas, honores y deleites, y el deseo ardiente, sincero y eficaz de todas las virtudes; hé aquí la base del Cristianismo y las condiciones de la felicidad. Practiquen todos los hombres estas divinas lecciones, y la sociedad cesará de ser una sangrienta arena donde todas las pasiones desencadenadas se disputan los bienes sensibles, y el cielo baja á la tierra, y el mundo es regenerado, que es el objeto del Salvador.

2.°. Traza á los sacerdotes sus deberes. El Hijo de Dios mismo predicaba en Judea estas verdades tan elevadas y tan duras al hombre degradado, y daba el ejemplo de las virtudes que exigen. Des-

pues de él estas mismas verdades debian ser anunciadas en todo el universo. ¡Qué fidelidad debian tener los que debian encargarse de tan augusto ministerio para no quitar ni una jota del código reformador, pero especialmente qué santidad, pues que el ejemplo de los predicadores es el Evangelio de los pueblos y la sancion de la doctrina! El divino Maestro se apresura á recomendársela á los Apóstoles, y en su persona á todos sus sucesores.

«Vosotros sois la luz del mundo, les dijo; sois la sal de la tierra, «y como una ciudad construida sobre un monte expuesta á todas las «miradas del cielo y de la tierra. Brillad con tal santidad, que todos «los que os vean dén gloria á vuestro Padre que está en el cielo. «La Religion de que sois ministros y conservadores no es una reli«gion nueva, sino el perfeccionamiento de la ley antigua.» Ahora bien, si se exigia la santidad á los ministros de la ley de Moisés, con mas poderosa razon es un deber para los ministros del Evangelio, y el Salvador se apresura á demostrarles la superioridad de la ley de gracia sobre la ley de temor, su extension y su rigurosa obligacion.

3.° Traza á los fieles sus deberes. Despues de haber expuesto las obligaciones particulares de los jefes de la sociedad nueva que establece, Nuestro Señor traza los deberes comunes á todos los Cristianos, á los pastores y á las ovejas, insistiendo especialmente en un punto esencial que es el resúmen del Evangelio y el heroismo de la virtud: el amor al prójimo y á los enemigos.

«Os han enseñado, dijo el divino Legislador: Amarás á tu prójimo «y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros ene«migos, haced bien á los que os aborrecen, bendecid á los que os «maldicen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que «seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace na«cer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. «Porque si amais solo á los que os aman, ¿qué recompensa mere«ceis? ¿No hacen lo mismo los publicanos[1]? Y si saludáreis tan so«lamente á vuestros hermanos, ¿qué haceis de mas? ¿No hacen esto «mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vues«tro Padre celestial es perfecto.»

[1] Llamábanse publicanos entre los judíos los que recaudaban los impuestos, y eran odiosísimos á los judíos, los cuales creyéndose libres porque descendian de Abraham, no los consideraban en cierto modo mas que como ladrones públicos: tal vez lo eran secretamente...

Tal es la perfeccion á que somos llamados por el Cristianismo, y la que se nos ha dado como modelo, no para que la igualáramos, porque, ¿quién es perfecto como Dios? sino para que nos esforcemos en conseguirla y en progresar incesantemente en ella por la misma razon de que jamás la igualarémos. Y para que aprovechemos todo cuanto puede conducirnos á esta perfeccion sublime, el divino Maestro recomienda especialmente la pureza de intencion que da un valor infinito á las mas humildes obras.

Pero, ¿cómo llegarémos á alcanzar esta pureza de intencion, base necesaria de todas las verdaderas virtudes, así como la perfeccion divina á la cual estamos obligados? ¿No es cierto que una y otra son superiores á nuestras fuerzas? El Salvador, que preveia la objecion, se apresura á contestar, y con la bondad interesante que le caracteriza nos pone en las manos un medio infalible para alcanzar el fin sublime á que nos llama: es la oracion.

«No temais, dijo, pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad «y se os abrirá. En efecto, ¿quién de vosotros, si su hijo le pide «pan, le dará una piedra? ¿ó si le pidiere un pez, le dará una ser«piente? Si vosotros, pues, á pesar de ser tan insensatos, tan im«perfectos y tan malos, sabeis dar cosas excelentes á vuestros hijos, «¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará bienes á los «que se los pidan? Hé aquí cómo debeis orar; diréis: Padre nuestro «que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, etc.»

El divino Legislador añade á la oracion el ayuno y la limosna: esto le da ocasion para combatir la avaricia, y segun su costumbre, ataca esta pasion hasta en su raíz, es decir, hasta en el corazon humano. «No querais, dice, atesorar con ahinco tesoros en la tierra, «oro, plata y ricos trajes, pues el orin consume los metales, la po«lilla los vestidos, y los ladrones, diestros en buscar por todas par«tes, arrebatan unos y otros. Colocad vuestros tesoros en el cielo, «porque las buenas obras que allí depositeis estarán seguras, y vues«tros tesoros no se verán expuestos á la codicia de los ladrones, ni «á la destruccion del orin y la polilla. No teniendo bienes mas que «en el cielo, os trocaréis en hombres celestiales, porque á todos atrae «y domina lo que se posee, y porque donde está el tesoro del hom«bre, allí está tambien su corazon.

«No creais que os sea posible servir á un tiempo á dos señores: «porque ó aborreceréis al uno y amaréis al otro, ó al uno sufriréis,

«y al otro despreciaréis. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por «tanto os digo, no andeis afanados para vuestra vida, qué comeréis, «ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es mas preciosa la vida «que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? ¿Cómo os ha de «negar, pues, vestidos y alimento el que os dió la vida y el cuerpo?

«Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni tienen «trojes ni provisiones, pero vuestro Padre que está en los cielos, que «es su Criador y no su Padre, tiene cuidado de alimentarlas. Pues «¿no sois vosotros mucho mas que ellas? Además ¿por qué habeis de «inquietaros? ¿Quién de vosotros puede añadir un codo á su estatu-«ra? Y lo que os digo de la comida, aplicadlo tambien al vestido.

«Considerad cómo crecen los lirios del campo, y eso que no hilan «ni trabajan; os digo, sin embargo, y es cierto, que Salomon en el «mayor aparato de su magnificencia no estaba tan espléndidamente «ataviado como uno de esos lirios. Pues si un lirio, que no es mas «que una planta del campo que hoy está sobre la tierra y mañana es «arrojada al fuego, Dios cubre y adorna de tal modo, ¿cuánto mas «cuidado no tendrá de vosotros, hombres de poca fe?

«No os acongojeis, pues, ni pregunteis con inquietud y descon-«fianza: ¿Dónde encontrarémos comida y bebida? ¿quién nos pro-«porcionará vestido? Solo los gentiles se afanan por estas cosas, y «vuestro Padre celestial que sabe que teneis necesidad de ellas, pue-«de y quiere proporcionároslas. Buscad, pues, primeramente el rei-«no de Dios y todas las virtudes que prescribe, y todo lo demás os «será añadido.»

Evitemos, sin embargo, el traspasar las palabras del divino Maestro. El que nos prohibe los afanes nos prescribe el trabajo, el que nos veda la desconfianza acerca de las necesidades de la vida nos manda que seamos solícitos en presentárselas todos los dias á Dios, y el que se indigna de nuestra sujecion á las necesidades del cuerpo, hasta tratar de conducta gentílica el extender nuestra prevision hasta los dias que nunca brillarán tal vez para nosotros, tuvo en manos de sus discípulos provisiones para los dias siguientes. Las palabras de un Dios no pueden contradecirse ó desmentirse por sus acciones.

¿Qué ha pretendido, pues, con la especie de exceso que encierran, al parecer, las palabras de su instruccion? Darnos á conocer el exceso monstruoso de nuestro apego á los bienes de la tierra, el exceso del olvido en que vivimos acerca de los cuidados de la Providen-

cia, el exceso de la preferencia que damos á nuestras necesidades temporales sobre las de nuestras almas, y el exceso de nuestro desaliento, que en la insuficiencia de nuestros propios trabajos nos impide descubrir un recurso en el soberano Señor á quien tantas veces llamamos todos los dias Padre nuestro.

Quiere que cuidemos de conservarnos en el estado en que nos ha puesto, mas sin convertirnos en adoradores del dios de las riquezas; consiente en que seamos previsores en cuanto á las necesidades de nuestras personas y de nuestras familias, pero sin dar á estos cuidados una inquietud que absorba el de nuestra salvacion y haga desaparecer el fondo de los pobres, y permite, en fin, que reservemos alguna cosa para el dia de mañana, pero con tan poco apego, que sepamos olvidarnos y si es preciso sacrificarnos en las ocasiones en que la gloria de su nombre, el alivio del prójimo y el progreso del Evangelio exijan de nosotros grandes sacrificios.

El desprecio á la tierra y el amor al cielo y á todo lo que á él nos conduce constituyen las bases divinas sobre las cuales establece su Religion Nuestro Señor, y con ellas destruye de un solo golpe en el corazon del hombre el desarreglado amor á las riquezas, honores y deleites, la venganza, el odio y todas las malas pasiones, tristes frutos del pecado y causa de todos los males del mundo; y restituyendo al hombre á su perfeccion primitiva, asegura su felicidad ya en esta vida y se muestra verdaderamente su Salvador.

Así pues, el Hijo de Dios terminó su admirable discurso con estas admirables palabras: «El que oye las palabras que acabo de decir y «arregla su vida segun mi doctrina, será comparado á un varon sá-«bio que edificó su casa sobre la peña; descendió lluvia, y vinieron «rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, «y no cayó, porque estaba cimentada sobre piedra. El que por el con-«trario oye mis palabras sin provecho y sin cumplirlas será semejan-«te á un hombre loco que edificó su casa sobre arena; descendió la «lluvia, y vinieron rios, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente «sobre aquella casa, y cayó; y sus dispersas ruinas anunciaron á los «caminantes la locura del dueño.»

Despues de este discurso, el mas hermoso que pudo oir jamás el hombre, llenos de admiracion los oyentes, exclamaron con el mas vivo entusiasmo: No, nuestros Doctores y Escribas nada son en comparacion del Maestro que acaba de hablarnos.

El Salvador, que para consuelo de los que le oian acostumbraba acompañar sus discursos con algun acontecimiento extraordinario con que formaba su conclusion y la prueba de su moral, habia dispuesto las cosas de tal modo que á continuacion de su predicacion se proporcionó la ocasion de un milagro. Cuando bajó del monte se vió rodeado de una multitud innumerable que le esperaba [1].

Al mismo tiempo se le acercó un leproso, le adoró y le dijo prosternado en el suelo: Señor, si quereis podeis curarme. Jesús se compadeció de él, y extendiendo la mano, le tocó diciendo: Quiero, sé curado. Y apenas hubo hablado, desapareció la lepra de aquel hombre. Jesús mandó que lo alejasen al momento, y le dijo: No digas á nadie que te he curado.

Me preguntaréis tal vez, ¿por qué el Salvador exigia de vez en cuando el secreto respecto á los milagros que hacia? De las diversas razones que se dan, la única que tiene alguna probabilidad es que queria enseñar á sus discípulos y á todos cuantos debia comunicar el don de los milagros, á ocultarlos en cuanto era posible para huir de este modo de los aplausos de los hombres, y de las peligrosas tentaciones de la vanidad. Por lo demás, contentémonos con saber que muchos eran dignísimos de su sabiduría, y segun la circunstancia del tiempo, del lugar y de las personas.

Vé únicamente á mostrarte á los sacerdotes, continuó Jesús dirigiéndose al leproso, y preséntales las ofrendas exigidas por la ley de Moisés en testimonio de tu curacion. El Salvador le obligó á dar este paso por deferencia hácia la ley; porque él mismo observó la ley de Moisés en todos los puntos que le pertenecian.

Un pobre enfermo, súbitamente libertado de sus dolores y de una humillante confusion, difícilmente puede contener su deseo de divulgar las bondades y el poder de su libertador; y el leproso estaba tan fuera de sí de alegría, que ó no entendió el mandato de Jesucristo, ó no se creyó obligado á obedecerle. Lo cierto es que se retiró de la presencia del Salvador, pero contó el milagro abiertamente y por todas partes. La imprudencia ó la gratitud acarreaba á Nuestro Señor un aumento de trabajo, pues la multitud de los que le asedia-

[1] Hemos visto al Salvador orar antes de enseñar y despues de haber enseñado, confirmar su doctrina por medio de obras milagrosas, y en cada paso de su vida pública hallamos el mismo órden. ¡Oh, qué ejemplo para los maestros y los superiores!



ban, como á pesar suyo, tenian con él tan poco miramiento, que pudiendo mostrarse en público en la ciudad, se veia precisado á ocultarse para orar en los sitios solitarios. Su tierna caridad le alejó de ellos muy pronto, y le hizo volver á los lugares que tan cuidadosamente evitaba. Fué, por consiguiente, á Cafarnaum, donde encontró lo que habia ido á buscar su previsora bondad.

Un centurion, es decir, un oficial que mandaba cien soldados, fué á implorar su auxilio, y lo hizo como acostumbran los militares cuando tienen religion y fe, de esa manera sencilla y franca que conquista el corazon de los hombres y asegura cerca de Dios el buen éxito de la oracion. Señor, dijo á Jesús, mi siervo paralítico está postrado en casa y es réciamente atormentado. Bien, le dijo Jesús, iré y lo sanaré.

¡Ah! Señor, respondió el centurion confuso: No soy digno de que entreis en mi casa. Sin salir del sitio donde os hallais, decid solamente una palabra [1], y será sano mi siervo. Sé que los males mas tenaces os obedecen como los soldados á su jefe. Yo no soy mas que un oficial subalterno y sujeto á la autoridad de otro, y no tengo mas que cien hombres bajo mis órdenes; mas sin embargo mis soldados dependen de tal modo de mi voluntad, que solo tengo que hablar para ponerlos en accion. Que yo diga á este: Vé á tal paraje, y va; y diga al otro: Ven, y viene; y diga á mi siervo: Haz esto, y lo hace. Y Vos, cuyo poder es soberano é independiente, ¡cuánto mejor os haréis obedecer de todas las criaturas con uno solo de vuestros mandatos!

Esta profesion de fe, noble y sencillamente expresada bajo una comparacion militar, era muy interesante en boca de un gentil. El Salvador, sin sorprenderse, porque nada podia causarle sorpresa, no dejó de manifestar la admiracion que le causaba, y se aprovechó de ella para dar una leccion muy útil á los judíos.

[1] La traduccion literal de estas palabras: *Dic tantum verbo*, etc., presenta un sentido admirable y enteramente de acuerdo con las palabras que dirá despues el centurion: *Dic tantum verbo;* decid solamente á vuestra palabra, mandad solamente á vuestra palabra, y semejante á un mensajero fiel y omnipotente, irá, cumplirá vuestro encargo, y curará mi criado; porque sois omnipotente, y el que todo lo puede hace lo que quiere hablando, á pesar de las dificultades y de las distancias. *Nihil enim*, dice san Agustin, *medium est inter opus Dei atque praeceptum, quia in praecepto est opus... quia voluntas Dei potestas est*. (Homil. in Luc. lib. V, n. 1).

En verdad os aseguro, les dijo, que desde que predico entre vosotros no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo que vendrán muchos gentiles de Oriente y de Occidente, y serán admitidos en el reino de los cielos, y se sentarán allí en el festin eterno con Abrahan, Isaac y Jacob, en calidad de legítimos hijos de aquellos santos Patriarcas cuya fe habrán imitado. Mas los hijos del reino, es decir, los israelitas, hijos de los Patriarcas segun la carne, y destinados á ser los primeros súbditos de la Iglesia, serán arrojados á las tinieblas de su incredulidad, de donde pasarán á las tinieblas eternas, y allí será el llanto y el crujir de dientes. Vé, le dijo entonces el Salvador al centurion, y como creiste así te sea hécho. Y en el mismo instante que Jesucristo hablaba el siervo fue curado.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador para enseñarnos y curarnos de todas las consecuencias del pecado. Dadnos la gracia de que amemos, como él nos lo ha recomendado, la pobreza, las humillaciones y los padecimientos; y dadnos tambien el espíritu de oracion para que podamos llegar á la perfeccion que exigís de nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero orar por los que me hagan mal.*

LECCION VII.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO SEGUNDO.

Resurreccion del hijo de la viuda de Naím.—Discípulos de Juan Bautista.—Multiplicacion de los panes.—Pedro anda sobre las aguas.—Promesa de la Eucaristía.—Pedro es elegido jefe de la Iglesia.—Transfiguracion.

Despues de la curacion del siervo del centurion, el Salvador hizo otros varios milagros : curó á una mujer que padecia un flujo de sangre doce años hacia, resucitó á una jóven, y dió al pueblo gran número de instrucciones. Envió á sus Apóstoles á los lugares á donde no podia ir en persona para predicar el reino de Dios, curar los enfermos y arrojar los demonios, y durante la mision que trató de hacer mientras estaban ausentes sus doce Apóstoles, se asoció cierto número de discípulos que destinaba consecutivamente á un ministerio inferior, y que debian trabajar bajo las órdenes de los primeros ministros. De este modo ponia el Salvador los cimientos de la jerarquía eclesiástica, y con designio de formarlos para sus cargos, quiso tenerlos entonces por cooperadores y testigos de sus maravillas.

Un dia que caminaba en su compañía, seguido de una multitud innumerable de pueblo, tomó el camino de una ciudad llamada Naím, y al acercarse á las puertas se encontró, por una de esas casualidades aparentes, que no lo eran nunca para el Salvador, que llevaban un muerto á darle sepultura.

Era un jóven, hijo único de una viuda. La madre iba detrás del féretro, y con ella un gran número de personas de la ciudad, y lloraba amargamente. Luego que la vió el Salvador, movido á compasion le dijo : No llores. Y acercándose, tocó el féretro. Estas pocas palabras decian mucho en boca del Hombre-Dios; anunciaban un milagro, y lo hizo. Los que llevaban el féretro se pararon. Tomando entonces ese tono absoluto que solo corresponde al Árbitro soberano de la vida y de la muerte : Jóven, dijo, levántate, yo te lo mando. El muerto escucha, se sienta y empieza á hablar; y Jesús se lo devuelve á su madre.

Todos los espectadores quedaron llenos de temor; sin embargo

su admiracion se mostró súbitamente con acciones de gracias, y con voz unánime exclamaron bendiciendo al Señor: El gran Profeta apareció entre nosotros, y Dios visitó á su pueblo. Esta expresion designaba el Mesías y la época feliz de su venida.

El rumor de este milagro se esparció por toda la Judea y por todos los países cercanos, y llegó hasta los oidos de Juan Bautista, que se hallaba entonces en la cárcel donde le habia encerrado el culpable Herodes. El santo Precursor envió, pues, dos de sus discípulos á Jesús para hacerle esta pregunta: ¿Sois Vos el que debe venir, ó debemos esperar á otro?

Fácil es penetrar su designio; Juan no podia ignorar lo que era Jesús, siendo él quien le daba á conocer á los demás, ni empezar á dudar si era el Mesías cuando hacia milagros, habiéndole reconocido como tal antes de haberlos hecho. Pero sus discípulos, demasiado prevenidos en favor de su maestro, dudaban aun si era preferible Jesús, y Juan quiso que lo viesen con sus propios ojos, cuyo testimonio acabaria de convencerles.

Los dos encargados, que eran, segun parece, de los mas incrédulos, se presentaron, pues, á Jesús y le dijeron: Juan Bautista nos envia á deciros: ¿Sois Vos el que debe venir, ó debemos esperar á otro? Antes de contestarles, Jesús hizo lo que Juan habia previsto; mandó en el acto que se acercasen los enfermos, los achacosos, los ciegos, los cojos y los posesos que habia entre la multitud, y los curó y libertó á todos. Y dirigiéndose despues á los dos enviados, les dijo: Id y contad á Juan lo que habeis visto y oido: los cojos andan, los ciegos ven, los leprosos están purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y se predica á los pobres el Evangelio. ¡Bienaventurado el que en mí no fuere escandalizado!

Esta respuesta se dirige á Juan porque la habia pedido en su nombre; pero en el fondo era para los discípulos que hicieron la pregunta. Ahora bien, la respuesta del Salvador no admitia réplica, porque el profeta Isaías vaticina que en tiempo del Mesías se abrirán los ojos de los ciegos, que oirán los oidos de los sordos, y que entonces el cojo saltará como el ciervo, y se soltará la lengua de los mudos. Es visible que Nuestro Señor hace alusion á estas palabras, lo cual es para los discípulos de Juan una doble prueba, la de los milagros y la del cumplimiento de las profecías.

Cuando partieron, Jesús aprovechó la ocasion de su embajada pa-

ra hacer un magnífico elogio de su Precursor. Dijo que la época de las promesas habia durado hasta la venida de Juan Bautista; que despues de su predicacion, debia suceder á ellas su cumplimiento, y la verdad á las figuras, y que si los judíos conocieran bien á Juan Bautista verian que es el último de los órganos de la ley, y que habia llegado el reinado del Mesías.

Pero no, añade el Salvador, le desconoceis lo mismo que á mí, y tanto os aprovechais de sus palabras y ejemplos como de los mios. Habeis visto en Juan Bautista un hombre que vive en la austeridad y la mortificacion, y habeis dicho, vosotros los Fariseos: Está poseido del demonio. El Hijo del Hombre ha venido por el contrario comiendo y bebiendo, y llevando una vida comun y ordinaria, y habeis dicho: Es un hombre gloton y amigo de publicanos y pecadores.

De modo que bajo cualquiera forma que se les presentara la sabiduría, los judíos encontraban razones para eximirse de seguirla. ¡Ah! cuántos judíos hay entre los Cristianos! El Salvador concluyó con estas interesantes palabras: Venid, pues, á mí los que gemís bajo el peso de vuestras miserias, y los que resistís penosamente á los atractivos de la concupiscencia, que yo os libertaré de vuestras flaquezas, aliviaré vuestro trabajo, y os levantaré en vuestras caidas. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazon, y hallaréis reposo para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Poco tiempo despues Juan Bautista fue muerto por órden de Herodes, y el Salvador se dirigió á Cafarnaum donde permaneció algunos dias. Cruzó el mar de Tiberíades acompañado de sus discípulos, y entró en un vasto desierto; pero los pueblos que seguian todos sus pasos hallaron medio de reunirse con él para oir sus lecciones y conseguir la curacion de sus dolencias. Entonces fue cuando, para recompensar su fidelidad atendiendo á sus necesidades, multiplicó milagrosamente cinco panes y dos peces, con los cuales sació á cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Admirado el pueblo de tanto poder y tal bondad, quiso hacerle rey; porque él es verdaderamente, decia, el Cristo, el gran Profeta que debe venir al mundo. Pero como estaban falsamente persuadidos de que el Cristo ceñiria la corona temporal de Israel, Jesús huyó para desengañarlos, y se retiró á un monte donde pasó á solas toda la noche en oracion.

Los Apóstoles navegaban en tanto con mucho trabajo por el mar de Tiberíades, cuyas olas agitadas por una deshecha borrasca amenazaban sepultarlos en su seno, y compadecido el Señor de sus angustias, bajó del monte al asomar el dia, y llegó hasta ellos andando sobre las aguas. Este espectáculo les infundió tanto temor, que lanzaron voces de alarma. Jesús les tranquilizó diciendo: Tened buen ánimo, yo soy, no temais. Pedro, segun acostumbraba, mas fácil de convencer y mas pronto en inflamarse que los demás Apóstoles, dió muestras de su tierno amor hácia su divino Maestro: Señor, le dijo, si sois Vos, mandad que vaya á Vos andando sobre las aguas. El Salvador le dijo: Ven. Y Pedro fué hácia él andando sobre las aguas.

Todos estos milagros, especialmente el de la multiplicacion de los panes, no eran mas que el preludio y el anuncio de otro mucho mas admirable. El Hijo de Dios habia querido preparar los ánimos con esta multiplicacion maravillosa para el gran prodigio de la Eucaristía. En efecto, aquella misma tarde estando de regreso en Cafarnaum, anunció al pueblo que habia ido á escucharle en mayor número que el dia anterior, que les daria un pan mejor que aquel con que les habia saciado, un pan mas celeste que el maná con que sus padres se habian alimentado en el desierto.

Yo, les dijo, soy el pan vivo que descendió del cielo. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; pero este pan bajado del cielo, de que os hablo, es tal, que el que lo coma no morirá. Yo soy, os repito, yo que he bajado del cielo, yo soy el pan vivo, y el que coma de él recibirá el gérmen de la inmortalidad y la prenda de una vida eternamente dichosa; este pan, que os daré cuando llegue la hora, es mi carne que será inmolada por la salvacion del mundo.

Los judíos, por otra parte tan toscos y difíciles de persuadir, comprendieron perfectamente que el Salvador prometia su carne para ser real y verdaderamente comida, y si hubo divergencia entre ellos, no fue sobre el modo de entender la promesa, sino sobre el modo con que se ejecutaria. Disputaban, pues, entre sí diciendo: ¿Cómo puede este hombre darnos á comer su carne?

El Señor, en vez de desengañarles, solo respondió á sus dudas confirmando por segunda vez su doctrina. En verdad, en verdad os digo, añadió, que si no comeis de la carne del Hijo del Hombre y

no bebeis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Por el contrario, el que coma mi carne y beba mi sangre tiene vida eterna, lleva su prenda en sí mismo, y yo le resucitaré en el último dia para darle la posesion de una dicha que no acabará jamás; porque mi carne es verdaderamente un alimento, y mi sangre una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. Y lo mismo que mi Padre, que es el Dios vivo, me ha enviado á la tierra, y yo no vivo mas que por mi Padre, del mismo modo el que me coma vivirá por mí. Os lo repito, yo soy el pan descendido del cielo; y no sucederá lo que á vuestros padres que comieron el maná y murieron, sino que el que coma este pan vivirá eternamente.

Tal fue el anuncio del gran misterio de nuestros altares, misterio que tan importante puesto ocupa en el plan de la redencion. En efecto, ¿cuál era el fin de la encarnacion sino el de aproximar al hombre y á Dios, separados por el pecado, uniéndolos con una union íntima y permanente? Hé aquí, pues, el modo admirable con que se cumple esta union deífica en la Eucaristía.

La vida reside en Dios como en su fuente, y desde allí se esparce sobre la humanidad de Jesucristo que le está unida. Á su vez la humanidad de Jesucristo se une con los hombres por medio de la manducacion, y les comunica la vida de que está llena y enteramente penetrada. Esta vida se toma en el sentido mas lato y excelente, y es al mismo tiempo la vida de la gracia, la vida de la gloria y hasta la vida natural, que consiste en la union eterna del alma con el cuerpo.

Al ver que el Salvador insistia con tal empeño acerca de la manducacion de su carne, hubo algunos discípulos que dijeron entre sí: Duro es este razonamiento, ¿quién lo puede concebir? Decian esto en voz baja; mas sabiendo Jesús en sí mismo que murmuraban de ello, les dijo: ¿Esto os escandaliza? pues ¿qué será cuando hayais visto al Hijo del Hombre volver á subir á donde antes estaba, y que será preciso, sin embargo, creer que esta carne, al mismo tiempo que está en el cielo, se da por alimento en la tierra? Así pues, el Salvador no suaviza ni cambia en nada el sentido de sus palabras. Ha prometido dar su carne á comer y á beber su sangre, lo afirma, y repite que así será aun despues de su ascension al cielo; y ¿cómo hemos de dudar cuando Dios ha hablado?

Despues de este discurso el Salvador salió de Cafarnaum y recorrió diversas comarcas de la Galilea. En este nuevo viaje fue cuando

confundió á los Fariseos descubriendo su hipocresía y la ridiculez de sus tradiciones supersticiosas; curó tambien á la hija de la Cananea, hizo otros muchos milagros, y anunció especialmente en términos formales el gran milagro de su resurreccion.

Los Escribas y Fariseos acababan de pedirle alguna señal en el cielo y en los aires; pero Jesús, á quien, si nos es permitido hablar así, se le escapaban los milagros cuando eran solicitados por una humilde confianza, tenia cuidado de no prodigarlos á una curiosidad orgullosa. Esta raza perversa y adúltera, dijo, pide un milagro en el cielo, y no le será dado sino el de Jonás el profeta. Porque así como este Profeta estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, el Hijo del Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. Jonás saliendo vivo del seno de la ballena fue un milagro tan grande para los ninivitas, que creyeron en sus palabras é hicieron penitencia; del mismo modo el Hijo del Hombre, saliendo del sepulcro tres dias despues de su muerte, será el gran milagro reservado á esta generacion para que crea en mis palabras.

Durante este mismo viaje Jesús hizo á san Pedro la magnífica promesa de erigirle príncipe de la Iglesia. Habian llegado cerca de la ciudad de Cesarea de Filipo, cuando Nuestro Señor preguntó á sus Apóstoles: ¿Qué dicen del Hijo del Hombre? Sus discípulos respondieron: Los unos dicen que es Juan Bautista, los otros que Elías, los otros que Jeremías, y otros que es uno de los antiguos profetas que ha resucitado. Y vosotros, continuó, ¿quién decís qué soy yo? Simon Pedro, tomando la palabra, le respondió sin vacilar: Sois el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Jesús añadió: Bienaventurado eres, Simon hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Dándole entonces testimonio por testimonio, y queriendo enseñarle lo que era y lo que seria siempre en sus sucesores, añadió el Salvador: Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas [1], es decir, las potestades del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos, y

[1] En la Escritura las puertas significan muchas veces el poder. Hé aquí la razon: en las puertas de las ciudades era donde los antiguos, los magistrados, en una palabra, los poderosos y jefes de ellas se reunian para hacer justicia. De aquí se deriva el uso de tomar la palabra puerta por poder.

todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.

Anunció en seguida su Pasion á los Apóstoles, los oprobios, los indignos ultrajes, y finalmente la muerte que muy pronto iba á padecer. La inmortalidad prometida á la Iglesia á despecho del infierno y de las pasiones contra ella conjuradas, unida al cumplimiento visible de esta promesa diez y ocho siglos hace, basta sin duda para probarnos la divinidad del Salvador y alzar á nuestros ojos el escándalo de la cruz. Pero los Apóstoles no debian ser testigos de este milagro; y para fortalecer su fe contra el escándalo de sus humillaciones, el Señor procuró un nuevo prodigio cuyo fin consistia en probar con evidencia que era él realmente el Hijo de Dios, Dios mismo, y que si padecia seria porque esta era su voluntad.

En efecto, hallándose el divino Maestro seis dias despues con sus discípulos al pié de un alto monte, rodeado de una gran multitud á quien habia explicado, segun acostumbraba, las verdades de la salvacion, cuando terminó la instruccion, se retiró al monte para orar, haciendo que le acompañasen Pedro y los dos hermanos Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, y quiso que los tres discípulos que habia elegido de antemano para ser los únicos testigos de las angustias, del temor y de la tristeza profunda de su agonía en el huerto de los Olivos, fuesen tambien los únicos espectadores de su gloria en el monte á donde los conducia.

El monte era alto y desierto, y luego que subieron á su cima Jesús se puso en oracion; mas Pedro y sus dos compañeros fatigados del camino se durmieron. Mientras el Salvador velaba y sus discípulos dormian, pareció otra enteramente distinta la figura del Maestro; su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras parecieron esplendentes y blancas como la nieve: el arte del mas diestro batanero no hubiera podido alcanzar el brillo de tan hermoso color. De pronto aparecieron dos hombres que conversaban con él acerca de lo que debia padecer en Jerusalen.

Los discípulos se despertaron, y vieron la gloria de Jesús y de las dos personas que estaban con él. Moisés y Elías iban á alejarse, cuando encantado Pedro de la gloria de su Maestro, y sintiendo una parte de la alegría de que llena á los Santos cuando la ven con todo su brillo, dijó á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si quereis, hagamos aquí tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y

otra para Elías. El Salvador nó le respondió; pero aun estaba hablando Pedro cuando una nube luminosa como un celestial pabellon los cubrió con su sombra esplendente, y Moisés y Elías se escondieron en la nube y desaparecieron. Este espectáculo llenó de terror el alma de los Apóstoles, cuando una voz celeste salida de la nube dijo estas palabras: Este es mi Hijo el amado en quien mucho me he complacido, escuchadle. Y en el momento en que la voz hablaba, no se halló mas que á Jesús únicamente, para que no se dudase que solo de él se trataba.

Al oir esta voz, los Apóstoles cayeron sobre sus rostros trémulos y aterrados; pero Jesús se acercó, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temais. Y alzando entonces los ojos y dirigiéndolos á todos lados, no vieron ya con ellos mas que á Jesús vuelto á su estado ordinario, es decir, que el Salvador contuvo nuevamente los torrentes de luz que hacian continuos esfuerzos para desprenderse de la divinidad sobre su humanidad santa. El estado glorioso en que acababa de mostrarse era su estado natural, y el milagro no consistia en haber aparecido por algunos momentos en la gloria propia del Hijo único del Padre, sino en que por un efecto de su omnipotencia la encerrase dentro de si mismo, é impidiese que brillara y deslumbrara los ojos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador, que no contento con curar todas nuestras miserias, quiso comunicarnos una vida divina dándonos en alimento su carne y su sangre.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no omitiré nada para prepararme á la santa Comunion.*

LECCION VIII.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO SEGUNDO.

Curacion de un poseso. — Parábola del deudor. — Ejemplo y leccion de dulzura y de caridad. — Lo único necesario. — Curacion de un ciego de nacimiento.

El Salvador bajó del monte en que se habia transfigurado conversando con sus tres Apóstoles sobre las circunstancias de su Pasion, y al llegar á la llanura encontró á los otros nueve rodeados de una multitud inmensa, que en el momento que le divisó apresuróse á ir á su encuentro y manifestarle la alegría que causaba su regreso.

Nadie lo deseaba con mas ardor que un padre afligido, cuyo hijo, poseido del demonio, no habia podido ser curado por los nueve Apóstoles. El ahinco del padre era grande; pero la intensidad de su fe parecia no corresponder al ardor de sus deseos. ¿Creeis, le dijo el Salvador, que tengo el poder de hacer lo que me pedís? nada es imposible al que cree. Sí, Señor, le respondió, creo; pero os suplico que fortalezcais mi escasa fe. Espíritu inmundo, dijo entonces el Salvador, sal del cuerpo de este niño, y no vuelvas á entrar mas en él. Y al decir estas palabras, el niño quedó libre.

Nuestro Señor partió en seguida con sus doce discípulos, y recorrió una parte de la alta Galilea dirigiéndose hácia Jerusalen. Durante este viaje pagó el tributo á César, y dió á sus Apóstoles instrucciones admirables sobre la humildad, el escándalo y la caridad.

Para darles á conocer toda la indignidad del que se niega á perdonar, les contó la parábola siguiente: Sucede entre Dios y el hombre una cosa muy parecida á lo que pasa entre un rey de la tierra y los súbditos á quienes pide cuenta del manejo de sus caudales. Habiendo comenzado el exámen de las cuentas, presentaron al rey uno de sus súbditos que le debia diez mil talentos, mas no tenia con que pagarlos. Que le prendan, dijo el príncipe; sea vendido él con su mujer, sus hijos y sus bienes, y que lo que resulte de la venta se emplee para pagar su deuda. ¡Ah! señor, respondió el desgraciado arrojándose á los piés de su soberano, tened paciencia, que os paga-

ré todo lo que os debo. Compadecido el rey de su súbdito, le perdonó gratuitamente lo que le debia, y le dejó libre de su empeño.

Salia este de la presencia del rey cuando encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios, suma bien módica en comparacion de la que acababa de perdonársele, y lanzándose sobre el desgraciado y asiéndole del cuello, lo ahogaba diciendo: Págame lo que me debes. El pobre siervo se arrojó á sus piés, y le dijo: Ten paciencia, que yo te pagaré lo que te debo. El acreedor no quiso, sino que fué y le hizo poner en la cárcel, donde mandó que lo custodiasen hasta el pago completo de su deuda.

Y presenciando esta inhumanidad los otros siervos se entristecieron mucho, y fueron á contar á su señor todo lo que habia pasado. El príncipe mandó llamar entonces al siervo de quien contaban cósas tan atroces, y le dijo: Siervo malo, á tu ruego tan solo he perdonado toda tu deuda, y acuérdate de qué cantidad me eras deudor. Pues ¿no debias tú, por una suma tan módica, tener compasion de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y enojado el príncipe le hizo entregar á los ejecutores de la justicia hasta que hubiera pagado todo lo que debia. Del mismo modo, añadió el Salvador, hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si vosotros, á quienes ha perdonado y perdona tantos pecados, no perdonais de todo corazon las ofensas que os hagan vuestros hermanos.

El Salvador continuaba su marcha hácia Jerusalen durante esta instruccion y otras varias que la acompañaron, y al llegar á los confines de la Samaria, hizo que se adelantasen algunos de sus discípulos para anunciar su llegada al paraje donde debia detenerse. Los enviados llegaron á una ciudad de los samaritanos cuyos habitantes se negaron á darle hospitalidad porque iba á Jerusalen, y sus discípulos volvieron indignados al encuentro de su Maestro y le dijeron: Señor, ¿quereis que hagamos caer sobre ellos fuego del cielo?

Nuestro amable Salvador se volvió hácia ellos, y mirándoles con rostro severo les dijo con tono de reprension: ¡Cómo! no sabeis de qué espíritu debeis estar animados. El Hijo del Hombre no ha venido á la tierra para perder las almas, sino para salvarlas. Nuestro Señor recibió la afrenta sin quejarse, y buscó otro asilo. No puede dudarse que lo sentiria mucho, no tanto por sí como por sus discípulos, por cuyas necesidades velaba con la ternura de una madre. El papa san Clemente, discípulo de san Pedro, dice en sus escritos

que este Apóstol tenia con frecuencia un singular placer en citar en sus conversaciones los interesantes rasgos de la bondad de su divino Maestro durante su vida mortal. Contaba especialmente con un afecto particular que el divino Salvador, en los viajes que hacia con sus discípulos por las aldeas y ciudades de la Judea, iba con frecuencia á visitarlos por la noche con una solicitud cási paternal, para ver si estaban bien abrigados y no estaban expuestos al frio; y cuando los veia en una posicion incómoda, no omitia medio alguno para mejorarla privándose él del descanso y pasando toda la noche en procurarles su bienestar. Durante el viaje de que hablamos envió sus setenta y dos discípulos á predicar en Galilea; y no le faltó á él ocupacion.

Cierto dia este divino Maestro tuvo que confundir la malignidad de un escriba ó doctor de la ley, que se empeñó en asegurarse de hasta dónde llegaba la capacidad del hombre cuya reputacion se sostenia tan constantemente en todas las partes de la Palestina. Fué, pues, á encontrarle y le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? La pregunta era muy vaga, y ocultaba un lazo bajo su excesiva universalidad; pero era un lazo donde cayó el que lo habia tendido. ¿No habeis leido la ley? respondió el Salvador: ¿qué os enseña sobre las cosas necesarias á la salvacion?

Toda la ley puede reducirse, añadió el doctor, á dos grandes preceptos que son la base de los demás y los encierran á todos: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y de esta suerte amarás al prójimo como á tí mismo.* Habeis respondido perfectamente, le dijo Nuestro Señor, haced lo que decís y alcanzaréis la vida eterna. Así pues, amar á Dios y al prójimo, hé aquí toda la Religion. ¿Quién se atreverá á decir que es impracticable?

Despues de esta gran leccion, el Salvador continuó su camino hácia Jerusalen, y llegó por la tarde á Betania, aldea inmediata á la ciudad, donde se detuvo y recibió la hospitalidad de una familia que siempre le fue sinceramente adicta: era la familia de Lázaro y de sus dos hermanas Marta y María.

María, la mas jóven de las dos hermanas, se puso á los piés del Salvador para escuchar sus divinas lecciones, y Marta por el contrario se ocupaba con ahinco en preparar la comida que Jesús se dignaba aceptar de aquella santa familia. No pudiendo Marta acudir á

todas partes, se presentó al Salvador y le dijo: Señor, no reflexionais que mi hermana me deja sola para servir; os suplico que le digais que me ayude. El divino Maestro, que nunca dejaba de aplicar á las cosas del cielo las palabras mas comunes, se aprovechó de esta ocasion para darnos á todos, en la persona de Marta, una instruccion tanto mas útil, cuanto es de una práctica mas comun aun para las almas de celo y de virtud. Marta, Marta, le dijo, muy cuidadosa estás, y tu espíritu se fatiga con cien cosas diferentes, pero piensa al hacerlas que solo hay una necesaria. Tu hermana María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada. Jesús hablaba del cuidado de la salvacion, y á esto llama lo único necesario. La accion y los cuidados de Marta eran buenos en sí, pero tendian ménos directamente á la salvacion que la ocupacion de María, atenta á la palabra de Dios: de este modo se dice que tomó la mejor parte.

El Salvador partió al dia siguiente á Jerusalen, donde apenas llegó, una multitud de pueblo le rodeó para escuchar sus palabras. Celosos de su reputacion los príncipes de los sacerdotes resolvieron apoderarse de él; pero fracasó su proyecto, por no haber llegado todavía la hora del Hijo del Hombre. Hasta consiguió predicar varias veces en el templo, y por mas que sus enemigos trataron de sorprenderle en sus palabras, se vieron obligados á decir con el pueblo: Nunca habló nadie como este hombre. ¡Ah! este magnífico homenaje quedó estéril, y no se convirtieron. El Salvador no dejó de anunciarles los espantosos castigos que su incredulidad atraeria sobre sus frentes; todo fue inútil, de modo que cuando pasó la fiesta de los Tabernáculos, se apresuró á salir de aquella ciudad endurecida y sedienta de su sangre.

¿Cómo dejar de ver en esto una semejanza notable entre los sábios de Jerusalen y los de nuestros dias? ¡Cuántos hombres hay entre nosotros que tienen sin cesar en los labios las alabanzas del Cristianismo, que lo admiran en su moral, en sus lecciones y en sus artes, y que se toman poco trabajo de arreglar su conducta conforme á sus mandamientos! En vano es que les digamos que sus alabanzas y su admiracion estéril no les librarán de los castigos con que Dios amenaza á los que menosprecian sus santas voluntades, pues se rien de nuestras palabras. ¿Qué nos queda que hacer, sino orar por los ciegos voluntarios que tienen ojos para no ver y oidos para no oir?

Acababa de salir el Salvador del templo, y se retiraba con sus

Apóstoles sin que le siguieran sus enemigos, cuando encontró en el camino á un ciego de nacimiento, sobre el cual fijó sus miradas. Maestro, le preguntaron los Apóstoles, ¿este hombre nació ciego én castigo de una falta de que es personalmente culpable, ó en castigo de los pecados de sus padres? No, respondió Jesús, ni por los pecados de ese hombre, ni por los de sus padres, ha permitido Dios que naciera ciego.

Es verdad que las enfermedades, las adversidades y la muerte solo entraron en el mundo á consecuencia del pecado; pero Dios, que cuando le place las hace servir para castigar á los pecadores, las emplea con frecuencia para la perfeccion de los justos y la manifestacion de su gloria. Únicamente su gloria, añadió el Salvador, se propuso Dios en la enfermedad de este hombre, á quien ha destinado para hacer brillar las maravillas de su poder. Al decir estas palabras escupió en tierra, y habiendo humedecido polvo con su saliva, frotó con él los ojos del ciego. Anda, le dijo, á lavarte en los baños de Siloé. El ciego obedeció, se lavó los ojos, recibió la vista, y volvió hácia él lleno de alegría.

No hubo jamás un milagro que se examinase con mas rigor, lo cual fue muy conveniente. Luego que volvió el ciego, se esparció la noticia de su curacion, y corrieron á cerciorarse á su casa de todos los barrios de la ciudad. Los vecinos, lo mismo que los que le habian visto cien veces pedir limosna, se decian entre sí: ¿No es ese el ciego que estaba sentado en las encrucijadas y mendigaba? El mismo es, afirmaban los unos; no, decian los otros, es alguno que se le parece. No es cierto, decia el ciego, yo mismo soy. Y cesaron al momento de dudar de la identidad de su persóna.

En cuanto á la curacion solo juzgaban por sus ojos, pero faltaba saber de qué modo se habia verificado. ¿Cómo se han abierto tus ojos? le preguntaban. El ciego respondió: Ese hombre que se llama Jesús ha humedecido tierra con su saliva, y me ha frotado con ella los ojos diciéndome: Anda á lavarte á los baños de Siloé. He ido, me he lavado, y veo. Mas ¿qué se ha hecho, añadieron los presentes, el hombre que te lo ha mandado? No lo sé, respondió el ciego.

Terminadas estas primeras indagaciones, no por eso dejaron de asegurarse nuevamente y de consultar con personas reputadas hábiles para saber lo que debia creerse acerca del milagro, y lo que debia deducirse. Llevaron, por consiguiente, á los Fariseos el hombre

en otro tiempo ciego; estos le hicieron sufrir un nuevo interrogatorio, y teniendo por cierto segun el testimonio público que habia nacido ciego, le preguntaron cómo habia recobrado la vista. La inocencia y la virtud no temen las preguntas. Aquel á quien debo la vista, respondió, me puso barro en los ojos, me lavé por mandato suyo en los baños de Siloé, y veo. La claridad de la declaracion introdujo la division entre los jueces. Todos querian eludir las consecuencias de este milagro que podia probar el poder divino del que lo habia obrado, pero no estaban acordes sobre los medios de recusarlo. Hé aquí el miserable recurso que resolvieron:

El dia en que Jesús habia formado barro con polvo y su saliva era un sábado, y habia enviado en este dia á los baños de Siloé al ciego que queria curar. En estas dos acciones no habia nada que fuese contrario á la ley. No obstante, algunos dijeron: Prescindiendo del mérito de la curacion del ciego, un hombre que no guarda el sábado no puede ser el enviado de Dios. Otros decian: Ya que este hombre es un pecador, un violador del sábado, no puede haber hecho una maravilla tan grande. Todas estas razones á nada conducian, ni satisfacian á los buenos israelitas.

Los Fariseos desconcertados dirigieron, pues, al ciego otra pregunta tan propia como su division para descubrir su embarazo. Y ¿qué dices tú, le preguntaron, de ese hombre que te ha abierto los ojos? Digo que es un profeta, respondió el ciego. Puestos en este extremo, los Fariseos empezaron á negar que este hombre hubiese sido nunca ciego, y á decir que suponia una falsa curacion. Mandaron, pues, que se presentasen sus padres. ¿Es este vuestro hijo? les dijeron; ¿ha nacido ciego? Si es así, ¿cómo ve ahora con los dos ojos? Sabemos de cierto, respondieron, que ese es nuestro hijo, sabemos tambien que era ciego desde que nació; pero ignoramos cómo es que ve ahora, é ignoramos igualmente quién es el hombre que le ha restituido la vista. Interrogad á nuestro hijo, que edad tiene para responderos.

Los padres del ciego sabian muy bien de qué modo se habia efectuado el milagro; pero no tuvieron valor de decirlo, porque los judíos de Jerusalen, es decir, los Fariseos y los príncipes del pueblo estaban ya acordes en expulsar de la Sinagoga, como gentes excomulgadas, á todos cuantos hicieran profesion de creer que Jesús era el Cristo. Por esta razon los padres del ciego hicieron recaer sobre

él todo el peligro de la respuesta, diciendo á los Fariseos que estaba en edad de satisfacerles.

Los Fariseos volvieron á llamarle, y afectando un exterior de religion, le dijeron: Ten cuidado con lo que vas á hacer, teme la presencia del soberano Juez que te escucha, y da gloria al Señor, porque sabemos que ese hombre es un pecador. Si Jesús es un pecador, respondió el ciego con mucha libertad, lo ignoro; lo único que sé es que yo era ciego, y que veo. ¿Qué ha hecho, pues, para darte el uso de los ojos? Ya os lo he dicho, respondió el ciego; ¿por qué me lo preguntais otra vez? ¿Acaso porque teneis deseo de haceros discípulos suyos? En cuanto á mí os declaro que ya lo soy. Puedes serlo si así te place, le dijeron los Fariseos con ira y pronunciando maldiciones contra él; nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló á Moisés, mientras que ese hombre llamado Jesús no sabemos de dónde es, ni de qué parte viene, si de parte de Dios ó del demonio.

Eso es justamente, respondió el ciego, lo mas singular; vosotros, que os preciais de sábios, no sabeis de qué parte viene ese hombre que ha tenido poder para abrirme los ojos. Nosotros, pobres ignorantes, sabemos que los pecadores públicos no tienen poder de hacer tales milagros, y que los que tienen este poder son los amigos de Dios. Y además, ¿de qué milagro se trata? De un prodigio sin ejemplo desde el orígen de los siglos, de la curacion de un ciego de nacimiento. Si el que me ha restituido el uso de los ojos no fuera el enviado de Dios, ¿hubiera podido hacer una cosa semejante?

La cólera de los Fariseos llegó hasta el último extremo con estas respuestas que no admitian réplica. Eres un desventurado, dijeron al ciego, y estás enteramente manchado de crímenes, ¿y aun pretendes dar lecciones á tus maestros? Y lo arrojaron ignominiosamente de su presencia. El Salvador supo que el pobre ciego de quien se habia compadecido acababa de ser desechado vergonzosamente por los Fariseos, y se apresuró á buscarle, diciéndole en seguida que le vió: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Quién es, respondió el ciego, para que haga mi profesion de creer en él? Soy yo que te he curado, el que te habla, le dijo el Salvador. Sí, Señor, respondió el ciego con transporte, sí, creo. Y arrojándose á las plantas del Salvador, se prosternó delante de él, y le adoró.

Y nosotros tambien, ciegos de nacimiento curados por Jesús, se-

pamos darle gracias por habernos llamado á la admirable luz de su Evangelio, é imitemos al ciego cuya historia acabamos de leer, siendo la sencillez de su fe, su valor y su reconocimiento el modelo de la nuestra.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya vida no ha sido mas que un continuo beneficio; dadnos la fe del ciego de nacimiento y el tierno amor de Marta y de María hácia el divino Salvador.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero perdonar con todo corazon á los que me hayan ofendido.*

LECCION IX.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO TERCERO.

La oveja descarriada.—Bendicion de los niños.—Anuncio de la Pasion.—Conversion de Zaqueo.

Todas las palabras, milagros y acciones del Mesías se dirigian á un mismo fin, la redencion del hombre. Con sus palabras desvanecia las tinieblas del error y de la ignorancia, con sus milagros probaba su divinidad, y manifestaba con sus acciones su tierna compasion hácia nuestras miserias. En una palabra, su vida entera tendia á arrancar al linaje humano del deplorable estado en que le habia sumido el pecado. Con su bondad y su familiaridad queria desvanecer ese temor universal y servil que el hombre tenia á Dios, y todo decia en él: No temais, Dios está apaciguado; mi Padre os tiende los brazos para recibiros. Y para mostrar directamente esta consoladora verdad, contó la parábola del buen pastor y la del hijo pródigo. Recojámonos para oirlas.

Un pastor, dice, tiene un rebaño de cien ovejas, y las ama á todas y las guarda con precaucion; mas á pesar de su vigilancia se pierde una de sus ovejas. ¿No es verdad que, apenas lo advierte, deja las otras noventa y nueve en los ricos pastos del desierto, y corre con afan tras la oveja que ha abandonado al pastor? La busca por todas partes, y no toma descanso alguno hasta que la ha hallado, y cuando tiene la dicha de conseguirlo, no le dirige quejas ni la castiga con su mano, sino que la aplica sobre su espalda, y él mismo la lleva al redil para ahorrarle el cansancio de la vuelta. Al llegar á su casa, reune á sus amigos y vecinos. Felicitadme, les dice, y participad de mi alegría, porque he encontrado la oveja que habia perdido.

Este es, dijo en conclusion el Señor, el retrato de vuestro Padre celestial. En verdad os digo, que la conversion de un solo pecador causa en el cielo una alegría mayor y mas viva que la perseverancia de noventa y nueve justos que, no habiéndose extraviado, no necesitan penitencia.

Y ¿quién es el pecador que tema ahora volver á Dios? Pues qué, ¿acaso la oveja vuelta al redil es mas digna de amor por haber estado largo tiempo extraviada? ¿El pecador es por ventura mas digno de favores por haber merecido severos castigos? No, sin duda; pero la alegría del recobro se mide por el dolor que habia causado la pérdida. Un justo que persevera se atre un aprecio uniforme y goza de una complacencia siempre igual, y un pecador convertido hace cesar pesares, enjuga lágrimas, da consuelo, y reanima una alegría que parecia extinguida para siempre.

El Salvador añadió á la parábola de la oveja descarriada otra mas consoladora aun y destinada únicamente á confundir al justo orgulloso y á animar al pecador arrepentido.

Dirigióse á los Fariseos que le echaban en cara el prodigar á los pecadores los cuidados de su ternura, y les dijo: Un hombre tenia dos hijos, y el mas jóven de los dos dijo á su padre: Dadme la parte de hacienda que me pertenece. Y el padre, dividiendo sus bienes en dos partes, dió á cada uno la que le pertenecia.

Un jóven con mucha riqueza y demasiada libertad se expone siempre á grandes peligros, y no tardó en experimentarlo así el menor de los dos hermanos. Poco tiempo despues de la particion reune todo su patrimonio, parte, y para no ver mas á su padre ni su casa paterna se va á un país lejano.

Libre de toda vigilancia y sin recibir ninguna amonestacion, el jóven gastó sus bienes en el lujo y los excesos, y para colmo de desgracia, cuando nada le quedaba, un hambre terrible asoló el país donde se habia retirado, y empezó á faltarle lo mas necesario. ¿Qué partido tomar para tener pan? Se vende. ¡Ha abandonado á un padre, y necesita crearse un amo! Y entra al servicio de un habitante del país que lo envia á un cortijo á guardar puercos. ¡Habia vendido su libertad por la cual habia arrojado el yugo de la autoridad paterna! ¡Vedle, al hijo de una casa opulenta, guardando puercos! Noble jóven, ¡en qué estado has caido!

Todos estos sacrificios no llegaron á proporcionarle lo mas necesario, y envidiaba á los puercos el vil alimento que les veia comer, y que no le permitian tocar. Reducido al último extremo, el pródigo volvió en sí, y dijo suspirando: ¡Cuántos criados hay en la casa de mi padre que tienen pan en abundancia, y yo me muero aquí de hambre! Partiré, y me presentaré á mi padre diciéndole: Padre mio,

he pecado contra el cielo y contra vos; no merezco ya llamarme hijo vuestro, mas recibidme en el número de vuestros criados.

Pero, ¿cómo se atreverá á presentarse delante de su padre á quien tan indignamente ha abandonado, y delante de su hermano y de las personas de la casa en el mísero traje á que se ve reducido? «Me lo «represento, dice un piadoso autor, semejante á uno de esos men-«digos desfigurados por el hambre y despojados por la pobreza que «no tienen mas que harapos que les cubren apenas y caen á peda-«zos, y que viven trabajosamente con algunas limosnas que alcan-«zan de los transeuntes á fuerza de importunarles. ¿No iba á aumen-«tar el enojo de su padre presentándose en tal estado? ¿No iba á ex-«ponerse á ser desconocido?»

Nada le detiene; se pone en camino y se dirige hácia la casa paterna. Aun estaba de ella muy distante, cuando le ve su padre, pues los harapos y la miseria nunca desfiguran bastante á un hijo para que le desconozcan. Conmuévese el corazon de su buen padre, que corriendo al encuentro de su hijo, le tiende sus brazos y lo estrecha contra su seno. Padre mio, le dijo el pródigo confuso y enternecido, he pecado contra el cielo y contra vos, y no merezco llamarme hijo vuestro.

El buen padre, embriagado de felicidad, llama á sus criados sin responder á su hijo, sin dirigirle una palabra de queja y reprension, y hasta sin darle tiempo para acabar de hablar: Traed aquí, dice, prontamente la ropa mas preciosa de mi hijo y vestidle; ponedle un anillo en su mano y calzado en sus piés, y traed un ternero cebado, y matadlo, y celebremos un banquete. Alegrémonos, porque mi hijo era muerto, y ha resucitado; se habia perdido, y ha sido hallado. Dice, y se sientan á la mesa, se llaman músicos, y reina una inmensa alegría.

El hijo mayor se paseaba durante esta escena por el campo, y al volver á su casa oyó la armonía de la música, y llamando á uno de los criados le preguntó la causa de aquel imprevisto regocijo. El criado le respondió: Vuestro hermano ha venido, y alborozado vuestro padre por haber hallado á un hijo que no esperaba volver á ver mas, ha hecho matar un ternero cebado. Al oir esta nueva el hijo mayor se indigna, y se resuelve á no entrar en casa; pero informado del suceso el tierno padre, sale y le suplica que entre para poner con su presencia el colmo á su felicidad. ¡Cómo! dijo á su padre en

tono de queja: Hé aquí tantos años que os sirvo sin traspasar jamás uno solo de vuestros mandamientos, y nunca me habeis dado un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos; mas ese otro hijo que se ha comido su hacienda en los excesos, vuelve harapiento y arruinado, y mandais que maten un ternero cebado y celebrais un espléndido banquete! Hijo mio, responde con dulzura el buen padre, tú siempre estás conmigo, todos mis bienes son tuyos, y tienes entera libertad de disponer de ellos. ¿Qué es, en comparacion de una amistad tan liberal y constante, una fiesta pasajera que exigia la circunstancia? Era preciso celebrar un banquete y que reinara el regocijo en casa, porque tu hermano era muerto, y ha resucitado, y se habia perdido para tí y para mí, y ha sido hallado.

¿Dónde encontrarémos una parábola mas interesante y mas fecunda en motivos de consuelo para los pecadores penitentes, y en reflexiones útiles para los justos presuntuosos? El Salvador alienta á los primeros, mostrándoles abiertamente la misericordiosa bondad del Padre que les espera, y dándoles la seguridad de que pueden, cualquiera que sea su estado, rehabilitarse por medio del arrepentimiento; porque este es hermano de la inocencia. Y el divino Maestro enseña á los segundos la caridad, la humildad y la excelencia de los beneficios continuos que gozan en su servicio, y de los cuales no se muestran siempre bastante reconocidos.

Despues de este discurso tan digno del que habia venido al mundo para salvar todo lo que habia perecido, el Salvador hizo una accion que descubre toda la bondad y amabilidad de su corazon.

Un dia que instruia á sus discípulos, y ellos le escuchaban con extraordinaria atencion, un gran número de padres y madres fueron á presentarle sus niños, pidiéndole que les impusiera las manos, recitase sobre ellos algunas oraciones y los tocase. Los Apóstoles, que estaban muy ocupados con las lecciones que les daba el divino Maestro, y en cuyos corazones no reinaban aun los sentimientos de bondad de que estaba penetrado el de Jesús, alejaban á los padres y á los niños. Y cuando lo advirtió Jesús, lo llevó muy á mal, y les dijo: Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbeis; porque de ellos y de los que se les parecen por el candor, la ingenuidad y la inocencia es el reino de los cielos. En verdad os digo que el que no se someta al Evangelio con la sencillez de un niño, no entrará en el reino de Dios.

Preciso es que esta amable virtud sea muy grata á Jesucristo, pues no pierde ocasion alguna de elogiárnosla y recomendárnosla como la virtud propia del Evangelio. Nuestra desgracia consiste en apartarnos todos los dias de cada vez mas del espíritu del divino Maestro, pues el mundo cristiano se llena no de niños sino de filósofos, está desacreditada la infancia evangélica, no queremos ver ya en nuestra fe oscuridad ni misterios, y separamos de nuestros usos las prácticas de la piedad y los signos exteriores de una devocion comun. Dejamos de ser sencillos, es decir, que lisonjeándonos de ser sábios, dejamos de ser en verdad sensatos y sólidamente razonables.

El Salvador mandó, pues, que dejasen acercar todos aquellos niños, los abrazó unos despues de otros, les impuso las manos, y los despidió colmados de sus bendiciones. Para poner para siempre su inocencia al abrigo del escándalo, tomó ese aire de majestad que solo corresponde á un Dios, declarando que si alguno escandalizase á uno de aquellos niños, le valdria mas ser arrojado en el mar con una rueda de molino al cuello; y finalmente, para asegurar la proteccion, el respeto y los cuidados que reclama su edad, añadió: En verdad os digo, que todo lo que hagais al menor de estos niños, lo haréis á mí mismo. Así es como el Reparador universal rehabilita la infancia, que la hace santa y sagrada; la infancia que entre los pueblos paganos era una víctima que entregaban sucesivamente á la muerte y á la corrupcion, y sacrificaban sin compasion á divinidades infames.

La vida mortal del Hijo de Dios tocaba en tanto á su término. La voluntad de su Padre le llamaba á Jerusalen, y partió con sus Apóstoles sembrando en su camino lecciones saludables y ruidosos milagros. Desde el dia de su partida, solo le quedaban quince para vivir, hasta la consumacion de su sacrificio. Vamos á Jerusalen, dijo á sus Apóstoles, donde se cumplirán todos los oráculos pronunciados por los Profetas relativos al Hijo del Hombre, y será entregado á los príncipes de los sacerdotes, á los Escribas y á los ancianos del pueblo. Le condenarán á muerte, le abandonarán á los gentiles, le cubrirán de oprobios, le insultarán de todos modos, le escupirán en el rostro, le azotarán, le clavarán en una cruz, donde morirá, y resucitará al tercer dia. Y al decir esto estaba sereno y lleno de alegría. Durante el camino curó el orgullo de los hijos de Zebedeo que

ambicionaban los primeros puestos en su reino, y restituyó la vista á un ciego.

Llegaron por la tarde á las cercanías de Jericó, donde el Salvador permaneció tres dias. Hallábase allí cuando Marta y María le enviaron un expreso para avisarle que su hermano Lázaro estaba enfermo, y rogarle que fuera á curarlo. Anda, respondió Jesús al enviado, y dí de mi parte á Marta y á María que esta enfermedad de su hermano no es para muerte, sino para hacer brillar la gloria de Dios y probar la divinidad de su Hijo.

Sin embargo, Lázaro habia muerto algunas horas despues de la partida del enviado; el divino Maestro no lo ignoraba, y al aplazar el momento de ir al lado de sus hermanas, sabia muy bien la prueba en que iba á poner su fe. Pero el Salvador reserva para las almas queridas las mayores aflicciones, porque para ellas prepara los mayores favores. Por otra parte, resuelto á hacer en la resurreccion de Lázaro y á las mismas puertas de Jerusalen (porque Betania solo distaba una legua de esta ciudad) un milagro tan ruidoso que quedase al menos confundida la incredulidad de la Sinagoga si no queria dejarse vencer, permaneció en el mismo paraje durante dos dias enteros, y continuó visitando con sus Apóstoles, tan tranquilamente como antes, el país de Jericó.

Antes de alejarse de allí para siempre quiso hacer una de esas conversiones singulares cuyo recuerdo han tenido tanto mas cuidado de conservarnos los Evangelistas, cuanto lo juzgaron el mas á propósito para ser á la vez el atractivo y el modelo de la penitencia, en una condicion en que la opulencia hace muchos pecadores.

Al pasar Jesús por medio de Jericó, seguido de una gran multitud de pueblo, un hombre, que mucho tiempo hacia deseaba ver al gran Profeta, tuvo noticia de que pasaba, y para no perder la ocasion corrió á salirle al encuentro en su camino. Este hombre se llamaba Zaqueo; era el jefe de los publicanos del país, y gozaba de una gran fortuna; pero siendo de pequeña estatura, é impidiéndole la multitud el ver á Jesús, se alejó de ella, concibió la idea de correr un corto trecho hácia adelante, y habiendo visto un sicomoro en el borde del camino, se dió prisa á subirse en él. El Salvador continuaba en tanto andando, y al llegar cerca del árbol se paró, alzó los ojos hácia el que habia subido en él para verle, y le dijo: Zaqueo, baja al momento, porque deseo hospedarme hoy en tu casa.

Zaqueo, que no aspiraba á tanta gloria, bajó apresuradamente, y acompañó al Salvador á su casa, no cabiendo en sí de gozo al ver á su mesa al Cristo, enviado por Dios para la salvacion de Israel. Este espectáculo era eminentemente edificante; pero la aversion de los judíos para con los publicanos era tan insuperable, que en presencia del mismo Salvador murmurabán en voz alta de que se hubiera detenido en casa de un publicano ó pecador; porque estas dos palabras se usaban indiferentemente en el país bajo un mismo sentido.

Jesús no contestó á esta acusacion, que habia recibido ya muchas veces de parte de los Escribas y Fariseos; pero Zaqueo no hizo caso, y confundió á los que murmuraban, haciéndoles ver que un publicano humilde y de buena fe merecia de parte de Dios una acogida favorable, de que eran indignos los críticos altivos y los orgullosos Doctores. Aproximóse al Señor, y quedando en pié ante él en presencia de todos los circunstantes, le dijo: Ahora que he tenido la dicha de veros y oiros, menosprecio las riquezas; desde este instante doy á los pobres la mitad de mis bienes; voy á examinar además si lo que me queda me pertenece legítimamente; y si en algo he defraudado á alguno, se lo devolveré en el acto cuadruplicado.

Ya habréis advertido que Zaqueo no habla de abandonar las rentas públicas, pues cuando hay resolucion de manejarlas de tal suerte, puede uno conservar sus empleos. Contento el Salvador con la rectitud de Zaqueo, se volvió hácia él con bondad, y mostrándole á los que acababan de ser testigos de sus sentimientos, les dijo: El amo de esta casa y todos los que le pertenecen han encontrado hoy la senda de la salud; Zaqueo es un verdadero hijo de Abrahan. Hé aquí de qué modo el Hijo del Hombre vino á buscar y salvar todo lo que habia perecido.

Se cree que el Salvador salió de casa de Zaqueo á las tres de la tarde, y tomó el camino de Betania con sus discípulos. Vamos, les dijo, no perdamos tiempo; nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy á sacarle de su sueño. Señor, respondieron los Apóstoles, si Lázaro duerme, es indudable que está mejor y se curará. Jesús hablaba bajo el nombre de sueño de la muerte de Lázaro. Los Apóstoles no le entendieron, y les dijo entonces claramente: Lázaro es muerto, y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que se fortalezca vuestra fe. Mas vamos á él.

El Salvador curó dos ciegos en el camino, porque los desgracia-

dos le pedían milagros, así como pedian á los demás una pequeña limosna. Llegaron á Betania á eso de las nueve de la mañana. Hacia cuatro dias que Lázaro habia muerto, y un gran número de judíos habian ido á vèr á Marta y á María para consolarlas. La casa estaba llena de estos consoladores con frecuencia onerosos, y al menos insuficientes, para los corazones íntimamente enternecidos, cuando se hizo anunciar el divino Maestro.

Apenas oyó Marta pronunciar el nombre de Jesús, corrió á su encuentro, y le dijo : Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiese muerto. Pero yo sé que aun ahora Dios os concederá todo lo que le pidais. Solicitábase con estas palabras el mayor de los prodigios de un modo igualmente eficaz y respetuoso.

El Sálvador respondió con una verdad general que dejaba entrever buenas intenciones, sin descubrirlas enteramente. Tu hermano resucitará, dijo á Marta. Ya sé, respondió ella, que resucitará en el último dia, en la resurreccion general de todos los muertos. Sabes tambien, continuó el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida. Todo el que cree en mí, aunque hubiere muerto pasajeramente en la tierra, vivirá eternamente en el cielo. ¿Crees esto? Sí, Señor, respondió Marta, porque he hecho profesion de creer que sois el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que habeis venido al mundo. Marta corrió á su casa, separó á su hermana de entre sus comunes amigos, y le dijo en secreto : El Maestro está aquí, y te llama.

La ferviente María no se lo hizo repetir; desapareció en el acto, corrió hácia Jesús, y le encontró en el paraje donde su hermana le habia dejado. El Salvador no habia dado un paso en direccion de la casa, y se hallaba aun con sus discípulos en la entrada del pueblo. Lázaro estaba enterrado en aquella parte y fuera de las murallas, y el Señor no queria entrar hasta que se efectuase el milagro. La salida precipitada de María llamó la atencion de todos los judíos que estaban ocupados en consolarla cuando la vieron desaparecer, é imaginando que en un acceso súbito de dolor corria al sepulcro de su hermano para regarlo con sus lágrimas, salieron detrás de ella y la siguieron.

María no corria con tanto afan hácia el sepulcro de un muerto, sino al lado del verdadero Consolador de las almas fieles. Habia llegado antes que los judíos, y arrojándose á los piés de su divino Maestro, le dijo : ¡Ah! Señor, si hubiérais estado aquí, mi hermano no

hubiese muerto. Y al decir estas palabras prorumpió en llanto, y los mismos judíos que habian venido con ella no pudieron contener las lágrimas.

Este espectáculo enterneció al Señor, que sintió un secreto estremecimiento, y quedó como sobrecogido. Dijo despues á los presentes: ¿En dónde le pusísteis? Venid, Señor, le dijeron, y lo veréis. Al llegar cerca del sepulcro Jesús dejó que se vertiesen sus divinas lágrimas. Queria enseñarnos que si se exige la sumision en la muerte de un amigo, no está vedado el llanto. Los judíos repararon en estas lágrimas tan dignas de su atencion, y decian unos: ¡Ved cómo le amaba! Este hombre de los milagros, decian otros, que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no pudiera haber impedido la muerte de su amigo? Jesús se estremeció otra vez, y fué al sepulcro.

Era una gruta cerrada con una gran losa. Quitad la losa, dijo. ¡Ah! Señor, exclamó Marta; hace cuatro dias que mi hermano es muerto, y su cadáver ya hiede. Marta, le respondió el Salvador, ¿no te he dicho que si tuvieras fe verias á Dios glorificado? Quitaron, pues, la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, y alzando entonces Jesús los ojos al cielo, dijo: Padre mio, gracias os doy porque me habeis concedido lo que secretamente os pedia desde el fondo de mi corazon. Yo bien sabia que siempre me oís; pero lo digo por este pueblo que me rodea, para que sepa que Vos me habeis enviado. Habian abierto en tanto el sepulcro, y desde la boca de la gruta se veia el muerto tendido allí cuatro dias hacia. El cadáver exhalaba un hedor sepulcral al través de la mortaja que lo cubria.

El Salvador alzó la voz, y pronunció distintamente estas palabras: Lázaro, levántate y sal del sepulcro. Y en el mismo punto Lázaro se levantó, atados los piés y manos con vendas, cubierto el rostro con un sudario, y envuelto el cuerpo en una sábana. Desatadle, dijo Jesús, y dejadle ir. Obedecieron á Jesús, y Lázaro se unió á la multitud para llevar á su Salvador á su casa de Betania. ¿Quién podrá expresar los sentimientos del muerto resucitado, la alegría de las dos hermanas, el aumento de su fe y los transportes de su reconocimiento? Para muchos de los judíos de Jerusalen, consoladores de Marta y María, fue una gracia bien preciosa el haber sido escogidos como testigos de semejante prodigio, pues creyeron en Jesucristo como en el Hijo de Dios anunciado por los Profetas, y aun algunos de ellos, persua-

didos de que tenian pruebas con que vencer la mas tenaz incredulidad, fueron á contar á los Fariseos el milagro que acababa de obrar Jesús. . . .

Hubieran convencido á los incrédulos de buena fe; pero solo lograron exasperar á los celosos, determinados por interés y por pasion á no creer prueba alguna concluyente en favor de un hombre cuya perdicion maquinaban. Sabedores del milagro y aterrados de sus consecuencias, los pontífices y los Fariseos reunieron un gran Consejo en el que se resolvió la muerte de Jesucristo. ¿Qué hacemos, se dijeron, y en qué pensamos? Este hombre hace milagros sin cuento, y todo el mundo le sigue. Ellos debian haber sacado esta consecuencia : luego debemos creer en él. Pero no, la pasion nunca discurre bien. Si le dejamos así, dijeron, todos creerán en él, el pueblo le elegirá por rey, y los romanos vendrán indignados, y destruirán nuestra ciudad y nuestra nacion.

¡Malvados! No les movia á hablar así el interés público, sino el descrédito en que iban á verse con la reputacion y los milagros del Salvador ; pero no se atrevian á confesar este interés personal, y trataban de cubrirlo con el velo del bien público. Salió fallido empero su cálculo, y fueron víctimas de todos los males que aparentaban recelar, no por haber reconocido á su verdadero Rey, sino por su obstinacion en desconocerlo. Adoptando su falso razonamiento, uno de los jefes del Consejo, Caifás, sumo pontífice en ejercicio aquel año [1], tomó la palabra y expresó su opinion en estos términos : Teneis razon ; ¿no veis que es interés vuestro que un solo hombre muera por el pueblo para que no perezca toda la nacion? Así pues, Caifás no hacia mas que confirmar lo que acababa de decirse y lo que se habia pretendido hacer temer de la venganza de los romanos. Su parecer se atrajo todos los votos, y se decidió unánimemente dar muerte á Jesús de Nazareth. Al decir Caifás que convenia que un solo hombre pereciese para salvar á todo el pueblo, expresaba sin

[1] Para entender estas palabras del escritor sagrado, *que era el sumo pontífice de aquel año,* es preciso recordar que Anás y Caifás eran ambos sumos sacerdotes y que lo eran para toda su vida, pero lo ejercian alternativamente. El que entraba en el *Sancta Sanctorum* en la fiesta de la Expiacion era el pontífice del año corriente ; de modo que los miraban como dos pontífices alternativos, no en cuanto á la dignidad que jamás perdian, sino en cuanto á su ministerio que sucesivamente ejercian.



saberlo una profecía por la cual se anunciaba que el Hijo de Dios hecho hombre debia ser sacrificado en vez de todos los hombres. El fallo pronunciado por los miembros del Consejo no era menos injusto, y en su odio ciego solo pensaron en apresurar su ejecucion.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya bondad se extendió á todas las necesidades y á todas las edades; conservad en mí la inocencia y el candor de la infancia, ó si tuviere la desgracia de perderlos, recibid con bondad, ó tierno Pastor mio, á vuestra oveja descarriada.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *voy á evitar todo lo que podria escandalizar á los niños.*

LECCION X.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO TERCERO.

Cúmplense las profecías.—Perfume derramado.—Murmuraciones de Judas.—Entrada en Jerusalen.—Celos de los Fariseos.—Lágrimas del Salvador.—Vaticinio sobre Jerusalen.—Óbolo de la viuda.—Pureza de intencion.—Nuevas murmuraciones de Judas.—Su traicion.

El Consejo que acababa de condenar á muerte á Jesús de Nazareth se componia de todos los hombres de reputacion por su ciencia y por su sabiduría que habia en Jerusalen. Fueron altamente culpables; pero la misma nacion no fue digna de excusa cuando se dejó llevar por la ceguedad de sus pontífices y la furia de su contumaz Sinagoga. Alzábase sobre su autoridad otra mucho mas imponente y que era imposible desconocer: era la autoridad de las obras de Jesús, testimonio divino que debia sojuzgar todos los ánimos. Por otra parte, segun los oráculos mismos de los Profetas, era preciso creer que el Cristo seria desconocido por los príncipes de su pueblo, y condenado á muerte por el senado de su nacion; y los violentos medios de la Sinagoga contra su verdadero Rey, previstos y vaticinados como una de las señales con que debia reconocérsele, no formaban, por consiguiente, un errado juicio contra la mision de Jesucristo.

Además, Dios no habia omitido nada para que la mision de su Hijo fuera tan evidentemente creible, que ni pudiera parecer dudosa ni sospechosa á los hombres de recto corazon y de buena voluntad.

Efectivamente, Jesús habia venido al mundo en la época precisa en que se esperaba al Mesías: habia nacido en Belen, de la familia de David, de una Madre siempre vírgen, segun el vaticinio de los Profetas; mas de treinta y dos años hacia que solo se dedicaba á perfeccionar todos los dias en su persona el retrato completo del Cristo con su doctrina, su santidad, sus milagros y el cumplimiento literal de las profecías que tenian relacion con su mision divina. Sin em-

bargo, aun no se habia terminado todo, y nos falta verle consumar la prueba que la resurreccion de un muerto de cuatro dias acababa de elevar á tan alto grado de evidencia.

El rasgo decisivo era la muerte del Cristo en la cruz, decretada por la Sinagoga, sufrida de mano de extranjeros, acompañada de circunstancias previstas y verificadas despues de los tres dias de su resurreccion gloriosa, y coronada por su ascension á la derecha de su Padre: era la señal del profeta Jonás, que el Salvador citaba siempre á los incrédulos de su nacion. Porque si despues de un nacimiento semejante al de Jesús, seguido de una mision tan milagrosa; si despues de una vida de treinta y tres años tan santa y tan sostenida; si este Jesús, repito, es clavado en una cruz y muere precisamente del modo que él mismo lo ha anunciado tantas veces en corroboracion de antiguos oráculos, y si despues de su muerte resucita el dia que públicamente ha designado, es preciso, por mas que diga la incredulidad, que sea lo que dice, el Cristo y el Hijo de Dios.

Todo se preparaba rápidamente para esta demostracion sin réplica. El Salvador partió de Betania despues de la resurreccion de Lázaro, y se retiró á la ciudad de Efren, situada á diez y ocho horas de Jerusalen. Acercábase la fiesta de la Pascua, y de todas partes se dirigian en tropel á Jerusalen para solemnizarla. Jesús se dirigió tambien á esta ciudad, que pronto iba á mancharse con la sangre de su Rey, de su Cristo y de su Dios. Volvió á pasar por Betania y se paró en la casa de Lázaro. Al momento se tuvo noticia de su llegada, y un gran número de judíos fueron de Jerusalen no solamente para verle, sino tambien para ver á Lázaro resucitado despues de cuatro dias de sepultura. Diéronle una cena en la cual María, hermana de Lázaro, dió muestras de su tierno amor hácia el Salvador. Cuando Jesús se sentó á la mesa, se acercó á él, derramó sobre sus piés un perfume de exquisita esencia, los enjugó con sus cabellos, y toda la casa se llenó al momento del olor del perfume.

El traidor Judas Iscariotes, que dentro de pocos dias debia entregar á Dios á sus enemigos, y que era aun uno de sus Apóstoles, tuvo mucho que criticar en la piadosa liberalidad de María. ¿Por qué no se ha vendido, dijo, un ungüento de tal valor? Se hubieran sacado trescientos denarios, y podrian haberse dado á los pobres.

Esta clase de advertencias, que se renuevan aun en el dia entre los Cristianos, con motivo de las liberalidades de las personas piadosas para la magnificencia del culto público, son con mucha mas frecuencia el lenguaje de una secreta irreligion que el de una caridad bien sincera. No se reprende en favor de los pobres el fausto de sus casas ó el lujo de sus adornos, y dicen que si ven con pesar enriquecidos los altares, es por el alivio de los miserables.

Judas hablaba, pues, de este modo, no porque se interesara por los pobres, sino porque era avaro y ladron, y depositario de las limosnas que el Salvador recibia para su subsistencia y la de sus discípulos. Á pesar de que Jesús sabia el secreto motivo de las murmuraciones de su codicioso discípulo, no reveló sin embargo el crímen oculto de Judas para justificar la inocencia de María. Déjala, le dijo, que riegue hoy mis piés con un ungüento exquisito, y no tomes á mal que lo haya guardado para mi sepultura [1]; porque siempre tendréis á los pobres con vosotros, mas á mí no me tendréis siempre.

Habiendo sabido un gran número de judíos que Jesús estaba en casa de Lázaro, acudieron allí en tropel y creyeron en él. Desesperados los príncipes de los sacerdotes de los progresos de la fe, determinaron cortar de un solo golpe todas sus raíces; Lázaro resucitado y mostrándose á quien verle quisiera á las puertas mismas de Jerusalen les pareció un testimonio demasiado imponente y propio para persuadir, y resueltos ya á dar muerte á Jesús, decidieron tambien deshacerse de Lázaro.

Tan violentas resoluciones anunciaban un acontecimiento decisivo; ya no se reparaba en los medios. El poderoso partido que dominaba en Jerusalen, los Escribas, los Fariseos, los Doctores de la ley, los pontífices y los príncipes de los sacerdotes, forzosamente debia lograr sus designios, á no ser que Jesucristo se resolviera á desbaratarlos por medio de un milagro. Podia hacerlo fácilmente; pero estaba bien distante de tal pensamiento, y únicamente les quiso probar que si se entregaba algun dia en su poder, era porque así lo queria.

Al siguiente dia de su llegada á Betania, y no debiendo pasar en

[1] Estando próximo el término de la muerte de Jesús, al esparcir María sobre él este bálsamo, cumplia de antemano con un deber que la piedad y la costumbre exigian que se prestase á los muertos antes de enterrarlos, como si ella hubiera previsto que no podria hacerlo despues de la muerte del Salvador.

la tierra mas que cinco dias, resolvió ir á mostrarse públicamente en la capital, y hasta quiso entrar en ella en triunfo y con una pompa tan propia para reanimar el valor de sus discípulos, como para hacer ruborizar á sus enemigos. Así pues, el milagro mas sorprendente, y tal vez el mas notable que hizo entonces, consistió en conservar en medio de tanto furor y tanta maquinacion su libertad, su independencia y su autoridad completa para obrar, hablar y dar órdenes, y en suspender la tempestad y sostenerla sobre su cabeza hasta el momento preciso que su Padre habia abandonado á la potestad de las tinieblas.

Partió de Betania acompañado de todos sus Apóstoles en la feria primera, que corresponde á nuestro domingo; se adelantó con ellos hasta las cercanías de una aldea llamada Betfagé, muy inmediata á Jerusalen y situada en la falda del monte de los Olivos, y al llegar á este sitio llamó á dos de sus Apóstoles y les dijo: Id á la aldea que veis allí delante; hallaréis al entrar en ella una asna con su pollino, el cual nadie ha montado: desatadla y traédmelos. Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle tan solo que el Señor los ha menester, y luego los dejará.

Así pues, el Salvador manifestaba ser el Hijo de Dios, dueño de disponer de los corazones y bien enterado de sus resoluciones libres y futuras, aun en los mas insignificantes acontecimientos. Los dos Apóstoles fueron á la aldea, encontraron la asna y el pollino como les habia anunciado Jesús, y los desataron sin decir nada á nadie. Causó grande sorpresa una accion tan extraordinaria y llevada á cabo públicamente por hombres que parecian prudentes y obraban con sangre fria. ¿Por qué desatais ese pollino? preguntarón sus dueños. Porque el Señor lo necesita, respondieron únicamente los dos Apóstoles. Nada les dijeron entonces, y se llevaron la asna y el pollino á donde estaba el Salvador, sin entender lo que aquello significaba.

Pero su divino Maestro no hacia nada sin poderosas razones, pues debia, como Mesías, cumplir en su persona todas las Escrituras. Hizo, pues, esto para ejecutar lo que habia sido anunciado de él por el profeta Zacarías: Decid á la hija de Sion: Hé aquí tu Rey que viene manso para tí, sentado sobre un pollino. Los Apóstoles pusieron sobre él sus vestidos, é hicieron sentar encima á Jesús.

En un país en que estas monturas habian sido indiferentemente

usadas por ricos y pobres, el tren en que aparecia el Salvador no era ni excesivamente humilde ni suntuoso, pues deseaba que en aquel dia le reconociera su pueblo por su Rey pacífico, y entrar en su capital como los antiguos jueces ó jefes de Israel.

Apenas dieron algunos pasos hácia Jerusalen, cuando vino al encuentro de Jesús una gran multitud que esperaba, ya en la ciudad, ya en las cercanías, el dia de la gran festividad de Pascua. El triunfo de su marcha comenzó, por decirlo así, al bajar del monte de los Olivos; unos se quitaban su ropa para tenderla por el camino, otros cortaban ramos de árboles y cubrian el suelo por donde habia de pasar, y todos á la vez empezaron á ensalzar á Dios, y resonó el aire con estas aclamaciones: ¡Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: hosanna en las alturas!

Cuando los Fariseos vieron este triunfo y este entusiasmo universal, se dijeron entre sí: Ya veis que nada adelantamos y que todos corren hácia él. Fatal era el contratiempo, y la ocasion poco á propósito para favorecer una violencia, y por consiguiente indujeron á algunos de ellos á que se mezclasen entre la multitud, y estos tuvieron el atrevimiento de dirigirse al mismo Salvador. Maestro, le dijeron, manda á tus discípulos que se contengan. Aunque callaran, respondió Jesús, las mismas piedras hablarian por ellos. Sus discípulos callaron, en efecto, cinco dias despues cuando por la muerte del Salvador huyeron y le abandonaron; pero entonces hablaron las piedras, y haciéndose pedazos publicaron en su lengua la divinidad del Hijo del Hombre. Entre tanto las aclamaciones fueron en aumento, y los celosos sufrieron toda la pena que les causaban.

¿Qué hacia Nuestro Señor en medio de la general alegría? Lloraba. Sí, aquel divino Triunfador mezcló sus suspiros con la alegría pública, y regó con sus lágrimas el verde follaje con que habian cubierto el suelo por donde pasaba. Cuando llegó á la vista de Jerusalen, dirigió los ojos á aquella gran ciudad que amaba como la parte principal del campo que su Padre le habia confiado, y lloró sobre ella. Sabia que antes de pocos dias iba á poner el colmo á sus crímenes con la maldad mas terrible, la muerte de su Mesías, y despues, en un porvenir poco lejano, veia caer sobre ella todas las calamidades, y convertirse la reina de las ciudades en un monton de cenizas bañadas con la sangre de sus ciudadanos.

Conmovido con tantos males, dijo suspirando: ¡Ah! si al menos

en este dia, que aun lo es de gracia para tí, hubieras sabido conocer las cosas que eran capaces de darte la paz y la salud que te trae tu Salvador; pero no, todo esto queda oculto á tus ojos! Y hé aquí que vendrán dias contra tí en que tus enemigos te cercarán en torno de tus murallas; te encarcelarán y te apretarán por todos lados; te arrojarán por tierra á tí y á los hijos que están en tu seno, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no has sabido conocer el tiempo en que fuiste visitada.

¡Terrible vaticinio, acompañado con las lágrimas de un Dios, que se ejecutó al pié de la letra cuando aun no habian transcurrido cuarenta años!

Acababa el Salvador de hablar cuando llegó á Jerusalen, y apenas entró, toda la ciudad se puso en movimiento. Decian: ¿Quién es este? Y el pueblo respondia: Es Jesús, el Profeta de Nazareth en Galilea. El Salvador se dirigió al templo, donde curó á los ciegos y los cojos que se presentaron.

Mientras enseñaba á la multitud y suplicaba á su Padre que se glorificase con sus humillaciones y dolores, se hizo oir una voz del cielo que decia: Ya he glorificado mi nombre, y lo glorificaré mas; es decir, he sido honrado en tí, Hijo mio, con la obediencia que me has prestado, y lo seré aun mas por la que vas á prestarme. La voz de Dios, descendida con gran fragor, llenó de espanto á cuantos la oyeron; unos decian que era el trueno que habia bramado, y otros que era un Ángel que habia hablado á Jesús. Esa voz, respondió el Salvador, no ha bajado del cielo para mí, sino para vosotros. Sabed que se acerca el juicio del mundo, y que el príncipe de él va á ser arrojado. Palabras eficaces que anunciaban la ruina de la idolatría.

Al espirar el dia, el Salvador salió de Jerusalen y fué á pasar la noche á Betania. Al dia siguiente volvió á entrar en la capital, suprimió algunos abusos que reinaban en el templo, echó en cara á los Fariseos sus crímenes y su incredulidad, y anunció otra vez la ruina de Jerusalen. Estando despues sentado enfrente del tesoro, miraba como el pueblo arrojaba en él dinero, y que varias personas lo depositaban en gran cantidad. Despues de ellas vino una pobre viuda que con mano tímida solo depositó dos pequeñas monedas de escaso valor. Tan insignificante accion sirvió de ocasion al Salvador para dar una de las mas sublimes lecciones que contiene el Evangelio.

Habiendo llamado á sus discípulos, les dijo: En verdad os digo que esta pobre mujer ha dado mas que todos los que han echado en el tesoro. ¿Cuál es, pues, Dios mio, el valor de la pureza de intencion y de la caridad?

Dirigió nuevamente á los judíos los discursos mas eficaces y las parábolas mas interesantes ó mas terribles para inducirles á que se convirtieran, y á precaver los males que les amenazaban. Todo fue inútil, al menos para los Escribas y Fariseos: ¡tan poco recurso deja el abuso de la gracia y del talento! Habiendo salido de Jerusalen con sus discípulos, se sentó en la falda del monte de los Olivos desde donde se descubrian la ciudad y el templo. Anuncióles entonces la ruina completa de la una y del otro, así como el fin del mundo y las circunstancias del juicio final, y despues les confortó contra las persecuciones que debian padecer.

El Salvador dió fin á todos estos discursos diciendo á sus discípulos: Sabeis que la fiesta de Pascua tendrá lugar dentro de dos dias, y que el Hijo del Hombre será entregado en poder de los gentiles para ser crucificado. Al dia siguiente le convidó á comer un habitante de Betania, llamado Simon, que tenia por sobrenombre el Leproso. Mientras estaba en la mesa se le acercó una mujer que llevaba en la mano un vaso de alabastro lleno de extracto de nardo de gran valor y de excelente perfume, que derramó sobre la cabeza del Salvador. Judas en una ocasion semejante habia dado un mal ejemplo que siguieron en esta algunos de sus Apóstoles. ¿Para qué se han de perder, dijeron, sin fruto cosas tan preciosas? El Salvador dió la misma respuesta, y únicamente añadió estas palabras proféticas: En verdad os digo, que en todas partes donde se predique mi Evangelio, y lo será en todo el universo, se hablará con elogio de esta accion y de la que la ha hecho. Nadie lee en el mundo la historia de la Pasion de Jesús, sin que apruebe al mismo tiempo la religiosa prodigalidad de la mujer de Betania en casa de Simon el Leproso.

Judas Iscariotes se hallaba en la comida como los demás discípulos, y oia como ellos lo que Jesucristo anunciaba: devorado por la avaricia, estaba descontento, porque veia con pesar que se desvanecian las ocasiones de un lucro sórdido al cual aspiraba; y como sabia con cuánto afan deseaban los pontífices, los sacerdotes y los príncipes del pueblo tener á Jesús á su disposicion, creyó que nunca

hallaria mas breve y mas seguro camino de enriquecerse que poniendo su ministerio á servicio de la pasion de aquellos malvados.

Tan culpable codicia abrió al demonio la entrada de su corazon; apoderóse de él el espíritu infernal, y Judas salió, se dirigió á Jerusalen, y se presentó á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados para ponerse con ellos de acuerdo sobre los medios de entregarles á su Maestro. ¿Cuánto quereis darme, les dijo, y os le entregaré? La proposicion de Judas no era creible, y parecia espantosa en una persona de su carácter; pero los interesados no arriesgaban nada en acceder, y la recibieron con grandes demostraciones de alegría. Te darémos, respondieron, treinta monedas de plata. La cantidad era muy módica; era el precio justo que, segun la ley, se daba por la vida de un esclavo. Judas accedió, y volvió á Betania poseido de su demonio, pero tan tranquilo en la apariencia como si de nada tuviera que acusarse. Sin embargo ya no pensaba mas que en llevar á cabo su traicion; y para que el buen éxito no se frustrase, espiaba el momento en que alejado Jesús del pueblo que le honraba como el enviado de Dios, estuviera sin defensa contra sus enemigos.

El Maestro y los discípulos pasaron juntos la mayor parte del dia sin que el Salvador, que veia á su lado un miserable coligado contra él con la Sinagoga, pareciese concebir la menor sospecha de su punible intriga, ó que el traidor se manifestase embarazado en la presencia de un Señor vendido á precio vil, cuya divina inteligencia conocia, y cuya justicia debia temer. Mas ¡ay! cuando se perpetran los enormes crímenes con tal audacia, ¿qué punto sensible queda abierto á la gracia del arrepentimiento?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador cuya tierna compasion para con los pecadores le hacia verter lágrimas sobre la ingrata Jerusalen que pronto debia condenarle á muerte. Dadme la gracia de que yo mismo llore sobre mis pecados.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero que todas mis acciones sean hechas con gran pureza de intencion.*

LECCION XI.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS. — AÑO TERCERO.

Fiesta de Pascua. — Jesús come el cordero pascual. — Anuncia la traicion de Judas. — Instruccion sobre la humildad. — Jesús lava los piés á los Apóstoles. — Instituye la Eucaristía. — Salida de Judas. — Despedida del Salvador. — Va al huerto de los Olivos.

El Salvador habia cumplido pródigamente durante tres años de correrías evangélicas en Judea, en Samaria y en Galilea, y en todos los puntos del antiguo dominio del pueblo escogido, lo que debia á los *hijos* de Jacob en su cualidad de doctor especialmente enviado para prepararlos al reino de Dios, y habian terminado sus predicaciones públicas: el fin del mundo fue su postrera profecía, y su última leccion la caridad.

Pero si Jesús era en particular, y para un tiempo dado solamente, el Pastor de las ovejas extraviadas de la casa de Israel, ó el Apóstol de la Palestina, era para siempre y sin distincion el Mesías de todos los pueblos, la víctima del mundo entero y el Salvador de todos los hombres. Bajo este concepto debia morir para alcanzarles á todos por medio de la efusion de su divina sangre las gracias de la salud y la gloria de la adopcion. Dos dias faltaban tan solo para que todo quedara consumado.

Judas, que durante la noche habia vendido á su Maestro, volvió á su lado al dia siguiente por la mañana buscando la ocasion de entregarlo. La fiesta de Pascua principiaba en Jerusalen á las tres de la tarde, y era para todo el pueblo el primer dia de los ázimos. Los sacerdotes estaban ocupados desde aquella hora hasta ponerse el sol en matar y desollar, en el recinto de la casa de Dios, los corderos que cada familia debia ir á tomar para comerlos en el tiempo señalado por la ley. Los discípulos se dirigieron, pues, al Salvador, y le dijeron: ¿Dónde quereis que vayamos á hacer los preparativos para comer la Pascua? Id, dijo á Pedro y á Juan, á prepararnos la Pascua para que la comamos. Pero, Señor, le dijeron, ¿dónde que-

reis que la preparemos? Id á la ciudad, les dijo, y luego que entreis halláréis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre, y decid al padre de familia de esta casa: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca: he escogido tu casa para celebrar la Pascua con mis discípulos; enséñanos el lugar donde podré comerla con ellos. Y os enseñará una gran sala amueblada, y haréis en ella los preparativos.

Solamente un Hombre-Dios, dueño de los corazones y enterado de lo por venir, lo mismo que de lo presente, podia dar semejantes mandatos y tales seguridades. Los discípulos fueron á la ciudad, y encontraron las cosas segun les habia dicho el Salvador, y teniendo seguro un aposento, los dos enviados no pensaron mas que en terminar los preparativos. Estos consistian en proporcionarse un cordero pascual, lechuga, panes ázimos y vino, y en asar el cordero; y todo estuvo dispuesto cuando el Salvador llegó acompañado del resto de sus Apóstoles.

Serian cerca de las siete de la tarte, pues la ley mandaba que se diese principio á la ceremonia una hora despues de ponerse el sol, cuando el Salvador se sentó á la mesa con sus discípulos. La cena legal, durante la cual debia comerse el cordero, se hizo con todos los ritos acostumbrados; ya sabemos que desde su primera entrada en el mundo Jesús se comprometió solemnemente á observar la ley con la mas literal exactitud, y por esta razon se dirigió á los Apóstoles y les dijo: Tenia un extremo deseo de comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré ya hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Daba á entender que las figuras iban á cesar, y que la manducacion del cordero, mandada por Moisés, seria sustituida pronto por la del verdadero Cordero de Dios, inmolado por la salvacion del mundo.

El Salvador tomó en seguida un cáliz de vino, dió gracias á su Padre, y presentándolo á sus discípulos, les dijo: Tomadle y bebed todos; porque os digo que no beberé mas con vosotros del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios. Esto no era mas que la comida del cordero pascual, y el vino de que habla aquí el Señor no era el que cambió en su sangre.

Acercábase el momento de obrar este gran milagro: la presencia del pérfido que debia entregarle á sus enemigos conmovió entonces sensiblemente al divino Redentor. Dirigió sus ojos contristados á sus

Apóstoles, y habló de este modo: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me venderá. Al oir estas palabras los Apóstoles le preguntaron uno tras otro consternados: Señor, ¿soy yo? El Salvador no quiso nombrar al culpable, y se limitó á responder: El que debe entregarme está ahora en la mesa conmigo, y pone la mano en el mismo plato. El Hijo del Hombre se va, como lo anuncian las Escrituras; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! Mas le valiera no haber nacido.

Las palabras del Salvador aumentaron el temor y la inquietud, y los Apóstoles le preguntaron quién era el que debia cometer semejante crímen. Judas sostuvo descaradamente esta prueba, y hasta se atrevió á inclinarse hácia el Salvador y preguntarle en voz baja: Maestro, ¿soy yo? Tú lo has dicho, respondió Jesús; pero nadie lo oyó.

Lo mas lastimoso era que los once discípulos, exentos de infidelidad, no *lo* estaban de ambicion. Acababan de oir decir al Salvador que pronto iba á establecerse el reino de Dios, y creyendo que no tardaria en sentarse su Maestro en el trono, empezaron á disputar en su presencia para saber quiénes serian los que entre ellos ocuparian los primeros puestos en el nuevo imperio. El Salvador no se indignó de su flaqueza, pues sabia que pronto serian enteramente purificados por el fuego divino que consumiria en sus corazones hasta las raíces de las pretensiones humanas; pero antes que se lo alcanzase en la cruz y les enviase el espíritu evangélico, los trató como niños á quienes se da con tiempo útiles lecciones y saludables consejos.

Los reyes de las naciones, les dijo, las mandan como soberanos, y toman el nombre de bienhechores y títulos pomposos. No hagais vosotros lo mismo; el que sea el mayor entre vosotros pórtese como si fuera el menor; el que ocupe el primer puesto conviértase como en servidor de los demás, y no sea el primero de todos sino para precaver ó aliviar todas las necesidades.

Tal es la admirable nocion del poder que nos da el divino Reparador, nocion que destruye el despotismo y la esclavitud, y es el manantial de todos los sacrificios heróicos con que brilla la historia de los pueblos cristianos. Porque, os pregunto yo, continuó el Hijo de Dios, ¿quién es mayor y el mas distinguido, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve en ella? Es sin duda el que se sienta para ser servido. Y, sin embargo, siendo yo vuestro Señor y Maestro, ¿no soy entre vosotros como el que sirve?

Despues de esta leccion de humildad, el Salvador les habló de las grandezas divinas que gozarian en el cielo; grandezas dignas únicamente de nuestra ambicion, pero las cuales se alcanzan tan solo con la modestia y la humillacion. Estas eran las celestiales máximas que Nuestro Señor queria grabar de un modo indeleble en el ánimo de sus Apóstoles y de sus hijos.

Para que la impresion fuera mas profunda, unió á la energía de sus palabras la fuerza mas superior aun de un grande ejemplo. Cuando iba á terminar la cena, el Salvador se levantó de pronto de la mesa, se quitó el manto, y tomó una toalla que habia colgada delante de él. Arrojó agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés de sus discípulos, y los enjugó con la toalla con que estaba ceñido. ¡El Hijo de Dios á los piés de sus discípulos! á los piés de Judas! ¡Qué ejemplo de humildad!

Vino, pues, á Simon Pedro; pero, confundido este al ver tanta humillacion, le dijo: ¡Cómo, Señor, Vos me lavaís á mí los piés! Jesús le respondió: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás despues. No me lavaréis los piés jamás, le dijo Pedro. Si no te lavare, le respondió el Salvador, no tendrás parte conmigo; es decir, estarás eternamente separado de mí, porque habrás desobedecido á mi mandato. ¡Ah! Señor, respondió el ferviente Apóstol poseido del deseo de estar siempre con su buen Maestro, lavadme no solamente los piés, mas las manos tambien y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavar los piés, pues está todo limpio. Y vosotros tambien estais limpios, pero no todos. Bien sabia él quién debia entregarle, y por eso dijo: No todos estais limpios.

Estas palabras: *El que está lavado, no necesita sino lavar los piés,* eran una leccion que daba el Salvador á sus Apóstoles de una pureza mas perfecta que la exencion de los mas impuros pecados. Al prepararse á recibir la Eucaristía es especialmente cuando no se pueden omitir esas insignificantes manchas que se contraen en el uso de la vida humana, y que están significadas por el lavatorio de piés.

Cuando se terminó la ceremonia, el Salvador dejó la toalla, volvió á tomar su manto, y sentándose otra vez á la mesa con sus discípulos, les dijo: Ya veis lo que acabo de hacer con vosotros. Al hablarme me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pero si yo, vuestro Maestro y Señor, os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavároslos los unos á los otros, porque yo os he dado ejem-

plo para que hagais tambien lo que he hecho con vosotros. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envia. Si llegais á entender esto, bienaventurados seréis si lo hiciéreis. Para suavizar la práctica de esta humildad, añadió que léjos de envilecerse á los ojos de los hombres al humillarse los unos ante los otros, la honra que adquirian siendo sus Apóstoles haria que los respetasen tanto como á él mismo. En verdad, en verdad os digo que el que reciba al que yo enviare, á mí me recibe, y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió.

Estas divinas lecciones de una humildad profunda, de una pureza perfecta de corazon y de una respetuosa caridad hácia el prójimo, disponian admirablemente á los Apóstoles para el banquete celestial que queria establecer el Salvador. Iba á dejarnos en el Sacramento de su cuerpo y de su sangre el mayor de sus dones, y hacer que sucediera á los antiguos sacrificios el sacrificio único y perfecto que debia reemplazarlos y sobrepujarlos á todos.

Era de noche; y aquella noche funesta á la vida del Hombre-Dios, y aquella misma hora y momento en que se apresuraban á entregarle á sus enemigos, la honró él con la institucion de su Sacramento. En el exceso de su amor quiso que aquella noche fuese mas ventajosa al mundo que el mas hermoso de sus dias. Hé aquí cómo se verificó:

Duraba aun la cena cuando el Salvador tomó pan, tal como se comia aquel dia, ázimo ó sin levadura, y teniéndolo entre sus manos adorables, dió á Dios su Padre respetuosas acciones de gracias por el poder que le habia concedido sobre toda la naturaleza de cambiar sus leyes á su antojo, poder del cual no hubiese necesitado para dejar á su Iglesia símbolos vacíos de realidad. Bendijo aquel pan, lo hizo pedazos, y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, este cuerpo que va á ser entregado para vosotros á la muerte. ¡Palabras adorables, palabras omnipotentes, en virtud de las cuales solo quedó del pan la apariencia, y su propio cuerpo puesto en su lugar pasó á las manos de sus discípulos para que ellos lo comieran! Decir y hacer es para Dios una misma cosa, porque aquel que todo lo puede, hace lo que quiere hablando; por eso en el principio del mundo apenas Dios pronunció estas palabras: *Hágase la luz*, la luz fue hecha.

Hasta entonces se habian ofrecido á Dios víctimas insuficientes y

hostias simbólicas; pero en lo sucesivo será la víctima y se sacrificará el cuerpo del Salvador, porque este nuevo sacrificio durará tanto como el mundo. Por eso el Salvador se apresuró á comunicar á sus Apóstoles, y en su persona á todos los sacerdotes, el poder de obrar el prodigio que él mismo acababa de hacer. Siempre que inmoleis esta hostia, les dijo, en virtud del poder que os confiero, lo haréis en memoria mia, os acordaréis de la muerte que voy á sufrir por amor á vosotros.

Lo que Jesús acababa de hacer para cambiar el pan en su cuerpo, lo hizo para convertir la sustancia del vino en la de su sangre. Tomó un cáliz, dió gracias, lo bendijo, y lo presentó á sus Apóstoles diciendo: Bebed de este todos, porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remision de los pecados. Lo que me veis hacer, añadió el Salvador, lo haréis en memoria mia; es decir, lo haréis como yo; haréis lo que yo hago. Tal es la grandeza de su amor, que nos deja para siempre su carne para comer y su sangre para beber: ¡Magnífica herencia de un Dios moribundo! Él nos lega á todos por medio de testamento su cuerpo y su sangre, para que todos seamos otros idénticos á él, otros Jesucristos.

Segun la opinion mas admitita, Judas comulgó como los otros. Tan negro crímen excitó en el alma del divino Maestro una emocion que dejó que se manifestase en su exterior. En verdad, en verdad, dijo á sus discípulos, que uno de vosotros me ha de entregar. Al oir los Apóstoles estas palabras se miraron nuevamente y se interrogaron con los ojos para saber de quién queria hablar. Pedro no pudo soportar tan cruel incertidumbre; ya se sabe hasta qué punto amaba á su Maestro, pero no se atrevió á interrogarle, é hizo señal á Juan, el discípulo amado, que estaba sentado al lado del Salvador, para que le preguntase de quién queria hablar. Juan lo entendió, é inclinándose sobre el seno del Salvador, le dijo en voz baja: ¿Quién es ese, Señor? Jesús respondió: Aquel á quien voy á presentar pan mojado; y mojando el pan, se lo dió á Judas Iscariotes, hijo de Simon.

El demonio entró en el alma del pérfido con aquel bocado fatal. Judas obró como quien era, y con aquello puso el colmo á su desgracia: á no haber sido el mas impudente de todos los malvados, no hubiese sido un impenitente sin remedio. Sin embargo, el Salvador

le dijo: Haz cuanto antes lo que tienes resuelto hacer; declarándole con esta animosa expresion, que leia en el fondo de su corazon sus negras maquinaciones, y que por otra parte no temia al traidor ni la traicion. Judas fue insensible á esta última advertencia, y salió sin que ninguno de los discípulos sospechase á dónde iba. ¡Ah! ¿á dónde podia ir un sacrílego, un traidor, un avaro? Fué tranquilamente á dar la última mano á su espantoso crímen, á hacer los preparativos, y á asegurarse de todos los medios propios para llevarlo á cabo.

Luego que salió Judas, el Salvador dió libre curso á las tiernas efusiones de su caridad, y dirigió á sus Apóstoles aquel admirable *discurso* en que su hermosa alma se pinta completamente, y en que se siente realmente el amor inmenso de un Dios; discurso que debe considerarse como su testamento de muerte, su adios supremo y el resúmen de su postrera voluntad. Empieza hablando de su Pasion con transportes de alegría, no mirando este momento sino bajo el aspecto de la gloria infinita que iba á acarrear á su Padre y á sí mismo. Ahora, dijo, es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios va á ser glorificado en él. Hijitos mios, solo me restan algunas horas para permanecer con vosotros, pues no podeis venir á donde yo voy. Amaos unos á otros: todo el mundo conocerá que sois mis discípulos, si os amais unos á otros.

Pedro oyó con amargura hablar de separacion y de partida á su querido Maestro. Señor, ¿á dónde vais? le dijo. El Salvador le respondió: No me puedes seguir ahora á donde voy, pero me seguirás algun dia. Pedro le dijo: ¿Por qué, Señor, no os puedo seguir ahora? Estoy pronto á morir por Vos. Jesús le respondió: ¡Estás pronto á morir por mí! En verdad, en verdad te digo que no cantará dos veces hoy el gallo sin que me hayas negado tres veces.

Pedro hubiera debido morir de dolor; pero consideró sin duda las palabras de su Maestro como una amenaza de precaucion hecha con el designio de que estuviera prevenido, y no por eso dejó de confiar en su pretendida intrepidez. El Salvador lo habia previsto bastante, y continuó su discurso dejando que siguiese ensalzando su celo. Dijo á sus discípulos que no temieran, que iba á prepararles lugares en el reino de su Padre, y vendria á buscarles; que entre tanto les concederia todo lo que le pidieran; que les enviaria el Espíritu Santo para consolarles de su ausencia, y que no les dejaria huérfanos. Les recomendó especialmente que siguieran estrechamente unidos á él,



y se amasen tiernamente unos á otros; les anunció que el mundo les perseguiria, pero les dijo que nada temieran, pues un dia se trocaria en regocijo su tristeza, y sus persecuciones en coronas inmortales. No temais, añadió otra vez, yo he vencido al mundo.

Al decir estas palabras el Salvador eleva sus ojos al cielo: va á hablar á Dios por sus discípulos y por nosotros; son los últimos votos de un padre y de un amigo. Imposible es figurarse nada mas bello, mas sublime y al mismo tiempo mas patético; entra en una especie de éxtasis, todo respira en su exterior el respeto, la confianza y el amor, y dirigiéndose á su Padre, testigo de su sumision y remunerador de sus méritos, pide por sí que todas las naciones le reconozcan como á su Salvador.

Padre mio, dijo, ha llegado la hora; glorificad á vuestro Hijo, para qué él os glorifique; habeis puesto á todos los hombres bajo su poder para que dé la vida eterna á todo lo que le dísteis. Y esta es la vida eterna: que os conozcan á Vos solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien enviásteis. Yo os he glorificado sobre la tierra, y he acabado la obra que me dísteis á hacer; glorificadme, pues, ahora, Padre mio.

Despues de haber orado por sí mismo, el Salvador ora por sus Apóstoles, y pide para ellos la caridad y la santidad. He manifestado vuestra gloria á estos discípulos que me dísteis al separarles del mundo; ellos creyeron en vuestra palabra, y me han permanecido fiales. Yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él. Padre santo, conservad á causa de vuestro nombre á los que me dísteis, para que sean una cosa como tambien nosotros. Mientras que yo estaba con ellos los conservaba, mas ahora voy á Vos. Yo no os ruego que los quiteis del mundo, sino que los guardeis del mal. Santificadlos con vuestra verdad.

El Salvador no se ciñe á esto, y su cariño no olvida á ninguno de sus hijos. Despues de haber orado por sus Apóstoles, ruega por nosotros, pidiendo la caridad y el cielo, fin de todos sus trabajos y de todos sus padecimientos. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino tambien por los que han de creer en mí por medio de su predicacion, para que todos sean una misma cosa, así como Vos, Padre mio, sois en mí y yo en Vos. Padre, deseo que aquellos que me dísteis estén conmigo en donde yo esté, para que sean testigos de la gloria que me pertenece y que he recibido de Vos, porque me ha-

beis amado antes del establecimiento del mundo. Padre justo, el mundo no os ha conocido; mas yo os he conocido, y estos han conocido que Vos me enviásteis. Y les hice conocer vuestro nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me habeis amado esté en ellos y yo en ellos.

Despues de esta divina despedida, el Salvador, que no tenia que hacer en este mundo mas que padecer y morir, recita la accion de gracias con que los hijos de Israel acostumbraban terminar su comida. Salió de la sala, pasó el torrente de Cedron y se fué á orar al monte de los Olivos, donde Dios su Padre esperaba las primicias de su sacrificio. Sus discípulos le siguieron, y allí le encontraron sus enemigos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que nos ha dado tan grandes ejemplos de humildad y caridad; hacednos la merced de que los imitemos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero prepararme con el mayor esmero para la Comunion.*

LECCION XII.

PASION DEL MESÍAS.

Reflexion sobre la Pasion. — Oraciones. — Agonía. — Apóstoles dormidos. — Llegada de Judas. — Cumplimiento de las profecías. — Jesús es vendido y entregado. — Es llevado á la casa de Anás y á la de Caifás. — Primer interrogatorio. — Ultrajes hechos á Jesús durante la noche. — Le niega san Pedro.

Hemos visto hasta aquí al Mesías esparciendo por las ciudades y las campiñas el fruto de sus lecciones, la edificacion de sus virtudes y el brillo de sus milagros, en una palabra, le hemos visto nacer, obrar, predicar é instruir como Hombre-Dios; réstanos verle padecer y morir como Dios-Hombre, probando su divinidad mas incontestablemente con su muerte que con su vida. Lo que hemos contado de su entrada en el mundo y del ejercicio de su ministerio, asombra á la incredulidad; y lo que vamos á expresar de sus humillaciones y de su cruz, la confunde y desespera.

Debemos, pues, estudiar ahora al hombre, que dijo ser el Hijo y el Enviado de Dios, en el teatro de sus padecimientos y en el altar de su sacrificio, á donde llamamos al fiel para enternecerle y al incrédulo para convencerle. Les presentarémos una Víctima que padece y muere, pero que padece y muere en medio de una multitud de prodigios tan divinos y con un conjunto de circunstancias tan sorprendentes, que el cristiano que la adora encuentra en ellas el mas firme apoyo de su fe, y el incrédulo que la blasfema hallará, si no carece de rectitud, los motivos mas poderosos para volver á creer pronto en la verdad.

Recuérdese únicamente, antes de dar principio á la lectura de los padecimientos y de la muerte del Salvador, que estaba vaticinado en todas las Escrituras que el Cristo seria inmolado á la gloria de Dios, á la salvacion de los hombres y al establecimiento de un nuevo culto, fundado en la divinidad de su persona y en el mérito de su sacrificio. Recordemos tambien que el mismo Jesús durante su vida y hasta el momento de su muerte verificó en su persona, confir-

mándolos circunstanciadamente, todos los oráculos de los antiguos Profetas.

Todo estaba dispuesto para su completo cumplimiento; de parte del eterno Padre que mas de cuatro mil años hacia esperaba una víctima digna de él; de parte del Hijo único que al entrar en el mundo se habia ofrecido á reemplazar los holocaustos insuficientes de la ley de Moisés; de parte del linaje humano que anhelaba su Redentor con tanta frecuencia prometido, vaticinado, figurado y preparado por tantos acontecimientos, y cuya sangre debia reconciliar al cielo con la tierra; finalmente, si nos atrevemos á decirlo, hasta de parte del infierno que habia desencadenado contra el Cristo todas sus potestades.

Habia llegado el instante solemne.

El Salvador se dirigió al huerto de Getsemaní acompañado de sus once Apóstoles. Aquel huerto solitario estaba situado en la falda del monte de los Olivos, separado únicamente de Jerusalen por el valle de Josafat, por el fondo del cual corria el arroyo de Cedron. La distancia del monte á la ciudad no era mas que de mil pasos, de modo que los dias de sábado y en las festividades solemnes podia hacerse este corto viaje sin infringir la ley. La aldea de Getsemaní, donde estaba el huerto, se hallaba situada en la falda del monte, desde el cual se distinguian claramente el templo y la ciudad.

Judas, que le entregaba, sabia que el Salvador acostumbraba retirarse á aquel lugar durante la noche para hacer oracion, de modo que léjos de huir del traidor el Hijo de Dios iba á su encuentro. Aproximándose el momento del combate, dijo á sus discípulos: Sentaos aquí, mientras que yo voy allí y hago oracion; orad tambien vosotros para que no entreis en tentacion. Y dejando en seguida á los demás, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan. Cuando estuvo solo con ellos empezó á entregarse á los horrores de su Pasion, y se apoderaron de él el espanto, el tédio, el sinsabor, el abatimiento y la tristeza. Triste está mi alma hasta la muerte, dijo á sus Apóstoles; esperad aquí, y velad conmigo. Y habiendo dado algunos pasos se apartó de ellos á la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas hizo esta oracion: Padre mio, apartad de mí, si es posible, este cáliz; sin embargo, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

Ya se ve el reñido combate que se traba en aquella grande alma. Ser la misma Inocencia, el Hijo único de Dios, el Rey del universo,

y devorar tantos ultrajes y morir en una infame cruz; ¡qué confusion! qué ignominia! pero, salvar á los hombres sus hermanos y satisfacer la justicia de Dios, ¡qué consuelo! qué gloria!

Despues de su oracion se levantó, vino á sus discípulos, los halló á los tres dormidos, y dijo con suavidad á Pedro: ¿Duermes, Simon? ¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigais en la tentacion. El espíritu está pronto, pero la carne es débil. Se fué de nuevo segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y volvió otra vez á donde estaban sus discípulos, y los halló aun dormidos. Fiad ahora en los hombres para que os consuelen; vos padeceis, y ellos duermen! Y los dejó, y de nuevo fué á orar tercera vez, diciendo las mismas palabras.

Sin embargo, la tristeza, el terror y el sinsabor mortal que siente el Salvador le hunden en una violenta agonía hasta el extremo de brotarle de todas las partes de su cuerpo un sudor de sangre, la cual cae en anchas gotas sobre la tierra que al punto queda empapada. Entonces bajó un Ángel del cielo para fortalecerle: Jesús acepta la cruz, hace su sacrificio, y sálvase el mundo. Hé aquí cuáles son los consuelos del cielo: no rompen nuestras cruces y alejan la tentacion de descender de ellas. Desde este momento en que el Hijo acepta la sentencia dada por el Padre, no se advierte en el Salvador mas que intrepidez y valor, pero un valor modesto y una intrepidez tranquila.

Se acercó, pues, á sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad; ved aquí llegada la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos, el hombre que me va á entregar se acerca; salgamos á su encuentro.

Y estando aun hablando, hé aquí que se oyó en medio de las tinieblas una gran multitud de gente conducida por Judas. El pérfido habia pedido á los sumos sacerdotes, á los ancianos, á los Escribas y Fariseos una cohorte de soldados y un oficial para mandarlos, y los jefes de las familias sacerdotales, los príncipes del pueblo y los magistrados del templo no se avergonzaron de reunirse con la tropa, á la cual acompañaba una multitud confusa de criados, llevando los unos linternas y antorchas, y armados de palos los otros. Todo esto se hacia, empero, para que se cumpliera el oráculo del Profeta que habia dicho al hablar del Mesías: Le tratarán como á los malvados y ladrones.

El traidor les habia dado una señal diciendo : El que yo besare, él mismo es, prendedle y llevadle con precaucion. La señal y el consejo eran dignos de Judas. Luego que llegó, se adelantó hácia Jesús, y le dijo : Dios os guarde, Maestro. Y le besó. El Cordero de Dios no rehusó aquel beso mas doloroso para él que todas las crueldades que padeció durante su Pasion ; en vez de tratar al pérfido como lo merecia, mas enternecido de su pérdida que de su crímen, y tratando mas bien de salvarle que de confundirle, le dijo con bondad : Amigo mio, ¿con qué designio has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?

Estas dulces palabras hubieran ablandado á un tigre y convertido á un malvado ordinario; pero un Apóstol pervertido y sacrílego, ¿qué podia ser sino el mas infame y el mas endurecido de todos los pecadores? Sin embargo, el Salvador era aun libre, pues no convenia que le prendieran por sorpresa, sino porque así lo queria. Se adelantó, pues, hácia la multitud, y les dijo : ¿Á quién buscais? Á Jesús de Nazareth, le respondieron. Yo soy, les dijo Jesús. Luego que el Salvador dijo estas dos palabras : Yo soy, hé aquí que repentinamente cayeron en tierra unos sobre otros los oficiales y los soldados, los criados y los señores, el jefe de la traicion y sus secuaces.

Tras una prueba tan sensible del poderío de Jesús no hubieran debido levantarse mas que para implorar de rodillas el perdon de su atentado; pero llegan momentos de castigo en que los pecadores pierden la razon. El que los habia derribado permitió que se levantasen, y les dijo por segunda vez : ¿Á quién buscais? Á Jesús de Nazareth, le respondieron. Con una de sus palabras habia hecho conocer á sus enemigos que solo y sin armas era mas fuerte que una multitud de hombres armados, y despues de demostrar de este modo su omnipotencia, les permitió contra su persona lo que nunca les hubiera sido posible sin su permiso. Lanzáronse, pues, contra él y le prendieron.

Conociendo, sin embargo, los Apóstoles lo que debia suceder, dijeron á Jesús : Señor, ¿herimos con espada? Y Simon Pedro que llevaba una espada la desenvainó sin esperar contestacion, é hiriendo á un siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja derecha : este siervo se llamaba Malco. Pero Jesús le dijo : Dejad hasta aquí. Y habiendo tocado la oreja del siervo, le curó. Vuelve tu espada á la vaina, añadió dirigiéndose á Pedro ; ¿por ventura piensas que no pue-

do rogar á mi Padre, y que no me diera ahora mismo mas de doce legiones de Ángeles? Pero si uso de mi poder, ¿cómo se cumplirán las Escrituras de que así conviene que se haga?

Los judíos se apoderaron entonces del Salvador y le ataron; sus Apóstoles habian huido. Llevároule primero á casa de Anás, suegro de Caifás, el cual era sumo sacerdote de aquel año. Satisfecho Anás de esta deferencia, envió á Jesús sin interrogarle al tribunal de Caifás, pues para completar un gran crímen y consumar una grande injusticia podia sin inquietud fiarse en su yerno. Llevároule, pues, á casa de Caifás, donde estaban reunidos todos los sacerdotes, los Escribas y los ancianos.

Avergonzado Simon Pedro de su fuga y recobrado algun tanto de su terror, seguia á Jesús desde léjos con otro discípulo. Este, que era conocido del sumo Sacerdote, entró en la casa mientras conducian al Maestro á la sala del Consejo. Pedro se habia quedado fuera de la puerta; el otro discípulo salió, y hablando á la portera, hizo entrar á Pedro en el atrio del sumo Sacerdote. Una multitud tumultuosa de soldados, criados y oficiales estaban allí á la lumbre, porque hacia frio, y se calentaban. Pedro se acercó por su desgracia, se sentó y se puso á calentarse con los demás esperando la resolucion del Consejo.

El Salvador habia entrado en la sala donde para juzgarle se hallaban reunidos todos sus enemigos, resueltos á darle muerte; pero como ningun acto de su vida podia dar motivo para condenarle, el sumo Sacerdote le preguntó sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Manifiestamente he hablado al mundo, le respondió Jesús; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo á donde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto [1]. ¿Por qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oido; aquí hay personas que saben lo que he dicho.

Esta respuesta llena de mansedumbre y de modestia era digna de la Sabiduría misma que la habia proferido. Un acusado no tiene derecho á deponer en su favor, y si el crímen de que se le acusa es

[1] El Salvador enseñó con frecuencia á sus discípulos en particular; sin embargo, pudo decir con verdad que nada habia dicho *en oculto*, porque la doctrina que enseñaba en particular era la misma que predicaba en público; se entiende que era en el fondo la misma que no hacia mas que desarrollar mas en sus conversaciones familiares con sus Apóstoles.

público, fácilmente puede probarse por medio de testigos; pero nunca se tiene razon impunemente contra jueces apasionados. Así pues, luego que dió esta respuesta, un criado que estaba al lado de Jesús le dió una bofetada diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Si he hablado mal, le respondió tranquilamente el Hombre-Dios, da testimonio del mal; mas si he hablado bien, ¿por qué me hieres? Así es como se defiende la inocencia: la humildad no le quita nada de su firmeza, y es noble é intrépida sin dejar de ser respetuosa.

El criado del sumo Pontífice merecia ser castigado severamente, porque importa sobremanera al bien público que se conserve á los acusados toda la libertad necesaria para su completa justificacion; y sin embargo los jueces aprobaron, al menos con su silencio, una accion tan brutal. Lo que habia dicho el Salvador era, empero, tan razonable que se creyeron obligados á proceder contra él del modo que él mismo acababa de indicarles. Los príncipes de los sacerdotes y toda la asamblea buscaron, pues, algunos falsos testimonios contra Jesús para darle muerte; pero encontraron pocos que tuviesen al menos apariencia de verdad, aunque mandaron llamar muchos testigos falsos. Finalmente, presentáronse dos que dijeron: Nosotros mismos le hemos oido decir: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarlo en tres dias.

La deposicion era falsa, pues añadia palabras que no habia dicho el Salvador, y les quitaba su sentido natural; pero especialmente no era contraria al acusado, el cual habia dicho al hablar de su cuerpo y al anunciar su muerte y su resurreccion: Puedo destruir este templo, y reedificarlo en tres dias. Aunque hubiesen creido que hablaba del templo de Jerusalen, podíase todo lo mas, no conociéndole á fondo, acusársele de presuncion.

El recurso de los testigos se agotaba ó era peligroso, pues á fuerza de oir á los falsos se exponian á encontrar verídicos. Así lo conoció el sumo Sacerdote, y por esta razon, alzándose en medio de la asamblea, interrogó á Jesús y le dijo: Ya oyes todos los cargos que hacen contra tí, ¿nada tienes que responder? Jesús guardó silencio y no respondió. Pues bien, añadió el sumo Pontífice, en nombre del Dios vivo, á quien represento aquí, te mando que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, bendito sea.

La pregunta era entonces categórica y decisiva; el divino Maestro esperaba esta ocasion para confesar sin embozo la verdad; sa-

bia que iba á costarle la vida, pero debia ser el primer mártir de su Religion, y dar el ejemplo á sus discípulos como igualmente á millones de Mártires. Respondió, pues, sin vacilar: **Sí, yo soy el Cristo y el Hijo único de Dios, y aun os digo mas, pronto veréis al Hijo del Hombre sentado á la diestra del Dios omnipotente y venir sobre las nubes del cielo.** Entonces el sumo Sacerdote ocultando su alegría bajo la máscara de un dolor hipócrita, y afectando el exterior de un hombre enternecido por los intereses de Dios, rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabais de oir la blasfemia, ¿qué os parece? Todos respondieron: Reo es de muerte. El Salvador oyó esta sentencia con tanta calma como valor demostró cuando sufrió sus rigores.

El sumo Sacerdote era un malvado; pero con todo su accion nos enseña que cuando los judíos oian blasfemar rasgaban sus vestiduras, en tanto que vemos cristianos que oyen sin conmoverse las blasfemias de los impíos. Yo no diré que las celebren, porque ¿podrian seguir llamándose cristianos los que así lo hicieran?

La Sinagoga estaba tan sedienta de la sangre de su Mesías, que gustosamente hubiera pasado de la publicacion de la sentencia á su ejecucion; pero Dios no lo queria, y para que acabasen de cumplirse algunas profecías que aun no se habian verificado, permitió que los príncipes de los sacerdotes y los jefes de Jerusalen advirtiesen que en el estado de dependencia en que se hallaban respecto del magistrado romano, no podian eximirse de impetrar su consentimiento en caso de una sentencia de muerte. Era preciso además asegurarse del pueblo y enconarlo contra Jesús haciéndole ver que era un blasfemo y un impío. Estos preparativos exigian tiempo, y como estaban resueltos á adelantarse á la gran solemnidad pascual que iba á principiar, no podia perderse un momento. Solamente tomaron algunas horas de descanso, y señalaron para la nueva reunion del Consejo la primera hora del dia. Todos se retiraron de la sala, y Jesús fue entregado á la custodia de los ministros y criados.

Estos seres degradados hubieran creido que servian mal á sus amos si se hubiesen contentado con custodiar á su pacífico preso; mas juzgando que su deber era ultrajarle, le hicieron padecer todo lo mas atroz que puede imaginarse en hombres sin educacion y sin honor contra un desgraciado que cae en sus manos. Hubo algunos que empezaron á escupirle en el rostro, y otros se mofaban de él y le mal-

trataban á golpes. Algunos mas sacrílegamente impíos le tapaban los ojos y le daban bofetadas en el rostro, y haciendo irrision de sus augustas cualidades de Profeta y de Rey, le decian al herirle: Adivina, Cristo, ¿quién es el que te ha herido? Jesús hubiera podido nombrarlos y anonadarlos, pero sufria mas por su ceguedad que por sus propias penas. Esta escena horrible duró toda la noche: ¿qué discípulo del Señor pasó jamás otra tan cruel?

Lo que puso el colmo á la pena del Hombre-Dios, lo que consideró como el mas doloroso de todos los ultrajes, fue que le negase Pedro, el primero y mas favorecido de sus discípulos, el jefe de sus Apóstoles, mientras de aquella suerte se hallaba á discrecion de sus enemigos.

Pedro estaba sentado fuera en el atrio, donde se calentaba en medio de los soldados y ministros del palacio; salió una criada del sumo Sacerdote, y viéndole que se calentaba, le dijo despues de haberle mirado: Tú tambien estabas con Jesús de Nazareth. Mas él lo negó delante de todos diciendo: Ni le conozco, ni sé lo que dices. ¡Cómo! Pedro, ¿y hablas tú de esta suerte? Deseando en seguida evitar otra pregunta, se salió fuera delante del atrio, y cantó el gallo. Pero viéndole entonces otra criada, dijo á los que allí estaban: Este estaba tambien con Jesús de Nazareth. Y poco rato despues, otra le vió y le dijo: Tú tambien eres de ellos.

El terror de Pedro creció con el peligro, y su crímen con su terror. Su primera negacion habia sido una mentira, pero en la segunda añadió el perjurio; negó, pues, segunda vez con juramento diciendo: No conozco tal hombre. Creyéronle al parecer por su juramento, y le permitieron cerca de una hora de descanso, que hubiera podido aprovechar para evadirse; pero Pedro amaba aun á aquel á quien negaba, y no podia resolverse á alejarse de allí. No obstante, uno de los criados del sumo Sacerdote, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, le dijo: ¿No te ví yo tambien con él en el huerto? Y de allí á poco se acercaron los que estaban en el atrio y dijeron á Pedro: Seguramente que tú tambien eres de ellos, porque te se conoce muy bien en el hablar que eres galileo. Pedro perdió la razon, negó tercera vez, y comenzó á hacer imprecaciones y á jurar que no conocia á tal hombre.

¡Esclavos del respeto humano, hé aquí lo que sois!

Aun hablaba Pedro cuando el gallo cantó segunda vez, y el Sal-

vador, á quien conducian al atrio, se volvió hácia su discípulo y le miró. Pedro se acordó entonces de la palabra del Señor, como le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces; y saliendo fuera, lloró amargamente. Sus lágrimas no cesaron sino con su vida, y san Jerónimo nos dice que estaban surcadas por ellas sus mejillas.

Los potentados de Jerusalen no estaban satisfechos con haber atormentado al Inocente por manos de una vil canalla, cuya furia habian desencadenado; luego que asomó el dia, acudieron al Consejo para coronar á sangre fria la obra de tinieblas que habian comenzado; y para afectar á los ojos del pueblo un exterior de moderacion y madurez, hicieron repetir al pretendido culpable las confesiones de la noche anterior, y le preguntaron: Sí tú eres el Cristo, dínoslo. Él les respondió: Si os lo digo, no me creeréis, y si os pregunto á mi vez en qué señales debe reconocerse segun las Escrituras al Cristo, no me respondereis, ni me pondréis en libertad. Por lo demás el Hijo del Hombre estará en adelante sentado en el cielo á la diestra de Dios omnipotente. ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? le dijeron. Jesús respondió: Sí, lo soy. Entonces exclamaron todos como Caifás: ¿Qué necesidad tenemos de mas testimonio, si nosotros mismos lo hemos oido de su boca?

Pronunciada estaba ya la sentencia de muerte, y no faltaba mas que llevar á cabo su ejecucion. Acababan de condenar al Salvador como á un sacrílego que usurpaba la cualidad de Mesías; pero esta acusacion tan grave, segun juzgaba la multitud seducida, no lo era para que causase una profunda impresion en el ánimo de un magistrado gentil, y por lo tanto resolvieron dar á las acusaciones un giro del todo diferente cuando apareciera delante de Pilatos. Ya que Jesús decia ser el Hijo de Dios y el Mesías, arrogábase por consiguiente el título de Rey de los judíos y de competidor del César: este fue el aspecto odioso bajo el cual se propusieron presentar al ministro del Emperador las pretendidas blasfemias de Jesús. Y no perdieron tiempo, pues habiéndose levantado toda la Asamblea, condujeron á Jesús atado y lo entregaron en poder del Gobernador.

Viendo entonces Judas que estaba condenado, sintió remordimientos; por desgracia no conoció suficientemente que el mayor de los crímenes á los ojos de un Dios que muere por salvar á los pecadores no era el haberle vendido, sino el haber desconfiado de su mi-

sericordia. Impelido por su arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo : He pecado entregando la sangre del Justo. Recibiéronle con esa indiferencia cruel que los hombres mas infames reservan siempre para con los malvados cuyos crímenes les son útiles. ¿Qué nos importa? le dijeron; eso es cuenta tuya. Esta lacónica y desdeñosa respuesta acabó de desesperarle, y arrojando el dinero en el templo, se retiró, y fué á ahorcarse con un lazo.

Quedaba por deliberar en qué se emplearia aquel dinero, porque los malvados son á veces escrupulosos en cuanto al bien parecer; recogieron, pues, las monedas de plata y dijeron : No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre. Y compraron con ellas el campo de un alfarero que destinaron para sepultura de los extranjeros. Este campo llevó despues el nombre de *Haceldama*, es decir, campo de sangre, como si los judíos hubieran querido perpetuar el recuerdo de su deicidio. Pero Dios tenia otras miras, queria que se cumplieran estas palabras de un Profeta : Y tomaron las treinta monedas de plata, suma por la cual fue entregado el que los hijos de Israel pusieron á precio, como el Señor me lo ha hecho ver en mi vision [1].

Oracion y propósito.

Dios mio, que sois todo amor, ahora veo cuánto me habeis amado; *me propongo amaros de todo corazon, ó Dios mio, que padecísteis por mí!*

[1] La profecía sigue cumpliéndose actualmente. La emperatriz santa Elena mandó trasladar á Roma la tierra del Campo de sangre, y sirve de cementerio para los peregrinos; se ve cerca de San Pedro, detrás de los edificios del Santo Oficio.

8*



LECCION XIII.

PASION DEL MESÍAS.

Jesús delante de Pilatos. — Es declarado inocente. — Es conducido delante de Herodes. — Llevado otra vez delante de Pilatos, — azotado, — condenado á muerte, — conducido al Calvario, — crucificado. — Ruega por sus verdugos. — Los soldados juegan sus vestidos. — Los judíos le insultan. — Jesús cumple las profecías. — Convierte al buen ladron. — Muere en medio de prodigios.

Hemos visto que los sacerdotes y los Escribas y toda la multitud reunida en casa de Caifás se habian levantado para conducir á Jesús al pretorio, es decir, á la casa del gobernador romano. Este gobernador ó presidente, que ejercia sobre los judíos la autoridad de Tiberio, se llamaba Poncio Pilatos. Era aun muy temprano cuando llegaron delante del palacio, y un escrúpulo les detuvo en la puerta; la ley que prohibia la muerte de un inocente no vedaba el que se entrase en la casa de un gentil; pero aquellos hombres, cuya religiosidad excedia los límites prescritos, no entraron en el pretorio por temor de mancharse y á fin de comer la Pascua.

Pilatos, pues, salió fuera á ellos, y les dijo: ¿De qué acusais á este hombre? Ellos respondieron: Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos entregado. Hablaba en ellos el odio, y así lo conoció Pilatos, el cual les dijo: Tomadle allá vosotros, y juzgadle segun vuestra ley. Mas los judíos le dijeron: No nos es lícito matar á nadie. Los romanos les habian quitado este derecho, y por su propia confesion reconocian que el cetro habia salido de Judá. Hubieran debido reconocer, por consiguiente, que habia llegado el que debia ser enviado, el Deseado de las naciones; pero cegados por la pasion, no podian ver ya lo que por su confesion era mas visible que nunca.

Pilatos, cediendo á sus clamores, se determinó, por fin, á juzgar al Salvador, lo cual permitió Dios para que el Mesías muriera en cruz, como estaba vaticinado; porque los judíos, segun la ley, no hubieran podido condenarle mas que á ser apedreado, y deseaban

que fuese crucificado. Principiaron, pues, por acusarle diciendo: Hemos averiguado que este hombre pervertia nuestra nacion, prohibia que se pagase el tributo al César, y se daba el nombre de Cristo y de rey. Oyendo hablar Pilatos del título de rey, volvió á entrar en el pretorio, donde custodiaban al Salvador, y mandó que se lo presentasen. Jesús pareció delante del Gobernador, que le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús respondió: ¿Lo dices eso por tí mismo, ó porque otros te han sugerido la pregunta? ¿Acaso soy judío, replicó Pilatos, para inquietarme tanto por el Cristo y rey de los judíos? Tu nacion, tus pontífices son los que te han puesto en mis manos; ¿qué has hecho? El Salvador le respondió que era rey, pero que su reino no era un Estado político como los imperios de la tierra. Si mi reino fuera de esta especie, añadió, mis oficiales y mis tropas combatirian para que no fuese entregado á los judíos; pero mi reino no es de este mundo.

Pilatos le dijo: ¿Luego eres rey? Jesús le respondió: Sí, lo soy; he venido á este mundo para reinar y para dar testimonio á la verdad. Todo aquel que ama la verdad, escucha mi voz. ¿Qué cosa es verdad? le preguntó Pilatos; y sin esperar respuesta, salió otra vez á donde estaban los judíos y los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: No hallo en él motivo alguno para condenarle. ¿No parece mas bien que hubiera debido anunciarles que le hallaba culpable? Jesús acababa de confesar que era rey, y esto era el crímen de que se le acusaba; pero Pilatos habia comprendido que su dignidad real no debia causar recelo alguno á las potestades de la tierra.

Los judíos, á guisa de calumniadores, empezaron á gritar, furiosos al pensar que su presa podia escapárseles: Subleva el pueblo. El Salvador guardó silencio. No le tocaba hablar á él, sino á Pilatos que solo tenia que decir esta palabra: No basta acusar, es preciso probar. Sin embargo, para no estar enteramente mudo en una escena en que debia hacer el papel principal, interrogó á Jesús segunda vez. ¿No oyes, le dijo, de cuántos crímenes te acusan? Pero nada respondió, de modo que el Gobernador estaba lleno de sorpresa.

Pilatos habia reconocido la inocencia del acusado, y su deber era imponer silencio á los acusadores y despedirlos con la confusion que merecian; mas no lo hizo. Los enemigos del Salvador comprendieron la debilidad de semejante conducta, y se aprovecharon de ella para alcanzar impetuosamente lo que la conciencia del juez no le

permitia concederles. Por esta razon, sin presentar nuevos crímenes, empezaron á gritar con mas fuerza, diciendo: Subleva el pueblo sembrando su doctrina por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí. Al oir Pilatos hablar de Galilea, preguntó si Jesús era galileo, y se creyó libre de su compromiso al saber que en efecto era de la jurisdiccion de Herodes, quien hacia poco tiempo habia llegado á Jerusalen, y se apresuró á enviarlo á su presencia.

El carácter de Herodes no se habia cambiado desde que sacrificara la vida de Juan Bautista á la tranquilidad de sus deleites; astuto, corrompido y curioso, sintió la mayor alegría luego que vió á Jesús, porque hacia mucho tiempo que deseaba verle, pues habia oido hablar mucho de él y esperaba verle hacer algun milagro. Así pues, le dirigió varias preguntas; pero Jesús no le dió ninguna respuesta. Los príncipes de los sacerdotes y los Escribas, que veian que el Salvador se libertaria de su poder si accedia á los deseos de Herodes, renovaban en tanto con furor sus acusaciones, y Jesús no respondió tampoco á sus calumnias así como lo habia hecho con las preguntas de Herodes.

El divino Maestro, que se comunica con las almas humildes y puras, tiene horror al orgullo y á la impureza, por cuya razon Herodes estaba bien léjos de alcanzar un milagro de aquel de quien hasta era indigno de oir una palabra. Herodes despreció, pues, á Jesús, y toda su corte hizo otro tanto; el despecho de ver frustrada su curiosidad hizo que añadiese al desprecio la irrision y el insulto. Mandó que lo vistieran por mofa con una ropa blanca, y lo envió otra vez á Pilatos con este traje que indicaba un estúpido ó un visionario, ó tal vez un rey de teatro.

Pilatos trató de sacar ventaja de la conducta de Herodes, para apaciguar algun tanto la furia de los judíos, y les dijo: Me habeis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y hé aquí que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en él motivo alguno para condenarle. Herodes tampoco ha encontrado ninguno; y así lo soltaré despues de haberle castigado. El castigo que destinaba al Salvador era el de los azotes, pena dolorosa é infamante, á la cual no podia sobrevivir ningun hombre honrado. La esperanza de que los enemigos del Salvador se contentarian con aquel castigo habia inspirado á Pilatos la idea de tal recurso: tal es la proteccion que este cobarde político daba al inocente que queria salvar;

Sin embargo, ya que conociera que este medio no satisfacia aun á aquellos hombres sanguinarios, ya que por un resto de humanidad no quisiera valerse de él hasta el último extremo, adoptó otro cuyo éxito le parecia seguro, pero que no tuvo otro efecto que el de atraer sobre Jesús afrentas y la mas extraña confusion que hombre alguno haya sufrido jamás en la tierra.

Era costumbre que el gobernador romano concediese en las fiestas de Pascua la libertad de un preso, cualquiera que fuese el que se le pidiese; este uso establecido en conmemoracion de la libertad de Egipto habia sido conservado por los romanos, y Pilatos estaba obligado á conformarse con él. Hé aquí cómo trató de sacar partido de este uso: Habia entonces en las cárceles un famoso criminal, llamado Barrabás, el cual era un ladron, un sedicioso y un homicida. Pilatos se dirigió, pues, al pueblo y le dijo: Es costumbre entre vosotros en la fiesta de Pascua que se dé libertad á un criminal; ¿á quién quereis que os entregue libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado el Cristo?

¡El Hijo de Dios puesto en la misma categoría que un asesino! ¡qué horrible comparacion! Y, sin embargo, ¿cuántos cristianos no la han renovado? Y tú mismo, que lees este relato, ¿jamás has sido culpable de tal delito? Pero cuanto mas odiosa era la comparacion, mas propia la creia el Gobernador para su designio, y esperaba la respuesta del pueblo cuando un mensaje imprevisto la suspendió por algunos momentos. Mientras estaba en el tribunal, su mujer le envió á decir: No te mezcles en lo que atañe á ese Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en sueños por causa de él.

Dios, al enviar este sueño á la mujer de Pilatos, tenia por objeto presentar un testigo mas á la inocencia del Salvador, y dar á Pilatos una nueva gracia para sostenerle en el borde de la injusticia en que estaba próximo á caer. Además, tenia la mira de la salvacion de aquella mujer, mas cara para Jesucristo que su propia vida, porque se cree que se salvó la esposa de Pilatos. Autores antiquísimos la llaman Claudia Prócula, y este es el nombre que le dan los griegos en su Menólogo, donde la han puesto en la categoría de los Santos.

En tanto que Pilatos oia al enviado de su mujer, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos enardecian al pueblo, y le persuadian á que pidiera á Barrabás y que se diese muerte á Jesús; de modo

que cuando Pilatos les dijo : ¿Cuál de los dos quereis que os entregue libre? exclamaron todos á una voz : Barrabás. Asombrado Pilatos, que estaba empeñado en salvar á Jesús, les dijo segunda vez : Pues ¿qué quereis que haga de Jesús, el Cristo, el rey de los judíos? Pero todos se pusieron á gritar con mayor furia : ¡Que sea crucificado! Díjoles por tercera vez : Pues ¿qué mal ha hecho? Nada hallo en él que merezca la muerte. Voy á azotarle y á ponerle en libertad. Al oir estas expresiones el fuego se enciende, estallan los gritos, y no se oyen mas que estas funestas palabras : ¡Que sea crucificado!

La sedicion amenazaba, y el débil Gobernador no se creyó seguro ; viendo que todo era inútil y que hasta el tumulto iba en aumento, mandó que le trajesen agua, y lavándose las manos delante del pueblo, les dijo : Inocente soy de la sangre de este Justo ; pensadlo bien vosotros. Pero todo el pueblo respondió : ¡Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos su sangre! El Eterno oyó esta horrible imprecacion y la ratificó, y hace mas de diez y ocho siglos que esta sangre cayó y permanece, á los ojos del universo, como una maldicion sobre la posteridad de este pueblo infortunado.

Despues de la vana ceremonia del lavatorio de manos, ó mas bien, despues de haber dado contra sí propio este testimonio ruidoso de la injusticia que iba á cometer, deseando Pilatos contentar al pueblo, dijo que concedia lo que le pedian, y mandó dar libertad á Barrabás, y que azotasen á Jesús, ya para conmover al pueblo con esta especie de suplicio y lograr que con él se contentase, ya porque estaba prescrito que el reo debia ser azotado antes de ser clavado en cruz. Este suplicio atroz, que llevaron hasta el último extremo, fue seguido inmediatamente de otro, sugerido por el odio de los judíos, ó inventado por la brutalidad de los soldados. Solo derramando lágrimas puede leerse...

Los soldados designados para crucificar al Salvador le llevaron al patio del pretorio y reunieron en torno suyo á toda la cohorte ; despues de desnudarle, le cubrieron con un harapo de púrpura á guisa de manto real, y le ataron á una columna. Hiciéronle entonces, entrelazando espinas, una corona que le colocaron en la cabeza ; pusiéronle tambien una caña en la mano derecha para que le sirviera de cetro, y acercándose y doblando ante él la rodilla, le decian por irrision : Dios te salve, Rey de los judíos. Y al decirlo, le hundian

las espinas en la cabeza dándole golpes con una caña, y le escupian en el rostro y le abofeteaban.

El Salvador sufrió estos insultos sin quejarse, para expiar en particular los pecados contra la humildad y la modestia; y en esta dolorosa flagelacion fue cuando se convirtió, segun los vaticinios de los Profetas, en el hombre de dolor, cuyo cuerpo desde la cabeza hasta los piés no es mas que una herida.

Los judíos debian, por fin, estar contentos despues de tantos tormentos y oprobios, y así lo creyó Pilatos, pues salió otra vez y les dijo: Os van á sacar á este hombre para que sepais que no hallo en él ningun motivo para condenarle. Hablaba aun Pilatos cuando apareció Jesús llevando en la mano su caña, en la cabeza su corona de espinas, sobre los hombros su manto de púrpura, y en la frente y en todo su exterior un dolor modesto, sumiso y generoso. Pilatos les dijo: ¡ Ved aquí el Hombre!

Sí, vedle tal como le han hecho nuestros pecados; ved en toda su miseria á ese linaje humano de que Jesús no era mas que el representante; vedle cual salió de Adan, y cual seria aun si el Redentor no hubiera echado sobre sus hombros sus crímenes, sus ignominias y su suplicio para libertarle de ellos.

Ante este espectáculo el pueblo calló, y empezaba quizás á sentir compasion; pero los príncipes de los sacerdotes y sus ministros dieron voces desde que le vieron, diciendo: ¡ Crucifícale! crucifícale! Engañado por segunda vez Pilatos, les dijo con enojo: Tomadle vosotros mismos y crucificadle, porque no hallo en él delito para condenarle. Los judíos le respondieron: Tenemos una ley, y segun ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

Cuando Pilatos oyó el nombre de Hijo de Dios quedó lleno de asombro; todo le parecia tan grande y maravilloso en su preso, que tuvo miedo de acarrearse, abandonándole, toda la cólera del cielo. Volvió á entrar bruscamente en el pretorio, y dijo á Jesús: ¿De dónde eres? Mas Jesús no le dió respuesta. ¿No me contestas? añadió Pilatos. ¿No sabes que tengo poder para crucificarte ó para soltarte? No tendrias poder alguno sobre mí, respondió Jesús, si no te hubiera sido dado de arriba. Por lo tanto, el que á tí me ha entregado, mayor pecado tiene. Designaba con estas palabras á sus enemigos encarnizados en su pérdida.

La calma y la firmeza de esta respuesta llenaron de turbacion el

alma del Gobernador; conocia que Jesús se daba á su nacion por el Hijo de Dios, y Jesús, léjos de sincerarse de esta acusacion, todo cuanto decia contribuia á corroborarla. Desde aquel instante hizo mayores esfuerzos para libertarle; pero los judíos gritaban diciendo: Si le sueltas no eres amigo del César, porque cualquiera que se hace pasar por rey se declara enemigo del César.

Sobrecogido Pilatos al oir el nombre del César, y viendo á los pontífices dispuestos á hacer de su indulgencia un crímen de Estado, se sentó en su tribunal, colocado en un sitio elevado sobre un enlosado de ricas piedras, llamado en griego *lithóstrotos* y en hebreo *gabbatha*. Mandó traer á Jesús, y dijo á los judíos: ¡Ved aquí vuestro rey! Pero ellos gritaban: ¡Quita! quita! crucifícale! ¿Á vuestro rey he de crucificar? dijóles Pilatos; y estas palabras fueron como el último aliento de su espirante justicia. ¡Nuestro rey! respondieron con insolencia los príncipes de los sacerdotes; nosotros no tenemos mas rey que César. Y entonces les entregó Jesús para que hicieran de él lo que quisieran, es decir, lo puso en sus manos para que fuera crucificado. Hé aquí cómo acabó, despues de haberle declarado tantas veces inocente [1]; y hé aquí cómo acaba el cristiano que, dejándose vencer por la tentacion, consiente en el pecado mortal.

Eran cerca de las nueve de la mañana, y apenas fue condenado Jesús, cuando se apoderaron de él los soldados encargados de la ejecucion y le hicieron cuantos ultrajes quisieron. Le quitaron el ridículo manto de púrpura con que acababan de insultar su dignidad real, le devolvieron sus vestidos, y le sacaron fuera para crucificarle. Jesús fué llevando la cruz á cuestas hasta el sitio que se llama Calvario, y en hebreo Gólgota, que era un pequeño monte inmediato á Jerusalen. Para llegar allí era preciso cruzar la ciudad, de modo que los judíos, que desde la noche anterior perseguian al Salvador, co-

[1] Pilatos ganó muy poco con sacrificar al Inocente á su ambicion. Cerca de un año despues de la muerte del Salvador se apoderó del dinero del sagrado tesoro para construir un acueducto; el pueblo se sublevó contra él, y Pilatos empleó medios extremos para apaciguar la sedicion. Mayores crueldades cometió aun contra los habitantes de Samaria que se quejaron á Tiberio, por cuya razon fue llamado desde Roma, á donde llegó el año 37 de Jesucristo, en el principio del reinado de Calígula, y fue desterrado á Pavía donde, segun otra tradicion, se mató de desesperacion, dos años despues cerca de Viena en el Delfinado. Así pues, Judas que entregó al Salvador, y Pilatos que le condenó, perecieron con el suicidio.

mo una bandada de lobos furiosos á un inocente cordero, tuvieron tambien la satisfaccion de verle llevando su cruz y marchando al suplicio. Pero agotadas ya sus fuerzas y su sangre, Jesús sucumbió muy pronto bajo el peso de su carga, y el verdadero Isaac se vió en la imposibilidad de llevar hasta la cima del monte la leña de su sacrificio.

Como su debilidad podia libertarle del último suplicio, ó retardar al menos el momento tan ansiado por sus enemigos, detuvieron al paso á un israelita de religion, oriundo de Cirene en Libia, llamado Simon, que venia del campo, y le obligaron á que ayudase á llevar á Jesús la pesada cruz que el mismo Hijo de Dios no podia arrastrar. Cristiano que esto lees, ¿no es cierto que envidias al judío extranjero su honroso encargo? Consuélate; aun dura en nuestros dias; nadie hay que en el curso de su vida no tenga ocasion, mas de una vez, de llevar la cruz de su Maestro y de seguirle hasta el Calvario.

El Salvador, con el auxilio de Simon, se halló en estado de continuar su marcha dolorosa hasta la cima del monte. Seguíale una multitud innumerable de pueblo y de mujeres que se daban golpes de pecho y le lloraban con grandes gemidos. Pero Jesús se volvió hácia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí; antes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque vendrán dias en que dirán: ¡Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Ocultadnos y sepultadnos bajo vuestras ruinas; porque si con el árbol verde hacen esto, ¿qué se hará con el seco? Es decir, si así tratais al Inocente y al Santo, ¿qué deben esperar sus asesinos? Y olvidándose de sí de este modo y afligiéndose sobre las desgracias de su pueblo, Jesús al llegar á la cima del Calvario fué á ponerse en manos de sus verdugos y á presentarse en la cruz.

Acompañábanle dos ladrones que debian ser crucificados á sus costados. Así lo habia dispuesto la Providencia, para que se cumpliesen las profecías y no faltase á la Pasion ninguna de las circunstancias capaces de poner el colmo á su ignominia.

Luego que llegó, le presentaron para beber vino mezclado con mirra y hiel. Era costumbre dar esta bebida para adormecer algun tanto en el paciente con ella el sentimiento de sus dolores. El Sal-

vador, que destinaba los suyos á la gloria de su Padre y á la salvacion del mundo, se reservó todo su rigor, y despues de haber probado de aquel vino para sentir su amargura, se negó á beberlo para privarse del alivio que hubiera podido esperar.

Entonces fue cuando el Cordero de Dios, ofreciéndose por sí mismo en sacrificio, se tendió sobre la cruz. Cuatro soldados le traspasaron con clavos los piés y las manos, levantaron la cruz y la dejaron caer bruscamente en el suelo. La sangre brotó á borbotones de sus heridas, y al mismo tiempo crucificaron con él á los dos ladrones, uno á su derecha, otro á su izquierda, y en medio Jesús.

Se habia consumado el deicidio, y solo faltaba vengarlo. Jesús no tenia mas que hablar; y hasta parece que solo tenia que callar para que el rayo aniquilase á los autores y ejecutores de tan enorme atentado. Diríase que cási lo temia, al ver la prisa que manifestaba en precaver este golpe. Apenas estuvo pendiente en la cruz, pronunció esta tierna oracion : ¡ Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen ! Esta fue la primera de las siete palabras memorables que pronunció sobre la cruz.

Apenas terminaron los soldados su bárbara ejecucion, trataron de aprovecharse de los despojos del Salvador, y dividieron sus vestiduras en cuatro partes; era esto toda su riqueza, y cada soldado tomó su parte. Quedaba la túnica, que era sin costura, tejida de arriba abajo por todos lados. Lástima fuera romperla, dijeron los soldados, y es preferible echarla á la suerte. Tal fue, efectivamente, el partido que tomaron, y así se cumplió aquel oráculo de David : Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. Durante esta diversion tan digna de cuatro soldados gentiles, los judíos orgullosos estaban ocupados en un cuidado adecuado á su genio. Pilatos habia escrito la inscripcion colocada en la parte superior de la cruz, donde estaba indicada la causa de la condenacion de Jesús en estos términos : JESÚS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS. Ofendiéronse por esto los príncipes de los sacerdotes, y dijeron á Pilatos : No escribas Rey de los judíos, sino que él dijo : Rey soy de los judíos. Pilatos respondió : Lo que he escrito, escrito está; y los despidió con esta brusca respuesta.

Dios habia dictado á Pilatos lo que habia escrito, y contenia su mano para que no borrase lo que escribiera. El Hombre-Dios debia reinar por el madero, y al clavarlo en la cruz le habian colocado en

el trono, en el asiento de su régia dignidad. Era preciso además proclamarle Rey, y un gentil, Pilatos, lo hizo jurídicamente á pesar de la oposicion é indignacion del pueblo judío. Figura admirable de lo que sucedió despues cuando obstinándose estos homicidas en no querer que Jesús reinase sobre ellos, vióse á todos los pueblos del Gentilismo reconocerle no solamente por su Rey, sino por su Salvador y Dios.

Los judíos, rechazados por Pilatos, se vengaron en Jesús y le hicieron pagar bien caro el título de rey que les obligaban á dejarle. Desde aquel momento el Dios crucificado no oyó en rededor de su cruz mas que insultos atroces, burlas amargas, blasfemias é impiedades. Sus enemigos pasaban y repasaban incesantemente bajo sus ojos, y miraban como padecia con una alegría propia de bárbaros criados en los bosques, ó mas bien con la ferocidad que inspiran las pasiones brutales y satisfechas que hacen á los hombres menos sensibles que las fieras.

Unos le abrumaban á maldiciones moviendo la cabeza y diciendo: Tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Y lo que sobrepuja á cuanto puede imaginarse es que los príncipes de los sacerdotes, los Doctores de la ley, ancianos con canas, se acercaban á él con ademan de satisfaccion, le miraban con complacencia en medio de sus tormentos, y mezclando sus insultos á los del populacho, le decian: Á otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y le creerémos: confió en Dios: líbrelo ahora si le ama.

¡Desventurados! ¡qué torpemente se engañaban! El israelita fiel é instruido debia reconocer en la cruz á su Mesías, con tal que este Mesías adorable permaneciera en ella constante hasta la muerte. Si Jesús hubiera descendido de la cruz, se hubiese hecho desconocido, las profecías no se hubiesen cumplido en su persona, y este último milagro que se le pedia hubiera destruido todos los demás.

Á falta de este milagro extemporáneo, obrábase uno á sus ojos capaz por sí solo de probar la divinidad de Nuestro Señor, y lo mas asombroso es que ellos eran sus instrumentos. Sus blasfemias, sus insultos y sus movimientos de cabeza habian sido vaticinados por David, y prestaban su ministerio para el cumplimiento literal del vaticinio en la persona de Jesús de Nazareth. Al verme, decia el santo

Rey haciendo hablar al futuro Mesías, se han burlado de mí, han movido la cabeza y han dicho : Ha puesto su confianza en el Señor; que el Señor venga, pues, en su auxilio, si es cierto que se interesa por él, y que lo arranque de las manos de sus enemigos. ¿Quién no creerá, al oir estas palabras, que sus autores habian copiado expresamente las palabras de la profecía para que se cumpliera en toda su extension, ó mas bien, ¿quién dejará de conocer la divinidad de un vaticinio tan literal y perfectamente cumplido?

Añadióse muy pronto á este milagro otro no menos propio para probar el divino poder del que tan indignamente ultrajaban. Los ladrones crucificados á su lado se habian unido á los soldados y á los judíos para insultarle; pero de pronto, mientras uno de estos ladrones blasfemaba contra Jesús, el otro le reprendió y le dijo : ¿Y no temes tú á Dios estando tan próxima tu muerte? Nosotros padecemos por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras; pero este ningun mal ha hecho. Volviéndose despues hácia el Señor le dijo : Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino [1].

Esta profesion de fe era animosa é interesante, y su precio fue la salvacion del ladron, cuya promesa obtuvo en el acto. En verdad te digo, le respondió el Salvador, que hoy serás conmigo en el paraíso [2].

Un objeto mas interesante aun para Jesús llamó su atencion, dándole ocasion para cumplir uno de los primeros deberes que prescribe la naturaleza, para enseñarnos que no vino á destruirla, sino á perfeccionarla. María, á quien la afliccion mas violenta que se sintió jamás no la habia impedido seguirle hasta el último suplicio, María, la Reina de los Mártires, estaba al pié de la cruz acompañada de san Juan, de su cuñada la mujer de Cleofás, y de María Magdalena. Jesús, pues, al ver á su Madre y cerca de ella al discípulo que amaba, dijo á María : Mujer, hé aquí tu hijo; y despues al discípulo : Hé aquí tu madre.

[1] La tradicion da al buen ladron el nombre de Dimas : muchas iglesias están dedicadas bajo su advocacion, y se ha publicado su vida bajo este título : *Riflessioni istoriche sù la vita del glorioso san Dima.* In 8.°, *Napoli, 1714.*

[2] El paraíso de que habla aquí el Salvador es el seno de Abrahan, ó el limbo, que era para los justos purificados un lugar de descanso, y podia ser considerado como el principio de una felicidad. Al bajar á él el Señor esparció la bienaventuranza esencial.

Á tal despedida solo puede responderse con la obediencia y las lágrimas: María adoptó á Juan por hijo, y en su persona á todos los Cristianos, y Juan adoptó á María y la honró como á su madre. Así se ejecutó el testamento del Salvador.

Era cerca de la hora sexta ó del mediodía cuando espesas tinieblas se esparcieron sobre toda la tierra hasta la hora nona, y el sol se oscureció, para que toda la naturaleza participase del duelo de su autor.

Cerca de la hora nona Jesús clamó con alta y firme voz: *Eloï, Eloï, lamma sabacthani*, lo cual significa: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Estaba profetizado que el Mesías pronunciaria estas palabras. Algunos de los que allí estaban y lo oyeron, decian: Á Elías llama. Sabiendo el Salvador que todos los oráculos que correspondian al Mesías en su Pasion se habian cumplido en él, á excepcion de una leve circunstancia á la cual atinó su penetracion infinita en medio de la multitud de profecías concernientes á su persona, dijo, para que la Escritura se cumpliera sin que faltase un ápice: Sed tengo. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y al momento uno de los espectadores corrió á tomar una esponja, la empapó en vinagre, y atándola con hisopo al extremo de una larga caña, se lo dió á beber. Así se cumplieron las palabras de David haciendo hablar al futuro Mesías: Apagaron mi sed con vinagre.

Habiendo tomado Jesús de este vinagre, y asegurándose con una postrera mirada que nada faltaba á su sacrificio, ni al cumplimiento de las profecías, ni á su amor hácia los hombres, dijo: ¡Todo está consumado! Alzando entonces su voz como un hombre lleno de salud y robustez, dueño de conservar la vida ó de dejarla, exclamó con fuerza: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. É inclinando despues la cabeza, espiró.

¡Ha muerto! ha muerto! y es nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro amigo, nuestro hermano! Ha muerto, y ¿por quién? Ha muerto, y ¿por qué causa?

Oracion y propósito.

Dios mio, que sois todo amor, llorando al pié de vuestra cruz renuevo de todo mi corazon el propósito de amaros sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor vuestro.

LECCION XIV.

SEPULTURA Y RESURRECCION DEL MESÍAS.

Tinieblas universales. — Se rompe el velo del templo. — Resucitan los muertos. —Conversion del centurion. — Cúmplense las profecías. — José y Nicodemo. — El limbo. — Las santas mujeres. — Aparicion á María Magdalena. — Conducta de los guardias y de los jefes de la Sinagoga. —Pruebas de la resurreccion.

El último suspiro de Jesús, espirando en la cruz, acababa de poner el colmo á la gloria que Dios queria sacar de los padecimientos y las humillaciones del Redentor; pero este último suspiro, exhalado en el ejercicio de la mas rigurosa obediencia, debia ser tambien, segun las promesas de Dios, el principio de los honores divinos que aquel Hijo tan querido y tan hondamente anonadado tenia derecho á esperar de la justicia y del contento de su Padre.

Luego que se cumplieron todas las condiciones, se ejecutaron las promesas. En el momento que Jesús espiraba, y á precio de su sangre compraba el título de Salvador, de Juez y de Soberano de todos los hombres, la naturaleza entera se estremeció, ya para reconocer á su Rey, ya para llorar su muerte, ya para preparar su triunfo.

Las tinieblas esparcidas durante tres horas sobre la haz de la tierra se desvanecieron [1]: el velo del templo, es decir, el velo que se–

[1] La opinion mas comun es que estas tinieblas se esparcieron efectivamente por toda la tierra. No citarémos mas que los testimonios siguientes: El primero es el de san Dionisio el Areopagita. Aprovechamos con solicitud esta ocasion de rehabilitar, en cuanto nos es posible, las obras de este gran Santo. Dom Calmet ha pretendido que eran de un griego desconocido del siglo V ó VI, que quiso que sus escritos pasasen bajo un nombre ilustre, para granjearles crédito y reputacion. *Y lo consiguió*, continúa Dom Calmet, *hasta el siglo XVII, pues ha sido leido, conocido y citado por griegos y latinos, como si fueran de san Dionisio el Areopagita* [1]. Gran número de escritores modernos repiten sobre su palabra el aserto del maestro. Para desgracia de Dom Calmet y sus copistas, Orígenes, que vivia en el siglo II, cita las obras de san Dionisio el Areopagita. Hé aquí sus palabras: «Como dice un labio divino, tenemos de

[1] Disertacion sobre las tinieblas. (*Biblia* de Vence, t. XX, pág. 168).



paraba la parte del templo llamada el *Santo* de la parte llamada *Sancta Sanctorum*, se rasgó en toda su longitud: tembló la tierra, y este último prodigio preparaba otro que no sucedió hasta tres dias des-

«Dios la vida, el movimiento y el ser: el ser de todos es la superesencia y la «divinidad, segun la expresion del gran Dionisio el Areopagita [1].» Advertimos por otra parte: 1.° que seria bien asombroso que un falsario hubiera conseguido durante mas de mil años hacer pasar sus propios escritos bajo el nombre de un personaje tan célebre en la Iglesia, sin que los eruditos y los hombres de genio que se han sucedido durante este largo intervalo hubiesen descubierto el fraude, y sin embargo de conocer estas obras y de citarlas con elogio. Entre los latinos, santo Tomás, san Buenaventura, Hugo de San Víctor y Escoto Erígenes se inspiraron por la meditacion de estos libros; 2.° que estas obras han gozado en la Iglesia latina y en la griega, antes y despues del cisma, de un aprecio que nadie ha puesto en duda, pues su autor es, á juicio de Anastasio el Sinaita, *un celebérrimo intérprete de los misterios divinos;* que san Gregorio el Grande le da el nombre de *Padre antiguo y venerable;* que san Juan Damasceno proclama *al divino, santísimo y elocuentísimo Dionisio, abundante y profundo en las cosas divinas;* y finalmente, que el concilio II de Nicea, séptimo concilio general, le concede el título de *muy grande*, y que todos los autores que acaban de citarse se sirven de sus escritos para confirmar los dogmas de la fe [2].

Ahora bien, hé aquí cómo se expresa san Dionisio el Areopagita respecto de las tinieblas milagrosas que aparecieron á la muerte del Salvador. Escribe á san Polibio respondiendo á las reprensiones que su antiguo amigo Apolófanes le dirigia porque empleaba de un modo poco sincero el testimonio de los autores gentiles para combatir el Gentilismo. «Apolófanes, le dice, debe acordarse de «lo que pasó cuando estábamos juntos en Egipto. Nos hallábamos ambos cerca «de la ciudad de Heliópolis, cuando vimos repentinamente la luna ir á reu-«nirse con el sol, aunque no era en la época de la conjuncion, y causar un gran-«de eclipse; y en seguida, hácia la hora nona del dia, la vimos otra vez aban-«donar el sitio que ocupaba debajo del sol para ir á colocarse en el paraje opuesto «del diámetro... Esto puedes decirle. Y tú, Apolófanes, desmiénteme si te «atreves, á mí que me hallaba contigo presenciando aquel espectáculo, que «como tú ví y admiré. Finalmente, Apolófanes como transportado fuera de sí «mismo, exclamó en aquel momento dirigiéndose á mí, cual si hubiera adivi-«nado lo que pasaba: Querido Dionisio, estos son cambios de cosas divinas [3].»

Por su parte, san Dionisio exclamó: «Ó el autor de la naturaleza padece, ó «se destruye la máquina del universo.» No es de admirar que san Dionisio pensara, aunque era todavía gentil, que el Autor de la naturaleza padecia; pues le bastaba para tener esta idea haber leido lo que dice Platon sobre los padecimientos del Dios que el mundo esperaba.

[1] Homil. II, t. II, pág. 277. Edicion de Paris, 1604.
[2] Véase la traduccion de las obras de san Dionisio, por el abate Darboy, en 8.°
[3] Dionys. Areopag. lib. II, pág. 7, ep. LXXI.

pues [1]: muchos santos que habian muerto resucitaron, y habiendo salido de sus sepulcros despues de la resurreccion del Salvador, fueron á la ciudad y se hicieron ver en público.

Si las tinieblas fueron efecto de un eclipse, no son menos milagrosas, porque la Pascua judáica, que es la época en que Jesucristo padeció la muerte, no se hacia nunca mas que en luna llena, y todo el mundo sabe que los eclipses de sol no suceden jamás en el plenilunio. ¿Quién sabe si la nocion vaga pero tradicional de las tinieblas que debian aparecer al morir el Salvador, no era la causa de que los pueblos gentiles se aterrasen siempre que veian un eclipse?

En otra carta dirigida al mismo Apolófanes, convertido ya al Cristianismo, san Dionisio le habla en estos términos: «Voy á hacerte recordar lo que suce-« dió en la época en que vivíamos juntos en Heliópolis de Egipto. Tenia yo en-« tonces veinte y cinco años y tú tendrias la misma edad que yo. Repentinamen-« te vimos un dia de viernes, cerca de la hora de sexta ó de mediodía, la luna « que fué á colocarse debajo del sol causando un eclipse que nos llenó de terror. « Te pregunté entonces, qué es lo que pensabas de aquel prodigio, y me diste « una contestacion que jamás se borrará de mi mente... Me respondiste: « Estos « son, querido Dionisio, cambios de cosas divinas. » Yo noté exactamente la « época y el año de aquel prodigio, y habiendo combinado todo esto con lo que « Pablo me enseñó posteriormente, me rendí á la verdad, á la que tú tambien « felizmente te has rendido [1]. »

Citarémos además el testimonio de Flegon, liberto del emperador Adriano. Este autor era gentil, y escribió la historia de las Olimpíadas en diez y seis libros, desde su orígen hasta el año 140 de Jesucristo. Pues bien, dice que en el cuarto año de la olimpíada 202, que debia terminar hácia la mitad del año 33 de la era vulgar, que es el de la muerte de Jesucristo, hubo un eclipse de sol, el mayor que se habia visto jamás, pues la oscuridad fue tal que á la misma hora del mediodía se vieron las estrellas en el cielo; y añade que hubo entonces un gran terremoto en la Bitinia, que derribó la mayor parte de la ciudad de Nicea [2].

Thalo, historiador griego, habla como Flegon. No se sabe á punto fijo la época en que vivia Thalo; pero habiéndole citado san Justino y Tertuliano, se juzga que debia ser con poca diferencia contemporáneo de Flegon, si no era mas antiguo. Á los libros de estos dos autores remitian, al parecer, á los gentiles Tertuliano y el mártir san Luciano de Antioquía para hallar la prueba de aquella oscuridad tan milagrosa que apareció al morir el Salvador.

[1] En medio de la plaza que precede á la catedral de Pouzzoles hemos visto el célebre pedestal de mármol blanco adornado de catorce figuras que representan las catorce ciudades del Asia menor destruidas por el terremoto que tuvo lugar al morir Nuestro Señor y reedificadas por Tiberio. De modo que el monumento profano de Pouzzoles es un testimonio palpable de la verdad del relato evangélico.

[1] In vita Dionys. apud Corder, t. II, pág. 273.
[2] Apud Euseb. chronic. pág. 188, edic. Scalig.

El ejemplo de las criaturas insensibles produjo su efecto : en primer lugar el centurion ó el oficial romano que presidia á la crucifixion, y que habia visto lo que pasaba, y que Jesús espiraba arrojando un gran grito, glorificó á Dios diciendo : Verdaderamente este hombre era justo ; era verdaderamente Hijo de Dios. En efecto, morir en cruz era morir agotado de fuerzas y de sangre, y el grito del Salvador era por consiguiente sobrenatural. Era á un mismo tiempo un milagro y el cumplimiento de una profecía ; milagro de fuerza en el extremo de la debilidad, y cumplimiento literal de las palabras del mismo Jesucristo : *Doy mi vida por mí mismo* [1]. Viendo entonces los soldados que custodiaban al Salvador el temblor de la tierra y las cosas que pasaban, quedaron llenos de terror y exclamaron : Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. Tantos milagros convencieron tambien á los espectadores cuyo corazon no estaba pervertido por principio ; testigos de todas aquellas cosas y aterrados al ver la venganza de Dios cuya proximidad temian, se volvian á él dándose golpes de pecho.

El Calvario fue quedándose insensiblemente desierto de la multitud que lo habia ocupado desde el mediodía, y cada cual se iba, ó mas endurecido, ó felizmente desengañado. ¿No sucede aun así todos los dias cuando se sale del sacrificio augusto de nuestros altares? Quedaban, sin embargo, cerca de la cruz otras personas mas afligidas, pero sin remordimientos, que no podian resolverse á alejarse de un objeto tan querido : eran las personas amigas de Jesús, y varias mujeres que estaban á un lado mirando desde léjos lo que pasaba. Entre estas mujeres veíase á María Magdalena, á María, madre de Santiago el Menor y de José, y á Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, que le seguian cuando estaba en Galilea, y le cuidaban. Imitemos su ejemplo ; quedémonos tambien nosotros, al menos en espíritu, al pié del altar, cuando hayamos asistido al sacrificio augusto, renovacion de el del Calvario.

En todo cuanto habian atentado contra el Salvador, los judíos no habian hecho mas que cumplir los decretos del poder de Dios, y jamás lograron traspasar este límite. Y como Dios no queria que padeciese otro género de suplicio que le destinaban, no les ocurrió la idea hasta despues de su muerte; y tambien fue el celo de la ley el que pareció dirigirles en esta ocasion. Estaba prescrito que los ca-

[1] Ioan. x.

dáveres de los que habian muerto en el cadalso fuesen sacados de él antes de espirar el dia, y era preciso darse prisa porque iba á terminar el tiempo en que se permitia esta operacion: los judíos fueron, pues, á suplicar á Pilatos que mandara romper las piernas á los tres crucificados y sacarlos de la cruz.

Pilatos envió algunos soldados que rompieron las piernas de los dos ladrones, pero no lo hicieron con Jesús porque vieron que estaba ya muerto, aunque uno de los soldados le abrió con una lanza el costado, de donde brotó al momento sangre y agua. Todo era divino en cada uno de estos acontecimientos. Los soldados no tenian órden de hacer distincion entre Jesús y sus dos compañeros de suplicio, y aunque estuviera ya muerto, podian muy bien romperle los huesos; pero era preciso que se cumpliese la Escritura. Moisés habia dicho, al hablar del cordero pascual: *No romperéis ninguno de sus huesos* [1]. Dios lo habia prescrito así, porque la figura debia cumplirse en el Cristo, verdadero Cordero de Dios, que debia ocultar bajo la cubierta frágil de la naturaleza humana la incorruptibilidad divina, así como en el cuerpo están ocultos bajo la carne los huesos que son la parte mas dura. Del mismo modo, si uno de los soldados abrió el costado de Jesús con una lanzada, fue contra el mandato de los oficiales, ó al menos por excederse en el mandáto; pero tambien era preciso que se cumpliese esta otra profecía: Echaron los ojos sobre el que traspasaron.

Sin embargo, era hora ya de pensar en dar sepultura al Salvador, que hacia cerca de una hora que habia espirado. En aquel momento llegó un hombre rico llamado José, de la ciudad de Arimatea, el cual era un oficial de consideracion, justo y virtuoso; y discípulo tambien de Jesús, aunque en secreto porque temia á los judíos, no habia tomado parte en su complot ni en lo que habian hecho, y esperaba el reino de Dios. Presentóse sin miedo á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús. Asombrado Pilatos de que Jesús estuviera ya muerto, mandó llamar al centurion, y le preguntó si era cierto que habia muerto ya Jesús. Habiéndole contestado afirmativamente el centurion, dió el cuerpo á José, que fué y se lo llevó; pero no tuvo él solo la gloria de sepultarlo. Parece que la muerte del Hombre-Dios reunió en torno suyo á los que cási no se atrevian á acercarse á él durante su vida. ¡Poderosa virtud de la cruz y cumplimiento

[1] Exod. XII, 46.

inmediato de estas palabras del mismo Salvador : *Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo*[1] ! Nicodemo, en otro tiempo su discípulo secreto, y que habia ido á consultarle durante las tinieblas de la noche, se presentó tambien con cerca de cien libras de una composicion de mirra y aloes. José compró una sábana en la cual puso el adorable cuerpo de Jesús despues de haberlo bajado de la cruz, y en seguida lo envolvieron en la sábana con perfumes[2], segun acostumbraban dar sepultura los judíos.

Solo faltaba buscar un sepulcro; pero muy cerca del paraje donde Nuestro Señor habia sido crucificado habia un huerto, y en él un sepulcro recientemente abierto, en el cual nadie habia sido enterrado. Este sepulcro pertenecia á José. Apremiado por el tiempo, porque iba á principiar el sábado, y favorecido por la proximidad del sitio, José depositó con ayuda de Nicodemo el cuerpo del Salvador en aquel sepulcro enteramente nuevo que habia abierto en la peña, y se fué despues de haber cerrado la entrada con una grande losa. Todo cuanto parece hallarse aquí por casualidad estaba arreglado por una Providencia infinita; el sepulcro debia estar cerca del Calvario para que hubiera tiempo de llevar á él el cuerpo de Jesús, y enterrarlo antes que empezase el descanso del sábado; el sepulcro debia ser tambien enteramente nuevo, y que no hubiera encerrado aun ningun cadáver, para que imitase á su modo la pureza del seno de María, y no se pudiera poner en duda si el muerto resucitado era Jesús; debia, por fin, estar practicado en la roca, para que no se sospechase que habia sido abierto y furtivamente arrebatado el cuerpo de Jesús.

María Magdalena y María, madre de Santiago y de José, que habian venido de Galilea con Jesús, estaban allí sentadas cerca del sepulcro. Terminado el entierro se volvieron para preparar aromas y perfumes; pero estuvieron en descanso el dia del sábado, segun el precepto de la ley. Los enemigos del Salvador no lo estuvieron; estos rígidos observadores del santo descanso, que tantas veces habian acriminado al Salvador el haberlo quebrantado haciendo curaciones

[1] Ioan. xii, 32.

[2] **La sábana era tambien de lino. Este es el orígen, en el santo sacrificio de la misa, de colocar el cuerpo de Nuestro Señor sobre un lienzo, con exclusion de toda otra tela. San Jerónimo lo advirtió hace cerca de mil cuatrocientos años.**



milagrosas, lo quebrantaron entonces con intencion de sepultar su religion en el mismo sepulcro que á su Autor.

Reuniéronse, pues, los príncipes de los sacerdotes y los Fariseos en casa de Pilatos, y le dijeron: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavía estaba en vida: Despues de tres dias resucitaré. Mandad, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero dia, no sea que vengan sus discípulos, y lo hurten, y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos; pues este último error seria peor que el primero. Pilatos les dijo: Guardas teneis, id, y guardadlo como os parezca. Fueron, pues, al sepulcro, lo cerraron bien, sellaron la piedra y pusieron guardas. Todas estas precauciones eran necesarias para que fuese incontestable el milagro de la Resurreccion, y nunca las pasiones humanas secundarón mejor á la Providencia divina; porque si á pesar de todo esto desaparecia el cuerpo del Salvador, se quitaba el recurso de poder decir que sus discípulos se lo habian llevado.

Sin embargo, el muerto que con tantas precauciones custodiaban era libre entre los muertos. Es verdad que el cuerpo del Salvador descansaba en el sepulcro, donde, segun el vaticinio del Profeta, la carne del Santo de Dios no debia estar sujeta á la corrupcion; pero su alma bajó al limbo, donde todos los justos de los siglos pasados esperaban en paz la venida del Mesías. Dióse á ver á las almas que amaba y que habian disfrutado de antemano el precio de su sangre; les anunció el Evangelio, es decir, su vida, su muerte, su próxima resurreccion, el último cumplimiento de sus deseos y la consumacion de su gloria en el cielo, cuya conquista habia hecho para sus miembros en calidad de Jefe de todos los Santos. El Salvador fue depositado en el sepulcro á las seis de la tarde, algunos momentos antes de principiar el sábado solemne de la Pascua; su cuerpo permaneció allí hasta la media noche de aquel dia, que fue contado como el primero de su sepultura; estuvo durante todo el sábado, y fue el segundo dia; y pasó allí desde la media noche en que terminaba el sábado hasta la aurora de la primera feria que corresponde al domingo, y fue el tercer dia. ¡Dia eternamente memorable, durante el cual era preciso que el Mesías saliese victorioso del sepulcro para el cumplimiento de las figuras, profecías y promesas!

Dios no ha tenido á bien revelarnos el instante preciso en que se verificó este grandioso acontecimiento; todo induce á creer que el

Salvador resucitó, por su propia virtud, entre la aparicion de la aurora y la salida del sol, dejando en el fondo del sepulcro las sábanas en que estaba envuelto, para que fueran testigos á un tiempo de su muerte y su resurreccion. Resucitó sin ruido y sin brillo aparente, y salió del sepulcro como habia salido del seno de su bienaventurada Madre, sin apartar la losa, y penetrándola con la sustancia de su cuerpo glorioso, y sin que lo advirtiesen los que le custodiaban.

Pero María Magdalena, María, madre de Santiago, y Salomé, habiendo comprado perfumes para embalsamar al Salvador, salieron al amanecer llevando los aromas que habian preparado, y llegaron al sepulcro cuando habia salido el sol. Como ignoraban que se hubiesen puesto guardas, no previendo otro obstáculo se preguntaban unas á otras: ¿Quién nos quitará la losa que cierra la entrada del sepulcro? Porque esta losa era muy pesada, y expresaban de este modo su apuro, cuando el Señor hizo desaparecer en un momento todas las dificultades.

Hubo de pronto un gran terremoto; un Ángel bajó del cielo, y acercándose á la piedra la revolvió y se sentó sobre ella. Su rostro era brillante como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve; y de temor de él se asombraron los guardas y quedaron como muertos. Las santas mujeres entraron en el sepulcro, pero no hallaron el cuerpo del Señor. María corrió en seguida en busca de Simon Pedro y del discípulo que Jesús amaba, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto. Pedro y Juan corrieron al oirla al sepulcro, pero no vieron en él mas que lienzos y el sudario que habian puesto sobre la cabeza de Jesús, y en seguida se volvieron. Retenida Magdalena por su amor no pudo resolverse á seguirles, y se quedó en la entrada del sepulcro vertiendo lágrimas. Cuando así lloraba, se bajó, y mirando en el sepulcro, vió dos Ángeles vestidos de blanco, sentados en el sitio donde habian colocado el cuerpo de Jesús, uno á la cabeza y otro á los piés. ¿Por qué lloras? le dijeron. Se han llevado á mi Señor, les respondió, y no sé dónde le han puesto. Y, al decir estas palabras, se volvió y vió á Jesús que estaba allí, pero no le conoció. Mujer, le dijo, ¿por qué lloras? ¿Qué buscas?

Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si os lo habeis llevado de aquí, decidme en dónde le habeis puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: María. Volvió ella el rostro, y le dijo: Rabboni,

que quiere decir Maestro, y se arrojó en seguida á sus piés para abrazarlos. No me toques, le dijo el Salvador, porque aun no he subido á mi Padre. Mas vé á buscar á mis hermanos, y díles : Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios. De modo que no solo la encarga que anuncie su resurreccion á sus discípulos, sino que quiere que les diga además que ha resucitado para no morir ya, y que ha de estar muy poco tiempo sobre la tierra. Magdalena partió al momento llena de alegría.

Apenas se alejó, cuando otras santas mujeres fueron al sepulcro. Uno de los Ángeles les dijo : No temais, sé que buscais á Jesús Nazareno que ha sido crucificado. ¿Cómo es que buscais entre los muertos al que está vivo? No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Acordaos que cuando aun estaba en Galilea os decia : Es preciso que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de pecadores, que sea crucificado, y resucite al tercer dia. Venid y ved el lugar donde habian puesto al Señor. Id luego á decir á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, y que va delante de vosotros á Galilea. Allí le veréis, como os lo dijo. Ellas se acordaron entonces de las palabras de Jesús.

Salieron al momento del sepulcro, llenas de temor y enajenadas de gozo, y corrieron á dar la noticia á los discípulos. Era tal su terror que no decian nada á nadie; pero pronto se calmó su espanto y llegó al colmo su alegría. Hé aquí que Jesús les salió repentinamente al encuentro, y les dijo : Yo os saludo. Y ellas se llegaron á él, y abrazáronle los piés y le adoraron. No temais, añadió el Salvador, id y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que allí me verán. Ellas anunciaron todo esto á los once Apóstoles y á los demás discípulos; pero estos creyeron que lo que les contaban era un sueño, y no dieron crédito á sus palabras. No habia conseguido mejor éxito el relato de María Magdalena [1].

[1] Sin embargo, los Apóstoles obedecieron, y fueron á Galilea al monte donde Jesucristo les recomendaba expresamente que se encontrasen. *Undecim autem discipuli abierunt in Galilaeam in montem ubi constituerat illis Iesus.* (Matth. XXVIII, 16). — Preséntase aquí una dificultad : no fue en la provincia que lleva el nombre de Galilea donde Jesús se dió á ver á sus Apóstoles en la tarde de su resurreccion, ni aun ocho dias despues. Muy léjos de ir aquellos dias á la provincia cuya frontera distaba mas de doce leguas, los Apóstoles no se apartaron, durante la solemnidad, de las cercanías de la capital. Allí se hallaban la tarde de la resurreccion, y allí vieron á Jesús, como se les habia he-

La incredulidad de los Apóstoles no procedia de una mala disposicion, pues todos anhelaban con afan que su divino Maestro hubiese resucitado; pero temian demasiado que no fuese verdad para creerlo fácilmente, y no hallaban pruebas bastante poderosas, porque tenian deseo de ser persuadidos y temian engañarse. No sucedió así con los miembros de la Sinagoga, los cuales no dudaron de la resurreccion del Salvador. Pero estos hombres endurecidos solo trataron de ahogar la prueba, é impedir en cuanto les era posible que el pueblo lo creyera, como ellos estaban obligados á hacerlo. Dios, que queria convencerles porque queria salvarles, les envió testigos que no podian parecerles sospechosos. Despues que se fueron las santas mujeres, algunos de los guardas bajaron á la ciudad y contaron á los príncipes de los sacerdotes todo lo que habia sucedido [1]. In-

cho prometer. Estaban aun ocho dias despues, y allí fue donde Jesús se dió á ver por la segunda vez antes que partiesen á la provincia de Galilea.

La dificultad parece inmensa, y cuesta trabajo el conciliar la letra del texto con la série de los acontecimientos. Sin embargo, el feliz descubrimiento de un antiguo comentador, obispo de Coimbra, nos parece que lo aclara de un modo satisfactorio. Habia estado en los mismos sitios, lo habia examinado todo, sabia las dificultades del texto, y hé aquí cómo se explica:

«No debe creerse, dice este autor [1], que la Galilea á donde mandó Jesús á «los Apóstoles que acudieran y á donde debió precederles para mostrárseles, «sea la provincia de Galilea. La Galilea de que se trata es un monte cercano «al de los Olivos, porque al salir de Jerusalen por el valle de Josafat se en«cuentran tres altos montes: el de los Olivos está en medio, y es el mas ele«vado de los tres. Se ve otro á la derecha, y á la izquierda un tercero que lleva «el nombre de monte de Galilea. Los galileos habian edificado sobre este mon«te una espaciosa morada para permanecer cuando sus negocios los llamaban «á Jerusalen, y esta circuntancia fue el orígen del nombre de monte de Gali«lea que aun conserva en el dia. Allí es donde Jesús hace anunciar á sus Após«toles que se hallará, antes que ellos, para hacerles testigos de la verdad de «su resurreccion.» (Véanse las *Memorias de Trévoux*, art. 95, octubre de 1729).

[1] La prueba de la resurreccion puede formularse así: Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios si resucitó como lo habia vaticinado, y resucitó verdaderamente si los Apóstoles, al creer y predicar su resurreccion, no fueron engañados ni engañaron. Ahora bien, ellos no fueron una cosa ni otra.

No fueron engañados: la resurreccion del Salvador era un hecho palpable, un hecho apreciable por todos los sentidos, y tuvieron mil ocasiones de comprobarlo. No se les apareció el Salvador una vez tan solo sino muchas, y no fue

[1] Soarius episc. Conimb. apud Baradium, c. 6. *De apparitione Christi in monte Galilaeae.* Lugd. 1622, pag. 459.

mediatamente se reunió el Consejo para deliberar lo que debia hacerse. Los jefes de la Sinagoga conocieron desde luego las consecuencias que iba á tener en Jerusalen y en toda la Palestina el testimonio de los guardas si se les dejaba hablar libremente segun su conciencia, y hé aquí el partido que tomaron:

Llamaron aparte á los soldados, y les dieron una crecida cantidad de dinero, y les enseñaron lo que habian de decir, de esta suerte: Diréis que vinieron de noche sus discípulos, y que lo hurtaron mientras vosotros estábais durmiendo. Y si llegare esto á oidos del Gobernador y quisiera enterarse de vuestra poca exactitud en la guardia, nosotros harémos que nos crea, y mirarémos por vuestra seguridad. Y los soldados, tomando el dinero, lo hicieron conforme habian sido instruidos. ¡Digna hazaña de los que habian comprado la sangre de Jesucristo á precio de oro, era el comprar tambien del mismo modo la torpe impostura que oponen á la certeza de su religion!

en sueño ó de una manera pasajera, sino en pleno dia, y durante cuarenta dias consecutivos. Le hablaron, le vieron con sus propios ojos, le tocaron con sus manos, y comieron con él; eran en gran número cuando se hizo ver; se negaron en un principio á creerlo, y solo cedieron á la evidencia, y, por decirlo así, á la cualidad palpable del hecho. Anunciaron por todo el universo que le vieron resucitado, lo sostuvieron sin desmentirse jamás, y murieron por corroborar su testimonio. Luego los Apóstoles tuvieron todas las pruebas apetecibles de la resurreccion de su Maestro, luego no fueron engañados.

No engañaron: 1.º no tenian ningun interés en suponerlo; de parte de los hombres debian temerlo todo, el odio, el desprecio y la venganza de las leyes, y de parte de Dios los castigos reservados á los impostores y á los impíos; 2.º aun cuando hubieran tenido interés en suponerlo, no hubiesen podido, por no tener ninguna prueba sólida que dar de la resurreccion de su Maestro, y porque los judíos, los gentiles y el universo entero no hubiesen creido semejante impostura. Sin embargo, los judíos, los gentiles y el universo han creido y creen aun en la resurreccion; y este gran milagro, esta prueba evidente de la divinidad de Jesucristo ha captado su asentimiento, les ha hecho renunciar á la idolatría, y abrazar y defender á costa de la vida una religion que combate todas las pasiones. Luego los Apóstoles no engañaron, y por otra parte no fueron engañados; luego el Salvador resucitó verdaderamente; luego es verdaderamente el Hijo de Dios; luego su religion es divina; luego es preciso creerla y practicarla so pena de condenarse.

Véanse, sobre las pruebas de la resurreccion, á Duvoisin, *Demonstr. evang.*; Bergier, art. *Resurreccion;* Bourdaloue, Mr. Frayssinous, etc., etc.

En la *Biblioteca de los Padres*, por Mr. Guillon, á Orígenes, t. II, pág. 64, 87, 93; á san Crisóstomo, t. XIV, pág. 453, 461, 483; t. XV, pág. 40, 67 y 86.

Así pues, el último recurso de un odio ciego fue dar dinero para hacer divulgar por el pueblo que los discípulos del Salvador lo hurtaron á favor de la noche; recurso digno de compasion que solo sirvió para llenar de confusion á los que lo emplearon, y cuya impotancia salta á los ojos. 1.° Porque es inaudito que varios soldados de guardia cerca de un depósito del que responden con su honor y su vida, se durmieran todos á un tiempo. Un hecho semejante no se halla en los anales militares de ningun pueblo.

2.° Suponiendo, sin embargo, que todos los soldados se hubieran dormido, ¿cómo era posible apartar y hacer rodar una piedra de enorme magnitud, penetrar en el sepulcro, tomar el cuerpo y llevárselo, siendo forzoso que todo esto se hiciera á tientas, pues era durante la noche, y que varios hombres se empleasen en ello; cómo, repito, era posible hacer todo esto sin que se despertase ninguno de los soldados puestos á dos pasos de distancia? Un hecho destituido de tal suerte de exactitud exigiria, como hace observar san Agustin, otros fiadores que no fueran soldados dormidos.

3.° Si los guardas estaban dormidos, ¿cómo supieron que se habian llevado el cuerpo, y quién se lo habia llevado? Y si no estaban dormidos, ¿cómo permitieron que se lo llevasen?

4.° ¿Quién, pues, se lo habria llevado? Indudablemente los discípulos; pero ellos no tenian en esto interés alguno. En efecto, ó los discípulos esperaban ver á su Maestro resucitado, como él lo habia vaticinado, ó no lo esperaban. En el primer caso, debian confiar en que su Maestro tendria cuidado de cumplir su vaticinio, y no necesitaban empeñarse en una accion tan peligrosa como criminal; y en el segundo caso, ningun motivo, ningun interés, ninguna esperanza podia inducirles á llevárselo y á tramar la fábula de su resurreccion. De parte del mundo debian temerlo todo, el odio, el desprecio y todos los castigos reservados á los falsarios, á los profanadores de las tumbas y á los violadores audaces del sello de la autoridad pública puesto sobre el sepulcro; y de parte del cielo solo podian esperar los castigos reservados á los impostores y á los impíos, pues se habian esforzado en hacer pasar por Dios á un hombre que no lo era, un hombre que torpemente les habria engañado.

5.° El que los mismos judíos, es decir, los príncipes de los sacerdotes y los jefes de la Sinagoga no se atrevieran nunca á acusar á los Apóstoles de este pretendido crímen, es una prueba sin réplica de que no

creian que estos se habian llevado el cuerpo del Salvador. Cuando pusieron en las cárceles y azotaron á san Pedro, á san Juan y á los demás discípulos; cuando condenaron á muerte á Santiago y á san Simeon, ¿les acusaron de haber arrebato el cuerpo de Jesucristo, ó de haber publicado falsamente su resurreccion? No, nunca: les acusaron únicamente de haberlo predicado á pesar de habérselo prohibido.

Luego está plenamente probado que el pretendido rapto del Salvador por sus discípulos no es mas que una fábula grosera inventada por la Sinagoga, con objeto de engañar al pueblo y justificarse á sus ojos de su incredulidad y su deicidio, fábula tan absurda que ni aun la misma Sinagoga hacia caso de ella [1].

[1] Terminemos la historia de la vida mortal de Nuestro Señor con el retrato que han trazado de su persona y de su divinidad dos manos bien diferentes, dos hombres no sospechosos: Rousseau y Napoleon:

« Confieso, dice el filósofo de Ginebra, que la majestad de las Escrituras me « asombra, y la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Mirad los libros de « los filósofos con toda su pompa, ¡ qué pequeños son al lado de aquel! ¿Es po« sible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres? « ¿Es aquel el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzu« ra! ¡qué pureza en las costumbres! ¡qué interesante gracia en sus instruc« ciones! ¡qué elevacion en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus dis« cursos! ¡qué presencia de ánimo! ¡qué finura y precision en sus respuestas! « ¡qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sábio que « sabe obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentacion? Cuando Platon pin« ta su justo imaginario cubierto con todo el oprobio del crímen y digno de todo « el precio de la virtud, pinta rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan « notable, que todos los Padres de la Iglesia la han conocido, y no es posible « engañarse...

« ¡Qué preocupacion, qué ceguedad no es preciso tener para atreverse á com« parar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! « Sócrates muriendo sin dolor y sin ignominia sostiene fácilmente hasta el fin « su personaje; y si tan fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaria si « Sócrates con todo su talento fue mas que un sofista! ¡Pero ¿dónde habia apren« dido Jesús entre los suyos aquella moral elevada y pura de que él solo ha da« do las lecciones y el ejemplo? La mas alta sabiduría se hizo oir desde el seno « del mas furioso fanatismo, y la sencillez de las mas heróicas virtudes honró á « un pueblo enteramente material. La muerte de Sócrates filosofando tranqui« lamente con sus amigos es la mas suave que puede desearse; la de Jesús es« pirando en los tormentos, injuriado, escarnecido y maldecido de todo un pue« blo, es la mas horrible que puede temerse; Sócrates, tomando la copa enve« nenada, bendice al que se la presenta y que llora, y Jesús, en medio de un « suplicio espantoso, ruega por sus verdugos encarnizados. Sí; si la vida y la « muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que no solamente quiso morir para expiar los

« ¿Dirémos que la historia del Evangelio es inventada por capricho? No, no es así « como se inventa; y los hechos de Sócrates, de que nadie duda, están menos « atestiguados que los de Jesucristo. En el fondo, es alejar la dificultad sin des- « truirla. Seria mas inconcebible que varios hombres puestos de acuerdo hu- « biesen fabricado este libro, que el que uno solo hubiera proporcionado su « asunto. Los autores judíos nunca hubieran hallado aquel tono ni aquella mo- « ral, y el Evangelio tiene caractéres de verdad tan grandes, tan notables y tan « completamente inimitables que el inventor seria mas asombroso que el héroe. »

Oigamos ahora al inmortal cautivo de Santa Elena. Uno de los generales de Napoleon discutia un dia delante de él la divinidad de Jesucristo. Napoleon respondió : « Conozco á los hombres, general, y os digo que Jesús no es un hom- « bre. Los espíritus superficiales ven una semejanza entre el Cristo y los fun- « dadores de imperios, los conquistadores y los dioses de las demás religiones; « pero esta semejanza no existe, porque entre el Cristianismo y cualquiera otra « religion media la distancia de lo infinito.

« El primero que se presente zanjará la cuestion, como yo, con tal que ten- « ga un verdadero conocimiento de las cosas y la experiencia de los hombres. « ¿Quién de nosotros, general, al examinar los diferentes cultos de las nacio- « nes podrá decir á la cara á sus autores : No, no sois dioses ni agentes de la « Divinidad; no, no teneis ninguna mision del cielo; sois hechos del mismo « barro que el resto de los mortales; no formais mas que uno con todas las pa- « siones y todos los vicios de ellas inseparables, de tal modo que ha sido pre- « ciso divinizarlas con vosotros; vuestros mismos templos y sacerdotes procla- « man vuestro orígen? Las abominaciones y las fábulas, con una madera podrida, « ¿son acaso religiones y dioses dignos de compararse con el Cristianismo?

« En cuanto á mí, digo que no.

« Veo en Licurgo, en Numa, en Confucio y en Mahoma legisladores, pero « nada que revele la divinidad; y ellos mismos no alzaron sus pretensiones á « tanta altura. Llevaron la palma en su época, como yo, pero nada anuncia en « ellos seres divinos, y por el contrario, veo numerosas relaciones entre ellos « y yo : yo justifico semejanzas, flaquezas y errores comunes que les aproximan « á mí y á la humanidad.

« No sucede lo mismo con Jesucristo. Todo en él me asombra; su espíritu me « sobrepuja y su voluntad me confunde: no hay punto de comparacion entre él « y cualquier otro en el mundo, pues es un ser aparte. Su nacimiento, su vida, « su muerte, la profundidad de su dogma que supera la cima de las dificulta- « des y es su mas admirable solucion, la singularidad de este ser misterioso, « su imperio, su marcha al través de los siglos y los reinos, todo es para mí un « prodigio, no sé qué misterio insondable que me abisma en una meditacion de « que no puedo salir, misterio que está ante mis ojos, que no lo puedo negar y « que tampoco puedo explicar.

pecados del mundo, sino que tambien quiso morir como Dios y resucitar para fortalecer nuestra fe; dadnos la gracia de morir como cristianos para resucitar un dia gloriosos como él.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo

«En esto no veo nada del hombre.

«Hablais de César y de Alejandro, de sus conquistas y del entusiasmo que «supieron encender en el corazon del soldado para arrastrarlo tras ellos á ex-«pediciones arriesgadas; pero es preciso ver en ello el valor del amor del sol-«dado, el ascendiente del genio y de la victoria, el efecto natural de la disci-«plina militar y el resultado de la habilidad en el mando. Pero ¿cuántos años «duró el imperio de los Césares? ¿Cuánto tiempo se sostuvo el entusiasmo de «los soldados por Alejandro? Ejercieron su prestigio un dia, una hora, el tiem-«po de su mando, segun las contingencias de la guerra. Si la victoria les hu-«biera abandonado, ¿creeis que no hubiese cesado al momento el entusias-«mo? Os pregunto, ¿la influencia de César y de Alejandro acabó ó no con su «vida? ¿Se prolongó mas allá del sepulcro?

«¿Concebís un muerto haciendo conquistas con un ejército fiel y enteramen-«te adicto á su memoria? ¿Concebís un fantasma que tenga soldados sin paga, «sin esperanza para este mundo, y que les inspire el sufrimiento de toda clase «de privaciones? Aun estaba caliente el cadáver de Turena, y su ejército se «desbandaba delante de Montecúculi; y á mí mis ejércitos me olvidan estando «vivo, como hizo con Aníbal el ejército de Cartago. ¡Hé aquí el poder de nos-«otros los grandes hombres! ¡Una sola batalla nos derroca y nos quita los «amigos! ¡Cuántos Judas he visto en torno mio!

«Finalmente, y este es mi último argumento, no hay Dios en el cielo si un «hombre ha podido concebir y ejecutar con todo éxito el gigantesco designio de «arrebatar para sí el culto supremo usurpando el nombre de Dios. Jesús es el «único que se ha atrevido á hacerlo, el único que haya dicho claramente y afir-«mado sin perturbarse él mismo de sí propio: *Yo soy Dios;* lo cual es bien di-«ferente de esta afirmacion: *Yo soy un dios.* La historia no hace mencion de «ningun otro indivíduo que se haya calificado á sí mismo con el título de Dios «en el sentido absoluto... ¿Cómo, pues, un judío, cuya existencia está mas «averiguada que todas las de la época en que vivió, siendo solo é hijo de un «carpintero, se hizo pasar desde luego como Dios mismo, como el Ser por ex-«celencia, como el Criador de todos los seres? ¿Y se arroga toda clase de ado-«raciones, y edifica su culto con sus manos, no de piedras, sino de hombres?... «¿Y cómo, por un prodigio que sobrepuja á todo prodigio, quiere el amor de «los hombres, es decir, lo mas difícil de alcanzar en este mundo, y lo consigue «al momento? De todo esto deduzco yo su divinidad. Alejandro, César y Aní-«bal fracasaron en esta empresa; conquistaron el mundo, y no llegaron á te-«ner un amigo. Tal vez soy yo el único en nuestros dias que ama á Aníbal, á «César y á Alejandro... Es verdad que amamos á nuestros hijos, pero ¡cuán-«tos hijos hay ingratos! ¿Os aman los vuestros, general? Vos les amais, y no «estais seguro de ser correspondido...

«El Cristo habla, y en lo sucesivo las generaciones le pertenecen por lazos

como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, ***quiero asistir á la misa como hubiera asistido en el Calvario á la muerte de Nuestro Señor.***

«mas estrechos y mas íntimos que los de la sangre, por una union mas sagra-«da y mas imperiosa que cualquiera otra union... Todos los que creen en él, «sienten ese amor cuya fuerza no puede gastarse, ni cuya duracion puede li-«mitar el tiempo, ese gran destructor. Yo, Napoleon, soy quien mas lo admi-«ra, porque he pensado en esto muchas veces, y es lo que me prueba absolu-«tamente la divinidad del Cristo!...

«He llegado á apasionar muchedumbres que morian por mí. No quiera «Dios que forme comparacion alguna entre el entusiasmo de mis soldados y la «caridad cristiana que son tan diferentes como su causa! Pero, en fin, era «necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, una palabra mia; y «entonces el fuego sagrado se encendia en los corazones. Es cierto que poseo «el secreto de ese mágico poder que arrebata el alma, y que ninguno de mis «generales me lo disputó ni adivinó; pero tampoco tengo el poder de eternizar «mi nombre y mi amor en los corazones.

«Ahora que estoy en Santa Elena... que estoy solo clavado en este peñasco, «¿quién pelea y conquista por mí? ¿Dónde están los cortesanos de mi infortu-«nio? ¿Piensan en mí? ¿Quién se agita por mí en Europa? ¿Quién me ha per-«manecido fiel? ¿Dónde están mis amigos? Sí, dos ó tres, cuya lealtad os in-«mortaliza, participais de mi destierro.»

La voz del Emperador tomó entonces un acento de irónica melancolía y de profunda tristeza: «Sí, nuestra existencia ha brillado con todo el esplendor de «la diadema y de la soberanía, y la vuestra, general, reflejaba este brillo como «la cúpula de los Inválidos refleja los rayos del sol... Pero llegaron los desas-«tres, y el oro se fué borrando poco á poco: la lluvia de la desgracia y de los «ultrajes en que me han abismado se lleva cada dia las últimas partículas. Ya «no somos mas que plomo, general, y bien pronto seré tierra.

«¡Tal es el destino de los grandes hombres, el de César y Alejandro! Se nos «olvida, y el nombre de un conquistador, como el de un emperador, no es mas «que un tema de colegio! Nuestras hazañas caen bajo la férula de un pedante «que nos ensalza ó nos insulta!... Dentro de poco esta será mi suerte y lo que «va á sucederme á mí mismo... Asesinado por la oligarquía inglesa, muero «antes de tiempo, y mi cadáver va á ser tambien devuelto á la tierra para pasto «de gusanos... Hé aquí el próximo destino del gran Napoleon... ¡Qué abismo «entre mi miseria profunda y el reinado eterno del Cristo, predicado, incen-«sado, amado, adorado y vivo en todo el universo!... ¿Es esto morir? ¿No es «mas bien vivir? ¡Hé aquí la muerte del Cristo! ¡hé aquí la de Dios!»

El Emperador calló, y como el general guardaba igualmente silencio, añadió Napoleon: «Si no comprendeis que Jesucristo es Dios, veo que cometí un er-«ror al haceros general [1]!...»

[1] *Opinion de Napoleon sobre Jesucristo*, c. 4.—Esta magnífica defensa está compuesta de los diferentes pensamientos emitidos por el Emperador en varias conversaciones.

LECCION XV.

VIDA GLORIOSA DEL MESÍAS.

El Salvador se manifiesta únicamente á testigos escogidos, y por qué. — Se aparece á Simon Pedro, — á Santiago el Menor, — á los dos discípulos de Emaús, — á los Apóstoles reunidos, — á Tomás. — Les da á entender las Escrituras. — Explicacion sobre los milagros.

Al sacar el Salvador su cuerpo de manos de los judíos; les habia probado su resurreccion. Esta prueba era para ellos sin réplica, porque siendo dueños de su cuerpo era forzoso, ó que lo presentasen despues del tercer dia, ó que confesasen que habia resucitado. No podian evadirse de esta alternativa induciendo á que testigos dormidos dijesen que habia sido robado, y hubiera sido preciso probar jurídicamente el robo y castigar á sus autores y cómplices, lo cual ni aun trataban de intentar, porque semejante proceder solo podia servir para confundir á los que hubieran tratado de hacerlo.

Me preguntaréis tal vez ¿por qué el Salvador no se hizo ver á los judíos, á la Sinagoga y á toda la ciudad de Jerusalen despues de su resurreccion para confundir su incredulidad? Respondemos 1.° que no estaba obligado á hacerlo. En efecto, ¿á quién se cree que el Salvador estaba obligado á manifestarse con tanta evidencia? ¿Al cobarde Gobernador que le habia condenado contra su conciencia? ¿Al ligero y voluptuoso Herodes que de él se habia mofado? ¿Á los Sacerdotes, Doctores y Fariseos que no habian cesado de perseguirle con sus calumnias é intrigas hasta que lo llevaron al Calvario? ¿Á aquellos judíos furiosos, colmados de sus beneficios, que habian pedido á grandes voces su muerte, y deseaban que su sangre cayese sobre ellos y sobre sus hijos? ¿Cómo habian merecido todos aquellos hombres tan criminales el beneficio de su aparicion? ¿No habia hecho, pues, bastante por su salvacion? ¿Es razonable pretender que Dios debe derramar sus gracias con mas abundancia, á medida que nos hacemos mas indignos de ellas, y multiplicar las pruebas de la fe, á medida que mas resistencia les oponemos?

Los hombres irreflexivos quisieran que en cierto modo hubiera obligado á sus enemigos al silencio con el irresistible brillo de su presencia gloriosa; y esto es precisamente lo que no queria. Aunque quiere que la fe sea motivada para ser razonable, tambien quiere que sea libre para ser meritoria; es deudor á todos de pruebas suficientes; pero aquel que recibe menos de esta especie no tiene derecho de quejarse y exclamarse que es injusticia el que otro haya recibido mas. Preguntais ¿por qué el Salvador resucitado no se apareció á toda la ciudad de Jerusalen, á la Sinagoga y á todos sus enemigos? Y yo os preguntaré, ¿por qué no se apareció en Roma, en Corinto, en Éfeso y en todos los puntos donde su resurreccion se predicó y se dió por base de su religion? Y las preguntas de esta clase no se apurarian jamás [1].

Respondemos 2.° con san Crisóstomo, que su manifestacion hubiera sido inútil á los judíos, y que si hubiera podido convertirles no se les hubiese rehusado; pero prueba todo lo contrario lo que sucedió despues de la resurreccion de Lázaro. En efecto, un milagro tan notable como el de arrancar del sepulcro á un muerto sepultado cuatro dias hacia con todos los señales de la corrupcion; hacerlo aparecer vivo á los ojos de todo un pueblo con los lazos en que aun estaba envuelto, en vez de convertirles no hizo mas que aumentar su furia,

[1] Pero ¿no podrá decirse con Juan Jacobo Rousseau: «Tengo noticia de «este milagro, lo mismo que de los otros, tan solo por la fe de los hombres? «¿Quién ha visto este milagro? Hombres. ¿Quién me lo cuenta? Hombres; «siempre hombres entre Dios y yo. ¿No era mas sencillo que él mismo me ha«blase?»

Es propio de un sofista orgulloso tomar este tono de insulto hácia el Dios que le dió el ser y el talento de que abusa para blasfemar contra él. ¿Cómo sabia Juan Jacobo la existencia de César, sus conquistas y su fin trágico, sino por el testimonio de las generaciones, intermediarias durante diez y ocho siglos? Entre estos acontecimientos y él median muchos hombres; ¿se creerá por esto dispensado de creerlos, ó mas bien no se considerará como un loco en no creerlos? Hubiera querido que Dios le hablase, ¿y por qué á él mas bien que á otro cualquiera? ¿Pensaba que el fuego de su imaginacion era un título de preferencia á los ojos de aquel que aprecia ante todo la inocencia y la virtud? ¿Fuera preciso por consiguiente que Dios se manifestase por medio de revelaciones particulares á todos los individuos de la especie humana, que trastornase todo el órden natural de las cosas, que multiplicase sin fin los milagros, y los hiciese diarios y tan comunes, que careciendo ya del esplendor y fuerza de los milagros, fuesen inútiles? Porque en esto pararian las pretensiones de una loca y orgullosa sabiduría. (Mr. Frayssinous, *Conferencia sobre la resurreccion*).

pues por este mismo motivo resolvieron dar muerte al Salvador. Si no le habian perdonado la resurreccion de otro, ¿le hubieran perdonado la suya? Es indudable que nada podian sobre su persona, pero su odio implacable no hubiera dejado de tramar un nuevo deicidio. Su conducta con los Apóstoles es una prueba; hiciéronles azotar y dar muerte cuando pudieron; y si trataban de este modo á los discípulos, ¿hubieran respetado al Maestro? Así pues, ¿para qué exponerles á un nuevo atentado? Los castigos que habian merecido eran ya bastante graves, y el Salvador les evita otros castigos ocultándose á sus miradas [1].

Respondemos 3.° que les manifestó suficientemente su resurreccion por medio de sus discípulos. En efecto, el testimonio de los Apóstoles, sostenido por ruidosos milagros, les proporcionaba una prueba incontestable, y con sus propios milagros los Apóstoles hacian pública la resurreccion de su Maestro, y la ponian en cierto modo á la vista de la nacion. ¿No se mostraba el Salvador resucitado en medio de los judíos siempre que sus Apóstoles hacian en su nombre, y por el poder que de él habian recibido, algunos de esos milagros que leemos en su historia? Quiso manifestarse por medio de ellos á los judíos; por medio de ellos se manifestó al universo; por su testimonio continuado al través de los siglos se manifiesta aun á nosotros, y por su autoridad se han convertido todos los pueblos. ¿Qué faltaba á los judíos para imitarlos?

Conclusion: El Salvador manifestó su resurreccion á testimonios irrecusables, y conocemos su testimonio que ha convencido al universo. ¿Qué mas falta para probar que somos prudentes en nuestra creencia, é indignos de excusa en nuestra incredulidad?

Sin embargo el Salvador, que destinaba á sus Apóstoles para predicar su resurreccion por toda la tierra y confirmarla con su muerte, quiso convencerlos plenamente mostrándose á ellos, y entregándose, por decirlo así, en sus manos, pues hasta les permitió que tocasen sus miembros sagrados. Pero no les condujo, sino por grados, del estado de incredulidad en que se hallaban primero, hasta aquella fe inmutable que comunicaron al mundo entero, y que acabaron por sellar con su sangre. La primera prueba que les dió fue el relato de las santas mujeres y el ver su sepulcro abierto con la circunstancia

[1] S. Chrys. Cur in Pentecost. Acta leguntur. Véase á Mr. Guillon, t. XIV, pág. 464, y á Orígenes, t. II, pág. 88, 89.

de los lienzos allí dejados y el sudario plegado, lo cual desvanecia toda idea de rapto furtivo. Despues se apareció á algunos en particular, en seguida á los once reunidos, y entonces fue cuando les permitió que le tocasen, y comió con ellos. Finalmente, se hizo ver á mas de quinientos hermanos al mismo tiempo [1]. Vamos á mentar algunas de estas apariciones empezando por las particulares.

Antes que todos los demás, tuvo Simon Pedro la dicha de contemplar á su divino Maestro resucitado [2]; fue el domingo mismo de la resurreccion, pero se ignora el momento, el lugar y las circunstancias. Su penitencia hizo olvidar su falta, y léjos de ser rechazado, no se vió menos favorecido, pues que fue el primero de los Apóstoles á quien se hizo ver el Señor. Dios perdona como Dios, es decir, perfectamente, y ama y acaricia al pecador como si de él no hubiera recibido ofensa alguna. La adquisicion de una verdad tan consoladora hace que no se pierda todo el fruto de esta aparicion cuyos pormenores ignoramos.

Aparecióse tambien particularmente á Santiago el Menor, llamado el hermano del Señor, de quien era próximo pariente segun la carne. La aparicion siguiente la acompañaron circunstancias muy notables, y en vano se buscaria nada mas sencillo é interesante que el relato de esta nueva aparicion.

El mismo dia de la resurreccion por la tarde, dos discípulos iban á una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalen sesenta estadios, cerca de dos leguas, y hablaban acerca de cuanto acababa de suceder. Duraba aun su conversacion cuando se reunió con ellos un viajero; era el mismo Salvador que se puso á andar á su lado; pero los ojos de los discípulos estaban velados para que no le reconociesen.

Les dijo: ¿Qué estábais hablando ambos mientras andábais, y por qué motivo os veo tan tristes? Uno de los dos, que se llamaba Cleofás, respondió: ¡Cómo! ¿eres el único extranjero en Jerusalen que ignore lo que ha pasado estos dias? ¿Y qué ha pasado? les dijo. Respondiéronle: Lo que ha sucedido con Jesús de Nazareth que era un Profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistra-

[1] I Cor. XV, 6.

[2] Se cree como cierto que la Vírgen santísima fue la primera á quien visitó Nuestro Señor. (Véase Canisius, *De Maria Deipar.*).

dos le entregaron á los gentiles para ser condenado á muerte, y le han crucificado. Su muerte nos ha llenado de sorpresa y consternacion, porque esperábamos que seria él quien libertaria á Israel del yugo de los extranjeros; y lo que pone el colmo á nuestra tristeza es que hace ya tres dias que han sucedido estas cosas. Es verdad que algunas mujeres de las que como nosotros habian abrazado su doctrina nos han asombrado sobremanera, pues han estado antes de amanecer en su sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, han venido á contar que ellas mismas han visto Ángeles que dicen que es vivo. Algunos de los nuestros han ido tambien al sepulcro, y han hallado que era cierto lo que decian las mujeres, han visto el sepulcro abierto y los lienzos en que estaba envuelto el cuerpo, pero no han encontrado el cuerpo.

Así pues, los dos discípulos no sabian aun lo que debian creer, y flotaban entre el temor y la esperanza. El Salvador, que les habia escuchado hasta entonces sin interrumpirles, les dijo con un tono que debió sorprenderles: ¡ Hombres de poco sentido, hombres tardos en creer los oráculos de los Profetas! ¿No era preciso que el Cristo padeciera de ese modo y entrara así en su gloria? Principiando entonces por Moisés y recorriendo despues todos los Profetas, les explicó lo que se habia dicho de él en todas las Escrituras. Su reprension y su doctrina hubieran debido descubrirle, pero no lo permitió. Llegaron en tanto cerca de la aldea de Emaús, á donde iban, é hizo ademan de pasar adelante, pero le obligaron á detenerse, diciendo: Permaneced con nosotros, porque se hace tarde y el dia está ya espirando. Entró, pues, y mientras estaba en la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, y haciéndolo pedazos, se lo presentó, es decir, que los comulgó por su mano [1]. Abriéronse entonces sus ojos, y le reconocieron; pero desapareció dejándoles en el alma la plena y completa conviccion de que era él, y que verdaderamente habia resucitado. Sobre lo cual se decian uno á otro: ¿No estaba nuestro corazon inflamado dentro de nosotros cuando nos hablaba durante el camino y nos explicaba las Escrituras?

Llenos de este fuego sagrado se levantaron al momento y volvieron á Jerusalen, donde encontraron á los Apóstoles reunidos con cierto número de discípulos que decian: El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido á Simon. Ellos contaron por su parte lo que

[1] Esta es la opinion de san Jerónimo, de san Agustin, Teofilacto, etc.

habia pasado en su viaje, y como le habian reconocido al partir el pan. ¡Oh! sí, en la fraccion del pan, en la mesa santa se reconoce el Salvador!

Estaban hablando aun de esto cuando apareció Jesús. Las puertas estaban cerradas por temor á los judíos, y el Salvador, para dar á conocer á sus discípulos que verdaderamente habia resucitado para no morir mas, y que por lo mismo su cuerpo tenia todas las cualidades de los cuerpos gloriosos, penetró las puertas sin abrirlas, y se presentó súbitamente en medio de ellos, saludándoles con estas tiernas palabras: La paz sea con vosotros; soy yo, no temais. Les acusó de no haber creido á los que le habian visto resucitado; mas como en la turbacion y el espanto en que se hallaban creian ver un espíritu, les dijo: ¿Por qué esa turbacion y ese espanto? ¿Por qué os acuden esos pensamientos? Ved mis manos y mis piés; yo mismo soy: tocad y ved: un espíritu no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo. Despues de decir esto, les mostró sus manos y piés y su costado.

Los discípulos al ver al Señor se llenaron de alegría; pero como en medio de su gozo no tenian aun una creencia bien segura y estaban asombrados, les dijo: ¿Teneis algo que comer? Presentáronle un pedazo de pescado asado y un panal de miel. Comió, y tomando lo que quedaba, tuvo la bondad de distribuirlo á sus discípulos en calidad de Padre y de Maestro. Así acostumbraba hacerlo durante su vida mortal cuando comia y bebia con ellos.

Faltaba aun un incrédulo que convencer, y era Tomás, llamado tambien Dídimo, uno de los doce Apóstoles, el cual no se hallaba con ellos cuando vino Jesús. Los demás discípulos le dijeron, pues: Hemos visto al Señor; pero él les respondió: Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré. Esto era tratar de imponer la ley á su Maestro, y nadie era menos digno de semejante favor que el que se atrevia á exigirlo; pero aquel amable Maestro no quiso escuchar mas que su bondad y enseñarnos hasta dónde puede llegar su adorable condescendencia.

Y al cabo de ocho dias, hallándose los discípulos aun en la casa y Tomás con ellos, vino Jesús, estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos les dirigió su saludo acostumbrado: La paz sea con vosotros. Y despues dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo y mira mis manos; acerca la tuya y ponla en mi costado, y no seas

incrédulo, sino fiel. Tomás exclamó : ¡ Señor mio y Dios mio ! Jesús le dijo : Porque me has visto, Tomás, me has creido. ¡ Bienaventurados los que no vieron y creyeron [1] !

Esto era, al parecer, llevar la condescendencia hasta el exceso; pero el Salvador no creyó hacer demasiado para poner al abrigo de todo ataque la fe de su resurreccion en el alma de los que disponia para ser sus predicadores y mártires, y para que fuese auténtica la verdad de un misterio sin el cual, como advierte uno de sus Apóstoles, nuestra fe seria vana y burladas nuestras esperanzas. Para confirmar mas y mas la certeza de este milagro, fundamento de todo el Cristianismo, el Salvador multiplicó sus apariciones durante los cuarenta dias que permaneció aun sobre la tierra. Sus dos ocupaciones consistieron entonces en probar á sus Apóstoles que verdaderamente habia resucitado, y en enseñarles á fondo su doctrina.

Hasta el dia de su ascension no cesó de aparecérseles, ora á orillas del mar de Tiberíades, donde hizo que sacasen una pesca maravillosa y comió con ellos, ora en un monte de Galilea, otra vez aun en Jerusalen, y finalmente en el monte de los Olivos, desde donde subió al cielo en su presencia. Por su parte los Apóstoles no dejaron de oponer dificultad alguna ni de hacer las pruebas que desearon; cedieron tan solo á la última evidencia, y Dios permitió su incredulidad porque debia servir para la fe de todos los siglos [2].

Además de sus apariciones, el Salvador hizo en presencia de sus discípulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro; pero han sido escritos estos para que creais que Jesucristo es el Hijo de Dios, y para que creyendo goceis la vida en su nombre.

Cuando el Salvador vió á sus discípulos y Apóstoles plenamente convencidos de su resurreccion, les dirigió justas reprensiones por

[1] Ver y creer son dos cosas bien diferentes : se cree lo que no se ve, y no se cree lo que se ve. De modo que santo Tomás, que vió y tocó á Jesucristo resucitado, no tuvo, propiamente hablando, la fe de su resurreccion, y nosotros la tenemos creyendo la resurreccion de Jesucristo sin haberla visto. Por lo cual declara Jesucristo que somos mas felices que Tomás, y hasta que todos los demás Apóstoles, los cuales no creyeron la resurreccion de Jesucristo sino por el testimonio de sus ojos y de sus manos. Sin embargo, Tomás hizo un acto de fe excelentísimo al confesar la divinidad de su Maestro, porque no la veia, y solo podia conocerla como san Pedro por medio de la revelacion del Padre celestial.

[2] Dubitatum est ab illis, ne dubitaretur à nobis. *(S. Leo, Serm. LXXI de ascens. Domini, 1, c. 1).*



su prolongada incredulidad. ¿No es eso, les dijo, lo que os decia estando con vosotros antes de mi Pasion, que era preciso que se cumpliera al pié de la letra todo lo que hay escrito de mí en la ley de Moisés, en los Profetas y los Salmos? ¿No está escrito que era preciso que el Cristo padeciera de esta suerte, que resucitara al tercer dia, y que entrara así en su gloria? ¿No está tambien escrito que despues de su resurreccion será preciso predicar en su nombre por todo el universo la remision de los pecados, empezando por Jerusalen? Vosotros que habeis sido testigos de mi vida, de mi muerte y de mi resurreccion, quedaréis encargados de esta empresa. Al mismo tiempo abrió el espíritu de sus Apóstoles á la inteligencia de las Escrituras.

Todo lo que precede nos ha demostrado que, despues de su resurreccion, la vida del Salvador fue muy diferente de la que habia llevado hasta su muerte; estaba libre de todas las necesidades del cuerpo, y no se mostró mas á los malvados que le habian dado muerte. Modelo del hombre en todo, queria enseñarnos cuál debe ser nuestra vida despues de nuestra resurreccion á la gracia: nuestra resurreccion debe ser como la suya verdadera, pública y constante, y siendo así, nuestra vida será como la suya coronada por una ascension gloriosa en el cielo.

Siendo la resurreccion del Salvador, cuya historia acabamos de contar, el mayor de los milagros, el que confirma todos los demás, y el que sirve de principal base á la Religion, nos parece conveniente decir ahora algunas palabras sobre los milagros en general. No habiendo omitido nada la impiedad para embrollar este punto esencial, es deber nuestro reducirlo á su mas sencilla expresion. Dos ó tres preguntas bastan para conseguirlo.

1.° ¿Qué es un milagro? Un acontecimiento contrario á las leyes de la naturaleza, y que solo puede ser efecto de la omnipotencia de Dios. Así pues, parar el sol en su curso; alimentar millares de personas con cinco panes y dos peces; restituir con una palabra, ó tocando simplemente, la vida á los muertos, la vista á los ciegos de nacimiento, la fuerza y el movimiento á los paralíticos; andar sobre las aguas; calmar las tempestades sin dejar ninguna señal de agitacion en las ondas: hé aquí otros tantos milagros, porque son acciones contrarias á las leyes de la naturaleza, y que solo Dios puede obrar, ó aquellos á quienes da poder.

2.° ¿Puede Dios hacer milagros? Es lo mismo que preguntar si Dios puede derogar las leyes que ha establecido. «Esta pregunta, «responde un famoso incrédulo, seria impía, si no fuera absurda; «y al que la resolviera negativamente, se le haria demasiado honor «con castigarle, pues bastaria el que le encerrasen. Pero ¿qué hom- «bre ha negado jamás que Dios puede hacer milagros [1]?»

3.° ¿Ha hecho Dios milagros para probar la verdad de la religion cristiana? Sí, Dios los ha hecho y muchos por medio del Salvador y de los Apóstoles, y estamos de ellos mas seguros que de los acontecimientos mas célebres y constantes de la antigüedad. ¿Por qué? 1.° Porque nos los afirman mayor número de testigos, y el mundo entero los ha creido, como creemos en la existencia del sol, pues á causa de estos milagros se ha convertido; 2.° porque los afirman testigos mucho mas dignos de fe; mas de once millones de Mártires han muerto por defender su verdad. ¿Hay acaso algo que merezca mas confianza que testigos que se dejan matar? Así pues, el famoso incrédulo que hemos citado no ha podido menos de exclamar: «Los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos «atestiguados que los de Jesucristo. El Evangelio tiene caractéres de «verdad tan grandes, tan notables y tan perfectamente inimitables, «que su inventor seria mas asombroso que el héroe.»

4.° ¿Prueban los milagros la verdad de la Religion en cuyo favor se hicieron? Sí, y de un modo incontestable. Efectivamente, solo Dios puede hacer milagros, y Dios es la misma verdad: luego no puede hacer milagros para autorizar la mentira. Pues bien, Dios ha hecho un gran número de milagros para probar la verdad de la religion cristiana: luego la religion cristiana es verdadera, la única verdadera, pues ella únicamente puede citar milagros en su favor; luego el único medio de salvarse es creer en ella y practicarla fielmente.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que, para fortalecer nuestra fe, se dignó permanecer cuarenta dias en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion; haced que nuestra resurreccion á la gracia sea ver-

[1] J.-J. Rousseau, *Cartas de la Montaña.*

dadera, pública y constante para que merezcamos subir con él al cielo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero evitar todas las malas compañías.*

LECCION XVI.

EL MESÍAS REPARADOR DEL MUNDO.

Quita el pecado con relacion á Dios, con relacion al hombre y con relacion á las criaturas. — Humillaciones infinitas, padecimientos infinitos, obediencia infinita. — Necesidad de nuestra union con Jesucristo, el nuevo Adan.

Cuarenta siglos de promesas, figuras, profecías y preparaciones literalmente cumplidas en Nuestro Señor forman la magnífica demostracion de que el Niño de Belen es efectivamente el Mesías anunciado al género humano, y esperado por todas las naciones desde el principio de los siglos. Hé aquí lo que hemos visto en todas las lecciones que preceden. Añadid á esta prueba sin réplica este hecho incontestable y no menos decisivo, á saber: que despues de la venida de Jesucristo cesó en todos los pueblos la expectacion universal de un Reparador, porque todos han reconocido en Jesucristo el objeto de sus deseos y esperanzas. De lo cual debemos deducir que, ó todos los pueblos, instruidos por las profecías y por las tradiciones antiguas, se han engañado, ó que Nuestro Señor es verdaderamente el Mesías esperado por el género humano. En este acuerdo unánime solo forman una excepcion los judíos; pero hasta su misma incredulidad está en favor nuestro, pues estaba escrito que desconocerian al Mesías, de modo que si hubiesen reconocido como tal á Nuestro Señor Jesucristo, no seria el Mesías prometido á sus padres.

La vida, la muerte y la resurreccion de Jesús nos han mostrado con qué plenitud, y por decirlo así, con qué superabundancia cumplió la grandiosa mision del Mesías. Es inútil, sin embargo, explicar mas circunstanciadamente este punto fundamental; el conocimiento mas profundo y claro de la Religion, y especialmente un amor mas vivo y un reconocimiento mas sincero hácia el Salvador serán el fruto de este nuevo estudio.

¿Cuál era, pues, la mision de este gran Libertador tantas veces anunciado, tan magníficamente vaticinado, y esperado con tanta impaciencia? La razon, los Profetas, Juan Bautista mas que profeta,

se reunen para respondernos que la obra del Mesías era quitar el pecado del mundo. Todos los pueblos habian conservado el recuerdo de la falta primitiva : *Dios está irritado contra nosotros.* Hé aquí el dogma terrible que proclaman las expiaciones de toda especie y hasta los sacrificios humanos, cuyo uso ha dado la vuelta al mundo. Cuando las naciones suspiraban por este personaje, este Justo por excelencia, este Legislador, este *Hijo de Dios y de la Vírgen*, que debia traer la edad de oro, ¿qué esperaban de él mas que el restablecimiento del órden trastornado, la reconciliacion del cielo con la tierra, el reinado de la justicia, en una palabra, el libertarnos del mal, es decir, la expiacion del pecado, verdadero mal de la tierra y causa de todos los demás [1]?

Los Profetas nos describen, divinamente inspirados, al Mesías futuro llevando las iniquidades del linaje humano, expiándolas con sus padecimientos, y creando un mundo nuevo donde ha de reinar la justicia [2]. Juan Bautista, encargado de mostrar al Mesías conversando ya entre los hombres, nos declara distintamente su mision : *Hé aquí*, exclama en el transporte de su alegría, *hé aquí el Cordero de Dios, hé aquí el que quita el pecado del mundo* [3]. Finalmente, el mismo Jesús, al reasumir todas estas doctrinas, revela por boca del discípulo querido la índole de esta obra : *El Hijo del Hombre ha venido para destruir las obras del demonio* [4]. Y ¿cuáles son las obras del demonio? El pecado y los males que fueron su consecuencia. Quitar el pecado del mundo, tal es, pues, la mision del Mesías, mision magnífica y la única digna de Dios. Ahora que sabemos por qué vendrá el Mesías á la tierra, recordemos, lo que hemos probado, que Jesucristo es Hombre-Dios, y examinemos la obra de este amable Salvador.

En primer lugar, ¿qué es quitar el pecado del mundo? Es expiarlo, borrarlo, aniquilarlo en sí mismo y en sus consecuencias, y dar á los hombres todos los medios de no cometerlo mas, de modo que los que empleen estos medios sean eternamente libertados del pecado y de sus consecuencias.

El pecado era, con relacion á Dios, el ultraje hecho á su sobe-

[1] Véase *Ilustrac. sobre los sacrificios*, por Mr. de Maistre.
[2] Isai. passim.
[3] Ioan. I, 29.
[4] I Ioan. III, 8.

rana Majestad, y sus consecuencias la cólera de Dios y sus castigos.

Con relacion al hombre era la desobediencia á Dios, y las consecuencias todos los males que pueden afligir al hombre: en su alma, la ignorancia; en su voluntad, la concupiscencia; en el cuerpo, las enfermedades, los azotes, la muerte; y despues de la muerte, la condenacion eterna.

Con relacion al hombre y á Dios, las consecuencias del pecado eran su eterna separacion.

Con relacion á las criaturas, era su servidumbre á las iniquidades del hombre. Hé aquí todos los males y desórdenes que el Mesías debia reparar: examinemos si lo hizo Nuestro Señor Jesucristo.

El Mesías debia quitar el pecado con relacion á Dios, es decir, reparar el ultraje hecho á su soberana Majestad y apaciguar su cólera. ¿Cómo conseguirlo? Ofreciendo á Dios humillaciones infinitas y una víctima digna de su enojo; porque siendo el pecado un ultraje que la criatura rebelada hace á Dios, no hay reparacion posible sin humillaciones, así como no hay remision sin efusion de sangre [1].

Y hé aquí que Nuestro Señor se humilló hasta anonadarse. *Aquel*, dice el apóstol san Pablo, *que siendo en forma de Dios tiene derecho á las mismas adoraciones que su Padre, se anonadó hasta tomar la forma de siervo y hacerse hombre* [2] *hasta hacerse pecado* [3]. ¡Un Dios hacerse pecado! ¿no es el último grado de la grandeza y de la humillacion? Seguid al Salvador desde el pesebre hasta la cruz, ¿no es su vida entera la humillacion mas continua y mas prodigiosa de que jamás se haya oido hablar? Desconocido, rechazado, despreciado y confundido con los pobres y los pecadores, aparece hasta en medio de sus discípulos como su criado [4], como el último de todos los hombres, ó, segun sus propias palabras, *como un gusano de la tierra y la escoria del pueblo* [5]. ¿Dejan algo que desear sus humillaciones? No,

[1] Sine sanguinis effusione non fit remissio. (*Hebr.* IX, 22).

[2] Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo. (*Philip.* II, 6, 7).

[3] Et Verbum caro factum est. (*Ioan.* I, 14). Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit, ut nos efficeremur iustitia Dei in ipso. (*II Cor.* V, 21).

[4] Ego autem in medio vestrum sum, sicut qui ministrat. (*Luc.* XXII, 27).

[5] Psalm. XXI.

no podia rebajarse mas [1]. Así es como Nuestro Señor repara el ultraje hecho á la Majestad suprema de su Padre. Veamos cómo apacigua su enojo.

Padece. Considerada la dignidad infinita de su persona, una sola de sus lágrimas, una sola gota de su sangre hubiera bastado para calmar la cólera del Altísimo y borrar la iniquidad de mil mundos [2]; pero era demasiado poco para su amor. Amaba á los hombres, y por eso quiso inspirarles un gran temor del pecado, un grande aprecio de su alma, un vivo amor hácia él, un profundo respeto hácia su Padre, y una resignacion inalterable en las penas de la vida; por todas estas razones Jesús eligió la cruz, es decir, todo lo que podia ser mas doloroso para él, mas meritorio para nosotros, y mas propio para reparar el ultraje hecho á la Majestad divina. Si quereis tener una idea de la extension y de la perfeccion infinita de sus padecimientos, reflexionad sobre las respuestas que damos á las preguntas siguientes: ¿Qué padeció? ¿de parte de quién padeció? ¿cómo padeció? ¿en cualidad de qué padeció?

En primer lugar, ¿qué padeció? El Profeta nos lo dice cuando le llama *el Hombre de dolor* [3]: esta palabra lo dice todo, porque quiere decir que todos los dolores y padecimientos se dieron como una cita en la persona del Salvador Jesús. Las penas exteriores, la pobreza, los desdenes, el hambre, la sed, la calumnia, los golpes, la irrision, la muerte en un infame patíbulo entre dos malvados en medio de los insultos y ultrajes de su pueblo; las penas interiores, las penas de corazon, la tristeza, el temor, la vergüenza, todas las que debian producir en una alma tan amante la traicion de Judas, la negacion de san Pedro, el abandono de todos sus discípulos, la vista de su tierna Madre al pié de la cruz, y la pérdida de tantos pecadores rescatados con su sangre; todas estas penas caen á porfía sobre la inocente víctima, la atormentan y la inmolan desde el primer instante de su encarnacion [4]. En efecto, el Salvador supo desde aquel momento lo que habia de sufrir en el curso de su vida mortal y de

[1] Ipse se tantùm humiliavit, ut ultra non posset; propter quod Deus tantum exaltavit, ut ultra non posset. *(S. Anselm.)*.

[2] Quaelibet satisfactio Christi suffecisset ad redemptionem, propter infinitam dignitatem personae. *(D. Thom. quodlibet.* 2, *art.* 11).

[3] Virum dolorum. *(Isai.* LIII).

[4] Assumpsit dolorem in summo, vituperationem in summo. *(D. Thom.)*.

su dolorosa Pasion. Así pues, nos dice por boca de David: *Mi dolor está siempre ante mis ojos* [1]. Todas las cosas estaban presentes para él, pues era Dios; siempre y á cada instante tenia delante de sus ojos la agonía, las bofetadas, las espinas, el manto de irrision y la cruz; siempre veia á Judas vendiéndole, á Pedro negándole, á Caifás pronunciando su sentencia de muerte, á Pilatos entregándole á sus verdugos, y á estos haciendo de él lo que querian, y finalmente á su tierna Madre agonizante al pié de la cruz, sobre la cual él mismo exhalaba el último suspiro en medio de un océano de dolores.

¿De parte de quién padeció? De la de aquellos cuyas persecuciones, ingratitud y desamparo le eran mas sensibles, y de quienes debia esperar el amor mas vivo, adoraciones y homenajes; de parte de los judíos, sus hermanos segun la carne, cuyos enfermos habia curado, y cuyos muertos habia resucitado; de parte de sus discípulos, á quienes habia elegido con preferencia como un favor sin igual en medio de todos los hombres; de parte de su divino Padre que le condena sin compasion á beber hasta las heces el amargo cáliz de los dolores, y á padecer todo lo que habian merecido padecer jamás los pecadores de todos los siglos. Sintió especialmente esta pena de un modo mas notable en dos circunstancias; en el huerto de los Olivos y en la cruz. En el huerto de los Olivos, estando en la agonía, abatido por la vergüenza y cubierto de sudor de sangre, se ve obligado á orar largo rato. En otro tiempo una palabra era bastante para alcanzarlo todo; decia: Padre, lo quiero; pero entonces, enteramente cubierto y envuelto bajo el pecador, no se atreve ya á decirlo tan libremente; y ora, y orando largo rato, bebe él solo y abundantemente la vergüenza de una prolongada negativa. En la cruz le llama en su auxilio, mas no se atreve á darle el nombre de Padre: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado? y su Dios no le responde. Callad, exclama Bossuet, fiador de los pecadores; para Vos no hay mas que la muerte [2].

¿Cómo padeció? Con la mansedumbre de un cordero, sin quejarse, sin buscar en su defensa la mas leve compensacion á sus humillaciones y dolores; de este modo padeció cuanto quisieron. Mirad, quieren besarle, y da los labios; quieren atarle, y tiende las manos; quieren abofetearle, y presenta las mejillas; quieren azotarle

[1] Dolor meus in conspectu meo semper. (*Psalm.* xxxvii, 18).
[2] *Sermon sobre la Pasion.*

inhumanamente, y ofrece sus hombros; se le acusa delante de Caifás y de Pilatos, y en todas partes se da por convicto. Herodes y toda su corte se burlan de él, y le despiden como á un loco; lo confiesa todo con su silencio; lo dejan á discrecion de los criados y soldados, y se abandona además por sí mismo; presenta recto é inmóvil su rostro, un dia tan majestuoso que henchia de admiracion al cielo y á la tierra, á las salivas de esta canalla; le arrancan los cabellos y la barba, y no dice una palabra, no se queja: es una pobre oveja que se deja esquilar.

Venid, venid, compañeros, dicen los soldados encargados de crucificarle, hay un loco en el cuerpo de guardia que se imagina ser Rey de los judíos, y es preciso ponerle una corona de espinas. La recibe; no se sostiene bien; es forzoso hundírsela á palos: descargad, aquí está la cabeza. Herodes le ha vestido de blanco como á un loco; traed ese viejo manto de escarlata para cambiarle de color: ponédselo, ponédselo, aquí están sus hombros. Extiende, extiende esa mano, Rey de los judíos, y toma esta caña en forma de cetro; mírala, haz de ella lo que quieras. ¡Ah! ahora no es cosa de juego, está pronunciada la sentencia de tu muerte; extiende otra vez la mano para traspasarla; tómala ahora tambien. Convocaos, por fin, judíos y romanos, grandes y pequeños, ciudadanos y soldados, volved cien veces á la carga; multiplicad sin fin los golpes, las injurias, heridas sobre heridas, dolores sobre dolores, indignidades sobre indignidades; insultad su miseria hasta en la cruz, que sea el único objeto de vuestra mofa, como un loco, y de vuestro furor, como un malvado; se os entrega sin reserva, y está dispuesto á sobrellevar á la vez todo lo que hay de duro é insufrible en una mofa inhumana y en una crueldad maliciosa... ¡Ha muerto! ha muerto! y su postrer suspiro ha sido de amor para los hombres [1]. Al oirle hablar, los pueblos exclamaban: Ningun hombre habló jamás como este, y tenian razon; y ¿no tendrémos razon nosotros de exclamar al verle padecer: Ningun hombre padeció jamás como este?

¿En cualidad de qué padeció? En cualidad de nuevo Adan, representando á todo el género humano, y de Hombre-Dios, por lo que quitó el pecado respecto á Dios. Siendo sus padecimientos de infinito precio, Nuestro Señor satisfizo plenamente la justicia eterna. Por consiguiente reparó el ultraje, aplacó el enojo, y en una pala-

[1] *Sermon sobre la Pasion.*

bra, quitó el pecado con relacion á Dios con sus humillaciones y padecimientos, de que no se encuentra ejemplo en la historia del mundo.

El Mesías debia además quitar el pecado con relacion al hombre. El pecado con relacion al hombre era su desobediencia á Dios, y sus consecuencias todos los males que pueden afligir al hombre: en su alma, la ignorancia; en su voluntad, la concupiscencia, y en su cuerpo, las enfermedades, los azotes, la muerte.

Todo esto reparó el Señor.

Quitó la desobediencia del hombre á Dios, porque hizo en su persona al hombre obediente á Dios y obediente hasta la muerte, y á la muerte de cruz. *Por lo cual*, añade el gran Apóstol, *Dios tambien lo ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos* [1]. Luego Nuestro Señor quitó el pecado con relacion al hombre.

Reparó todas las consecuencias: 1.° La ignorancia. El hombre en su estado de inocencia conocia á Dios y se conocia á sí propio perfectamente, y al pecar se separó de Dios, que es la verdad. En seguida su alma se halló en las tinieblas, como el mundo se halla en la noche cuando se oculta el sol, é insensiblemente cayó en los errores mas torpes con relacion á Dios y á sí propio.

Con relacion al Criador. Ya sabeis cuán desfigurada estaba entre los gentiles la idea de Dios, cuán inclinados eran los mismos judíos á la idolatría, cuál se atribuian á la Divinidad las mas infames pasiones, cuál se prodigaba su nombre adorable á las mas viles criaturas, y finalmente cuál se habia llegado al punto de creer que para apaciguarle era preciso ofrecerle víctimas humanas.

Con relacion á sí propio. ¿De dónde procedemos? ¿á dónde vamos? ¿por qué estamos en la tierra? ¿Tenemos deberes hácia Dios? si los tenemos, ¿cuáles son? ¿Tenemos un alma? esta alma ¿es espiritual ó material, inmortal ó perecedera? Sobre estas preguntas tan claras para el hombre antes de su caida, no hallaréis muy pronto mas que errores monstruosos y contradicciones sin fin. Nuestro Señor reparó plenamente esta ignorancia, primera consecuencia del

[1] Propter quod et Deus exaltavit illum et donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Iesu omne genu flectatur coelestium, terrestrium et infernorum. (*Philip.* II, 9, 10).

pecado en el hombre. En efecto, el hombre conoció á Dios en su persona sagrada, y se conoció á sí mismo perfectamente.

2.° La segunda consecuencia del pecado en el hombre es la concupiscencia, es decir, esa violenta inclinacion al mal, ese amor desarreglado de nosotros mismos y de las criaturas. Antes de pecar, el hombre solo estaba inclinado al bien, amaba á Dios sobre todas las cosas, y se amaba á sí mismo en Dios y para Dios; procediendo todo de Dios, todo se remontaba á Dios por intermedio del corazon humano. El pecado trastornó este hermoso órden, el hombre se hizo el centro de todo, lo relacionó todo á sí, y nada á Dios. Las criaturas, es decir, los honores, las riquezas y los placeres, fueron el único objeto de sus afecciones, y las amó apasionadamente como para indemnizarse de Dios que habia perdido. Este es el orígen de toda clase de crímenes y desórdenes. Nuestro Señor curó completamente esta concupiscencia [1]. En efecto, en su persona sagrada, el hombre amó nuevamente á Dios perfectamente, y se amó á sí mismo y á todas las criaturas en Dios y para Dios.

3.° La tercera consecuencia del pecado en el hombre son los males temporales, es decir, todo lo que puede afligir al hombre físico, como la esclavitud, el asesinato, la expoliacion, las enfermedades y la muerte. Antes del pecado, el hombre estaba exento de todas estas cosas; pero la muerte entró en el mundo con el pecado, seguida de un largo y lúgubre cortejo de azotes, padecimientos y enfermedades; y estos males habian llegado á su colmo en la época en que el Mesías bajó á la tierra. Nuestro Señor curó completamente estos males temporales. El hombre triunfó en su persona sagrada de la esclavitud, de las enfermedades, de los azotes, de la muerte y de todo lo que puede atacar su ser corporal, y se hizo impasible, glorioso, inmortal y triunfante en los cielos por toda la eternidad. Luego Nuestro Señor quitó todas las consecuencias del pecado en el hombre.

El Mesías debia quitar el pecado con relacion á Dios y al hombre al mismo tiempo. El pecado, considerado con relacion á Dios y al hombre juntamente, habia producido su separacion; separacion infinita y eterna que privaba á Dios de su gloria y al hombre de su dicha, ¿qué digo? que condenaba al hombre á suplicios sin fin.

Nuestro Señor hizo cesar enteramente esta separacion. Dios y el

[1] La plenitud de gracia y de verdad que habia en él á causa de la union hipostática no le permitió estar sujeto á la ignorancia, ni á la concupiscencia.

hombre se reunieron en la persona de este nuevo Adan, del modo mas estrecho y constante que sea posible imaginar, pues la naturaleza divina y la humana no forman en Nuestro Señor mas que una misma y única persona. Dios y el hombre se reconciliaron en él perfectamente [1]; porque Dios fue en él perfectamente satisfecho, conocido, ensalzado, adorado y amado del hombre, y el hombre perfectamente restablecido en sus verdaderas relaciones con Dios.

El Mesías debia quitar el pecado con relacion á las criaturas. El pecado, considerado en sus relaciones con las criaturas, era su esclavitud á las iniquidades del hombre. El hombre en el estado de inocencia hacia servir todas las criaturas para la gloria de su Autor; el aspecto de su belleza y de su utilidad era para él como un escalon para elevarse hasta Dios, para ensalzarle y darle gracias; de modo que todas las criaturas descendidas de Dios volvian á Dios por intermedio del hombre, su pontífice y su rey. El hombre pecó, y de todas las criaturas se hizo otros tantos instrumentos de pecado; llevó la violencia y el desórden hasta el extremo de servirle de divinidades, y las adoró á unas despues de otras. De aquí aquel gemido, aquellas quejas y aquellas lágrimas de las criaturas, segun la enérgica expresion de san Pablo [2], al verse obligadas á pesar suyo á ultrajar á su Autor; de aquí su impaciencia esperando un Redentor que las libertase de la esclavitud del hombre culpable.

Nuestro Señor hizo cesar enteramente este desórden. En su persona adorable, el hombre usó de todas las criaturas segun el designio del Criador: luego quitó el pecado con relacion á las criaturas. Por otra parte hemos visto que habia quitado el pecado con relacion á Dios y al hombre, porque es de fe que Nuestro Señor ofreció á Dios una satisfaccion proporcionada á la ofensa; que el hombre conoció, amó y sirvió á Dios perfectamente en su persona adorable; que estaban en el Salvador todos los tesoros de la ciencia, de la caridad y de la santidad de Dios; que Dios y el hombre estuvieron y

[1] Omnia autem ex Deo qui nos reconciliavit sibi per Christum: et dedit nobis ministerium reconciliationis. Quoniam quidem Deus erat in Christo, mundum reconcilians sibi... (*II Cor.* v, 18, 19).

[2] Nam expectatio creaturae revelationem filiorum Dei exspectat; vanitati enim creatura subiecta est non volens, sed propter eum qui subiecit eam in spe, quia et ipsa creatura liberatur à servitute corruptionis, in libertatem gloriae filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. (*Rom.* VIII, 19, etc.).

están perfectamente unidos y reconciliados en la persona adorable de Nuestro Señor; que el hombre goza en el cielo de la gloria eterna, de que estaba privado por el pecado, en la persona adorable de Nuestro Señor; que es de fe católica que Nuestro Señor quitó el pecado del mundo en la mas lata acepcion de esta palabra, y que por consiguiente cumplió la sublime mision que la razon, los Profetas, los judíos y los gentiles señalaban al gran Libertador del universo: luego es de fe que Nuestro Señor es este Deseado de las naciones, este enviado de Dios, este Salvador, objeto de las esperanzas de todos los siglos que precedieron á su venida, de la fe de todos los siglos que la han seguido y seguirán hasta el fin del mundo, y finalmente del reconocimiento y del amor de los Ángeles y de los Santos durante toda la eternidad.

Pero Nuestro Señor ¿hizo para sí solo todo esto? ¿Quiso libertar del pecado y de sus consecuencias, santificar y glorificar únicamente el cuerpo y el alma, es decir, el hombre individual que se habia unido? Pensarlo seria lo mismo que no comprender su mision ni el fin del Cristianismo. Fue enviado para nosotros, para todo el género humano; y á nosotros, á todo el género humano vino á libertar del mal y de sus consecuencias, á santificarle y glorificarle.

Falta ahora saber cómo podemos ser partícipes de los frutos de la redencion. Esta es la cuestion fundamental de la Religion, porque encierra todo el conjunto de nuestra salvacion, pues quien no la comprende nada comprende de la obra de la redencion humana. «Toda la ciencia de la Religion, dice san Agustin, toda la fe cris-«tiana consiste propiamente en el conocimiento de uno y otro Adan; «lo que hemos heredado del primero; y lo que gratuitamente hemos «recibido del segundo. La naturaleza caida en Adan y restaurada en «Jesucristo; hé aquí toda la Religion [1].»

El medio de sacar provecho de la mision y de los méritos del Salvador consiste en unirnos á él. Durante el curso de su vida pública, el nuevo Adan tuvo cuidado de repetir en sus discursos la doctrina de este importante misterio; pero en su último adios á sus Apóstoles fue cuando se esforzó en hacer sensible la indispensable necesidad de esta union saludable de todos los hombres con él. *Yo soy la vid*, les dijo, *y vosotros los sarmientos. El sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid: así ni vosotros, si no es-*

[1] *De peccat. origin.* pág. 215.

tuviéreis en mí. El que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto. El que no estuviere en mí, será echado fuera así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá [1].

Así pues, Nuestro Señor está en medio del mundo como el árbol de la vida en el paraíso terrenal; y para vivir de su sávia divina, para participar de sus méritos y de su gloria, es preciso que estemos unidos á él, así como la rama al árbol para que se alimente de su sávia y dé frutos. El apóstol san Pablo desenvuelve admirablemente la doctrina del Salvador acerca de este punto fundamental. No ve mas que dos hombres en el mundo, el primero y el segundo Adan, que es Jesucristo; el primero representa al género humano decaido, y el segundo al género humano regenerado; la union de toda la raza humana con su tronco primitivo la hace culpable y desgraciada, y su union con su segundo tronco la hará justa y feliz [2]. El santo concilio de Trento nos dice en propios términos, confirmando la doctrina del Apóstol: «Así como si los hombres no nacieran por la propagacion «de la sangre de Adan, no nacerian injustos, pues por causa de esta «propagacion contraen la injusticia por el único hecho de su concep- «cion; del mismo modo si no renaciesen en Jesucristo no serian jus- «tificados, pues la gracia que los justifica se les atribuye por el mé- «rito de la pasion del Salvador en virtud de este nuevo nacimiento [3].»

Queda, pues, bien sentado que Nuestro Señor exige de cada uno de nosotros que nos unamos á él, y que esta union explica y encierra todo el órden del Cristianismo. Preguntaréis ahora, ¿cuál es el fin de esta union del nuevo Adan con todos los hombres? El mismo que el de la encarnacion, es decir, la abolicion del pecado en todos los hombres, y por consiguiente la regeneracion del género humano y la gloria de Dios. La leccion siguiente os presentará algunos pormenores sobre este inefable misterio que mas adelante desenvolverémos. De todas las explicaciones que preceden deducimos en este instante con la fe católica: 1.° que el hombre estuvo y está perfectamente rehabilitado en la persona de Jesucristo; 2.° que es preciso

[1] Ioan. xv, 1 et seq.

[2] Rom. v, 1; I Cor. xv; Ephes. iv.

[3] Sicut revera homines nisi ex semine Adae propagati nascerentur, non nascerentur iniusti, cum ea propagatione per ipsum dum concipiuntur propriam iniustitiam contrahunt: ita nisi in Christo renascerentur, nunquam iustificarentur, cum ex renascentia per meritum passionis eius, gratia qua iusti fiunt, illis tribuatur. *(Sess. VI, c. 3)*.

que cada uno de nosotros participe de esta rehabilitacion, pues de otro modo el *Cristo no le servirá de nada*[1]; 3.ª que el medio de participar de esta rehabilitacion consiste en unirnos á él. *Porque*, dice el Apóstol, *no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en que podamos ser salvos*[2].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que quitó verdaderamente el pecado del mundo; dadnos la gracia de unirnos á él para tener parte en su redencion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer todas mis acciones en union con Nuestro Señor.*

[1] Galat. v, 2.
[2] Act. iv, 12.

LECCION XVII.

EL MESÍAS NUEVO ADAN.

Fin de nuestra union con el nuevo Adan. — Su naturaleza. — Sus medios. — Encadenamiento de la doctrina cristiana: fe, esperanza y caridad. — Union por medio de la fe. — Definicion de la fe. — Su necesidad. — Sus cualidades. — Sus ventajas. — Los medios de alcanzarla y conservarla. — Del hombre con Nuestro Señor. — Pecados opuestos á la fe. — Historia.

El primer objeto de la union que el nuevo Adan quiere que tengamos con él, consiste en hacer de todos los hombres otros idénticos á él comunicándoles su vida divina, vida de gracia, de verdad y de santidad en el tiempo, y de gloria y felicidad en la eternidad. Á esta union es debido el cambio prodigioso que desde la venida del Mesías se ha verificado en las ideas, en las costumbres, en las acciones y en los sentimientos de todos los pueblos hechos cristianos, y á ella tambien es debida la regeneracion que se ha verificado en cada uno de nosotros, y que se verifica todos los dias á nuestros ojos en todos los hombres al venir al mundo. Hagamos que hechos innegables patenticen de un modo sensible esta verdad consoladora y demasiado poco meditada.

Vástagos del nuevo Adan, nacemos degradados, y cada parte de nuestro ser tiene su porcion en la herencia de las miserias paternales: para el alma, es la ignorancia; para la voluntad, la concupiscencia; para el cuerpo, la enfermedad y la muerte; para el hombre en su conjunto, la privacion de la gracia santificante, ó de la vida sobrenatural. Nuestra union con el nuevo Adan nos cura de todos estos males.

1.° *De la ignorancia.* Es cierto que el niño cristiano que sabe su Catecismo, este sencillo resúmen de la doctrina del nuevo Adan, tiene ideas mas justas de Dios y de sus perfecciones, del hombre y de sus deberes, del mundo, de su creacion y de su fin, que los mas grandes filósofos del Gentilismo. Cuanto mas viva, sencilla y universal es nuestra fe en Jesucristo, es decir, cuanto mas perfecta es

nuestra union con él, mas libres estamos de la ignorancia, primera consecuencia del pecado. ¿Quereis ver esta verdad en todo el brillo de su evidencia? Examinadla en una escala mas vasta, y responded á las preguntas siguientes: ¿Qué era el alma del hombre antes de creer en Jesucristo? ¿qué es aun en los pueblos que no tienen fe en Jesucristo? ¿en qué se convierte entre los hombres y los pueblos que han perdido la fe en Jesucristo?

2.° *De la concupiscencia.* Es cierto que el cristiano que ama á Jesucristo, lo que él manda y como lo manda, ama mas perfectamente todo lo que el hombre debe amar, que los sábios mas ensalzados del Gentilismo. Cuanto mas vivo, sencillo y universal es nuestro amor hácia Jesucristo, es decir, cuanto mas perfecta es nuestra union con él, mas libres estamos de la concupiscencia, segunda consecuencia del pecado. De aquí esas virtudes sublimes y esos sacrificios heróicos, para felicidad y alivio de la humanidad, desconocidos de los siglos paganos, y cási increibles para los hombres que no viven del amor del nuevo Adan. Tambien en este caso os es fácil ver esta verdad con todo el brillo de su evidencia. Haceos las preguntas expuestas anteriormente: ¿Qué era el corazon del hombre antes de la caridad de Jesucristo? ¿qué es aun entre los pueblos que no tienen la caridad de Jesucristo? ¿en qué se convierte entre los hombres y entre los pueblos que pierden la caridad de Jesucristo?

3.° *De la muerte y de todas las miserias corporales.* Es cierto que el cristiano sinceramente unido á Jesucristo muestra una resignacion y un valor en las penas de la vida, que asombraria á los gentiles y maravilla á los hombres que son extraños á la vida del nuevo Adan. Os es fácil adquirir la evidencia de este hecho estudiándolo en mas vasta escala respondiendo á nuestras acostumbradas preguntas: ¿Qué eran en las penas de la vida la calma, la mansedumbre, la dignidad, y no diré la alegría, sino la resignacion del hombre antes de Jesucristo? ¿qué son aun en las naciones para las cuales no es nada Jesucristo? ¿en qué se convierten entre los hombres y entre los pueblos para los cuales no es ya nada Jesucristo?

¿Qué mas diré? Para el verdadero cristiano la misma muerte se hace apetecible y suave. En la lengua maternal de la Religion, lengua que es tambien la de sus hijos dóciles, la muerte ha cambiado de nombre; se llama sueño, y el sitio donde se depositan los despojos del hombre, un cementerio, es decir, un dormitorio. Esta última

palabra es como un testigo perpétuo del prodigioso cambio que el Cristianismo ha efectuado en las ideas, porque su orígen es enteramente cristiano [1]. Sobre este punto, como sobre los anteriores, ¿quereis abrir un vasto campo á vuestras meditaciones, y ver con todo el brillo de su evidencia la verdad que nos ocupa? Preguntad: ¿Qué era la muerte á los ojos de los gentiles? ¿qué es aun á los ojos de los pueblos extraños á la gracia de Jesucristo? ¿en qué se convierte á los ojos de los pueblos y de los hombres que se han separado de Jesucristo?

Sobre todo lo que precede, y en general sobre todos los efectos de nuestra union con Jesucristo, hay que dar una explicacion esencial. La obra de la redencion no será perfecta sino en la eternidad; allí solamente dará todos sus frutos para nosotros lo mismo que para el nuevo Adan, que no ha gozado de toda su gloria hasta despues de su resurreccion [2]. Tal es la razon por la que todas las consecuencias del pecado en el hombre, la ignorancia, la concupiscencia y los males temporales, no han desaparecido enteramente y desde esta vida despues de la encarnacion. Preguntaréis, ¿por qué no gozamos *plenamente* en la tierra de los frutos de la redencion? Fácil es la respuesta. Á no ser por el pecado, el género humano hubiera ido al cielo cruzando dias de tranquilidad y dicha y sin pasar por la muerte, y su existencia en la tierra hubiera sido el principio delicioso de una eternidad aun mas deliciosa. Desde el pecado, cambió de naturaleza la existencia del hombre en la tierra. En efecto, Dios hubiera podido tratar al hombre despues de su pecado como trató á los ángeles rebeldes, á quienes su justicia no dejó un instante para arrepentirse; pero no sucedió así: en su infinita misericordia y en vista de su Hijo querido que se dignó hacerse nuestro fiador, tuvo á bien concedernos una próroga, un plazo, con los medios de rehacernos de nuestra caida: este plazo es el tiempo, es la vida. Desde el pecado, *el tiempo es por consiguiente un plazo concedido al género humano en vista de los méritos de Jesucristo para hacer penitencia y reconquistar el cielo*. Es una prueba; si nos aprovechamos de ella, saldrémos purificados como el oro del crisol, y el cielo que habíamos perdido vol-

[1] Chrysost. *Serm. de Parascev.*

[2] Et nos ipsi primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus adoptionem filiorum Dei exspectantes, redemptionem corporis nostri. Spe enim salvi facti sumus. (*Rom.* VIII, 23).

verá á ser nuestra herencia por toda la eternidad; y si por el contrario no nos aprovechamos, irémos, al morir, á participar de la suerte de los ángeles rebeldes [1].

Siendo la vida del hombre en la tierra desde su caida una prueba, debe ser meritoria y por consiguiente penosa. Hé aquí por qué el Salvador no quiso que desapareciesen enteramente las consecuencias del pecado. Si hubiera hecho que desapareciesen enteramente, no hubiese habido mas combates, ni por lo tanto mas esfuerzos ni méritos [2].

[1] Discedite à me, maledicti, in ignem aeternum qui paratus est diabolo et angelis eius. (*Matth.* xxv, 41).

[2] Sin embargo, el Salvador, que al ofrecerse á su Padre en el momento mismo del pecado original nos habia alcanzado la gracia de esta prueba, tuvo á bien en su infinita bondad hacerla, al venir al mundo, mucho menos penosa y peligrosa que lo era antes de su encarnacion. Hé aquí una de las grandes ventajas de la ley nueva sobre la antigua.

Una palabra sobre este interesante misterio. Nuestro Señor aminoró singularmente con su venida las consecuencias del pecado. Hemos visto lo que hizo para curar la ignorancia y la concupiscencia: despues de su venida una luz mas clara y abundante iluminó el mundo, desaparecieron las densas tinieblas de la idolatría, y virtudes heróicas cási desconocidas de los gentiles, la humildad, la castidad y la caridad bajo todas sus formas, fueron practicadas con toda su perfeccion por millones de hombres de todas edades, de todas las condiciones y de todos los países. Añádase que gracias mas abundantes manaron sin cesar sobre el mundo por los siete canales que vienen del cielo á la tierra, y que son los Sacramentos de la ley de caridad. En cuanto á los males temporales, los disminuyó en la misma proporcion, y mejoró la condicion del hombre físico: 1.° á la ley de odio universal que reinaba antes de su venida sustituyó la ley de caridad universal; 2.° abolió la esclavitud, la venta, la exposicion y la muerte de los hijos, y los combates de los gladiadores autorizados por las leyes en los pueblos gentílicos; 3.° proscribió la poligamia y el divorcio, que haciendo de la mujer la mas vil de las criaturas, entregaba á la degradacion y á las lágrimas á la mitad del género humano; 4.° hizo del pobre, del enfermo y del cautivo seres sagrados; 5.° inspiró hácia todas las miserias humanas la caridad mas viva y la mas tierna compasion; 6.° combatió todas las pasiones desarregladas que son causa de una multitud de enfermedades, verdad fundamental y demasiado olvidada, cuando al curar á ciertos enfermos decia: Idos, ya estais curados, no pequeis mas para que no os suceda otra cosa peor; 7.° hizo amar los padecimientos dando á conocer su valor; 8.° rodeó la muerte de consuelos y esperanzas; 9.° finalmente, comunicó á nuestro cuerpo el gérmen sensible de la resurreccion bienaventurada por medio del augusto sacramento de la Eucaristía. Pedir mas, ¿no seria querer la eternidad en el tiempo, el cielo en la tierra, y la patria en el destierro?

4.° *Nuestra union con Jesucristo nos devuelve la gracia santificante, y la vida sobrenatural de que nos habia privado la falta del primer Adan.* Esto es de fe, y basta por sí solo para hacernos apreciar la excelencia de esta union deífica, cuyo objeto es hacernos participantes de la naturaleza divina. Tambien en esto se produce el efecto de esta union por medio de hechos incontestables. ¿Á qué pensais que son debidos esos prodigios de dulzura, de fuerza, de castidad, de caridad, de perdon, de adhesion, de expiacion y de santidad que son la gloria exclusiva del Cristianismo? Y para que no dudeis de la realidad de tantas virtudes y de la pureza de corazon que las hace practicar, milagros numerosos y auténticos están ahí para hacerlos brillar á todas las miradas, es decir, para probar la influencia de la gracia santificante, y de la vida sobrenatural en aquellos fieles cristianos mientras estaban en la tierra, y su union mas íntima aun con Dios en la gloria de la eternidad. ¡Oh! por mas que digais, el hombre abandonado á sus propias fuerzas, el hombre sin el auxilio sobrenatural de la gracia que le hace participar de la fuerza del mismo Dios, es incapaz de virtudes heróicas. ¿Quereis obtener la evidencia de esta verdad? Responded á las preguntas siguientes: ¿Qué eran, en su motivo y en su objeto, las virtudes del hombre antes de la gracia de Jesucristo? ¿qué son en los pueblos que no tienen la gracia de Jesucristo? ¿en qué se convierten entre los hombres y en los pueblos que no tienen la gracia de Jesucristo? Hé aquí, con relacion al hombre, algunos de los frutos de la union saludable que el nuevo Adan quiere tener con nosotros:

Nuestra union con el viejo Adan esclavizó á la iniquidad á las criaturas, y las libertó nuestra union con el nuevo Adan. Cuanto mas perfecta se hace nuestra union con él, mas libres son tambien las criaturas. Para el cristiano no están ya puestas en la categoría de los dioses, ni sirven para los desórdenes, el orgullo y la satisfaccion de las inclinaciones corrompidas, sino que por el contrario son en sus manos instrumentos de virtudes, de caridad y de mortificacion, medios de elevarse á Dios, y, cuando mas, objeto de legítimos goces. Si fuera preciso mencionar el noble uso que tantos cristianos fielmente unidos al nuevo Adan hacen de las criaturas, deberia escribirse la historia de todos los Santos y de todas esas Órdenes religiosas, magníficos menospreciadores de las riquezas, honores y placeres, ó repartidores generosos de todos los dones de la Providencia.

Es indudable que, lo mismo que la del hombre y por iguales razones, no se ha llevado á cabo aun la libertad de las criaturas, pero está ya sin embargo principiada. Hubo un tiempo en que todas las criaturas, el cielo, la tierra, el agua, el fuego, el trigo, el vino, el aceite, etc., estaban esclavizadas á la idolatría, y por medio de ella á Satan. Despues que el Salvador universal dijo: *Yo lo atraeré todo á mí*, estas criaturas empezaron á ser libertadas de la esclavitud y de las vanas supersticiones; el cielo no es ya de Júpiter, la tierra de Vesta, el agua de Neptuno, el trigo de Céres, el vino de Baco, ni el aceite de Minerva, pues todo ha recobrado sus títulos de nobleza. El mundo, hecho cristiano, sabe que todas estas cosas son creaciones del Dios supremo, que todo está consagrado á su culto, y se ha trocado en instrumentos y vias de gracia: el agua, en el Bautismo; el trigo y el vino, en el mas adorable de los sacrificios, y el aceite, en los sacramentos de Confirmacion, Extremauncion y Órden. Si estas criaturas están ya tan magníficamente honradas en el tiempo por medio de la gracia, ¿qué será durante la eternidad en la gloria [1]? Dice el apóstol san Pablo que todas las cosas, las que están en los cielos y en la tierra, han sido de este modo recapituladas, reasumidas y restablecidas en Jesucristo, porque Dios juzgó conveniente reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando con la sangre de su cruz, ya las cosas que están en la tierra, ya las que están en los cielos [2]. Luego, como acabamos de ver, el primer fin de la union que Nuestro Señor quiere tener con nosotros, es quitar el pecado del hombre y de las criaturas, y, por consiguiente, rehabilitar todas estas cosas.

El segundo es la gloria de Dios.

El nuevo Adan, fuente de toda verdad, de toda justicia, de todas las perfecciones y de todas las virtudes, y en esta cualidad único adorador digno de Dios, quiere unirse á los hombres, como el jefe á sus miembros, para comunicarles su vida divina y obrar en ellos y por ellos siempre que con sus acciones glorifican á su Padre celestial. No bastaba para Jesucristo haber tomado un cuerpo en el seno de la bienaventurada Vírgen, y haberse unido con una alma sola, sino que quiere unirse místicamente con todos los hombres; para servirse de ellos como de otros tantos instrumentos para glorificar él mismo á su Padre. Así pues, en virtud de esta union, el nuevo Adan

[1] *De la gracia y de la naturaleza*, por Rohrbacher, pág. 39.

[2] Ephes. I, 10-23; Colos. I, 16-20.

es apóstol en los Apóstoles, mártir en los Mártires, confesor en los Confesores, y vírgen en las Vírgenes; predica en mil parajes; es atormentado y vierte su sangre de mil modos; padece las mortificaciones en los penitentes; soporta las calumnias en los que son perseguidos; es pobre en los pobres, y enfermo en los enfermos; es todo lo que somos, se encuentra en todas las partes donde nos hallamos, hace todo lo que hacemos, y padece todo lo que padecemos para honra y gloria de su Padre. Esto es tan cierto, que considera como hecho á sí propio lo que se hace á sus miembros, y es tan cierto, que no dice á Pablo : ¿Por qué persigues á los Cristianos? sino: ¿Por qué me persigues? Ni dice: Los pobres han tenido hambre, etc., sino: Yo he tenido hambre, yo he tenido sed, y habeis dado de comer, no á los pobres sino á mí. Finalmente, esto es tan cierto, que, identificándose con nosotros, dice al hablar de los superiores: El que os escucha, me escucha, y el que os desprecia, me desprecia; y al hablar de los pequeños y de los débiles: En verdad, en verdad os digo que todo lo que hagais por estos pequeñuelos, lo haréis por mí. En una palabra, el fin que el nuevo Adan se propone en esta union, es hacer de todo el género humano otro Jesucristo, un adorador universal de quien pueda decir el Padre eterno al contemplarle desde lo alto de los cielos: Este es mi Hijo querido en quien he puesto mis complacencias. Véase como esta union sublime realiza admirablemente la mision del Mesías, proporcionando á Dios la mayor gloria exterior que pueda desear.

La felicidad del hombre y la gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad, tal es, pues, el fin de la union misteriosa que Nuestro Señor quiere que tengamos con él.

Hora es de darla á conocer en su naturaleza y en sus medios. La union que el nuevo Adan contrae con nosotros es 1.° una union sobrenatural y divina, basada en la participacion de sus méritos, y sostenida por la influencia del Jefe glorificado en todos los miembros de su cuerpo místico.

2.° Union poderosa y eficaz en virtud de la cual los hombres adoptados en Jesucristo, y viviendo de su espíritu, se hacen moralmente una misma persona con él, son reconocidos por el Padre como miembros del Hijo único, y adquieren á título de justicia el derecho de participar de la herencia.

3.° Union necesaria é indispensable, fuera de la cual el Padre ce-

lestial, que reunió todas sus complacencias en su Hijo amado, no ve nada sobre la tierra que merezca el cielo y sea digno de sus recompensas.

4.° Union admirable y milagrosa que Jesucristo, elevado á lo mas alto de los cielos, no deja de producir en nosotros, sin abandonar la morada de la gloria. Lo exige de su Padre como Hombre-Dios, Jefe y Primogénito de los hijos de los hombres, porque su humanidad santa está personalmente unida al Verbo de Dios, y porque los méritos de su santa humanidad sacan un valor infinito de la dignidad de su persona; de modo que los dones excelentes de las virtudes, el auxilio de las gracias actuales y la infusion de los hábitos santificantes que forman el carácter de hijos y fundan el título de coherederos, los produce Dios en el hombre por la operacion de su omnipotencia, luego que estos favores le son pedidos por su Hijo, y con tanta frecuencia como ve en los Sacramentos instituidos por el Hombre-Dios las señales ó expresiones de la voluntad de Jesús.

5.° Union íntima aunque moral, y desde entonces tan temible á los pecadores como ventajosa á los justos, porque si las virtudes y las buenas obras del justo adoptado se truecan, en consecuencia de la union de los miembros con el jefe, en gloria y triunfo de Jesucristo; los vicios y las acciones vergonzosas del pecador cristiano; por una razon contraria, se truecan, en un sentido que causa horror, en confusion de Jesucristo en uno de sus miembros, y son dignos de un nuevo infierno.

6.° Union que una vez contraida, sin ninguno de nuestros méritos precedentes, es tan constante de parte del Hijo de Dios cuanto frágil de la nuestra, porque se rompe ó se conserva, se debilita ó se estrecha, se destruye ó se repara, conforme el fiel adoptado usa bien ó mal, con mas ó menos frecuencia, los medios que ella le proporciona y la libertad que le deja. ¡Dios mio! ¡Qué grande es el hombre en Jesucristo!

Claramente explicada la naturaleza de nuestra union con el nuevo Adan, pasemos á los medios por los cuales se realiza. Recordemos que el primer Adan, representando á todo el género humano, sometió su alma, su corazon y su cuerpo al pecado, y se trocó en un hombre de pecado; y al heredar su vida, su sangre y su carne de pecado nos hacemos participantes de su falta y de las consecuencias de ella. El segundo Adan sometió su espíritu, su corazon y su cuer-

po á Dios, y fue un Hombre-Dios; y al participar de su vida, de su sangre y de su carne santa y divina nos hacémos herederos de su divinidad y santidad.

La union de la raza humana con el primer Adan era una union completa, porque la raza humana estaba enteramente encerrada en Adan. Hé aquí por qué quedó degradada en todas las partes de su ser, en su alma, en su corazon y en su cuerpo.

La union de la raza humana con el segundo Adan fue y debia ser una union completa, union del alma, del corazon y del cuerpo. Esta union se verificó del modo mas excelente en la persona de Nuestro Señor. Hé aquí por qué el hombre, en su persona adorable, fue perfecto en todas las partes de su ser, en su alma, en su corazon y en su cuerpo.

Segun estos grandes principios, ¿qué debemos hacer para que nosotros mismos seamos regenerados individualmente? *Es necesario,* responde el grande Apóstol, *que así como trajimos la imágen del hombre terreno, llevemos tambien la imágen del celestial* [1]. Es preciso que nos hagamos los hijos del nuevo Adan por medio de la comunicacion de su vida, como nacemos hijos del primer Adan por medio de la comunicacion de su vida [2]. Así como el viejo Adan, añade san Bernardo, se esparció en todo el hombre y lo ocupó todo, del mismo modo es preciso que Jesucristo ocupe todo el hombre á quien crió todo, rescató todo, y todo lo glorificará [3].

Pero ¿cómo nos harémos hijos del nuevo Adan? Uniéndonos á él por medio de tres lazos misteriosos que se llaman la Fe, la Esperanza y la Caridad, es decir, por medio de nuestra alma, de nuestro corazon y de nuestro cuerpo.

Estas tres grandes virtudes son, como lo hemos demostrado, segun san Agustin y santo Tomás, y como lo demostrarémos en toda la continuacion de nuestras explicaciones, las tres condiciones que nos inician en la vida de Jesucristo, las tres grandes bases del Cristianismo, los tres manantiales de donde mana y á donde vuelve la Religion entera; porque ellas constituyen los tres actos esenciales de

[1] I Cor. xv, 49; II Cor. iii, 18; Hebr. ii, 14.

[2] Véase la nota de santo Tomás, t. I, pág. 58 de la Introduccion.

[3] Sicut fuit vetus Adam effusus per *totum* hominem et *totum* occupavit; ita modo *totum* obtineat Christus qui *totum* creavit, *totum* redemit, *totum* et glorificavit. *(Serm. IV de Adv. n. 2 et 3).*

nuestra cooperacion á la gracia [1]. Ha llegado el momento de explicar este órden tan sublime, sencillo y fecundo á la vez de nuestra rehabilitacion y nuestra dicha. Vamos á colocar, pues, en este lugar la exposicion completa de la Doctrina cristiana que enlazamos enteramente á la fe, á la esperanza y á la caridad. Seguimos en esto los consejos de los grandes Doctores que acabamos de nombrar, y el ejemplo del mismo divino Maestro, que eligió el intervalo entre su resurreccion y su ascension para enseñar á fondo á sus Apóstoles todos los misterios del reino de Dios, es decir, del Cristianismo. Tenemos que responder sobre la fe á varias preguntas esenciales.

1.° ¿Qué es fe? *Es un don de Dios y una virtud sobrenatural por la cual creemos firmemente todo lo que la Iglesia nos enseña, porque Dios lo ha dicho y es la misma verdad.* Expliquemos cada palabra de esta importante definicion.

La fe es un *don de Dios*, es decir, que no podemos adquirirla por nosotros mismos, por los únicos recursos de nuestro espíritu, ó por los únicos esfuerzos de nuestra voluntad. La fe es una limosna y un beneficio que solo puede proceder de la liberalidad de nuestro Padre celestial [2].

La fe es una *virtud sobrenatural*, es decir, una disposicion y un hábito del alma que perfecciona á nuestra naturaleza, ó que nos inclina al bien, y este bien consiste en creer firmemente, sin la menor vacilacion ó duda. Una virtud *sobrenatural*, es decir, que nos hace creer verdades que no podemos conocer con las únicas luces de la razon, y que tienen por objeto conducirnos á la felicidad eterna á que no éramos acreedores.

Todo lo que la Iglesia nos enseña; siendo infalible la autoridad que nos enseña las verdades de la Religion, el buen sentido exige que las admitamos todas igualmente, sin que nos sea permitido elegir, aceptar las unas y rechazar las otras.

Decimos *que la Iglesia nos enseña*, porque solo á la Iglesia pertenece proponernos una verdad como artículo de fe.

Añadimos : *porque Dios lo ha dicho*. En efecto, la Iglesia nada inventa, pues se contenta con manifestarnos las verdades cuya custodia y explicacion le ha confiado Dios.

Terminamos diciendo : *porque es la misma verdad*. Así pues, el

[1] Véase la Introduccion, *Union del hombre con el nuevo Adan*, t. I, pág. 49.
[2] Conc. Trid. sess. VI, c. 3.

fundamento de nuestra fe es la veracidad de Dios que hace que no pueda engañarse ni engañarnos, de modo que estamos mil veces mas ciertos de las verdades de la fe que de lo que vemos con nuestros ojos, tocamos con las manos, ó creemos bajo el testimonio de los hombres.

2.° ¿Es necesaria la fe? Para responder claramente á esta pregunta, es preciso saber que se distinguen varias especies de fe.

La fe *habitual infusa*, que es el don y el hábito de la fe que Dios infunde en nuestra alma por medio del Bautismo. No basta á los adultos, que están obligados á hacer actos expresos y formales sobre los misterios de la Religion. *El que no cree*, dice san Juan, *ya ha sido juzgado* [1]. No dice el que no tiene fe, sino el que no cree; lo cual expresa un acto formal.

La fe *habitual adquirida*. Correspondiendo á las gracias que se nos conceden por el Bautismo, y repitiendo con frecuencia actos de fe, adquirimos una nueva facilidad de creer, y esta disposicion se llama fè habitual adquirida. Dichoso hábito que distinguiendo al cristiano de todos los que no lo son, le hace vivir en un mundo superior al cual son extraños el gentil, el mahometano y el hereje; precioso tesoro que conserva mientras no comete un acto positivo de infidelidad ó incredulidad. Sin embargo, lo mismo que la anterior, esta fe no basta para la salvacion de los adultos, que están obligados á hacer actos formales de fe.

La fe *actual* consiste en ejercer actual y formalmente un acto de fe sobre cualquiera verdad de la Religion. Los teólogos enseñan que hay obligacion de hacer actos formales de fe, implícitos ó explícitos: 1.° Cuando se ha llegado á la edad de la razon; 2.° al fin de la vida; 3.° una vez al menos cada mes. Pero es preciso advertir que la señal de la cruz, la misa bien oida, la recitacion de la Oracion dominical, y la aceptacion de las penas y aflicciones, son otros tantos actos de fe implícitos que bastan para el cumplimiento del precepto [2].

La fe *implícita* consiste en creer las verdades de la Religion confusamente y en general, diciendo, por ejemplo: Creo todo lo que cree la Iglesia. No es bastante para salvarse.

La fe *explícita* consiste en creer y conocer distinta y circunstanciadamente las verdades de la Religion; no estamos obligados á co-

[1] Ioan. III, 18.

[2] S. Alf. *Homo apost.* t. I, tract. IV, n. 13.

nocerlas y creerlas todas con fe explícita, sino tan solo algunas que indicarémos mas adelante.

La fe *interior*, que abrigamos en nosotros mismos sin manifestar por ninguna señal que creemos; tampoco basta, porque estamos obligados á mostrar nuestra fe con nuestras palabras y nuestras obras [1]. Es lo que se llama la fe *exterior*.

La fe *muerta* es la que no está unida á la gracia santificante. Se encuentra en los pecadores que están privados de la caridad sin haber perdido la fe; no basta para la salvacion. *Si tuviere toda la fe*, dice el apóstol san Pablo, *de manera que transportase los montes, y no tuviere caridad, nada soy* [2].

La fe *viva* es la que está animada por la caridad y unida á la práctica de las buenas obras.

Las explicaciones anteriores responden claramente á la pregunta propuesta, y nos enseñan dos cosas: la primera, que la fe es indispensable á nuestra salvacion, es decir, á nuestra union sobrenatural con Dios en el tiempo y en la eternidad. Nuestro Señor mismo dijo: *El que no creyere, será condenado* [3]. Y el apóstol san Pablo: *Y así sin fe es imposible agradar á Dios. Así pues, lo primero que debe hacer el que quiere unirse al segundo Adan, es creer en él* [4]. *Les dió poder de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre* [5]. En efecto, el que cree somete su razon á la palabra de Jesucristo; recibe las verdades que él le enseña, las guarda, y forman el fondo de su inteligencia; las tinieblas y la ignorancia que heredó del primer Adan se desvanecen, brilla la luz en su alma, y sus pensamientos que eran humanos, incompletos, naturales y falsos, se hacen completos, sobrenaturales, verdaderos y divinos. Su razon participa tambien de la razon del mismo Dios, y su espíritu se transforma en el espíritu del segundo Adan. Así es como el niño adquiere poco á poco las ideas de su maestro oyendo sus lecciones y creyendo en su palabra [6]. Por el contrario, el que se niega á creer, se niega por lo

[1] Rom. x, 10.

[2] I Cor. xiii, 2.

[3] Marc. xvi, 16.

[4] Hebr. xi, 6.

[5] Dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine eius. (*Ioan.* i, 12).

[6] Ut credatis quia Iesus est filius Dei: et ut credentes, vitam habeatis in nomine eius. (*Id.* xx, 31).

tanto á someter su espíritu á la palabra del Salvador, le hace la mas sangrienta de todas las injurias, pues que le considera como engañado ó como engañador [1], y queda en la ignorancia y en las tinieblas del primer Adan. La razon de esto es sencilla: siendo sobrenaturales las verdades de la Religion, son demasiado elevadas para que podamos conocerlas con las únicas luces de nuestro espíritu degradado, y por consiguiente aquel se condena á ignorarlas siempre que se niega á creer en el Hijo de Dios, bajado expresamente del cielo á la tierra para enseñárnoslas. Su negativa es un crímen, pues tiene todos los motivos de creer, y no tiene razon alguna legítima para no creer.

Lo segundo que resulta de las explicaciones anteriores, es que no basta á un adulto para salvarse tener la fe humana, la fe habitual, la fe implícita, la fe interior y la fe muerta, pues debe tener la fe divina, la fe actual, explícita, exterior y viva.

3.° ¿La fe es racional? Esto equivale á preguntar si es conforme á la razon creer en la palabra de Dios que no puede engañarse ni engañarnos, pues es la verdad por esencia. Pero si no es racional creer en Dios, ¿en qué será, pues, racional creer? Será preciso dudar de todo. Sin embargo, los incrédulos creen sin vacilar los acontecimientos de la antigüedad mas remota, segun el relato de algunos historiadores y bajo la fe de alguna inscripcion ó de algun monumento, y tratarian de ignorante é imbécil al que pusiera en duda semejantes hechos. Pues bien, el cristiano ¿no es racional al creer por el testimonio del mismo Dios acontecimientos y verdades atestiguados por todos los escritores sagrados, creidos tantos siglos hace, reconocidos por los gentiles, confirmados con la sangre de tantos millones de Mártires, con la curacion sobrenatural de tantos enfermos, con la conversion del mundo entero y con otros mil prodigios [2]?

Nuestra fe es, por consiguiente, racional, pues está basada en motivos muy sólidos, y lo es aun bajo el sentido de que la razon

[1] Censores divinitatis haeretici. *(Tertull. lib. II contra Marcion.)*.

[2] Nonne cum omni fiducia de Deo dicere poterimus: Domine, si error est, à te ipso accepimus; nam ista in nobis tantis signis et prodigiis confirmata sunt, et talibus, quae nonnisi per te fieri possunt. (Ricard. à S. Vict. *lib. de Trinit. I, c.* 1). — Quisquis adhuc prodigia, ut credat, requirit, magnum est ipse prodigium, qui mundo credenti non credit. *(S. Aug. De Ver. Relig.* c. 25).

puede darse cuenta con maravillosa facilidad y remontarse en pocos pasos hasta Dios. Mas no consiste en esto el privilegio exclusivo del católico; solo su fe es racional, pues no lo es la del cismático y del hereje. Nada hay mas fácil que el demostrarlo. Tomemos por ejemplo un niño católico, ó un católico sencillo é ignorante, pero que sabe su Catecismo. Hé aquí el análisis de su fe:

Este niño es católico, y lo sabe. Ve á su cura que le enseña el Catecismo: es la primera parte de su análisis. Sabe que la doctrina de su cura es la misma que la de su obispo, pues este ha formado el Catecismo; y es la segunda parte de su análisis. Sabe por su Catecismo que el Papa es el jefe de la Iglesia y el vicario de Jesucristo en la tierra; esto le hace comprender que su obispo está en comunicacior con el Papa y con todos los Obispos sometidos al Papa, á quien todos los fieles deben tener respeto y obediencia; y es la tercera parte de su análisis. Así pues, el niño católico ve en su cura á su obispo, al Papa y á todos los Obispos del mundo que están unidos al Papa, y finalmente al mismo Jesucristo, verdadero Dios y hombre, enseñando por medio del ministerio que ha establecido, y enseñando con una autoridad soberana é infalible.

Pero, ¿es racional decir que la presencia de su cura puede asegurar al católico la autoridad infalible de toda la Iglesia? Porque, finalmente, este cura no es toda la Iglesia, y no se le concede la infalibilidad que ciertamente no tiene. Todo esto es verdad, y á pesar de todo esto, el niño católico va rectamente al fin. Una comparacion enteramente nueva va á justificar sensiblemente y á aclarar completamente mi idea. En Francia hay recaudadores de contribuciones en cada canton: luego que el aldeano ve al recaudador que va á pedirle la parte que le toca pagar segun la cuota señalada, ¿no ve en su persona la del director de las contribuciones de la provincia, la del ministro de Hacienda, y definitivamente la del rey, aunque no le haya visto jamás, á quien nunca verá verosímilmente? Esta es un análisis de otra especie, y el campesino piensa acertadamente. No obstante, el recaudador de contribuciones no es el director, ni el ministro, ni el rey; pero una sola ojeada le basta para hacerle ver en el recaudador el órden de los diferentes grados de autoridad hasta llegar á la autoridad soberana.

Lo mismo sucede con el análisis de la fe del niño ó del católico poco instruido; es sencilla y sin rodeos, pero ¡qué sábia! qué lu-

minosa! qué demostrativa! La Providencia de nuestro Padre celestial ha dispuesto que debiéndose unir todos al segundo Adan por medio de la fe, pudiesen hacerlo fácilmente, lo mismo el ignorante que el sábio, y el idiota como el de talento.

El cismático ni el hereje no podrian tener la misma ventaja. El cismático ve á su sacerdote y á su obispo, pero despues no ve nada mas; ve ramas, pero son ramas separadas del tronco; ve un cuerpo, pero sin cabeza; ve varios eslabones de la cadena, pero falta el último, el que debe enlazar todos los demás á Jesucristo. El hereje está tambien en una condicion inferior. El niño protestante en verdad ve, por ejemplo, á su ministro, como el católico á su cura; pero el protestante no ve nada mas allá. Me engaño, su ministro lo remite á la Escritura, á la pura palabra de Dios. Pero la Escritura es un libro sellado para este pobre niño; no sabe leer, y aun cuando supiera, si entiende mal la Escritura, ¿quién le corregirá? Aun mas, ¿quién le dirá que la Escritura es la palabra de Dios y no del hombre? Así pues, el católico puede darse razon de su fe, pero no el cismático y el hereje.

4.° ¿Cuáles son los caractéres de la fe? La fe ha de tener tres caractéres principales: la firmeza, la universalidad y la sencillez. La firmeza consiste en creer las verdades de la Religion sin vacilar y con tal seguridad que nada pueda conmoverla, ni las objeciones de los impíos, ni las tentaciones del demonio, ni la incertidumbre de nuestro espíritu. Debe ser inmutable como el mismo Dios, cuya palabra le sirve de fundamento.

La universalidad, es decir, que la fe debe extenderse á todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia, sin ninguna excepcion. En esto es cuando debemos decir: Ó todo, ó nada. En efecto, siendo la misma autoridad que enseña, tenemos el mismo motivo de admitir todas las verdades que nos propone, tanto las que entendemos, como las que no, tanto las que nos parecen menos importantes, como las que nos lo parecen mas, y tanto aquellas cuya práctica nos parece menos fácil, como aquellas cuya práctica nos parece mas fácil.

La sencillez de la fe consiste en creer sin raciocinar, sin discutir, porque Dios lo ha dicho. Y ¿qué hay que examinar cuando Dios ha hablado? El Salvador, para darnos una idea de esta admirable sencillez, tomando un dia á un niño, le colocó en medio de sus discí-

pulos, y les dijo: *En verdad os digo que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos* [1]. Estas palabras lo dicen todo; pero ¿no son la condenacion de un gran número que se permiten criticar y censurar lo que en la Religion no está de acuerdo con su débil razon, y que mas bien son filósofos que cristianos?

5.° ¿Cuáles son las ventajas de la fe? La primera es hacernos conocer las verdades del órden sobrenatural, de ese órden que elevándonos sobre los sentidos y la simple razon nos hace vivir en la tierra la vida de la gracia, para hacernos vivir en la eternidad la vida de la gloria. La fe saca nuestro espíritu de la ignorancia en que la habia sepultado el pecado; disipa las tinieblas del error que las pasiones se esfuerzan continuamente en formar en torno nuestro, y nos pone al abrigo de todas esas dudas crueles y de todos esos extravíos humillantes en que cae la razon del hombre abandonada á sí misma. Necesitaríanse libros enteros para contar las contradicciones y absurdos de todos los que, apagando la antorcha de la fe, no siguen mas que las luces inciertas de su débil razon. Interrogadles sobre todo lo que mas vivamente nos interesa, la existencia de Dios, su providencia, la naturaleza de nuestra alma, nuestros deberes, ya para con Dios, ya para con nosotros mismos, ya para con nuestros semejantes; y por única respuesta solo obtendréis las mas de las veces errores, contradicciones y dudas [2].

La fe es, pues, una antorcha puesta por el Salvador en las manos del hombre extraviado, para ayudarle á volver á encontrar y á seguir el camino del cielo; es un doble parapeto alzado en la senda de la vida para impedir el separarse por la derecha ó por la izquierda, y el caer en los abismos de que está lleno su camino. ¿Qué mas dirémos? La fe es para la razon lo que el telescopio para la vista; allí donde el ojo nada puede ver ya, el telescopio hace descubrir mundos de maravillas. ¿Qué responderia el astrónomo si fueran á decirle que el telescopio es contrario á la vista? Su respuesta es la nuestra: léjos de ser contraria á la razon, la fe le sirve de luz y de apoyo.

Otra de las ventajas de la fe es la de remediar nuestro orgullo. Al

[1] Matth. XVIII, 3.
[2] Véase, para pruebas, á Hermias, *de Irrisione philosophorum*; y á Barruel, las *Helvienas*.

imponernos Jesucristo la obligacion de creer, se mostró Salvador del género humano de un modo admirable. El hombre se habia perdido por el orgullo, y para curar esta pasion furiosa é impedir que dañase, encadenó y cautivó el espíritu del hombre bajo el yugo de la fe, obligándole á creer verdades que no podria comprender. Con este medio, haciéndonos conocer á cada instante nuestra extrema flaqueza, nos coloca en el camino de la humildad; y esta es el puerto de la razon, donde Dios la espera para comunicarse á ella y renovar la antigua alianza rota por el orgullo primitivo.

6.° ¿Cuáles son los medios de alcanzar y conservar la fe? Oimos decir todos los dias á muchos: Yo bien quisiera creer, pero no puedo. Respondedles en primer lugar: ¿No podeis creer? luego no teneis fe: ¡qué desgracia! No teneis la fe; luego vuestra alma ha caido de ese mundo de luces y verdades donde vivieron los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires y los mas grandes genios de todos los siglos, en el cual viven aun las únicas naciones civilizadas del globo. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego nada os queda de cierto en vuestro espíritu, y no teneis mas que dudas desconsoladoras sobre vuestra alma, sobre vuestros deberes y sobre lo que os espera despues de la muerte. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego no hay para vos consuelos sólidos en las penas de la vida, en la pérdida de vuestros parientes y amigos. ¡Qué desgracia! No teneis fe; luego la habeis perdido. ¡Qué crímen! ¿Qué habeis hecho de las lecciones de vuestra madre y de las obligaciones de vuestra primera comunion? Las habeis despreciado. ¡Qué crímen! ¿Cuándo habeis perdido la fe? ¿Cuándo érais casto y modesto y estábais alejado de las malas compañías? ¿No es cuando habeis dejado de serlo? ¡Qué crímen! Para recobrar la fe no os falta el raciocinio, sino la conversion del corazon. Una buena confesion seria para vuestra inteligencia lo que para el ojo la operacion de la catarata: ella os restituiria en un instante la luz de la fe.

Añadid despues: Decís que quisiérais creer. Quien quiere el fin quiere los medios. Pues bien, ¿habeis tomado, tomais sériamente los medios de creer? Estos medios son ciertos é infalibles: 1.° la oracion. La fe es un don de Dios; á él y á él tan solo es preciso pedirla, pues prometió concederla á una oracion humilde y perseverante: *Pedid y recibiréis*; 2.° el estudio. No puede creerse lo que no se conoce. Luego es preciso leer obras propias para instruirnos acer-

ca de las verdades de la Religion, ó interrogar á las personas ilustradas, como se consulta sobre un punto de derecho ó de medicina á los letrados ó profesores; 3.° la fidelidad á los deberes indicados por la sola razon. Antes de practicar todos los preceptos del Evangelio, principiad por absteneros de los actos que la razon condena, y por hacer el bien que ella os prescribe; desead sobre todo sériamente saber y practicar todo lo que Dios quiere que sepais y hagais para agradarle, y siendo fieles á estos medios, no se hará esperar el éxito.

En cuanto al modo de conservar la fe, es preciso por una parte evitar cuidadosamente las ocasiones de perderla, como la lectura de los malos libros, y el trato con los hombres irreligiosos é impíos; y por otra parte hacer actos de fe, practicando con cuidado todo lo que prescribe, y evitando con igual solicitud lo que prohibe. No olvidemos estas palabras de Rousseau : *Conservad vuestra alma en estado de desear que hay un Dios, y nunca dudaréis de él.*

7.° ¿Cuáles son los pecados opuestos á la fe? Son : 1.° la *infidelidad*; es el pecado de los gentiles y judíos, que se niegan á creer en la Religion; 2.° la *apostasía* ó renunciacion exterior de la Religion; es el pecado de los que abjuran públicamente la Religion, ó afectan no ser cristianos; 3.° la *herejía*; es el pecado de los que niegan con conocimiento de causa y tenacidad algunas de las verdades de la fe; 4.° la *duda* voluntaria; es el pecado de los que con deliberado propósito dudan de alguno de los artículos revelados por Dios y definidos por la Iglesia; 5.° la *ignorancia*; es el pecado de los que por descuido ignoran las verdades de la Religion que están obligados á saber [1].

Tal es, por consiguiente, la fe considerada en sí misma; es un tesoro tan precioso, un consuelo tan grande en los males de la vida, que debemos conservarla en el fondo de nuestras entrañas, y evitar con cuidado todas las ocasiones de perderla, y los libros y los hombres que siembran desconsoladoras doctrinas. Sírvanos en esto de ejemplo la conducta de nuestros padres. Durante la violenta persecucion que el cruel Hunnerico, príncipe arriano, suscitó contra los Católicos, personas de todas edades y condiciones se hicieron notar por su valor y su firmeza en la fe; pero ningun objeto de edificacion fue

[1] Pueden consultarse sobre los misterios, el gran *Tratado de la Religion* de Bergier, t. III, IV y IX, y el P. Crasset, sobre *la fe victoriosa.*

tan interesante como los doce monacillos, distinguidos entre los demás por su hermosa voz, y que seguian á los confesores que Hunnerico habia desterrado de África. Su talento hizo que los echasen de menos los enemigos de la Religion, que corrieron en pos de ellos para traerlos otra vez; pero los generosos niños no querian abandonar á sus santos maestros, se asian á sus vestidos, se dejaban dar de palos, y desafiaban las espadas desnudas con que les amenazaban. Los separaron, por fin, á la fuerza, y los volvieron á Cartago; pero no lograron seducir á uno solo con las caricias ni con los castigos de que sucesivamente se valieron. Mucho tiempo despues de la persecucion formaban aun el consuelo y la gloria de la iglesia de África, viviendo juntos en Cartago, comiendo y cantando juntos las alabanzas de Dios. Toda la provincia reverenciaba á los doce niños como á otros tantos apóstoles, que enseñaban á todos los fieles con el recuerdo de su invencible constancia, que el cristiano debe sacrificarlo y sufrirlo todo antes que faltar á su fe y separarse de sus verdaderos pastores.

Aquellos generosos niños no fueron los únicos que dieron muestras brillantes de su adhesion á la fe y á sus ministros. «El pueblo, «dice un historiador, siguió á los obispos y sacerdotes desterrados «con cirios en la mano, las madres llevaban á sus hijos en sus bra-«zos, y depositándolos á los piés de los confesores, les decian con «los ojos bañados en lágrimas: ¿Á quién nos dejais corriendo al mar-«tirio? ¿Quién bautizará nuestros hijos? ¿Quién nos dará la peni-«tencia? ¿Quién nos librará de nuestros pecados con el beneficio de «la reconciliacion? ¿Quién nos enterrará despues de la muerte? «¿Quién ofrecerá por nosotros el divino sacrificio? ¡Que no poda-«mos partir con vosotros[1]!» No es sorprendente que el pueblo de Cartago haya manifestado tan vivo pesar al ver que le arrebataban sus sacerdotes y sus obispos. Cuando se tiene religion y celo por el bien público, nada hay mas temible que la extincion de la fe y la privacion de los auxilios saludables que nos ofrece. ¿Estamos bien convencidos de ello?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que se dignó enseñarnos á aprovecharnos de los frutos

[1] **Historia eclesiástica.**

de su redencion; pues uniéndonos á este nuevo Adan por medio de la fe, de la caridad y de la santa Comunion; nos hacemos sus hijos y los herederos de sus virtudes y de su gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré con frecuencia actos de fe.*

LECCION XVIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Objeto de la fe.—Misterios en general.—Tres principales misterios.—Señal de la cruz.—Verdades que han de creerse en particular.—Exámen general sobre el Símbolo.—Ventajas y sublimidad del Símbolo.—Historia.—Explicacion circunstanciada del Símbolo.—Artículo primero : sus ventajas.—Artículo segundo : sus ventajas.

Despues de haber dado á conocer la fe en sí misma, réstanos demostrar cuál es su objeto, es decir, cuáles son las verdades que debemos creer.

La fe, que es la primera de las virtudes teologales, se llama con este nombre porque el mismo Dios es su objeto inmediato. Así pues, Dios, y todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, son el objeto de nuestra fe. Pero como entre estas verdades hay algunas superiores á nuestra razon, y que no podemos comprender, se las llama *misterios*. Preguntaréis quizás, ¿os parece racional creer misterios que no se comprenden? Es lo mismo que preguntar 1.° si Dios sabe mas que el hombre, y si puede obligarnos á creer verdades que exceden el alcance de nuestro entendimiento. Para cualquiera que sabe enlazar dos ideas, no es dudosa la respuesta á esta pregunta. Por otra parte, cuando creemos misterios bajo la palabra de Dios, propiamente hablando, no sometemos nuestra *razon*, sino únicamente nuestra *ignorancia*. Nos atenemos al mas vulgar buen sentido que nos dice que las pruebas positivas é invencibles de la Religion deben prevalecer sobre nuestra ignorancia, lo mismo que el astrónomo se atiene á su telescopio para conocer los mundos superiores que el ojo por sí solo no puede alcanzar.

Es lo mismo que preguntar 2.° si debemos creer en alguna cosa. En efecto, todo es misterio encima, debajo, dentro, fuera y en rededor de nosotros, y no comprendemos el *todo* de *nada*. Por ejemplo, ¿comprendeis cómo y por qué el fuego quema, el aire nos hace

vivir, y la luz alumbra? ¿Comprendeis cómo se multiplica el grano de trigo arrojado en la tierra, ó qué es lo que produce en los animales ese instinto maravilloso que los guia? Sin embargo, ¿os ha sucedido jamás, ni á un solo hombre, tener la menor duda sobre todos estos hechos? Los creeis, aunque como yo no los comprendais, ni los comprenda un sábio cualquiera. Pues si es así, hombre débil y altivo, que ni á tí mismo te comprendes, que ni aun comprendes el grano de arena que pisoteas, ¡tienes valor de tratar de no admitir sino lo que comprendes! Por todas partes hay misterios en la naturaleza; y añadimos que si no los hubiera en la Religion, esta seria falsa; porque si la Religion es verdadera, procede de Dios. Ahora bien, desde que Dios se digna revelarnos lo que es en sí mismo, lo que ha hecho y lo que quiere hacer por nosotros, es imposible que estas verdades no sean misterios. Un ser infinito no puede ser comprensible para un ser limitado, ni en su naturaleza, ni en sus decretos, ni en su conducta.

Los misterios del Cristianismo, como legítimo objeto de la fe de todo hombre racional, merecen todo su reconocimiento, pues sus beneficios son innumerables é incesantes tanto para la sociedad, como para el indivíduo. 1.° Han dado un freno para la vana curiosidad de nuestro espíritu, y han puesto al abrigo de su exámen y sus sofismas las verdades que sirven de fundamento á la razon como á la conducta. Dios, al obligarnos á creer ciertos dogmas, dice al espíritu del hombre como al mar: *Llegarás hasta aquí, pero aquí se estrellará tu orgullo* [1]. ¿Se dirá que es un mal el que Dios haya dado diques al océano? Así pues, al revelarnos el misterio de un solo Dios, infinito, incomprensible, criador y gobernador del universo, y al imponer la obligacion de creerle, el Cristianismo ha desterrado de la imaginacion de los pueblos la multitud de divinidades extrañas que se creian esparcidas por toda la naturaleza. Al proscribir, pues, la idolatría, ha cercenado los vanos terrores, las supersticiones y los crímenes que le eran inseparables, que la acompañan aun en el dia, y que están siempre prontos á renacer en los espíritus débiles.

2.° Los misterios del Cristianismo sirven de base á todas las virtudes. Es cierto que en las falsas religiones ha habido *misterios*; pero léjos de inclinar á los hombres á la virtud, servian de modelo y de alimento al crímen. Los del Cristianismo, por el contrario, excitan

[1] Iob, XXXVIII, 11.

á la virtud y fundan la moral, sugiriendo motivos de amor y de reconocimiento hácia Dios, de caridad hácia nuestros hermanos, y de vigilancia sobre nosotros mismos. Vamos á hacer palpable esta verdad poco conocida.

El augusto misterio de la santísima Trinidad es, por ejemplo, el primer objeto de la fe católica. Pues bien, nada hay mas propio para realzar nuestro espíritu que el conocimiento de este dogma fundamental, nada mas propio para inflamar nuestro corazon que las lecciones de sublime moral que de él se desprenden. Hay un Dios, y no hay mas que uno, que es infinito, eterno y todopoderoso; que ha criado y gobierna todo cuanto existe; y hay tres personas en Dios, que son: Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que son igualmente Dios, pero no forman mas que un solo Dios, no teniendo mas que una misma naturaleza y una misma divinidad. El Padre eterno, criador y moderador del mundo, no procede de nadie.

El Hijo, sabiduría eterna y esplendor de su Padre, procede del Padre solo; es el Hijo de Dios, segunda persona de la santísima Trinidad, y él únicamente se encarnó. En el Hijo de Dios hecho hombre, que se llama Jesucristo, hay dos naturalezas, la divina y la humana, y por consiguiente dos voluntades, la divina y la humana; pero no hay en él mas que una sola persona, la del Hijo de Dios; así como en cada uno de nosotros hay dos naturalezas, la corporal y la espiritual, el cuerpo y el alma, y sin embargo no somos mas que una sola persona. Jesucristo padeció en su cuerpo y en su alma, murió en una cruz para rescatarnos, su cuerpo fue amortajado y puesto en el sepulcro, resucitó al tercer dia por su propia virtud, y subió en triunfo al cielo, donde goza el mismo poder que el Padre y el Espíritu Santo, y de donde vendrá al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

El Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, amor sustancial del Padre y del Hijo, procede del uno y del otro. El Espíritu Santo no ha sido hecho ó criado, ni ha sido engendrado, y la fe nos dice únicamente que procede; es el santificador y la vida de nuestra alma, la cual sin él está en un estado de muerte; sin su gracia nada podemos hacer para nuestra salvacion, y no cesa de ayudar á la Iglesia.

Tal es la doctrina de la fe sobre el misterio de la adorable Trinidad y sobre las operaciones atribuidas á cada una de las tres perso-

nas. Comprended la importancia y las ventajas de este punto fundamental: quitad del Símbolo católico el dogma de la Trinidad, y se desmorona todo el edificio de la religion cristiana; pero no hay religion fuera del Cristianismo. Luego si la Religion es la base de la sociedad, es preciso deducir que el misterio de la adorable Trinidad, que es el fundamento de la Religion, es el eje del universo.

Y además este punto fundamental de nuestra creencia no se nos presenta como un artículo de fe puramente especulativo, sino como un objeto de admiracion, de amor y de reconocimiento, como el sublime modelo de la sublime caridad que debe reinar entre nosotros y debe llegar hasta la *unidad*. Tal es el deseo del Redentor: Que sean *uno* entre ellos, dice, como tres personas divinas son *uno* entre ellas [1]. En efecto, el misterio de la Trinidad nos muestra á Dios siempre de acuerdo consigo mismo, eternamente contento de su propia felicidad, y sin embargo siempre ocupado en nuestra dicha, de que forma el fin único de todos sus designios y de todas sus obras.

El Padre crió el mundo para su gloria y nuestra felicidad; y no hay una de sus innumerables criaturas que él no haya sometido á nuestro imperio y destinado á nuestros usos ó hasta á nuestros placeres. Despues de haberlo criado, lo conserva y lo rige por medio de las leyes de su suave providencia.

El Hijo, consustancial al Padre, tuvo á bien hacerse fianza del hombre culpable, para sustraerle al justo castigo que habia merecido, y restituirle la felicidad que habia perdido. Para esto se dignó revestirse de nuestra carne y nuestras flaquezas, habitar entre nosotros para servirnos de maestro y de modelo, y dió su vida por nosotros. ¡Oh prodigio de bondad! se da aun todos los dias bajo la forma de un alimento familiar, con objeto de unirse mas estrechamente con sus hermanos.

El Espíritu divino, amor esencial del Padre y del Hijo, despues de haber hablado á los hombres por medio de los Profetas, nos fue enviado para ilustrarnos é instruirnos; y comunicado por medio de los Sacramentos, obra en nosotros con su gracia y preside á la enseñanza de la Iglesia. Estas ideas no solamente son grandes y sublimes, sino afectuosas y consoladoras, y elevan el alma y la enternecen. Dios, á pesar de ser todo grande, se ha ocupado de mí desde la eternidad, y todo su ser, por decirlo así, se ha apropiado á

[1] Ioan. XVII.

mis usos. El hombre, aunque débil y pecador, es, por consiguiente, precioso á Dios, quien no solamente es mi Criador y Maestro, mi bienhechor y Padre en el órden de la naturaleza, sino tambien mi Salvador en el órden de la gracia, mi consolador en mis penas, el amigo íntimo é inseparable de mi alma, y mi recompensa eterna. Me prescribe la virtud, pero me ayuda á practicarla; me ha dado el ejemplo, y me muestra desde léjos el salario. ¿Y es de admirar que esta doctrina haya hecho Santos?

De estas ideas interesantes nacen los sentimientos de humanidad, caridad y fraternidad hácia nuestros semejantes. Á pesar del imperio de las pasiones, estos sentimientos brillan aun en el Cristianismo, y han hecho brotar esa multitud de instituciones útiles de que ninguna otra religion tiene ni siquiera idea. El impío [1] que preguntaba de qué sirven al mundo y á la sociedad civil el dogma de la Trinidad y los demás misterios del Cristianismo, daba prueba de muy poco juicio y reflexion [2].

Acabais de oir la explicacion no solamente del misterio de la santísima Trinidad, sino tambien del misterio de la Encarnacion y de la Redencion, triple fundamento del Cristianismo que es indispensable creer y saber distintamente para salvarse. Nuestro Señor, temiendo que alguno de sus hijos llegase á olvidarlos, estableció una señal de uso fácil y habitual que los repite todos los dias al sábio y al ignorante, al niño y al anciano; es la *señal de la cruz*, llamada con razon la señal del cristiano, porque nos distingue de los judíos, mahometanos é idólatras.

Todos sabemos que la señal de la cruz se puede hacer de dos modos. El primero, haciendo con el pulgar una cruz sobre la frente, la boca y el corazon; así es como la hace el sacerdote y como deben hacerla los fieles durante el augusto sacrificio de la misa cuando se lee el Evangelio. La frente es el sitio del pudor, y se ruboriza cuando experimenta confusion. Se imprime la señal de la cruz sobre la frente para anunciar que no nos ruborizamos de ser cristianos y de hacer sus obras. La boca es la que habla, y se imprime sobre ella la señal de la cruz para demostrar que estamos prontos á confesar la Religion. El corazon es el que quiere y ama, y se imprime sobre él la señal de la cruz para atestiguar que creemos sinceramente y

[1] Rousseau, *Cartas de la Montaña*, pág. 34.
[2] Bergier, t. IX, pág. 9.

amamos verdaderamente aquello de que hacemos profesion con la boca.

El segundo modo de hacer la señal de la cruz consiste en llevar, primero, la mano á la frente, en seguida sobre el pecho, de allí al hombro izquierdo, y finalmente al derecho, pronunciando estas palabras: *En el nombre del Padre*, etc. Con esto se da á entender que se cree y se adora las tres personas de la santísima Trinidad en la unidad de naturaleza; y la figura de la cruz que formamos sobre nosotros, pronunciando estas palabras, es una muestra de que creemos que el Hijo de Dios se hizo hombre, que murió en una cruz para rescatarnos, que somos uno de sus discípulos, y que renovamos la obligacion contraida en el Bautismo de servirle con amor y fidelidad. Por eso debemos acompañar siempre esta señal de gran respeto, recogimiento y confianza.

En efecto, la señal de la cruz es omnipotente para alejar al demonio, nuestro enemigo capital, y para atraernos la proteccion de Dios. El demonio fue vencido por la cruz, y aterróse á la vista de este signo. El ángel rebelde corrompió todas las criaturas haciendo de ellas otros tantos lazos para el hombre degenerado, y esta es la razon por que la Iglesia hace la señal de la cruz sobre todo lo que quiere purificar y emplear para sus usos. Este leon rugiente vaga sin cesar en torno nuestro, y hé aquí por qué los primeros cristianos hacian con tanta frecuencia la señal de la cruz: «Hacemos sobre nosotros la «señal de la cruz andando y parados, dice Tertuliano, al entrar y «al salir, al ponernos nuestros vestidos y nuestro calzado, al levan«tarnos, á la hora de comer, durante el dia y por la noche [1].» Nada hay mas profundamente filosófico que este uso. Instruidos por el ejemplo de nuestros padres, debemos, pues, renovar con frecuencia la señal de la cruz, especialmente al levantarnos y al acostarnos, antes de nuestras principales acciones, y en los peligros y tentaciones.

Al trazar con devocion la señal de la cruz sobre nosotros mismos nos hacemos inviolables á los ataques del espíritu corruptor, ó reparamos las brechas que ha hecho en nuestra alma, restableciendo la imágen de la santísima Trinidad á cuya semejanza hemos sido criados. Al formarla sobre las criaturas arrojamos las malignas influencias del demonio, influencias igualmente peligrosas á la salud

[1] *Corona del soldado*, c. 3.

de nuestra alma y de nuestro cuerpo, y que debemos temer especialmente cuando entramos en comunicacion íntima con las criaturas. De aquí este hecho inexplicable de otro modo, á saber, que todos los pueblos, hasta los gentiles, instruidos por la tradicion, nunca han dejado de hacer oraciones sobre las criaturas en el momento de ponerse en relacion inmediata con ellas por medio de la comida. Así pues, no solamente el reconocimiento hácia el Diós que provee nuestro sustento, sino tambien un conocimiento íntimo de la naturaleza degenerada, nos imponen como un deber la señal de la cruz antes y despues de comer.

Los Apóstoles nos enseñaron la señal de la cruz, y á estos el mismo Jesucristo; así lo atestigua una tradicion constante. Esta señal se ha usado siempre desde los primeros siglos en todas las iglesias del mundo [1]; no debe causar, pues, asombro cuando sepamos el poder maravilloso que ha tenido á bien darle el Salvador. Es cierto que la señal de la cruz, hecha con fe y devocion, tiene el poder de arrojar los demonios y obrar milagros; los escritos de los Padres de la Iglesia no dejan sobre esto la menor duda. Hé aquí algunos de sus testimonios. Lactancio [2] cuenta que estando en Oriente el emperador Maximiliano trataba de saber lo por venir, para lo cual hacia inmolar víctimas, y examinaba sus entrañas para encontrar en ellas indicios de las cosas futuras. Un dia que se entregaba á esta superstición diabólica, algunos soldados cristianos que se hallaban presentes hicieron sobre su frente la señal inmortal de la cruz, y los demonios emprendieron al instante la fuga, y quedó sin resultado el sacrificio. Los sacerdotes de los ídolos temblaron, y no pudieron descubrir en las entrañas de las víctimas las señales acostumbradas, y aunque inmolaron otras, siempre fue sin ningun éxito.

San Gregorio Nazianceno cuenta el hecho siguiente en su discurso contra Juliano el Apóstata: Juliano bajaba un dia á un santuario subterráneo inaccesible á la multitud, y en el cual se temia penetrar. Iba acompañado de un mágico famoso; apenas entró el Emperador,

[1] Véase á Tertuliano citado anteriormente; á Lactancio, *Institut. div.* libro IV, c. 26; á san Basilio, *del Espíritu Santo*, c. 25; á san Gregorio de Nisa, *Vida de san Gregorio el Taumaturgo*, t. II, pág. 980; á san Crisóstomo, *Homil. LV sobre san Mateo;* á san Agustin, *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 8; á san Ignacio mártir, *Epístola á los filipenses.*

[2] *De la muerte de los perseguidores*, c. 10.

quedó llenó de terror; oyéronse gritos desconocidos y espantosos, una negra humareda invadió el santuario, y se presentaron ante él espectros de fuego. Asombrado de un espectáculo tan nuevo para él, pues era ya de edad madura cuando abrazó la idolatría, recurrió á la señal de la cruz, sirviéndose contra su pavor del arma omnipotente que hubiera querido hacer pedazos. La señal de la cruz mostró su virtud; los demonios huyeron, y se desvaneció el terror de Juliano. Mas hé aquí un nuevo milagro; quiso continuar las sacrílegas supersticiones, y se despertó otra vez su terror y volvieron á aparecer los mónstruos infernales. Hizo nuevamente la señal de la cruz, y los demonios espantados se apresuraron á huir segunda vez.

La señal adorable de nuestra redencion tiene una virtud todopoderosa, no solamente para arrojar los demonios, sino tambien para curar las enfermedades y preservar de los peligros que amenazan á nuestro cuerpo. Los Padres de la Iglesia nos dan de ello las pruebas mas auténticas. Un hombre en quien no se sospechará credulidad ó debilidad de espíritu, san Agustin, cuenta que una mujer de Cartago, llamada Inocencia, tenia un cáncer que los médicos habian declarado incurable. Así me lo habia dicho formalmente, continúa el santo Doctor, el médico que la cuidaba y que era íntimo amigo de mi familia. Desesperada de los hombres, aquella mujer puso toda su confianza en Dios, y el Señor se dignó recompensar sus oraciones y su fe. Advirtióla en sueños que se presentase en la iglesia la víspera de Pascua, que fuera al bautisterio de las mujeres, y suplicase á la primera que se bautizase que le hiciera sobre su mal la señal de la cruz. Obedeció, y fue al punto curada. Cuando volvió el médico á visitarla, la halló en perfecta salud, y con un asombro superior á toda expresion la suplicó que le dijese cuál era el remedio que habia empleado. Ella le contó el caso con sumo candor. Creia, le dijo el médico, que íbais á decirme alguna cosa extraordinaria. Y añadió un momento despues: ¿Qué hay que asombre en que el Cristo haya curado un cáncer, despues de haber resucitado á un muerto de cuatro dias [1]?

Se lee en la vida de san Benito que resolvieron matarle unos malvados, cuyo orgullo y cuyos vicios no podian tolerar la virtud y la santa firmeza del siervo de Dios, y que con este objeto pusieron veneno en el vino, y le presentaron un vaso para que bebiese. Fiel á

[1] *Ciudad de Dios*, lib. XXIII, c. 8.

la práctica de todos los verdaderos cristianos, que nunca toman su alimento sin bendecirlo y dar gracias [1], Benito hizo la señal de la cruz sobre el vaso, el cual saltó en pedazos.

San Antonio, retirado en el desierto, sufria con frecuencia de parte de los demonios los mas rudos ataques. Estos espíritus maléficos se le aparecian algunas veces bajo mil formas espantosas; pero el Santo se reia de su impotencia; y para ponerlos en fuga se contentaba con hacer la señal de la cruz. Al enseñar á sus discípulos los medios mas eficaces para rechazar las tentaciones del demonio, les decia : Creedme, Satanás teme las oraciones, los ayunos, la pobreza voluntaria, la misericordia y la humildad, pero sobre todo el ardiente amor hácia Jesucristo. Tan solo la señal de la cruz basta para desarmarle y ahuyentarle.

Nada mas fácil que el multiplicar los ejemplos de la eficacia de la señal de la cruz; pero los que acabamos de citar bastan para reanimar nuestra fe é inspirarnos el mas profundo respeto hácia la señal augusta de nuestra salvacion. ¡Desgraciado el cristiano que la hace mal! ¡Baldon para el que se avergüenza de hacerla [2]!

En una reunion bastante numerosa una persona no se atrevió á hacer la señal de la cruz en presencia de un extraño antes de una accion en que acostumbra hacerse. Un sacerdote lleno de celo que lo advirtió hizo que se avergonzase de su cobardía y de su poco amor hácia Jesucristo. ¡Cómo! le dijo, Jesucristo no se avergonzó de morir en la cruz para rescatarle á V., ¿y se avergüenza V. de formar

[1] Porro, cum in mensa sederis, coeperisque frangere panem, ipso ter consignato signo crucis... gratias age. *(Athan. de virginitate... n. 13).*

[2] Ne ergo Christi crucem erubescamus, sed si quis alius abscondat, tu palam ad frontem obsignato, ut daemones regium signum intuentes, tremuli procul aufugiant. Signo autem isto utere, tum edens ac bibens, tum sedens ac cubans, de lecto surgens, loquens, ambulans, et ut semel dicam, in omni negotio... Non pudeat igitur nos crucifixum confiteri, sed in fronte confidenter signaculum crucis digitis imprimatur, et in aliis omnibus crux fiat : in panibus comedendis, et in poculis bibendis, et in egressu et ingressu, ante somnum, recumbendo et surgendo, eundo et quiescendo. Magna haec custodia, quae propter pauperes gratis datur : sine labore propter infirmos, cum à Deo sit haec gratia signum fidelium, et timor daemonum : triumphavit enim de illis in hoc signo. Ostenta illud audacter, quando enim viderint crucem recordantur Crucifixi. Metuum enim qui contrivit capita draconis. Neque propterea quod est gratuitum condemnas hoc signaculum ; sed ideo magis venerare benefactorem. *(Cyril. Hieros. catech. IV, n. 10 et 18).*

sobre sí la señal augusta de su redencion? Cuidado que si V. se avergüenza de Jesucristo delante de los hombres, no se avergüence él de V. delante de su Padre.

Además de los tres grandes misterios de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Redencion, hay otras verdades de que debemos tener una nocion particular y una fe explícita, tales como la inmortalidad de nuestra alma y la eternidad de los premios y castigos. El objeto de la fe comprende tambien todas las verdades reveladas por Dios y definidas por la Iglesia, aunque su nocion clara y distinta no sea tan rigurosamente necesaria como la de los dogmas de que acabamos de hablar. Todas estas verdades, y todas las que estamos obligados á creer y saber en particular, se hallan contenidas, al menos en sustancia, en el Símbolo de los Apóstoles que vamos á explicar.

Durante los cuarenta dias que pasó Nuestro Señor en la tierra con sus Apóstoles despues de su resurreccion, les enseñó á fondo los medios con los cuales los hombres debian unirse á él para participar de su redencion. No se contentó con decirles en general: El que crea se salvará, sino que les enseñó lo que debe creerse, y les encargó que lo anunciasen á todas las naciones. Dóciles los Apóstoles al mandato de su divino Maestro, compusieron un resúmen de su doctrina, llamado por esta razon el *Símbolo de los Apóstoles*. Lo redactaron antes de separarse, y se lo llevó cada cual á su mision particular, para que todos los Cristianos no tuviesen mas que una misma creencia, y supiesen desde luego las verdades fundamentales de la Religion [1].

[1] Hé aquí lo que dice Rufino en su explicacion del Símbolo que se halla entre las obras de san Cipriano: «Symbolum dici potest et indicium et collatio, «hoc est quod plures in unum conferunt. Id enim Apostoli fecerunt in his ser«monibus, in unum conferendo quod unusquisque senserit: indicium autem «per quod agnosceretur ille qui Christum vere secundum apostolicas regulas «praedicaret. Proinde discessuri ad praedicandum, istud unanimitatis et fidei «suae indicium posuerunt, ut si quis occurreret forte de quo dubitaretur, in«terrogatus symbolum agnosceretur an esset hostis an socius: quemadmodum «symbola quaedam vel secreta verborum signa militibus ad eos dignoscendos «traduntur.»

Similia apud Maximum Taurinensem in homil. *de traditione ac expositione Symboli.*

Sobre la necesidad del Símbolo, santo Tomás se explica así: «Necessarium «fuit fidei, veritatem in unum colligi, ut facilius posset omnibus proponi, ne «aliquis per ignorantiam fidei à veritate deficeret. Et ab huiusmodi sententia-

Así pues, á decir verdad, no hay en la Iglesia mas que un solo Símbolo, el de los Apóstoles, aunque se cuenten cuatro: el Símbolo de los *Apóstoles* que vamos á explicar; el Símbolo de *Nicea*, que es el mismo de los Apóstoles, al cual añadió el concilio de Nicea celebrado en 325 algunas explicaciones para confundir á los Arrianos que negaban la divinidad de Nuestro Señor. Por ejemplo, en el artículo 2.° el Concilio dice: «Creemos en un solo Señor Jesu-«cristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, Dios de Dios, «luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no «hecho, y consustancial al Padre, por quien todo fue hecho.» El Símbolo de *Constantinopla*, que solo es tambien el de los Apóstoles, desenvuelto contra los Macedonianos que negaban el Espíritu Santo, por el Concilio celebrado en 381, que dice en el artículo 9.°: «Cree-«mos tambien en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que es ado-«rado y glorificado con el Padre y el Hijo.» Las palabras: Que procede del Padre y del Hijo fueron puestas por la Iglesia contra los errores de los griegos relativos á la procedencia del Espíritu Santo; y lo mismo sucede con estas palabras: Criador de las cosas visibles é invisibles, opuestas á los errores de los Maniqueos. Pero en todo esto no hay adicion, sino una explicacion. Finalmente, el Símbolo de *san Atanasio*, resúmen de la doctrina de este gran defensor de la Iglesia, y que explica admirablemente los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion.

El Símbolo, compuesto de doce artículos, puede dividirse, segun algunos doctores, en tres partes: La *primera* nos enseña lo que debemos creer del Padre; la *segunda*, lo que debemos creer del Hijo, y la *tercera*, lo que debemos creer del Espíritu Santo. La obra de la creacion se atribuye al Padre: *Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*. La obra de la redencion se atribuye al Hijo: *Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor*, etc. La obra

«rum fidei collectione nomen symboli est acceptum... Veritas fidei in sacra «Scriptura diffuse continetur et variis modis et in quibusdam obscure; ita quod «ad eliciendum fidei veritatem ex sacra Scriptura requiratur longum studium «et exercitium, ad quod non possunt pervenire omnes illi quibus necessarium «est cognoscere fidei veritatem, quorum plerique aliis negotiis occupati, studio «vacare non possunt, et ideo necessarium fuit ut ex sententiis sacrae Scrip-«turae aliquid manifestum summarie colligeretur, quod quidem non est addi-«tum sacrae Scripturae; sed potius ex sacra Scriptura sumptum.» (*Quaest.* 1 *de Fide*, art. 9).

de la santificacion se atribuye al Espíritu Santo : *Creo en el Espíritu Santo, en la santa madre Iglesia*, etc. Aunque se atribuya al Padre la obra de la creacion, al Hijo la de la redencion, y al Espíritu Santo la de la santificacion, estas obras son, sin embargo, comunes á las tres personas.

Segun otros teólogos, el Símbolo se divide solamente en dos partes : la una, compuesta de los ocho primeros artículos, nos enseña á conocer á *Dios, nuestro Padre*, y la otra, compuesta de los cuatro últimos, nos enseña á conocer á la *Iglesia, nuestra madre.*

El Símbolo no solamente nos da de Dios y de la Iglesia esa nocion clara y sublime que eleva á tanta altura la inteligencia de los pueblos cristianos, sino que nos instruye además sobre el hombre y sobre el mundo con una precision que será la desesperacion eterna de todos los forjadores de sistemas. En efecto, el Símbolo nos enseña, *sobre el hombre*, que fue criado de Dios, que es libre en sus acciones, y, por consiguiente, que tiene un alma espiritual ; que pecó ; que Dios lo rescató ; que vendrá á pedirle al fin de los siglos cuenta exacta de los medios que le dió de aprovecharse de su redencion ; que nos unen lazos sagrados de caridad, y no hacen de todos los Cristianos mas que los miembros de un mismo cuerpo ; que todos tenemos los medios de conservar nuestra union con el segundo Adan y con nuestros hermanos, ó de restablecerla si llega á romperla el pecado, y que todos resucitarémos para vivir eternamente felices ó desgraciados segun nuestras obras.

El Símbolo nos enseña, *sobre el mundo*, que fue criado por Dios, que está regido por una Providencia universal, suave é infalible, y que tendrá un fin.

Para apreciar todo lo que hay de sublime en la sencillez del Símbolo católico, adviértase como traza á largos rasgos la historia del hombre y del mundo ; adviértase además que cada uno de sus artículos reduce á polvo una multitud de sistemas absurdos, soñados por los filósofos gentiles, sobre Dios, el hombre y el mundo, y renovados con tan poca vergüenza por los filósofos modernos ; y finalmente que cada palabra es un rayo de luz que desvanece una parte de las tinieblas en que la razon estaba envuelta desde el pecado original, y la reunion de todos estos rayos luminosos forma el sol de la verdad, ante el cual desaparecen todos los errores, como las sombras de la noche ante el astro del dia. Preguntamos á todo hombre

de buena fe: ¿es posible hallar nada mas venerable, mas útil, mas sublime y mas consolador que el Símbolo católico? Á él debe el mundo moderno sus creencias, sus luces y sus costumbres. ¡Dígase ahora que los misterios son inútiles, ó que repugnan á la razon!

La verdad del Símbolo católico se da á conocer de tal modo, que, cuando nuestros padres en la fe la oponian á los errores gentílicos, los jueces confundidos ni aun trataban de responder, y se contentaban con emplear la lógica de los tiranos: su boca pronunciaba una sentencia de muerte. Un niño de siete años fue citado ante el magistrado Asclepíades, perseguidor de los Cristianos: «¿Quién eres? le «preguntó el juez.—Soy cristiano católico;» y el niño le recitó el Símbolo y todo lo demás que habia aprendido en el Catecismo. Esta ingénua profesion de fe irritó al tirano; sin embargo, moderando exteriormente su furor mandó llamar á la virtuosa madre del tierno héroe, y azotaron en su presencia al niño con tal crueldad que pronto quedó bañado en sangre. Tan horrible espectáculo hizo verter lágrimas á todos los circunstantes. Mientras despedazaban su cuerpo, aquel niño de bendicion confesaba á Jesucristo, á quien su digna madre ofrecia el sacrificio de su hijo con una constancia que admiraba á los gentiles. El tierno mártir miró con ternura á su piadosa madre, y le dijo: «Tengo mucha sed;» y ella le respondió: «Hijo «mio, ten un poco mas de paciencia y llegarás bien pronto á la fuente «de la vida, y Jesucristo te dará para beber un agua viva que te «apagará la sed para siempre.» Fuera de sí de cólera al ver la firmeza heróica del niño y de la madre, Asclepíades mandó que cortasen la cabeza al jóven atleta que no habia podido vencer. Su madre lo tomó en sus brazos, y le dió un último beso que fue tan tierno como religioso, y devolviéndolo al verdugo, dijo estas palabras del Profeta: ¡*La muerte de sus Santos es preciosa delante del Señor* [1]!

No basta admirar el Símbolo, es preciso entenderlo: vamos, pues, á explicar sus diferentes artículos. En primer lugar, las verdades contenidas en el Símbolo se llaman artículos, segun una comparacion empleada con frecuencia por los Padres. Así como los miembros del cuerpo se separan y distinguen por medio de *articulaciones*, del mismo modo se ha dado con mucha exactitud y razon el nombre de *artículos* á las verdades que debemos creer en particular y de un modo distinto en la confesion de la fe.

[1] Prudencio.

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra. Lo que hemos dicho de la obra de la creacion en la parte I del Catecismo, nos dispensa de extendernos largamente sobre este artículo. Hé aquí su sentido:

Creo. Creer no es lo mismo que pensar, imaginar ó concebir una opinion; creer, en este paraje, quiere decir: Tengo por verdadero, por realmente cierto lo que se contiene en el Símbolo que estoy pronto á firmar con mi sangre. La palabra *creer* se sobrentiende y debe ponerse con el pensamiento delante de cada artículo del Símbolo.

En Dios, y no *en los dioses.* Esta sola palabra, con la cual profesamos la unidad de Dios, ha pulverizado la idolatría y cambiado la faz del universo. *En Dios;* creer en Dios es creer lo que enseña, y que existe; pero es tambien confiar en él plenamente sin exámen y sin duda, y tender á él como al soberano bien con todo el poder del alma [1]. Este principio del Símbolo nos da á conocer cuál es la excelencia de la filosofía cristiana que nos eleva desde luego á la mas alta de todas las verdades, para hacernos con ella contemplar todas las demás. Es muy diferente de la filosofía del siglo que, sostenida únicamente por la luz natural, no se eleva sino paulatinamente con el auxilio de los efectos y de las cosas sensibles, y solo despues de largos trabajos llega á reconocer al Autor de todo lo que existe. Sin embargo el conocimiento que la fe nos da es mucho mas pronto, mas cierto y mas puro que si procediera de los argumentos de la ciencia humana [2].

[1] De apostolis possumus dicere: credimus Paulo, sed non credimus in Paulum; credimus Petro, sed non credimus in Petrum... quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire, et eius membris incorporari. (*S. Aug. In Ioan.* Tract. XXIX, n. 6).

[2] Necessarium est homini accipere per modum fidei non solum ea quae sunt supra rationem, sed etiam ea quae per rationem cognosci possunt: et hoc propter tria. *Primo* quidem, ut citius homo ad veritatis divinae cognitionem perveniat; scientia enim ad quam pertinet probare Deum esse et alia huiusmodi de Deo, ultimo hominibus addiscenda proponitur praesuppositis multis aliis scientiis. Et sic nonnisi post multum tempus vitae suae homo ad Dei cognitionem perveniret. *Secundo,* ut cognitio Dei sit communior: multi enim in studio scientiae proficere non possunt; vel propter hebetudinem ingenii, vel propter alias occupationes et necessitates temporalis vitae, vel etiam propter torporem addiscendi; qui omnino Dei cognitione fraudarentur, nisi proponeretur eis divina per modum fidei. *Tertio,* propter certitudinem. Ratio enim humana in rebus divinis est multum deficiens, cuius signum est quia philosophi de rebus humanis

Padre. Damos á Dios el nombre de Padre, por tres razones: La primera, porque es Padre de todas las criaturas, no por naturaleza ni por adopcion, sino por creacion, y que su poder y su providencia admirable se extienden á todo. *¿No es el Señor vuestro Padre,* nos dice la Escritura, *y vuestro Soberano que os hizo y os sacó de la nada? ¿No es él vuestro único Padre* [1]? La segunda, porque es Padre de todos los justos, no por naturaleza, sino por adopcion. *No hemos recibido el espíritu de servidumbre*, dice el Apóstol, *para vivir en el temor como esclavos, sino el espíritu de adopcion de los hijos de Dios, por el cual clamamos: ¡Padre mio, Padre mio* [2]*! Dios*, en efecto, dice san Juan, *nos ha manifestado tal amor, que somos llamados, y lo somos realmente, los hijos de Dios. Y si hijos, tambien herederos; herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, que es el primogénito de muchos hermanos, y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos* [3]. La tercera, porque es el principio sin principio, y que desde toda la eternidad engendra á su Hijo, el Verbo divino, por quien todo fue hecho.

Sin embargo, cuando decimos que el Padre es la primera persona, no ha de creerse que reconocemos en la Trinidad algo de primero y de último, de mayor ó de menor. ¡No permita Dios que semejante impiedad penetre en la mente de los fieles! La religion cristiana enseña que la misma eternidad, el mismo poder y la misma majestad corresponden á las tres Personas, y que no hay entre ellas diferencia ni desigualdad alguna. Toda la distincion que se conoce en ellas procede de sus propiedades respectivas: el Padre no es engendrado, el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del uno y del otro. Hé aquí como confesamos y adoramos la unidad en la esencia divina, la distincion en las personas, y la igualdad en la Trinidad.

Todopoderoso. Entendemos por esta palabra que no hay nada, que es imposible imaginar nada que sobrepuje el poder de Dios. No solamente puede hacer todo lo mas difícil que es capaz de concebir la imaginacion, como hacer que vuelva el mundo á la nada, ó criar en

naturali investigatione perscrutantes in multis erraverunt et sibi ipsis contraria senserunt. Ut ergo esset indubitata et certa cognitio apud homines de Deo, oportuit quod divina eis per modum fidei traderentur, quasi à Deo dicta qui mentiri non potest. (*D. Thom.* Quaest. 11 *de actu fidei*, art. 4).

[1] Deut. XXXII, 6; Malach. II, 10.

[2] Rom. VIII, 15.

[3] I Ioan. III, 1; Rom. VIII, 17; Hebr. II, 11.

un instante otros varios mundos, sino que su poder se extiende tambien á cosas infinitamente mas elevadas, cuya posibilidad ni siquiera podria sospechar la razon humana. No obstante, aunque todopoderoso, Dios no puede mentir, ni dejar de ser, ni engañar, ni ser engañado, ni pecar, ni ignorar nada; cosas estas que solo pertenecen á los seres imperfectos. Así pues, al mismo tiempo que reconocemos la omnipotencia de Dios, creemos que se halla enteramente exento de todo lo que no está en armonía con su naturaleza infinitamente perfecta.

Hagamos aquí una advertencia importante: no deja de haber razones muy sábias para que el Símbolo principie proponiéndonos la omnipotencia de Dios como el objeto de nuestra fe. Los Apóstoles quisieron con esto que no tuviésemos ningun trabajo en creer las maravillas de la naturaleza, ni las de la gracia, cuyo abreviado relato contienen los artículos siguientes. En efecto, luego que creemos que Dios es todopoderoso, confesamos, por consiguiente, que tiene el conocimiento de todas las cosas y que todo está sometido á su voluntad. Desde entonces, por grande y elevado que sea lo que se nos proponga para creer, la razon humana dará su asentimiento sin esfuerzo para admitirlo. ¿Se trata de bienes que esperar? Nunca su grandiosidad hará vacilar la confianza del alma, y por el contrario sentirémos que nuestros deseos y esperanzas se fortalecerán con este pensamiento que es preciso recordar con frecuencia: Nada es imposible á un Dios omnipotente. Tengamos, pues, cuidado de fortificar nuestra fe con la omnipotencia de nuestro Padre, cuando en utilidad del prójimo tengamos que hacer alguna cosa difícil, ó deseemos obtener algo por medio de la oracion.

El mismo Salvador nos dice estas admirables palabras para animar nuestro valor: *Si tuviéreis fe cuanto un grano de mostaza, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible* [1]. Y para excitar nuestra confianza en la oracion, nos dice por boca del apóstol Santiago: *Pero pídala con fe, sin dudar en nada; porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá. Y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor* [2].

Las demás ventajas de esta fe en la omnipotencia de Dios son:

[1] Matth. XVII, 19.
[2] Iacob. I, 6.

1.° humillar nuestro orgullo é inclinarnos á la humildad haciéndonos conocer nuestra flaqueza. Así es como todo, hasta una palabra, tiende en la Religion á curar al hombre de las consecuencias del pecado, y á hacerle conforme al segundo Adan. 2.° Hacernos temer á Dios. *Mas yo os mostraré á quién habeis de temer*, nos dice el Salvador; *temed á aquel, que despues de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo, á este temed* [1]. 3.° Recordarnos la inmensidad de los beneficios de Nuestro Señor para con nosotros. Cualquiera que piensa en la omnipotencia de Dios, seria en el mas alto grado ingrato si no exclamara con frecuencia: *Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso* [2].

Criador. Esta palabra significa que Dios ha hecho todas las cosas de la nada, y que puede aniquilarlas. Los Ángeles, los hombres, y hasta los demonios pueden hacer y deshacer ciertas cosas; pero no pueden hacerlas sin alguna materia preexistente, ni deshacerlas sino para reducirlas á alguna otra cosa. Así pues, un albañil no puede hacer una casa de nada, pues necesita piedras, cal y madera, ni destruirla de modo que la aniquile, sino simplemente reducirla á piedras, polvo y madera. Solo Dios es llamado criador, y lo es realmente, porque solo él no necesita materia para hacer sus obras.

Criador. Esta palabra no designa solamente al Padre, porque la obra de la creacion es comun á las tres personas de la santa é indivisible Trinidad. En efecto, si en el Símbolo aprendemos que el Padre crió el cielo y la tierra, leemos del Hijo en la Escritura: *Todas las cosas fueron hechas por él* [3]; y del Espíritu Santo: *El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas* [4]: *Los cielos han sido asegurados por la palabra del Señor*, dice el Salmista, *y toda su belleza es el efecto del soplo de su boca* [5].

Del cielo y de la tierra. Con estas palabras se entiende no solamente el cielo y la tierra, sino todo lo que encierran: los minerales, los vegetales, los animales, el hombre, los Ángeles y todas las criaturas visibles é invisibles. Se contenta con decir *Criador del cielo y de la tierra*, porque el cielo y la tierra son las dos principales partes

[1] Luc. XII, 5.
[2] Ibid. I, 49.
[3] Ioan. I, 3.
[4] Genes. I.
[5] Psalm. IX.

del mundo : la una superior donde habitan los Ángeles, y la otra inferior donde habitan los hombres. Ahora bien, los Ángeles y los hombres son las mas nobles de las criaturas, á quienes obedecen y se refieren todas las demás, como los Ángeles y los mismos hombres están obligados á obedecer y referirse á Dios.

Tal es la explicacion sencilla y literal del primer artículo de nuestra fe. Tal vez no sospechais todo lo que de profundo encierra. Pues bien, estas luminosas palabras : *Creo en un solo Dios, criador y conservador de todo el universo*, que resplandecen al frente del Símbolo católico, son en el mundo de los espíritus lo que el sol en el mundo de los cuerpos.

Naciones de Europa, sabedlo bien, á este primer artículo sois deudoras de vuestras luces y de vuestra superioridad. Decidme sino, ¿quién ha desvanecido aquella nube de divinidades absurdas que recibian el incienso de los gentiles degradados en los treinta mil altares de la Roma de los Césares? ¿Quién os libertó del dogma bárbaro de la fatalidad, que sometiendo á los filósofos de Grecia y de Italia bajo el cetro de hierro de un ciego destino, ahogaba en ellos el sentimiento de la libertad moral, y les condenaba á la insensibilidad estóica, ó á los horrores de la desesperacion?

Y vosotros, sábios modernos, justamente orgullosos de vuestros descubrimientos, decidme tambien, ¿quién libertó la ciencia de la naturaleza de las innumerables cosmogonías de la Grecia y de la India antigua? ¿Quién dió fin á esas vacilaciones eternas sobre el orígen de las cosas, en las cuales se consumió por tanto tiempo y tan en vano el fuego sagrado del genio? Recorred con la historia en la mano la cadena de los siglos, y veréis que la ciencia se emancipó el dia en que por primera vez resonó en el mundo el Símbolo católico. Su primera palabra es el pedestal de la ciencia de la naturaleza, así como de la ciencia de Dios. Y para que no lo olvideis, recordád que el siglo pasado no cayó en los errores que os dan compasion sino por haber querido hacer pedazos esta base necesaria, este punto de partida de todas las investigaciones.

Y á vosotros, hombres, cualesquiera que seais, que padeceis y gemís en la tierra, ¿qué os diré? ¿Á quién debeis el dogma consolador de una Providencia maternal, atenta á vuestros deseos y sensible á todos vuestros infortunios? ¿Quién restableció para vosotros en la lengua humana esta palabra tan dulce : esperanza? ¿Quién,

sino el primer artículo del Símbolo católico? Si lo dudais, recordad los pueblos gentiles de la antigüedad, y ved las poblaciones idólatras de los siglos modernos. Álcese, pues, un concierto unánime de bendiciones de entre los pueblos cristianos hácia el Criador y Padre que revelándose á ellos se dignó proporcionarles tan grandes bienes. Honra para el corazon fiel al Símbolo católico; baldon para el que se avergüenza de él; desgraciado el que lo desdeña, anatema al que lo ataca.

El artículo segundo del Símbolo está concebido así: *Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor.* Decimos: Creo en Jesucristo, como decimos: Creo en Dios Padre; porque el Hijo de Dios, Jesucristo, es Dios como el Padre. Así pues, no nos hemos de contentar con tener por cierto lo que la fe nos enseña sobre Jesucristo, sino que hemos de acompañar esta conviccion con sentimientos piadosos, y es preciso que nuestro corazon se aficione á Dios, se complazca en él, y corresponda al amor que nos ha manifestado. De este modo la fe, animada por la caridad, unirá nuestro espíritu al espíritu del segundo Adan, nos hará vivir con su vida, y participar de los frutos de su redencion.

En Jesucristo. La palabra *Jesús* quiere decir Salvador, nombre que no se dió por casualidad, ni por el juicio y la voluntad de los hombres, al Verbo hecho carne, sino por mandato y disposicion del mismo Dios; porque el Ángel, al anunciar á María que seria Madre de Dios, le dice estas palabras: *Hé aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús* [1].

Es verdad que varios llevaron este nombre en la Escritura, porque eran las figuras del verdadero Salvador; pero ningun otro mas que Jesucristo lo realizó en toda su extension; él y únicamente él salvó al mundo del pecado, del demonio y de la muerte eterna. El nombre de Jesús, pronunciado con fe viva, tiene la virtud de hacer inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de nuestra salvacion, y ha de estar con frecuencia en nuestros labios y constantemente en nuestro corazon.

El nombre de *Cristo*, añadido al de Jesús, significa ungido ó consagrado. Era una ley y costumbre entre los hebreos consagrar con el óleo santo á los Reyes, Sacerdotes y Profetas, y por esto se les lla-

[1] Luc. I, 31. — Acerca del respeto debido al nombre de Jesús, véase la *Fiesta de la Circuncision*, t. VIII.

maba los cristos ó ungidos del Señor. Esta consagracion era el símbolo de la gracia particular que Dios les comunicaba para ejercer dignamente sus funciones. El ministerio de los Sacerdotes tiene por objeto encomendar el pueblo á Dios por medio de asiduas oraciones, ofrecer sacrificios y hacerse mediadores entre Dios y los hombres; los Reyes están encargados de gobernar los pueblos, establecer y hacer observar las leyes, proteger la vida de los inocentes y castigar los crímenes de los malvados; y como estos dos ministerios parecen representar en la tierra cierta cosa de la majestad de Dios, los que se escogian para el trono y el sacerdocio debian ser ungidos ó consagrados por el óleo santo [1]. Tambien se acostumbraba dar la uncion á los Profetas, porque eran los intérpretes del Dios inmortal y sus embajadores, encargados de corregir las costumbres y de anunciar el porvenir. Ahora bien, nadie merecia mejor el nombre de *Cristo* que Nuestro Señor, porque es á un tiempo Rey, Sacerdote y Profeta, y la uncion con que está consagrado no es una simple participacion de la gracia divina, sino la divinidad misma que mora en él.

En primer lugar es Rey, no solamente como Dios, sino como hombre revestido de nuestra naturaleza; y bajo esta cualidad le hizo anunciar su Padre al mundo: *Y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino* [2]. Le dió todo poder en el cielo y en la tierra, y el mismo Salvador destrozó el imperio del demonio, que era la idolatría, salvó á los elegidos, é hizo la conquista del linaje humano, rescatando á todos los hombres al derramar su preciosa sangre. Que quieran ó no, que lo sepan ó lo ignoren, él es el que reina aun en las naciones; su reinado es espiritual y eterno, y principiado en la tierra, será consumado en el cielo.

En segundo lugar es Sacerdote. En efecto, ofreció un sacrificio al cual ningun otro puede compararse, un sacrificio del que solo eran una figura todos los de la ley antigua, y continúa ofreciéndolo todos los dias en los altares del mundo entero. Propiamente hablando, Nuestro Señor es el único Sacerdote, pues todos los demás no son mas que representantes y ministros suyos; es además Sacerdote segun el órden de Mequisedech, como lo habian anunciado los Profetas, pues se ofreció una vez por sus propias manos á Dios su Padre en la última cena, bajo los símbolos del pan y del vino, y se ofrece

[1] Levit. VIII, 12; IV Reg. IX, 6.
[2] Luc. I, 32, 33.

aun todos los dias del mismo modo en el altar por mano de los sacerdotes.

En tercer lugar es Profeta. Habia recibido de su Padre la ciencia de todas las cosas; todos los que han sido honrados con el nombre de Profetas no eran mas que sus discípulos, enviados delante de él para anunciar al que debia dar á los hombres la verdadera nocion de los misterios de Dios: ejerció él mismo además el ministerio de Profeta, demostró en muchas circunstancias que conocia perfectamente los pensamientos mas secretos del alma y los mas recónditos sentimientos del corazon, y vaticinó con certeza acontecimientos que se verificaron al pié de la letra, como su pasion y sus principales circunstancias, su muerte y su género de muerte, y la ruina de Jerusalen y del templo. Todos estos acontecimientos, cumplidos exactamente, son la garantía del cumplimiento de los que aun no lo han sido, tales como su nueva venida á la tierra al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, y dar á cada cual segun sus obras.

Su único Hijo. Estas palabras nos enseñan que el Padre todopoderoso, de quien hemos hablado en el artículo primero del Símbolo, tiene un Hijo verdadero, un Hijo por naturaleza, que se llama Jesucristo, verdadero Dios como su Padre que le engendró desde toda la eternidad. Pues bien, cuando oimos decir que Jesucristo es Hijo de Dios, guardémonos bien de representarnos su nacimiento de una manera material y terrestre, y si deseamos formarnos de él alguna idea, recurramos á la siguiente comparacion: Cuando una persona se mira en un espejo, produce en seguida una imágen de sí misma tan perfectamente semejante, que es imposible hallar diferencia alguna entre ella y la persona. En efecto, no solo le es semejante en las facciones y colores, sino tambien en la actitud y en los movimientos; y esta imágen tan perfectamente semejante se forma sin esfuerzo, sin intervalo de tiempo, sin instrumento, y súbitamente y con una sola mirada.

Así pues, debeis pensar que Dios, contemplándose á sí mismo con el ojo de la inteligencia en el espejo de su divinidad, formó una imágen exactamente semejante á sí mismo, y habiendo dado Dios á esta imágen la realidad de todo su ser, lo cual no podemos hacer nosotros mirándonos en un espejo, resulta que esta imágen es verdaderamente el Hijo de Dios, mientras que las imágenes de nosotros mismos que formamos en un espejo no son nuestros hijos. De esta

suerte se ve como el Hijo de Dios es Dios como el Padre y un mismo Dios con el Padre, pues tiene la misma sustancia que este, y se ve además que siempre ha existido lo mismo que el Padre, pues fue engendrado por la sola contemplacion que Dios hace de sí propio, contemplacion que como él es eterna [1].

Creamos, pues, con fe firme y honremos con devocion profunda el misterio por el cual Dios el Padre engendra al Hijo desde toda eternidad; misterio que, á pesar de todas las semejanzas, permanece superior á la razon y debe arrobarnos de admiracion como al Profeta: *¿Quién podrá*, exclamaba, *contar su generacion* [2]? Creamos afortunadamente, y bajo el testimonio del mismo Dios, que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, que tiene el mismo poder, la misma sabiduría y la misma eternidad, segun esta explicacion mas extensa del concilio de Nicea: *Y en Jesucristo, su único Hijo, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no criado, consustancial al Padre, por quien todo fue hecho.*

Jesucristo es llamado Hijo único de Dios, porque es el único verdadero Hijo suyo. Nosotros somos hijos de Dios, pero solo es por adopcion, es decir, por la eleccion de Dios y por gracia, en tanto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios por naturaleza, y es el único que lo sea así.

Nuestro Señor. Jesucristo es Nuestro Señor ó nuestro Soberano: 1.° como Dios, porque nos crió y nos conserva; 2.° como hombre, porque nos rescató, y á subido precio, y el Padre le dió todo poder en el cielo y en la tierra; 3.° como Hombre-Dios: esta union admirable de la naturaleza divina y la humana en una sola persona le haria nuestro Mesías aunque no hubiera muerto por nosotros, pues por ella es Dueño soberano de todas las criaturas en general, y especialmente de los fieles que le están unidos como los miembros á su cabeza, como los hijos á su padre, y como los discípulos á su maestro, porque de Jesucristo hemos tomado nuestro nombre de cristianos. Nos hemos puesto, pues, bajo su ley en el dia de nuestro bautismo, y le hemos jurado una fidelidad eterna.

Así pues, pertenezcamos á Jesucristo mas aun que un criado, que un esclavo á su amo, y un hijo á su padre. Sin embargo, un Señor

[1] Belar. *Dottr. crist.* pag. 22.
[2] Isai. LIII, 8.

tan poderoso nos trata con tanta caridad, que se digna darnos, no el nombre de esclavos, sino los dos nombres de hermanos y amigos. Hé aquí una de las razones mas justas, y aun ignoro que las haya mas justas, para obligarnos á reconocerle, respetarle y honrarle como á Nuestro Señor.

Los dos primeros artículos del Símbolo nos enseñan que procedemos de Dios y que pertenecemos á él de un modo enteramente especial. ¡Á qué sublime virtud no es capaz de elevarnos esta sola palabra bien comprendida! Un emperador romano tenia un magnífico ciervo que habian conseguido domesticar; objeto de las caricias y del afecto de su amo, este hermoso animal vivia en el palacio á donde volvia todos los dias despues de haber visitado las selvas inmediatas; mas, temeroso el emperador que en las correrías que hacia fuera del palacio le persiguiese ó hiriese alguno, mandó grabar sobre un collar de oro que le pusieron estas palabras: *No me toques, pertenezco á César.*—Nosotros procedemos de Dios, pertenecemos á él, somos su propiedad, nos ha marcado con su sello; nuestra alma y sus facultades, nuestro cuerpo y sus órganos llevan la señad de su divinidad, y en una palabra, brilla en todo nuestro ser esta inscripcion sagrada: *No me toques, pertenezco á Dios.* Sepamos respetarla en los demás y hacerla respetar en nosotros mismos, no dejándonos seducir por los malos ejemplos, ni arrebatar por las pasiones, ni reducirnos á la esclavitud por el espíritu de malicia, que es el enemigo de Dios y nuestro principal enemigo.

¿Qué dirémos ahora de las ventajas de que el mundo es deudor al artículo segundo del Símbolo? Aunque solo las considerásemos bajo el aspecto intelectual, necesitaríamos volúmenes enteros para exponerlas. Las sociedades cristianas deben á la fe en este artículo segundo, es decir, en la revelacion que Dios nos hizo de Jesucristo, sus nociones tan justas sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, y sobre las relaciones entre superiores é inferiores. En efecto, Jesucristo es la última palabra de la ciencia de Dios, de la del hombre, de la de la sociedad y de la del mundo. Estas solas palabras: *Jesucristo ó el Hijo de Dios hecho hombre para salvar al género humano* nos dicen mas sobre la justicia, misericordia y sabiduría infinitas de Dios, sobre la inmensa dignidad del alma humana, sobre la inmensidad del mal y sobre la degradacion y la rehabilitacion de las criaturas, que todos los Profetas antiguos, todas las tradiciones de los pueblos,

y todos los libros de los filósofos. ¡Jesucristo! él es el sublime resúmen de la historia del mundo. Los cuarenta siglos que preceden á su venida nos conducen á él, y todos los siglos que la siguen se refieren tambien á él, es decir, á la formacion de su cuerpo místico que es la Iglesia. Á esto van coordinados todos los acontecimientos, y todos los pueblos con sus revoluciones gravitan hácia este centro único, como todos los astros hácia el sol. Quien esto ignora, jamás comprenderá una página de la historia, hablo de la historia profana; al contrario, con este dato tan sencillo y elevado se explica todo, el genio se engrandece y fecundiza, y cada pueblo, cada acontecimiento se ve en su destino, y se clasifica segun la importancia que tiene en el plan general.

No me asombro ya al oir al grande Apóstol, tan profundamente instruido en todas las cosas, exclamar con santo entusiasmo: *Porque yo no he creido saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado* [1]; ni me asombro ya de oir á uno de los genios mas brillantes y tal vez la *cabeza mas fuerte* que haya aparecido nunca sobre la tierra, santo Tomás, confesar sin embozo: *Que habia sacado toda su ciencia del pié de su Crucifijo.*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que iluminó nuestra alma con las vivas y seguras luces de la fe. ¡De cuántos errores nos ha curado, y de cuántos desórdenes nos ha apartado enseñándonos á conoceros, y á conocernos á nosotros mismos y á las criaturas! Dadnos la gracia de aprovecharnos bien de tantas luces, porque se pedirá mucho á aquel á quien mucho se haya dado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé con atencion las lecciones del Catecismo.*

[1] I Cor. II, 2.

LECCION XIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Tercer artículo del Símbolo.—Misterio de la Encarnacion.—Divinidad y humanidad de Nuestro Señor: ventaja social de este artículo.—Artículo cuarto del Símbolo.—Misterio de la muerte y pasion.—Actas de Pilatos.—Testimonio de san Justino, de Tertuliano y de Eusebio de Cesarea: ventaja social de este artículo.—Artículo quinto del Símbolo.—Resurreccion: ventaja social de este artículo.—Rasgo histórico.

El artículo tercero del Símbolo está contenido en estas palabras: *Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María*, y nos enseña tres grandes verdades.

La primera, que el Verbo, la segunda persona de la santísima Trinidad, el Hijo único de Dios desde toda la eternidad, fue hecho en el tiempo Hijo de María; de modo que la misma Persona divina, sin dejar de ser Dios, como lo era de toda eternidad, se hizo hombre, lo cual no era antes. Así es como el apóstol san Juan ha explicado este misterio profundo, cuyo conocimiento habia sacado del mismo corazon del Salvador. Despues de haber declarado la naturaleza del Verbo con estas palabras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, termina con las siguientes: *Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros* [1]. De aquí el nombre tan perfectamente justo de *Encarnacion* dado á este misterio por los Doctores de la Iglesia, especialmente por los Padres del primer concilio de Nicea en su Símbolo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.* Añadamos que convenia al Hijo encarnarse, para que todas las cosas fuesen restauradas en el cielo y en la tierra por aquel por quien habian sido hechas en el principio.

Que fue concebido por obra del Espíritu Santo. Estas palabras expresan el modo nuevo y milagroso como se verificó la Encarnacion. El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la santísima Trini-

[1] Ioan. I, 14.

dad, y un mismo Dios con el Padre y el Hijo, formó con su poder infinito de la purísima sangre de la Vírgen el cuerpo admirablemente perfecto de un niño en el seno de María. Al mismo tiempo crió un alma nobilísima, que unió al cuerpo de este niño, y el Verbo divino unió uno y otra á su divinidad, de manera que en un instante Jesucristo fue Dios perfecto y hombre perfecto, y la santísima Vírgen verdadera y propiamente la madre de un Dios-Hombre, pues que en el mismo instante concibió un Hombre-Dios, cuyo cuerpo estaba formado de su propia sustancia. En cuanto al Espíritu Santo, no pudo ser llamado el Padre de Nuestro Señor, porque para ser Padre no basta hacer una cosa, sino que es preciso hacerla de su propia sustancia. Así pues, no decimos que el albañil es padre de la casa que construye, porque la ha hecho con la piedra, la madera, etc., y no de su propia carne. Pues bien, es cierto que el Espíritu Santo hizo el cuerpo del Hijo de Dios; pero lo hizo de la carne y sangre de María, y no de su propia sustancia. Hé aquí por qué Nuestro Señor no es hijo del Espíritu Santo, sino que como Dios, Hijo de Dios el Padre, de quien procede su divinidad, y como hombre, Hijo de María, de quien procede su carne humana.

Al decir que el Hijo de Dios fue concebido por obra del Espíritu Santo, no por eso decimos que esta Persona de la santísima Trinidad haya contribuido sola á la encarnacion, porque aunque solo el Hijo tomara la naturaleza humana, sin embargo las tres Personas divinas tuvieron parte en este misterio. Es, en efecto, una regla en la fe cristiana que todo es comun á las tres Personas, en las cosas que Dios ha hecho fuera de sí, sin que la una haga mas que la otra, ó que la una obre sin la otra. El misterio de la Encarnacion es, pues, de esta clase. No obstante, se acostumbra en la Escritura atribuir á una persona en particular cosas que son igualmente comunes á las tres Personas; al Padre, por ejemplo, el soberano dominio de todas las cosas; al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo el amor. Si la Escritura atribuye, pues, especialmente al Espíritu Santo la obra de la Encarnacion, es en primer lugar porque este misterio supremo es la manifestacion [1] del amor singular é infinito de Dios hácia los hombres, y en segundo lugar porque así está desterrada toda mancilla ó corrupcion de este misterio, en el cual todo es santo, el Espíritu

[1] *Catecismo del concilio de Trento*, t. I, pág. 89, n. 90.

Santo que lo hace, María que queda intacta, y el Niño que está exento de toda mancha [1].

Mas si las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, ¿cómo es que solo se encarnó el Hijo? La siguiente comparacion empleada por los teólogos da una idea de este misterio : Cuando un príncipe se reviste de la púrpura real y otros dos le ayudan á vestirse, tres personas contribuyen al acto de vestirse, y no obstante una sola queda vestida. Del mismo modo en este caso las tres Personas divinas contribuyeron á la Encarnacion, y solo el Hijo se revistió de carne humana [2].

La segunda verdad que se nos enseña en el artículo tercero del Símbolo es que el Verbo eterno al tomar la naturaleza humana, la unió á la naturaleza divina en una misma y única persona; de lo cual resulta : 1.° Que en esta union admirable cada una de las dos naturalezas conservó sus operaciones y propiedades, *sin que la gloria de la divinidad destruyese la humanidad,* dice san Leon, *ni que la elevacion de la humanidad rebajase la divinidad.* 2.° Que Nuestro Señor Jesucristo es Dios perfecto, pues existe en él toda la divinidad, y al mismo tiempo hombre perfecto, porque tiene un cuerpo y un alma como nosotros, y nos es semejante en todo, á excepcion de estar sin pecado. 3.° Que pues existen en Jesucristo dos naturalezas, existen tambien dos voluntades, la voluntad divina y la humana; pero entre estas dos voluntades no hay jamás oposicion. Siendo perfecta en el nuevo Adan la voluntad humana, quiere siempre, aunque muy libremente, lo que quiere la divina; sin embargo, como hemos dicho ya, solo hay en Jesucristo una sola persona, que es la divina. La naturaleza divina y la humana son en Jesucristo una sola persona, cási lo mismo que el alma y el cuerpo son en nosotros un solo hombre.

Y nació de la Vírgen María. La tercera verdad es la maternidad divina y la virginidad perpétua de María.

1.° La maternidad divina. Concebir y parir constituyen la maternidad; María concibió, pues, en su casto seno á Nuestro Señor, Hijo único de Dios, verdadero Dios y hombre, reuniendo en la persona del Verbo la naturaleza divina y la humana; formó, como todas las madres, su cuerpo de su sustancia y de su sangre virginal,

[1] Nat. Alex. *De Symb.* 154.

[2] Belar. *Dottr. crist.* 29; Nat. Alex. *De Symb.* 162.

lo llevó durante nueve meses, y además lo dió á luz; luego María es verdaderamente y con toda la propiedad de la expresion Madre de Dios. Y lo es, no por haber dado á luz á la divinidad, lo cual es demasiado absurdo para que se haya presentado nunca á la mente de ningun cristiano, ni tampoco porque sea madre solamente de la carne del Hombre-Dios, pues no se dice que las demás madres solo son madres del cuerpo de sus hijos, aunque no engendran su alma, porque conciben y dan á luz un hombre compuesto de un cuerpo y un alma [1]; sino que la santísima Vírgen es verdaderamente Madre de Dios, porque concibió y dió á luz un Hombre-Dios, es decir, un hombre verdadero, formado de su sustancia y unido personalmente á la divinidad. Tal es la doctrina formal de la Escritura. *Concebirás en tu seno,* dice el Arcángel á María, *y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. Y por eso lo Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios* [2]. Enterada por el Espíritu Santo del misterio de la Encarnacion, santa Isabel exclama al ver á María: *¿Y de dónde esto á mí que la Madre de mi Señor venga á mí* [3]? Reasumiendo todos estos testimonios y otros mas, san Pablo dice con su lenguaje enérgico: *El Hijo de Dios fue hecho de la sustancia de la mujer* [4]. Tal ha sido siempre, y tal es aun la fe del mundo católico solemnemente definida en el concilio de Éfeso, celebrado en 431, contra el impío Nestorio: Si alguno osare negar que Nuestro Señor es verdadero Dios y hombre, y por consiguiente que la Vírgen santísima es Madre de Dios, anatema sea [5]! No hubo jamás anatema mas merecido; negar la maternidad divina de María, es negar la unidad de persona en Nuestro Señor Jesucristo, y es minar el Cristianismo por su base, porque es destruir la redencion humana.

[1] Nec solius carnis mater est, sed hominis Dei, sicut alias matres solius corporis genitrices nemo recte dixerit, quamvis animam non pariant: concipiunt enim et pariunt hominem anima corporeque constantem. (*S. Cyril. Epist. ad monach.*)

[2] Luc. I, 32, 35.

[3] Luc. I, 43.

[4] Galat. IV, 4.

[5] Si quis non confitetur Emmanuelem verum Deum esse, et ob id sanctam Virginem Deiparam, genuit enim illa incarnatum Dei Verbum secundum carnem, anathema sit. — Véase Canisius, *De María Deip.*, lib. III, c. 19; Nat. Alex. *De Symb.* p. 162, y todos los teólogos.

y que vivamos por consiguiente como criaturas nuevas animadas de un espíritu nuevo [1]. Tal es el medio que tenemos de representar en nosotros mismos alguna imágen de la virginidad sin mancha de María y del nacimiento enteramente santo del Hijo de Dios.

Esta idea nos conduce á hablar de las ventajas sociales del artículo tercero del Símbolo. *Una concepcion santa, un Dios niño* y *una Madre vírgen;* en estos tres dogmas, propuestos diez y ocho siglos hace á la fe del universo, se halla el gérmen fecundo de la rehabilitacion de la familia, y con ella, de la sociedad.

Una concepcion santa en la cual no tiene parte alguna el hombre carnal y torpe; hé aquí la idea modelo que ha cambiado todas las ideas bajo las relaciones y los deberes de los esposos, y á ella es debida la santidad del matrimonio cristiano, las costumbres angélicas de las familias, y su felicidad durante la larga duracion de los siglos de fe. ¿Quereis la prueba de ello? Leed la historia de los pueblos antiguos; ¿qué era para ellos el matrimonio? ¿Qué respeto, qué santidad, qué terror religioso presidian al cumplimiento de las sagradas obligaciones de los esposos? Mirad despues lo que pasa en el dia en los pueblos sumidos aun en las sombras de la muerte, y hasta á vuestros ojos en las sociedades y familias en que se disminuye la influencia de la verdad cristiana. Luego es cierto que el dogma de la concepcion enteramente espiritual de un Dios hecho hombre y modelo del hombre, propuesto á la fe del universo, lo ha ennoblecido todo en la familia, porque ha contribuido á santificarlo todo.

Un Dios niño. Decidnos qué era el niño entre las naciones gentílicas de la antigüedad, lo que es aun entre los pueblos idólatras de nuestros tiempos, y hasta en qué se convierte en las sociedades y familias en que pierde su influencia el dogma cristiano; decídnoslo, y veréis lo que el mundo debe á esta segunda parte del artículo tercero de nuestro Símbolo. ¡Oh! sí, un Dios hecho niño, un Dios que dice: Desgraciado el que atente á la vida, á la inocencia ó á la libertad del menor de estos niños que son mis hermanos; este Dios salvó la infancia, y es el único que ha hecho desaparecer el derecho brutal de matar al niño, de exponerlo, venderlo, quemarlo, y convertirlo en un pasto.

Una Madre vírgen. Á estas tres palabras debe la mujer su rehabi-

[1] Ioan. I, 13; Rom. VI, 4.

litacion, pues convertidas en dogma de fe, lo han cambiado todo respecto á ella : ahí está la historia aun para probarlo. ¿Qué era la mujer en el gentilismo antiguo? ¿Qué es aun en el gentilismo moderno? ¿Quién la ha sacado de la servidumbre y abyeccion, é impide que vuelva á caer en ellas? El dogma católico; porque podeis ver lo que es de ella en las sociedades y familias que pierden el Cristianismo. Luego que resonaron, pues, en el mundo diez y ocho siglos há estas palabras, *nació de la Vírgen María*, el hombre asombrado cambió de ideas y sentimientos respecto de la mujer. En efecto, á la Eva antigua, fuente de todo mal, sucedia una Eva nueva, manantial de todo bien; el hombre empezó á respetar la mujer, viendo cuál la honraba Dios en María, cuál era santa en María, y cuán útil habia sido en María al género humano; la mujer no fue ya una esclava, un animal de carga, y se convirtió en la noble compañera del hombre, rodeada de afecto y miramientos; y emancipada por el Cristianismo, volvió á encontrar su dignidad moral, é hizo aprovechar la sensibilidad de su corazon, la actividad y todos los recursos de su espíritu en bien del hombre y de la sociedad entera, y el mundo fue transformado.

Hé aquí, sin embargo, el milagro producido por estas pocas palabras del Símbolo católico, *fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Vírgen María.* ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis un corazon para no amar, y un espíritu para no comprender?

El artículo cuarto del Símbolo está concebido así : *Padeció bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado*, y nos enseña que el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, despues de haber conversado entre los hombres cerca de treinta y tres años, fue injustamente condenado á muerte por Poncio Pilatos, á peticion de los judíos, clavado en una cruz donde murió, y despues de su muerte, honrósamente sepultado por algunos de sus discípulos. Nada hay mas necesario que el conocimiento de estas verdades, pues son la base y consumacion de nuestra salvacion; el fin de todas las figuras, profecías y sacrificios desde el principio del mundo, y el término de la sabiduría, de la misericordia y de la omnipotencia de Dios. Hé aquí por qué el grande Apóstol se gloriaba de no saber mas que una sola cosa : Jesús, y Jesús crucificado.

Penetremos con un respeto mezclado de terror en las profundidades de este misterio. 1.° ¿Quién es el que padeció? El mismo Hijo

de Dios hecho hombre por amor á nosotros. Los Apóstoles mencionan los padecimientos de Nuestro Señor en el momento despues de haber hablado de su nacimiento, porque Nuestro Señor nació para padecer, y siempre padeció no solamente las privaciones, las penas y las fatigas de su infancia, de su vida oculta y de su vida pública, sino tambien los dolores de su pasion, cuya imágen estaba sin cesar delante de sus ojos [1]. Padeció toda clase de dolores, y en el mas alto grado, en su espíritu y en su alma; no padeció como Dios, porque siendo Dios infinitamente perfecto, no puede padecer; pero en Nuestro Señor la divinidad daba á los padecimientos de la humanidad un valor infinito.

2.° ¿Cómo padeció? Padeció libremente, porque Dios podia dejar al hombre en su pecado sin perjudicar ninguna de sus perfecciones [2]; podia además rescatarle por otros mil medios, tales como la Encarnacion sola, ó una lágrima, una oracion ó una gota de la sangre adorable de Nuestro Señor, pues siendo cada una de estas cosas de un precio infinito, bastaba y aun con exceso para satisfacer á la justicia divina; finalmente, Nuestro Señor padeció libremente bajo el sentido de que él mismo fue quien dió á sus enemigos el poder de hacerle padecer, pues de otra suerte nada hubieran podido contra su adorable persona.

Así pues, todas estas palabras de la Escritura: *Es preciso* que el Hijo del Hombre sea crucificado; *es preciso* que el Hijo del Hombre padezca mucho; *era preciso* que el Cristo padeciera para entrar en su gloria, no expresan mas que una necesidad moral, es decir, que supuesto el consejo de Dios, que habia escogido los padecimientos de Nuestro Señor como el remedio mas conveniente á nuestros males, y como el medio mas propio para rescatarnos, fue preciso que Nuestro Señor padeciese los tormentos de la pasion y muerte, como lo hizo.

3.° Padeció por amor. Llevando hasta el exceso los dolores y las ignominias, quiso mostrarnos la magnitud del pecado, la severidad de la justicia divina, el precio de nuestra alma, y por consiguiente la inmensidad de su amor, para obtener el nuestro, y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad. Y si se dijo en la Escritura que era preciso que Nuestro Señor padeciese, debe entenderse, como lo

[1] Dolor meus in conspectu meo semper. (*Psalm.* XXXVII, 18).
[2] Quis tibi imputabit si perierint omnes nationes terrae? (*Sap.* XII, 12).

hemos advertido, de la necesidad resultante de la aceptacion voluntaria que Nuestro Señor hizo de la cruz como medio de salvar al mundo, y de ningun modo de una necesidad anterior y absoluta [1].

4.° ¿Por qué padeció? Nuestro Señor padeció para reparar la gloria de su Padre, expiar el pecado, rescatar al hombre y servirle de modelo: caridad hácia Dios, y hácia nosotros dulzura, paciencia, humildad, amor á los enemigos, piedad filial y obediencia; no hay una virtud de que no nos diera el ejemplo en su pasion, no hay título alguno que dejara de adquirir á nuestra gratitud.

5.° ¿Por quién padeció? Por todos los hombres sin excepcion, y para todos sin excepcion mereció las gracias necesarias para nuestra salvacion. Pero si Nuestro Señor dió satisfaccion por todos los hombres, si les granjeó la salvacion, ¿cómo es que tan inmenso número de ellos se pierde, y cómo es que estamos obligados á hacer penitencia? Es indudable que Nuestro Señor dió satisfaccion por todos los hombres, y alcanzó para todos los medios de salvarse; pero es preciso que esta satisfaccion se aplique á cada uno de nosotros [2]. Pues bien, esto se efectúa por medio de la fe, por los Sacramentos, por las buenas obras, y en particular por medio de la penitencia. Luego es preciso hacer penitencia y practicar buenas obras, aunque Nuestro Señor haya padecido y trabajado por nosotros, y muchos se condenan por no cumplir con esta condicion. En efecto, ó no quieren tener fe, como los judíos, los mahometanos y los herejes; ó no quieren recibir los Sacramentos, confesarse y comulgar, como los indiferentes; ó no quieren hacer penitencia de sus pecados, y resolverse á vivir conforme á la ley de Dios, como los malos cristianos. Un ejemplo explicará claramente esta verdad. Un hombre que ha trabajado mucho, y que con sus sudores y fatigas ha ganado bastante dinero para pagar todas las deudas de los habitantes de una ciudad, deposita todos sus tesoros en un banco con órden de dárselos á todos los que presenten una libranza de su parte. No puede negarse que este hombre habrá por su parte pagado todas las deudas de los habitantes, y no obstante podrá suceder que muchos queden cargados con las suyas, porque no habrán querido ir á buscar una

[1] D. Thom. 3, p. 9, 46, art. 6.

[2] Etsi Christus pro omnibus mortuus sit, non omnes tamen mortis eius beneficium recipiunt; sed ii duntaxat quibus meritum Passionis eius communicatur. *(Conc. Trid. sess. VI, c. 3)*.

libranza y presentarla en el banco, ya por orgullo, ya por pereza, ya por otra cualquiera razon [1].

6.° ¿Bajo quién padeció? Bajo Poncio Pilatos. Los Apóstoles nombraron con un motivo muy prudente en este artículo al gobernador romano que condenó á muerte al Salvador, pues por una parte dieron una prueba fehaciente de que Nuestro Señor era ciertamente el Mesías, habiendo muerto en el momento en que, segun la profecía de Jacob, el cetro habia salido de la tribu de Judá, y por otra parte demostraron su sinceridad y la certeza de este grande acontecimiento. Si lo hubieran inventado, habrian ellos mismos proporcionado á todo el mundo el medio de convencerles de impostura. Hubiera bastado para esto probar que Poncio Pilatos, gobernador de la Judea, no habia condenado á muerte á hombre alguno que se llamara Jesús de Nazareth, lo cual hubiera sido facilísimo, porque se conservaba en los archivos del Senado en Roma la relacion de todos los acontecimientos que tenian lugar en las diferentes provincias del Imperio. Á este relato de Pilatos remitian los primeros apologistas á los gentiles para ilustrarlos y convencerlos.

Así pues, la muerte del Salvador, acaecida bajo Poncio Pilatos, es un hecho tan cierto que al hablar Tácito del incendio de Roma en tiempo de Neron, afirma positivamente que este Emperador acusó á los Cristianos, llamados así á causa del *Cristo* que habia sido condenado á muerte bajo el reinado de Tiberio mientras Poncio Pilatos gobernaba la Judea [2]. Los primeros enemigos de la Religion nunca pusieron en duda este hecho; prueba evidente de que lo consideraban como innegable, pues estando mas cercanos de la época y de los lugares, tenian todos los medios de demostrar su falsedad.

Pero tenemos otras pruebas de la muerte de Nuestro Señor bajo Poncio Pilatos. Acostumbrábase en el imperio romano, como se acostumbra aun en todos los reinos del mundo, que los gobernadores de las provincias enviasen al Emperador un relato de los sucesos mas notables de su dependencia para que de todo estuviesen informados el Príncipe y el Senado [3]. Pues bien, Pilatos, cumpliendo con la ley

[1] Belar. *Dottr. crist.* 35.

[2] Annal. lib. XV.

[3] La misma advertencia hace Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*, lib. II, c. 2; y está justificada por los hechos, de modo que vemos que Plinio el Jóven escribió á Trajano lo que habia hecho en Asia contra los Cristianos, etc.

del Imperio, escribió á Tiberio todo lo que habia pasado relativamente á Jesús de Nazareth, y esta carta fue depositada en los archivos del Senado romano, como lo prueban los testimonios que vamos á presentar.

1.° San Justino mártir, que vivia cien años despues de la muerte de Nuestro Señor, cita las palabras siguientes de las actas enviadas de Palestina por Pilatos á Tiberio: «Clavaron á Jesús en la cruz con «clavos en los piés y en las manos, y despues de haberle crucificado, «los que le pusieron en la cruz jugaron sus vestiduras á los dados y «se las repartieron... Así lo podeis saber fácilmente por las actas que «se escribieron bajo Poncio Pilatos... Los Profetas indicaron distin«tamente que el Cristo curaria toda clase de enfermedades, y resu«citaria los muertos; y podeis convenceros de que Jesús lo hizo, por «la lectura de las actas que se escribieron bajo Poncio Pilatos [1].»

2.° Tertuliano, que vivia cincuenta años despues de san Justino, cuenta en resúmen la vida, milagros, pasion, condenacion, muerte y resurreccion de Nuestro Señor, y acaba en estos términos: «Pila«tos, en cierto modo cristiano ya en su conciencia, escribió todo esto «respecto al Cristo á Tiberio en aquel entonces emperador, y desde «luego hubieran creido los emperadores en Jesucristo á no haber si«do esclavos del siglo, ó si los Cristianos hubieran pódido ser Césa«res [2]. Á pesar de todo, cuando Tiberio, bajo cuyo reinado se es«parció por el mundo el nombre de cristianos, tuvo noticia desde «Palestina de los hechos que probaban la divinidad del Cristo, pro«puso al Senado que se le colocara en la categoría de los dioses, y él «mismo dió su voto. El Emperador persistió en su opinion y ame«nazó con su enojo á los que acusaran á los Cristianos [3].» Despues, al hablar de los milagros acontecidos en la muerte de Nuestro Señor, añade: «Teneis el relato en vuestros archivos [4].»

3.° Eusebio de Cesarea, célebre historiador de la Iglesia, que vivia en el siglo III, dice: «que se habian hecho célebres la re«surreccion milagrosa y la ascension de Jesucristo, y que siendo una «antigua costumbre el que los gobernadores de provincia enviasen

[1] Just. *Apol. II pro Christian.* pág. 76, 84.
[2] Apol. c. 21.
[3] Ibid. c. 5.—Se hallarán sobre este hecho pormenores muy curiosos en nuestra obra *las Tres Romas.*
[4] Apol. c. 21.

«al Emperador el relato de cuantas novedades ocurrian en su go-«bierno, Poncio Pilatos puso en conocimiento de Tiberio la resur-«reccion del Salvador, que era conocida de todos en Palestina. Le in-«dicó tambien que habia sabido que Jesucristo habia hecho varios «milagros, y que desde su resurreccion muchos le habian reconoci-«do ya por un Dios. Cuando supo esto Tiberio, habló al Senado y «propuso colocar á Jesucristo en la categoría de los dioses: el Sena-«do se opuso so pretexto de que habia una antigua ley que prohi-«bia admitir á nadie en la categoría de los dioses, á no ser por un «decreto del Senado; pero la verdadera razon de esta negativa con-«siste en que siendo divina la religion cristiana, no debia estable-«cerse por la autoridad de los hombres. Habiendo, pues, rechazado «el Senado esta proposicion, el Emperador no dejó de persistir en «su opinion, y nada hizo contra la doctrina de Jesucristo [1].»

Hé aquí lo que decian á los gentiles aquellos grandes apologistas de la Religion. Si se hubieran forjado este testimonio de Pilatos, ¿se hubiesen atrevido á darlo como prueba á los filósofos gentiles? ¿se hubiesen atrevido, como lo hizo san Justino mártir, á desafiar á los gentiles á disputar con él públicamente sobre la religion cristiana, en presencia del mismo Senado romano, tomando por base única las actas de Pilatos, y los gentiles hubiesen rehusado el reto si hubieran podido triunfar descubriendo la falsedad de estas actas? No; respondieron como responden los tiranos de todos los siglos, enviando á la muerte á los defensores del Cristianismo. Bastante nos hemos extendido sobre un hecho que nadie puede poner en duda; tiempo es ya de continuar nuestra explicacion.

Que *fue crucificado*. Nuestro Señor fue puesto en la cruz con los piés y las manos traspasadas con cuatro [2] gruesos clavos [3]. Escogió el suplicio de la cruz por varias razones, igualmente dignas de su sabiduría y de su amor, y entre otras, para que se cumplieran las figuras y profecías relativas á la muerte del Mesías, como la de la serpiente de bronce; para que la muerte, que habia entrado en el mundo por la manducacion del fruto del árbol prohibido, fuese arrojada

[1] Eusebio, *Historia eclesiástica*, lib. II, c. 2.

[2] Que sean cuatro no es cierto; y á serlo, no hubiera faltado la Iglesia en decirlo, prohibiendo representar al Señor clavado con tres como lo vemos en Italia, España, etc. (*Nota del Director de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

[3] Véase á Sandini, *Historia familiae sacrae*, c. 15.

por Nuestro Señor, divino fruto del árbol de la cruz; para que su muerte fuese de una notoriedad incontestable, y por consiguiente su resurreccion, base de nuestra fe; y para que la satisfaccion ofrecida á Dios fuese mas abundante, y mas vivo nuestro reconocimiento, en atencion á que el suplicio de la cruz era el mas cruel é ignominioso.

Que *fue muerto*. Estas palabras expresan un hecho que todos conocemos, es decir, la separacion del alma y del cuerpo, pero no la separacion de la divinidad que permaneció siempre unida, aun despues de la muerte, al cuerpo y al alma de Nuestro Señor. La muerte del Salvador tuvo lugar para que se cumpliesen las profecías y para consumar la obra de nuestra redencion.

Que *fue sepultado*. Nuestro Señor fue envuelto en un sudario con aromas, segun la costumbre de los judíos, religiosamente observada por los primeros cristianos, especialmente con los Mártires [1]; y fue depositado en un sepulcro nuevo, cubierto en la roca, donde nadie habia sido sepultado, para que constase bien la verdad de la resurreccion. Por lo demás, el cuerpo de Nuestro Señor no experimentó ninguno de los efectos de la corrupcion.

Admiremos ahora la prodigiosa influencia del artículo cuarto del Símbolo sobre el mundo entero. ¡Ojalá que nuestro reconocimiento fuera proporcionado á sus beneficios! Un Dios que padece y muere en una cruz por todos los hombres, y en su hora suprema perdona á sus verdugos y ruega por ellos: hé aquí el dogma eternamente benéfico que ha cambiado todas las relaciones de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí. Él es la confianza en Dios, la esperanza fundada del perdon, la paz de la conciencia, el consuelo de los desgraciados durante la vida y sobre todo en la muerte, y la constitucion de las naciones cristianas, la gran ley de la caridad universal, ley escrita con la sangre de un Dios, confirmada con su muerte y hecha posible con la uncion de la cruz. El hombre creyó en un Dios muerto por amor á todos los hombres, y cambió el derecho de gentes; el extranjero no fue ya un enemigo, ni el prisionero una víctima dedicada á la esclavitud ó á la muerte, y la divisa: *¡Desdichados de los vencidos!* cesó de aterrar á las naciones, porque la guerra no se hizo para ganar botin y esclavos, pues se *humanizó*.

Un Dios muerto por el hombre; y los Reyes tuvieron un modelo sublime de amor á sus pueblos, y los pueblos un ejemplo sublime de

[1] Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, pág. 20-100.

obediencia á los Reyes, y las sociedades cristianas, basadas sobre el espíritu de mútuo sacrificio, produjeron milagros de adhesion, así como fueron milagros de fuerza por su duracion.

Un Dios muerto por el hombre; y el odio, la venganza y las atroces maquinaciones del rencor se convirtieron en crímenes, habiendo sido virtudes entre los gentiles de la antigüedad, y siéndolo aun entre las naciones idólatras de nuestros dias, así como entre los hombres que han perdido el sentido católico.

Un Dios muerto por el hombre; no, no, aun cuando habláramos la lengua de los Ángeles, no nos seria posible decir todo lo que el mundo debe á este dogma saludable: solo el corazon puede sentirlo.

El artículo quinto del Símbolo está expresado en estos términos: *Y bajó á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

El Salvador no interrumpió un solo instante la obra de la redencion, para la cual habia venido á la tierra. Apenas espiró, es decir, apenas se separó su alma de su cuerpo, hizo sentir en el imperio de la muerte la virtud de su sangre reparadora.

Bajó. Con estas palabras hacemos profesion de creer que muerto Nuestro Señor Jesucristo, y sepultado su cuerpo en el sepulcro, su alma santa fué á visitar las almas de los justos que habian vivido antes de su venida. Aunque el alma del Salvador estuvo durante este tiempo realmente separada de su cuerpo, la divinidad no estuvo nunca, como hemos dicho ya, separada de su cuerpo ni de su alma.

A los infiernos. El nombre de infierno tiene en este artículo cuatro significaciones; designa: 1.° aquella cárcel negra y oscura donde las almas de los réprobos son atormentadas noche y dia con los demonios por un fuego que nunca se acaba: este lugar, que es el *infierno* propiamente dicho, se llama tambien *gehenna* y *abismo.* 2.° El lugar donde las almas de los justos padecen durante cierto tiempo para purificarse enteramente antes que se les abran las puertas de la patria celestial, donde nada mancillado podrá penetrar jamás, y este lugar se llama el *purgatorio.* 3.° El lugar donde se encuentran las almas de los niños muertos sin Bautismo, que no padecen la pena del fuego, sino únicamente la privacion de la felicidad eterna [1]. 4.° El lugar donde se recibian las almas de los Patriarcas, Profetas y demás Santos, muertos antes de la venida de Nuestro Señor; y este lugar se llama vulgarmente el *limbo,* y en la Escritura,

[1] Belar. *Dottr. crist.* 26.

el seno de Abrahan. Las almas de los justos que morian entraban en él al salir de este mundo, si estaban exentas de toda mancha, ó bien iban á purificarse con el fuego del purgatorio, como sucede en el dia con las que tienen que pagar aun algunas deudas por sus pecados. No se hallaban en el cielo, porque estaba cerrado para el linaje humano desde el pecado del primer Adan, y el segundo Adan debia ser el primero en entrar para abrirnos las puertas. Las almas justas que se hallaban en el limbo estaban exentas de dolores, gozaban de un descanso tranquilo, consoladas y sostenidas por la esperanza de su redencion, pero estaban privadas de la soberana felicidad, la vision intuitiva de Dios.

El Salvador bajó al lado de estas almas predestinadas para anunciarles el Evangelio, es decir, su redencion y la del mundo entero [1],

[1] Deus conditor ac redemptor noster claustra inferni penetrans, electorum exinde animas eduxit; nos illo ire non patitur, unde iam alios descendendo liberavit. Hi vero qui ante eius adventum in hunc mundum venerunt, quantamlibet iustitiae virtutem haberent, è corporibus educti in sinu coelestis patriae statim recipi nullo modo poterant; quia nondum ille venerat qui inferni claustra sua descensione solveret et iustorum animas in perpetua iam sede collocaret. *(Greg. Mag. lib. XIII Moral. in Iob*, c. 43).

Omnia etenim traxit qui de electis suis apud inferos nullum reliquit. Omnia adstulit, utique electa; neque enim infideles quosque et pro suis criminibus aeternis suppliciis deditos, ad veniam Dominus resurgendo reparavit; sed illos ex inferni claustris rapuit, quos suos in fide et actibus recognovit. Unde etiam recte per Osee dicit: *Ero mors tua, ó mors; ero morsus tuus, inferne. (Id. Homil. XXII in Evang.).*

In ultimo per novissimum omnes, qui ab initio Discipuli, emundati et abluti quae sunt mortis, in vitam veniant Dei... Sicut Ieremias ait: *Rememoratus est Dominus sanctus Israel mortuorum suorum, qui praedormierunt in terra defossionis*, et descendit ad eos, uti evangelizaret eis salutare suum ad salvandum eos... Passio eius expergefactio est dormientium Discipulorum, propter quos et descendit in inferiora terrae. *(Iren. lib. IV adv. Haer.* c. 22).

Praedicavit Dominus iis quoque qui erant apud inferos... si qui sunt collocati apud inferos ipsi sunt, qui divinam audierunt virtutem et vocem; nam quis sanae mentis, et iustorum et peccatorum animas esse existimaverit in una condemnatione iniustitiae, maculam inurens Providentiae? Quid vero? an non significant Dominum annuntiasse Evangelium, et iis *(I Petr.* III, 19 *et* 20), qui perierant in diluvio, vel potius vincti fuerant, et iis qui in praesidio continebantur et custodia?... Dominus nulla alia de causa descendit ad inferos, quam ut annuntiaret Evangelium... Anima ergo Christi animabus praedicavit Evangelium. *(Clem. Alex. Strom.* lib. VI, pag. 637).

Ob id porro deificata anima ad inferos descendit, ut quemadmodum his qui in terra versabantur, *iustitiae Sol* ortus erat, ita etiam illis qui subtus terram in

y rompió las puertas y cerrojos de su cárcel. Desde aquel momento dejó de existir el limbo; porque habiéndonos abierto Nuestro Señor el cielo, es de fe que las almas enteramente purificadas son llevadas á él sin dilacion, donde la presencia del Salvador esparce una alegría infinita en estas almas santas, y les hace gozar de la esencial bienaventuranza, que es la vision de Dios. Entonces se realizó la promesa hecha al buen ladron: *Hoy mismo serás conmigo en el paraíso* [1]. El Salvador llevó consigo el dia de su ascension á aquella multitud de almas, gloriosas primicias del linaje humano, nobles despojos arrebatados á la muerte. Así pues, no solamente fueron salvados por el mérito de su pasion los justos que han venido al mundo despues del advenimiento de Jesucristo, sino tambien los que le precedieron desde Adan, y todos los que deben venir aun hasta el fin de los siglos. Hé aquí por qué no se abrió el cielo para nadie antes de su muerte. En todas las demás partes de los infiernos el Salvador se apareció tambien como vencedor, aterrando á los demonios, y como juez supremo, consolando las almas del purgatorio. Así baja algunas veces un monarca á las cárceles para visitarlas y perdonar á quien le place [2]. Tales son los motivos del descendimiento de Nuestro Señor á los infiernos. Y ¿quién no admirará ahora la bondad infinita de Dios hácia los hombres y la extension de la redencion? ¿quién no se asombrará al ver al Hijo de Dios penetrar *en las partes mas profundas* de la tierra, despues de haber padecido por nosotros una muerte dolorosa, para arrancar de allí almas que le eran queridas, y llevarlas consigo al cielo?

Al tercero dia resucitó. Como Nuestro Señor habia vivido entre los vivos treinta y tres años y algunos meses, quiso permanecer entre

tenebris et umbra mortis sedebant, illuceret. Ac sicut iis qui in terra erant, pacem, captivis remissionem, caecis visum evangelizaverat, atque illis quidem qui crediderant salutis auctor extiterat; incredulos autem infidelitatis arguerat; sic etiam iis qui in inferno erant: ut ipsi *omne genuflecteretur, coelestium, terrestrium et infernorum.* (Phil. II, 10). Hoc pacto, solutis illis qui ab omni aevo tenebantur, ipse rursus à morte ad vitam rediit, viam nobis ad resurrectionem sternens. (Ioan. Damasc. lib. III *de fide orthod.* c. 29; id. Aug. liber XX *de Civ. Dei;* id. Tertull. *de Anima*, c. 55; id. Iustinus, in *dial. cum Tryphone Iudaeo;* id. Athanas. in illud: *Omnia mihi tradita sunt*, pag. 105; id. Cyril. Hieros. *Catech.* 4; id. Greg. Nyssenus, *Orat.* I, *in Christi resurrectione;* id. Ambros. *de Incarnat. Domini*, c. 5, n. 40, et omnes sancti Patres).

[1] Luc. XXIII, 43.

[2] Belar. *Dottr. crist.*

los muertos al menos treinta y tres horas: una hora por cada año. En efecto, el Salvador murió el viernes y resucitó el domingo por la mañana, lo cual da un intervalo de cerca de treinta y tres á treinta y cinco horas. Queria además permanecer tres dias en el sepulcro para verificar la figura de Jonás, y cumplir la profecía que él mismo habia hecho [1]. Luego no permaneció tres dias enteros en el sepulcro. Sin embargo, para decir con verdad que estuvo tres dias en el sepulcro, y que al tercero resucitó, basta que estuviera un dia entero y durante una parte del anterior y del siguiente. Finalmente, para probar que era Dios, el Salvador no quiso diferir su resurreccion hasta el fin de los siglos, así como para mostrar que era hombre realmente no resucitó inmediatamente despues de haber espirado, sino al tercero dia: este intervalo de tiempo era suficiente para probar que verdaderamente habia muerto.

Resucitó. Al salir victorioso del sepulcro, Nuestro Señor gozó de todas las cualidades de que participarémos nosotros si tenemos la dicha de morir santamente. Su cuerpo fue impasible, ágil, sutil, luminoso, y sin embargo quiso conservar las cicatrices de sus heridas, como lo vemos en la historia del apóstol santo Tomás. Lo quiso así, para conservar eternamente las señales de su triunfo; para probar á sus discípulos que era él quien verdaderamente habia resucitado; para alcanzar mas eficazmente de su Padre lo que pide recordándole el cruel género de muerte que ha padecido; para mostrar á los hombres á qué precio los ha rescatado, y finalmente, para hacer ver á los réprobos en el dia del juicio la magnitud de su ingratitud y la justicia de su condenacion.

Resucitó. Hemos probado en otro lugar su resurreccion, y vamos á exponer algunas de las causas que la hacian necesaria: era preciso que Nuestro Señor resucitase, para que su cuerpo, que habia estado sujeto á tantos padecimientos, fuera participante de la dicha y de la gloria eternas; para que su divinidad quedara claramente establecida, y para que nuestra fe fuera inmutable, y la esperanza de nuestra propia resurreccion adquiriese una fuerza capaz de consolarnos en todos nuestros trabajos, y hacernos aceptar todos los sacrificios y practicar todas las virtudes, aun las mas costosas á la naturaleza.

Resucitó de entre los muertos. Cuando se dice que Nuestro Señor resucitó, no ha de entenderse únicamente que salió de entre los muer-

[1] Ioan. II.

tos, como á algunos ha sucedido, sino que resucitó por su propio poder, lo que no puede ser propio mas que de él solo; porque es contra el órden de la naturaleza, y á nadie se concede pasar por su propia virtud de la muerte á la vida, cosa que está reservada al soberano poder de Dios tan solo. En efecto, no habiendo sido separada la divinidad del cuerpo de Jesucristo en el sepulcro, ni de su alma cuando bajó á los infiernos, habia una virtud divina en su cuerpo y en su alma; de lo cual se deduce que el cuerpo podia ser reunido al alma, que el alma podia volver al cuerpo, y Jesucristo podia vivir otra vez y resucitar de entre los muertos por su propia virtud. Al resucitar de este modo, el Salvador cumplia en su persona, hasta en el seno del sepulcro, una profecía que correspondia al Mesías; porque David habia vaticinado: *Su diestra, su brazo santo*, es decir, su omnipotencia, *le salvó* [1]. Si decimos algunas veces que Jesucristo fue resucitado por el Padre, esto tiene relacion con su humanidad, así como debemos referirnos á su divinidad al decir que resucitó por su propia virtud [2].

Preciso es advertir que la resurreccion de Nuestro Señor fue una resurreccion perfecta, que quita toda necesidad de morir dando una vida inmortal, y Nuestro Señor es el primero que haya resucitado de esta suerte. De aquí procede el que la Escritura le llame el primogénito de *entre los muertos* [3]; porque si se trata de una resurreccion que deja la necesidad de morir segunda vez, algunos antes de Jesucristo la habian alcanzado. En cuanto al Salvador, venció y dominó de tal modo á la muerte al resucitar, que ya no podia morir. Así nos lo enseña claramente san Pablo: *Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere*, nos dice; *la muerte no se enseñoreará mas de él* [4]. Es preciso advertir además que la resurreccion del segundo Adan ha sido el principio de la de todos los hombres, lo que constituye de ella una resurreccion enteramente aparte. *Porque como la muerte fue por un hombre*, dice el Apóstol, *tambien por un hombre la resurreccion de los muertos. Y así como en Adan mueren todos, así tam-*

[1] Psalm. XCVII, 1.

[2] Quamvis autem in Scripturis interdum legamus Christum Dominum à Patre suscitatum esse; hoc ad eum ut ad hominem referendum est; quemadmodum illa rursus ad eumdem ut Deum spectant quibus significatur eum sua virtute resurrexisse. *(Cathec. Concil. Trid. l. 1)*.

[3] Apoc. I, 5.

[4] Rom. VI, 9.

bien todos serán vivificados en Cristo [1]. Es preciso advertir, por fin, que la resurreccion del segundo Adan adelanta admirablemente la obra de nuestra redencion. El Salvador nos libertó al morir de nuestros pecados, pero al resucitar nos restituyó todos los bienes que nos habia hecho perder el pecado, pues para que nada faltase á la salvacion de los hombres era necesario que el Cristo resucitara, como habia sido necesario que muriese. ¿Queremos participar de su resurreccion? Unámonos al nuevo Adan como fuimos unidos al primero, y creamos en él, amémosle, y vivamos santos como él en la tierra, para vivir gloriosos como él en el cielo.

Despues de la explicacion del artículo quinto del Símbolo, hagamos algunas reflexiones sobre las luces y las ventajas que proporciona á la sociedad. El descenso de Jesucristo á los infiernos, es decir, la universalidad de su redencion, seguido de su resurreccion de entre los muertos, tales son las dos verdades fundamentales con que ha enriquecido al mundo el artículo quinto del Símbolo.

La primera nos dice que todos los hombres, desde el principio hasta la consumacion de los siglos, son hijos de Dios; que bajo este título son caros á su corazon, y que la sangre divina se vertió para borrar sus manchas, y abrirles las puertas de la ciudad de los elegidos. ¿No es esto proclamar magníficamente la ley de la fraternidad universal? ¿No es decir eficazmente á todos los hombres y á todos los pueblos: Amaos, amaos, pues que Dios os amó tanto? ¿No es un vivo rayo de luz, una respuesta sin réplica á las objeciones del egoismo y un inmenso beneficio social publicar así la gran ley de la caridad, y mostrar á nuestro Maestro y modelo siendo el primero en cumplirla en toda su extension?

Y además estas palabras, *bajó á los infiernos*, al revelarnos la universalidad de la redencion de Jesucristo, ¿no son la prueba de que este divino Salvador es ciertamente el Deseado de las naciones, la expectacion y el libertador de todo lo que habia perecido? Ahora bien, ¿no es nada acaso el fortalecer en él nuestra fe? ¿Y no descansa sobre la fe en Jesucristo todo el edificio social entre los pueblos modernos?

La segunda verdad contenida en el artículo quinto del Símbolo, *resucitó al tercero dia*, confirma tambien con un hecho tan cierto como la existencia del sol la fe del universo á la divinidad de Jesu-

[1] I Cor. xv, 21.

cristo. Este artículo nos demuestra que Jesucristo es el Mesías prometido al linaje humano; pues cumplió en su persona los caractéres y los hechos anunciados del futuro Mesías. Así pues, las principales ventajas que el artículo quinto del Símbolo proporciona á la sociedad, son: ensanchar la caridad y fortalecer la fe. Para hacerlas comprender en toda su extension, basta preguntar ¿de qué viven las sociedades sino de fe y amor? Reyes y pueblos, ricos y pobres, caed pues de rodillas ante las verdades del Símbolo católico, manantial de toda fe y de toda caridad, y por consiguiente principio de todas las acciones nobles, generosas y verdaderamente sociales. Padecer, morir, libertar las almas de los antiguos justos y resucitar para fortalecer nuestra fe, hé aquí una parte de los trabajos á que se dedicó el Hijo de Dios para darnos testimonio de su amor. ¿Es posible que haya hombres que no le amen? ¿Qué digo? hombres que se avergüencen de él? El rasgo siguiente nos hará conocer toda la indignidad de su conducta.

Un poeta famoso del último siglo debia la existencia á un honrado artesano, quien á costa de sus sudores, privaciones y vigilias prolongadas habia dado con tierno afan una educacion distinguida á su hijo. Á tantas bondades el jóven correspondió con un trabajo sostenido. Triunfos brillantes coronaron muy pronto sus esfuerzos y revelaron su talento, y una composicion poética le granjeó aplausos universales. Un señor de la corte, anheloso de conocer al autor, suplicó al jóven poeta que fuera á leer sus versos en una reunion compuesta de las personas de mas distincion que habia en la capital, y como la proposicion era demasiado lisonjera para ser rehusada, á despecho de su hijo, el padre solicitó y alcanzó el favor de ser admitido.

El jóven poeta empieza su lectura con suma confianza, y pronto le interrumpen los aplausos; continúa, y llueven las coronas sobre su cabeza; acaba, y el noble señor que le habia invitado se adelanta y le abraza en testimonio de su satisfaccion y contento en presencia de toda la ilustre concurrencia. En el mismo instante se ve salir del fondo de la sala un anciano de respetables canas vestido con un traje de decente indigencia, que con los ojos bañados en lágrimas quiere tambien abrazar al jóven laureado. Este vuelve la cabeza y se niega á reconocerle, y aquel anciano era... su padre!!! Una explosion de voces sale de todos lados del salon, y todos los labios repi-

ten estas palabras denigrantes: *¡Hijo ingrato!... ¡hijo desnaturalizado!...*

Hijo ingrato, hijo desnaturalizado: hé aquí, diréis, los únicos nombres que deben darse al hijo que se avergüenza de su padre; pero decidme por favor, ¿qué nombre merece el que se avergüenza de su Dios?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que nos enseñó todos los medios de unirnos á él para participar de los méritos de su redencion. Creo en él, le amo y quiero imitarle en la tierra, para ser semejante á él en el cielo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no me avergonzaré jamás de mi Religion.*

LECCION XX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—DEL PURGATORIO.

Exposicion de la creencia católica.—Pruebas de esta creencia.—El Antiguo Testamento.—El Nuevo Testamento.—Tradicion de la Iglesia.—Tradicion de las sectas separadas.—Tradicion de los gentiles.—La razon.—Ventaja social de este dogma.—Motivos de orar por los difuntos.—La gloria de Dios.—La caridad.—La justicia.—Nuestro interés personal.

Hemos visto en la leccion anterior que el purgatorio es el lugar donde las almas de los justos, salidas de este mundo sin haber satisfecho suficientemente á la justicia divina por sus faltas, acaban de expiarlas antes de ser admitidas á gozar la dicha eterna; porque es de fe que nada mancillado podrá entrar en el cielo. El dogma del purgatorio es una de las verdades mas consoladoras de la Religion, y para unirse al segundo Adan, nuestro espíritu debe creerla como todas las que nos ha revelado. Naturalmente estamos inclinados á admitirla; ¡es tan grato pensar que la muerte no rompe los lazos que nos unen á nuestros hermanos, y que podemos serles útiles aun despues de haber dejado la vida! Así pues, las pruebas que vamos á dar no tienen por objeto vencer nuestra repugnancia en creer esta verdad, sino fortalecer y consolar nuestra fe, demostrando que es bien fundada.

Principiemos por exponer lo que debemos creer sobre el purgatorio.

La Iglesia católica, reunida en el concilio de Trento, nos enseña con este motivo cuatro verdades: la *primera,* que despues del perdon de la culpa del pecado y de la pena eterna, alcanzada de Dios en el sacramento de la Penitencia, falta aun, ordinariamente hablando, que padecer una pena temporal; la *segunda,* que cuando no se ha satisfecho en este mundo, se puede y debe padecerse despues de la muerte en el purgatorio; la *tercera,* que las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden ser útiles á los muertos, aliviar y abre-

viar sus penas; y la *cuarta*, que el sacrificio de la misa es propiciatorio, y que tiene por consiguiente la virtud de borrar los pecados, y satisfacer á la justicia divina por los vivos y los muertos [1]. Luego es un artículo de fe que hay un purgatorio, y que podemos aliviar las almas que acaban de purificarse allí por medio de nuestras oraciones, nuestras buenas obras y el santo sacrificio de la misa. Pues bien, profesando esta interesante verdad, asociamos nuestra fe á la de todos los siglos, fe invariable porque está basada en la misma palabra de Dios que no se cambia.

PRUEBA PRIMERA DEL PURGATORIO. — *El Antiguo Testamento*. Algunos soldados pertenecientes al ejército de Judas Macabeo habian arrebatado, contra la prohibicion de Dios, en los templos de Samnia objetos consagrados á los ídolos, y los habian ocultado bajo sus vestidos en el momento de una batalla en la cual todos ellos perdieron la vida. Descubrióse su falta, que se miró como la causa de su muerte, en el instante en que iban á enterrarlos, y creyendo Judas Macabeo que habia motivo para pensar que no habian conocido bastan-

[1] Si quis post acceptam iustificationis gratiam, *cuilibet* peccatori poenitenti ita culpam remitti et reatum aeternae poenae deleri dixerit, ut nullus remaneat reatus poenae temporalis exsolvendae vel in hoc saeculo, vel in futuro in purgatorio, antequam ad regna coelorum aditus patere possit; anathema sit. *(Sess. VI, can.* 30).

Si quis dixerit totam poenam simul cum culpa remitti *semper* à Deo, satisfactionemque poenitentium non esse aliam quam fidem, qua apprehendunt Christum pro eo satisfecisse; anathema sit. *(Sess. XIV, can.* 12).

Si quis dixerit missae sacrificium tantum esse laudis, et gratiarum actionis, aut nudam commemorationem sacrificii in cruce peracti, non autem propitiatorium; vel soli prodesse sumenti; neque pro vivis et defunctis, pro peccatis, poenis, satisfactionibus et aliis necessitatibus offerri debere; anathema sit. *(Sess. XXII, can.* 3).

Estos decretos son sumamente sábios. El Concilio no decide si el *purgatorio* es un lugar particular en el cual están encerradas las almas, de qué modo son purificadas, si por medio del fuego ó de otra suerte, cuál es el rigor de sus penas ni su duracion, hasta qué punto las alivian las oraciones, las buenas obras de los vivos ó el santo sacrificio de la misa; si este sacrificio efectúa su libertad *ex opere operato*, ó de otro modo; si aprovecha á todas en general, ó únicamente á aquellas por quienes individualmente se ofrece, etc. Cada teólogo puede tener su opinion sobre estas diferentes cuestiones, pero no son dogmas de fe ni de una certidumbre absoluta, y nadie está obligado á adherirse á ellas. (Holden, *De Resol. fid.* lib. II, c. 6, § 1 et 2; Veron, *Regul. fid. cathol.* c. 2, § 3, n. 5, et § 5; Bossuet, *Exposicion de la fe*, art. 8; Bergier, art. *Purgatorio)*.

te la ley para comprender la gravedad de su infraccion, ó que se habian arrepentido delante de Dios antes de espirar, mandó hacer una cuesta y trasladar el dinero á Jerusalen, para que se ofrecieran sacrificios por sus pecados; *considerando*, dice la Escritura, *que está reservada una gran misericordia á los que mueren en la piedad. Luego es una santa y saludable idea el orar por los muertos para que sean libres de sus pecados* [1]. Así pues, se creia entre los judíos que era piadoso y saludable ofrecer sacrificios por los muertos para que fuesen libertados de sus pecados. El historiador Josefo nos indica bastante que esta creencia se conservaba en su tiempo, cuando atestigua que los judíos no oraban por los que se habian suicidado [2]. Pues bien, no oraban indudablemente por los que estaban ya en el seno de Abrahan, donde ninguna necesidad tenian de oraciones, ni por los que estaban en el infierno, donde las oraciones son inútiles. Creian, pues, en un estado medio entre uno y otro, y á este estado medio llamamos purgatorio.

Prueba segunda. — *El Nuevo Testamento*. Si la costumbre de ofrecer sacrificios y de orar por los muertos, que supone la creencia del purgatorio, no fuese, como pretende Calvino, mas que una invencion de Satanás, ¿cómo es que hallándola establecida Jesucristo, no desengañó nunca á los judíos? ¿Cómo no precavió á sus discípulos contra esta tradicion ilusoria, falsa y supersticiosa? Aun mas, sabia que todos los Cristianos la seguirian religiosamente durante siglos; que al renovar todos los dias el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, pedirian con fervor su aplicacion por las almas pacientes de sus hermanos finados; lo sabia y no les previene; ¿qué digo? él mismo aprobó y recomendó esta práctica á sus discípulos, y confirmó su fe en el purgatorio. Un dia les dijo: *Y todo el que dijere palabra contra el Hijo del Hombre, perdonada le será: mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro* [3]. Luego hay pecados que son perdonados en el siglo futuro, pues de otra suerte nada significaria la expresion del Salvador. Pues bien, como el pecado no puede ser perdonado en el siglo futuro en cuanto á la culpa y á la pena eterna, puede por consiguiente serlo en cuanto á la

[1] II Mach. XII, 46.
[2] *Guerra de los judíos*, c. 91. — Mr. Drach, *De la oracion por los muertos entre los judíos.*
[3] Matth. XII, 32.

pena temporal; pero este perdon no tiene lugar en el cielo, donde nada mancillado podrá penetrar, ni en el infierno, donde *no hay ya redencion*: luego entre el cielo y el infierno hay un lugar medio donde se cumple este perdon. Y á este lugar damos el nombre de purgatorio.

PRUEBA TERCERA.—*La tradicion de la Iglesia católica.* No solamente Nuestro Señor confirmó la fe de los Apóstoles en el purgatorio, y aprobó y recomendó la práctica de orar por los muertos, sino que les mandó tambien que predicasen la misma verdad y estableciesen el mismo uso. Así debe ser de toda necesidad, si está demostrado que los Apóstoles enseñaron á la Iglesia á orar por los muertos. Sí, está demostrado; es un hecho cierto como la existencia del sol, que desde los Apóstoles la Iglesia no ha cesado de ofrecer oraciones y sacrificios por sus hijos finados. Prolijo seria citar aquí todos los testimonios de los Padres y de los autores eclesiásticos que sientan la perpetuidad de esta interesante costumbre, y nos limitarémos á algunos. «Reuníos, dicen las constituciones apostólicas, en los cemen-«terios, leed allí los Libros sagrados, y cantad salmos en honra de «los Mártires y de todos los Santos, y por vuestros hermanos que «murieron en el Señor, y ofreced en seguida la Eucaristía [1].»

Tertuliano, que vivió tan cercano á la época de los Apóstoles, habla con frecuencia de la oracion por los muertos, y dice que esta costumbre está fundada en la tradicion [2]. San Cipriano, aludiendo á las oraciones por los muertos, escribe estas notables palabras: «Los «Obispos, nuestros predecesores, habian mandado ya que ninguno «de nuestros hermanos nombrase por testamento tutor ó curador á «un eclesiástico, y que si alguno lo hiciere, no se orase por él, ni se «celebrase el sacrificio por el descanso de su alma [3].» La decision de los Obispos anteriores á san Cipriano supone la práctica establecida de orar por los muertos, y nos indica la apostolicidad de su orígen.

Héla aquí con todas sus letras en san Crisóstomo: «No fue sin ra-«zon el que los Apóstoles ordenaran que al celebrarse los terribles «misterios se hiciera conmemoracion de los difuntos, porque sabian «cuánta utilidad y provecho reporta á los muertos [4].» San Agustin,

[1] Lib. VI, c. 30.
[2] De Coron. 3.
[3] Epist. IX.
[4] Homil. LIX ad popul. Antioch.

que compuso un tratado sobre nuestros deberes hácia los muertos, en que se mencionan sin cesar las oraciones por ellos, se expresa de este modo: «Las pompas fúnebres, el esplendor que las rodea y el «esmero suntuoso en la estructura de los mausoleos, aunque no sean «de ninguna utilidad á los difuntos, pueden ser en cierto modo un «consuelo para los vivos; pero de lo que no debemos dudar es que «las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio y las limosnas les pro«porcionan un alivio, y les alcanzan el ser tratados mas misericor«diosamente de lo que habian merecido, porque la Iglesia univer«sal, instruida por la tradicion de sus Padres, observa que en el pa«raje del sacrificio en que se hace mencion de los muertos, se ora y «se ofrece por todos los que murieron en la comunion del cuerpo de «Jesucristo [1].» El mismo Padre coloca, en su obra contra las herejías [2], á Aerio entre los herejes, como lo habia hecho antes que él san Epifanio, por haber negado, contra la doctrina y la tradicion de todos los siglos, la utilidad de orar por los muertos, atestiguándonos tambien uno y otro que era considerada en la Iglesia como una de las verdades reveladas y conocidas por tradicion apostólica.

San Isidoro nos lo enseña en estos términos: «Por cuanto la obli«gacion del sacrificio y la oracion por el descanso de los fieles que «murieron se hace en la Iglesia en toda la tierra, creemos que los «Apóstoles nos dejaron por tradicion esta costumbre. Sí, la Iglesia «la observa en todo lugar, y es cierto que si no creyera que los fie«les pueden alcanzar el perdon de sus pecados, no haria limosnas «para alivio de sus almas, ni ofreceria á Dios por ellos el sacri«ficio [3].»

Finalmente, san Cirilo de Jerusalen, al explicar á los fieles el uso de orar por los muertos, dice: «Oramos por nuestros Padres y nues«tros Obispos, y en general por todos los que entre nosotros salieron «de esta vida, con la firme esperanza de que reciben un grandísimo «alivio con las oraciones que se ofrecen por ellos en el santo y terri«ble sacrificio [4].» Seria inútil multiplicar los testimonios, pues los jefes de la Reforma protestante confiesan la existencia del purgatorio y la perpetuidad de la oracion por los difuntos. «Hace mas de mil

[1] Serm. CLXXII.

[2] Haeres. 53, 75.

[3] *Libro de los oficios divinos*, c. 415.

[4] Catech. V.

«trescientos años, decía Calvino, que ha sido costumbre el orar por «los muertos [1].» «En cuanto á mí que creo firmemente, decia Lutero, me atreveré á decir mas; yo que sé que el purgatorio existe, «estoy pronto á persuadirme de que la Escritura hace mencion de «él. Todo lo que sé del purgatorio es que las almas padecen allí «y pueden ser aliviadas con nuestras obras y oraciones [2].»

Prueba cuarta. — *Tradicion de las sectas separadas de la Iglesia.* Las liturgias de la mayor parte de las sectas que vamos á citar, aunque no se hayan escrito hasta el siglo IV, datan sin embargo de la época de los Apóstoles [3]. Hé aquí cómo se expresa la liturgia [4] de los Nestorianos de Malabar: «Acordémonos de nuestros padres, de «nuestros hermanos, y de los fieles que salieron de este mundo en la «fe ortodoxa; roguemos al Señor que los absuelva, les perdone sus «pecados y prevaricaciones, y les haga dignos de participar de la «felicidad eterna con los justos que se conformaron á la voluntad «divina.»

La liturgia de los Nestorianos caldeos: «Recibid esta oblacion, «Dios mio, por todos los que lloran, que están enfermos, que pa«decen en la opresion, las calamidades, las dolencias, y por los di«funtos que la muerte separó de nosotros... Perdonad los delitos y «pecados de los que murieron; os lo pedimos por vuestra gracia y «vuestra eterna misericordia.»

La liturgia de los armenios presenta bellísimas oraciones por los vivos y los muertos en general. El diácono exclama dirigiéndose á todos los fieles: «Pedimos que se haga mencion en este sacrificio «de los fieles en general, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, «que murieron con la fe en Jesucristo. — Acordaos, Señor, y tened «piedad de ellos,» responde el coro. — El presbítero solo: «Dadles «el descanso, la luz y un lugar entre vuestros Santos en vuestro rei«no celestial, y haced que sean dignos de vuestra misericordia.»

La liturgia de los griegos contiene esta recomendacion por los muertos: «Os ofrecemos tambien por el descanso y la libertad del «alma de vuestro siervo N... para que esté en el lugar luminoso don-

[1] Inst. lib. III, c. 5, § 70.
[2] *Disputa en Leipsick*, 6 de julio de 1519.
[3] Véase Bergier, art. *Liturgia.*
[4] La liturgia es el conjunto de oraciones, ritos y ceremonias que componen el culto divino.

«de no hay dolor ni gemido, y hagais que descanse, ó Señor Dios «nuestro, en el lugar donde brilla la luz de vuestro rostro.»

La liturgia de Alejandría, ó de los coftos jacobitas, hace conmemoracion de los muertos en estos términos: «Acordaos, Señor, «de todos los que se durmieron y acabaron sus dias en el sacerdocio, «como tambien de todo el órden de los láicos. Dignaos, Señor, con«ceder el descanso á sus almas en el seno de Abrahan, Isaac y Ja«cob; introducidlos en el paraíso de delicias, en esa morada de don«de están desterrados el dolor, la tristeza y los suspiros del corazon, «y donde brilla la luz de vuestros Santos.» Los mismos votos y las mismas oraciones se encuentran en las liturgias de las demás sectas separadas de la Iglesia, tales como los abisinios, los sirios [1], etc.

Luego es un hecho evidente, y así lo atestiguan todas las liturgias, que desde los tiempos apostólicos, no solamente los cristianos de la Iglesia católica, sino tambien los de las comuniones separadas, han recitado y recitan oraciones por los muertos en la celebracion de los santos misterios. Ahora bien, este acuerdo unánime de todos los Cristianos, esta uniformidad de todas las liturgias, suponen necesariamente un orígen comun, igualmente reconocido de amigos y enemigos, de católicos y disidentes; una autoridad mas sagrada á los ojos de los herejes que la de la Iglesia á la cual se negaban á someterse; una autoridad, en fin, que es imposible concebir y encontrar en otra parte que no sea en la doctrina de los Apóstoles. Luego á su doctrina y á la de su divino Maestro es preciso referir la costumbre universal de orar por los muertos, la creencia de la utilidad de estas oraciones y la del purgatorio que es inseparable.

Prueba quinta. — *La tradicion de los gentiles.* El dogma del purgatorio es una de esas verdades esenciales que pertenecen á la revelacion primitiva, y que la tradicion de nuestros primeros Padres ha transmitido á todos los pueblos de la tierra. Platon [2] distingue entre los muertos los justos que gozan de una dicha eterna, los malos que padecen suplicios igualmente eternos, y los desgraciados cuyos pecados son curables, y que solo son castigados para hacerse mejores: lo que está conforme con la creencia de los judíos y los cristianos ca-

[1] *Perpetuidad de la fe*, t. V, pág. 610; *Discusion amistosa*, t. II, página 257; Morin, *Oracion por los muertos; Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. II, pág. 12.

[2] En el Gorgias.

tólicos. La misma doctrina se encuentra en Virgilio [1]. Segun san Justino [2] y Tertuliano [3], los antiguos gentiles ofrecian sacrificios por los muertos, y empleaban ciertos ritos expiatorios para restablecerlos en su primera inocencia. Como se ignoraba la suerte de cada uno de los que dejaban la vida, se oraba generalmente por todos, y en las esquelas que enviaban para anunciar la defuncion de alguno, no omitian el hacer su elogio, para inducir á rogar por él [4]. Habia una liturgia, y fórmulas de oraciones para los difuntos, é invocábase á los *Santos* en su favor, como lo prueban diversas inscripciones grabadas sobre los sepulcros. Hé aquí algunas : «Almas celestiales, ve-«nid en su auxilio ; los dioses te sean propicios.» «Manes santísimos, «os recomiendo á mi esposo ; dignaos serle indulgentes [5].» Todos los pueblos gentiles de Oriente y Occidente han tenido costumbres semejantes.

Así pues, los gentiles, los judíos y los Cristianos están acordes en reconocer el dogma del purgatorio. Todas las naciones de la tierra y todos los siglos repiten á su modo : «Es un santo y saludable pen-«samiento el orar por los muertos, para que sean libres de sus peca-«dos [6].» Ahora bien, preguntarémos al protestante y al impío : ¿Qué sois vosotros para rechazar una creencia tan general y constante? ¿Qué teneis que oponer á la fe del mundo entero?

Prueba sexta. — *La razon*. Si á tantas autoridades no fuera supérfluo añadir una nueva prueba, la sacaríamos de la idea que nos da la Escritura de la justicia de Dios, diciéndonos que Dios dará á cada cual segun sus obras. Preguntamos : ¿es justo que un pecador que ha vivido en el desórden durante toda su vida, que se convierte sin embargo al morir, y que es restablecido al estado de gracia por medio de una penitencia sincera, sea tan abundantemente recompensado, y goce tan pronto de la dicha eterna, como un justo que ha perseverado durante toda su vida en la práctica de la virtud, y muere con los sentimientos de un perfecto amor hácia Dios? Este plan de justicia divina no entró jamás en un espíritu sensato [7]. Añadamos

[1] *Aeneid.* lib. VI, v. 33.
[2] Apol. II.
[3] *De Spect.* c. 12.
[4] *Historia de la Academia de las Inscripciones*, t. II.
[5] Id. t. I, pág. 270, y t. II, pág. 124.
[6] II Mach. XII, 46.
[7] Bergier, art. *Purgatorio*.

que si el error fue jamás útil, el purgatorio es ciertamente una gran verdad. En efecto, el Salvador confirmando, y la Iglesia conservando con tanto cuidado este dogma precioso y la interesante costumbre de orar por los muertos, han contribuido mas de lo que se piensa á mantener entre los vivos la caridad, garantía de todas las virtudes y base de la paz pública. Es muy digno de advertir que la caridad, que es el alma del Cristianismo, disminuye entre los vivos á medida que se extingue con respecto á los *muertos*.

La costumbre de orar por ellos nos despierta un tierno recuerdo de nuestros parientes y bienhechores, inspirándonos respeto hácia sus postreras voluntades; contribuye á la union de las familias, llamando á los miembros dispersos sobre el sepulcro de sus padres; con frecuencia los reconcilia, ó están muy próximos á amarse cuando lloran juntos, y finalmente amortigua en nosotros la fiebre de las pasiones recordándonos la nada de todo lo que no es Dios. Lo que hacen los herejes é impíos combatiendo y destruyendo esta piadosa costumbre es resistir á la inclinacion mas sagrada de la naturaleza, y pisotear la tradicion mas universal y respetable.

Motivos de orar por los muertos. 1.° *La gloria de Dios*. ¿Somos sensibles á la gloria de nuestro Padre celestial? ¿Nos interesan los ultrajes y la ingratitud de que es objeto de parte de tan gran número de hombres y hasta de cristianos? Aliviemos las almas del purgatorio, apresuremos su libertad, enviemos al cielo tantos adoradores como podamos y de los cuales el menos perfecto sobrepuja en perfeccion á todos los santos de la tierra; y resarcirán al Señor de la pérdida de tantas almas que todos los dias le deshonran y se pierden, le darán por nosotros y en nuestro nombre la gloria que con excesiva frecuencia le hemos arrebatado, consolarán al nuevo Adan uniéndose inseparablemente á él como los miembros á su cabeza, pues él mismo no les castigó sino con pesar, y espera y desea que desarmen su justicia. ¿Podemos dudarlo cuando en las divinas Escrituras se queja de que no le desarmen al querer castigar á los pecadores, que son sus enemigos?

2.° *La caridad*. Estos muertos no pertenecen tan solo al Señor, sino que nos pertenecen tambien á nosotros mismos, pues son nuestros hermanos en la fe; igual vocacion les separó de los infieles, el mismo signo de adopcion les fue impreso; fueron lavados con la misma sangre, alimentados con el mismo pan, santificados por la mis-

ma palabra y por los mismos Sacramentos. Aunque entrados antes que nosotros en la mansion de la eternidad, no han dejado de formar parte de la misma Iglesia; el sagrado lazo de la caridad cristiana continúa uniéndonos á ellos, y por esto la tierna madre, de que todos somos hijos, los recomienda cada dia al Señor en el augusto sacrificio, y les aplica las oraciones y buenas obras que se practican en la tierra. Son nuestros hermanos segun la carne; quizás son nuestros pastores, los que han formado nuestra infancia para la piedad, los que nos han proporcionado tantas veces el pan del alma, los que han abreviado sus dias por la actividad de su celo y de su solicitud hácia nosotros; quizás son nuestros parientes, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos; hé aquí á los que sufren, y sufren mucho, quizás solo por habernos amado demasiado, mientras nosotros gozamos de la vida que nos han dado, de los bienes que nos han dejado; hé aquí á los que entre las llamas elevan hácia nosotros sus manos y voces suplicantes, gritándonos: ¡Tened piedad de nosotros! ¡tened piedad de nosotros! ¡vosotros al menos que fuísteis nuestros parientes y amigos!

3.° *La justicia.* Descendamos al fondo de nuestra conciencia y preguntémonos formalmente á nosotros mismos: Entre este gran número de almas, ¿no hay alguna que esté en el purgatorio por causa mia? Con mis defectos ¿no he dado lugar á la impaciencia, á las palabras, á los actos reprensibles que mi padre, mi madre, mi hermano, mi hermana, mi amigo expian tan cruelmente? Pensemos en todas las ligerezas, en todos los escándalos mas ó menos graves de nuestra vida, y si tenemos valor para tanto, digamos: Nadie en el purgatorio sufre por causa mia.

4.° *Nuestro propio interés.* Aquellas almas no han hecho mas que precedernos, lo cual es suficiente advertencia de que las seguirémos. Las seguirémos, y ¿será nuestra piedad bastante sólida, nuestra caridad bastante ardiente, nuestra vida bastante pura, y nuestra muerte bastante preciosa delante de Dios para que podamos responder de que nada retardará nuestra felicidad eterna? ¡Ah! quizás un prolongado y riguroso purgatorio es la suerte mas favorable que la mayor parte de nosotros puedan esperar. Tengamos, pues, piedad de nosotros mismos, y apresurémonos á hacer que las almas del purgatorio sean otros tantos protectores nuestros cerca del Señor.

Libertadas por nuestros tiernos cuidados, aquellas almas bien-

aventuradas guardarán fielmente nuestros lugares en el cielo, y con el poder de sus oraciones apresurarán el momento de nuestra entrada en los eternos tabernáculos. No temamos por su parte olvido ni ingratitud, vicios desconocidos en el cielo, patria de la caridad. Si deseamos que despues de la muerte las almas del purgatorio nos salgan al encuentro y nos tiendan una mano victoriosa, presentémosles ahora una mano caritativa; recordemos aquellas palabras del divino Maestro: Se os tratará como habréis tratado á los demás. Además, aquellas almas no esperarán nuestra muerte para manifestarnos su agradecimiento; durante la vida, en nuestras tentaciones, en nuestras penas, en nuestra última hora, obtendrán para nosotros socorros proporcionados á nuestras necesidades, y desde este momento, ¡cuál será nuestro consuelo! ¡Ah! si el efecto de las oraciones y de los sacrificios de la Iglesia nos fuese visible, ¡cuál seria nuestra alegría al ver salir cada dia de su ardiente cárcel á algunas de aquellas almas bienaventuradas! Y ¡qué placer, si Dios se dignase revelarnos que son deudoras de su libertad á nuestra piedad, á nuestras buenas obras!

La oracion por los muertos es, junto con la confesion, una de las cosas que mas echan de menos los Protestantes: «Conocí á un luterano á quien convirtió al Catolicismo nuestra creencia en el purgatorio; habia perdido á un hermano adorado en medio de un festin, y sin cesar se acordaba, para tormento de su corazon, de aquel repentino paso del placer á la tumba. Su alma necesitaba consuelos; sabia la pureza que para el cielo se exige, y en su culto no hallaba lugar intermedio entre los celestes espacios y las profundidades del abismo; sus terrores se convertian en desgarradoras angustias, el reposo huia de sus miembros; sus dias eran tristes, sus noches sin sueño, y sus pensamientos sin esperanza. El jóven perdia diariamente y se acercaba mas y mas hácia el sepulcro, hácia el sepulcro de un hermano que debia compartir con él como un lecho de familia. Ordenósele viajar; pero él decia para sí: No tendré tiempo para ir léjos; moriré en una posada, cuidado por extraños mercenarios... y cuando habré cerrado los ojos se verán obligados á registrar mis papeles para saber el nombre del viajero que acaba de pararse para siempre, y que solo necesita de un hoyo en el cementerio.

«Sus amigos unieron sus ruegos á los mandatos del médico, y el

«jóven escocés vino al continente; me hallaba en el mismo buque «que él, y no tardamos en trabar conversacion, observando que ha-«bia entre nuestros caractéres muchos puntos de contacto.

«Al desembarcar, nos alojamos en una misma fonda, y al cabo de «algunos dias revelóme lo que habia derramado tanta tristeza sobre «sus juveniles años; la muerte de su hermano y su inquietud acerca de «los eternos destinos de un ser á quien tanto habia amado!... ¡Ah! me «dijo, el *dia de la Conmemoracion de los difuntos*, por amor á mi herma-«no voy á adoptar vuestro rito! ¡Oh! cuando me será dable orar por mi «hermano, respiraré, viviré para pedir cada dia la felicidad del cielo «por aquel á quien tanto amé en la tierra!... Vuestro culto hace que «aun despues de la muerte puedan los hombres ayudarse mútuamen-«te; vuestras oraciones despojan al sepulcro de su terrible silencio; «vosotros hablais todavía con los que han abandonado la vida; vos-«otros habeis conocido la debilidad humana, aquella debilidad que «no es el crímen, pero que tampoco es la *pureza;* y entre los límites «del cielo y de la tierra Dios os reveló un lugar de expiacion. Quizás «mi hermano se halla en él, y me haré católico para libertarle, pa-«ra consolarme aquí abajo, para aliviarme del peso que me oprime, «peso que no sentiré ya cuando me sea permitido orar. Y se hizo «católico [1].»

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos reve-lado el dogma consolador del purgatorio; inspiradme una grande compasion hácia las almas que vuestra justicia purifica allí.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero rezar cada dia una oracion por las almas del purgatorio.*

[1] ***Fiestas cristianas.***

LECCION XXI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo sexto del Símbolo.—Ascension.—Sus causas.—El nuevo Adan sube al cielo para abrirlo y tomar posesion del mismo en nuestro nombre, para enviar el Espíritu Santo, ser nuestro abogado, y gozar de su gloria.—Ventaja social de este artículo.—Artículo séptimo del Símbolo.—Juicio particular.—Su necesidad.—Juicio general.—Su necesidad.—Sus signos precursores.—Ventaja social de este artículo.

Despues de haber acompañado al Salvador hasta las partes mas ínfimas de la tierra, vamos á seguirle hasta lo mas alto de los cielos, y por todas partes le verémos cumpliendo la grande obra de la redencion. En el sexto artículo del Símbolo está contenida esta tierna verdad: *Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios, Padre todopoderoso.* Debiendo referir mas tarde la historia de la ascension, nos limitarémos á explicar aquí la parte dogmática de este misterio.

La fe nos enseña que despues de su gloriosa salida del sepulcro Nuestro Señor permaneció cuarenta dias en la tierra, con el doble objeto de instruir perfectamente á los Apóstoles en las verdades de la Religion, y de confirmarles en la fe de su resurreccion por medio de multiplicadas apariciones. Por poco que se reflexione, se conocerá la sabiduría de semejante conducta: por una parte los Apóstoles debian ser los primeros mártires de su predicacion, y por otra el misterio de la resurreccion es el fundamento del Cristianismo, y el poderoso anillo al que se reunen todos los demás; para el que lo admite, la fe no tiene dificultades. En efecto, si creo que Nuestro Señor resucitó, estoy obligado á creer que nació y que murió; además como la tierra no puede ser la residencia de los cuerpos gloriosos, creyendo en la resurreccion de Nuestro Señor debo creer en su ascension á los cielos.

Subió á los cielos. Así pues, debemos creer firmemente y sin vacilar que Nuestro Señor, despues de haber terminado la obra de nuestra redencion, subió al cielo como hombre, en cuerpo y alma.

Como Dios, jamás habia cesado de estar en él, puesto que por su divinidad está en todas partes y lo llena todo. Subió al cielo por su propia virtud y no por el auxilio de ninguna fuerza extraña, no como Elías, el cual fue trasladado al cielo en un carro de fuego, no como el profeta Habacuc y el diácono Felipe que fueron llevados por el aire por una virtud divina hasta distancias muy lejanas, y finalmente no como la santísima Vírgen que fue elevada á la bienaventurada Jerusalen por el poder de su divino Hijo. No solo Jesucristo subió al cielo por su propia virtud en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre. Es verdad que esto no se verificó por fuerzas naturales al hombre, mas la omnipotente virtud de que se hallaba llena su alma bienaventurada pudo trasladar su cuerpo á donde hubiese querido; pues su cuerpo, en posesion ya de la gloria, obedecia sin trabajo las órdenes y movimientos del alma. Hé aquí por qué decimos y creemos que Jesucristo subió al cielo como Dios y como hombre [1].

Esta palabra *subió* exige una nueva explicacion. Al hablar del Verbo eterno, se dice que bajó del cielo á la tierra para encarnarse, lo que es verdadero en el sentido de que se humilló hasta el punto de unirse con la naturaleza humana; mas seria falso si se quisiese dar á entender que al *descender* abandonó un lugar para ocupar otro, pues Dios está en todas partes. Del mismo modo cuando Nuestro Señor, como Dios, *subió* á los cielos, no por esto dejó de estar en este mundo como Dios [2]; sin embargo, el dia en que como hombre subió á los cielos, cesó de estar en el mundo con una presencia visible, quedándose con nosotros solo con una presencia invisible en el augusto Sacramento del altar.

Decimos *subió á los cielos*, y no al cielo, para indicar que Nuestro Señor atravesó todos los cielos inferiores, todas las bajas regiones del aire, para ir á tomar asiento en el cielo mas elevado, en el mas alto grado de gloria, donde reside la augusta Trinidad. En tan glorioso viaje tomó posesion del aire y de todos los cielos por donde pasó, santificando todas las partes superiores del universo, así como habia santificado las inferiores; semejante á un monarca, el cual con sus

[1] Sic igitur Christus ascendit in coelum propria virtute, primo quidem virtute divina, secundo virtute animae glorificatae, moventis corpus prout vult. (*D. Thom.* p. 3, q. 57, art. 3).

[2] D. Thom. id. id. art. 2.

solemnes entradas en sus ciudades y dominios los llena todos de su poder y de su gloria [1].

Y está sentado á la diestra de Dios, Padre todopoderoso. Estas palabras significan que Nuestro Señor está en el cielo como en el lugar de su reposo; que está allí como un rey en su trono para recibir homenajes y causar la alegría de los Ángeles y de los Santos. *Estar sentado* no significa aquí la posicion del cuerpo, pero sí la posesion cierta é inmutable del poder real y de la gloria infinita que Jesucristo recibió de su Padre; porque, segun dice el apóstol san Pablo, su Padre fue quien le resucitó, *colocándolo á su derecha en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominacion, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, mas aun en el venidero. Y todas las cosas sometió bajo los piés de él* [2].

A la diestra de Dios, Padre todopoderoso. Siendo el Padre eterno un puro espíritu, no tiene derecha ni izquierda; mas, para acomodarse á nuestro lenguaje, la Escritura se sirve de esta expresion, que indica que Jesucristo, en cuanto Dios, está en la misma categoría de gloria y de grandeza que su Padre. En cuanto hombre, Nuestro Señor se halla tambien á la derecha del Padre, no en el mismo grado de poder, porque Nuestro Señor como hombre es inferior á Dios, pero en el mismo grado de elevacion, en el mismo trono, porque en él la naturaleza humana está unida inseparablemente á la divina. Una comparacion hará patente esta verdad: cuando un rey revestido con su púrpura está sentado en su trono, ocupando todos los príncipes de la corte los asientos inferiores, la púrpura del rey brilla sobre todos los príncipes; y sucede así, no porque la púrpura sea igual al rey en dignidad, sino porque está unida al rey como su vestido. Del mismo modo el cuerpo y el alma, la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo está sentada sobre los Querubines y Serafines, á la derecha de Dios, no por la dignidad de su naturaleza, sino porque está unida á Dios no solo como la púrpura al monarca, sino de una manera mas estrecha, es decir, con una union perso-

[1] Quam mirifico mysterio noster Iesus Christus vel tactu corporis sui, vel transitu gloriae suae, omnem ad momentum creaturam sanctificat, vivificat et illustrat: aquas enim consecrat dum baptizatur; terram sanctificat dum sepelitur; mortuos suscitat dum resurgit; coeléstia glorificat dum ascendit ad coelum, et sedet ad dexteram Patris. (Aug. *Serm. XVII de Temp.*; Suarez, t. III, 3 part. dist. 5, sect. 2).

[2] Ephes. I, 20-22.

nal [1]. Para acomodarse á nuestro lenguaje, la Escritura se sirve de esta expresion, originada de una costumbre cási general entre los hombres, y que consiste en dar la derecha á aquel á quien se desea honrar; la idea de esta costumbre ha sido apropiada á las cosas espirituales, y para explicar la gloria que Jesucristo adquirió, y que le eleva, como hombre, sobre todo lo criado, se ha dicho que está sentado á la derecha de su Padre. Vese, pues, que se trata de una gloria singular y propia á Nuestro Señor, gloria que solo á él puede convenir [2].

Felicitemos sinceramente al Salvador por su glorioso triunfo, que debe tambien hacer latir nuestros corazones de gozo y de reconocimiento, pues por nosotros subió al cielo; en su persona tomamos nosotros posesion de aquel hermoso reino; y nuestra carne y sangre regeneradas son las que se hállan á la derecha del Padre todopoderoso.

En efecto, si investigamos las causas de la ascension del Salvador, la fe nos contesta que el segundo Adan subió al cielo: 1.° Para abrir sus puertas cerradas desde el pecado del primer Adan, y tomar posesion de él en nombre del género humano. *Vendré otra vez y os tomaré á mí mismo para que en donde estoy, esteis tambien vosotros,* decia á sus Apóstoles el dia de la cena [3]; y para manifestar mejor la certeza de sus promesas, llevó consigo á la mansion de la eterna bienaventuranza á las almas de los Santos á quienes habia librado de las tinieblas. ¿Cómo, pues, es posible no afirmar la esperanza en nuestros corazones? Vemos al segundo Adan, á nuestro Padre, á nuestro Jefe, subir al cielo como hombre, y colocar la naturaleza humana á la derecha de su Padre; ¿puede haber motivo mas poderoso para esperar que nosotros, que somos sus miembros, subirémos igualmente al cielo, y que nos reunirémos con nuestro Jefe? Así pues, el Salvador subió á los cielos para preparar nuestro sitio.

2.° Subió á ellos, ¡oh admirable bondad! para guardárnoslos. El apóstol san Pablo nos lo representa en pié delante del trono de su Padre, intercediendo por nosotros, abogando por nuestra causa, ob-

[1] Belar. *Dottr. crist.* 45.

[2] Ad dexteram Dei dicitur honoris et felicitatis inenarrabilis celsitudo. (S. Aug. *Serm.* CCXIV).

[3] Ioan. XIV, 3.

teniéndonos por su mediacion todopoderosa las gracias necesarias ya para que no nos separemos del camino del cielo, ya para que volvamos á él si por desgracia nos hemos extraviado. De aquí estas tiernas palabras del discípulo querido : *Hijitos mios, esto os escribo para que no pequeis. Mas si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo el Justo; y él es propiciacion por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros, mas tambien por los de todo el mundo* [1].

3.° Subió á los cielos para excitar en nosotros el deseo de seguirle. Á consecuencia del pecado del primer Adan, el género humano habia olvidado su verdadera patria, y solo sentia por ella indiferencia y disgusto, cuando el nuevo Adan al ascender á ella cambió nuestra indiferencia en amor, nuestro disgusto en deseos. ¡Es tan natural que hijos bien nacidos suspiren por la felicidad de reunirse con un Padre querido! Y para alimentar en nosotros este deseo sobrenatural nos envió el Espíritu Santo, el cual desprende nuestros afectos de la tierra y los eleva sin cesar hácia el cielo.

4.° El Salvador subió al cielo para poner el sello á todas las profecías que hablaban de su persona sagrada, de su vida y de sus acciones, segun las palabras del Apóstol : *Subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas* [2]. Hé aquí por qué los Padres de la Iglesia llaman á la ascension el feliz término de la peregrinacion de Nuestro Señor Jesucristo [3].

5.° Subió á los cielos, porque su cuerpo, convertido en glorioso é inmortal por su resurreccion, pedia otra residencia que esta tierra humilde y oscura, y no debia habitar sino en las brillantes alturas de las eternas colinas; y esto no solo á fin de gozar de la gloria y del reino que con su sangre habia conquistado, sino para enseñarnos que nuestro cuerpo, restablecido sobre el modelo del suyo, participaria un dia de la misma felicidad. ¡Ojalá no olvidemos jamás que la condicion indispensable para ser glorificados con él en la eternidad es vivir y sufrir como él en el tiempo!

Pocas palabras bastarán para demostrar la influencia social de este

[1] I Ioan. II, 1.

[2] Ascendit super omnes coelos, ut impleret omnia. (*Ephes.* IV, 10).

[3] Solemnitas haec, consummatio et adimpletio est reliquarum solemnitatum, et felix clausula totius itinerarii Filii Dei. (S. Bern. *Serm. II de Ascens.*). — Dominicarum festivitatum omnium complementum. (S. Epiph. *Orat. de Christi Assumpt.*).

nuevo artículo del Símbolo. Jesucristo subió al cielo; subió á él por mí; subiré á él un dia; hé aquí ciertamente la mas noble consagracion del móvil mas poderoso de las virtudes públicas y privadas, la esperanza.

Quitad la esperanza del cielo, y la virtud no será mas que un nombre vano adoptado por los necios en provecho de los malos; los bienes presentes lo serán todo para el hombre, y desencadenaréis la ambicion, la avaricia, la voluptuosidad, mónstruos que transforman la sociedad en una sangrienta arena. No hableis de fidelidad, de sacrificios; solo el egoismo reinará por todas partes, el egoismo duro, inexorable. El suicidio será un acto lógico, y la sociedad no tendrá otra base que el cadalso, ni otros protectores que los carceleros y el verdugo.

Devolved por el contrario la esperanza del cielo, y veréis una multitud de almas generosas dar los bienes de la tierra en cambio de los de la eternidad; admiraréis sacrificios en todas partes, y se aliviarán todas las miserias humanas; la sociedad descansa en paz; la virtud tiene una causa, un fin, pues espera una recompensa. Entre los innumerables prodigios obrados por la esperanza del cielo, que brillan en los anales de la Iglesia como las estrellas en la bóveda del firmamento, solo citarémos uno de una fecha reciente y que conmovió vivamente toda la Alemania. En 1824, la ilustre Condesa de Welsersheimb abandonaba el mundo cuyo adorno era, su familia que la adoraba y su inmensa fortuna, para convertirse en una humilde y pobre religiosa en un convento del Santísimo Redentor; á los muchos que reprobaban su conducta, contestaba alegremente: «No os «comprendo; ¿por qué admiraros de que me haya dejado seducir «por las magníficas promesas de aquel que da el céntuplo á los que «lo abandonan todo para seguirle? ¿Os admiraria acaso el que un «pobre abandonase por algun tiempo su hogar á fin de marchar á «un país lejano para recoger una rica herencia?» La Condesa no estuvo mucho tiempo fuera de su hogar, pues el 24 de marzo de 1841 Nuestro Señor vino á buscar á su esposa para conducirla á las eternas bodas [1]. Un solo instante de meditacion basta para fecundar estos rápidos apuntes, y para manifestar el lugar inmenso que ocupa en el mundo el sexto artículo del Símbolo católico.

[1] *Memorias sobre san Alfonso de Ligorio*, t. III, pág. 728.

Dijimos en las lecciones anteriores [1], que desde el pecado original la vida es un plazo concedido al hombre por la justicia divina para hacer penitencia uniéndose al nuevo Adan, y hemos visto tambien que este nada omitió para formar entre él y nosotros esta saludable union y para hacerla duradera. Con este objeto se hizo nuestro Redentor, y continúa siendo nuestro abogado en el cielo; mas cuando el tiempo de prueba habrá terminado, vendrá á separar á los que se habrán aprovechado de él, es decir, á los que se hayan unido con él, de los que habrán permanecido unidos con el antiguo Adan, y tratará á cada uno segun sus obras. Tal es la imponente verdad contenida en el artículo séptimo del Símbolo: ***Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.***

Antes de explicar la principal verdad expresada por estas palabras, debemos hablar del juicio particular; es, pues, necesario saber que hay dos clases de juicio, el juicio particular y el juicio general.

El juicio particular es aquel que se verifica respecto de cada uno de nosotros en el momento en que abandonamos la vida; al separarse el alma del cuerpo, aquella se encuentra en presencia de Dios, el cual, iluminando de repente su entendimiento, le muestra, como en un espejo, todas sus obras, buenas ó malas, y la recompensa ó el castigo que le han merecido. El juicio tiene lugar en el mismo paraje en que se muere, porque el Juez está en todas partes; en él Dios aparece como juez, el alma como acusada, el Ángel del cielo que fue de su guarda como testigo, y el demonio como acusador; y el alma es juzgada, como ya hemos dicho, por todos los pensamientos, por todas las palabras y por todas las acciones de la vida; por todo el mal que ha cometido, por todo el bien que ha debido hacer y que no ha hecho, y por todo el bien que ha hecho mal [2]. La sentencia se ejecuta al momento; el infierno, el purgatorio ó el cielo son inmediatamente la residencia del alma, segun su estado, y es claro que,

[1] Leccion XV, 1.

[2] In cogitationibus enim impii interrogatio erit. (*Sap.* I, 9).—Perversae enim cogitationes separant à Deo. (*Id.* I, 3; *Matth.* XV, 19).—Omne verbum otiosum quod locuti fuerint homines, reddent rationem de eo in die iudicii. Ex verbis enim tuis iustificaberis, et ex verbis tuis condemnaberis. (*Matth.* XII, 36, 37).—Esurivi enim et non dedistis mihi manducare, etc. (*Id.* XXV, 42).—Maledictus qui facit opus Dei negligenter. (*Ierem.* XLVIII, 10).—Omnes enim nos manifestari oportet ante tribunal Christi, ut referet unusquisque propria corporis, prout gessit, sive bonum, sive malum. (II Cor. V, 10).

siendo el Juez infalible, la sentencia es irrevocable. Tambien es evidente, aun á los ojos de la razon, que el juicio particular es necesario.

Efectivamente, Dios no seria justo, no seria Dios, si tratase de igual suerte á los que lo ofenden y á los que le sirven; es preciso, pues, que los buenos y los malos le dén cuenta de su vida, para que dé á cada uno segun sus obras. Además este juicio debe tener lugar luego despues de la muerte, porque el tiempo, es decir, el plazo concedido á cada hombre para ganar el cielo, ha finido; la eternidad empieza, y la eternidad es la recompensa ó el castigo inmediato de la vida.

Pasemos ahora á la explicacion literal del sexto artículo del Símbolo, y hablemos del juicio final.

1.° *Verdad del juicio final.* Al hablar del fin del mundo, Nuestro Señor declaró que habria un juicio general [1]; todos los hechos vaticinados por el divino Maestro se han verificado literalmente; luego del mismo modo se verificará este. Estas palabras, *desde allí ha de venir,* nos indican, segun las Escrituras, que al fin del mundo Nuestro Señor abandonará la derecha de su Padre para venir de nuevo á la tierra, á fin de exigir á los hombres una cuenta pública y rigurosa de todas sus obras, y pronunciar respecto de los buenos y de los malos la sentencia que fijará su suerte durante una eternidad. Tambien nos advierten dichas palabras que no creamos al Anticristo, el cual vendrá de la tierra y querrá hacerse reconocer por Nuestro Señor, pues este no vendrá de la tierra, sino del cielo, y lo verificará en cuerpo y alma, con gran poder y majestad, sentado sobre las nubes, precedido de su cruz, y acompañado de los Ángeles y de los Santos, de modo que será imposible desconocerle. El Padre y el Espíritu Santo vendrán igualmente; pero como Jesucristo nuestro Señor, como hombre, será el único juez visible á los ojos del cuerpo, por esto se dice que será él solo quien vendrá á juzgarnos. El juicio se verificará en la tierra y no en el cielo; por una parte, porque en la tierra han merecido ó desmerecido los hombres, y en ella han sido perseguidos y humillados Nuestro Señor y sus fieles servidores; y por otra, porque el juicio debe ser igualmente para los buenos y para los malos, y ni estos ni los demonios pueden poner el pié en el cielo, donde no puede entrar nada manchado. Segun un gran número de Doctores fundados en la profecía de Joel, el juicio final ten-

[1] **Matth. xxv, 31.**

drá lugar en el valle de Josafat, situado cerca de Jerusalen, entre la montaña de los Olivos y el Calvario, á fin de que la vista de aquellos santos Lugares aumente la alegría de los buenos y la desesperacion de los malos [1].

Desde allí ha de venir á juzgar. Jesucristo, Señor nuestro, será el juez, pues es conveniente y justo que así sea. Tratándose de juzgar á los hombres, ¿no es oportuno, y hasta necesario, que puedan ver su cuerpo, oir la sentencia que será proferida, en una palabra, conocer su juicio por sus propios sentidos? Esta es otra justicia que debemos á Jesucristo; condenado injustamente en la tierra por los malos, ¿no es justo que aparezca á su vez, sentado en su trono, para juzgar á todos los hombres? Jesucristo juzgará no solo como Dios, sino como hombre; él mismo nos lo enseña así. *El Padre dió al Hijo,* dice, *el poder de hacer juicio, porque es Hijo del Hombre* [2]. Igual verdad predica el Príncipe de los Apóstoles, cuando dice : *Nos mandó que predicásemos al pueblo, y que diésemos testimonio de que él es el que Dios ha puesto por juez de vivos y de muertos* [3].

2.° *Necesidad del juicio final.* Si el juicio particular es necesario, no lo es menos el juicio general; en efecto, es preciso que se haga justicia : 1.° respecto del Hijo del Hombre: desconocido por los judíos, crucificado por los paganos, blasfemado por los herejes, insultado por los impíos, deshonrado por los Cristianos, es necesario que se le haga una reparacion solemne, completa; es necesario que el mundo todo caiga una vez de rodillas delante de aquel que por amor al mundo quiso morir en una cruz.

2.° Es preciso que se haga justicia respecto del justo : tratado actualmente como su divino Maestro, desconocido, despreciado, perseguido, escarnecido como él, es necesario que un dia se cambie en corona de gloria su corona de espinas, y esto á los ojos del universo; es necesario que se vea de qué parte estuvo la razon, y que el órden públicamente violado para él sea públicamente restablecido.

3.° Es preciso que se haga justicia respecto del pecador : coronado de rosas en la tierra, nadando en los placeres, burlándose con insolencia de Dios y de su ley, es necesario que reconozca un dia con la frente humillada en el polvo el soberano imperio de aquel

[1] Ioël, III.
[2] Ioan. V, 27.
[3] Act. X, 42.

cuyas órdenes, promesas y amenazas se atrevió á despreciar; es necesario que á la vista de los hombres y de los Ángeles el vicio audaz sea un dia cubierto de la ignominia y del desprecio con que intentó por tanto tiempo cubrir á la tímida virtud.

4.° Es preciso que se haga justicia respecto del hombre todo, cuya alma fue la única que compareció en el juicio particular; es preciso que el cuerpo sea juzgado á su vez, y que el hombre reciba públicamente en su cuerpo y en su alma la recompensa ó el castigo de las obras que su alma y su cuerpo practicaron de consuno durante su union mortal.

5.° Es preciso que se haga justicia respecto de todos los hombres, cualquiera que háya sido su vida; pues al morir los hombres dejan hijos, discípulos ó amigos, que imitan sus ejemplos y siguen sus consejos, lo que debe necesariamente hacer aumentar la recompensa ó el castigo largo tiempo despues de su muerte; mas como la influencia funesta ó saludable que ejercen sobre tantas personas solo puede acabar con el mundo, de aquí es que para hacer completa y exacta justicia es necesario que se proceda á un exámen y á una minuciosa averiguacion de todas las acciones y de todas las palabras buenas ó malas, causadas por el ejemplo hasta el fin de los tiempos, lo que no puede tener lugar sino por un juicio general de todos los hombres, en la consumacion del mundo [1].

[1] La idea de que el crímen de los escandalosos no acaba con su vida y de que son realmente responsables de las consecuencias de sus escándalos hasta el fin del mundo, es muy eficaz para inspirar á los fieles un vivo horror hácia aquel pecado diabólico. El Catecismo del concilio de Trento, aprobado por la Iglesia, dice positivamente que los tormentos de los que han sido reprobados por causa de escándalo aumentan y aumentarán progresivamente todos los dias hasta el fin de los siglos, á medida que se cometerán en el mundo nuevos crímenes, ocasionados por sus perniciosos ejemplos. Así pues, únicamente en el juicio final, en que la medida de sus crímenes habrá llegado á su colmo, podrán fijarse de un modo definitivo su condenacion y su suplicio.

Deducid de aquí cuán desgraciada debe ser la suerte de los heresiarcas, de los autores ó fautores de cismas, de los que han inundado la sociedad de libros detestables, y de todos los escandalosos en general.

Por el contrario, el buen ejemplo dará cada dia nuevos frutos de mérito y de recompensa para los que lo habrán dado á sus semejantes, y hasta el juicio no se fijará definitivamente el grado de su felicidad y de su gloria; hasta entonces irá siempre en aumento. Tal es la idea del Catecismo del concilio de Trento. ¿Puede darse nada mas consolador? *(Nota de monseñor el Arzobispo de Montauban, trad. del Catecismo del concilio de Trento).*



6.° Finalmente, es preciso que se haga justicia respecto de la Providencia: calumniada, negada por los obcecados mortales, es necesario que el mundo entero preste un dia homenaje á la sabiduría de sus consejos, á la dulzura de sus vias, á la economía profunda de su conducta; en una palabra, es preciso que todo vuelva un dia al órden turbado por el pecado. No es esto todo, es preciso que este órden se restablezca de un modo solemne y extraordinario á fin de reparar todos los escándalos, y un juicio público, universal, de todas las naciones reunidas, es el único medio de reparar públicamente el órden públicamente violado. *Juntaré todas las gentes,* dijo el Señor, *y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas* [1].

3.° *Circunstancias del juicio final.* En su infinita bondad, el Salvador no se limitó á anunciar el juicio final, sino que indicó las señales que deben precederle: 1.° á fin de mantener á todos los hombres en un saludable temor, pues todos compareceremos á aquel formidable juicio, que está en un sentido tan cercano de nosotros como el dia de nuestra muerte [2].

2.° Á fin de dar á conocer á los cristianos de los últimos tiempos la aproximacion del fin del mundo y la necesidad de estar prontos. Las señales del juicio son de dos clases: unas que precederán de algun tiempo la venida del sumo Juez, y otras que la precederán de muy poco tiempo, ó que la acompañarán. Hé aquí, segun la Escritura y la tradicion, las señales precursoras del juicio y del fin del mundo:

1.° La predicacion del Evangelio por toda la tierra. *El Evangelio del reino será predicado por todo el mundo,* dice el Salvador, *en testimonio á todas las gentes, y entonces vendrá el fin* [3]. La palabra *entonces* es muy digna de atencion, pues parece indicar que apenas el Evangelio habrá dado la vuelta al mundo, cuando llegará el fin de los tiempos.

2.° La apostasía. *El fin no será,* dice san Pablo, *antes que venga*

[1] Ioël, III, 2.

[2] Tunc veniet unicuique dies ille, cum venerit ille dies, ut talis hinc exeat, qualis iudicandus est illo die. Ac per hoc vigilare debet omnis Christianus, ne imparatum eum inveniat Domini adventus: imparatum invenerit dies ille quem imparatum invenerit vitae huius ultimus dies. (S. Aug. *Serm. IL de Temp.* et *XVI de Verb. Dom.*).

[3] Et praedicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus; et tunc veniet consummatio. (*Matth.* XXIV, 14).

la apostasía [1]. Por apostasía se entiende la rebelion de los pueblos contra los Reyes y sobre todo contra el Sumo Pontífice, y finalmente contra Jesucristo y su Evangelio [2]. Siendo la apostasía una señal precursora del juicio final, será pública, patente, general, y no solo los particulares, sino las naciones como naciones estarán simultáneamente en rebelion contra sus príncipes, contra el Sumo Pontífice y contra Nuestro Señor, como Dios y como Rey.

3.° El Anticristo. *El dia del Señor no será*, continúa el Apóstol, *sin que antes sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdicion, el cual se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios* [3]. Pervertidas las naciones por las doctrinas anticristianas, las que derramarán por todas partes el espíritu de impiedad y de rebelion, vendrá un hombre que será á la vez su personificacion y su castigo, siendo por lo mismo el mas espantoso tirano que el mundo habrá conocido. Este hombre será el Anticristo; segun los intérpretes reinará tres años y medio, y recibirá la muerte de Nuestro Señor, luego de su venida. Las persecuciones que ejercerá contra los elegidos serán la última y la mas terrible prueba de la Iglesia.

4.° La conversion de los judíos. Esta señal está indicada por una tradicion constante, fundada en muchos textos de la Escritura, y en particular en la epístola de san Pablo á los romanos [4]. Antes de convertirse, los judíos empezarán por salir de la inmovilidad en la que han vivido desde la ruina de Jerusalen, serán emancipados, entrarán en la corriente de las ideas cristianas, hasta que reconozcan públicamente á Nuestro Señor Jesucristo por el Mesías.

5.° La caida del imperio romano. Por imperio romano se entiende el imperio que se perpetuó, en Occidente, en la persona de Carlomagno y de los emperadores de Alemania, los cuales nó cesaron hásta en 1806 de llevar el título de Emperadores de romanos, y su imperio el de sacro romano imperio; en Oriente, en los emperadores de Constantinopla, cuyo poder fue destruido por Mahometo II

[1] Ne quis vos seducat ullo modo : quoniam nisi venerit discessio primum. (*II Thess.* II, 3).

[2] Discessio scilicet populorum à suis principibus et praesertim à romano imperio et à romano Pontifice... Tune denique à fide et à Christo. (*Menoch.*; *Corn. à Lapid.*; *S. Ambr.* etc., etc.).

[3] ...Et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne quod dicitur Deus. (*II Thess.* II, 4).

[4] Rom. XI, 23-32.

en 1453, y luego el imperio temporal y espiritual del Sumo Pontífice. Ahora bien, es una tradicion universal, y podríamos decir apostólica, que la caida del imperio romano será un signo precursor del juicio final [1].

En cuanto á los signos que precederán inmediatamente al juicio final, ó que lo acompañarán, hé aquí en qué términos el mismo Salvador los anunció á sus Apóstoles : Cuando el fin del mundo y el dia del juicio estarán próximos, se verán señales en el sol, en la luna y en las estrellas; en la tierra, las naciones estarán consternadas por la confusion que causará el ruido del mar y de sus olas; los hombres quedarán yertos de terror por lo que deberá ser del universo. El sol se oscurecerá, la luna no dará luz, las estrellas caerán del cielo, y se desplomará la bóveda celeste. Entonces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre; á su vista todas las naciones de la tierra manifestarán su dolor, y verán llegar al Hijo del Hombre sobre las nubes con un gran poder y majestad. Al mismo tiempo este enviará sus Ángeles con la trompeta, los que gritarán con voz atronadora : Muertos, levantaos, venid á juicio; y los sepulcros se abrirán, y cuantos duermen en el polvo de la tierra oirán la voz del Hijo de Dios; de ella saldrán los unos para la gloria, otros para el eterno oprobio, y los Ángeles reunirán á los elegidos de Dios de las cuatro partes de la tierra, desde un extremo del cielo hasta el otro [2].

Al recuerdo de sus elegidos, de los amados de su corazon, el Salvador suaviza de repente estas terribles imágenes; quiere que lo que debe hacer quedar á los malos yertos de dolor y de espanto sea para aquellos un motivo de placer y de confianza. Efectivamente, las señales que anunciarán á los primeros la imprevista venida del Vengador de sus crímenes serán para los segundos el presagio infalible de la llegada del Remunerador de sus virtudes; á estos dirigia, pues, estas consoladoras palabras en la persona de los Apóstoles que los representaban á todos : *Cuando comenzaren, pues, á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redencion* [3].

[1] Véanse las ampliaciones y las pruebas en nuestra *Introduccion á la Historia de la familia*, pág. 149-190.

[2] Matth. xxiv, 29. — Sobre el lugar que se necesitará para contener á los hombres, aun suponiendo que resuciten con la misma cantidad de materia, véase el *Catecismo filosófico* de Feller, pág. 500. Este lugar es menos extenso de lo que á primera vista parece.

[3] Luc. xxi, 28.

Cuando todos los preparativos del juicio quedarán terminados, el Hijo del Hombre, acompañado de sus Ángeles, rodeado de todo el brillo de su majestad, sentado sobre una nube luminosa como en su tribunal, teniendo á su lado á sus doce Apóstoles en calidad de asesores, y en su presencia á todas las naciones reunidas, abrirá el gran libro de las conciencias, publicará todas las sentencias ocultas, dadas en juicio particular, las manifestará á los Ángeles, á los Santos, á todos los hombres, y la esperanza del hipócrita morirá [1]. Instruida la causa, instruida en virtud de pruebas tan convincentes que los mismos perversos se verán obligados á condenarse á sí mismos, ordenará á sus Ángeles que procedan á la última y desgarradora separacion de unos hombres de otros, al modo que el pastor separa las ovejas de los cabritos; hará colocar los primeros á su derecha, y los segundos á su izquierda, y luego el Rey pronunciará la eterna sentencia en estos términos: Venid, benditos de mi Padre, dirá á los justos; poseed el reino que os está preparado desde la creacion del mundo; pues he tenido hambre y me habeis dado de comer; he tenido sed y me habeis dado de beber; fuí huésped y me habeis hospedado; desnudo me vestísteis; enfermo me visitásteis; preso me vinísteis á ver. Entonces los justos le contestarán: Señor, ¿cuándo fue que te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo fue que huésped te hospedamos, que desnudo te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo ó encarcelado y te fuimos á ver? El Rey les contestará: En verdad os lo digo: que en cuanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis.

Luego, volviéndose hácia los réprobos, les dirá con voz terrible: ¡Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles; porque he tenido hambre y no me habeis dado de comer; he tenido sed y no me habeis dado de beber; fuí huésped y no me habeis hospedado; desnudo no me habeis vestido; enfermo no me habeis visitado; preso no me habeis venido á ver. Á su vez le dirán los réprobos: Señor, ¿cuándo fue que te vimos hambriento y sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó preso, y no te asistimos? Entonces les contestará: En verdad os lo digo: que en cuanto no lo hicísteis á uno de estos pequeñitos,

[1] Illuminabit abscondita tenebrarum, et manifestabit consilia cordium. (*I Cor.* IV, 5).—Spes hypocritae peribit. (*Iob*, VIII, 13).

ni á mí lo hicísteis; y estos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna [1].

Despues de estas palabras, los elegidos se elevarán triunfantes hácia el cielo cantando el eterno himno de gratitud y de amor, y los réprobos serán precipitados á los abismos del infierno con los demonios; un Ángel cerrará sus puertas, pondrá en ellas el sello de Dios, que jamás se romperá, y la eternidad reinará por todas partes.

4.° *Existencia del infierno.* Tan claramente como hay un Dios, asimismo las últimas palabras del Juez supremo nos enseñan que hay un infierno, y un infierno eterno, es decir, un lugar donde la justicia divina castiga y castigará durante toda la eternidad á los que habrán muerto en estado de pecado mortal. La creencia en una vida futura, donde los buenos son recompensados y los malos castigados eternamente, es tan antigua como el mundo, y tan extendida como la raza humana, habiéndose encontrado aun entre los salvajes que manifestaban apenas señales de religion. Todos sabemos como Virgilio, aquel armonioso eco de las tradiciones antiguas, profesó la eternidad del infierno, como reconoció su equidad, y como celebró su completa victoria sobre el crímen: *El desgraciado Teseo está inmóvil en el infierno y lo estará para siempre* [2]. Antes que él, Platon habia dicho expresamente: Los malos son precipitados al Tártaro para no salir ya mas [3]. «Convengo, dice el mismo en otra parte, que se «puede hacer muy poco caso de lo que digo; pero despues de re- «flexionar maduramente y todo bien exáminado, nada he hallado «que estuviese tan conforme con la sabiduría, la razon y la ver- «dad [4].»

¿Cuál será el orígen de esta creencia tan contraria á todas las pasiones, sino una revelacion primitiva? Sin embargo, los Saduceos pretendian oscurecer este dogma constantemente profesado entre los judíos, así como algunos filósofos paganos querian tambien destruirlo en los demás pueblos con sus falsos razonamientos; de modo que era muy necesario que Nuestro Señor lo confirmase con sus lec-

[1] Et ibunt hi in supplicium aeternum, iusti autem in vitam aeternam. (*Matth.* xxv, 35-46).

[2] ....Sedet aeternumque sedebit
Infelix Theseus. (*Æneid.* lib. VI, v. 345).

[3] *In Phedon.*

[4] *In Gorgia.*—Nada mas fácil que multiplicar sobre este punto los textos de los autores profanos. (Véanse todas las *Demostr. evang.*).

ciones: esta fue la causa por que declaró en términos precisos que los malos *irán al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus ángeles;* que *el fuego del infierno nunca se apaga;* y que *el gusano que roe á los condenados no muere* [1]. Así pues, la existencia de un infierno, y de un infierno eterno, es una verdad que la Iglesia católica, fundada en las palabras de Nuestro Señor, ha enseñado siempre, condenando como herejes á cuantos han querido negarla; verdad que no podemos poner en duda so pena de condenarnos. Efectivamente, cuando Jesucristo Señor nuestro dijo: Los justos irán á la vida *eterna,* todos convienen en que quiso hablar de una vida que jamás acabará; luego, al decir en el mismo paraje: Los malos irán al fuego eterno, quiso significar un fuego que no tendrá fin. De otro modo el Hijo de Dios nos habria inducido en error al dar en un mismo punto y sin advertirlo un doble sentido á la misma palabra.

La razon confundida está próxima á resistirse á la idea de un infierno eterno; mas, cuando vuelve en sí, no puede menós de rendir homenaje á la justicia de aquel castigo. Hé aquí su modo de razonar: En el tribunal de Dios, que es la misma justicia, es necesario de toda necesidad que haya proporcion entre el crímen y el castigo; ahora bien, el pecado es á la vez finito é infinito; finito, porque es obra de una criatura finita y limitada; infinito, en cuanto ultraja á una majestad infinita, y la injuria crece en proporcion de la persona injuriada; luego es necesario que el castigo del pecado para ser justo sea á la vez finito é infinito; y como en rigor no puede ser infinito por ser una criatura finita la que lo ha de sufrir, debe ser infinito en su duracion. De este modo la razon, cuando es imparcial, se demuestra á sí misma la rigurosa necesidad de un infierno eterno.

Por otra parte, ¿qué es un réprobo? Es un hombre que no aprovechó el plazo que Dios le habia dado, és decir, la prueba del tiempo. ¿Qué digo? Es un hombre que sale de ella mas manchado de lo que estaba al empezar aquella, que tiene la voluntad de pecar, de ultrajar á Dios; la muerte le sorprende en esta disposicion, y en ella queda. En este estado cae entre las manos de Dios; el tiempo ya no existe para él; luego mientras tenga la voluntad del crímen, debe sufrir el castigo. La voluntad la tendrá siempre; luego debe ser cas-

[1] Matth. XXV, 41; Marc. IX, 43.

tigado siempre : tal es el razonamiento incontestable de san Gregorio el Grande [1].

El sentido comun viene en auxilio de la razon particular, y dice altamente : Sí, el infierno es eterno y debe serlo ; el dogma de la eternidad de las penas es de tal modo necesario á la sociedad, que, si no existiese, seria preciso inventarlo : sí, el dogma del infierno es un beneficio social.

¡ Cómo ! Si á pesar de esta terrible creencia, apoyada en el doble testimonio de la revelacion divina y de la unánime tradicion de los pueblos, la tierra se cubre de iniquidades ; los malvados amenazan noche y dia el órden, la propiedad, el honor, la inocencia, la paz, hasta la existencia de la familia y de la sociedad ; ¿ qué sucederia, ¡ gran Dios ! si les quitáseis completamente el saludable temor de un infierno eterno ? ¿ Qué seria si despojáseis de él á todos los hombres ? ¿ si les aseguráseis que el infierno tendrá una duracion limitada, y que la nada ó la felicidad sucederán á suplicios de algunos años ó de algunos siglos ? ¿ Deseais saber lo que seria entonces de la sociedad ? Ved lo que son, ved lo que hacen los hombres que dicen, sin estar sin embargo convencidos de ello : No hay infierno. Este es el grito de los presidios, es la divisa de todos los criminales, de todos los asesinos, de todos los ladrones, de todos los envenenadores, de todos los corruptores y de todos los tiranos. Si esta blasfemia antisocial se convirtiese en una verdad, y el hombre continuase siendo lo que es, el mundo seria un antro de fieras, el sangriento teatro de una guerra á muerte de todos contra todos. ¿ Será preciso recordar lo que sucedió en Francia á fines del último siglo ? ¿ Por ventura aquellos mónstruos con faz humana, cuyo nombre es el de todos los crímenes, y la eterna vergüenza de la humanidad, no marcharon al pillaje, al asesinato, á la destruccion al grito de : ¡ Abajo el

[1] « Iniqui voluissent utique, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent « sine fine peccare. Ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui « nunquam desinunt peccare dum vivunt. Ad magnam ergo iustitiam iudicantis « pertinet ut nunquam careant supplicio, qui in hac vita nunquam voluissent « carere peccato... Omnipotens Deus quia pius est, miserorum cruciatus non « pascitur ; quia vero iustus est, ab iniquorum ultione in perpetuum non se- « datur. » (*Lib. IV Dialog. c.* 44). — Angeli mali in nihil moventur, nisi in ordine ad finem peccati superbiae ipsorum ; et ideo in omnibus peccant mortaliter, quaecumque propria voluntate agunt. (*D. Thom.* 2, 2, q. 89, art. 4). — Lo mismo puede decirse de los réprobos.

infierno! viva el infierno? Y en nuestros dias, ¿qué divisa ostentan en su siniestro estandarte los hombres que amenazan hacer volver el mundo á la barbarie? Por lo demás, guardémonos de alucinarnos; las virulentas declamaciones de los malvados contra el infierno prueban todo lo contrario de lo que pretenden; prueban, sí, que el infierno les importuna, pues solo se aborrece lo que se teme, y no se teme sino lo que se cree. Basta ya, y en vez de perder el tiempo razonando sobre el infierno, harémos mucho mejor pensando en vivir cristianamente á fin de no caer en él.

5.° *Penas del infierno.* La fe no se limita á enseñarnos que hay un infierno, y que este infierno es eterno; nos revela tambien los tormentos que en él se sufren. Estos tormentos son de dos clases: la pena de *daño,* ó el pesar de haber perdido á Dios y la felicidad eterna, y la pena de *sentido,* ó el dolor causado por los ardores de un fuego que no se apagará jamás. Estas dos clases de tormentos están claramente distinguidas en las palabras del Salvador: *El gusano que no muere* designa la pena de daño, y *el fuego que no se apaga* es la pena de sentido. El gusano roedor es la conciencia [1]; la conciencia del réprobo son sus recuerdos, y todos sus recuerdos son tristes, y se reasumen en cuatro palabras: ¡He perdido á Dios! le he perdido por mi culpa! le he perdido por una bagatela! le he perdido sin recurso! Esta pena es la mas dolorosa que puede experimentar una criatura racional.

Nada mas justo que estas dos clases de tormentos, que corresponden á dos clases de desórdenes contenidos en el pecado; el uno es el desprecio insolente del Criador, el otro el desarreglado amor de la naturaleza. Todos los condenados experimentan este doble tormento, y sus sufrimientos serán los mismos en cuanto á la naturaleza y en cuanto á la duracion; mas su rigor será proporcionado al número y á la enormidad de sus faltas. Así es que, aunque iguales en todo, el infierno del cristiano será mucho mas insoportable que el del pagano.

Además, es de fe que los réprobos sufrirán noche y dia durante toda una eternidad; finalmente, es indudable que el fuego que les

[1] Vermis qui in damnatis ponitur non debet intelligi esse corporalis, sed spiritualis, qui est *conscientiae remorsus,* qui dicitur vermis, in quantum oritur ex putredine peccati, et animam affligit, sicut corporalis vermis ex putredine ortus affligit pungendo. *(D. Thom.* q. 98, art. 2).



quemará sin consumirlos es un fuego material, pero inteligente, dice Tertuliano, que aumentará ó disminuirá sus ardores segun la culpabilidad de cada réprobo. Estas pocas palabras bastan para helarnos de espanto y hacernos temer, temer únicamente, y temer todos los dias de nuestra vida, al que tiene poder de hacer morir al cuerpo y de precipitarnos en el infierno. ¡Oh! sí, dice el Salvador, á él y solo á él debemos temer. Recordad, pues, que temer á Dios y vivir cristianamente es el único medio para evitar el infierno.

Los términos en que Jesucristo Señor nuestro pronunciará su eterna sentencia dan lugar tambien á una observacion muy importante para nuestra conducta. Aunque, en los motivos de un doble fallo, el Salvador no habla de la práctica ó de la omision de todos los deberes que la Religion nos impone, no es menos cierto que serán, como hemos visto al tratar del juicio particular, el objeto de su exámen y de su juicio público. Si concede la felicidad ó desgracia eternas por la práctica ú omision de una sola virtud, la caridad, es para enseñarnos, por una parte, que la caridad es el resúmen de todos los mandamientos, y que es útil para obtener todas las virtudes necesarias para la salvacion, y por otra, á fin de que no podamos ignorar cuál será la severidad de su juicio, pues si están preparados suplicios eternos á los que no habrán hecho bien, ¿qué deberán esperar los que habrán hecho mal?

El artículo sexto del Símbolo termina con estas palabras: *A los vivos y á los muertos*. Palabras que pueden entenderse en varios sentidos. En su generalidad designan á todos los hombres sin excepcion; luego los que habrán muerto mas ó menos tiempo antes del fin del mundo, y luego los que morirán inmediatamente antes del juicio final. Por los vivos se entienden los justos que habrán vivido en la tierra de la verdadera vida, que es la vida de la gracia, y que vivirán eternamente en el cielo de la vida de la gloria; y por los muertos, los que habrán vivido y abandonado este mundo en estado de pecado mortal, que es la verdadera muerte, puesto que es la separacion del alma de Dios, y los que solo resucitarán para continuar esta separacion ó esta muerte eterna en el fuego del infierno. En este sentido pueden comprenderse, entre los vivos y los muertos, á todos los Ángeles, buenos y malos, los cuales serán juzgados igualmente en aquel gran dia, pues los Ángeles forman parte de la Iglesia cuyo jefe es Nuestro Señor Jesucristo. Todos á la vez serán juz-

gados por Nuestro Señor, por los Apóstoles y principales Santos; tal es el eximio honor y poder que reserva Dios á sus amigos. *En la regeneracion*, dice el Salvador á sus Apóstoles, *os sentaréis vosotros sobre doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel*, es decir, á todas las naciones [1]. ¿*No sabeis*, dice san Pablo, *que juzgarémos á los Angeles* [2]? Este juicio será un verdadero acto de un poder judicial, un juicio propiamente dicho, juicio de aprobacion, de alabanzas y de glorificacion respecto de los buenos Ángeles: JUICIO DE CONDENACION y de oprobio respecto de los malos [3].

¿Qué dirémos ahora de la influencia del artículo sexto del Símbolo? El dogma de un juicio de Dios para cada hombre en particular en el momento de su muerte, y para todos los hombres reunidos al fin de los tiempos, seguido de un infierno eterno para los malos, es en tan alto grado social, que el mismo dia en que se lograse borrar de la creencia humana esta verdad fundamental, la sociedad pereceria. ¿Qué freno quedaria á las pasiones conjuradas sin cesar contra el órden, contra la propiedad, contra el honor de las familias, contra el poder de los superiores, contra la vida é intereses de los pequeños y de los débiles, si quitábais la creencia en un Dios que todo lo sabe, que lo juzgará todo con una suma independencia y una equidad perfecta, y que lo castigará todo con inflexible rigor? Los que se atreven á sostener que Dios no se mezcla en las acciones de los hombres son muy culpables y muy ciegos; culpables, pues alientan á los criminales despojándoles del único temor que pudiera detenerles en sus funestos proyectos, ó inspirarles saludables remordimientos despues de su ejecucion; ciegos, pues no ven que sus insensatas doctrinas caen como otras tantas calamidades sobre su cabeza. Si nada tengo que temer del juicio de Dios, si el infierno es una quimera, ¿por qué he de vacilar en satisfacer mis deseos cuando nada tengo que temer de la justicia humana? Á buen seguro que no habria criminal que no adoptase semejante principio. Reyes, pueblos particulares, impíos, que atacais el dogma protector de todos los intereses, jamás sabréis cuánto debeis á la creencia de un juicio de Dios, en el cual cada uno recibirá segun sus obras. En cuanto á

[1] Matth. XIX, 28.

[2] I Cor. VI, 3.

[3] Véanse los textos de los Padres en Cornelio Alápide, Matth. XIX, 28; in Epist. I ad Cor. VI, 3.

nosotros, dejemos que esta gran verdad gravite en nuestra conducta con todo su peso, y vivirémos no solo como buenos cristianos, sino tambien como buenos ciudadanos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme anunciado vuestros temibles juicios; inspiradme un temor filial y un tierno amor hácia Vos, á fin de que, conservándome unido al nuevo Adan durante mi vida, merezca estar unido con él durante toda la eternidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero respetar y asistir á los pobres cuanto me sea dable.*

LECCION XXII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo octavo del Símbolo. — Influencia social. — Espíritu Santo. — Su divinidad. — Sus apariciones. — Historia. — Sus obras. — Sus siete dones. — Sus doce frutos. — Bienaventuranzas. — Influencia social del artículo octavo del Símbolo.

El pecado habia separado al hombre de Dios; y como en Dios hay tres personas, el nuevo Adan debia, para reparar las consecuencias del pecado, reunirnos con aquellas tres adorables personas. Hemos visto ya lo que debemos creer de las dos primeras para unirnos á ellas por la fe; réstanos exponer lo que debemos creer para unirnos á la tercera. El artículo octavo del Símbolo contiene lo que debe ser objeto de nuestra fe sobre este punto, y está concebido en estos términos: *Creo en el Espíritu Santo.*

Con estas palabras hacemos profesion de creer en el Espíritu Santo, como creemos en el Padre y en el Hijo: confesamos que les es igual en todo; que tiene el mismo poder, la misma eternidad, la misma divinidad; en una palabra, que es Dios como el Padre y el Hijo, y que tiene derecho á los mismos homenajes y á las mismas adoraciones.

La divinidad del Espíritu Santo nos es claramente revelada en gran número de pasajes de la Escritura: bastará citar algunos. Nuestro Señor Jesucristo al enviar á sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les dijo: *Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* [1]. Es evidente que reconoce en el Espíritu Santo el mismo poder que en las otras dos personas de la santísima Trinidad; lo pone en la misma línea; luego proclama que es Dios como el Padre y el Hijo. San Pedro dijo á Ananías: *Porque tentó Satanás tu corazon, para que mintieses tú al Espíritu Santo;* y luego añade: *Tú no mentiste á los hombres sino á Dios* [2]. En la misma frase el vicario de Nuestro Señor, el oráculo

[1] Matth. XXVIII, 19.
[2] Act. V, 4.



infalible de la verdad, da el incomunicable nombre de Dios al que acaba de llamar Espíritu Santo. ¿Puede significarse mas claramente la divinidad del Espíritu Santo? Por su parte san Juan nos dice: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa* [1]. De modo que tienen igual residencia, iguales atribuciones, igual unidad de naturaleza; tal es lo que san Juan nos dice pertenecer al Espíritu Santo, junto con el Hijo y el Padre. Hallad, si es posible, otra prueba mas clara de la divinidad del Espíritu Santo. La misma verdad está expresada con igual certeza en la siguiente fórmula, que desde los Apóstoles hasta nosotros pasa de boca en boca y se repite millones de veces al dia, como para hacer incesante la profesion de fe del mundo católico en la divinidad del Espíritu Santo: *Gloria al Padre, gloria al Hijo, y gloria al Espíritu Santo,* etc. Pero ¿qué necesidad tenemos de extendernos mas, cuando tenemos el Símbolo de los Apóstoles, el de Nicea y el de Constantinopla, y cuando todos nos enseñan el mismo dogma?

No solo creemos que el Espíritu Santo es Dios, sino que creemos tambien que procede del Padre y del Hijo; proceder significa recibir el ser, lo que no quiere decir de modo alguno que el Espíritu Santo ha sido formado, criado ó engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo necesariamente y de toda eternidad, no por via de generacion, sino por aspiracion, segun el lenguaje de la teología. El Padre se contempla eternamente, y eternamente produce su Verbo al contemplarse; el Padre y el Hijo se aman eternamente, y eternamente producen el Espíritu Santo que es su amor consustancial y como ellos una persona divina [2]. La fe católica está positivamente formulada sobre este punto así por los santos Padres, como por los concilios de Oriente y de Occidente, entre otros por el concilio de Lyon, que se expresa en estos términos: *Confesamos fielmente y con piedad que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, no como de dos principios, sino como de un principio; no por dos aspiraciones, sino por una sola aspiracion* [3].

¿De dónde dimana que se dé á la tercera persona de la augusta

[1] I Ioán. v, 7.
[2] Véase santo Tomás, 1 p. q. 36, art. 1, 2, 3, 4; *Historia de la Iglesia*, *concilio de Florencia*, pág. 547.
[3] Labbe, *Act. concil.*, etc.

Trinidad el nombre de Espíritu Santo, á pesar de que el Padre y el Hijo sean tambien espíritus, y espíritus santos, á pesar de que lo sean igualmente todos los Ángeles del cielo y las almas bienaventuradas? ¿Cómo este nombre, comun á muchos, puede convenir á uno solo? Hé aquí la respuesta: Es cierto que la santísima Trinidad en su naturaleza y en sus personas es espíritu santo; sin embargo, como la primera persona tiene un nombre propio que es el de Padre, y la segunda el de Hijo, se ha dejado á la tercera persona el nombre comun de Espíritu Santo para distinguirla de las otras dos y para hacer comprender sus operaciones. Es cierto tambien que los Ángeles y las almas bienaventuradas son espíritus santos; mas siendo simples criaturas, solo son santos por la gracia, mientras que el Espíritu Santo es santo por naturaleza y fuente de toda santidad; así pues, muy justamente se le llama por excelencia el Espíritu Santo.

Como el del Padre y del Hijo, el nombre del Espíritu Santo viene, no de los hombres, sino del mismo Dios; así nos lo enseña la Escritura, la que lo repite mas de trescientas veces, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Por otra parte, como acabamos de indicar, este nombre conviene admirablemente para expresar las operaciones del Espíritu Santo: la fe nos enseña que todas las operaciones exteriores de Dios, excepto la encarnacion, son comunes á las tres personas de la santísima Trinidad; así es que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son igualmente creadores y conservadores del mundo; santificadores y remuneradores de los hombres; sin embargo, se atribuyen particularmente al Padre las obras del poder; al Hijo las de la sabiduría, y al Espíritu Santo las del amor.

Ahora bien, como la santificacion de las almas y la Iglesia, que es su instrumento visible, son las obras por excelencia del amor de Dios para nosotros, son atribuidas al Espíritu Santo, eterno amor del Padre y del Hijo. En efecto, si recorremos la Escritura, verémos en la antigua alianza, lo mismo que en la nueva, presidir el Espíritu Santo á todas las obras de santificacion, así como á la formacion y al gobierno de su Iglesia. Concretándonos á la ley de gracia, el Espíritu Santo forma la Iglesia, cambia á los Apóstoles en hombres nuevos, llena á los fieles de luces y de dones sobrenaturales; dirige á los Apóstoles en sus expediciones, preside en los Concilios, sostiene á los Mártires, y les inspira aquellas admirables contestacio-

nes que sellaban los labios de los tiranos; vivifica las almas por medio de los Sacramentos, y las santifica con las gracias interiores que les comunica. Hé aquí por qué la Iglesia, y en la Iglesia todas las naciones y asociaciones cristianas no olvidan jamás el invocar al Espíritu Santo en las grandes circunstancias en que se trata de disipar las tinieblas con que el pecado y el demonio han oscurecido nuestras almas, ó de triunfar de las dificultades que se oponen á la obra de nuestra santificacion.

El Espíritu Santo ha aparecido varias veces en la tierra y bajo diferentes símbolos, segun la naturaleza del misterio por que descendiá. En el bautismo de Jesucristo Señor nuestro se manifestó en forma de paloma, para darnos á conocer la inocencia y la dulzura infinita del divino Maestro; en la transfiguracion, en forma de nube, para manifestarnos que aunque el Salvador pareciese semejante á nosotros, era sin embargo el Hijo de Dios, y que su divinidad estaba oculta bajo el velo de su humanidad; finalmente, el dia de Pentecostes en forma de lenguas de fuego, para anunciar á la vez la unidad de amor, de creencias y de lenguaje que en adelante distinguiria á la Iglesia, reparando solemnemente uno de los mas tristes y mas palpables efectos del pecado, la division de los corazones y la confusion de lenguas y de ideas [1].

Las nociones que preceden y las que siguen son de importancia extrema; en efecto, importa mucho á todos conocer bien al Espíritu Santo, á fin de amarle vivamente y de invocarle con frecuencia. En primer lugar, es Dios como el Padre y el Hijo; en segundo lugar, es particularmente el autor de nuestra santificacion, de la cual no podemos nosotros obrar ni la menor parte, ni aun invocar el nombre de Jesús sin el auxilio del Espíritu Santo [2]. Finalmente, es necesario de toda necesidad que evitemos el pecado contra el Espíritu Santo, pecado de tal modo grave, que Nuestro Señor declaró que los pecados cometidos contra el Hijo del Hombre serian perdonados, pero que el pecado contra el Espíritu Santo no lo seria ni en este mundo, ni en el otro [3].

[1] Es sabido que hay prohibicion de representar el Espíritu Santo de otro modo que bajo la forma de una paloma ó de lenguas de fuego. (Véase Ferraris, *Verb. Spiritus Sanctus*).

[2] Nemo potest dicere Dominus Iesus, nisi in Spiritu Sancto. *(I Cor.* XII, 3).

[3] Omnis qui dicit verbum in Filium hominis, remittetur illi; ei autem qui in

Nada mas terrible que los castigos fulminados y que fulmina Dios cada dia, aun en la tierra, por los pecados contra el Espíritu Santo; entre infinitos ejemplos, citarémos sólo uno: el de los griegos. Desde el orígen de la Iglesia, los griegos, impulsados por el espíritu del mal, no cesaron de atacar la tercera persona de la santísima Trinidad. Macedonio, patriarca de Constantinopla, se atrevió á negar su divinidad; mas tarde, su herejía, aunque condenada por la Iglesia, reapareció bajo diferentes formas y atacó la procedencia del Espíritu Santo. La Iglesia de Roma nada omitió para conducir otra vez á los griegos á la verdadera fe, hasta que despues de muchas tentativas infructuosas firmaron en Florencia el Símbolo católico; mas apenas estuvieron de regreso á su patria, cuando se retractaron y continuaron sus blasfemias contra el Espíritu Santo.

Este último crímen colmó la medida; el nuevo deicidio debia ser castigado como el primero, y aquí empieza entre la ruina de Jerusalen y el saqueo de Constantinopla una terrible analogía que no ha escapado por cierto á los ojos de los observadores cristianos [1]. Los judíos blasfeman durante tres años contra Nuestro Señor Jesucristo; los griegos, despues del concilio de Florencia, blasfeman durante trece años contra el Espíritu Santo: siniestras predicciones anuncian en Jerusalen el castigo que no tardará en herirla; predicciones no menos siniestras anuncian igual suerte á Constantinopla. Tito, príncipe extranjero, así por el país como por la religion, pone sitio á Jerusalen al frente de sus legiones victoriosas; Mahometo II, príncipe extranjero tambien, así por el país como por la religion, se presenta delante de las murallas de Constantinopla, seguido de un ejército formidable. Los judíos encerrados en Jerusalen se dividen y matan entre sí; los griegos sitiados en Constantinopla se entregan á las mismas divisiones y excesos, unos contra otros. Al caer en poder de Tito, Jerusalen es destruída hasta en sus cimientos, y el imperio de los judíos queda destruido, y sus habitantes arrastrados como esclavos: tomada por Mahometo Constantinopla, es entregada á hor-

Spiritum Sanctum blasphemaverit, non remittetur. (*Luc.* XII, 10; *Matth.* XII, 32; *Marc.* III, 29). — Al hablar del pecado en general, explicarémos el pecado contra el Espíritu Santo, y qué debe entenderse por imposibilidad de obtener su perdon.

1 Véase san Anton. *In Chron.* 3 part. tit. II, c. 13; Belar. *Lib. II de Christ.* I, 30.

rores y á profanaciones mayores aun que las de que Jerusalen fue teatro; el imperio de los griegos queda destruido, y sus habitantes, vendidos cual viles seres, son reducidos á la mas dura esclavitud.

Para que nada falte en la semejanza de ambos acontecimientos, Tito sitió á Jerusalen durante las fiestas de Pascua, aniversario del deicidio, y Mahometo sitió á Constantinopla en la misma época, apoderándose de la ciudad en 29 de mayo de 1453, á la una de la tarde, segundo dia de la fiesta de Pentecostes; de modo, que mientras la Iglesia latina, religiosamente reunida en sus templos, celebraba el solemne aniversario de la venida del Espíritu Santo y proclamaba altamente su divinidad, la Iglesia de Oriente, que al blasfemarle le negaba, caia bajo el yugo de la barbarie. ¿Qué consecuencia deducirémos de aquí, sino que de las dos catástrofes mas espantosas de que hace mencion la historia, la ruina de Jerusalen y el saqueo de Constantinopla, la primera fue el solemne castigo del crímen cometido contra la segunda persona de la santísima Trinidad, y la segunda el castigo no menos terrible de un crímen análogo cometido contra la tercera [1]?

Despues de haber explicado cuanto se refiere á la persona del Espíritu Santo, fáltanos hablar de sus *dones* y de sus *frutos*, es decir, de algunos de sus beneficios y de sus operaciones en las almas.

Distínguense siete dones y doce frutos del Espíritu Santo. Los primeros, enunciados por el profeta Isaías, son: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios [2]. Para comprender bien el órden que nos proponemos seguir en la explicacion de los dones del Espíritu Santo y la grande importancia de tan preciosos dones, es preciso observar cuatro puntos esenciales: primero, que el profeta Isaías enumera los dones del Espíritu Santo empezando por el mas noble y concluyendo por el menos elevado, de modo que los siete dones del Espíritu Santo son como las gradas de una escalera, de las cuales la mas inferior es el temor de Dios, y por la que se sube para llegar á la mas alta, esto es, á la sabiduría [3]. Segundo, que los dones del Espíritu Santo son necesarios to-

[1] *Historia universal de la Iglesia*, siglo XV.

[2] Spiritus sapientiae et intellectus, Spiritus consilii et fortitudinis, Spiritus scientiae et pietatis... Spiritus timoris Domini. (*Isai.* XI, 2, 3).

[3] S. Cyp. *De Lapsis*; S. Aug. *Serm. de Tim. Domini*; S. Greg. *Homil.* XIX *in Ezech.*

dos para la salvacion; que son inseparables, que se pierden por el pecado mortal, y se recobran por la penitencia. Hé aquí, sea dicho de paso, la razon del número siete tantas veces reproducido en las penitencias canónicas y en las indulgencias concedidas por la Iglesia [1]. Tercero, que los dones del Espíritu Santo no son movimientos pasajeros, pero sí hábitos sobrenaturales que nos perfeccionan y nos hacen dóciles á las inspiraciones de la gracia. «Ahora bien, «dice santo Tomás, nuestra alma no es guiada por el Espíritu Santo, «sino en cuanto le está unida de algun modo, así como el instru«mento no es puesto en movimiento por el operario, sino en cuanto «está, por medio del contacto, unido en cierto modo á este. La pri«mera union del hombre con Dios se verifica por la fe, por la espe—

[1] Quantum ad secundum, scilicet quod dona ista sint necessaria ad salutem, probatur, quia supremum donorum et infimum sunt necessaria, ergo et intermedia. Nam dicitur de sapientia: *Neminem diligit Deus, nisi qui cum sapientia habitat vel graditur* (Sap. VII); et de timore dicitur: *Sine timore Domini nemo poterit iustificari.* (Eccli. I, 28). Ergo et alia necessaria. *(Id. ubi supra).* —Santo Tomás amplia admirablemente este raciocinio; hé aquí sus últimas palabras: In ordine ad finem ultimum supernaturalem, ad quem ratio movet, secundum quod est aliqualiter et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi semper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti, secundum illud, Rom. VIII, 14: *Qui Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt... et haeredes;* et in Ps. CXLII, 10, dicitur: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam;* quia scilicet in haereditatem illius terrae beatorum nullus potest pervenire nisi moveatur et deducatur à Spiritu Sancto, et ideo ad illum finem consequendum necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti. (1, 2, q. 68, art. 2, *de Donis).*

Sunt autem ipsa septem dona connexa ad invicem, ut unum non possit haberi sine altero. *(S. Ant. id. id.* § 5). —Sicut vires appetitivae disponuntur per virtutes morales in comparatione ad regimen rationis, ita omnes vires animae disponuntur per dona in comparatione ad Spiritum Sanctum moventem. Spiritus autem Sanctus habitat in nobis per caritatem secundum illud, Rom. V, 5: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis;* sicut et ratio nostra perficitur per prudentiam. Unde sicut vires morales conectuntur sibi invicem in prudentia, ita dona Spiritus Sancti connectuntur sibi invicem in caritate; ita scilicet quod qui caritatem habet, omnia dona Spiritus Sancti habet, quorum nullum sine caritate haberi potest. (1, 2, q. 68, art. 5).

Gratia ista septiformis, id est septem donorum, amittitur per quodlibet mortale peccatum. Et ideo statutum fuit antiquitus, ut pro quolibet mortali imponeretur poenitentia septennis, ut patet 2, 2, q. 1. Praedicandum est scilicet, sicut per peccatum abiicit à se septiformem gratiam Spiritus Sancti; ita per septennem poenitentiam satisfaciat et recuperet eam. *(S. Ant. tit. X, c. 1).*

«ranza y por la caridad; de modo que estas virtudes son como las «raíces de los dones del Espíritu Santo. Hé aquí por qué todas se en«cierran en estas tres virtudes, de las que son una dimanacion ó de«rivacion [1].»

Cuarto, que los siete dones del Espíritu Santo están en oposicion con los siete pecados capitales. «Los siete dones del Espíritu Santo, «dice san Antonino, son los siete espíritus enviados al mundo contra «los siete espíritus malos de que habla el Evangelio. El don de te«mor es opuesto al de soberbia; el de consejo, á la avaricia; el de «sabiduría, á la lujuria; el de inteligencia, á la gula; el de pie«dad, á la envidia; el de ciencia, á la ira, y el de fuerza, á la pe«reza [2].»

Esta luminosa idea del gran Doctor nos descubre al momento la profunda razon de los siete dones del Espíritu Santo, y nos manifiesta el inmenso lugar que ocupan en el plan general de la redencion humana. Escuchad: Desde la caida primitiva, un doble espíritu se cierne sobre el mundo y sobre cada hombre que á él llega; estos dos espíritus son; por una parte, el Espíritu Santo, el espíritu de Dios, el espíritu del bien; por otra, el espíritu del mal, el mismo demonio. Voluntariamente ó á pesar nuestro, es necesario de toda necesidad que vivamos bajo la influencia de uno ú otro, y segun seamos conducidos por el Espíritu Santo, ó por el espíritu del mál, nos convertimos en santos ó en réprobos.

[1] Dona sunt quidam habitus perficientes hominem ad hoc quod prompte sequatur instinctum Spiritus Sancti... Animus hominis non movetur à Spiritu Sancto, nisi ei secundum aliquem modum uniatur: sicut instrumentum non movetur ab artifice nisi per contactum aut per aliquam unionem. Prima autem unio hominis est per fidem, spem et caritatem. Unde istae virtutes praesupponuntur ad dona, sicut radices quaedam donorum. Unde omnia dona pertinent ad has tres virtutes, sicut quaedam derivationes praedictarum virtutum. (1, 2, q. 68, art. 4).

[2] Haec dona sunt septem Spiritus missi in omnem terram contra septem Spiritus nequam de quibus dicitur, *Matth.* XII: Vadit Spiritus immundus et assumit septem Spiritus nequiores se et ingressi habitant ibi. Donum timoris expellit superbiam... Donum pietatis expellit Spiritum invidiae... Spiritus scientiae repellit Spiritum irae... Spiritus consilii fugat Spiritum avaritiae... Spiritus fortitudinis illuminat Spiritum tristem inertiae, quae propter taedium laboris subterfugit viriliter bona operari... Spiritus intellectus removet Spiritum gulae... Spiritus sapientiae obruit Spiritum luxuriae... (*Summ. theol.* tit. X, c. 1, § 4; *de Donis Spiritus Sancti,* edit. Venet. 1681). Véase tambien sán Bernardo, t. I, pág. 23, 43, edic. de París, 1843.

Segun revelacion de Nuestro Señor Jesucristo, el espíritu del mal va acompañado de otros siete espíritus mas malos que él, espíritus que conocemos por sus nombres y por sus obras; por sus nombres, el lenguaje humano los llama: el espíritu de soberbia, el espíritu de avaricia, el espíritu de lujuria, el espíritu de gula, el espíritu de envidia, el espíritu de ira y el espíritu de pereza. Por sus obras, pues, son los instigadores de todos los pecados, de todos los desórdenes públicos y privados, y por consiguiente la causa incesante de todos los males del mundo. ¿Quién de nosotros no ha sufrido sus tentaciones? ¿Quién no ha sentido mas de una vez su maligna influencia? ¿Cuál es el crímen que no pueda, que no deba ser atribuido á uno de estos siete espíritus corruptores de la raza humana? Tal es el espíritu del mal que se cierne sobre el mundo y sobre todos nosotros: es evidente que el hombre abandonado á sí mismo es muy débil para resistirle; testigo sino la conducta de los particulares y de los pueblos que se sustraen á la influencia del Espíritu Santo.

Así, la revelacion nos muestra al Espíritu Santo viniendo en auxilio del hombre con siete potencias, opuestas á las siete fuerzas del espíritu malo. Estos siete espíritus auxiliares nos son igualmente conocidos por sus nombres y por sus obras. Por sus nombres, el lenguaje católico los llama: el espíritu de temor de Dios, el espíritu de consejo, el espíritu de sabiduría, el espíritu de entendimiento, el espíritu de piedad, el espíritu de ciencia y el espíritu de fortaleza. Por sus obras, pues, son los instigadores, los promovedores de todas las virtudes públicas y privadas, la causa incesante de todos los bienes del mundo, de modo que no hay ninguno, en el órden sobrenatural al menos, que no deba serles atribuido. Tal es el Espíritu Santo que se cierne sobre el mundo y sobre todos nosotros.

Para decirlo todo en dos palabras: el hombre caido es un enfermo con siete heridas mortales, un soldado débil continuamente atacado por siete enemigos formidables. El espíritu de los siete dones es el supremo médico del enfermo, en cuanto le proporciona los siete remedios exigidos por sus llagas, el poderoso auxiliar del soldado, en cuanto pone á sus órdenes siete fuerzas opuestas á las siete fuerzas enemigas. ¿Es posible dar mas clara explicacion de los siete dones del Espíritu Santo, inspirar por ellos una mas alta estimacion, hacer concebir al mundo y á cada uno de nosotros un deseo mas ar-

diente de recibirlos, al mismo tiempo que un temor mas vivo de perderlos?

Expliquemos ahora estos siete maravillosos dones y manifestemos su oposicion con los siete pecados capitales.

El *temor* es un don del Espíritu Santo que imprime en nuestra alma un gran respeto hácia Dios, un extremado terror hácia sus juicios y un gran horror hácia el pecado. Fácil es conocer que este saludable temor está en oposicion con la soberbia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la soberbia? Nos envanece, nos eleva, nos conduce á la idolatría de nosotros mismos, nos vuelve presuntuosos, arrogantes, y debilitando en nosotros el temor de Dios, nos hace accesibles á todos los demás temores. El don de temor, por el contrario, nos vuelve pequeños bajo la mano de Dios, humildes, modestos, amables para con el prójimo; haciéndonos temer solo á Dios, nos libra del temor *mundano*, que muchas veces nos arrastra á ofender á Dios, antes que perder nuestra fortuna, nuestros empleos, nuestro dinero; del temor *carnal*, que nos hace caer en el pecado para evitar las incomodidades, las enfermedades ó la muerte; del temor *servil*, que nos convierte en tristes esclavos del Sínai, cuando debemos ser los gozosos hijos del Calvario; finalmente regula el temor *natural*, es decir, la timidez, la pusilanimidad, la vergüenza, la cobardía, y comunica al cristiano aquel hermoso carácter de independencia que le hace rey del mundo, permitiéndole decir con verdad: Temo á Dios, y á nadie mas.

El *consejo* es un don del Espíritu Santo que nos hace conocer el camino del cielo, tomar é indicar las medidas mas eficaces para marchar por él con seguridad. El don de consejo es opuesto á la avaricia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la avaricia? Falsea nuestro espíritu haciéndonos preferir lo menos á lo mas; nos ciega, nos hechiza hasta el punto de hacernos sacrificar los bienes eternos á los bienes temporales, buscar nuestro Dios en el oro, nuestra felicidad en la tierra, y consumirnos levantando castillos en el aire y tejiendo telarañas. Por el contrario, el don de consejo comunica rectitud al espíritu, haciéndonos preferir lo mas á lo menos; nos manifiesta con particular evidencia que los bienes temporales son indignos de un alma inmortal; que en vez de ser un medio, son muchas veces un obstáculo para la salvacion; que en nuestros cálculos debemos siempre preferirles los bienes eternos, no buscando á Dios en la tierra ni

nuestra felicidad en las riquezas. Desprendiendo al alma de todas las preocupaciones materiales, le da una gran firmeza de apreciacion pára juzgar rectamente, para decidirse y decidir á los demás en sus dudas. Finalmente, ennoblece el corazon, librándole de la tiranía de la avaricia, que el idioma de todos los pueblos califica de vil y sórdida.

La *sabiduría* es un don del Espíritu Santo que nos hace conocer y gustar las cosas de Dios, es decir, á Dios, y todo cuanto nos conduce á su posesion. El don de sabiduría está en oposicion con el de la lujuria, cuyo remedio es. ¿Qué hace la lujuria? Derrama un cierto pérfido encanto en el placer de los sentidos, hácia los que nos arrastra y en los cuales nos impulsa á buscar la felicidad; hace al alma esclava del cuerpo; oscurece la inteligencia, endurece el corazon, y humilla al hombre al nivel del bruto. El don de la sabiduría, por el contrario, disgusta de los placeres sensuales, y derramando cierta suavidad en los bienes de un órden superior, nos hace amar cuanto es digno de un alma inmortal; emancipa el corazon del imperio de los sentidos, y nos eleva al nivel de los Ángeles, cuyas alegrías é inclinaciones nos hace compartir, y no solo nos libra de la sabiduría *animal*, sino que regula la sabiduría *natural*, es decir, que no nos permite gozar de los placeres de aquí abajo sino en sus justos límites.

El *entendimiento* es un don del Espíritu Santo que nos hace descubrir con facilidad y comprender, en cuanto es capaz un espíritu limitado, las verdades de la Religion. El don de entendimiento es opuesto á la gula, cuyo remedio es. ¿Qué hace la gula? Tiende á hacer predominar la vida física sobre la vida moral, á hacer al alma esclava del cuerpo; ofusca el alma y la hace incapaz para el estudio; embota la inteligencia y la hace perezosa; aleja de ella la verdadera luz y le impide comprender las cosas de la vida espiritual [1]. ¿No es este pecado el que se manifiesta en el dia en mayor escala? Desde que domina en la sociedad el gusto por las cosas materiales y el amor por lo *confortante*, segun se dice, la inteligencia de las verdades de órden superior decrece visiblemente. Por el contrario, el don del entendimiento hace predominar el alma sobre el cuerpo, é induce á la sobriedad, virtud necesaria á todos los hombres estudiosos;

1 Animalis autem homo non percipit ea quae Dei sunt. (*I Cor.* II, 14). Sapientia non habitabit in terra suaviter viventium. (*Iob*, XXVIII, 13).

18*



nos da una gran penetracion para comprender la sagrada Escritura, los sermones, la explicacion de las verdades de la Religion; nos manifiesta la debilidad de los errores y de las objeciones de los herejes y de los impíos, y con ello robustece y salva nuestra fe, el mas precioso de todos los tesoros.

La *piedad* es un don del Espíritu Santo que nos hace tributar á Dios un culto filial. El don de piedad es opuesto á la envidia, cuyo remedio es. ¿Qué hace la envidia? La envidia comprime, degrada, endurece el corazon; lo hace malo é injusto, lo llena de la hiel del demonio y de Cain, y lo impulsa á todas las iniquidades del egoismo, el cual no es otra cosa que odio hácia los demás. La piedad, por el contrario, comunica al corazon un delicioso sentimiento de afeccion que lo ennoblece, que lo enternece, que lo dilata, que lo hace respetuosamente filial hácia Dios y cuanto pertenece á Dios: su Iglesia, su palabra, sus templos, sus sacerdotes, sus miembros dolientes; y que lo impulsa á prodigar á todos los hombres el amor de un hermano para con su hermano, la compasion de un amigo para con su amigo.

La *ciencia* es un don del Espíritu Santo que nos inspira un perfecto conocimiento de las verdades de la Religion, y nos impulsa á hacer un santo uso de los descubrimientos humanos. El don de ciencia está en oposicion con la ira, cuyo remedio es. ¿Qué hace la ira? La ira ciega; y esto es de tal modo verdad, que todas las lenguas le aplican el epíteto de ciega; impide al hombre razonar, ver la luz de la verdad, discernir lo verdadero de lo falso, lo que es verdadera y gravemente un mal de lo que no lo es sino ligera y aparentemente, imprimiendo en el rostro los rasgos característicos del loco ó del animal furioso. Por el contrario, la ciencia ilumina el alma, y sujetando nuestra atencion á una justa apreciacion de las cosas, impide que nos irritemos por males que no merecen la pena; nos comunica la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente; nos hace desconfiar de la ciencia puramente humana, ó al menos la ennoblece, y forma en las almas aquella seguridad en el golpe de vista, aquella rectitud de juicio y de buen sentido práctico, á la vez tan poderoso y tan raro por desgracia en el dia.

La *fortaleza* es un don del Espíritu Santo que, elevándonos sobre nuestra debilidad natural, nos hace obrar grandes cosas por Dios y por el prójimo, y vencer los obstáculos que se oponen al cumpli-

miento de nuestros deberes. El don de fortaleza está en oposicion con el de la pereza, cuyo remedio es. ¿Qué hace la pereza? La pereza enerva el alma, la encadena con los lazos de las pasiones y la adormece entre la vergüenza del pecado; la hace incapaz de todo bien y capaz de todo mal, pues la ociosidad es madre de todos los vicios [1]. La fortaleza, por el contrario, comunica vigor al alma y á todas sus potencias; nos hace emprender con valor y continuar con perseverancia grandes cosas por Dios, por el prójimo y por nosotros mismos, como lo vemos en Nuestro Señor Jesucristo, en los Apóstoles, en los Santos, en los Mártires, en los misioneros; hácenos rechazar con indignacion las seducciones de la carne y del demonio, los escándalos y las máximas del mundo; hollar el respeto humano, sobrellevar con tranquila y dulce resignacion las enfermedades del cuerpo y las penas del alma, las contrariedades, los reveses de fortuna, la muerte de nuestros parientes y la de nosotros mismos. Tales son los siete grandes remedios que el Espíritu Santo aplica á nuestras almas para curarlas de las siete grandes heridas que el pecado abrió en ellas; ó mas bien, tales son las siete potencias con las que el Espíritu Santo nos auxilia para combatir estas siete potencias enemigas que nos atacan.

Así pues, cuando el alma, secundada por los siete dones ó las siete fuerzas del Espíritu Santo, ha combatido victoriosamente, justo es que recoja los beneficios de sus triunfos, beneficios que con admirable precision se llaman *frutos* del Espíritu Santo. Se les da este nombre, primero, porque introducen en el corazon del hombre la misma dulzura que comunica á la boca el fruto de un buen árbol; y segundo, porque manifiestan el estado de salud en que se encuentra el alma restablecida, así como los frutos dan á conocer la calidad del árbol que los produce. Los frutos del Espíritu Santo son en número de doce, y fueron indicados por el apóstol san Pablo: *Caridad, gozo espiritual, paz, paciencia, mansedumbre, longanimidad, bondad, benignidad, fe, modestia, continencia* y *castidad* [2].

Ahora bien, así como el frecuente uso de suculentos frutos comunica al cuerpo no solo un goce pasajero, sino que lo constituye en un estado habitual de salud y de bienestar; así en el órden moral la costumbre de alimentarse con frutos del Espíritu Santo, es decir, la

[1] Prov. XXVI, 14; Eccli. XXXIII, 29.
[2] Galat. V, 22, 23.

fidelidad en practicar las virtudes de que acabamos de hablar, eleva el alma á diferentes estados de un inefable bienestar, que se llaman las *bienaventuranzas*. Tal es en la tierra el supremo beneficio del Espíritu Santo, y el resultado de los dones y virtudes que comunica á los fieles. Anticipada y deliciosa fruicion de la suprema felicidad del cielo, las bienaventuranzas son en número de ocho [1], y destierran de este mundo, en cuanto lo permite la prueba de la vida, las penas interiores y exteriores que son el tormento de la mayor parte de los hombres [2].

Y ahora, ¿quién no conoce la perfeccion de un alma, de una nacion, de una sociedad en la que repose y obre el Espíritu Santo? ¿Quién no comprende la suma importancia de conocer al Espíritu Santo, de amarle, de colocarse bajo su influencia, de entregarse á su accion, y de no contristarle jamás, así para los particulares como para los pueblos? La necesidad é importancia de ello resaltan mas y mas todavía si se reflexiona en los efectos producidos en las almas, en las naciones, en las sociedades, por el espíritu del mal, que se cierne sobre el mundo y que le domina luego que deja de vivir bajo la influencia del Espíritu Santo. Cuandò un alma, una familia, una sociedad cualquiera se ha dejado vencer por las siete potencias del espíritu del mal, no tarda en recoger los frutos de su cobardía y de sus derrotas. Estos *frutos de muerte*, llamados por san Pablo las obras de la carne, son directamente lo contrario de los frutos del Espíritu Santo; hé aquí, segun el mismo Apóstol, su tremenda enumeracion:

[1] Las hemos enumerado en la vida pública del Mesías al explicar el sermon de la Montaña.

[2] Beatitudo est ultimus finis humanae vitae;... ad finem autem beatitudinis movetur aliquis, et appropinquat per operationes virtutum, et praecipue per operationes donorum, si loquamur de beatitudine aeterna, ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cuius obedientiam et sequelam per dona perficiuntur. Et ideo beatitudines distinguuntur quidem à virtutibus et donis, non sicut habitus ab eis distincti, sed sicut actus distinguuntur ab habitibus. *(S. Thom.* 1 p. q. 69, *in corp. art.)*. — Plus requiritur ad rationem beatitudinis quam ad rationem fructus. Nam ad rationem fructus sufficit quod sit aliquid habens rationem ultimi et delectabilis. Sed ad rationem beatitudinis ulterius requiritur quod sit aliquid perfectum et excellens. Unde omnes beatitudines possunt dici fructus, sed non convertitur. Sunt enim fructus quaecumque virtuosa opera in quibus homo delectatur; sed beatitudines dicuntur solum perfecta opera, quae etiam ratione suae perfectionis magis attribuuntur donis quam virtutibus. *(Id. id. q.* 70, *art.* 2).

Fornicacion, deshonestidad, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otras como estas [1]. ¿Qué será de un alma en que habiten, como en su centro, tantas y tan dañinas fieras? ¿Qué será de las naciones en que se desencadenen? Lo que sabemos, porque lo tenemos á la vista, es que el hábito de tales obras de iniquidad conduce al alma, á la familia, á la sociedad culpable, á diferentes estados de un malestar indecible, orígen de revoluciones y de monstruosos atentados, en los que las pasiones encuentran sus sangrientos é innobles placeres. Esta especie de *bienaventuranzas infernales* constituyen la desgracia en este mundo y preparan la suprema infelicidad en el otro. Tal es la doble via por la que andan los hombres y los pueblos, segun viven bajo la influencia del Espíritu Santo ó del espíritu del mal.

Para resumir toda la doctrina de nuestra santificacion por el Espíritu Santo, y manifestar su perfecta armonía con el plan del Catecismo, dirémos, sirviéndonos de las ideas de santo Tomás: que léjos la gracia de destruir la naturaleza, la perfecciona; que la fe, la esperanza y la caridad, estos tres elementos que el órden sobrenatural añade á nuestro ser, forman nuestra primera union con Dios; que esta sávia divina es puesta en movimiento por la accion de los dones del Espíritu Santo, como la sávia de un árbol por el calor de los rayos del sol; que son el resultado de esta accion los frutos del Espíritu Santo, cuyo hábito conduce á las bienaventuranzas, fruicion anticipada de la bienaventurada eternidad, en la que el hombre deificado se encuentra dichoso y perfecto por la felicidad y por la perfeccion del mismo Dios, de cuya naturaleza participa, así como el movimiento de la sávia en el árbol da por resultado el fruto, y si me atreviese diria la felicidad del árbol, en cuanto ha alcanzado el fin por que fue criado [2]. ¡Cuán hermosa es esta divina vegetacion! ¡Cuán graves pensamientos inspira! ¿Qué clase de árboles somos? ¿Qué sávia circula en nuestras almas? ¿Cuáles son los frutos que producimos? ¿Cuáles produce la sociedad, el mundo actual?

Sí á los dones del Espíritu Santo añadimos el que los encierra todos, la gracia; la gracia que nos hace justos, que imprime en nosotros el sello de adopcion, y que es la prenda de nuestra herencia;

[1] Galat. v, 19-21. — Véase santo Tomás, 1 p. q. 70, art. 4.
[2] S. Thom. id. 69, 70.

la gracia que nos une estrechamente á Dios con los lazos del amor; que excita en nosotros los sentimientos de la verdadera piedad; que nos hace abrazar una vida nueva; que nos hace finalmente, como ya hemos dicho, partícipes de la naturaleza divina y merecedores del título y de la calidad de hijos de Dios, ¿cómo no reconocer que de toda justicia debe atribuirse al Espíritu Santo la obra de nuestra santificacion [1]?

¿Qué dirémos ahora de la saludable influencia de este dogma de fe? Los precedentes artículos del Símbolo nos han manifestado un Dios criador y conservador del mundo; un Dios reparador de su obra, muriendo para devolver al hombre con la inocencia perdida sus títulos á la gloria eterna. Para completar esta doctrina que habria llenado de admiracion á todos los filósofos de la antigüedad, hé aquí que el Símbolo nos presenta en sus últimos artículos un Dios santificador y *glorificador* del hombre.

Quitad el artículo octavo: *Creo en el Espíritu Santo*, y la doctrina católica con respecto á Dios, esta doctrina principio de la civilizacion de los pueblos modernos, porque es la fuente de sus luces y la regla de sus acciones, queda mutilada, incompleta, y, por decirlo así, sin accion. El Espíritu Santo es el que con su saludable influencia nos hace ver, gustar y practicar las verdades enseñadas por el Verbo y emanadas del Padre. Un Espíritu Santo, Dios como las demás personas de la adorable Trinidad, padre de nuestras almas, luz de nuestro espíritu, sosten de nuestro corazon, consolador de nuestras penas. ¡Oh! en esta creencia hay un fondo inagotable de valor, de virtud, y de espíritu de sacrificio; pues el Espíritu Santo, santificador universal, es un modelo indispensable para cada uno de nosotros, lo mismo que el Padre y el Hijo. Así pues, respecto de nuestros hermanos, debemos ser tambien santificadores; y ¡cuántas almas santas, mil veces mas útiles á la sociedad que todos nuestros legisladores y académicos, no han adoptado y adoptan aun esta idea como el principio y la regla de su vida de sacrificios y de buenos ejemplos que el mundo admira, pero cuyo secreto no conoce! Crean todos los hombres en este artículo del Símbolo, y, consecuentes en su fe, esfuércense en dejarse guiar por la influencia del Espíritu Santo, y el mundo, la sociedad y las familias están salvadas; la recta razon, la equidad, los sanos juicios, la pureza de costumbres reem-

[1] II Petr. I, 4; I Ioan. III, 1; Ephes. I, 13.

plazarán los desórdenes contrarios, porque el Espíritu de Dios habrá reemplazado por todas partes al espíritu del hombre.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme santificado por el Espíritu Santo; hacedme la gracia de que sea siempre dócil á las inspiraciones de aquel Espíritu de luz y de caridad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *jamás contristaré al Espíritu Santo.*

LECCION XXIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo noveno del Símbolo. — Definicion de la Iglesia. — Extension de la Iglesia. — La Iglesia triunfante, paciente y militante. — Suma autoridad del Pontífice romano. — ¿Quiénes son los que no forman parte de la Iglesia? — Diferentes modos de pertenecer á la Iglesia. — Fuera de la Iglesia no hay salvacion. — Verdad de esta máxima. — Caridad de darla á conocer.

Acabamos de ver que toda santidad procede del Espíritu Santo, así como el agua de la fuente, de modo que la Iglesia, que es respecto de nosotros la madre, el órgano, la dispensadora de la santidad, no puede proceder mas que del Espíritu Santo; hé aquí por qué el Símbolo, despues de haber dicho creo en el Espíritu Santo, añade: *Creo la santa Iglesia católica, la comunion de los Santos;* palabras que contienen el artículo noveno del Símbolo.

Aquí empieza, segun la division de Belarmino y de san Agustin, la segunda parte del Símbolo: la primera, compuesta de ocho artículos, nos ha dado á conocer á Dios, nuestro Padre; la segunda, compuesta de cuatro artículos, nos dará á conocer á la Iglesia, nuestra madre [1].

Decimos: *creo la Iglesia,* y no *creo en la Iglesia,* á imitacion de lo que hacemos al hablar de las tres personas de la santísima Trinidad; y la razon de esta diferencia está en que Dios es nuestro último fin y el objeto fundamental de nuestra fe, mientras que la Iglesia no lo es. Al oirnos decir *la Iglesia,* se podria preguntar cómo puede ser la existencia de la Iglesia un artículo de fe, puesto que no se cree lo que se ve, y que vemos á la Iglesia con nuestros propios ojos; mas

[1] Qui comincia la seconda parte del *Credo:* perchè la prima parte appartiene a Dio, la seconda alla Chiesa, sposa di Dio. (*Dottr. crist.* p. 53). — Rectus confessionis ordo poscebat, ut Trinitati subiungeretur Ecclesia, tanquam habitatori domus sua, et Deo templum suum, et conditori civitas sua. (S. Aug. *In Enchirid.* c. 56).

á esta objecion contestaríamos que en la Iglesia hay una cosa que se ve y otra que no se ve; la primera es el cuerpo de la Iglesia, esto es, la sociedad exterior de todos los fieles sometidos al Padre Santo, y lo que se cree porque no se ve, es el orígen divino de la Iglesia, el alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo, los dones, el poder, las prerogativas, las virtudes de los Sacramentos de la Iglesia, las gracias que comunica á sus hijos, su estabilidad, su inmortalidad, su santidad, su fin sobrenatural; cosas todas que no pudiendo ser distinguidas con los ojos del cuerpo, son objeto de la fe. Así es como los Apóstoles veian en Nuestro Señor Jesucristo la humanidad; pero lo que creian porque no lo veian, era la divinidad que residia en él [1]. Decimos además *la Iglesia* y no *las iglesias*, porque así como hay un solo Dios, del mismo modo no hay mas que una sola Iglesia, diseminada por toda la tierra [2].

Segun la definicion de los santos Padres, y de los Doctores, *la Iglesia es la sociedad de todos los hombres que son bautizados y que hacen profesion de la fe y de la ley de Jesucristo, bajo la obediencia del Sumo Pontífice romano*; ó en otros términos: *la Iglesia es la sociedad de todos los fieles, gobernada por nuestro Santo Padre el Papa* [3], ó finalmente, *la sociedad de todos los fieles reunidos por la profesion de una misma fe, por la participacion en los mismos Sacramentos, y por la sumision á nuestro santo Padre el Papa.*

[1] Nat. Alex. *De Symb.* pag. 310.

[2] Erunt duo in carne una, non in duobus, nec in tribus. Propterea relinquet homo patrem et matrem suam et adhaerebit uxori suae, certe non uxoribus. Quod testimonium Paulus edisserens refert ad Christum et Ecclesiam, ut primus Adam in carne, secundus in Spiritu monogamus sit. Et una Eva mater cunctorum viventium, et una Ecclesia parens omnium Christianorum, sicut illam maledictus Lamech in duas divisit uxores, sic hanc haeretici in plures lacerant Ecclesias, quae, iuxta Apocalypsim Ioannis, Sinagoga magis diaboli appellandae sunt, quam Christi conciliabula. (S. Hier. *Epist. II ad Geruno.* c. 4).

[3] Congregazione d'uomini, i quali si battezzano, e fanno professione della fede e legge di Christo, sotto l'ubbedienza del sommo Pontefice Romano. (Belar. *Dottr. crist.* 54). — Análogas á esta definicion son las siguientes de los Padres y de los teólogos: *Ecclesia plebs sacerdoti adunata; pastori suo grex adhaerens.* (S. Cypr. *Epist. LXIX ad Florent. Pupian.*). — *Ecclesia est populus Dei toto orbe terrarum diffusus.* (S. Aug. *De catech. rud.* c. 3). — *Ecclesia est catholicorum congregatio.* (Nicol. I, *Dist.* 4 *de consecrat.*). — *Ecclesia est congregatio fidelium.* (S. Thom. *passim*).

La palabra *Iglesia* significa *convocacion*, porque no nacemos cristianos, como nacemos franceses, españoles, etc.; sino que somos llamados de Dios á la Iglesia por medio del Bautismo; equivale tambien á *asamblea*, porque designa al pueblo fiel diseminado por todo el universo, y reunido por los sagrados lazos de la misma fe y de la misma obediencia. Llámase tambien á la Iglesia *la casa de Dios*, *la coluna y apoyo de la verdad* [1], ya porque es la residencia de Nuestro Señor, que fue su fundador y arquitecto; ya porque es una gran familia, gobernada por un solo Padre, y en la cual todos los bienes son comunes entre los hijos; ya porque está basada en la verdad por la asistencia del Espíritu Santo, como una coluna sobre su pedestal, y porque confirma á los fieles en la verdad con su doctrina [2]. Dásele igualmente el augusto nombre de *esposa de Jesucristo* [3], porque Nuestro Señor hizo con ella una alianza indisoluble, porque la purificó y lavó con su sangre; porque la ama como un esposo ama á su esposa, la gobierna, la protege, la guia al cielo; y porque ella ama á su divino Esposo, le permanece siempre fiel, y solo ella le da los verdaderos hijos de Dios. Finalmente se la llama el *cuerpo de Jesucristo* [4], porque es en efecto, no física y naturalmente, pero sin embargo real y propiamente, el cuerpo de Nuestro Señor, así como llamamos un solo cuerpo á una república, á un ejército, á causa de la unidad de mando, de espíritu y de objeto; propia y realmente es el cuerpo de Jesucristo [5]. Este es su jefe, todos los fieles son los miem-

[1] Ut scias quomodo oporteat te in domo Dei conversari, quae est Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis. *(I Tim.* III, 15).

[2] Corn. à Lapid. *in hunc loc.*

[3] II Cor. XI, 2.

[4] Ephes. I, 23; Colos. I, 18.

[5] Ecclesia enim non metaphorice duntaxat Christi corpus est, quomodo terrena civitas, respublica, aut exercitus corpus unum dicuntur, propter unitatem regiminis, consiliorumque in eumdem finem conspirantium communionem; vere namque, realiter et proprie Christi corpus est, ut colligitur ex Apostolo, I ad Cor. XII: Sicut enim, inquit, corpus unum est, et membra habet multa, unum tamen corpus sunt: ita et Christus. Quae verba S. Aug. exponens, libro I, *De peccator. merit.* c. 31, ait: «Non dixit ita et Christi, sed, *ita et* « *Christus*: unum Christum appellans caput et corpus.» Quod quidem incredibile videri non debet: «Si enim divina substantia longe distantior atque in- « comparabili diversitate sublimior, potuit propter nos ita suscipere humanam « substantiam, ut una persona fieret, quanto credibilius alii homines sancti et « fideles eius fiunt cum homine Christo unus Christus!» Quod principium cen-

bros, animados de su espíritu, viviendo de su vida, y obedeciendo su voluntad.

Decimos *de todos los fieles.* Entendida en su sentido mas lato, la palabra fieles comprende á todos los que componen la Iglesia, la cual, considerada en su magnífico conjunto, abraza todos los tiempos y todos los lugares, el cielo, el purgatorio y la tierra. Su duracion se divide en dos grandes épocas; desde el pecado de Adan hasta Jesucristo, y desde Jesucristo hasta el fin de los siglos [1]. Apenas fue cometido el pecado original, cuando Dios se apiadó de nuestros primeros padres prometiéndoles un Redentor, y por los méritos futuros de este Redentor los hombres pudieron, desde la caida primitiva, volver á la gracia de Dios y recobrar la felicidad eterna, con la condicion de recibir santamente la esperanza de aquel divino Mesías; de modo que antes de Jesucristo todos los que hacian profesion de vivir segun los preceptos de la ley natural, y que esperaban con fe ardiente la redencion del género humano, eran verdaderos fieles, y por consiguiente pertenecian á la Iglesia de Jesucristo [2]. Adan fue el primer católico.

Desde Moisés, los israelitas se vieron obligados á practicar cuanto estaba prescrito por la ley, de modo que la Iglesia se hallaba entonces compuesta de dos clases de personas; de judíos que hacian profesion de vivir segun la ley de Moisés y que formaban la Iglesia judáica llamada Sinagoga, y de gentiles que esperaban un Reden-

ties repetit S. Augustinus, praesertim in *Enarrat. in Psalm.*: «Totus Christus caput et corpus est. Caput et membra unus Christus.» (Nat. Alex. *De Symb.).*

[1] Abraccia tutti i fedeli, che sono sparsi per tutto il mondo, e non solamente quelli che ora vivono, ma ancora quelli che furono dal principio del mondo, e quelli che saranno sin alla fine del mondo. (Belar. *Dottr. crist.* 36).

[2] Per varia tempora, per varias aetates, quasi per septem dies magnae hebdomadae totius temporis in praesenti militat (Ecclesia). Ita ut primus dies sit actus ab Adam usque ad Noë; secundus à Noë usque ad Abraham; tertius ab Abraham usque ad David; quartus à David usque ad transmigrationem Babylonis; quintus à transmigratione usque ad Christum; sextus à Christo usque ad Antichristum; septimus ab Antichristo usque ad finem mundi. Haec Ecclesia per vineam designata in parabola à Christo dicta. *(Matth.* xx). Ab Abel iusto usque ad ultimum electum qui nasciturus est in fine mundi, quot sanctos protulit tot quasi palmites misit, inquit S. Gregorius in homil. (S. Ant. *Sum. theolog. prolog.* 3 *part. p.* 4). Véase tambien S. Aug. *Epist. CII, quaest.* 3; S. Thom., etc.; Nat. Alex. *De Symb.*

tor y que se conducian segun los principios de la ley natural. Cuando estos últimos abrazaban el Judaismo, estaban obligados á observar la ley de Moisés y se hacian miembros de la Iglesia judáica; mas los que no profesaban la ley de Moisés no dejaban de ser verdaderos fieles y de pertenecer á la Iglesia universal. Por esto en el templo de Jerusalen habia un lugar destinado para los gentiles que iban á él á orar, lugar separado por una pared del sitio en que se reunian los judíos. Tal era el estado de la Iglesia militante antes de la venida del Salvador.

Á contar desde esta época feliz, no hay diferencia, por lo que toca á Dios, entre judíos y gentiles; ambos pueblos han sido reunidos en Jesucristo, el cual, como dice san Pablo, derribó la pared de separacion, haciendo de judíos y gentiles un solo pueblo, llamado pueblo cristiano. Así pues, la Iglesia abraza todo el espacio de las edades; en su seno eternamente fecundo han nacido todos los elegidos, alimentándose todos de su leche virginal; de modo que cuando se hace datar su fundacion del dia de Pentecostes, se quiere significar que á aquella memorable época se remonta, no su orígen, sino su maravillosa propagacion por toda la tierra, su fe explícita en las verdades ocultas bajo el velo de la antigua alianza, y la mas abundante efusion de las gracias divinas en el corazon de sus hijos [1].

Su extension comprende el cielo, el purgatorio y la tierra, y de aquí tres Iglesias, digo mal, tres ramas de un solo árbol. La primera es la Iglesia del cielo, llamada la Iglesia *triunfante*, porque los Ángeles y los bienaventurados que la componen triunfan en ella con el Salvador, despues de haber conseguido la victoria, mediante su gracia, sobre el mundo, la carne y el demonio, y libres de todos los peligros y miserias de esta vida, gozan de la bienaventuranza eterna. La segunda, la Iglesia del purgatorio, llamada la Iglesia *paciente*, porque las almas ligeramente manchadas son allí lavadas por medio de padecimientos temporales cuya duracion es determinada

[1] Dicitur etiam Ecclesia inchoasse aliquando ab adventu Spiritus Sancti in discipulos in die Pentecostes; et hoc non simpliciter, sed quantum ad plenitudinem in discipulorum personis et gratiis, et quantum ad dilatationem eius per orbem et fidem explicitam articulorum quae in Veteri Testamento fuerat implicita, eadem tamen substantia, ut ait S. Aug. (S. Ant. *Sum theolog.* 3 *part. prolog. p.* 4).



por la suma justicia, despues de lo cual son colocadas entre los bienaventurados para compartir su felicidad. La tercera, la Iglesia de la tierra, llamada la Iglesia *militante,* porque tiene que sostener una continua guerra contra implacables enemigos, el mundo, la carne y el demonio. Estas tres Iglesias no forman sino una sola y misma Iglesia compuesta de tres partes, existiendo en estados y lugares diferentes; la primera precede á la segunda y á la tercera en la celeste patria, mientras que estas tienden continuamente á llegar á ella, hasta el afortunado momento en que estas tres hermanas, abrazándose en los cielos, formarán una misma Iglesia eternamente triunfante.

En el sentido mas estricto, la palabra fieles se aplica á la Iglesia en su estado actual, y significa todos aquellos que han sido bautizados; pues desde Nuestro Señor Jesucristo, el Bautismo es el medio necesario para ser miembro de la Iglesia. En este lugar dirémos únicamente, pues en otro lugar lo explicarémos mas latamente, que hay tres especies de bautismo: el bautismo de agua, que es el sacramento del Bautismo; el bautismo de fuego y el bautismo de sangre, los cuales en ciertos casos hacen las veces de Sacramento.

Reunidos por la profesion de una misma fe; es decir, que creen del mismo modo y por iguales motivos todas las verdades enseñadas por Nuestro Señor Jesucristo.

Por la participacion en los mismos Sacramentos; pues este es el lazo que une á los fieles con Jesucristo, que les une entre sí, y mediante el cual forman una sociedad exterior.

Por la sumision á nuestro santo Padre el Papa. Sin autoridad de una parte y obediencia de otra es imposible la sociedad, y como la Iglesia es la sociedad mas perfecta, reune ambas condiciones en el mas alto grado, tanto que un célebre protestante de nuestros dias la llama: *la escuela mas grande de respeto que jamás haya existido.* Decimos *á nuestro santo Padre el Papa,* porque es el supremo jefe de la Iglesia. Esta tiene dos jefes; invisible el uno, que reside en el cielo, y es Nuestro Señor Jesucristo; y visible el otro, que reside en Roma, y es nuestro santo Padre el Papa: por esta razon y tambien porque el Sumo Pontífice es el sucesor de san Pedro, primer obispo de Roma, la Iglesia católica es llamada *romana.* De que san Pedro es el vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra se deduce primeramente que la Iglesia de Roma es, como la reconocen todos los

siglos, la madre y maestra de todas las demás iglesias; en seguida, que los Pontífices romanos, sucesores de san Pedro, han recibido como él plena y entera autoridad para gobernar, enseñar y regir la Iglesia universal. Tal es la doctrina unánime de los siglos cristianos.

1.° *Plena autoridad para gobernar.* Todos los pastores particulares, es decir, todos los Obispos y todos los fieles deben respeto y obediencia [1] al Pontífice romano; pues el poder soberano de que se halla revestido le ha sido conferido por el mismo Salvador. En efecto, habiendo confesado san Pedro la divinidad de su Maestro, Jesucristo le respondió: *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, atado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos* [2]. Por las puertas del infierno se entienden las potencias infernales, los cismas, las herejías, los escándalos; las llaves son el símbolo de la autoridad y del gobierno; el poder de atar y desatar es el carácter de la magistratura. Todo esto ha sido dado sin restriccion á san Pedro, y por consiguiente á los Pontífices romanos, sus sucesores; pues todo esto es necesario para asegurar la unidad, la solidez y la perpetuidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

2.° *Plena autoridad para enseñar.* San Pedro recibió de Nuestro Señor plena autoridad para enseñar á todos los pastores particulares y á todas las ovejas del redil. Establecido para confirmar á sus hermanos, su fe no claudicará nunca, su palabra será siempre el oráculo de la verdad. Esta magnífica prerogativa se funda en las mismas palabras del Salvador: *Apacienta mis corderos*, dijo á Pedro, *apacienta mis ovejas* [3]. En otra parte, hablando á sus Apóstoles del reino que les deja y en el cual se establecerán para juzgar á los fieles, se dirige particularmente á Pedro, y le dice: *Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por tí, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos* [4]. ¿Cómo les confirmaria, si fuese él falible en su fe?

[1] Conc. Flor. 1438; Conc. Trid. *sess. VI de Reform.* c. 1; *sess. XV de Poenit.* c. 7.

[2] Matth. XVI, 18, 19.

[3] Ioan. XXI, 15.

[4] Luc. XXII, 31.

Luego la plena autoridad para enseñar fue dada á san Pedro, y por consiguiente á los Pontífices romanos, sus sucesores, pues es indispensable para asegurar la unidad, la solidez y la perpetuidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

3.° *Plena autoridad para regir la Iglesia.* San Pedro recibió del mismo Jesucristo plena autoridad para regir la Iglesia, es decir, de atar y desatar, de hacer todas las leyes necesarias para el gobierno de la Iglesia, poder expresado por las palabras ya citadas: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas; todo lo que atares sobre la tierra, atado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.* Este poder de suprema jurisdiccion es ejercido por Pedro, lo mismo que los demás, sin oposicion alguna. ¿Qué observamos despues de la ascension de Jesucristo, Señor nuestro? Pedro aparece el primero en todo y por todo; él es quien al frente del colegio apostólico toma la palabra, y hace elegir un apóstol en lugar de Judas; él quien predica primeramente y quien anuncia á los judíos la resurreccion de Jesucristo, y si es el primero en convertir á los judíos, lo es tambien para recibir á los gentiles. Él es el enviado por el cielo para bautizar á Cornelio el centurion; él es el primero que confirma la fe con un milagro; él quien en el concilio de Jerusalen lleva la palabra y expone su opinion antes que todos; luego la plena autoridad para regir la Iglesia universal fue dada á san Pedro y por consiguiente á sus sucesores, los Pontífices romanos, pues es necesaria para asegurar la unidad, la solidez y la perpetuidad de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Todos los siglos cristianos han reconocido esta autoridad en los sucesores de Pedro: todos los Padres de la Iglesia exaltan á porfía al Pontífice romano y le llaman *jefe del Episcopado, del cual parte el luminoso rayo del gobierno*; y á su sede, la sede de Roma, el principado *de la cátedra apostólica, el principado principal, la fuente de unidad, la cátedra única, en la que únicamente todos guardan la unidad.* Con estas palabras se expresan san Optato, san Agustin, san Cipriano, san Ireneo, san Próspero, san Avito, Teodoreto, el concilio de Calcedonia y otros, el África, las Galias, la Grecia, el Asia, el Oriente y el Occidente [1].

En virtud de este derecho soberano de gobernar, de enseñar y de

[1] Bossuet, *Sermon sobre la unidad de la Iglesia.*

regir la Iglesia de Dios, los Papas han presidido y confirmado los Concilios generales, y de aquí es que concilio alguno ha sido considerado como ecuménico, y por consiguiente infalible, á menos de ser presidido por el Sumo Pontífice en persona ó por sus legados, ó aprobado y confirmado por él mismo. Ningun otro obispo del mundo ha gozado, como el sucesor de san Pedro, del privilegio de hacerse representar en ellos por legados; y á contar desde el primer concilio general hasta nosotros, no hay uno solo en que no veamos señales de la primacía y de la jurisdiccion universal de la Santa Sede. En virtud del mismo derecho las grandes causas así de costumbres como de disciplina han sido llevadas siempre, desdé los primeros siglos, al tribunal de los Sumos Pontífices; los Papas han instituido siempre á los Obispos, aprobado su eleccion, determinado su jurisdiccion asignándoles la parte del aprisco que debian gobernar, de modo que los Obispos son verdaderos pastores solo porque están en comunion con el Pastor universal.

Despues de haber establecido el Jefe supremo de su Iglesia, el nuevo Adan le asoció cooperadores; acercándose á sus Apóstoles les dijo, con toda la majestad que exigia la grandeza de la accion: *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra;* como si dijese: La vasta monarquía del universo que me pertenece como Dios y hombre juntamente, me pertenece aun mas por derecho de conquista, y es el premio de mis sufrimientos y de mi muerte: *Id pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo* [1]. Divina promesa que nos responde de que Jesucristo Señor nuestro, el Hijo de Dios, la misma verdad, habla siempre por el órgano de la Iglesia. ¡Qué consuelo para el cristiano! ¡qué tranquilidad para su alma! ¡qué confianza para su fe! ¡qué nobleza y qué facilidad para su obediencia!

Vemos que todos los Apóstoles recibieron, como san Pedro, la misma mision de predicar el Evangelio, de fundar iglesias por toda la tierra y de gobernarlas; pero de aquí no se sigue que todas las cátedras episcopales que fundaron debiesen ser el centro de la unidad católica como la de san Pedro, pues no fueron establecidos como él

[1] Matth. XXVIII, 19, 20.

la piedra angular de la Iglesia. Así es que el poder de los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y establecidos por el mismo Espíritu Santo para regir la Iglesia, reconoce límites, mientras que el del Sumo Pontífice se extiende á aquellos que tienen poder sobre los demás; y tiene derecho, mediante una causa legítima, de deponer á un Obispo de su sede.

Segun la definicion que de la Iglesia hemos dado, fácil es distinguir los que pertenecen á esta santa sociedad de los que no pertenecen á ella. Para ser miembro de la Iglesia se requiere: 1.° Estar bautizado; así es que los infieles y los judíos no pertenecen á la Iglesia, porque no están bautizados; 2.° es preciso creer cuanto la Iglesia nos enseña; así los herejes, es decir, los que permanecen obstinados en un error condenado por la Iglesia, y los que se niegan á creer lo que la misma ha decidido como artículo de fe, no pertenecen á la Iglesia, pues carecen de fe. 3.° Es preciso obedecer al Sumo Pontífice y á los pastores legítimos; así los cismáticos, es decir, los que se separan ó se niegan á reconocer la suprema autoridad de nuestro Santo Padre el Papa sobre la Iglesia universal, no pertenecen á la Iglesia, pues desconocen la autoridad legítima. 4.° Es preciso permanecer en la Iglesia; así los apóstatas, es decir, los que renuncian exteriormente á la fe católica, despues de haberla profesado, para abrazar la infidelidad, el Mahometismo, por ejemplo, no pertenecen á la Iglesia, pues no permanecen en su seno. 5.° Es preciso no hacerse excluir de la Iglesia; así los excomulgados, es decir, los que la Iglesia separa de su cuerpo, cesan de pertenecerle mientras están en excomunion, pues son como miembros cortados.

¿Se sigue de aquí que todos los miembros de la Iglesia sean justos y sanos, de modo que no se pueda ser al mismo tiempo pecador é hijo de la Iglesia? De ninguna manera. Segun comparacion del mismo Salvador, la Iglesia de la tierra es una era en que la paja está mezclada con el buen grano; una red en la que se reunen peces buenos y malos, mientras se aguarda la separacion que se hará el dia del juicio final; de modo que por gran pecador que sea un católico, pertenece al cuerpo de la Iglesia, en tanto que no ha sido separado de él por la excomunion. Mas ¡ay! parécese á una rama muerta, la que, si bien está unida al árbol, no recibe alimento alguno, y no tiene parte en la sávia ni en el jugo que se comunican desde la raíz á las ramas vivas: existe sin embargo una considerable diferencia, que

deja una esperanza consoladora á los mas grandes criminales, y es que al paso que una rama muerta no puede ya revivir, un miembro de la Iglesia muerto por el pecado puede recobrar la vida, y recibir de nuevo las influencias de la divina virtud que Jesucristo derrama en los justos, como la cabeza en los miembros [1]. ¡Cuánto debe ser, pues, nuestro temor por los pecados que llevan consigo la excomunion! ¡cuánto debemos compadecer á los desgraciados que no pertenecen á la Iglesia! ¡cuánto debemos orar y trabajar para hacerles entrar en su seno! Son mas dignos de lástima que los hombres que al sobrevenir el diluvio no pudieron entrar en el arca. En efecto, *fuera de la Iglesia no hay salvacion;* nada mas verdadero que esta máxima; nada mas caritativo que profesarla.

Nada mas verdadero, pues Nuestro Señor Jesucristo compara el reino de los cielos, que es la Iglesia, á un rey que celebra las bodas de su hijo, y que viendo que los convidados se niegan á asistir á ellas, se irrita y jura *que ninguno de los que habia convidado gustará de los manjares de su mesa* [2]; así pues, los que rechazan la gracia ofrecida por el Salvador no pueden pretender reinar con él en el cielo; los que no entran en la Iglesia á la que son llamados, son extraños á Jesucristo [3]. Por otra parte el Hijo de Dios dijo á los Apóstoles: *Predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado* [4]. Luego Nuestro Señor Jesucristo quiso, con la voluntad mas formal, que todos los hombres creyesen el Evangelio, y en la Iglesia, de la cual se hacen miembros por el Bautismo. En efecto, si, como es indudable, todos los hombres están obligados á abrazar la religion cristiana, tambien todos lo están á entrar en la Iglesia de Jesucristo; y la razon es porque la Iglesia solo fue establecida á causa de la Religion.

Ahora bien, quien quiere el fin, quiere los medios: luego 1.° Nuestro Señor Jesucristo, que quiere que todos consigan su salvacion por la Religion, debe querer necesariamente que todos formen parte de la sociedad que él mismo fundó para conservar y enseñar aquella Religion; 2.° estando obligados todos los hombres á abrazar la religion de Jesucristo, lo están por este mismo hecho á usar el medio

[1] Véase Filassier, pág. 304.
[2] Matth. XXII.
[3] C. XVI.
[4] Marc. XVI.

que Nuestro Señor estableció para llegar al verdadero conocimiento de la Religion, y á tributar á Dios un culto legítimo; 3.° la Iglesia es una sociedad necesaria á la cual todos estamos obligados á pertenecer, en virtud de derecho natural y divino, y por consiguiente el que á sabiendas y voluntariamente permanece fuera de su seno, no puede esperar la salvacion. *Las puertas de la vida eterna*, dice el Salvador, *no se abrirán sino para los que hayan guardado los mandamientos; el que haya conocido el mandamiento y se haya negado á cumplirlo será condenado* [1].

Herederos de la doctrina del Salvador y de los Apóstoles, los santos Padres profesan altamente la misma verdad. «El que no tenga á «la Iglesia por madre, dice san Cipriano, no tendrá á Dios por pa«dre. Si alguno pudo librarse de las aguas del diluvio sin estar en «el arca, el que haya vivido fuera de la Iglesia podrá tambien li«brarse de la condenacion eterna [2].»

«Nadie consigue la salvacion, dice san Agustin, si no tiene á Je«sucristo por jefe; y nadie tendrá á Jesucristo por jefe, si no perte«nece á su cuerpo, que es la Iglesia [3].»

¡Cosa digna de notarse! hasta los Protestantes profesan la misma máxima; ¿qué digo? esta máxima es la razon de su reforma. ¿Por qué se separaron de la Iglesia romana, sino porque no la consideraban como la verdadera Iglesia, es decir, como la sociedad de que se debia ser miembro para salvarse? ¿Por qué formaron nuevas iglesias, sino para estar en sociedades donde pudiese esperarse la salvacion? ¿Por qué se han anatematizado entre sí, sino porque todos han dicho : Yo soy la verdadera Iglesia; fuera de mi seno no hay salvacion? Luego estar en la verdadera Iglesia y en la via de salvacion es para ellos una misma y única cosa, lo que significa en términos católicos : fuera de la Iglesia no hay salvacion. No solo los Protestantes, sino tambien los sectarios de todas las religiones, admiten este principio, y el buen sentido dicta que no les falta razon; en efecto, suprimiendo esta máxima: *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, es preciso admitir la máxima contraria y decir: *fuera de la Iglesia es posible la salvacion*; no habiendo diferencia desde este momento entre la verdad y el error; el hereje, el cismático, el turco, el

[1] Luc. XII, 47.

[2] *De Unit. Eccles.*

[3] Véanse los textos en Nat. Alex. *De Symb.* pág. 370.

infiel, el judío, el deista, el ateo estarán en igual línea, y podrán salvarse profesando las doctrinas mas contradictorias y funestas [1].

Nada mas caritativo por parte de los Católicos que profesar esta máxima. Efectivamente, convencidos hasta la efusion de su sangre de que existe una Religion verdadera y obligatoria, como tambien una sociedad encargada de conservarla y de explicarla; convencidos de que esta Religion es la religion católica, de que esta sociedad es la Iglesia romana, ¿pueden hacer un acto mas grande de caridad, que decir á los hombres: Entrad en esta sociedad, á fin de conocer y de practicar la única Religion que puede haceros dichosos en este mundo y en el otro; tened cuidado, lo que os decimos que hagais es indispensable, fuera de la Iglesia no hay salvacion? Repetir, pues, esta máxima, publicarla por todas partes, ¿será, como pretenden algunos, mostrar crueldad hácia los hombres? ¿no es, por el contrario, prestarles el mayor de los servicios? ¿Era cruel Noé cuando, al construir su arca, decia á los pecadores para convertirles: Fuera del arca no hay salvacion? ¿Carece de caridad Nuestro Señor Jesucristo cuando dice que el que no entre en la Iglesia por la fe y por el Bautismo, será condenado? ¿Carece de caridad el médico cuando dice al enfermo: Si no tomais tal precaucion, es imposible curaros? Sé que debe ser incendiada vuestra casa para que perezcais vos y vuestra familia entre las llamas; mas conozco tambien el único medio de burlar los proyectos de los malhechores y os digo: Tened cuidado; á menos de hacer lo que os indico, moriréis; ¿soy acaso culpable de crueldad al daros este aviso? ¿no os hago, por el contrario, un señalado servicio?

Pues bien, nosotros católicos sabemos de ciencia cierta, y todos los hombres pueden saberlo como nosotros, porque lo dijo el Hijo de Dios, la misma Verdad, el supremo Juez de vivos y muertos, que fuera de la sociedad establecida por él no hay salvacion, y os repetimos lo que él mismo dijo: Os prevenimos de lo que os espera, os rogamos que cumplais sus mandatos. ¿Qué hacemos con esto mas de lo que hicieron los Apóstoles, los Mártires, los misioneros, todos

[1] En el órden social la misma máxima es tambien la razon de ser de todos los partidos políticos; y nadie la profesa mas altamente ni la sanciona mas terriblemente que las sectas socialistas, comunistas y fourieristas. Cada una grita mas alto que las demás: Yo estoy en posesion de la verdad; fuera de mi doctrina, de mi política, fuera de mi seno, no hay salvacion para la sociedad.



los Santos que se han sacrificado para repetir á todas las naciones: Sed cristianos, entrad en el aprisco de Jesús; fuera de la Iglesia no hay salvacion? Su celo no tuvo otro secreto; ¿dónde está la crueldad?

Así pues, nada mas verdadero que esta máxima, nada mas caritativo que publicarla, con tal que se la comprenda bien. Para ello conviene saber que hay muchos modos de pertenecer á la Iglesia. 1.° Se pertenece al *cuerpo* de la Iglesia cuando se vive en la sociedad visible de todos los fieles, sometido exteriormente á su Jefe y á su doctrina, pero obstinándose en el pecado mortal; en este caso no es uno mas que un miembro muerto, una rama seca; 2.° se pertenece al *cuerpo y alma* de la Iglesia cuando á la profesion exterior de la religion católica va unida la gracia santificante; 3.° finalmente, se pertenece al *alma* de la Iglesia, sin pertenecer á su cuerpo, cuando hay excusa delante de Dios, ya por la buena fe, ya por una ignorancia invencible, de estar y de perseverar en una sociedad extraña á la Iglesia. En este estado se puede alcanzar la salvacion con una verdadera caridad, con un sincero deseo de conocer la voluntad de Dios, y con la práctica fiel de todos los deberes que se conocen y que se han podido y debido conocer [1].

Así, entre los herejes y cismáticos, todos los niños que están bautizados y que no han llegado aun al uso de la razon, lo mismo que muchas personas sencillas que viven en la buena fe, y cuyo número solo Dios sabe; estos niños, repetimos, estas personas de buena fe no participan de la herejía ni del cisma; excúsales su invencible ignorancia del estado de las cosas, y por tanto no deben ser consideradas como separadas de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion. En primer lugar los niños no han podido perder aun la gracia que recibieron en el Bautismo, y por consiguiente están indudablemente en el alma de la Iglesia, es decir, que le están unidas por la fe, la esperanza y la caridad habituales, al paso que los sencillos ó los ignorantes, de que tratamos, pueden haber conservado la misma gracia. Además, en muchas de estas sectas pueden estar instruidos en ciertas verdades de la fe que se han conservado en ellas, y que bastan absolutamente para la salvacion; pueden creerlas sinceramente, y con el auxilio de la gracia observar una vida pura é inocente. Dios no les hace cargo de los errores á los cuales están adheridos por una invencible ignorancia, de modo que aunque á los ojos del cuerpo

[1] Catecismo del concilio de Trento.

sean miembros de una secta, pueden pertenecer al alma de la Iglesia, tener la fe, la esperanza y la caridad. Débese advertir que todos estos niños y personas de buena fe deben su salvacion á la Iglesia católica, á la que no conocen, pues de ella provienen las verdades saludables, lo mismo que el Bautismo, que las sectas han conservado al separarse; y si bien es verdad que aquellas personas las recibieron inmediatamente de estas sectas, tambien lo es que estas las recibieron de la Iglesia, á quien Jesucristo confió la administracion de los Sacramentos y el depósito de la fe [1]. En resúmen, puede haber salvacion, *aunque* se pertenezca exteriormente á una religion extraña, pero no *porque* se pertenezca á ella, lo que es muy distinto.

Así pues, el sentido exacto y preciso de esta máxima tan irreprochable, y sin embargo tan reprochada á los Católicos : *fuera de la Iglesia no hay salvacion*, es el siguiente : no hay salvacion para el hombre que conociendo ó debiendo conocer la verdadera Iglesia, se niega á entrar en ella; no hay salvacion para el hombre que estando en la verdadera Iglesia, se separa de ella para entrar en una secta extraña, todos los cuales es evidente se apartan de la via de salvacion, pues se hacen culpables de una tenacidad condenable. Jesucristo solo promete la vida eterna á las ovejas que escuchen su voz; las que huyen del redil ó se obstinan en no entrar en él serán presa de los lobos carniceros.

En cuanto á nosotros, hijos de la Iglesia, elevemos nuestros sentimientos de gratitud hácia Dios nuestro Padre, y hácia la Iglesia nuestra Madre, de modo que correspondan en cierto modo á los inmensos beneficios de que les somos deudores. ¿Cuál es la causa de que, como tantos otros, no hayamos nacido en el seno de la herejía, de la infidelidad ó de la idolatría? ¿Cuál es la causa de que hayamos tenido la dicha de ser alimentados y criados con una ternura maternal en la verdadera Iglesia? Amemos, pues, á esta Iglesia tan buena y por desgracia tan perseguida y poco amada; manifestémosle nuestro amor : 1.° recibiendo sus decisiones con un respeto filial y observando sus leyes con escrupulosa fidelidad; 2.° compartiendo sus dolores y sus alegrías, é interesándonos en cuanto le interesa; 3.° mostrándonos siempre prontos á sacrificar nuestros intereses, nuestra libertad, nuestro reposo, nuestro honor ante los hombres y hasta nuestra vida, para el mantenimiento de su fe, de su unidad,

[1] Véase la censura del *Emilio* por la Sorbona.

de su disciplina y de su autoridad; 4.° no omitiendo medio alguno para hacerla conocer á los que no la conocen, para hacerla amar de los que no la aman, á fin de ser los verdaderos imitadores de Nuestro Señor Jesucristo, el cual amó á la Iglesia hasta el punto de morir por ella [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de todo corazon por haber establecido vuestra Iglesia para perpetuar vuestra santa Religion y nuestra union con Vos; haced que sea siempre una dócil oveja de vuestro redil.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *oraré frecuentemente por la Iglesia.*

[1] Christus dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea. (*Ephes.* v, 25). Véase en Nat. Alex. *De Symb.* pág. 329.

LECCION XXIV.

DE NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo noveno del Símbolo (continuacion). — Necesidad de la Iglesia. — Visibilidad é infalibilidad de la Iglesia. — Caractéres de la Iglesia. — Ser una, — ser santa, — ser apostólica, — ser católica. — Verdad de la Iglesia romana. — Primer beneficio de la Iglesia. — Comunion de los Santos. — Excomunion.

Dios quiere que todos los hombres alcancen la salvacion, la que no pueden lograr sino por Jesucristo, es decir, por el conocimiento y la práctica de la verdadera Religion de que Jesucristo es el alma y el fundador [1]. Jesucristo y la verdadera Religion solo se encuentran en la verdadera Iglesia; solo en ella Jesucristo enseña, derrama sus gracias y comunica su espíritu; así pues, es evidente que existe necesariamente una verdadera Iglesia, lo que demuestran de consuno la razon y la fe.

1.° *Necesidad de la Iglesia.* Nuestro Señor prometió solemnemente establecer una Iglesia con la que estaria todos los dias hasta el fin del mundo; ordenó considerar como paganos y publicanos á los que se negasen á escuchar á aquella Iglesia; murió para formarla y comunicarla la santidad de la que debia ser único conducto hasta la consumacion de los siglos; luego, á menos de sostener la horrenda blasfemia de que el Hijo de Dios nos engañó no estableciendó, ó estableciendo por un tiempo limitado la Iglesia que prometió establecer, y establecer para siempre, amenazándonos con el infierno si no escuchamos una Iglesia que no ha existido nunca ó que no existe ya, deberémos admitir la existencia, y la existencia perpétua, de una sola y verdadera Iglesia. Confirmando la doctrina de la fe, la razon nos dice que no debiendo Nuestro Señor quedarse siempre visiblemente en este mundo, debia asegurar la perpetuidad de su Religion; para esto no bastaba que nos dejase su ley por escrito, pues un libro, y

[1] **Omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire.** *(I Tim.* **II, 4). Non est in alio nullo salus. Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.** *(Act.* **IV, 12).**

sobre todo un código de leyes, necesita ser interpretado; así pues, es claro que Nuestro Señor debió establecer una autoridad, es decir, una Iglesia encargada de explicar auténticamente su Religion y de hacerla practicar. De modo que á menos de considerar en el Hijo de Dios menos buen sentido que al último de los hombres, es preciso admitir que estableció una verdadera Iglesia para conservar intacto el depósito de su doctrina.

2.° *Visibilidad de la Iglesia.* La verdadera Iglesia debe ser siempre visible; primeramente, por la razon que acabamos de indicar, á saber: Que Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y que esta no es posible sino en la Iglesia. Es necesario, pues, de toda necesidad que la Iglesia sea siempre visible, á fin de que todos puedan conocerla y convertirse en miembros de la misma, y tambien porque Dios declaró formalmente que seria visible para todos los pueblos. Por el órgano de los Profetas, la compara á una ciudad inmensa, construida en la cima de una alta montaña, expuesta á las miradas de todas las naciones, resplandeciente con los rayos de la verdad, de modo que todas las tribus de la tierra podrán marchar á su luz, así como marchan á la luz del sol [1]; y finalmente porque siendo la Iglesia una sociedad de hombres reunidos, por la profesion exterior de la misma fe, por la participacion de los mismos Sacramentos, á las mismas ceremonias públicas, y por la sumision á los mismos jefes, es imposible que no sea visible. Así lo han entendido todos los Padres [2], y así lo entiende el buen sentido mas vulgar.

3.° *Infalibilidad de la Iglesia.* La verdadera Iglesia debe ser infalible; entiéndese por infalibilidad el privilegio de no poder engañarse ni engañar á los demás al enseñarles. Nada mas fácil que probar que la verdadera Iglesia es infalible y que debe serlo; para ello sentarémos cuatro cuestiones: 1.ª Dios, Señor nuestro, ¿es infalible? Nadie lo pone en duda. 2.ª ¿Ha podido comunicar su infalibilidad á los que ha enviado para enseñar á los hombres? Es incontestable, pues

[1] Mich. IV; Isai. LX.

[2] In nullum quippe nomen religionis, seu verum, seu falsum, coagulari homines possunt, nisi aliquo signaculorum vel sacramentorum visibilium consortio colligantur. (S. Aug. lib. XIX *contr. Faust.* c. 2).—Nulla securitas unitatis, nisi ex promissis Dei Ecclesia declarata, quae super montem constituta, abscondi non potest; et ideo necesse est ut omnibus terrarum partibus nota sit. (Id. lib. III *contr. epist. Parmen.* c. 5).—Ecclesia vera neminem latet. (Id. lib. II *contr. epist. Petit.* c. 32).

siendo Dios, es todopoderoso. 3.ª ¿Ha comunicado su infalibilidad á sus Apóstoles y á los sucesores de estos? Sí, puesto que les dijo: Id, enseñad, que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos. 4.ª ¿Debia Dios comunicar su infalibilidad á sus Apóstoles y á los sucesores de estos? Sí, debia hacerlo; pues de no, careceríamos de todo medio de conocer con certeza la verdadera Religion; es así que Dios quiere que conozcamos con certeza la Religion verdadera, en cuanto quiere, so pena del infierno, que la practiquemos y que prefiramos la muerte antes que poner en duda alguna de las verdades que la misma enseña; luego la verdadera Iglesia es infalible.

Si así no fuese, veamos las monstruosas consecuencias que nos seria preciso admitir: 1.ª No habria medio alguno de conocer la Religion verdadera, y por tanto adoptaríamos como niños cualquiera doctrina, siendo en vano que hubiese Jesucristo descendido á la tierra para mostrar á los hombres el camino del cielo. Nuestros hermanos, separados de la comunion católica, son de ella un ejemplo palpable; entre ellos nada puede apreciarse como cierto; tantas cabezas, tantas doctrinas; prueba evidente de que la Biblia no basta. La Biblia es un libro que necesita ser explicado, y explicado por una autoridad infalible, para que sea regla obligatoria de fe y de conducta. 2.ª El mismo Dios, Señor nuestro, seria menos que un hombre honrado, lo cual causa horror solo al decirlo, en cuanto habria faltado á su palabra; pues habiendo prometido hablar siempre por el órgano de sus Apóstoles y de los sucesores de estos, permitiria que propalasen toda clase de mentiras. 3.ª Jesucristo seria el mas injusto y bárbaro de todos los tiranos, porque nos mandaria, so pena del infierno, escuchar á unos hombres que podrian enseñarnos el error y conducirnos al precipicio. ¡Esto manifiesta cuántas blasfemias se ven obligados á sostener, y cuántas horribles consecuencias tienen que devorar los que se atreven á negar la infalibilidad de la Iglesia!

Por lo que á nosotros toca, dóciles ovejas del redil divino, sigamos fielmente á nuestros pastores; en el dia mas que nunca, tengamos por ellos la sumision mas completa: creamos lo que ellos creen, aprobemos lo que ellos aprueban, rechacemos lo que ellos rechazan, y condenemos lo que condenan. Hijos de la Iglesia, digamos como nuestros padres: Todo cuanto sabemos se reduce á escuchar á la Iglesia, á creer, á morir por su fe; mas no sabemos dispu-

tar [1]. Por haber olvidado esta regla muchos herejes han perdido la fe, y muchos espíritus presuntuosos, creyéndose capaces para discutir las verdades de la Religion, han preferido su opinion á la de los primeros pastores de la Iglesia, y siguiendo su rumbo particular han caido por fin en el precipicio que ellos mismos se habian abierto.

4.° *Caractéres de la verdadera Iglesia.* Falta ahora dar á conocer la verdadera Iglesia; mas para distinguirla de las falsas iglesias, no basta que sea visible, pues otras muchas sociedades religiosas lo son; no basta que sea infalible, pues la infalibilidad es una prerogativa que las demás sectas se atribuyen ó que atribuyen á cada uno de sus miembros. ¿Qué es necesario entonces? Es necesario que la verdadera Iglesia, la legítima esposa del Hombre-Dios, lleve en su frente señales tan manifiestas, caractéres tan inimitables, que secta alguna pueda arrogárselas ni remedarlas. Ahora bien, estas señales no pueden ser otras que las de la misma verdad, y las principales son cuatro: 1.ª El ser una; 2.ª el ser santa; 3.ª el ser apostólica; 4.ª el ser católica.

Ser una. La unidad es el carácter esencial de la verdad, porque Dios es uno, y la verdad es Dios revelado al hombre. El Salvador ha querido que su Iglesia fuese una, y la representa bajo la forma de un rebaño que tiene un solo pastor, de una casa donde habita un solo jefe, de un cuerpo cuyos miembros están perfectamente unidos [2]. Por esto la verdadera Iglesia debe ser una; una en su fe, una en sus leyes, una en sus esperanzas, una en su jefe [3].

Ser santa. La santidad es el carácter esencial, la perfeccion de Dios por excelencia; la santidad excluye en Dios hasta la sombra del mal y del error; luego la verdadera Iglesia debe ser santa; santa en sus máximas, santa en sus dogmas, santa en sus Sacramentos, santa en sus preceptos, sánta en el objeto que se propone alcanzar, santa en sus miembros, y con una santidad hecha visible por medio de milagros, á fin de que todos, sábios é ignorantes, puedan conocerla. Jesucristo, Señor nuestro, murió para formar una Iglesia semejante, pues como dice san Pablo: Ha muerto á fin de formarse una Iglesia sin mancha y sin arruga [4].

[1] Si quis autem videtur contentiosus esse, nos talem consuetudinem non habemus, neque Ecclesia Dei. *(I Cor.* XI, 16).
[2] Ioan. X, 16.
[3] Id. XVII.
[4] Matth. XXVIII; Ephes. V, 27.

Ser apostólica. Provenir de los Apóstoles, haber sido predicada por ellos, hé aquí el carácter de su verdad; puesto que á ellos confió el Salvador cuantas verdades habia él mismo aprendido en el seno de su Padre, verdades que ampliaban, confirmaban y completaban cuantas habia Dios revelado desde el principio del mundo [1]. Á los Apóstoles confió el encargo de anunciarlas por el universo entero; luego la verdadera Iglesia debe provenir de los Apóstoles, remontarse hasta los mismos.

Ser católica. La verdad es una, y la misma en todos tiempos y en todos los países; lo que es verdadero en Europa, no puede ser falso en Asia; lo que hoy es verdadero, no puede haber sido falso ayer. Además, siendo todos los hombres formados para la verdad, esta debe ser accesible á aquellos, encontrarse en todas partes donde hay hombres; luego la verdadera Iglesia, única en quien reside la verdad, debe abrazar todos los tiempos, todos los lugares, todas las verdades enseñadas por Nuestro Señor Jesucristo. Tales son los caractéres que necesariamente debe tener la verdadera Iglesia; todos ellos son precisos para que podamos reconocerla, al paso que con ellos es imposible no distinguirla de las demás sociedades.

5.° *Verdad de la Iglesia romana.* Dad la vuelta al mundo, estudiad todas las sociedades religiosas que existen en los diferentes pueblos, y ved cuál sea entre todas la que presente esos cuatro caractéres; aquella que os los muestre, aquella y solo aquella es la verdadera Iglesia. Ahora bien, un viaje semejante se ha hecho, no una sino miles de veces, no por uno sino por miles de hombres, y siempre ha dado el siguiente resultado: los cuatro distintivos de la verdadera Iglesia convienen á la Iglesia romana, y no convienen mas que á ella.

1.° *Ser una.* La Iglesia romana es una en su fe y en su ministerio: una en su fe, hemos dicho: suponed que en este momento nos fuera dable evocar de la tumba á un católico de cada uno de los diez y ocho siglos que nos han precedido, á un católico del Oriente, á otro del Occidente, á otro de Asia y á otro de Europa, y que preguntásemos á todos estos fieles que vivieron sin conocerse, sin verse, de los cuales unos murieron hace cien, otros hace mil, mil quinientos y mil ochocientos años: ¿Cuál es vuestra fe? Todos en particular recitarian igual Símbolo, el Símbolo que recitamos nosotros to-

[1] Omnia quaecumque audivi à Patre, etc. (Joan. xv, 15).

dos los dias, y que del mismo modo se recita en las cuatro partes del mundo. Este perfecto acuerdo, esta perfecta unidad llenaban ya de admiracion á los primeros Padres de la Iglesia, y de ellos se servian ya para demostrar á los herejes el error en que se hallaban. «Aunque esparcida por toda la tierra, decia san Ireneo, la Iglesia «conserva la fe apostólica con un celo extremado, como si habitase «en una misma casa; la cree de un modo único, como si no tuviera «mas que un espíritu y un corazon, y por un admirable consenti- «miento, profesa y enseña la misma fe, como si tuviera una sola bo- «ca; pues, si bien los idiomas del mundo son diferentes, la fe es por «todas partes una é igual. Las iglesias de Germania, de las Galias, «del Oriente, del Egipto, no piensan, no enseñan de un modo dis- «tinto [1].» ¡Cuánto debemos envanecernos de profesar la fe de los Apóstoles, de los Mártires, de los genios mas grandes que el mundo ha conocido! ¡Qué consuelo, y al mismo tiempo qué seguridad!

No sucede lo mismo con las sociedades separadas de la Iglesia; en ellas vemos variaciones sin cesar renacientes, contradicciones infinitas; sucédense unas á otras las profesiones de fe; las sectas particulares se multiplican como las hojas en los árboles. Solo en la ciudad de Lóndres y sus alrededores cuéntanse en el dia ciento nueve religiones distintas; igual division se observa en Alemania, en Suiza, en América y en todos los países que se llaman evangélicos, habiendo llegado á tal punto, que un ministrò protestante decia no ha mucho tiempo que se empeñaba en escribir en la uña de su dedo pulgar todo lo que era aun objeto de una creencia comun entre los reformados [2]. Así pues, el Protestantismo no es la verdadera iglesia, en cuanto carece de unidad de doctrina [3]; lo mismo puede decirse del Mahometismo, del Judaismo y de todas las demás sociedades religiosas que dividen el mundo.

La Iglesia católica es una en su ministerio y en sus Sacramentos, es decir, que todos sus hijos, sometidos á la misma autoridad, se hallan unidos por la participacion de los mismos Sacramentos, en el mismo sacrificio, en las mismas oraciones, en el mismo culto. Recorred todas las regiones del globo, interrogad á los Católicos que

[1] Adv. haeres. l. c, 10, n. 2.

[2] Así lo decia Harms de Kiel, en 1820.

[3] Véanse Bossuet, *Variaciones*; Cobbett, *Reforma de Inglaterra; Cartas* del P. Scheffmacher, etc., etc.

las habitan, y hallaréis en todos y en todo la mas completa armonía; para mantener esta unidad divina, Nuestro Señor instituyó un ministerio esparcido por todas las partes de su Iglesia, el mismo en todas ellas, encargado de predicar y de enseñar la fe, de administrar los Sacramentos, de celebrar los santos ritos, en una palabra, de conducir y guiar el rebaño; este ministerio lo dividió en diferentes órdenes que forman una jerarquía. En todos los lugares habitados, ciudades, villas, aldeas, quiso que hubiese un ministro de un órden inferior, y en cada provincia otro de la clase superior, llamado obispo, á quien están sometidos los pastores inferiores, y que comunica con los Obispos de las demás regiones. Los Obispos todos se encuentran sometidos al Sumo Pontífice, jefe supremo de la Iglesia, el cual revestido de una primacía de honor se muestra mas elevado que todos, á fin de que todos vean en él el centro de unidad al que se reunen todos los rádios; revestido de una primacía de jurisdiccion, puede con su autoridad separar de la unidad á los que yerran, ó hacer que de nuevo entren en ella los extraviados; de modo que este ministerio forma entre todos los Católicos diseminados por la tierra un magnífico lazo de union. Unidos todos á sus pastores, que lo están entre sí con el Pastor de los pastores, necesariamente lo están unos á otros.

Nada de esto sucede en las sectas separadas: no se busque en ellas la subordinacion general entre sus ministros, ni otro centro de unidad que el poder temporal que las tiene bajo su yugo; de modo que la jerarquía que en la Iglesia católica termina en el Papa, vicario de Nuestro Señor Jesucristo, termina en los países protestantes en un rey, cuando no en una reina, extraños á la ciencia divina, y sin embargo árbitros supremos de la Iglesia de Dios y de la conciencia humana; mas divididos entre sí de lo que lo están con la Iglesia, se disfaman, se acusan y condenan; siempre en guerra, solo les une un odio comun contra la verdadera Iglesia, porque á todos les hiere con igual anatema. De aquí nace que no existe entre ellos la unidad de culto; unos admiten dos Sacramentos, otros tres; unos profesan un culto sin símbolos, mientras que otros profesan otro distinto; tanto que el protestante salido del rincon de tierra donde impera la secta á que pertenece, se halla extraño del resto del mundo.

2.° *Ser santa.* La Iglesia romana es santa en sus dogmas, santa en su moral, en sus Sacramentos, en su culto; puédese retar al ad-

versario mas encarnizado, con tal de que sea imparcial, á que encuentre en todas sus cosas un acto que no sea eminentemente propio para ilustrar el espíritu, para purificar el corazon, y para elevar al hombre hácia Dios. En vano se buscará una secta antigua ó moderna que posea este primer género de santidad; todas han halagado y halagan aun alguna de las tres grandes pasiones humanas, el orgullo, la ambicion y la voluptuosidad. La Iglesia romana es santa en su jefe, que es Jesucristo; santa en sus fundadores, que son los Apóstoles, lo que no sucede en los fundadores de herejía alguna: sabido es cuál fue en los primeros siglos la santidad de Arrio, de Manes y de los demás heresiarcas; en los tiempos modernos, ¿quiénes fueron los jefes del Protestantismo? Lutero, Calvino, Zuinglio, tres eclesiásticos apóstatas y los tres hombres mas escandalosamente impúdicos del siglo XVI: y ¿podrá creerse que Dios ha elegido á tales hombres para reformar su Iglesia? Santa en una gran parte de los Papas y de los Obispos; y santa, en fin, en buen número de sus hijos: basta pasar los ojos por un martirologio ó un calendario para ver la multitud de Santos que se han formado en la Iglesia, aun en los últimos siglos, siendo de advertir que además del incalculable número de Santos que han causado la admiracion general por sus heróicas virtudes, y á quienes los pueblos no han podido negar sus solemnes homenajes, existe una mayor multitud que se han santificado por medio de virtudes oscuras y ocultas á los ojos de la humanidad.

La santidad de los hijos de la Iglesia es verdadera, en cuánto Dios ha obrado milagros estupendos para manifestarla: los milagros obrados por los Santos se han verificado en todos los siglos, verifícanse aun en el dia, y solo han tenido lugar en la Iglesia católica; esto hace que las sectas separadas no puedan presentar la conducta regular de sus adeptos como una muestra de la santidad de su doctrina, pues al paso que Dios no ha confirmado jamás sus virtudes con milagro alguno, los mismos Protestantes convienen en la verdad de los milagros obrados por los Santos de la Iglesia católica, especialmente por san Francisco Javier [1]. Para que la Iglesia romana sea santa, la madre de los Santos, y pueda presentar su santidad como una prueba de su verdad, no es necesario que todos sus miembros sean santos; el mismo Jesucristo Señor nuestro compara su

[1] **Véase el célebre viajero protestante Tavernier.**

Iglesia á una red donde hay peces buenos y malos, á una era donde la paja está mezclada con el trigo; basta que todos los miembros de la Iglesia hayan sido santos, y todos lo han sido el dia del Bautismo; que un gran número haya continuado siéndolo, y que Dios haya manifestado su santidad por medio de milagros.

3.° *Ser católica.* La Iglesia romana es tres veces católica; primeramente por su *doctrina.* Heredera de todas las verdades reveladas, la Iglesia romana, conforme con las órdenes del divino Maestro, enseña sin distincion, sin excepcion, sin aumento, sin disminucion, todo cuanto Jesucristo Señor nuestro se dignó enseñarle, y no permite, como los herejes, poner una mano sacrílega sobre las Escrituras, elegir entre las verdades cuyo depósito se le ha confiado, rechazando las unas y admitiendo las otras; pues recibe, conserva y enseña con igual solicitud los dogmas y preceptos de su divino Esposo. Á pesar de todos sus esfuerzos, los herejes antiguos y modernos, ayudados de los filósofos y de los impíos, jamás han podido probar que la Iglesia católica haya alterado, aumentado ni disminuido, y con mayor razon inventado, ni una sola de las verdades que propone á la fe del universo: los Padres apostólicos hablan como nuestros actuales sacerdotes [1].

En segundo lugar es católica por el *tiempo.* Reveladas á nuestros primeros padres, transmitidas por los Patriarcas, desenvueltas por la Ley, completadas por el Evangelio, confiadas á los Apóstoles por el mismo Dios hecho hombre, predicadas por aquellos en todos los confines del universo, llegadas hasta nosotros por una tradicion constante, las verdades enseñadas por la Iglesia romana se remontan hasta los primeros dias del mundo, y serán anunciadas á todas las futuras generaciones hasta la consumacion de los siglos. Su Símbolo es el Símbolo del género humano, en cuanto le pertenece todo lo verdadero que se encuentra en todos los pueblos, como la rama pertenece al árbol, el miembro al cuerpo, la luz al sol.

Finalmente, es católica por los *lugares.* Recorred el universo, visitad las cuatro ó cinco partes del mundo; pasad de la China al Norte de América, del África á las regiones septentrionales de la Europa, y por todas partes hallaréis católicos. Dios lo ha querido así por una admirable disposicion de su Providencia, á fin de que á todas

[1] Véase la *Ampliacion de la doctrina cristiana* por el célebre Dr. Newman, anglicano recientemente convertido.

las horas así del dia como de la noche hubiese en alguna parte labios que recitasen el Símbolo católico, Símbolo que jamás ha sido interrumpido, así como tampoco el sacrificio de nuestros altares, en virtud del cual no ha cesado un momento desde hace diez y ocho siglos de correr en algun punto del globo la sangre divina. Cuando en una region del mundo llega la noche, cuando el sacerdote abandona el altar y cesa el fiel de repetir el Símbolo, brilla el dia en otra, y los sacerdotes se acercan al altar, y los católicos rezan la profesion de nuestra fe; así sucederá invariablemente hasta el fin de los tiempos [1]. Sin embargo, aun en todas partes se hallarán herejes ó miembros de una sociedad separada. Católica por los lugares, la Iglesia romana, como el sol, ha recorrido el horizonte del universo; su luz ha iluminado sucesivamente las varias regiones de la tierra, lo que jamás ha hecho la herejía. Católica por los lugares, la Iglesia romana es la mas numerosa de todas las sociedades; el Mahometismo, la Idolatría, el Protestantismo, se dividen en una infinidad de sectas, cada una de las cuales en particular está muy léjos de contar tantos partidarios como fieles cuenta la Iglesia católica. Católica por los lugares; ser una como Dios es uno; estar en todas partes como Dios, sin dejar de ser una; tal es la Iglesia romana. La unidad en la misma universalidad, tal es el sublime carácter que la distingue y que se conoce con el nombre de católico.

«Así como solo hay un episcopado, decia hace diez y siete siglos «san Cipriano, así no hay mas que una sola Iglesia esparcida por la «vasta multitud de los miembros que la componen: así como se des«prenden del sol infinitos rayos no habiendo mas que un centro de «luz; así como salen del cuerpo de un árbol gran número de ramas, «estando el tronco adherido fuertemente á la tierra por medio de sus «raíces; así como de un mismo manantial brotan varios riachuelos, «que reconocen un orígen comun á pesar de la abundancia de las «aguas que lo hacen diverso, tal es la imágen de la Iglesia. La luz «divina que en ella penetra abraza con sus rayos todo el mundo, vi«niendo de un punto único que ilumina todos los lugares, sin que «quede dividida la unidad de principio. Su inagotable fecundidad «hace que extienda sus ramas sobre toda la tierra; envia á lo léjos «sus abundantes aguas, mas siempre y por todas partes es uno el

[1] Véase Jauffret, pág. 288.

«principio, uno el orígen, una la madre que manifiesta su fuerza por «el número de sus hijos [1].»

4.° *Ser apostólica.* La Iglesia romana es apostólica, es decir, que se remonta hasta los Apóstoles, sus maestros, sus fundadores: distínguense dos clases de apostolicidad, de doctrina y de ministerio. La Iglesia romana es apostólica en su *doctrina*, esto es, cree y enseña, ha creido y enseñado siempre la doctrina recibida de los Apóstoles; remontémonos de siglo en siglo hasta el dia en que el Hijo de Dios dijo á los doce Misioneros evangélicos: *Id y enseñad á todas las naciones*, y hallarémos la misma enseñanza, la misma creencia, el mismo Símbolo que rezamos; sus palabras resonaron en las vastas basílicas de Nicea y de Constantinopla; los fieles las recitaron debajo las iluminadas bóvedas de las catacumbas; allí se administró el mismo Bautismo, la misma Eucaristía, los mismos Sacramentos; allí se creyó en el mismo Dios, en el mismo Jesucristo su Hijo; se esperó en el mismo cielo, y se temió el mismo infierno [2].

Esta venerable antigüedad, esta sucesion no interrumpida es la eterna confusion de los herejes; para convencerles de su error basta preguntarles: *¿Qué es lo que se creia cuando aparecisteis?* No ha habido herejía que no haya encontrado á la Iglesia en posesion de la doctrina contraria á la vuestra: este hecho constante, público, universal y sin excepcion, hace muy fácil la decision; no hay mas que mirar qué fe se profesaba al aparecer los herejes; en qué fe habian sido ellos mismos educados en la Iglesia, y pronunciar su condenacion en virtud de este hecho que no puede permanecer oculto, ni ser puesto en duda [3]. ¡Oh hermanos nuestros! vosotros que os habeis

[1] *De Unit. Eccles.*

[2] Véanse las pruebas monumentales de lo dicho en nuestra *Historia de las Catacumbas*, en 8.°

[3] Bossuet, *Prem. instr. pastor. sobre las promesas de la Iglesia*, n. 35. «Existe siempre, continúa el mismo Obispo, un hecho que les llena de confu- «sion y que no pueden desfigurar, y es el de su novedad. Nadie puede cambiar «los siglos pasados ni darse predecesores, ó hacer que les haya hallado en po- «sesion. Únicamente la Iglesia católica llena todos los siglos anteriores con una «sucesion que no puede serle disputada. La ley precede al Evangelio; la línea «de Moisés y de los Patriarcas no forma mas que una con la de Jesucristo. Ser «esperado, llegar, ser reconocido por una posteridad que dura tanto como le «mundo, tal es el carácter del Mesías en quien creemos; ayer era, hoy es, y «será hasta la consumacion de los siglos.» *(Discurso sobre la Historia universal*, parte II).

separado de la unidad católica, vosotros careceis del carácter esencial de la verdadera doctrina, de la apostolicidad. ¿Cuál es, pues, vuestra antigüedad? ¿Trescientos años quizás? Os engañais, no teneis mas antigüedad que la de vuestra opinion; ayer la escribísteis, hoy, esta mañana la habeis cambiado; esta es vuestra antigüedad.

La Iglesia romana es apostólica en su *ministerio;* este es un hecho indisputable como la existencia del sol, y la prueba mas palpable de que es la verdadera Iglesia. Jesucristo Señor nuestro dijo á san Pedro: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; así pues, para encontrar la verdadera Iglesia basta buscar la que se remonta hasta Nuestro Señor, y cuyo fundamento es san Pedro; ahora bien, tan glorioso privilegio no puede ser reivindicado por secta alguna antigua ni moderna; ninguna se remonta hasta Nuestro Señor, ninguna tiene á san Pedro por base. Solo la Iglesia romana y las salidas de su seno pueden mostrar el órden y la sucesion de sus Obispos hasta los Apóstoles, ó uno de los varones apostólicos enviados por ellos, y de este modo las iglesias verdaderamente apostólicas justifican que lo son. Partiendo de nuestro santo padre el papa Pio IX, actualmente reinante, podemos remontarnos por una no interrumpida sucesion de doscientos cincuenta y ocho Papas hasta á san Pedro fundador de la Iglesia de Roma; llegados á san Pedro estamos al lado de Jesucristo; lo mismo sucede con las demás iglesias católicas; todas nos muestran igualmente á su cabeza á un Apóstol ó á un enviado de los Apóstoles, el cual las ha establecido y en quien empieza la cadena de la tradicion! De las iglesias primitivas han tomado las demás la semilla de su doctrina y la toman todos los dias á medida que se van formando, lo cual hace que se las cuente, y con razon, entre las iglesias católicas, de las que son hijas; todas son apostólicas, y su conjunto no forma mas que una sola y misma Iglesia. El Sumo Pontífice y los Obispos son, pues, los sucesores de los Apóstoles; en ellos tienen su orígen, y de ellos les viene el poder de predicar la doctrina de Jesucristo.

No sucede lo mismo entre los herejes, pues si bien en un principio el Evangelio fue predicado en su país por los Apóstoles ó por varones apostólicos, no pueden por esto pretenderse apostólicos: al separarse han cortado la cadena de la sucesion; nadie les ha enviado sino ellos mismos. «¿Quién sois? puede preguntar la Iglesia á «esos innovadores, á los Protestantes, por ejemplo; ¿desde cuándo y

«de dónde habeis llegado? ¿dónde estábais antes del siglo XVI? «Hace cuatrocientos años que nadie hablaba de vosotros, ni conocia «siquiera vuestro nombre. ¿Qué haceis en mi casa, si no sois de los «mios? ¿Con qué título, Lutero, estais cortando mi bosque? ¿Quién «os ha permitido, Calvino, desviar el agua de mis canales? ¿Quién «os ha autorizado, Zuinglio, para alterar los límites de mis here«dades? ¿Cómo os atreveis á pensar y á vivir aquí á vuestra dis«crecion? Estais en mis bienes; los poseo hace mucho tiempo; tengo «la posesion primera; desciendo de los antiguos poseedores, y pruebo «mi descendencia con títulos auténticos. Soy la heredera de los Após«toles, y conforme á las disposiciones de su testamento y al jura«mento que he presentado, gozo de ellos. En cuanto á vosotros, ha«beis sido desheredados como extraños y enemigos que sois; mas «¿por qué sois extraños y enemigos de los Apóstoles? Porque no os «han enviado, porque la doctrina que cada uno de vosotros ha in«ventado, ó adoptado segun su capricho, está en directa oposicion «con la doctrina de los Apóstoles [1].»

Así pues, únicamente la Iglesia romana es *una, santa, católica* y *apostólica;* únicamente ella tiene los caractéres de la verdadera Iglesia; luego ella, con exclusion de toda otra, es la verdadera esposa de Jesucristo, la coluna y apoyo de la verdad.

Existe tambien otra señal de la verdadera Iglesia, predicha ya por el mismo Salvador cuando dijo: *Seréis aborrecidos de todos por mi nombre* [2]. Búsquese entre todas las sociedades religiosas la que es blanco del odio de todas las demás y del mundo, y se hallará la verdadera Esposa del Hombre-Dios: reconoceréisla por su corona de espinas que lleva constantemente en su frente, corona que otra secta alguna ha ostentado, que ninguna ha ambicionado; es una diadema que únicamente adorna las sienes de la Iglesia romana. Católicos, hermanos mios, que temblais á veces al oir el espantoso crujido del mundo que se disloca, léjos de turbaros, las tempestades que asaltan en el dia á la Iglesia deben afirmaros mas y mas en vuestra fe. ¿Qué prueban estas nuevas persecuciones, continuacion de tantas otras, sino que la Iglesia romana, vuestra madre, no ha cesado de ser la fiel esposa del Dios del Calvario? Mientras ceñirá su augusta

[1] Tertull. *Praescript.*—Véanse los textos de los Padres sobre las notas de la Iglesia en Nat. Alex. De Symb.

[2] Matth. x, 22; Marc. xiii, 13; Luc. xxi, 17.

frente la gloriosa diadema, estad seguros de que no ha hecho ni con el mundo, ni con el vicio, ni con el error, una alianza adúltera; cuanto mas encendida sea la persecucion, mas vivo será tambien el resplandor de su fidelidad inviolable, mas digna será de vuestra confianza y de vuestro amor.

El artículo noveno del Símbolo termina con esta frase: *Creo en la comunion de los Santos;* estas palabras, explicacion de lo que precede, no forman un artículo particular, sin dejar de ser de una suma importancia: por una parte nos dan á conocer á la Iglesia en su vida íntima, y por otra expresan la primera de las cuatro grandes ventajas que la Iglesia nos procura.

Al pronunciar estas palabras, *Creo en la comunion,* nuestra boca revela la fraternidad mas magnífica, el comunismo mas bello, al mismo tiempo que es el único verdadero, el único posible, el único deseable; pues hacemos profesion de creer con tanta certeza y placer como creemos en la existencia y bondad infinita de Dios:

1.° Que todos los miembros de la Iglesia, así los que están en el cielo, como los que se hallan en la tierra y en el purgatorio, se encuentran unidos entre sí y con las tres personas de la santísima Trinidad de un modo íntimo, eficaz y permanente [1];

2.° Que esta union consiste no solo en la comunidad de fe, de esperanza y de caridad, sino tambien en la participacion de los mismos Sacramentos, por medio de los cuales Jesucristo, Señor nuestro, Santo entre los Santos, comunica los méritos de su vida y de su pasion á todos los miembros de la Iglesia que los reciben dignamente; que esta union fraternal toma su orígen en el Bautismo, el cual nos hace hijos de Dios, y se mantiene sobre todo por la santa Eucaristía, en la que el comer de un mismo pan y el beber de un mismo vino hacen de todos nosotros un mismo cuerpo [2];

3.° Que, en virtud de esta union, todos los bienes espirituales de la Iglesia son comunes entre los fieles, como los bienes de una familia entre sus hijos; de modo que las gracias interiores y los dones exteriores que cada uno recibe, las buenas obras que cada uno practica, aprovechan á todo el cuerpo y á cada miembro de la Iglesia;

[1] I Ioan. I.

[2] Unus panis et unum corpus multi sumus, qui de uno pane et de uno calice participamus. (*I Cor.* x, 17).

4.° Que, en virtud de la union que todos los fieles de la tierra tienen entre sí, todas las gracias de que son favorecidos, todas las buenas obras que llevan á cabo, como la asistencia al santo sacrificio de la misa, las confesiones, las comuniones, las meditaciones, las lecturas piadosas, las limosnas, las penitencias y las oraciones, sirven hasta cierto punto á todos los que se hallan en estado de gracia; decimos hasta cierto punto, porque los frutos de las buenas obras no pueden comunicarse todos. Ahora bien, las buenas obras del justo producen tres efectos: el *mérito*, la *satisfaccion* y la *impetracion*.

El mérito es el efecto de la buena obra en cuanto produce un aumento de gracia y un derecho á un grado mayor de gloria en el cielo. El mérito es personal al que practica la buena obra, y no puede ser comunicado á los demás; solo puede adquirirlo el hombre viajero y en estado de gracia; pues solo en el que ya la tiene puede la gracia ser aumentada, y el habitante del cielo ó del purgatorio no puede ya merecer, aunque se halle en estado de gracia.

La satisfaccion es el efecto de la buena obra en cuanto obtiene la remision de las penas temporales debidas al pecado; solo el hombre en su permanencia sobre la tierra y en estado de gracia puede satisfacer, pues los Santos no tienen ya necesidad de satisfaccion, y las almas del purgatorio, propiamente hablando, no satisfacen, siendo mas exacto decir que *satissufren*. Los hombres en estado de pecado mortal tampoco pueden satisfacer, atendido á que no es dable obtener la remision de la pena debida á los pecados antes de haber obtenido la remision del mismo pecado. Así pues, la satisfaccion no puede serles aplicada, pero sí puede serlo á los justos en estado de gracia y á las almas del purgatorio, y esto se hace ofreciendo la satisfaccion ó el mérito satisfactorio de las buenas obras en descargo de aquel cuya deuda se desea disminuir.

La impetracion es el efecto de la buena obra en cuanto obtiene aquella de Dios algunos bienes. En rigor solo los justos pueden impetrar, puesto que únicamente los justos tienen algun derecho á ser escuchados, considerando que es conveniente y está fundado en razon que Dios haga, como lo prometió, la voluntad de aquellos sus servidores que por su parte se esfuerzan en cumplir la de su Señor [1]. En cuanto á los pecadores, á pesar de haber declarado Dios

[1] Voluntatem timentium faciet, et deprecationem eorum exaudiet. (*Psalmus* CXLIV, 19).

que no les escucha [1], pueden, sin embargo, obtener de una impetracion menos rigurosa; es decir, que por medio de los movimientos imperfectos de fe y de esperanza se disponen á la gracia y amistad de Dios, y le piden algun bien. Su impetracion no tiene otro fundamento que la infinita misericordia de Dios.

La impetracion, tercer efecto de las buenas obras, puede comunicarse no solo á todos los miembros de la Iglesia, justos y pecadores, sino tambien á aquellos que no son miembros de la Iglesia, como los judíos, los herejes, los cismáticos, los infieles y los excomulgados, pues se puede pedir su conversion y practicar buenas obras para obtenerla. ¿Qué diferencia existe, pues, en este punto, preguntaréis acaso, entre los fieles y los que no lo son? Hay la diferencia de que los últimos están privados de las oraciones públicas de la Iglesia, excepto el Viernes Santo, y de que los mismos no se aprovechan de las buenas obras privadas, cuando no se hacen expresamente para ellos; al paso que los fieles gozan de las oraciones públicas, y se aprovechan naturalmente de las buenas obras particulares de todos los miembros de la Iglesia, aun cuando no se haya pensado en aplicarlas á ellos; y la razon está en que son miembros vivos de un mismo cuerpo. Del mismo modo que cuando la boca come y el estómago digiere, todos los demás miembros se resienten de dichas operaciones; así tambien cuando un justo practica una obra buena, todos los demás justos se enriquecen con ella [2].

Hemos dicho una *obra buena*, porque todas las que tienen la apariencia de tales no lo son realmente: en efecto, distínguense tres especies de obras; las obras *vivas*, que son las del hombre en estado de gracia, y que aprovechan á todos los miembros vivos de la Iglesia. Las obras *muertas*, que son las del hombre en estado de pecado mortal, y que no sirven para merecer ni para satisfacer, y sí solamente para obtener de Dios que use de misericordia y convierta al que las hace; y finalmente las obras *amortiguadas*, es decir, que habian sido hechas en estado de gracia, pero cuyo mérito se ha oscurecido, y, por decirlo así, apagado á causa del pecado mortal que las sigue: estas obras reviven cuando el que las hizo vuelve al estado de gra-

[1] Peccatores Deus non exaudit. (*Ioan.* IX, 31; D. Thom. 2, 2, q. 83, articulo 16).

[2] Montagne, *Tract. de Gratia;* Ferraris, art. *Merit. et Peccat.;* D. Thom. 1-2, q. 113, etc.



cia [1]. Para completar las anteriores explicaciones, añadirémos que Jesucristo Señor nuestro, en calidad de jefe, distribuye el precioso fruto de las buenas obras á los diferentes miembros vivos de su cuerpo místico en proporcion de sus necesidades y de sus méritos. En cuanto á los pecadores, si bien están unidos todavía á la Iglesia por la fe y por la esperanza, como carecen de la caridad, son miembros muertos, y por consiguiente no participan de sus bienes espirituales sino en el sentido de que Dios, escuchando las oraciones de los justos, concede alguna vez á aquellos gracias de conversion, ó suspende los castigos que merecen [2].

5.° Profesamos que en virtud de la union que los fieles de la tierra tienen con los Santos del cielo, los primeros obtienen de Dios, por intercesion de los segundos, muchas gracias para sí mismos y para los demás fieles, al invocarles, honrarles, y al esforzarse á imitarles;

6.° Que en virtud de la union que los Santos de la tierra y del cielo tienen con los santos del purgatorio, estas almas acongojadas son aliviadas por las oraciones, limosnas é indulgencias, y por el sacrificio de la misa ofrecido á su intencion [3].

Una admirable comparacion empleada por el mismo Espíritu Santo [4] nos da la idea mas tierna y magnífica de esta union de todos los miembros de la Iglesia, y da á comprender hasta á los niños esta entera comunicacion de bienes entre los fieles; el símil está sacado del cuerpo humano.

En el cuerpo humano hay muchos miembros, y sin embargo todos ellos no forman mas que un solo cuerpo. No todos ejercen iguales funciones, cada uno desempeña la que le es propia: el pié anda, el ojo ve, el oido oye; cada funcion en particular no se refiere directamente al bien del miembro que la ejerce, pero sí á la armonía y al bien general del cuerpo y de todos los demás miembros, de modo que el pié anda, el ojo ve, y el oido oye para todo el cuerpo. Lo mismo sucede en el cuerpo de la Iglesia, el cual consta de varios miembros; los fieles que se hallan en la tierra, las almas del purgatorio, los Santos del cielo, los católicos de Europa, los de Asia,

[1] Véase el célebre Catecismo español del P. Cayetano de las Escuelas pias.

[2] S. Aug. *De vera Relig.* c. 5 et 6; id. *Tract. XXXII in Ioan.;* S. Ambr. *lib. I De offic.* c. 29.

[3] S. Aug. *De Cur. gerend. pro mort.*

[4] I Cor. XII; Ephes. IV, 7; Rom. XII, 4-6.

los de África, de América, de Oceania, de todas las partes del mundo, por lejanas que sean entre sí, son miembros de la Iglesia, y no forman mas que un solo cuerpo. No todos tienen iguales funciones: unos son obispos, otros presbíteros, religiosos ó religiosas; estos son doctores, predicadores, consoladores; aquellos señores ó servidores: cada uno tiene su estado y sus funciones, las cuales se dirigen todas al bien general del cuerpo y de todos sus miembros. El sacerdote que predica y administra los Sacramentos, el doctor que enseña, la religiosa que ora y se sacrifica, los simples fieles que cumplen los deberes señalados por la Providencia á su condicion particular, lo hacen para toda la Iglesia.

En el cuerpo humano los miembros están de tal modo unidos, que desde el momento en que uno de ellos, aun el mas débil, experimenta alguna sensacion de dolor ó de placer, los demás sienten en seguida los efectos de aquella sensacion, á causa de la union y simpatía que la naturaleza ha colocado entre ellos. Lo mismo sucede en el cuerpo de la Iglesia; y así como nos aprovechamos de los bienes concedidos á cada uno de nuestros hermanos, debemos experimentar tambien el dolor que les aflija, alegrarnos con los que se alegran, llorar con los que lloran. ¿Seria posible que la union establecida entre nosotros por la gracia fuese menos poderosa para hacernos sensibles á los dolores y goces de nuestros hermanos, que la natural simpatía para hacer experimentar á todos los miembros del cuerpo el placer ó el sufrimiento de cada uno de ellos?

En el cuerpo humano existe una cabeza que rige todos los demás miembros, que influye en cada uno de ellos por las emanaciones que le envia; un corazon de donde la sangre parte y á donde vuelve para purificarse y tomar calor y para partir otra vez; además el cuerpo está animado, vivificado por un alma que le comunica el movimiento, la hermosura y el vigor. Asimismo en el cuerpo de la Iglesia hay una cabeza, Nuestro Señor Jesucristo, el cual rige todos los miembros, que influye en cada uno de ellos por medio de sus gracias; un corazon, que es la santa Eucaristía, de donde el amor parte y á donde vuelve para purificarse, para tomar calor y para partir de nuevo; finalmente un alma, el Espíritu Santo, el cual diseminándose por todas las partes de tan admirable cuerpo, le comunica la hermosura, la fuerza, la vida, la vida de la gracia en la tierra, y la vida de la gloria en la eternidad.

Á la vista de este magnífico cuerpo no pueden caber en el alma mas que tres sentimientos: un sentimiento de inefable reconocimiento por formar parte de él; un sentimiento de excesivo temor de ser separado del mismo, ó de no ser mas que un miembro muerto, y un sentimiento de tierna y activa compasion por los infieles, herejes, cismáticos, y por cuantos le son extraños.

Para terminar la explicacion del artículo noveno del Símbolo, solo resta dar á conocer el sentido y la razon de estas palabras, la comunion *de los Santos*. Todos los miembros de la Iglesia son llamados santos; primeramente, porque la santidad es el objeto de nuestra vocacion á la fe, y la rigurosa obligacion que á todos nos es impuesta por el Bautismo [1]; luego, porque los justos participan mas particularmente de la admirable comunion que acabamos de describir; además, porque los mismos pecadores encuentran en ella poderosos medios de santificacion, y finalmente, porque esta comunion de los santos de la tierra nos conduce á la comunion general y eterna de los Santos, de los Ángeles y del mismo Dios en el cielo. ¡Desgraciados aquellos que se hacen eliminar de esta sociedad, fuera de la cual no hay salvacion! La Iglesia lo verifica á pesar suyo, pero puede hacerlo, investida como está del poder de excomulgar. La legitimidad de este poder formidable está perfectamente establecida: los Apóstoles usaron de él; los Concilios, los Sumos Pontífices y los Obispos han seguido su ejemplo en la continuacion de los siglos, siempre que lo han juzgado necesario [2]. ¿Acaso el padre de familia no tiene el derecho de expulsar de su casa al hijo escandaloso y rebelde? ¿Acaso el pastor no tiene la facultad de arrojar del redil á la oveja sarnosa é indócil? Los jueces, los magistrados ¿no expulsan cada dia de la sociedad á los culpables peligrosos y obstinados? ¿Cómo, pues, no tendria igual derecho la Iglesia, la sociedad mas perfecta?

Despues de la sentencia de Nuestro Señor en el juicio final, nada debe inspirarnos tanto temor como la excomunion: los que son heridos con ella se encuentran privados de todos los bienes espirituales que se hallan en la Iglesia, y no pueden volver á su maternal regazo sino haciendo su sumision, satisfaciendo á los que han ofendido ó despojado, y obteniendo la absolucion del superior con poder para otorgársela. Si mueren sin haberse reconciliado con la Iglesia, que-

[1] Haec est enim voluntas Dei sanctificatio vestra. (*I Thes.* IV, 3).
[2] I Cor. V; Baron. art. 55, 998, etc., etc.

dan privados de sepultura eclesiástica y de todos los sufragios de la Iglesia en favor de los difuntos. Frecuentemente se ha visto producir la excomunion efectos sensibles sobre los culpables; así es que en los siglos de fe los Reyes, los poderosos y los pueblos temieron sobre todas las cosas este rayo espiritual.

El mismo Napoleon, que afectaba despreciar la que contra él se habia lanzado, no podia ocultar el tormento que le causaba, y algunas veces su exasperacion no conocia límites; en su despecho exclamaba: *¿Acaso cree el Papa que su excomunion hará caer las armas de las manos de mis soldados?* Mas nadie ignora que desde el momento de la excomunion la estrella del gran Capitan empezó á palidecer, y que desde entonces fue su vida una continua série de desgracias. Además, los historiadores de la campaña de Rusia dicen categóricamente al referir la espantosa catástrofe: *Las armas caian de las manos de los soldados* [1]. Á buen seguro que no faltarán filósofos que objetarán que el frio y no la excomunion hacia caer las armas de las manos de los soldados! Muy bien; pero el frio, ¿quién lo enviaba? ¿Quién hacia bajar el termómetro hasta un grado tan desastroso? ¿Érais acaso vosotros, ó aquel que manda á los elementos con autoridad mas absoluta que Napoleon al grande ejército? Ahora bien, el que así impera en los elementos dijo á la Iglesia y al Papa: *El que os desprecia, me desprecia; romperé como un vaso al que se atreva á resistirme;* y su poder no puede ser limitado ni destruido por revolucion, civilizacion ni potencia alguna [2].

Al explicar los mandamientos de la Iglesia, hablarémos de las ventajas sociales del artículo noveno del Símbolo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho partícipe de todos los bienes espirituales de vuestra santa Iglesia, y no permitais que jamás merezca verme privado de los mismos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *amaré á la Iglesia como un hijo ama á su madre.*

[1] De Segur; de La Baume, etc., etc.

[2] Et nunc reges, intelligite, erudimini qui iudicatis terram. *(Psalm.* ɪɪ, 10).

LECCION XXV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo décimo del Símbolo. — Perdon de los pecados. — Cierto, permanente, ilimitado. — Medios de obtenerlo. — Sacramentos, sacramentales. — Buenas obras. — Segundo beneficio de la Iglesia.

Ponernos en comunicacion con Nuestro Señor, el Santo de los Santos, con los Ángeles y los bienaventurados habitantes del cielo, con las santas almas del purgatorio, con todos los justos que se encuentran diseminados por las cuatro partes del mundo; hacernos partícipes de sus méritos, de sus oraciones, de su vida espiritual, del mismo modo que todos los miembros de nuestro cuerpo participan de la vida, de la salud, de la hermosura del cuerpo entero; tal es, como hemos visto, la primera de las cuatro grandes ventajas que hallamos en la Iglesia.

No es menos preciosa la segunda, expresada con estas palabras en el artículo décimo del Símbolo: Creo en el *perdon de los pecados*. Con esto proclamamos que en la Iglesia católica se encuentra la remision de los pecados, que solo en ella se encuentra, y esto en virtud del poder que Nuestro Señor ha dado á su Iglesia para desatar las conciencias. Semejante poder ¿es cierto? ¿es permanente? ¿es limitado? ¿quién lo ejerce? ¿cómo se ejerce? ¿por qué medios pueden los fieles aprovecharse del mismo? Tales son las cuestiones cuya solucion nos servirá para explicar el artículo décimo del Símbolo.

1.° El poder de perdonar los pecados que reconocemos en la Iglesia católica, ¿es cierto?—Para resolver esta primera cuestion, sentaré otras tres; en primer lugar: ¿Puede Dios perdonar los pecados? No hay nadie que no reconozca en los Príncipes el derecho de hacer gracia á los criminales; al padre el derecho de perdonar á un hijo culpable; al acreedor el derecho de remitir la deuda á su deudor; al último de los hombres el derecho de perdonar la injuria recibida; así pues, negar á Dios el poder de perdonar las ofensas que se le han

hecho seria negarle un derecho análogo al que todos reconocen al príncipe en su reino, al padre en su familia, al acreedor respecto de su deudor, al último de los hombres respecto de los que le han ultrajado. Luego Dios tiene evidentemente poder para perdonar los pecados, y él mismo reivindicó tan sublime prerogativa, cuando dijo : *Yo, yo mismo soy el que borro tus iniquidades* [1]. Hé aquí por qué quiere que le digamos todos los dias : *Perdonad nuestras deudas.*

En seguida pregunto : ¿Puede Dios confiar á algunos hombres el poder de perdonar los pecados en su nombre? Igualmente está universalmente reconocido que los Reyes de la tierra pueden hacer administrar la justicia en su nombre, es decir, confiar á magistrados el derecho de absolver y de condenar á los culpables. ¿Qué motivo puede haber para negar á Dios semejante derecho? ¿Seria menos poderoso el soberano Señor que sus criaturas? Es evidente, pues, que Dios puede confiar á ciertos hombres el poder de perdonar los pecados en su nombre. Finalmente: ¿Ha confiado Dios este poder á determinados hombres? El poder de perdonar los pecados, es decir, de hacer del culpable un inocente, de volver la vida á un alma muerta por el pecado, no es menos grande que el poder de criar el mundo, de resucitar los muertos; por esto, durante cuatro mil años, Dios se lo reservó para sí únicamente, no compartiéndolo con criatura alguna; por fin, llegó la plenitud de los tiempos de gracia y de misericordia, y Nuestro Señor fue el primer hombre que recibió de su Padre tan magnífica prerogativa [2].

Sabido es el gran milagro que verificó para probar que tenia aquel poder, no como Dios, pues es inherente á su naturaleza, pero sí como hombre. Los Fariseos se escandalizaban al oirle atribuirse el poder de perdonar los pecados, y decian : *Blasfema; solo Dios puede perdonar los pecados.* ¿Cuál de los dos es mas fácil, repuso el Salvador, el de curar á un paralítico, ó el de perdonar los pecados? Ambos sobrepujan al poder del hombre. Pues bien, para que sepais que

[1] Ego sum, ego sum ipse qui deleo iniquitates tuas. (*Isai.* XLIII, 25).

[2] Non minor potestas necessaria est ad hominem ex impio iustum reddendum, et animam à morte peccati suscitandam, quam ad mundi creationem, et corpora à morte suscitanda; ad haec autem infinitam et immensam Dei vim requiri certum est, potestas dimittendi peccata, antequam Deus homo fieret, nulli creatae naturae à Deo concessa est. Primus omnium Christus Salvator noster, ut homo, cum idem verus Deus esset, hoc munus à Patre accepit. (Nat. Alex. *De Symb.* pag. 339).

el doble y sobrenatural poder de curar á los enfermos y de perdonar los pecados ha sido igualmente confiado al Hijo del Hombre, escuchadme; luego, dirigiéndose al paralítico, le dijo : *Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa* [1]; quedando el paralítico curado en aquel mismo instante. Así pues, Nuestro Señor, en cuanto hombre, tenia palpablemente el derecho de perdonar los pecados.

Ahora bien, este poder lo confió á su Iglesia en la persona de los Apóstoles y de sus sucesores con estas palabras, que no dejan en pié la menor objecion : *Recibid el Espíritu Santo; como el Padre me envió, así tambien yo os envio; á los que les perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos* [2]. Vemos, pues, que con justa razon reconocemos, y los siglos han reconocido á la Iglesia, el poder de perdonar los pecados; y no andamos menos fundados, ni tampoco todos los siglos con nosotros, al no atribuir tan admirable prerogativa sino á la Iglesia, nuestra madre. «Efec«tivamente, solo ella, dice san Agustin, ha recibido el Espíritu San«to, sin el cual no puede ser perdonado pecado alguno de modo que «se nos abran las puertas de la vida eterna; pues solo ella estaba «representada en los Apóstoles y en Pedro, su jefe y su tipo, cuando «el Hijo de Dios dió al hombre el poder de romper los lazos de las «conciencias [3].»

2.° El poder de perdonar los pecados ¿es permanente en la Iglesia? —¿Qué objeto se propuso Jesucristo, Señor nuestro, al dar á la Iglesia el poder de atar y de desatar, sino el de librar á los hombres de los lazos del pecado y abrirles las puertas del cielo? Por lo tanto, es evidente que este poder debe durar mientras haya pecados que perdonar, y mientras dure la misma Iglesia; y como habrá siempre pecados que perdonar, pues por una parte todos los hom-

[1] Ut sciatis quia Filius hominis habet potestatem in terra dimittendi peccata, ait paralytico : Surge, tolle grabatum tuum, et vade in domum tuam. (*Matth.* IX, 6).

[2] Ioan. XX, 23.

[3] Ipsa proprie Spiritum Sanctum pignus accepit, sine quo non remittuntur ulla peccata, ita ut quibus remittuntur consequantur vitam aeternam. (*Enchir.* c. 65). — In typo unitatis Petro dedit potestatem, ut id solventur in terris quod ille solvisset. Igitur pax Ecclesiae dimittit peccata, et in Ecclesiae pace alienatio tenet peccata. Petra tenet, petra dimittit; columba tenet, columba dimittit; unitas tenet, unitas dimittit. (*De Baptis. contr. Donat. lib. III*, c. 17. — Id. *S. Fulgent.*, etc., etc.).

bres que vendrán á este mundo, hasta la consumacion de los siglos, llevarán consigo el pecado original, y por otra, todos contraerán durante su carrera mortal manchas mas ó menos graves; el poder de absolver no será menos necesario en el último siglo de lo que lo era en el primero; además la Iglesia tiene promesas de inmortalidad que garantizan su existencia hasta la consumacion de los tiempos; de todo lo cual se desprende que el poder que recibió de perdonar los pecados es permanente, y no acabará sino con el mundo [1].

3.° Este poder ¿es limitado?—Este poder es sin límites ni trabas, como la misericordia de Dios, de la cual es una emanacion, en cuanto tiene por objeto hacer desaparecer todos los obstáculos que el pecado puede oponer á nuestra entrada en el cielo. Sin límites en cuanto á la gravedad de las faltas: *Todo lo que ligares sobre la tierra,* dice el Salvador, *ligado será en los cielos* [2]; de modo que es de fe que no hay pecado alguno irremisible, por enorme que sea, aun el pecado contra el Espíritu Santo, el mayor de todos, pues los méritos de Nuestro Señor, que la Iglesia ha recibido el poder de aplicar á la curacion de nuestras almas, sobrepujan en mucho á los pecados del mundo y de mil mundos. Exceptúase la impenitencia final, es decir, la muerte en estado de pecado mortal, sin quererse arrepentir; mas si no se perdona, no debe atribuirse á falta de los méritos de Nuestro Señor ni del poder de la Iglesia, sino á que en la impenitencia el pecado se mezcla con la muerte, despues de la cual no hay lugar para el arrepentimiento. Sin límites en cuanto al número de los pecados: Interrogado Jesucristo Señor nuestro por san Pedro, para saber cuántas veces deberia perdonar al pecador arrepentido, le contestó: *No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete* [3].

4.° Por quién se ejerce en la Iglesia el poder de perdonar los pecados?—Se ejerce únicamente por aquellos á quienes facultó Nuestro Señor, es decir, por los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y por los presbíteros, sus colaboradores en el ministerio de las almas. Ningun pecador, sean cuales fueren su rango, su edad y su condicion, puede obtener el perdon de algun pecado mortal sin someterlo

[1] S. Aug. *Enchir.* c. 64.

[2] Quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis. (*Matth.* XVI, 19).

[3] Non dico tibi usque septies; sed usque septuagies septies. (*Matth.* XVIII, 22.—Corn. à Lapid. *In hunc loc.*—Id. S. Aug. *Enchir.* c. 64 et 83).

á las llaves de la Iglesia, es decir, al poder del presbítero en la confesion hecha realmente, ó al menos en deseo, si es imposible de otro modo. Oigamos á san Agustin resumiendo sobre este punto la fe católica, y contestando con doce siglos de anterioridad á las objeciones de los Protestantes: «Nadie diga para sí: Yo hago secretamente «penitencia delante de Dios; Dios, que lo ve todo, sabe lo que pasa «en mi corazon. En vano seria, pues, que el Señor hubiese dicho: «Lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el cielo. En vano «seria, pues, que se hubiesen dado las llaves á la Iglesia. Nosotros «hacemos ilusorio el Evangelio, hacemos ilusorias las palabras de «Jesucristo, prometemos lo que él niega [1].»

5.° ¿Cómo se ejerce el poder de perdonar los pecados? — El poder de perdonar los pecados se ejerce con la administracion de los Sacramentos: el Bautismo borra el pecado original; la Penitencia borra todos los pecados actuales, mortales ó veniales, y todos los Sacramentos borran por su propia virtud, *ex opere operato*, los pecados veniales, hácia los cuales el penitente no conserva afeccion alguna. «El pecado venial, dice santo Tomás, no excluye la gracia «habitual; solo sí retarda su accion, á causa de que el hombre ama «demasiado á la criatura, sin que por esto excluya enteramente el «amor de Dios. Esto hace que el perdon del pecado venial no exija «una nueva infusion de gracia habitual, sino que basta para conse«guirlo cualquier movimiento de la gracia ó de la caridad; así es «como los pecados veniales son perdonados por la Eucaristía, por la «Extremauncion, y por todos los Sacramentos de la nueva ley sin «excepcion, en los cuales se nos confiere la gracia [2].» La razon de

[1] Nemo sibi dicat: Occulte poenitentiam ago; apud Deum ago; novit Deus, qui omnia agnoscit, quae in corde ago. Ergo sine causa dictum est: Quae solveritis in terra soluta erunt in coelo. Ergo sine causa sunt claves datae Ecclesiae Dei. Frustramus Evangelium Dei, frustramus verba Christi: promittimus quod ille negat. (*Homil. XXIX*, c. 3, lib. L *homil.;* Conc. Trid. sess. XXIII, *De ordine*, c. 4, *de Eccles. hierarch. et ordin.*).

[2] Peccatum veniale non contrariatur habituali gratiae vel caritati, sed retardat actum eius, in quantum nimis inhaeret homo bono creato, licet non contra Deum. Et ideo ad hoc quod peccatum veniale tollatur, non requiritur quod infundatur aliqua habitualis gratia, sed sufficit aliquis motus gratiae vel caritatis ad eius remissionem... et hoc modo per Eucharistiam et Extremam Unctionem et universaliter per omnia Sacramenta novae legis, in quibus confertur gratia, peccata venialia remittuntur. (P. 3, q. 87, art. 2 et 3; id. *Opusc. de Symb.*).

esto está en que todos los Sacramentos de la ley nueva están instituidos para santificar nuestras almas con su propia virtud, *ex opere operato,* á fin de disponerlas perfectamente para entrar en el cielo, y por consiguiente para allanar todos los obstáculos que, de un modo ú otro, pudiesen impedirnos obtener la eterna beatitud. Es así que los pecados veniales retardan para nosotros el goce de esta gloria; luego deben ser borrados por los Sacramentos bien recibidos [1].

6.° ¿Por qué medios pueden los fieles aprovecharse del poder concedido á la Iglesia de perdonar los pecados, y obtener el perdon de todas sus faltas?—Si se trata del pecado mortal, ya hemos visto que solo puede borrarse con el sacramento de la Penitencia recibido realmente, ó al menos en deseo, en caso de que fuese imposible confesarse. En cuanto á los pecados veniales, se borran por tres medios, y son: Los Sacramentos, los sacramentales, y las buenas obras ordinarias. El primer medio, mas eficaz para obtener el perdon de los pecados veniales, es la digna recepcion de los Sacramentos, los cuales lo producen por su propia virtud, *ex opere operato*. Sobre esto es preciso advertir, primero, que el Bautismo administrado á los adultos exige para la remision de los pecados actuales la penitencia del corazon, y luego, que no es perdonado ningun pecado mortal mientras se persevera en estado de pecado mortal [2].

El segundo medio es el uso de los *sacramentales*: se da este nombre á ciertas ceremonias, á ciertos actos y á ciertas oraciones que se emplean en la administracion de Sacramentos, y cuya virtud imita en cierto modo la de los mismos Sacramentos [3]. Los sacramentales

[1] Ferraris, Biblioth. art. *Peccat.* 305, n. 51.

[2] In pueris non est nisi peccatum originale, quod non consistit in actuali deordinatione voluntatis, sed in quadam habituali deordinatione naturae; et ideo remittitur eis peccatum per infusionem gratiae et virtutum, non autem cum actuali. Sed adulto, in quo sunt actualia peccata, quae consistunt in deordinatione actuali voluntatis, non remittuntur peccata, etiam in Baptismo, sine actuali immutatione voluntatis, quod fit per Poenitentiam. (S. Thom. 3 pars, q. 86, art. 2).—Licet ad remissionem peccati venialis non requiratur nova infusio habitualis gratiae, requiritur tamen aliquis gratiae actus, qui non potest esse in eo qui subiacet peccato mortali... Sed peccatum mortale excludit totaliter habitum gratiae, sine quo nullum peccatum, mortale vel veniale, remittitur. (Id. q. 87, art. 4).

[3] Sacramentalia sic appellantur, vel ex eo quod soleant adhiberi ad Sacramenta efficienda, vel ministranda; vel ex eo quod aliqualem sequantur et imitentur virtutem Sacramentorum. (Ferraris, art. *Peccatum*, pag. 306).

borran los pecados veniales, parte por su propia virtud, parte por las disposiciones del que las emplea; de modo que su eficacia, aunque muy real, no es ni directa, ni infalible, como la de los Sacramentos[1]. Oigamos sobre este punto al Ángel de las escuelas: «Para «la remision de los pecados veniales no es necesaria la infusion de «una nueva gracia; basta con un acto procedente de la gracia, por «medio del cual se deteste el pecado venial explícita ó implícitamente «al menos, como por ejemplo, cuando se acude con fervor á Dios. «Esto hace que haya tres modos por los que ciertas cosas producen «la remision de los pecados veniales. El primero, cuando aquellas lle- «van en sí la infusion de la gracia, tales son los Sacramentos; el se- «gundo, cuando van acompañadas de algun movimiento de odio «hácia los pecados, y así es como el rezo del *Confiteor*, la accion de «golpearse el pecho, y la Oracion dominical, en la que decimos *per- «donad nuestras deudas*, borran pecados veniales. El tercero, cuando «aquellas cosas van unidas á un movimiento de respeto hácia Dios «y hácia las cosas santas; y por consiguiente la bendicion del obis- «po, la aspersion de agua bendita, toda especie de uncion sacra- «mental, la oracion en una iglesia consagrada, y otras cosas seme- «jantes bastan para la remision de las faltas ligeras[2].»

Conforme á la doctrina de santo Tomás y de la teología cuéntanse seis sacramentales expresados con el siguiente verso:

Orans, tinctus, edens, confessus, dans, benedicens.

1.° La *oracion*. Comprende la oracion cotidiana de los fieles, y sobre todo la Oracion dominical. En efecto, la oracion diaria de los fieles satisface por los pecados diarios, ligeros, de corta duracion, que son inevitables en esta vida; recomendado como está á los fieles el decir: *Padre nuestro que estás en los cielos*, etc., esta oracion borra enteramente los pequeños pecados de cada dia; segun san Agustin,

[1] Per sacramentalia remittuntur peccata venialia ex opere operato, remote tamen, et mediate, quatenus nempe per preces Ecclesiae iunctas rebus sacramentalibus, dum iis pie utimur, movetur Deus (etsi non infallibiliter), ut in nobis excitet pios illos motus, quibus adnexa est remissio venialium, partim ex opere operantis, quatenus homo iis sacramentalibus pie utitur in remedium ac remissionem peccatorum suorum cum piis motibus displicentiae peccatorum, conversionis in Deum, amoris, adorationis, et huiusmodi. (Ferraris, art. Peccatum, pág. 305).

[2] 3 p. q. 87, art. 3.

es el bautismo de todos los dias, y puesto que pecamos todos los dias, bauticémonos tambien todos los dias [1].

2.° La *uncion;* comprende la aspersion de agua bendita, todas las unciones sacramentales y la imposicion de la ceniza bendita [2].

3.° La *manducacion;* indica la devota comida del pan bendito y otras cosas santificadas; la asistencia á la misa y á la palabra de Dios escuchada con respeto.

4.° La *confesion,* entendiéndose por esta el *Confiteor* que para ello se recita, segun las prescripciones de la Iglesia, al principio de la misa y antes de recibir el sacramento de la Penitencia.

5.° La *donacion;* comprende la limosna y todas las obras de misericordia espiritual y corporal.

6.° La *bendicion;* comprende la bendicion dada por un obispo, por un abad consagrado, por el sacerdote en la misa, sobre todo con el santo Sacramento [3]. Entiéndase que todos estos actos reclaman de parte del que los hace ó recibe sentimientos de contricion, de amor de Dios, de respeto y de piedad, y que cuando se está bien dispuesto, uno solo de ellos basta para obrar la remision de los pecados veniales. Los Sacramentos y los sacramentales, tales son los dos primeros y mas eficaces medios de obtener la remision de los pecados veniales, lo que significa que nada debemos omitir para recurrir á ellos con frecuencia y con las disposiciones convenientes.

El tercer medio son las demás buenas obras ordinarias, que obran solo en razon de las disposiciones del que las hace; tales son los actos de contricion, las buenas obras hechas teniendo á Dios por mira y para la remision de sus pecados veniales, ó al menos de sus pecados en general, y los actos formales de amor para con Dios, por el cual es preferido Dios á todo lo que le disgusta, sea grave, sea ligero. Si tuviéramos fe, ¡con qué celo emplearíamos todos estos medios tan fáciles y eficaces, para pagar nuestras deudas á la justicia divina y librarnos de las penas del purgatorio! Recordemos lo que hemos dicho acerca de la grandeza de los tormentos de las almas prisioneras en el lugar de la expiacion, y cesemos, por fin, de ser insensibles á nuestros propios intereses [4].

[1] Ferraris, pág. 306; *De Poenit.* dist. 3.
[2] Id., id.
[3] Id., id.
[4] No es este el lugar oportuno para hablar de los sufrimientos impuestos á las

7.° ¿Cómo es un beneficio de la Iglesia la remision de los pecados?—Para apreciar la realidad y extension del beneficio del perdon de los pecados que vemos en la Iglesia, es preciso recordar tres cosas: primera, que todos los hombres nacen pecadores y enemigos de Dios, y que al adelantar en la vida, van siéndolo mas y mas, mientras la gracia de Dios no les perdona sus pecados y no les convierte en amigos é hijos de Dios; segunda, que no hay en el mundo mal mayor que el pecado, no solo en cuanto produce todos los demás males en esta vida y en la otra, sino tambien porque hace al hombre enemigo de Dios; y ¿qué puede haber peor que ser enemigo del que lo puede todo y á quien nadie puede resistir? ¿Quién será capaz de defender á aquel que ha atraido sobre sí la cólera de Dios?

Por el contrario, es imposible hallar en este mundo un bien mayor que estar en la gracia y en la amistad de Dios; pues ¿quién podrá ofender al protegido de Dios, el cual tiene en su mano todas las gracias, todos los castigos? En una palabra, entre los bienes corporales, el mas precioso es la vida, puesto que es el fundamento de todos los demás bienes; y la calamidad mas temida es la muerte, en cuanto es contraria á la vida: ahora bien, siendo el pecado la muerte espiritual del alma, y el perdon del mismo la vida y la resurreccion del alma tambien, es fácil comprender cuánta es nuestra felicidad por ser hijos de la Iglesia, en la cual se encuentra el perdon de los pecados [1]. Tercera, que esta gracia tan inmensa se halla exclusivamente en la santa Iglesia, donde se encuentran los Sacramentos, especialmente el Bautismo y la Penitencia, los cuales,

almas del purgatorio en castigo de las faltas veniales. San Agustin nos dice que sobrepujan cuanto se puede padecer aquí abajo. *Gravis erit ille ignis, quam quidquid homo potest pati in hac vita.* Digamos solamente algunas palabras acerca de la pena del pecado original en los niños muertos sin Bautismo. Entre las diferentes opiniones de los teólogos, adoptamos la de santo Tomás, de san Buenaventura, de san Gregorio de Nisa, de san Agustin, de Vazquez, de Suarez, de Solas, de Lessius, Becan, Ariaga, etc., etc. Segun dicha opinion, los niños muertos sin Bautismo no sufren pena alguna de sentido, y tampoco sufrirán ninguna despues del juicio final; sufren únicamente y sufrirán la pena de daño, es decir, la privacion de la vision intuitiva de Dios, pero sin dolor alguno interior ni exterior; en otros términos, sin pesar ni tristeza alguna de la pérdida de la beatitud; lo que no impide que el morir sin Bautismo sea para el niño una desgracia inmensa, eterna. (Ferraris, art. *Peccat.* página 307).

[1] Belar. *Dottr. crist.* pág. 60.

como remedios divinos, curan á los hombres de todas sus enfermedades espirituales.

En efecto, ni el pecado original, ni el pecado mortal, ni el pecado venial pueden ser perdonados fuera de la Iglesia; en cuanto al pecado original, es evidente, puesto que no se borra sino con el Bautismo, y el Bautismo se halla solo en la Iglesia católica, á la que no cesa de pertenecer aun siendo administrado por herejes. No es menos evidente que el pecado mortal no puede ser perdonado sino en la Iglesia católica: Jesucristo Señor nuestro lo dijo; el sacramento de la Penitencia, recibido realmente, ó en deseo al menos, en caso de imposibilidad, es el único medio para obtener el perdon; y lo mismo que el Bautismo, el sacramento de la Penitencia solamente se encuentra en la Iglesia. Lo mismo que hemos dicho del pecado original y del pecado mortal debe decirse del pecado venial.

Efectivamente, hemos visto que para obtener el perdon del pecado venial, por ligero que sea, es preciso hallarse en estado de gracia, y nadie puede encontrarse en este estado si no pertenece á la Iglesia, pues es de fe, como nos lo enseña el artículo noveno del Símbolo, que fuera de la Iglesia no hay salvacion; lo cual seria falso si se podia estar á la vez fuera de la Iglesia y en estado de gracia, en cuanto el estado de gracia es la prenda de la bienaventurada eternidad. Sin embargo, no olvidemos que se puede pertenecer á la Iglesia de muchas maneras; en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma. Hijos de la Iglesia, ¿hemos pensado alguna vez en nuestra felicidad? ¿Hemos deplorado, como conviene, la desgracia de tantos hombres que no pertenecen á esta santa madre, la que posee sola los remedios para las enfermedades espirituales del género humano?

Concluyamos, pues, diciendo que el artículo décimo del Símbolo debe inspirarnos un gran reconocimiento hácia la infinita misericordia de Dios, el cual ha querido que todos los pecados pudiesen ser perdonados por la santa Iglesia, por grandes y multiplicados que sean; que debemos vivir dignamente segun la gracia de nuestra vocacion, por la que somos recibidos en la Iglesia, donde se hallan exclusivamente el perdon de los pecados, la santidad y la justicia; que debemos profesar gran respeto á los sacerdotes, á quienes Jesucristo Señor nuestro ha confiado las llaves del cielo, para que nos lo abriesen por medio de la administracion de los Sacramentos; que en nuestro afecto y estimacion debemos colocar sobre todo los Sacramentos de

la Iglesia, y disponernos á recibirlos digna y frecuentemente, puesto que nos aplican toda la fuerza y todo el precio de la sangre de Jesucristo; que debemos manifestar una gran veneracion hácia los sacramentales y una extremada solicitud para recurrir á ellos; en fin, que debemos multiplicar nuestras buenas obras ordinarias, con objeto de pagar diariamente las deudas que cada dia contraemos.

Al tratar del sacramento de la Penitencia hablarémos de las ventajas sociales del artículo décimo del Símbolo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber concedido á vuestra Iglesia el poder de perdonar los pecados; hacedme la gracia de que acuda siempre á ella con las disposiciones convenientes para obtener el perdon de mis faltas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré con frecuencia por los enemigos de la Iglesia.*

LECCION XXVI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo undécimo del Símbolo. — Definicion de la resurreccion. — Tercer beneficio de la Iglesia. — Cualidades de los cuerpos resucitados. — Ventaja social del artículo undécimo del Símbolo.

El artículo undécimo del Símbolo concuerda admirablemente con el décimo ; en efecto, ¿qué cosa mas natural despues de haber explicado el perdon de los pecados, que es la resurreccion del alma, que hablar de la resurreccion del cuerpo? ¿Podia haber un medio mas eficaz para manifestarnos la plenitud de la redencion de Nuestro Señor y el contraste que existe entre el primero y el segundo Adan? Por su pecado, el primer Adan nos acarreó una doble muerte, la del alma y la del cuerpo ; por su gracia, el nuevo Adan nos ha merecido primeramente la resurreccion del alma, expuesta en el artículo anterior, y luego la resurreccion del cuerpo, asunto del presente. Y finalmente, ¿cómo manifestarnos con mas claridad la inmensa bondad del Espíritu Santo, autor de esta doble resurreccion, segun estas palabras de san Pablo : *Y si el espíritu de aquel que resucitó á Jesucristo de entre los muertos mora en vosotros ; el que resucitó á Jesucristo de entre los muertos vivificará tambien vuestros cuerpos mortales por su espíritu que mora en vosotros* [1] ?

Expliquemos ahora el artículo undécimo del Símbolo, y para ello contestemos á las seis preguntas siguientes : 1.° ¿Qué se entiende por resurreccion? 2.° ¿Es cierta la resurreccion? 3.° ¿Cuándo y cómo tendrá lugar? 4.° ¿Será universal? 5.° ¿En qué sentido es un beneficio para la Iglesia? 6.° ¿Cuáles serán las cualidades de los cuerpos resucitados?

1.° *¿Qué se entiende por resurreccion?* — La resurreccion es el milagro de la omnipotencia de Dios, en virtud del cual las almas y los cuerpos de los hombres, separados por la muerte, se reunirán para

[1] Rom. VIII, 11.

no separarse jamás. Así es como por el artículo undécimo del Símbolo nos enseña la fe que, llegado el dia de la resurreccion, el alma que se reunirá á nuestro cuerpo será la misma alma, nuestro cuerpo el mismo cuerpo que teníamos aquí en la tierra, con la diferencia de que nuestro cuerpo, corruptible en el dia, no lo será entonces [1]. La palabra de Dios no deja duda alguna sobre este punto. *Sí, lo sé,* dice el santo varon Job, *y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios; á quien he de ver yo mismo, y mis ojos lo han de mirar, y no otro* [2]. *Es preciso,* añade san Pablo, *que este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad* [3]. La misma razon nos manifiesta que así debe ser, pues propiamente hablando no habria resurreccion si no fuese el mismo hombre restablecido, así en cuanto al cuerpo como en cuanto al alma [4]. Por otra parte, ¿por qué tendrá lugar la resurreccion, sino á fin de que el hombre reciba en su propio cuerpo la recompensa ó el castigo que haya merecido, lo cual seria imposible si no volvia á tomar el mismo cuerpo que tuvo durante la vida [5]?

Los Pádres y los Doctores establecen una segunda diferencia: dicen que resucitarémos todos en la perfeccion de la naturaleza hu-

[1] Corpus resurgens erit idem numero, sed alio modo se habens, quia fuit mortale, et surget in immortalitate. (S. Thom. 3 p. q. 79, art. 1).

[2] Iob, XIX, 25, 26.

[3] I Cor. XV, 53.

[4] Non esset resurrectio proprie, nisi idem homo repararetur. (S. Thom., id. id. art. 2).

[5] Los filósofos mas hábiles, tales como Leibnitz, Clarke, Niewentit, etc., han observado que no es necesario para que un cuerpo resucitado sea el *mismo*, que recobre exactamente todas las partes de materia de que primitivamente se compuso. La cadena, dicen, el tejido, el molde original *(stamen originale)* que recibe por medio de la nutricion las materias extrañas á las que da forma, es hablando con propiedad el fondo y lo esencial del cuerpo humano, sin que cambie perdiendo ó adquiriendo aquellas partes de materia accesoria. De aquí se deduce: 1.° Que la figura y fisonomía de un hombre no cambian esencialmente al desarrollarse y crecer; 2.° que el cuerpo humano no puede pasar de cierto desarrollo por nutricion que se le dé; 3.° que es imposible reparar por la nutricion un miembro mutilado. Esto hace que juzgando por el sentido comun, un hombre á treinta años debe tener el mismo cuerpo que á quince, puesto que el molde interior y la conformacion orgánica no se han modificado esencialmente; cada cuerpo tiene su molde propio que no puede pertenecer á otro. (Bergier, art. *Resurreccion*). Véase tambien santo Tomás, 3 p. q. 82, art. 5.

mana, puesto que habiéndola criado Dios sin defecto, la restablecerá igualmente sin defecto; de donde concluyen 1.° que los hombres no resucitarán ni en la infancia, en cuya edad no está aun formada la naturaleza; ni en la vejez, en la que cesa de estarlo; pero sí en la juventud, en que aquella tiene toda su hermosura [1]; 2.° que todos los hombres resucitarán sin defecto corporal. «Entonces, dice «san Agustin, no habrá defectos en los cuerpos; los que habrán si- «do obesos en extremo, no volverán á tomar toda su masa de carne, «pues se reputará supérfluo lo que exceda de los límites de una justa «proporcion. Por el contrario, lo que la enfermedad ó la vejez habrá «destruido en el cuerpo, será reparado por la virtud de Jesucristo. «Lo mismo sucederá con los cuerpos naturalmente flacos y descar- «nados; no solo serán resucitados por el Salvador, sino que este «les devolverá todo lo que los males de la vida les habian qui- «tado [2].»

Decimos creo en la *resurreccion de la carne,* y no simplemente en la *resurreccion.* Si se pregunta por qué la resurreccion de los muertos se llama en el Símbolo la resurreccion de la carne, contestarémos que la razon que hay para ello es digna de la infinita Sabiduría que dirigia á los Apóstoles: con estas palabras han querido enseñarnos la inmortalidad del alma, pues como era de temer se imaginase que moriria con el cuerpo, y que junto con este era llamada otra vez á la vida, nuestros maestros cuidaron de no mencionar en este artículo sino la resurreccion de la carne. Con esto quisieron darnos á entender que de las dos partes que componen el hom-

[1] Et ideo reducetur humana natura per resurrectionem ad statum ultimae perfectionis, qui est in iuvenili aetate, ad quam terminatur motus augmenti, et à qua incipit motus decrementi. (S. Thom. 3 p. q. 81, art. 1). — Rationabilius est dicere quod auctor qui naturam condidit, in resurrectione naturam corporis integre reparabit. Unde quidquid defectus vel turpitudinis ex corruptione, vel debilitate naturae, sive principiorum naturalium in còrpore fuit, totum in resurrectione removebitur; sicut febris, lippitudo et similia: defectus autem qui ex naturalibus principiis in humano corpore naturaliter consequuntur, sicut ponderositas, passibilitas et similia in corporibus damnatorum erunt; quos defectus ab electorum corporibus gloria resurrectionis excludet. (S. Thom. 3 p. q. 87, art. 1).

[2] *Ciudad de Dios,* lib. XXII, c. 14-20, y santo Tomás, 3 p. q. 81 y sig. — San Agustin cree que los Mártires llevarán en sus cuerpos las cicatrices de sus heridas, lo que léjos de ser una deformidad, serán honrosas señales que les darán mas brillo y hermosura. (Id. c. 19).

bre, el alma y el cuerpo, solo el cuerpo está sujeto á corrupcion y debe convertirse en polvo, de donde salió, pero que el alma es enteramente incorruptible é imperecedera; por tanto, no puede decirse que el alma resucitará, puesto que es preciso estar muerto para resucitar.

2.° *¿La resurreccion es cierta?*—En el artículo undécimo del Símbolo hacemos profesion de creer que al fin de los tiempos resucitarémos; y para manifestar cuán fundada es esta fe consoladora, vamos á resolver las tres cuestiones siguientes: 1.° ¿Se ha creido siempre en la resurreccion de los muertos? 2.° ¿Puede Dios resucitarnos? 3.° ¿Lo quiere?

¿SE HA CREIDO SIEMPRE EN LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS?—Luego que el hombre hubo pecado y que él mismo se condenó á muerte, anuncióle Dios para consolarle su resurreccion futura, prometiéndole un Redentor que pisaria la cabeza de la serpiente, que repararia todas las consecuencias del pecado, y le devolveria todos los bienes que acababa de perder, y que por lo tanto le libraria un dia de la muerte. Esta consoladora promesa, salida de los labios del mismo Dios, se conservó en la memoria de los hombres, de lo que tenemos un ilustre testigo en la persona de Job; este varon justo, aun en medio del Gentilismo, se consolaba de las calamidades sin ejemplo que sobre él pesaban, pensando en su futura resurreccion; hé aquí las sublimes palabras con que expresaba su confianza y su fe: *Sé que vive mi Redentor, y en el último dia he de resucitar de la tierra, de nuevo seré rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios* [1].

Quinientos años antes de Jesucristo, el profeta Daniel anuncia la resurreccion general en estos términos: *Muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra despertarán, unos para la vida eterna, otros para oprobio para que lo vean siempre* [2]. Esta creencia se habia perpetuado sin interrupcion entre los judíos hasta el tiempo de Nuestro Señor, como nos lo manifiesta la contestacion de Marta, hermana de Lázaro; preguntada por el Salvador, acerca de si creia que su hermano resucitase, dijo: *Bien sé que resucitará en la resurreccion en el último dia* [3].

Los mismos Paganos, en ciertas regiones al menos, habian con-

[1] Iob, XIX, 26.
[2] Dan. XII, 2.
[3] Ioan. XI, 24.

servado una creencia confusa de esta verdad fundamental, como lo demuestran algunos pasajes de sus autores y el cuidado general que con los difuntos tenian. Con este motivo no podemos resistir al placer de citar el Zend-Avesta, es decir, *la palabra viva*, ó libro sagrado de los persas: en favor de su belleza, esperamos se nos perdonará lo largo de esta cita; al leerla se cree oir á Job ó á Isaías.
«Dicho está en la ley, acerca de la resurreccion de los muertos, que «en el último año del mundo aparecerá Sosiosch... el cual hará re-«vivir á los muertos, como está dispuesto: Zoroastro consultó á Or-«muzd, diciéndole: El viento lleva consigo el cuerpo, el agua lo ar-«rastra, ¿cómo se restablecerá? ¿Cómo se verificará la resurreccion? «Ormuzd contestó: Por mí se ve en el espacio el cielo deslumbrante «de estrellas, y en él aquel cuyo oficio es dar á lo léjos su luz al mos-«trar su rostro; por mí la tierra existe, la tierra sobre la que anda «el Señor del mundo; por mí el sol, la luna y las estrellas elevan en «las nubes sus cuerpos luminosos. Yo fuí quien dió el grano, que pa-«sando por la tierra, crece y se multiplica en abundancia; yo quien dí «á los árboles las venas y las raíces de diferentes especies; yo quien «puse en los árboles y los demás seres el fuego que no les quema; yo «soy quien, segun su especie, pongo el niño en el seno de la que «lo lleva; yo quien doy separadamente á todos los seres la piel, las «uñas, el pié, el ojo y el oido; yo quien doy el hombre, cuyos ojos «ven, cuya fuerza está en la respiracion, y que no puede vencer-«se con el brazo cuando trata de elevarse. Yo soy quien crió estos «seres.

«Parezca aquel que solo hace el mal, é intente obrar la resurrec-«cion. Por mas que quisiere hacer resucitar todas estas cosas, im-«posible le fuera hacerlas revivir. Ciertamente que la resurreccion «se verá; todos los muertos resucitarán; el alma reconocerá el cuer-«po, y dirá: Este es mi padre, este es mi madre, este es mi her-«mano, este es mi esposa; hé aquí á mis deudos y á todos mis pa-«rientes.

«En seguida se verificará en la tierra la reunion de todos los se-«res con el hombre; en ella todos verán el bien y el mal que habrán «hecho, y los justos serán separados de los réprobos. Los justos irán «al Gorotman, y los réprobos serán de nuevo precipitados en el Dou-«zakh (infierno). El padre será separado de la madre, la hermana «del hermano, el amigo del amigo; siendo juzgado cada uno segun

«sus obras. Los que estén puros irán al excelente Gorotman; el mis-«mo Ormuzd los conducirá allí arriba, y estarán bajo su proteccion «mientras duren los seres. La fuerza de Ahriman quedará destruida, «y se precipitará de nuevo en las espesas tinieblas. *La culebra en-«gañosa será quemada en metales derretidos* [1].» Fácil nos seria multiplicar las pruebas que demuestran existir la misma creencia mas ó menos alterada en las principales naciones de la antigüedad pagana [2].

En la plenitud de los tiempos, cuando la luz divina destinada á iluminar el universo entero descendió deslumbrante desde lo alto de las eternas colinas, Nuestro Señor proclamó altamente esta verdad y disipó todas las nubes que el error habia acumulado sobre este punto capital, confundiendo á los Saduceos, quienes negaban la resurreccion, al anunciar el juicio final, dice con estas propias palabras que *todos los muertos resucitarán* [3]. Los Apóstoles enseñaron la misma verdad [4]; la Iglesia católica, los judíos lo creen, y nadie lo niega, á no ser ciertos seres degradados que quisieran que el hombre fuese una bestia, á causa de tener ellos todas las inclinaciones de tales.

Así pues, esta creencia que vemos nacer con el mundo y perpetuarse al través de los siglos solo puede venir de Dios, y Dios, al inspirarla al hombre pecador, no ha querido engañarle, sino mas bien consolarle [5]. En efecto, ya que Dios dijo que resucitaria al hombre, lo hará; Dios lo puede y lo quiere.

¿Puede Dios resucitarnos?—Tertuliano responde á esta pregunta del modo siguiente: «Dios es omnipotente; y si dudais de que esta «carne reducida á polvo, devorada por las bestias, tragada por las «olas, dispersa por los vientos, pueda un dia á la voz del Señor con-«vertirse otra vez en un cuerpo, considerad por un momento la crea-«cion, y ya no vacilaréis en creerlo. Este mundo que ayer no exis-«tia, ¿cómo ha sido formado?... Y vosotros mismos, ¡ó hombres!

[1] *Boun-Dehesch*, t. II, pág. 411 y sig. Segun los eruditos, el libro del cual hemos extraido este pasaje es anterior á lo menos de quinientos años á la era cristiana.

[2] S. Aug. *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 28.

[3] Matth. XII; Ioan. V, 25, 28.

[4] I Cor. XV.

[5] I Thes. IV, 13.

«¿qué erais antes de ser hombres? Nada. ¿Por qué, pues, aquél que «os ha llamado desde la nada á la vida no podrá llamaros de nuevo «cuando quiera? ¿Qué novedad habria en ello? No érais, y sois; no «seréis, y volveréis á ser. Explicadme, si podeis, el misterio de vues«tra creacion, y os explicaré el de vuestra resurreccion. ¿Será acaso «mas difícil volver á ser lo que ya habeis sido, que ser lo que jamás «fuísteis? Indudablemente es mas grande producir que reparar, dar «el ser que devolverlo, levantar un edificio que reedificar sus rui«nas; para repararlo contais con materiales; para construirlo no te«neis nada. Dios ha querido empezar por la mas difícil, á fin de que «no os costase el creer en lo que no lo es tanto [1].»

Dios puede resucitarnos, es evidente; pero ¿lo quiere? Esta es la tercera cuestion que es preciso resolver.

¿Quiere Dios resucitarnos?—Sí, Dios quiere resucitarnos, y en tanto lo quiere, como que ha prometido hacerlo. *Viene la hora*, dijo el Verbo hecho carne, el Verbo por quien todo ha sido hecho; *viene la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre; y los que hicieron bien, irán á resurreccion de vida; mas los que hicieron mal, á resurreccion de juicio* [2]. Oigamos además al Doctor de las naciones, á san Pablo, instruido inmediatamente por Nuestro Señor: *He aquí*, nos dice, *un misterio que os digo: todos ciertamente resucitarémos, mas no todos serémos mudados; en un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta, pues la trompeta sonará, y los muertos resucitarán incorruptibles* [3]. Hay mas, Dios debe á su justicia la resurreccion de los hombres; en efecto, es preciso que el hombre sea juzgado, castigado ó recompensado, segun sus obras: y ¿qué es el hombre? No es ni el alma separada del cuerpo, ni el cuerpo separado del alma, es la reunion de uno y otra; luego es indispensable que el hombre comparezca al juicio en cuerpo y alma, tanto mas en cuanto por la carne, con la carne y en la carne el alma hace el bien ó el mal, siendo de toda justicia que la carne, compañera é instrumento de todas sus obras, participe del castigo ó del premio durante la eternidad. Para ello es necesario que se reuna al alma; en otros términos, es necesario que la carne resucite: la justicia

[1] *Apol.* c. 48. Véase tambien el admirable Tratado del mismo Padre, *De Resurrect. carn.*

[2] Joan. v, 28.

[3] I Cor. xv, 51.

lo exige así rigurosamente ; luego la resurreccion se verificará [1].

Para ayudarnos á creer en este misterio, Dios ha multiplicado á nuestros ojos las imágenes de la resurreccion. Ved sino como cada dia desaparece la luz, como si estuviese muerta, y cada dia se muestra de nuevo como si resucitase; las plantas pierden su verdor y lo recobran luego como si volviesen á la vida ; las semillas mueren al corromperse, y resucitan al brotar sus gérmenes. En nosotros mismos tenemos diariamente la imágen sensible de la muerte y de la resurreccion. ¿Qué es el sueño, sino una imágen de la muerte? y ¿qué es el despertar, sino una imágen de la vuelta á la vida ó de la resurreccion?

Resucitarémos ; sí, está es la fe del universo católico, resucitarémos [2]; en vano el orgullo se debate ; so pena de inconsecuencia y de llegar á un absurdo, es preciso que admita este misterio. «Acerca «de la resurreccion, el Hijo de Dios, decia san Agustin á algunos «pretendidos incrédulos de su época, ha predicho dos cosas increi-«bles, á saber : que los cuerpos resucitarian y que el mundo lo cree-«ria [3], habiéndolas predicho ambas mucho antes de que sucediese «una de las dos. De estas dos cosas increibles vemos ha sucedido ya «una, esto es, que el mundo creeria una cosa increible, la resurrec-«cion de los cuerpos ; así pues, verémos la otra, puesto que la su-«cedida no es menos difícil de creer. Á estas dos cosas increibles aña-«did, si os place, una tercera que no lo es menos, y es que el mundo «ha creido una cosa increible por el dicho de algunos hombres gro-«seros é ignorantes.

«Hé aquí, pues, tres cosas igualmente increibles, y que sin em-«bargo han sucedido : 1.° Es increible que Jesucristo haya resuci-«tado en su carne. 2.° Es increible que el mundo haya creido una «cosa tan increible. 3.° Es increible que un corto número de hom-«bres pobres, desconocidos é ignorantes, hayan podido persuadir «al mundo y á los sábios del mundo una cosa tan increible. De es-«tas tres cosas increibles nuestros adversarios no se avienen á creer

[1] Véase la ampliacion de este argumento en Tertul. *De Resurrect. carn.* *Ciudad de Dios*, lib. XXII, c. 5.

[2] Propria fides est Christianorum resurrectio mortuorum. Hanc resurrectionem in seipso caput nostrum Christus ostendit, et exemplum fidei nobis praestitit, ut hoc sperent membra in se quod praecessit in capite. (Serm. CCXLI, alias *de Temp.* 143). Véanse los pasajes de los Padres en Nat. Alex. *De Symb.*

[3] Matth. xxvi, 13.

«la primera; están obligados á ver la segunda, y no podrian comprenderla á menos de creer la tercera. En cuanto á la primera, la «resurreccion de Jesucristo es predicada y creida desde el poniente «al levante; y si no es creible, ¿cómo es creida por toda la tierra? «y si lo es, ¿por qué un puñado de hombres obstinados no creen «lo que todo el mundo cree [1]?»

3.° *¿Cuándo y cómo tendrá lugar la resurreccion?*—La resurreccion tendrá lugar al fin del mundo, inmediatamente antes del juicio final; Nuestro Señor nos dijo en categóricas palabras que los muertos pasarian desde sus sepúlcros á su tribunal [2]. La resurreccion se verificará en un momento: al principio del mundo Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fue hecha; esta misma voz, todopoderosa para crear en un instante el universo de la nada, no lo será menos para despertar de su sueño á todas las generaciones sepultadas en el silencio de la tumba. No importa que las diferentes partes de los mismos cuerpos estén separadas por inmensas distancias, pues el que hace que la luz del sol atraviese en ocho minutos treinta millones de leguas, ¿no podrá trasladar en un instante los elementos de los cuerpos de un extremo á otro de la tierra? Oigamos al apóstol san Pablo: *En un momento, en un abrir de ojo, en la final trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles* [3]. Entonces se levantará el género humano por todas partes, como abundantes espigas, y los Ángeles de Dios trasladarán á todos aquellos muertos vueltos á la vida al lugar en que les esperará el sumo Juez para pronunciar su sentencia [4]. ¡Gran Dios, qué espectáculo! todos estarémos allí, así vosotros que leeis estas líneas, como yo que las escribo!

4.° *¿Será universal la resurreccion?*—Sí, lo será, es decir, que todos los hombres, sin exceptuar uno solo, resucitarán; y así debe ser. Oigamos al Señor de todas las cosas: *En verdad, en verdad os digo que viene la hora, y ahora es cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hicieron bien irán á resurreccion de vida, y los que hicieron mal, á resurreccion de juicio* [5]. *Resucitarémos todos, todos sin excepcion; del mismo modo que todos mueren en*

[1] *Ciudad de Dios*, lib. XVII, c. 5.
[2] Ioan. v.
[3] 1 Cor. xv, 52.
[4] Matth. xxiv. Véase Corn. à Lapid. *in I Cor.* xv, 52; *et in I Thes.* ii, 15.
[5] Ioan. v, 25, 28.

Adan, todos resucitarán en Jesucristo; la reparacion será tan universal como la pérdida, dice expresamente el grande Apóstol comentando las palabras del divino Maestro [1]. Por otra parte es preciso, como ya hemos visto, que los justos reciban su recompensa, y los malos su castigo, y esto no puede verificarse sin la resurreccion de unos y otros.

5.° *¿En qué sentido la resurreccion es un beneficio para la Iglesia?* —Puesto que todos los hombres, así los buenos como los malos, deben resucitar, parece no puede considerarse la resurreccion como un beneficio de la Iglesia. Á primera vista, así parece en efecto, pero en realidad no es así. No hay duda en que todos los hombres resucitarán á su vida natural, pero solo los hijos de la Iglesia que habrán muerto despues de haber recibido el perdon de sus pecados resucitarán para la felicidad eterna; por el contrario los malos, es decir, los que habrán abandonado este mundo sin haber sido purificados de sus pecados resucitarán para ser eternamente infelices, y hé aquí por qué su vida se llama una continua muerte mas que una verdadera vida. La resurreccion verdadera, la única deseable, será propiedad exclusiva de los que habrán muerto purificados de sus pecados; y como la purificacion del pecado, así original como actual, únicamente se encuentra en la Iglesia, de ahí es que con toda razon se cuenta en este sentido ser la resurreccion de la carne entre los beneficios de la Iglesia [2].

6.° *¿Cuáles serán las cualidades de los cuerpos resucitados?*—La primera cualidad de los cuerpos resucitados es la inmortalidad. Es de fe que nuestros cuerpos que estaban antes sujetos á la muerte se convertirán en realmente inmortales despues de la resurreccion, sin distincion entre los buenos y los malos; admirable efecto, del cual somos deudores á la victoria que Jesucristo alcanzó sobre la muerte, como lo vemos por las expresas palabras de la Escritura. *Él despeñará para siempre á la muerte*, dice Isaías hablando del Salvador [3]. Oseas le hace decir: *Ó muerte, seré tu muerte* [4]. San Pablo nos asegura *que la enemiga muerte ha sido destruida la postrera* [5], y san Juan,

[1] I Cor. xv, 51.
[2] Belar. *Dottr. crist.* pág. 62.
[3] Isai. xxv, 8.
[4] Osee, xiii, 14.
[5] I Cor. xv, 26.

que despues de esto no habrá ya muerte [1]. Así debia ser; de una parte convenia que los méritos de Jesucristo que destruyeron el imperio de la muerte fuesen mas eficaces y mas poderosos que el pecado de Adan, y de otra la justicia de Dios exigia tambien que los buenos gozasen eternamente de la vida bienaventurada, y que los malos sufriesen eternamente, buscando la muerte sin hallarla, y deseándola sin poder obtenerla.

Así pues, la primera cualidad de los cuerpos resucitados será la inmortalidad, siendo esta cualidad comun á los buenos y á los malos. Otras hay que serán exclusivamente propias de los cuerpos de los Santos, los que serán infinitamente mas excelentes con ellas de lo que eran sobre la tierra. Los Padres de la Iglesia, fundados en las palabras del Apóstol, dicen ser cuatro las principales, á saber: la *impasibilidad*, la *claridad*, la *agilidad* y la *sutilidad*.

La impasibilidad impedirá que los cuerpos de los Santos estén sujetos á los sufrimientos, dolores é incomodidades; ni el calor, ni el frio, ni accidente alguno podrá incomodarles. *El cuerpo ha sido sembrado corruptible,* dice san Pablo, *mas resucitará incorruptible* [2]. Ahora bien, los teólogos han llamado este don *impasibilidad* y no *incorruptibilidad*, á fin de no expresar con aquel nombre sino lo que conviene á los cuerpos de los buenos, pues solo ellos serán impasibles; mientras que los cuerpos de los réprobos, si bien serán realmente incorruptibles, serán sin embargo sensibles á todas las impresiones de calor, de frio, y á otras incomodidades.

La claridad hará los cuerpos de los Santos tan brillantes como el sol. Los justos, dice Jesucristo Señor nuestro en san Mateo, resplandecerán como el sol en el reino de mi Padre [3]; y para confirmar esta promesa obró delante de sus Apóstoles el milagro de su transfiguracion. San Pablo, al expresar esta cualidad, se sirve indistintamente de la palabra claridad y de la de gloria: *Jesucristo,* dice, *reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso* [4]. Esta claridad será como un rayo de luz esparcido por todo el cuerpo dimanando de la suma felicidad del alma, de modo que el cuerpo será feliz con la misma felicidad del alma, enteramente dichosa por su

[1] Apoc. XXI, 4.
[2] I Cor. XV, 42.
[3] Matth. XIII, 43.
[4] Philip. III, 21.

participacion en la infinita felicidad de Dios. Este don no será igualmente distribuido entre todos como la impasibilidad, pues entre los Santos reinará la misma diferencia de brillo y de luz que observamos en los astros. *Una es la claridad del sol*, dice san Pablo, *otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas, y aun hay diferencia de estrella á estrella en la claridad. Así tambien será en la resurreccion de los muertos*[1].

La agilidad : esta cualidad librará al cuerpo del peso que ahora le oprime, y el alma podrá llevarlo allí donde le plazca con tanta facilidad como rapidez. Así lo enseñan claramente san Agustin y san Jerónimo[2].

Finalmente, la sutilidad será tambien dada á nuestros cuerpos despues de la resurreccion ; esta cualidad hará que el cuerpo esté enteramente sometido al alma, la cual le hallará siempre dispuesto á ejecutar sus voluntades. Maravilloso privilegio que san Pablo nos revela diciendo : *Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual*[3].

Supérfluas serian dilatadas explicaciones para demostrar la saludable influencia del artículo undécimo del Símbolo ; es evidente que nada es mas útil á la sociedad que la creencia de la resurreccion futura. ¿Qué séria del mundo ¡ gran Dios ! si la vida actual fuese el fin de todas las cosas, y la nada el lote comun á los opresores y oprimidos, á los buenos y á los malos? Por el contrario, el dogma de la resurreccion es tan consolador para los justos, y tan temible para los pecadores, que debemos dar gracias á Dios desde el fondo de nuestro corazon, aun no teniendo mas mira que nuestros intereses temporales, por haberse dignado revelar tan admirable verdad á los pequeños, mientras que ha dejado que la ignorasen los sábios. Y si de la sociedad descendemos á los indivíduos, ¿cómo no reconocer que la certeza de la resurreccion es el medio mas eficaz para consolar á los demás y consolarnos á nosotros mismos, cuando la muerte nos arrebata á nuestros parientes y amigos? *Llorad á los muertos*, nos

[1] I Cor. xv, 41.
[2] *Ciudad de Dios*, l. II, c. 18, 20; l. XXII, c. 2; sobre Isaías, LX.
[3] I Cor. xv, 44. — Véase santo Tomás, que entra en los mas extensos detalles acerca del estado de los cuerpos resucitados, p. 3, q. 82, art. 4, y cuestiones siguientes. Véase tambien el resúmen general al fin del t. VIII del Catecismo.

dice el Apóstol, *mas no os entristezcais como los que no tienen esperanza* [1]. ¿Puede haber nada mas eficaz que la idea de nuestra resurreccion para alentarnos en todas las aflicciones y miserias de la vida? ¿Acaso no nos lo manifiesta así el ejemplo del santo varon Job? ¡Cuán dulce es para el cristiano, cuando tendido sobre un lecho de dolores se siente morir miembro por miembro, poder decirse con toda confianza : Estos miembros atormentados por la cruel enfermedad, estos sentidos que debilita y me quita, me serán devueltos algun dia impasibles y gloriosos!

Y en fin, ¿hay nada que sea tan poderoso como la idea de la resurreccion para inducir á los Cristianos á llevar una vida pura y exenta de todo pecado? ¿Hay nada mas propio, sobre todo, para inspirarnos hácia nuestros cuerpos un religioso respeto? Si hago de mi cuerpo el instrumento del pecado, reaparecerá como un vaso de ignominia, al paso que si le hago el instrumento de la virtud, reaparecerá como un vaso de honor, y todo el mundo lo sabrá. ¿Cómo no aplicarse con ardor á la práctica de las buenas obras, cuando se piensa formalmente en la gloria que debe seguir á la resurreccion y recompensar la virtud? ¿Cómo no enfrenar sus pasiones y huir del pecado, cuando se recuerdan con frecuencia los suplicios y vergüenza reservados á los malos, al comparecer para ser juzgados el dia de la resurreccion? No me admira el que esta idea haya sido causa de que millones de cristianos hayan tenido una vida angélica en carne mortal. Tampoco me admira que los Mártires hallasen en esta creencia de la resurreccion el valor y la alegría que manifestaban en medio de los tormentos [2].

Entre ejemplos mil, citemos el de los Macabeos. El cruel Antíoco, que se habia hecho dueño de la Judea, publicó un edicto para obligar á los judíos á renunciar á su religion, siendo tratados con la mas inaudita crueldad los que se negaron á obedecer ; de este número fue una familia, célebre desde entonces en la historia de los Mártires, la familia de los Macabeos, compuesta de la madre y de siete hijos. Amenazas, promesas, todo fue empleado para conseguir su apostasía, pero en vano : entonces el tirano mandó que fuesen entregados á los mas horrendos suplicios ; mas todos los sufrieron con un valor heróico, sostenidos por su fe en la resurreccion. Poco

[1] I Thes. IV, 12.
[2] Véase Nat. Alex. *De Symb.* pág. 354 y sig.

antes de exhalar el último suspiro, el segundo de los siete hijos dijo al Rey : Nos quitas la vida presente, pero el Rey del mundo, por cuya gloria morimos, nos resucitará un dia para la vida eterna. El tercero añadió con una confianza admirable : He recibido estos miembros del cielo, y los sacrifico ahora en defensa de las leyes de Dios, porque espero que me los devolverá un dia. Igual lenguaje usaron los demás, manifestando todos igual firmeza ; y su admirable madre al exhortar á sus piadosos hijos á morir con valor les dijo : El Criador del mundo os devolverá el espíritu y la vida por su misericordia. Esta firme mujer sufrió la muerte con un valor que admiró al tirano. Feliz madre de siete mártires, justo era que compartiese su corona. Sufrir cristianamente es la condicion de una resurreccion gloriosa.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme comunicado por medio de vuestra santa gracia el gérmen de una vida nueva ; haced, Dios mio, que viva y muera santamente, á fin de resucitar gloriosamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, *pediré cada dia la gracia de una buena muerte.*

LECCION XXVII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

Artículo duodécimo del Símbolo. — Certeza de la vida eterna. — Definicion. — Naturaleza. — Felicidad esencial de los Santos. — Felicidad accidental. — Auréolas. — Cuarto beneficio de la Iglesia. — Obligacion de profesar la fe.

El artículo duodécimo del Símbolo se desprende naturalmente del anterior, y es el glorioso remate de la fe católica. Despues de haber hablado de la resurreccion de los verdaderos hijos de la Iglesia, era necesario que los Apóstoles nos manifestasen lo que está reservado á los que tengan la dicha de ser partícipes de ella, y nos lo dicen nombrando en seguida la vida perdurable. Esta consoladora verdad está colocada al fin del Símbolo para recordar al hombre : 1.° que el cielo es su fin ; que para esto le ha criado el Dios Padre, le ha redimido el Dios Hijo, le ha santificado el Dios Espíritu Santo, y le alimenta y protege la Iglesia como á un hijo adorado, de modo que todas las obras de la santísima Trinidad, explicadas en los artículos anteriores, tienden á este mismo fin ; 2.° que el cielo debe ser el objeto de todos sus pensamientos, de todas sus acciones, el término final de su vida, así como será la recompensa de su fidelidad. ¡Quiera Dios que así sea para mí y para todas aquellas personas que me son queridas!

Decimos, *creo en la vida perdurable*, para indicar que ponemos sobre toda clase de dudas el que despues de la vida presente hay otra que jamás tendrá fin, que estará llena de todos los biénes del alma y del cuerpo, y de la que gozarán los justos, cada uno segun sus méritos. Lo mismo que la eternidad desgraciada, la eternidad feliz ha sido objeto de la creencia de todos los pueblos desde el principio del mundo, como lo prueban los historiadores, poetas, monumentos, libros y usos religiosos de la antigüedad. Sin embargo, como otras, esta verdad habia sido oscurecida por las pasiones; siendo necesario que Jesucristo Señor nuestro la proclamase de nuevo, y la pusiese á

cubierto de todas las contradicciones humanas. Así lo hizo, declarando en términos expresos que los *justos irán á la vida eterna* [1], y los Apóstoles continuaron su enseñanza, incluyendo en el Símbolo las palabras de su Maestro.

Estas palabras *vida perdurable* no designan únicamente la eternidad de los Santos, sino tambien la eternidad de su dicha; la principal razon que ha hecho que se llamase así la felicidad suma, es la de alejar del todo la idea de que pudiese consistir en cosas corporales, frágiles y de una duracion limitada. Las palabras *vida perdurable* nos advierten además de que una vez adquirida la felicidad, no podrá jamás perderse; ahora bien, la felicidad propiamente dicha comprende todos los bienes sin mezcla alguna de mal, y debiendo colmar todos los deseos del hombre, es preciso que sea eterna; de otro modo el temor y la ansiedad serian para los elegidos un tormento inevitable.

Finalmente, la expresion de *vida perdurable* es muy propia para hacernos concebir cuán grande es la felicidad de los Santos en el cielo. La vida es el mayor de los bienes que podemos naturalmente desear, y bajo este aspecto nos es presentada la felicidad cuando es llamada la vida perdurable, la vida por excelencia, la vida propiamente dicha. «Siempre, dice san Agustin, que veais el nombre de «vida en la Escritura, alejad de vuestra mente toda idea de pena y «de tormento; pues estar continuamente en medio de los tormentos «es no una vida, sino una muerte eterna. Los sagrados Libros llaman «á esto una segunda muerte, la que vendrá despues de la que vivi«mos en la tierra; y si bien se llama segunda muerte, nadie muere «en ella, ó, mejor seria decir que nadie vive, pues repito que vi«vir continuamente entre dolores no es vivir. Hé aquí por qué la Es«critura dice: *Aquellos que habrán hecho bien vendrán á la resurrec«cion de la vida;* advirtiendo que no dice de la vida bienaventurada, «pues el solo nombre de vida significa la beatitud [2].» Si, pues, lo que mas amamos es esta vida tan corta y calamitosa, sujeta á tantas miserias, y tan digna de ser llamada una verdadera muerte, ¿con qué celo, con qué ardor deberémos buscar la vida eterna, en que exen-

[1] Et ibunt hi in supplicium aeternum, iusti autem in vitam aeternam. (*Matth.* xxv, 46).—Iustorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. (*Sap.* III, 1).

[2] Lib. II *De Civit. Dei*, c. 18.

tos de todos los males gozarémos de la perfecta abundancia de todos los bienes?

Pero ¿cómo explicar la naturaleza de esta vida? No hay lengua humana que pueda conseguirlo. San Pablo nos asegura que los ojos del hombre no han visto, que sus oidos no han oido, que su corazon no ha deseado jamás nada semejante á la felicidad que Dios reserva á sus justos durante la eternidad. Contentémonos con balbucear sobre ello algunas palabras, y digamos en general que la felicidad de la vida eterna comprende de una parte la carencia de todos los males, y de otra el goce de todos los bienes.

1.° La carencia de todos los males. En el Apocalipsis se dice expresamente que los bienaventurados *no tendrán hambre ni sed; que no les incomodarán ni el sol ni los vientos abrasadores; que Dios enjugará las lágrimas de sus ojos; que la muerte no será ya mas; que no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolores* [1].

2.° El goce de todos los bienes. Nuestro Señor nos lo revela con estas admirables palabras: *¡Valor!* dice, *fiel y leal servidor, entrad en la alegría de vuestro amo* [2]; de modo que la alegría de los bienaventurados es tan inmensa que no puede entrar en los corazones, sino que estos deben entrar en ella, quedando rodeados y penetrados de la misma, y perdidos y abismados en ella como el pez en medio del inmenso Océano; en una palabra, serán felices y quedarán enteramente saciados. ¿Cómo se verificará tan delicioso misterio? por la participacion en las dos clases de bienes que componen la bienaventuranza eterna, bienes que pueden ser *esenciales* ó *accesorios*.

La verdadera bienaventuranza, la que podemos llamar esencial, consiste en la vision de Dios y en el conocimiento de su infinita belleza, orígen de todas las hermosuras y amabilidades creadas: verémos á Dios cara á cara, tal como es; le poseerémos, le amarémos sin temor alguno de perderle jamás. Verémos al Padre todopoderoso que nos ha criado, al Hijo infinitamente sábio que nos ha redimido; y al Espíritu Santo infinitamente bueno que nos ha santificado [3]; y no solo verémos á Dios, sino que le amarémos y poseerémos sin temor de perderle. Sin embargo, la felicidad de los Santos no será igual, y sí arreglada al mérito de cada uno, sin que esta des-

[1] Apoc. XXI, 4.
[2] Matth. XXV, 21.
[3] Sobre el modo como verémos á Dios, véase Nat. Alex. *De Symb.* pág. 370.

igualdad cause jamás celos ni disminuya en nada la felicidad de nadie; todos estarán contentos, pues cada Santo conocerá del modo mas evidente que Dios le recompensa en proporcion de sus méritos. Lo mismo que sucede entre nosotros sucederá en la casa bienaventurada del Padre de familia; cuando un padre da á dos de sus hijos un vestido de la misma tela, el mas jóven no envidia el vestido de su hermano aunque coja mas tela que el suyo, pues sabe que no guardaria proporcion con su talla; del mismo modo, el dedo no está celoso de la cabeza porque esta ostente una diadema, del mismo modo que la cabeza no está celosa del dedo porque lleve este un anillo.

No es esto todo; no solo verémos á Dios, orígen de toda belleza; no solo poseerémos á Dios, orígen de todo bien; no solo amarémos á Dios, orígen de todas las delicias, sino que serémos semejantes suyos [1]. Es cierto que los Santos conservan siempre su propia sustancia, pero reciben una fuerza admirable y como divina, que les hace asemejar mas á dioses que á hombres. Si bien el lenguaje humano es impotente para explicar tan grande maravilla, vemos, sin embargo, en las cosas sensibles alguna imágen de lo mismo. El hierro puesto al fuego toma la forma de fuego, y, aunque su sustancia no se haya alterado, parece sin embargo cambiada y reducida á fuego; del mismo modo los Santos, introducidos en la gloria celeste, están de tal manera inflamados por el amor de Dios, que sin embargo de no haber cambiado de naturaleza, son muy distintos de los que habitan en la tierra, así como el hierro candente se distingue del que está frio. Para decirlo todo en una palabra, la felicidad suma y absoluta que llamamos esencial consiste en la posesion de Dios; y ¿qué puede faltar á la perfecta dicha de aquel que posee al Dios bueno y perfecto por excelencia?

En cuanto á los bienes accesorios, seria tarea infinita enumerarlos, y hasta es imposible conocerlos todos: lo que debemos saber es que todas las clases de bienes y de placeres que es posible desear y gustar en la tierra, ya sean espirituales, ya corporales, los poseerémos con toda abundancia, pero de un modo tan elevado é incomprensible que *ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió* [2]. Para explicarlo algo, dirémos que la felicidad accidental de los San-

[1] I Ioan. III, 2.
[2] I Cor. II, 9.—Véanse mayores explicaciones sobre nuestro estado futuro en la última leccion del Catecismo, t. VIII.

tos es una consecuencia de la felicidad esencial de que gozarán, y esta felicidad consiste en la completa satisfaccion de todos los deseos que el hombre, hecho semejante á los Ángeles, puede formar para su cuerpo y para su alma. Añadamos que el alma bienaventurada gozará de tres dones ó cualidades elevadas á su mas alta perfeccion: la *vision*, la *comprension* ó la *posesion*, y la *fruicion*, magnífica recompensa de las tres virtudes teologales; la vision es la facultad de ver á Dios cara á cara, y será la recompensa de la fe; la comprension es la facultar de poseer á Dios como sumo bien, y será la recompensa de la esperanza; la fruicion es la facultad de gozar deliciosamente de Dios, principio y fin de todo amor, y será la recompensa de la caridad [1]. Estas tres inefables felicidades serán tanto mas grandes, en cuanto habrémos practicado con mas perfeccion las tres virtudes cuyo premio serán.

Debemos añadir tambien que el cuerpo gozará de cuatro cualidades: la claridad, la agilidad, la sutilidad y la impasibilidad, segun lo hemos explicado en el artículo anterior, y además que el cuerpo y el alma de ciertas clases de bienaventurados gozarán de una gloria particular llamada *auréola*. «La auréola, dice santo Tomás, es la «recompensa privilegiada de una victoria privilegiada, y así como «hay tres victorias privilegiadas en los tres grandes combates que «debe el hombre sostener en la tierra, hay tambien tres auréolas. En «los combates contra la carne, la victoria privilegiada, es decir, la «mas excelente, es la virginidad; en los combates contra el mundo, «la victoria privilegiada, puesto que cuesta al vencedor su sangre y «su vida, es el martirio; en los combates contra el demonio, la vic«toria privilegiada, puesto que arroja el espíritu de tinieblas y de «mentira no solo de nuestro corazon, sino tambien del corazon de los «otros, es la predicacion. Así gozarán de la auréola en el cielo tres «órdenes de Santos: los Vírgenes, los Mártires y los Doctores; com«prendiendo en esta última clase á los predicadores, á los catequis«tas, en una palabra, á todos aquellos que enseñan con sus palabras «ó con sus escritos las verdades de la salvacion [2].»

[1] Et sic dotes tres respondent tribus virtutibus theologicis: scilicet *visio* fidei; spei vero *comprehensio;* caritati vero *fruitio* vel *delectatio*. (S. Thom. 3 p. q. 95, art. 5).

[2] Aureola est quoddam privilegiatum praemium privilegiatae victoriae respondens, etc. (3 p. q. 96, art. 11).



Veamos ahora qué cosa será esta auréola, y qué ventajas procurará á los Santos que de ella estén favorecidos. La auréola será un rayo mas brillante de la gloria esencial de los Santos; para el alma será una felicidad exclusiva y particular en relacion con la victoria cuya recompensa sea; para el cuerpo será un brillo mas vivo que dará á conocer entre todos los bienaventurados á los Vírgenes, á los Mártires y á los Doctores [1].

La auréola de los Vírgenes será una luz de una blancura brillante que los rodeará como de una nube diáfana, al través de la cual se verá la intachable pureza de su alma, la que les atraerá la admiracion y el respeto de toda la Jerusalen celestial, con el particular amor de Nuestro Señor, á quien acompañarán en todos sus pasos, cantando el eterno himno de su doble victoria, es decir, de la doble integridad de su cuerpo y de su alma [2].

La auréola de los Mártires será una luz de color de púrpura y de rosa, que envolverá sus cuerpos haciendo aparecer con mas radiante brillo sus gloriosas cicatrices; por ella serán reconocidos y admirados como los héroes de la fe, y merecerán favores especiales de parte de la augusta Trinidad, y especialmente de Nuestro Señor Jesucristo, el Rey de los Mártires [3].

La auréola de los Doctores será una luz semejante, segun la Escritura, por el brillo y el color á la de las estrellas del firmamento, la que les hará reconocer á lo léjos como á los bienhechores astros cuyos rayos disiparon las tinieblas de la ignorancia y del error, que acumulaba el demonio al rededor de la Iglesia militante, esforzándose en hacerlas penetrar en cada hombre que llegaba á este mundo [4].

Añadamos finalmente, ya para manifestar la admirable caridad que hará de todos los Santos un solo corazon y una sola alma, ya para consolarnos de la muerte de nuestros parientes, excitar en nosotros el deseo del cielo y regocijarnos de la proximidad de nuestra muerte, que la gloria accidental de los Santos irá aumentando cada dia, cada hora, desde su entrada en el cielo hasta el fin del mundo. Una sencilla comparacion nos hará comprender tan embelesadora

[1] Soto, *In* IV, *dist.* 49.
[2] Apoc. XIV *Gloss. in hunc loc.*
[3] S. Aug. *Serm. I de Sanct.*
[4] Dan. XII, 3.

idea: Suponed que un hombre entre en un estanque donde el agua le llegue hasta la cintura; cuantos mas hombres entren en el mismo estanque despues de él, mas se elevará el agua, sin que por esto su cantidad haya aumentado ni disminuido. Así es que aunque en el cielo la gloria esencial, es decir, la felicidad de ver y de poseer á Dios, sea siempre la misma, á medida que llegan nuevos bienaventurados, el placer de ver nuevos compañeros de su felicidad aumenta realmente la felicidad de los Santos.

La perspectiva de la felicidad del cielo debe excitar en nuestra alma un reconocimiento tanto mayor, en cuanto la vida eterna es el cuarto beneficio de la Iglesia, cuyos hijos somos. En efecto, el cielo solo será para los justos; los justos son los que han muerto despues de haber sido purificados del pecado original y del pecado actual; y ya hemos demostrado que el perdon de estos pecados, y de todos los demás, no se encuentra mas que en la Iglesia católica.

El Símbolo termina con esta palabra *amen, así sea*. Salida de nuestros labios al fin de nuestra profesion de fe, la palabra *amen* significa: sí, así es; todo lo que precede es verdadero; lo creo sin sombra de duda ni de vacilacion, y estoy pronto á firmarlo con mi sangre. En efecto, á veces nos vemos obligados á sostener nuestra fe con nuestra sangre, como sucedió á los Mártires de la primitiva Iglesia, y como sucede aun á los cristianos de la China ó del Tong-King. En cuanto á nosotros, nos está mandado no solo creer desde el fondo de nuestro corazon, sino tambien manifestar nuestra fe exteriormente en muchas circunstancias [1]. El mismo Salvador nos impuso este sagrado deber cuando dijo: *Todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos* [2]. Hay tres modos de profesar nuestra fe delante de los hombres: 1.° por nuestras palabras y por nuestras obras; 2.° por la recitacion del Símbolo si es necesario; 3.° por la señal de la cruz, que es el resúmen del Símbolo y de toda nuestra creencia. Es de obligacion profesar la fe cuando uno es interrogado jurídicamente acerca de su creencia; cuando sin ser interrogado jurídicamente pueda el silencio interpretarse por una apostasía y escandalizar al prójimo, y finalmente cuando se tiene que

[1] Rom. x, 10.
[2] Matth. x, 32, 33.

cumplir un deber exterior de la Religion. En este caso se profesa la fe por las obras, y por el contrario se reniega de ella en un sentido cuando por respeto humano se falta al deber que nos está impuesto [1].

El Símbolo, hé aquí la expresion de lo que debemos creer para unirnos por la fe al nuevo Adan, y participar de los frutos de su redencion, así en el tiempo como en la eternidad. El Símbolo, hé aquí el portentoso medio por el cual el Mesías ha librado el espíritu humano de sus errores pasados, y le ha puesto á cubierto de nuevos errores. El que cree en el Símbolo, cree en la verdad; y el que le niega su fe, se condena á la duda y á las mas penosas y humillantes incertidumbres.

«Yo te saludo, Símbolo católico! fuente de sabiduría, principio de «virtud para los particulares, no eres ni menos necesario ni me«nos útil á la sociedad. ¡Ingrata! ¿por qué desconoce ella tus be«neficios? Sol de verdad, tú fuiste el que apareciendo hace diez y «ocho siglos en el horizonte del mundo sepultado en las espesas ti«nieblas del Paganismo, pusiste en fuga el enjambre de ridículos dio«ses ante los cuales se postraban los filósofos, los pueblos y los reyes. «Tú fuiste quien libertaste al género humano de las groseras supers«ticiones que le degradaban; tú quien le libras de ellas todavía. Tú «eres quien, brillando en cada inteligencia que llega á este mundo, «le das justas nociones de Dios, del hombre, del mundo, de su orí«gen, de sus deberes, de su destino y de la augusta sociedad que le «une con el Padre de todos los seres.

«Sublime expresion de la doctrina del Legislador bajado de los «cielos, la sociedad moderna te debe la civilizacion en que cifra su «gloria. Las costumbres de los pueblos, sus leyes é instituciones pro«vienen de las ideas y de las creencias; tú fuiste quien, sustituyendo «las ideas católicas á las ideas judáicas y paganas, cambiaste la faz «del mundo, y diste á las naciones cristianas la brillante superiori«dad que las distingue. Tú reformaste las antiguas ideas sobre el «esclavo, sobre la mujer, sobre el hijo, sobre el prisionero, sobre el «pobre, sobre el poder de los reyes y el deber de los súbditos. Parte «integrante del Cristianismo, eres tan necesario á la sociedad como «al Cristianismo mismo. Tus doce artículos son como doce columnas «mas brillantes que el oro, mas sólidas que el diamante, las que ele-

[1] Confitentur se nosse Deum, factis autem negant. (*Tit.* I, 16).

«van y sostienen á una grande altura el edificio social en las nacio-«nes católicas; conmovida una de ellas, todo el edificio se arruina. «Emanacion de la inteligencia divina, tú diste á la humana inteli-«gencia este vigor, esta elevacion, esta lucidez, principio de sus no-«bles triunfos en las ciencias. Tú señalaste á estas su punto de par-«tida, y les proporcionas aun la solucion de sus últimos problemas.»

Hombres, naciones modernas, á quienes el Símbolo católico ha elevado tan alto, ¿por qué no os postrais de rodillas ante tan saludable enseñanza? ¿Por qué, ingratos, la despreciais? Recorred los Símbolos de los pueblos no católicos, examinad los sistemas de los filósofos, los planes regeneradores de los políticos antiguos y modernos, y decid: ¿qué os atreveréis á compararle, qué os atreveréis á poner en su lugar? ¡Ah! abjurad mas bien errores dilatados y funestos en demasía, reconciliaos francamente con el Símbolo que civilizó el mundo, es decir, que os sacó de la barbarie y que os impide caer de nuevo en ella. Para amarle desde el fondo de vuestro corazon, reflexionad por un instante en las siguientes preguntas: ¿Qué eran las mas célebres naciones del globo en religion, en política, en civilizacion verdadera, antes de la promulgacion del Símbolo católico? ¿Qué son aun en el dia las naciones que no lo conocen? ¿Qué es de los pueblos que lo desprecian? Mirad, á la vista teneis la contestacion á estas preguntas, y esta contestacion, al mostraros el lugar inmenso que el Símbolo católico ocupa en la Religion, en la política, en las ciencias, os llenará de admiracion hácia este beneficio desconocido en exceso, y de gratitud hácia el Dios que se dignó dispensároslo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado el Símbolo para iluminar mi espíritu, y para mostrarme el camino del cielo; hacedme la gracia de que jamás siga otra luz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me propongo *mostrarme altamente cristiano.*

LECCION XXVIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Definicion de la esperanza.—Sus fundamentos.—Su necesidad.—Sus cualidades.—Pecados opuestos á la esperanza.—Objeto de la esperanza.—Gracia, gloria.—Necesidad de la gracia.—Cooperacion á la gracia.—Diferentes especies de gracia.—Efectos de la gracia.

Uniendo nuestro espíritu al espíritu del nuevo Adan por medio de la fe, nos curamos de nuestros errores y de nuestra ignorancia: bajo él primer aspecto, participamos de los frutos de la redencion; mas por importante que sea, aquella union no es bastante. La fe sola no puede salvarnos, y la razon de ello es muy sencilla, pues por la fe sola nuestra union con el Salvador no está mas que empezada. Es preciso que nuestra voluntad se una con él, porque no solo fue degrádada con el pecado nuestra inteligencia, y debe por consiguiente ser restablecida en el órden sobrenatural, sino tambien nuestra voluntad. Así pues, si la fe rehabilita nuestro espíritu librándole de la ignorancia y comunicándole los divinos pensamientos del nuevo Adan, la esperanza rehabilita nuestra voluntad comunicándole una fuerza sobrenatural y tendéncias divinas.

Nos ocuparémos ahora de esta segunda manera de unirnos á Jesucristo, y la esperanza va á ser el objeto de nuestras lecciones. La esperanza ocupa el medio entre la fe y la caridad; y la fe, la esperanza y la caridad son, como hemos dicho, á ejemplo de san Agustin y de santo Tomás, los tres grados que nos elevan hasta á la union con el nuevo Adan. La esperanza participa de la fe, en cuanto se apoya en ella, y participa de la caridad, en cuanto en esta se halla su perfeccion. «La fe, dice Orígenes, es la base del edificio, la es-«peranza es el cuerpo, y la caridad el remate [1].» Con esto es fácil

[1] Puto quod prima salutis initia, et ipsa fundamenta fides est; profectus vero et augmenta aedificii spes est, perfectio autem et culmen totius operis caritas est, et ideo maior omnium dicitur caritas. (ORIG. *in epist. ad Rom.* capi-

ver que estas tres virtudes, como tres hermanas, se suponen, se atraen, se dan la mano y se perfeccionan mútuamente. Estas esenciales nociones demuestran claramente la unidad de nuestro plan, y la economía á la vez tan sencilla y fecunda de la obra de la redencion. Estudiemos ahora la esperanza en sí misma, y para ello contestemos á las siguientes preguntas: 1.° ¿En qué consiste la esperanza? 2.° ¿Cuáles son sus fundamentos? 3.° ¿Es necesaria? 4.° ¿Cuáles son sus cualidades? 5.° ¿Qué pecados le son opuestos? 6.° ¿Cuál es su objeto? 7.° ¿Por qué medios se obtiene?

1.° ¿En qué consiste la esperanza? — La esperanza *es una virtud sobrenatural por la que esperamos con confianza todo lo que Dios nos ha prometido.* Decimos que la esperanza es una virtud, es decir, una fuerza, una aptitud, un don divino que dispone el alma para esperar con seguridad; *sobrenatural*, porque viene de Dios, porque tiene por objeto bienes que el hombre no puede alcanzar por sí mismo, y á los cuales no tiene derecho alguno por su naturaleza. Sin embargo, como ya hemos explicado en la parte I del Catecismo, habiendo Dios destinado gratuitamente al hombre para un fin sobrenatural, le ha prometido los medios de conseguirlo. *Todo lo que Dios nos ha prometido;* es decir, la posesion de sí mismo en el cielo y los medios de alcanzarla; en otros términos, la gracia en este mundo y la gloria en el otro.

2.° ¿Cuáles son los fundamentos de la esperanza? — Los fundamentos de nuestra esperanza son la fidelidad de Dios á sus promesas y los méritos de Nuestro Señor. La fidelidad de Dios; nada mas sólido que este primer fundamento. Dios no puede engañarnos, así como no puede cesar de ser Dios, y Dios nos engañaria si faltase á sus promesas, pues estas son formales, repetidas mil veces, y acompañadas de juramento. Para tranquilizarnos completamente y

te 4). Orígenes, lo mismo que nosotros, no quiere decir con esto que la fe es primera gracia: proposicion condenada. — Fides absolute praecedit spem... obiectum enim spei proponitur nobis per fidem, per quam nobis innotescit quod ad vitam aeternam possumus pervenire, et quod ad hoc paratum est nobis divinum auxilium... In via generationis spes est prior caritate... Spes enim introducit caritatem in quantum aliquis sperans remunerari à Deo accenditur ad amandum Deum et servandum praecepta eius. Sed, secundum ordinem perfectionis, caritas prior est naturaliter, et ideo, adveniente caritate, spes perfectior redditur, quia de amicis maxime speramus. (S. Thom. 2, 2, q. 17, art. 7 et 8).

hacer de nuestra esperanza un áncora inmóvil, añadirémos que á las promesas se juntan en Dios todas las condiciones necesarias para cumplirlas: la omnipotencia, la sabiduría y la bondad infinita. Omnipotente, nada puede impedirle el cumplimiento de sus promesas; infinitamente sábio, nada puede hacérselas olvidar, así como no puede ignorar nuestras demandas ni desconocer nuestras necesidades; infinitamente bueno, no puede ni quiere engañarnos. Así pues, como un edificio sobre su base, la esperanza reposa en primer lugar en la omnipotencia, la sabiduría, la bondad infinita y la fidelidad de Dios, inmutables perfecciones á las cuales tributa un solemne homenaje.

En segundo lugar descansa en los méritos de Nuestro Señor: de una parte, estos méritos son infinitos, y bastan por consiguiente para obtenernos todo lo que es necesario á nuestra salvacion; y de otra, estos méritos son nuestros, y por tanto podemos aprovecharlos y servirnos de ellos con toda confianza. El precio de todas las gracias que solicitamos está pagado de antemano, y el mismo Dios lo ha aceptado y ha convenido en otorgarnos cuanto le pidiéremos por los méritos de su Hijo. Solo una cosa puede turbar nuestra seguridad, y es nuestra indignidad y nuestra inconstancia, y de aquí dimana que mientras estamos en la tierra, no podemos tener una certeza absoluta de nuestro estado delante de Dios; decimos una certeza absoluta, pues podemos muy bien abrigar una certeza moral de que nos hallamos en estado de gracia, y esta certeza basta para tranquilizarnos. La prueba de que se puede tener esta seguridad moral está en que la Iglesia ordena á todos sus hijos el comulgar, y se guardaria muy bien de imponerles semejante mandato, si no podian asegurar, en cuanto es posible en el órden actual de la Providencia, que se hallan en la amistad de Dios.

3.° ¿Es necesaria la esperanza? — La esperanza es de una necesidad absoluta para la salvacion; pues no podemos conseguir la salvacion sin cumplir la voluntad de Dios. La voluntad expresa de Dios es que creamos en su fidelidad á sus promesas, y que esperemos con confianza la beatitud eterna con los medios de alcanzarla. No esperar en Dios, ¿no es acaso hacerle el mas sangriento ultraje? Existe, pues, un precepto formal, directo, que nos impone á todos el deber riguroso de esperar y de hacer actos de esperanza [1]. Cada

[1] **S. Thom. 2, 2, q. 22, art. 1.**

página de la Escritura nos lo intima. Entre las transgresiones de que se hizo cargo á Saul, pone Dios la violacion de este mandato: *Por no haber esperado en el Señor*, dice, *por esto le quité la vidá* [1]. San Pablo escribiendo á Timoteo le decia: *Ordena á los fieles que no esperen en las riquezas inciertas, sino en el Dios vivo* [2]. En su epístola á los hebreos se expresa, á lo que creo, de un modo aun mas positivo. *Es necesario*, dice, *que el que se llega á Dios, crea que hay Dios, y que es remunerador* [3]. *Es necesario*, hé aquí el precepto; *remunerador*, hé aquí la obligacion de esperar de Dios la beatitud eterna. El deber de la esperanza es de tal suerte imperioso, que es la condicion indispensable de nuestra salvacion: *Por la esperanza somos salvados*, añade el gran Apóstol [4]. No solo estamos obligados á conservar la esperanza habitual que hemos recibido en el Bautismo, sino que debemos practicar actos formales de esperanza. Las circunstancias en que debemos hacerlo son: 1.° cuando llegamos á la edad de la razon; 2.° cuando nos vemos asaltados por alguna tentacion grave de desesperacion; 3.° cuando nos encontramos en el artículo de la muerte, y finalmente otras muchas veces durante el curso de la vida, como lo hemos explicado al hablar de la fe.

4.° ¿ CUÁLES SON LAS CUALIDADES DE LA ESPERANZA? — La esperanza debe ser sobrenatural, firme y universal. Sobrenatural; para lograr la beatitud eterna debemos contar con la bondad, poder y sabiduría de Dios, y con la fidelidad á sus promesas, lo mismo que con los méritos infinitos de Nuestro Señor; el que contase para su salvacion con sus buenas obras ó con el apoyo de alguna criatura, excluyendo el auxilio sobrenatural y gratuito que Dios nos da con la gracia, no solo no tendria una verdadera esperanza, sino que pecaria mortalmente contra la fe y contra la esperanza. No quiere esto decir que no debamos hacer buenas obras ni contar con ellas; mas las debemos considerar únicamente como medios secundarios cuya fuerza dimana toda de la gracia. En efecto, puesto que la vida eterna se nos propone como una corona, y que no será coronado sino el que haya combatido con valor, es evidente que, para obtenerla, nuestras buenas obras son exigidas, no, repetimos, como son en

[1] I Par. x.
[2] I Tim. vi.
[3] Hebr. xi, 6.
[4] Spe salvi facti sumus. (*Rom.* viii, 24).

sí y separadas de la gracia, sino como hechas con el auxilio de Dios [1].

La esperanza debe ser firme. Debemos esperar con una seguridad que nada pueda alterar los bienes que Dios nos ha prometido, porque nada iguala ni la fidelidad de Dios á sus promesas, ni su voluntad y poder para cumplirlas, ni los méritos de Nuestro Señor aceptados por él como precio del cielo que nos está reservado y de la gracia para obtenerlo. Sin embargo, si por parte de Dios nuestra esperanza debe ser firme, no sucede lo mismo respecto de nosotros mismos, á causa de nuestra inconstancia; para darle aquel carácter en cuanto es compatible con la debilidad humana, es preciso, como dice san Pedro, esforzarnos con nuestras buenas obras y práctica fiel de todos nuestros deberes en hacer que nuestra vocacion á la felicidad eterna sea mas y mas cierta [2].

La esperanza debe ser universal, es decir, extenderse á todo lo que Dios nos ha prometido sin excepcion ni disminucion, pues esperar el cumplimiento de una promesa, y no esperar con igual confianza el cumplimiento de otra, seria destruir la esperanza, la que reposa sobre un fundamento único. Como la fe, la esperanza no puede dividirse; existe entera, completa y universal, ó no existe.

5.° ¿CUÁLES SON LOS PECADOS OPUESTOS Á LA ESPERANZA?—¿Acaso es posible pecar contra una virtud que debe sernos tan dulce á nosotros, tristes desterrados en este valle de lágrimas? ¡Ah! sí, y puede pecarse contra la esperanza de dos maneras, por exceso ó por defecto, por presuncion ó por desesperacion. 1.° Pecan por presuncion los que creen poder obtener el perdon de sus pecados sin renunciar á ellos ni detestarlos; vivir cristianamente sin reprimir sus pasiones, sin meditar con frecuencia sobre las verdades de salvacion, sin frecuentar los Sacramentos y ponerse en estado de recibirlos dignamente; morir con la muerte de los Santos sin llevar la vida de los justos, sin mortificarse y sin observar fielmente los mandatos de Dios y de la Iglesia. Los presuntuosos corren gran peligro de perder su alma; testigo de ello aquel pecador que vivia hacia mucho tiempo en el olvido de sus deberes y que tenia por costumbre decir: Tiempo tengo para convertirme; al fin de mi vida me salvaré con tres palabras. Un dia que paseaba á caballo quiso pasar por un puente

[1] Mayol. *Praeambul. ad Decal.* q. 2, p. 836.
[2] II Petr. I, 10.

medio roto; su caballo se resiste, y para obligarle á avanzar le castigó con la espuela; el animal se encabrita y salta al água, donde se ahogó el desgraciado jinete sin poder decir otra cosa que estas palabras de cólera y desesperacion: *Vaya todo al diablo.*

Para corregirse de la presuncion es preciso no olvidar esta advertencia del Sábio: *No digas, la misericordia de Dios es grande, de la muchedumbre de mis pecados tendrá piedad; porque su irá está tan pronta como su misericordia, y su ira mira á los pecadores* [1]. Recuérdese que todos los Santos han hecho grandes esfuerzos para salvarse; que Nuestro Señor ha dicho que nadie seria coronado si no habia valerosamente combatido; que para ser glorificado es necesario sufrir; que el camino del cielo es angosto y la puerta estrecha, y que el reino de los cielos debe conquistarse con violencia, tomarse por asalto.

2.° Se peca contra la esperanza por defecto, cuando se omite el practicar actos de virtud en tiempo conveniente; cuando se abre el alma á la desesperacion, ya porque se miren sus pecados como enormes ó numerosos en demasía para obtener su perdon; ya porque se consideren sus pasiones como violentas en exceso, ó sus malas inclinaciones como demasiado arraigadas; ya porque uno se aflija é inquiete desmesuradamente por la menor imperfeccion, como hacen los escrupulosos, quienes creen que Dios está siempre acechando para sorprenderles; ya finalmente porque no se confie bastante en la Providencia, y se abandone uno á inquietudes excesivas por las cosas necesarias á la vida. La desesperacion es un estado horroroso: un Santo ha dicho que el pecado daba la muerte al alma, y que la desesperacion ponia un insuperable obstáculo á su resurreccion [2].

El remedio de la desesperacion es representarse la infinita bondad con que Dios alimenta á los pájaros del cielo y hasta al mas diminuto insecto, y sobre todo su misericordia que de nada se desdeña, ni jamás se cansa; es recordar que ha perdonado á muchos y grandes pecadores; que jamás aparta la vista de los corazones contritos, y que no hay sino el pecado de impenitencia final que sea irremisible; es considerar la admirable facilidad con que perdonó á

[1] Eccli. v, 6, 7.

[2] Perpetrare flagitium aliquod, mors animae est; sed *desperare* est descendere in infernum. (S. Isid. *Lib. de serm. Bon*, c. 14).

David, á la Magdalena, á san Agustin, á san Pedro; y habria perdonado al mismo Judas, si Judas le hubiese pedido perdon; es alentarse leyendo la parábola de la oveja descarriada ó del hijo pródigo, ó la historia de la pasion de Nuestro Señor. En una palabra, es no olvidar que tenemos en Dios el mas tierno de los padres, el cual desea sinceramente que todos sus hijos se conviertan y se salven; en Jesucristo un caritativo Salvador que nos amó hasta el punto de morir por nosotros, y que nos ama hasta el punto de entregársenos; en María, una madre llena de ternura, refugio de los mas desesperados pecadores, y en los Ángeles y en los Santos poderosos protectores[1].

6.° ¿Cuál es el objeto de la esperanza?—El primero y mas noble objeto de la esperanza es la beatitud eterna, ó en otros términos, la posesion de Dios y de los bienes de que es orígen, durante toda la eternidad. Tal es el grado sublime á que se eleva la esperanza cristiana; salvando todos los espacios, dejando atrás todos los bienes criados, por grandes y seductores que sean, penetra, segun la expresion de san Pablo, hasta en el santuario donde Dios contempla las maravillas de su ser; y, uniéndose con este Ser de los seres, se ase de él y no quiere separarse hasta que haya logrado su conquista y su eterna posesion[2].

El segundo objeto de la esperanza es la gracia, y en él van comprendidos todos los medios que nos son necesarios para lograr la beatitud eterna. Durante la vida, mientras nuestra alma se halla unida al cuerpo en la peregrinacion de la tierra, debemos trabajar para obtener la vida eterna: de donde resulta que todo lo necesario á la vida del alma y á la vida del cuerpo es el objeto secundario de la esperanza. Dios, que quiere el fin, quiere tambien los medios, y hé aquí el por qué nos manda esperar en él y pedirle cada dia la posesion de su reino, luego el pan, es decir, cuanto nos es necesario espiritual y corporalmente para trabajar, durante los dias de nuestra vida mortal, á fin de conseguir la beatitud que nos ha sido prometida.

Así pues, es permitido pedir á Dios todos los bienes del alma y del cuerpo, pero solo en vista de nuestro último fin; pedirlos para reposar y complacerse en ellos sin hacerlos servir como escalones

[1] Véase S. Aug. *In Psalm.* xxxviii, n. 9.
[2] Spes incedit usque ad interiora velaminis. (*Hebr.* vi, 19).

para subir al cielo, es una criminal alteracion del órden, es la degradacion del alma [1]. En dos palabras, la gloria, es decir, la posesion de Dios durante la eternidad, y aquí abajo la gracia que es el principio de la gloria, tal es el objeto de la esperanza cristiana [2]. ¡Qué son comparadas con esta todas las otras esperanzas!

En la leccion anterior hemos hablado de la gloria, y otra vez hablarémos de ella en la última parte del Catecismo; réstanos, pues, tratar de la gracia que á la misma debe conducirnos. La contestacion que darémos á las siguientes preguntas bastará para enseñarnos cuanto debemos saber acerca de aquel inestimable presente de Dios: 1.° ¿Qué es gracia? 2.° ¿Nos es necesaria la gracia? 3.° La gracia sola ¿nos salva? 4.° La gracia ¿destruye nuestra libertad? 5.° ¿Cuáles son las diferentes especies de gracia? 6.° Está siempre la gracia á nuestra disposicion? 7.° ¿Cuáles son los efectos de la gracia? 8.° ¿En qué consiste la excelencia de la gracia?

1.° ¿Qué es gracia?—La gracia *es un auxilio ó don sobrenatural que Dios nos da gratuitamente en vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar nuestra salvacion* [3]. La gracia es un *don*, es decir, un presente que Dios nos hace; una luz, una fuerza que comunica á nuestra alma y que completa su perfeccion; un don *sobrenatural*, esto es, superior á las fuerzas de la naturaleza, á las exigencias de toda criatura, de modo que no puede provenir de ningun ser criado, y que viene por consiguiente de Dios solo, consistiendo en una cierta comunicacion de sí mismo, comunicacion empezada en la tierra para ser consumada en el cielo [4]; que Dios *nos da*, es de-

[1] Proprium et principale obiectum spei est beatitudo aeterna... Quaecumque alia bona non debemus à Deo petere nisi in ordine ad beatitudinem aeternam. (S. Thom. 2, 2, q. 17, art. 2).

[2] Quia et divina gratia Dei sit et largitio quodammodo ipsius divinitatis. (Cassian. *De Incarn. Chr.* lib. II, c. 6).—Sic igitur per hoc, quod dicitur homo gratiam Dei habere, significatur quiddam supernaturale in homine à Deo proveniens. (S. Thom. p. 1, q. 110, art. 1).

[3] Donum supernaturale creaturae intellectuali gratis à Deo concessum intuitu meritorum Christi Domini, in ordine ad vitam aeternam. (Montag. *De Grat.* art. 2).

[4] Donum gratiae excedit omnem facultatem naturae, cum nihil aliud sit quam quaedam participatio divinae naturae, quae excedit omnem aliam naturam; et ideo impossibile est quod aliqua creatura gratiam causet. Sic enim necesse est quod solus Deus deificet communicando consortium divinae naturae, per quamdam similitudinis participationem, sicut impossibile est quod aliquid igniat,

cir á los hombres y á los Ángeles, quienes, siendo las únicas criaturas inteligentes, son las únicas capaces de recibir la gracia; *gratuitamente*, es decir, sin mérito alguno personal por nuestra parte y sin exigencia alguna de nuestra naturaleza. De aquí resulta que no pudiendo nosotros merecer la primera gracia, es preciso que Dios nos la dé en su bondad previsora. El aumento de gracia que merecemos por nuestras buenas obras proviene de la gracia concedida primitiva y gratuitamente, de modo que este aumento puede ser calificado á la vez de recompensa y de gracia: recompensa, en cuanto es el premio del mérito; gracia, en cuanto este mérito dimana de la gracia que en su principio, su raíz y orígen, es absolutamente gratuita [1].

En vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Dios es la causa *eficiente* de la gracia; su causa meritoria es Nuestro Señor inmolado, satisfaciendo é intercediendo por nosotros, de modo que fuimos enriquecidos con la plenitud de sus méritos [2]. Sobre esto es preciso observar de paso cuán digna es de ser llamada sobrenatural y gratuita la gracia de Nuestro Señor, puesto que fue concedida no al hombre amigo, sino al hombre enemigo de Dios por el pecado. *Para alcanzar nuestra salvacion;* estas palabras indican la causa final de la

nisi solus ignis. (S. Thom. 1, 2, q. 112, art. 1).—Gratia quae est accidens est quaedam similitudo divinitatis participata in homine. (Id. 3 p. q. 2, art. 10). —Assumptio quae fit per gratiam adoptionis terminatur ad quamdam participationem divinae naturae secundum assimilationem ad bonitatem illius, secundum illud, *II Petr.* I, 4: *Divinae consortes naturae.* (Id. id. q. 3, art. 4).— Ex dictis huc usque, colliges ex S. Thoma aliisque post ipsum communiter theologis, supernaturalitatem primario et essentialiter consistere, tum in excellentia supra ordinem, exigentiam et vires activas, tum physicas, tum intentionales cuiuslibet naturae tam creatae quam creabilis; id est, quod supernaturale dicitur, à nulla natura creata produci, aut intuitione cognosci potest; tum in mira Dei, ut in se est, communicatione, id est, in eximia quadam cum ipso Deo, qualis in se est spectato, coniunctione et unione; aut *realis et physica*, qualis est *hypostatica unio;* aut *intentionali* proxima, qualis ést visio beatifica; aut *intentionali* mediata, et minus proxima, qualia sunt gratia sanctificans, virtutes theologicae, aliaque huiusmodi dona, quae ad assequendam ipsius Dei, sicut in se est, possessionem ex natura sua ordinantur, ac per se disponunt. (Montag. *De Grat.* art. 2).

[1] Cum omne bonum meritum nostrum non in nobis faciat nisi gratia; cum Deus coronat merita nostra, nihil aliud coronat quam munera sua. (S. Aug. *Epist. CXCIV, alias CV, n.* 19).

[2] De plenitudine eius omnes accepimus. (*Ioan.* I, 10).

gracia, es decir, el *fin* supremo por el que Dios nos la da. «En efec-«to, dice san Agustin, siendo predestinados por la gracia, somos lla-«mados, justificados y glorificados [1].» Así pues, la gracia comunicada á nuestras almas es el principio de un nuevo ser, de una nueva vida que nos ennoblece, que nos eleva al comunicarnos cierto principio de la sustancia de Dios, para conducirnos á la consumacion de nosotros mismos sin él y á nuestra perfecta semejanza tambien con él [2]; de modo que, si es permitido emplear esta expresion, el hombre, lleno de gracia, es en la tierra un principio de Dios, y el Santo en el cielo es un Dios acabado. ¡Qué nobleza! ¡qué reconocimiento! ¡qué santidad!

2.° ¿Nos es necesaria la gracia?—Preguntar si nos es necesaria la gracia para alcanzar nuestra salvacion, equivale á preguntar si con solo las fuerzas de la naturaleza el hombre puede hacer algo superior á las fuerzas de la naturaleza; si el pájaro puede volar sin alas; si el astrónomo puede sin telescopio distinguir los astros que la simple vista no alcanza; en una palabra, equivale á preguntar si el hombre, criatura finita, puede por sus solos recursos lograr una felicidad infinita; sentada así la cuestion, está ya resuelta. Hé aquí por qué la Iglesia católica lanza su anatema contra el hombre asaz orgulloso, como el mismo Dios hirió con sus rayos á Lucifer, por atreverse á decir que sin la inspiracion del Espíritu Santo, obrando el primero en nosotros, se puede creer, esperar, amar y arrepentirse como se debe, para obtener la gracia de la justificacion [3]. Por lo mismo no podemos tener fe ni principio de fe, esperanza ni principio de esperanza, caridad ni principio de caridad, contricion ni principio de contricion, ni rezar, ni prepararnos para recibir la gracia, ni observar los mandamientos de Dios, ni hacer la menor buena obra, ni aun pronunciar el nombre de Jesús de un modo sobrenatural y meritorio, sin el auxilio de la gracia [4]; además nos es

[1] Gratia enim est qua praedestinati vocamur, iustificamur, glorificamur. (S. Aug. *Epist. CXVII)*.

[2] Participes enim Christi effecti sumus, si tamen initium substantiae eius usque ad finem firmum retineamus. (*Hebr.* III, 14).

[3] Si quis dixerit sine praevenientis Spiritus Sancti inspiratione atque adiutorio, hominem credere, sperare, diligere, aut poenitere posse sicut oportet ut ei iustificationis gratia conferatur, anathema sit. (*Conc. Trid.* sess. VI, can. 3).

[4] Oratio est gratiae certificatio. (S. Aug. *De Grat. chr.* c. 26, n. 27).—

necesario un auxilio especial de Dios para perseverar en el bien y morir en la amistad de Dios [1]. ¿Puede haber mayor indigencia? ¿Puede darse una obligacion mas estrecha de humillarnos y de orar [2]?

3.° La gracia sola ¿nos salva?—La gracia nos ha sido dada para obrar, es decir, para observar los mandatos que Dios nos ha impuesto, y faltaria á su objeto si permaneciésemos inactivos. Es evidente, pues, que la gracia sola no nos salva, sino que exige nuestra cooperacion, y por esto el apóstol san Pablo, al hablar de las grandes acciones que habia hecho, y de los prodigios de misericordia de que era objeto ó instrumento, no dice: la gracia sola ha hecho todo esto, ni tampoco yo he hecho todo esto, sino que se expresa en estos términos: *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia no ha sido vana en mí, pero he trabajado mas que todos; no yo, pero sí la gracia de Dios conmigo* [3]. En una palabra, sin la gracia nada podemos en el órden de la salvacion; con ella lo podemos todo. Dios no nos manda nada imposible, pero al mandarlo nos advierte que hagamos lo que podamos, y nos auxilia á fin de que lo podamos [4]. Así pues, cooperamos á la gracia cuando obramos fielmente segun sus inspiraciones, y no segun los ciegos movimientos de nuestras inclinaciones ó las simples luces de nuestro espíritu, sin referir lo que hacemos á nuestro fin sobrenatural. Nada mas necesario que corresponder á la gracia, pues de nuestra fidelidad á este deber fundamental dependen nuestra salvacion y el grado de gloria de que gozarémos en el cielo. El recogimiento habitual, la mortificacion de nuestros sentidos interiores y exteriores, son los medios de sentir las inspiraciones de la gracia; así como el inestimable precio de la gracia es el motivo mas poderoso para aprovecharse de ella.

Deus enim est qui operatur in nobis et velle et perficere. (*Philip.* II, 13). — Nemo potest dicere Dominus Iesus nisi in Spiritu Sancto. (*I Cor.* XII, 3).

[1] Si quis dixerit iustificatum sine speciali auxilio Dei in accepta iustitia perseverare posse, anathema sit. (*Conc. Trid.* sess. IV, can. 22).

[2] *Con. Trid.* sess. VI, can. 13.

[3] I Cor. XV, 10; Conc. Trid. sess. VI, c. 11.—Non ego autem, sed gratia Dei mecum, id est, non solus, sed gratia Dei mecum, ac per hoc nec gratia Dei sola, nec ipse solus, sed gratia Dei cum illo. (S. Aug. *De Grat. et Lib. Arb.* c. 5, n. 12).

[4] Non quod sufficientes simus aliquid cogitare à nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est. (*II Cor.* III, 5).—Deus impossibilia non iubet, sed iubendo monet facere quod possis... et adiuvat ut possis. (*Conc. Trid.* sess. VI, can. 2.

4.° La gracia ¿destruye nuestra libertad?—Como sucede á todos los que abandonan la infalible brújula de la fe para dejarse guiar por las inciertas luces de su débil razon, los herejes han caido, respecto del artículo de la gracia, en dos excesos opuestos. Unos, como los Pelagianos, han exaltado al hombre en demasía y han negado que tuviese necesidad de la gracia; al paso que otros, como los Luteranos, le han humillado hasta el punto de convertirle en un autómata y de negarle su libre arbitrio. Contra estos errores, igualmente fatales, puesto que el uno alimenta el orgullo y el otro conduce á la desesperacion, se levanta la verdad y lanza su anatema contra los que niegan la necesidad de la gracia, y contra los que niegan la libertad del hombre bajo la influencia de la gracia. Por el pecado quedó debilitado el libre arbitrio del hombre, el cual necesita de un auxilio y de un remedio, y este es la gracia. La gracia no destruye la libertad humana, así como el remedio no destruye la salud, así como el baston en las manos del anciano no destruye su libertad; por el contrario la perfecciona, y la cura dándonos luces y fuerzas que no podemos hallar en nosotros mismos [1]. El hombre robustecido por la gracia queda libre en su voluntad; puede obrar, resistir, hacer el bien, hacer el mal; todos lo sabemos, todos lo sentimos, y locura seria intentar probar una verdad cuya negacion justificaria al momento todos los crímenes, ó mejor, que destruiria toda distincion entre el crímen y la virtud [2].

5.° ¿Cuáles son las diferentes especies de gracia?—La gracia se divide:

En gracia *exterior,* que comprende todos los medios exteriores que Dios nos da para alcanzar nuestra salvacion; la hemos ya explicado al hablar de la *Religion* [3].

En gracia *interior,* que comprende las luces, las inspiraciones, las fuerzas, los buenos movimientos que Dios comunica á nuestras almas para hacerles conocer y realizar el bien ó resistir el mal.

En gracia *dada gratuitamente,* es decir, cuyo objeto principal no es la santificacion personal del que la recibe, sino la santificacion del prójimo. De este número son los dones de ciencia, de pruden-

[1] D. Thom. 1, 2, q. 109, art. 3.

[2] Vos semper Spiritui Sancto resistitis. (*Act.* VII, 51; *Conc. Trid.* sess. VI, can. 4, 5, 6).

[3] Tomo II, leccion I.

cia, el poder de perdonar los pecados, y otros favores semejantes [1].

En gracia que *nos hace agradables á Dios*, es decir, cuyo objeto principal es la santificacion de la persona que la recibe. La gracia nos hace agradables á Dios de dos maneras, ya *haciéndonos justos de pecadores* que somos, es decir, haciéndonos pasar del estado de pecado mortal al feliz estado de la amistad de Dios; ya *haciéndonos mas justos* de lo que somos por el aumento de santidad y de caridad que comunica á nuestras almas. Ambas son conocidas con el nombre de gracia santificante, el mas precioso de todos los bienes, puesto que es la prenda de la bealitud eterna.

La gracia santificante es *habitual ó actual*. La gracia santificante habitual es la que, permaneciendo en nosotros despues de haberla recibido, ya por el Bautismo, ya por la Penitencia, nos hace justos ante Dios comunicándonos algo de divino, y haciéndonos en cierto modo partícipes de la misma naturaleza de Dios [2]. Á la gracia santificante habitual corresponden las virtudes *infusas*, es decir, las que no podemos obtener por las fuerzas solas de nuestra naturaleza, pero que están derramadas en nuestras almas únicamente por la bondad de Dios, y cuyas primicias recibimos en el Bautismo. Estas son siete: las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad; las cuatro virtudes cardinales: la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza, y finalmente los siete dones del Espíritu Santo.

La gracia santificante actual es una luz pasajera que Dios comunica á nuestra alma, un movimiento transitorio que imprime á nuestra voluntad para hacernos conocer y practicar el bien [3]. La gracia actual nos es necesaria para practicar el bien, pues ella es la que pone en accion la gracia habitual y la que la reduce á un acto [4]. «Del mismo modo, dice san Agustin, que nuestros ojos, por sanos «que estén, no pueden ver, á menos de ser heridos por un rayo lu«minoso; así el hombre, por plenamente justificado que se le su«ponga, no puede vivir, es decir, obrar como debe, á menos de ser

[1] Unicuique datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. (*I Cor.* XII, 7).

[2] Gratia habitualis iustificans ea est qua homo formaliter iustus evadit dum ei quoddam *esse divinum* communicatur, et suo modo divinae fit particeps naturae. (Montag. *De Grat.* pag. 810).

[3] Momentanea illustratio intellectus, et motio voluntatis, quas Deus in nobis sine nobis efficit, ut scilicet bene velimus et bene agamus. (Montag. *De Grat.* pag. 819).

[4] D. Thom. 1, 2, q. 110, art. 2.

«auxiliado por la gracia de Dios [1].» «Así como la cabeza influye en «los miembros, y la cepa en las ramas, así, añade el santo concilio de «Trento, Nuestro Señor Jesucristo derrama una virtud sensible so«bre los mismos justos, y siempre esta virtud precede, acompaña y «sigue sus acciones, las que sin ella no pueden de modo alguno ser «agradables á Dios ni meritorias [2].»

6.° ¿Está siempre la gracia á nuestra disposicion?—Por una parte Dios quiere que todos nosotros alcancemos la salvacion, y el medio de alcanzarla es cumplir los mandatos de Dios, el cual no manda nada imposible; por otra, es de fe que sin la gracia no podemos cumplir los mandatos de Dios; así pues, es de fe que la gracia está siempre á nuestra disposicion. Y lo está de dos maneras: ó *inmediatamente*, en el sentido de que podemos al momento y sin un nuevo socorro vencer la tentacion y practicar la buena obra que se presenta; ó *mediatamente*, en el sentido de que podemos obtener la gracia necesaria para resistir á la tentacion que nos oprime, ó hacer el bien que nos está mandado. Es preciso observar que los justos y pecadores ordinarios obtienen mas fácilmente la gracia que necesitan, y que la dificultad es mayor para los pecadores endurecidos; digamos tambien que los mismos infieles reciben en su tiempo y lugar las gracias suficientes para evitar el mal, y abrirse de este modo y poco á poco el camino de salvacion, sea cual fuere la naturaleza de estas gracias, cuyo secreto se ha reservado la infinita sabiduría de Dios. Sabemos solo que así sucede, porque Nuestro Señor Jesucristo murió por todos los hombres [3]; de modo que los malos perecen, no porque no hayan podido ser buenos, sino porque no lo han querido [4]. Añadamos tambien que además de la gracia santificante necesitamos de un socorro especial para perseverar hasta el fin [5].

[1] *De Natur. et Grat.* c. 26, n. 29.

[2] Christus tanquam caput in membra, et tanquam vitis in palmites, in ipsos iustificatos iugiter virtutem influit, quae virtus bona eorum opera semper praecedit, et comitatur, et subsequitur, et sine qua nullo pacto Deo grata et meritoria esse possunt. (*Sess. VI, can.* 16).

[3] II Cor. v.

[4] Malos non perire quia boni esse non potuerunt, sed quia boni esse noluerunt. (*Conc. Valent.* III, c. 2).

[5] Si quis dixerit iustificatum, vel sine speciali auxilio Dei in acceptâ iustitia perseverare posse, vel cum eo non posse, anathema sit. (*Conc. Trid.* sess. VI, can. 22).

De aquí deducirémos fácilmente que los Pelagianos, los Semipelagianos, los Protestantes, los Jansenistas, estaban en el error, y que la Iglesia católica, encargada del depósito de la fe, tuvo razon al condenarlos; á los primeros, porque negaban la necesidad de la gracia; á los segundos, porque no admitian la necesidad de la gracia sino en ciertos casos; á los terceros, porque niegan la libertad humana bajo la influencia de la gracia, y á los cuartos, en fin, porque renuevan una parte de los precedentes errores y pretenden que ciertos mandatos de Dios son imposibles de cumplir, y que nos falta la gracia para que nos sean posibles dichos mandatos [1]; errores todos que, desconociendo la verdadera condicion del hombre, conducen á consecuencias igualmente horrorosas y absurdas; hacer del hombre un Dios ó una máquina, y de Dios un tirano.

7.° ¿Cuáles son los efectos de la gracia?—La gracia produce dos grandes efectos; la justificacion y el mérito. La justificacion es el efecto de la gracia que de pecadores nos convierte en justos; el pecador es aquel que colocando su voluntad en lugar de la voluntad de Dios la toma por regla de sus pensamientos, de sus palabras y de sus acciones; por el contrario el justo es el que somete su carne á su alma y su alma á Dios, cuya voluntad toma por norma de sus pensamientos, de sus palabras y de sus acciones. *El pecador* está en estado de rebelion, y por consiguiente de crímen y de desórden; el justo, por el contrario, está en estado de sumision, y por consiguiente de virtud y de órden. La justificacion consiste en hacer pasar al pecador de su estado de rebelion contra Dios, de enemistad con Dios, de crímen por consiguiente, y de esclavitud del demonio, al estado de obediencia á Dios, de amistad con Dios, de santidad y de libertad de los hijos de Dios; es una renovacion interior y una purificacion del alma, un restablecimiento del órden y un paso de la injusticia á la justicia. Este misterio de misericordia, mas admirable que la creacion del mundo, se verifica en un instante por la infusion de la gracia que borra el pecado, y que permanece en nosotros como un principio de santidad y de vida sobrenatural; mas supone como condicion la fe y el concurso de la voluntad por parte del pecador [2].

[1] Libermann, *Theol.* t. IV, pág. 33 y sig.

[2] Iustitia importat rectitudinem quamdam ordinis in ipsa interiori dispositione hominis, prout scilicet supremum hominis subditur Deo, et inferiores

El mérito es una obra por la cual Dios debe al hombre una recompensa [1]. El pecador, una vez justificado, puede hacer acciones que le merezcan nuevas gracias, por medio de las cuales llegue á la beatitud eterna. Ahora bien, para merecer con un mérito propiamente dicho, es decir, al cual se deba una eterna recompensa en virtud de las leyes de la justicia y de las promesas de Dios, es necesario: 1.° estar en la tierra, pues los Santos en el cielo ya no merecen; 2.° hallarse en estado de gracia; 3.° hacer una accion buena por su naturaleza; 4.° hacerla por buen motivo; 5.° hacerla en perfecta libertad, interior como exterior [2]. Á imitacion de todos los Santos, debemos esforzarnos continuamente en adquirir méritos; mas, si bien podemos cifrar en ellos una cierta confianza, vale mas, para evitar las tentaciones del orgullo y de la vanagloria, poner toda nuestra esperanza en la infinita bondad de Dios, del cual vienen todos los méritos que podamos recibir.

8.° ¿En qué consiste la excelencia de la gracia?—*Aun cuando hablase el lenguaje de los Ángeles y de los hombres, aun cuando tuviese conocimiento de todos los secretos de la naturaleza y la inteligencia de*

vires animae subduntur supremae, scilicet rationi... Haec autem iustitia... fit in homine secundum rationem motus, qui est de contrario in contrarium, et secundum hoc iustificatio importat transmutationem quamdam de statu iniustitiae ad statum iustitiae praedictae. (D. Thom. 1, 2, q. 113, art. 1).—Effectus divinae dilectionis in nobis, qui per peccatum tollitur, est gratia, qua homo fit dignus vita aeterna, à qua peccatum mortale excludit, et ideo non posset intelligi remissio culpae, si non adesset infusio gratiae. (Id., id. art. 2).—Si quis dixerit homines iustificari vel sola imputatione iustitiae Christi, vel sola peccatorum remissione, exclusa gratia et caritate, quae in cordibus eorum per Spiritum Sanctum diffundatur, atque illis inhaereat, aut etiam gratiam, qua iustificamur, esse tantum favorem Dei, anathema sit. (*Conc. Trid.* sess. VI, can. 11, 12, 13; Montag. *De Grat.* pag. 1066).—In eo qui habet usum liberi arbitrii non fit motio à Deo ad iustitiam absque motu liberi arbitrii; sed ita infundit donum gratiae iustificantis quod etiam simul cum hoc movet liberum arbitrium ad donum gratiae acceptandum in his qui sunt huius motionis capaces. (D. Thom. 1, 2, q. 2, 3, art. 3).

[1] Opus propter quod Deus homini praemium rependere debet. (Montag. *De Grat.* pag. 1103.

[2] Meritum *de condigno* est opus liberum, bonum, ab homine viatore et iusto ex actu vel imperio caritatis factum, et ideo in Deum ut summum bonum virtualiter saltem relatum, cui ex iustitia (licet non rigorosa, ut aiunt) et ex gratuita Dei promissione vita aeterna à Deo debetur. (Montag. *De Grat.* pag. 1115.

todos los misterios de la fe, no seria nada sin la caridad; de nada me serviria todo ello. Gran Apóstol, dijísteis bien; á los ojos de todo hombre capaz de coordinar dos ideas, es claro como la luz que la gracia menor, el menor grado de la gracia santificante vale mas que todos los dones naturales, el talento, las ciencias, la salud, las riquezas, las dignidades, los tronos. De aquí aquellas hermosas palabras del Doctor angélico ya citadas: «El bien sobrenatural de un solo indi«víduo supera al bien natural de todo el universo [1].» En efecto, todos los dones naturales no podrian, sin la gracia, elevarnos á la felicidad sobrenatural, infinita; mientras que el menor grado de gracia, sin ninguno de los dones naturales, puede conducirnos á ella. La razon de esto es muy sencilla: la gracia es un elemento, un principio sobrenatural que nos comunica algo de divino y que nos autoriza á decir como san Pablo: *Vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí* [2]. Para medir la excelencia de la gracia es preciso saber que sus beneficios no se limitan á la fugitiva duracion de la vida terrestre, sino que abrazan los siglos sin fin de la eternidad; aquí abajo las primicias, allá arriba la plenitud; y de aquí se sigue que la gracia, y por consiguiente la Religion misma, no es otra cosa que un cierto principio en nosotros de la gloria, y esta no es mas que la consumacion de la gracia. ¡Oh! en cuánto debemos estimar la gracia! ¡con qué cuidado debemos conservarla! ¡con qué anhelo debemos recobrarla si hemos tenido la desgracia de perderla!

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber puesto la esperanza en mi corazon; haced que yo la afirme correspondiendo fielmente á la gracia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, ***seré fidelísimo á la gracia en las cosas mas pequeñas.***

[1] **Bonum gratiae unius máius est quam bonum naturae totius universi. (D. Thom. 1-2, q. 113, art. 9).**

[2] **Galat. II, 20.**

LECCION XXIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Primer medio de obtener la gracia.—La oracion.—Necesidad, cualidades, efectos.—Rasgo histórico.—Oracion mental.—Necesidad, facilidad, prácticas.—Oracion vocal, particular y pública.

1.° ¿Es necesario orar?—La gracia es de absoluta necesidad para la salvacion; y no podemos tenerla de nosotros mismos; ahora bien, dos grandes medios hay para obtenerla: la oracion y los Sacramentos. En el sentido mas general, la oracion se toma por toda especie de buena obra; en el sentido mas estricto significa la alabanza de Dios y la accion de gracias; finalmente, en el sentido propio, *la oracion es la demanda hecha á Dios de los bienes que nos ha prometido;* ó bien, *la elevacion del alma hácia Dios para exponerle nuestras necesidades y tributarle homenaje* [1].

La oracion es necesaria por derecho natural, por derecho divino y por derecho eclesiástico. Es necesaria por derecho natural, es decir, que en el órden ordinario de la Providencia no podemos obtener la gracia necesaria para hacer el bien y resistir al mal, por consiguiente labrar nuestra salvacion, sin la oracion. Esta necesidad se deduce muy claramente de las palabras de san Pablo á los romanos: *Todo el que invoque el nombre del Señor, se salvará; pero ¿cómo invocar á aquel en quien no se cree* [2]? Con lo que se ve que el Apóstol coloca en una misma línea la fe y la invocacion del nombre de Dios; y si la fe es necesaria, como nadie lo pondrá en duda, la oracion lo es igualmente de una necesidad absoluta. Igual verdad se encuentra en las palabras de Nuestro Señor, cuando dijo: *Pedid y se os dará* [3]; lo mismo que si dijese: Si no pedís, nada obtendréis. De aquí es preciso deducir que, ordinariamente hablando, la oracion es el medio necesario para obtener la gracia y conseguir la salvacion; en efecto,

[1] Ferraris, verb. *Oratio.*
[2] Rom. x, 13-14.
[3] Luc. xi, 9; Matth. vii, 7.

si bien el auxilio divino para vencer las tentaciones y observar los Mandamientos sea dado alguna vez á los que no lo piden, generalmente solo se da á los que lo imploran, como nos lo enseña el apóstol Santiago al decir: *No se os dá, porque no pedís* [1]. Por otra parte, si consideramos nuestra debilidad, nuestra miseria, las necesidades así espirituales como temporales que nos oprimen; si recordamos que somos cual mendigos cargados de una numerosa familia, sin pan, sin vestidos, sin abrigo, comprenderémos, sin necesidad de otra prueba, que la oracion, y la oracion continua, es para nosotros el deber mas natural y mas obligatorio.

Mirado bajo otro aspecto, no es este deber menos sagrado. En efecto, el derecho natural exige que de tiempo en tiempo honremos á Dios con actos de religion, que le demos gracias por sus beneficios, que calmemos su cólera justamente irritada por nuestras ofensas, y que le pidamos su apoyo á fin de no sucumbir á las continuas tentaciones que nos rodean, y á fin de cumplir los deberes que nos impone. Tan arraigado se halla este deber en la naturaleza humana, que no existe nacion, por bárbara que sea, que no lo reconozca y no lo cumpla; desde que el mundo existe, la oracion se ha elevado hácia el cielo desde todos los puntos del globo: los judíos oraron; los cristianos oraron; los paganos oraron; los mahometanos, los mismos salvajes oraron, oran todavía y mucho. Á los ojos de los mismos bárbaros, el que se dispensa de esta ley se coloca entre los brutos estúpidos. «Perro cristiano, repetia cada dia no hace «mucho tiempo un beduino á un oficial francés, su prisionero.»— Una mañana, el oficial, ofendido por verse apostrofado de tal suerte por un bárbaro, le dijo encolerizado: «¿Por qué me llamas perro? «Soy tu prisionero, es verdad, pero soy un hombre como tú y mas «que tú.—¿Tú un hombre? contestóle friamente el árabe; no, «eres un perro. Seis meses hace que eres mi prisionero, jamás te «he visto orar, y ¡no quieres que te llame perro!» El bárbaro tenia razon; en la naturaleza solo las bestias no oran.

La oracion es tambien necesaria por derecho divino positivo, es decir, que Dios lo ha mandado formalmente. El mismo Jesucristo Señor nuestro nos dice: *Es menester orar siempre y no desfallecer* [2].

[1] Iacob. IV, 2. Véanse las autoridades en Ferraris, art. *Oratio;* D. Thom. 2, 2, q. 80, art. 3.
[2] Luc. XVIII, 1.

Es menester, es decir una órden, una necesidad, no un consejo. Su órgano fiel, el apóstol san Pablo, añade [1]: *Perseverad en la oracion, velad en ella; orad sin interrupcion, orad siempre.* Igual precepto se ve en cada página de las divinas Escrituras, y los santos Padres y los Doctores de la Iglesia, intérpretes natos del Evangelio, nos dicen con voz unánime: *El que no ora asiduamente, está muerto* [2]. Para corroborar su advertencia nos muestran á Nuestro Señor, el Santo de los Santos, orando, y orando mucho; los primeros fieles, los Santos y los verdaderos cristianos oraban tambien y mucho.

Finalmente la oracion es necesaria por derecho eclesiástico; mas sus preceptos solo se refieren á la oracion pública, de la que hablarémos á su tiempo.

2.° ¿Cuándo es preciso orar?—Difícil es determinar con precision cuándo nos obliga *por sí mismo* el precepto natural y divino de la oracion. Sin embargo se sabe que es un pecado estar mucho tiempo sin orar, que la obligacion directa de orar es tan frecuente como la de practicar los actos de las virtudes teologales, y que la oracion es necesaria para mantenernos en una vida cristiana. Así lo entienden la generalidad de los fieles, los cuales se hacen un deber de no dejar pasar un dia sin orar repetidas veces [3]. Ciertos herejes pretendieron que la obligacion de orar, en el sentido propio de la palabra, era continua, fundándose en el texto del Evangelio: *Es menester orar siempre y no desfallecer.* Sin embargo, interpretaban mal las palabras de Nuestro Señor; las cuales significan: que es preciso orar con frecuencia, con asiduidad, en tiempo oportuno, segun lo permitan los deberes exteriores impuestos por la Providencia, y sobre todo con perseverancia, sin jamás cansarse ni desalentarse, por lar-

[1] Coloss. IV; I Thes. V, 17; Ephes. VI.

[2] Quisquis non orat Deum assidue, nec divino eius colloquio cupit assidue ferri, is mortuus est... Animae mors est non provolvi coram Deo. (S. Chrys. lib. I *De orand. Deo*).

[3] Hic censeo habere locum doctrinam quam de praecepto divino poenitentiae suo loco tradidi, et pro his divinis praeceptis affirmativis, ut caritatis, et similibus censeo esse generalem et necessariam nimirum obligare haec praecepta, ut actus eorum non multo tempore differantur, sed aliquoties in vita fiant, quoties videlicet ad rectam et honestam vitam instituendam prudenti arbitrio iudicatum fuerit... Credo tam necessariam esse orationem ad rectitudinem vitae, ut non sit remittenda dilatio unius anni, nec fortasse unius mensis. Quod usus ipse fidelium satis confirmat, etc. (Montag. *Tract. De Grat.* t. XVII, pág. 10, 86).

gas que puedan parecernos las dilaciones que opone el Señor al cumplimiento de nuestros deseos [1]; que con grande pureza de intencion debemos ofrecerlo todo á Dios, haciéndolo y sufriéndolo todo por su gloria. «Orar siempre, dice san Agustin, es desear siempre el cum-«plimiento de la voluntad de Dios y de la vida bienaventurada que «nos promete. Deseémosla siempre, y oraréмos siempre. Orar siem-«pre, continúa el venerable Beda, es obrar siempre segun Dios; «el que obra siempre bien, añaden los comentaristas, ora siem-«pre [2].»

El precepto de la oracion nos obliga *indirectamente* en muchas ocasiones, es decir, en cuanto se refiere al precepto de la caridad hácia nosotros mismos y hácia el prójimo. Citemos algunas: 1.° Cuando se trata, para nosotros, de recobrar la gracia; 2.° cuando estamos expuestos á perderla; 3.° cuando estamos en peligro de muerte; 4.° cuando el prójimo se encuentra en una gran necesidad que solo podemos remediar con la oracion; 5.° cuando la sociedad, la familia, la comunidad de que somos miembros está amenazada de un gran peligro espiritual ó temporal, como epidemia, hambre, etc. En todos estos casos y otros semejantes hay obligacion de orar so pena de pecado mas ó menos grave, segun las circunstancias [3].

Al lado del derecho estricto, cuyas prescripciones acabamos de citar, existe una costumbre general en la Iglesia, y por tanto altamente respetable, en virtud de la cual los verdaderos cristianos cumplen varias veces al dia con el gran deber de la oracion. Esta costumbre oculta su origen en la noche de los tiempos; mil años antes de Jesucristo Señor nuestro, David la observaba en medio del esplendor de su corte; quinientos años despues, Daniel la seguia fielmente entre los rigores del cautiverio de Babilonia [4]. Nuestros padres se hacian de ella una ley bajo la cuchilla de los perseguidores; mas ¿qué digo? los mismos mahometanos la inscribieron entre los

[1] Corn. à Lapid. in c. XVIII, 1, Luc.

[2] Sine intermissione orare quid est aliud quam beatam vitam quae nulla quam nisi aeterna est... Sine intermissione desiderate. Semper ergo hanc à Domino Deo desideremus et oramus semper. (S. Aug. *Epist. class. III*, t. II, 581).—Semper orat qui semper secundum Deum operatur. Semper orat qui semper bene agit. (Corn. à Lapid. *In Luc.* XVIII, 2.—D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 14).

[3] Ferraris, art. *Oratio*, n. 10.

[4] Dan. VI; Psalm. LIV.

artículos de su código religioso, y á ella se conforman con escrupulosa exactitud. La mañana, el mediodía y la noche son las tres épocas al dia que esta costumbre consagra á la oracion, y que la Iglesia cuida de recordarnos con el sonido de sus campanas; por la mañana, á fin de saludar á Dios nuestro Padre, darle gracias por haber velado por nosotros durante la noche, y pedirle sus bendiciones sobre el nuevo dia que debemos á su bondad; al mediodía, á fin de tomar aliento, corregir nuestras intenciones y reanimar nuestro valor; por la noche, á fin de ofrecerle con nuestras acciones de gracias el sueño de la noche, expresarle nuestro pesar por las faltas cometidas y nuestro propósito de evitarlas al dia siguiente. ¿Puede haber algo mas racional, mas bello que esta triple plegaria, sobre todo cuando es hecha en comun, en las familias, por los padres y los hijos? Á ejemplo de todos los pueblos conviene además orar antes y despues de la comida, y esto por las razones que en otra parte expondrémos.

3.° ¿Dónde se debe orar? — Se puede orar en todas partes; sin embargo, es preciso buscar con preferencia, segun consejo del Salvador, un lugar retirado, léjos del ruido, en el cual podamos mas fácilmente hablar con Dios y tributarle los signos exteriores de respeto exigidos por su santa presencia, ó inspirados por la vivacidad de nuestros sentimientos de amor, de confianza y de contricion. La iglesia es el lugar mas conveniente para la oracion, pues Dios nos oye allí mas fácilmente, como nos lo asegura en términos precisos [1]. Por otra parte, la misma santidad del lugar, los recuerdos que despierta, y la vista de los altares y de las imágenes de los Santos, son muy propios para fijar la atencion del espíritu, para excitar la devocion del corazon, y por consiguiente para hacer mas eficaces nuestras oraciones.

4.° ¿Á quién se debe orar? — Es preciso orar á Dios y á los Santos; á Dios, como al Señor y dueño absoluto de todas las cosas, y el solo que puede concedernos lo que pedimos; á los Santos, como á los amigos de Dios y protectores nuestros, á fin de que uniendo sus oraciones á las nuestras obtengamos con mayor seguridad las gracias que pedimos. Entre los Santos, los mas grandes, los que durante su vida se hallaron en una posicion semejante á la nuestra,

[1] III Reg. VIII; II Paralip. VI et VII; S. Basil. *In Psalm.* XXVIII; S. Chrys. *Homil.* 36 *in I Cor.;* S. Aug. *Tract. I in Ioan.*

en el mismo estado, en las mismas tentaciones, y los que la piedad de los pueblos invoca por tal ó cual necesidad particular, deben ser el objeto de nuestra devocion y de nuestra confianza especial. Además, como hay santos en la tierra, podemos tambien recomendarnos á sus oraciones, así como los Apóstoles lo enseñaban á los Cristianos, ya excitándoles á orar los unos por los otros, ya conjurándoles que no olvidasen delante del Señor á los que les habian anunciado el Evangelio.

5.° ¿Por quién se debe orar?— Se debe orar por toda la Iglesia; por la Iglesia triunfante, á fin de obtener el aumento de su gloria exterior, que consiste en la manifestacion mas extensa del poder, de la bondad, de las perfecciones de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo, de la santísima Vírgen y de los Santos [1]; por la Iglesia paciente, á fin de obtener su consuelo ó el fin de sus penas; por la Iglesia militante, á fin de obtener su triunfo sobre sus enemigos y la salvacion de sus hijos. En cuanto al órden segun el cual debemos orar, hélo aquí en pocas palabras: debemos orar ante todo 1.° por nuestro Santo Padre el Papa, jefe supremo de la Iglesia; 2.° por todos los prelados, y los que tienen cura de almas; 3.° por los reyes, los príncipes y magistrados cristianos; 4.° por nuestros parientes y por los que se hallan bajo nuestra guarda; 5.° por los justos; 6.° por los pecadores; 7.° por todos aquellos que están fuera de la Iglesia. No temamos que orando por muchos sean nuestras oraciones menos provechosas; al contrario, pues, como dice san Ambrosio, si solo orais por vosotros, vosotros solos seréis los que oraréis por vosotros, al paso que si orais por todos, todos orarán por vosotros [2].

6.° ¿Por qué debemos orar?—Debemos orar para obtener todo lo que nos es útil, así en el órden espiritual como en el material, para conseguir nuestro último fin; así es que todo lo que se refiere directamente á este supremo fin, que es la posesion y la gloria de Dios, debe ocupar el primer lugar en nuestras oraciones; el mismo Jesucristo Señor nuestro nos lo indica, como verémos al explicar la Oracion dominical. En segundo lugar se colocan la gracia, las virtudes y demás bienes espirituales que son los medios inmediatos de llegar á Dios; y como los bienes del cuerpo, tales como la salud, la reputacion, la fortuna, son medios mas lejanos, tienen destinado el

[1] Ferraris, art. *Oratio* 115, 18; Montag. *Tract. de Grat.* pag. 1001-1002.
[2] Lib. I *de Cain y Abel*, c. 6.

tercer lugar. Con esto se ve que es preciso poner una gran diferencia en el modo de pedir estas tres clases de bienes; debemos pedir de un modo absoluto la santificacion del nombre de Dios, el advenimiento de su reino, el cumplimiento de su santa voluntad, los bienes espirituales que nos conducen al goce de la eternidad. En cuanto á los bienes temporales, debemos solicitarlos no como el fin de nuestros deseos, sino como medios para llegar al cielo, ya porque mantienen nuestra vida corporal, ya porque sirven para ejercer la virtud [1].

Además conviene saber: 1.° que nuestras oraciones no tienen por objeto dar á conocer á Dios nuestras necesidades y deseos; sino hacernos sentir á nosotros mismos la necesidad de recurrir á Dios para obtener el alivio de las unas y el cumplimiento de los otros; 2.° que no tienden á cambiar las disposiciones de la voluntad de Dios, sino á obtener lo que Dios ha resuelto concedernos en consideracion de nuestras obligaciones [2]; 3.° que Dios nos concede muchos favores por pura liberalidad, sin que se los pidamos; pero que reserva muchos otros á nuestras oraciones. Así, aunque en el órden de la naturaleza Dios nos otorga una multitud de cosas sin que se lo roguemos, como lo verifica tambien respecto de los animales, con todo la sabiduría de la Providencia quiere que debamos muchas únicamente á nuestras oraciones, como son la perseverancia final, la victoria de las tentaciones, y otras semejantes. Hé aquí por qué Jesucristo, Señor nuestro, decia: Es preciso orar siempre y no cansarse jamás; orad á fin de no sucumbir á la tentacion; hay una especie de demonio que solo puede ser repelido por medio de la oracion y del ayuno; Dios habia resuelto perder á los israelitas si Moisés no se hubiese puesto en oracion por ellos; y finalmente no se os da, porque no pedís [3]. Dios obra de esta suerte en beneficio nuestro, á fin de aumentar nuestra confianza, de excitarnos á recurrir á él, y de enseñarnos que él es el autor de todos nuestros bienes.

7.° ¿Cómo es preciso orar? — Para contestar á esta pregunta, de-

[1] D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 5 et 6.

[2] Non enim propter hoc oramus ut divinam dispositionem immutemus, sed ut impetremus quod Deus disposuit per orationes esse implendum; ut scilicet *homines postulando mereantur accipere quod eis Deus omnipotens ante saecula disposuit donare,* ut S. Gregorius dicit in lib. I Dialog. c. VIII. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 2).

[3] Luc. XVIII; Matth. XVII; Iacob. IV.

bemos hablar de la actitud del cuerpo y de las disposiciones del alma. Todos los pueblos han tomado y toman todavía al orar una actitud particular conveniente á los sentimientos de respeto, de amor y de dolor que les conducen delante de Dios. Entre los Cristianos están en uso tres actitudes diferentes; oramos de rodillas y con *las manos juntas* como criminales y suplicantes que reconocen delante de Dios su indignidad y su profunda miseria, pero al mismo tiempo su misericordia infinita; así oraba Salomon en el templo de Jerusalen, san Pedro al resucitar á la santa viuda Thabita, san Pablo al separarse de los sacerdotes de Éfeso, y el mismo Jesucristo en el huerto de los Olivos. Oramos de rodillas y con *las manos extendidas* para manifestar á Dios y á los hombres su pureza, y que somos discípulos de Nuestro Señor crucificado, por cuyos méritos esperamos el efecto de nuestras demandas; así oraba Moisés, figura viva de Nuestro Señor, cuando solicitaba para Israel la victoria contra los Amalecitas; David, otra figura del Salvador; los primeros Cristianos, los sacerdotes en la misa, y el mismo Jesucristo Señor nuestro en la cruz. Oramos en *pié*, particularmente los domingos y durante el tiempo pascual, en memoria de la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, y para recordarnos la vida enteramente divina que debemos llevar en medio del mundo. Este era el modo ordinario de orar en los primeros siglos de la Iglesia, y asimismo oró muchas veces Jesucristo, como puede verse en el Evangelio. Sin embargo, esta triple actitud no es obligatoria, de modo que no ofende á Dios el que no se conforma con ella; basta que su actitud sea humilde y respetuosa, pues la oracion del que se humilla penetra hasta el cielo [1].

San Pablo quiere que los hombres oren en la iglesia con la cabeza descubierta, porque el hombre es la gloriosa imágen de Dios, quien brilla particularmente en su frente, el que debe por consiguiente estar descubierto en la oracion, á fin de mostrar humillada ante el Criador su obra mas gloriosa; por el contrario, el Apóstol exige que las mujeres oren con la cabeza cubierta, porque siendo la gloriosa imágen del hombre, deben ocultar esta gloria delante de Dios, á causa de que el hombre debe ocultar, cuando ora, todo lo que podria ser para él un motivo de vanidad; además, porque siendo inferiores al hombre, deben reconocer su inferioridad delante de

[1] Nicol. pap. *Respons. ad Bulgar.*

Dios, llevando sobre su cabeza; en el vestido que las cubre, la señal de su dependencia; finalmente porque siendo la modestia su mas bello adorno, deben, por respeto hácia los Ángeles, evitar, sobre todo en el templo, todo cuanto podria ofender á aquella [1].

En cuanto á los ojos, deben estar ó inclinados hácia la tierra por respeto á la divina Majestad y por confusion de nuestras faltas, ó elevados al cielo para implorar auxilio á aquel que habita en sus regiones, segun el ejemplo del mismo Salvador. Si se ora en una iglesia durante el santo sacrificio de la misa, las miradas deben dirigirse hácia el altar y principalmente hácia el Oriente. Esta costumbre se apoya en muchas razones muy respetadas desde los tiempos de la primitiva Iglesia. La primera, porque el paraíso terrenal, primera y afortunada residencia del hombre, estaba en Oriente; y conviene dirigir al orar los ojos hácia el lugar de que fuimos expulsados, á fin de pedir con mas ardor la gracia de entrar en el verdadero paraíso, cuya doble llave son la oracion y la penitencia. La segunda, porque en la Escritura Nuestro Señor es llamado el Oriente y el Sol de justicia, y nada es mas natural, al invocarle, que volvernos hácia el punto del cielo que nos recuerda tan augustos títulos. La tercera, porque Nuestro Señor fue crucificado en Oriente, con el rostro vuelto hácia el Occidente, de modo que orando con el rostro vuelto hácia el Oriente, miramos en cierto modo el rostro de Nuestro Señor. La cuarta, á fin de distinguirnos de los judíos que oraban con la vista dirigida á Occidente, pues en el templo de Jerusalen el tabernáculo se halla colocado en aquel punto del cielo [2]. En estas diversas actitudes nada hay indiferente; por una parte todos los pueblos han considerado como un deber el conformarse á ellas, y por otra son eminentemente propias para manifestar y alimentar la humildad, la confianza, el dolor y todos los sentimientos impuestos al hombre en presencia de Dios.

Tratemos de las disposiciones del alma. La fe, la confianza, la devocion, la perseverancia, tales deben ser las disposiciones del alma que mira como formal el deber de la oracion, y por consiguiente las cualidades que debe dar á la oracion misma.

La fe. — La fe es el principio y el fundamento de la salvacion; hé aquí por qué nada se otorga á la oracion que no proviene de la fe.

[1] I Cor. XI, 5; Corn. à Lapid. *In hunc. loc.*
[2] D. Thom. 2, 2, q. 102, art. 4.

En nuestras oraciones nada nos está tan recomendado como esta virtud: *Todas las cosas que pidiéreis en la oracion creyendo*, dice el Salvador, *las tendréis* [1]. *Orad con fe y sin vacilacion*, añade el apóstol Santiago; *pues el que vacila se asemeja á la ola del mar que va y viene* [2]; si la oracion carece de estabilidad, no puede contarse con sus efectos; sin fe no hay oracion, continúa san Agustin [3]. Ahora bien, la fe, de que aquí se trata, no consiste únicamente en la creencia general del poder, de la bondad y de la fidelidad de Dios; sino tambien en la persuasion particular de que Dios nos concederá lo que pedimos, si lo juzga conveniente para nuestra salvacion.

La confianza.—Esta debe ser firme, en cuanto se funda en las promesas de Dios y en los méritos de Nuestro Señor; debe ser viva, á fin de excluir toda tibieza, toda vacilacion en la oracion; debe ser actual, á fin de que carezca de cierta incertidumbre vaga que podria mezclarse con la simple confianza habitual, y de toda especie de temor, fundado en la grandeza de la gracia pedida ó en la indignidad de la persona que la pide. «Tened por seguro, dice Casiano, «que mientras dudeis, no seréis jamás oidos: cuando el Espíritu «Santo, añade, nos impulsa á pedir con gran confianza y con una «especie de certeza de obtener, esto es una señal del buen éxito «que tendrá nuestra oracion [4].»

La devocion.—La devocion exige en primer lugar la pureza de intencion en la oracion; de modo que no debemos pedir nada que no deseemos hacer servir directa ó indirectamente á la gloria de Dios, á nuestra salvacion ó á la santificacion del prójimo. Únicamente para estos objetos ha puesto Nuestro Señor su poder al servicio nuestro. «¿Cómo se llama, pregunta san Agustin, aquel que ha prome«tido concedernos cuanto le pidiéremos en su nombre? Se llama Sal«vador; luego no podemos pedir en nombre del Salvador nada de «lo que sea contrario á la salvacion [5].» La devocion exige además

[1] Matth. XXI, 22.

[2] Iacob. I, 6.

[3] Si fides deficit, oratio perit. (S. Aug. *Serm.* 36 *de Verb. Dom.*).

[4] Pro certo non exaudiendum se supplicans quisque non dubitet cum se dubitaverit exaudiri. Signum futurae impetrationis esse, quando Spiritus Sanctus movet ad petendum cum magna fiducia, et quasi securitate impetrandi. (Cass. *Coll. IX*, c. 32).

[5] Iesus significat Salvatorem... ac per hoc quodcumque petimus adversus utilitatem salutis, non petimus in nomine Salvatoris. *(Serm. 36 de Verb. Dom.)*.

la humildad, la que hace la oracion omnipotente: *La oracion del que se humilla,* nos dice el Espíritu Santo, *traspasará las nubes y no se retirará hasta que el Altísimo la mire* [1]. Supone tambien la disposicion sincera de no negar á Dios nada de lo que nos pida; ya sea que abandonemos el pecado, ya que nos corrijamos de nuestros defectos, ó que progresemos en la virtud. Supone además la atencion. «¿Cómo quereis que Dios os escuche, dice san Cipriano, cuando no «os escuchais vosotros mismos [2].» «Orar con la boca y vagar con el «espíritu por las casas y plazas públicas; balbucear palabras y estar «ocupado en diversiones y en asuntos inútiles ó extraños, ¿qué cosa «es, pregunta el concilio de Tréveris, mas que engañar á los hom-«bres y burlarse de Dios [3]?» En cuanto á los medios de tener atencion en la oracion, los principales son: la vigilancia habitual de los sentidos interiores y exteriores; la mortificacion de las pasiones; el cuidado de colocarse en la presencia de Dios, considerando á quién y de qué se quiere hablar; pedir la gracia de orar bien, abandonar de antemano todas las distracciones, y rechazarlas suave pero fielmente cuando se presentan durante la oracion.

La perseverancia.—Nuestro Señor insiste vivamente en la necesidad y poder de esta condicion de la oracion, como lo prueban estos tres ejemplos: primero, la historia de la Cananea, la cual solo á su perseverancia debió la curacion de su hija y el glorioso elogio de su fe. Segundo, la parábola de aquel hombre que obstinándose en orar, obtuvo los tres panes que pedia á su amigo y que este se negaba á darle. Tercero, este precepto formal: *Es preciso orar siempre y no desfallecer jamás* [4]. Por una parte Dios es dueño de sus dones, sabe el dia y la hora en que ha resuelto satisfacernos, y á nosotros toca conformarnos con las disposiciones de su maternal providencia; por otra, estas saludables dilaciones son una prueba de su sabiduría y de su bondad, pues nos hacen estimar lo que hemos obtenido dificilmente, nos inspiran gratitud por haberlo recibido y fidelidad para conservarlo, y nos impulsan á practicar muchos actos virtuosos en los cuales quizás no habríamos pensado nunca, pero que ejercemos vo-

[1] Eccli. xxxv, 21.

[2] Quomodo te audiri postulas, cum teipsum non audias? *(De Orat. Dom.).*

[3] Quid est voce psallere, mente autem domum aut forum circuire, nisi homines fallere et Deum irridere? (Cap. *de Hor.).*

[4] Luc. xi, xviii, etc.

luntariamente con la esperanza [illegible] tales como la humildad, la vigilancia, la mortificacion y la [illegible].

Difícil es resolver la cuestion de cuánto tiempo es preciso perseverar; sin embargo, en primer lugar, dirémos que jamás debemos cesar por desconfianza ó desaliento; en seguida, que si se trata de bienes temporales, el tiempo que transcurre, los acontecimientos que sobrevienen, las circunstancias particulares que se manifiestan son indicios mas ó menos probables de que Dios no tiene por conveniente oir nuestras oraciones. En este caso se puede cesar en la demanda, pero siempre con humilde sumision, con una conformidad filial á la voluntad de Dios, y con la persuasion de que su negativa es para nuestro mayor bien. Si se trata de bienes espirituales, no se debe cesar tan fácilmente de pedirlos; en primer lugar, porque semejante oracion es siempre útil en sí misma, y en seguida, porque muchas veces produce su efecto, sin que nosotros lo sepamos; por ejemplo, pedís que os libre de una tentacion, y esta sin embargo continúa atormentándoos; pero es muy posible que vuestras oraciones impidan otras mucho mas graves; y tambien lo es que os veais libres mas tarde de la tentacion, y que si persevera debais á vuestra fidelidad numerosas victorias. Finalmente, si la oracion tiene por objeto la gracia de la perseverancia, es evidente que debe prolongarse hasta la muerte [1].

Entre las condiciones necesarias de la oracion, no hemos enumerado la caridad, olvido voluntario que exige algunas palabras de explicacion. La oracion del hombre en estado de gracia produce un triple efecto; es meritoria, satisfactoria é impetratoria, al paso que la del pecador solo es impetratoria. Dios oye mas fácilmente la oracion de los justos; pero acoge tambien la de los pecadores [2]; porque la eficacia *impetratoria* de la oracion no descansa ni en la caridad ni en la dignidad de la persona que ora, sino en la fe y en la confianza del que ora y en la misericordia y las promesas de Dios. Otra diferencia distingue la oracion del justo de la del pecador; la del justo, saliendo de un corazon vivificado por la gracia santificante, es *meritoria* para la vida eterna, mientras que no sucede lo mismo con la del pecador [3]. Esto nos manifiesta la infinita bondad de Dios que

[1] *Tract. de Orat.* c. 100, t. XVII, pag. 1064.

[2] Luc. XI. — Si peccatores non exaudiret Deus, frustra publicanus dixisset: Domine, propitius esto mihi peccatori. (S. Aug. *Tract. XLIV in Ioan.*).

[3] Oratio principaliter innititur fidei, non quantum ad efficaciam *merendi*,

cumple continuamente y en todos sentidos aquellas palabras de Nuestro Señor, y hace salir el sol así para los buenos como para los malos.

8.° ¿Cuáles son los efectos de la oracion? — 1.° Siendo la oracion un acto de virtud y de religion, nos ennoblece y eleva hasta Dios, con quien nos hace entrar en comunicacion; 2.° la oracion nos libra de nuestras deudas, puesto que es un homenaje solemne y filial que tributamos al poder, á la sabiduría, á la bondad y á la fidelidad de Dios y á todas sus perfecciones; 3.° la oracion, que es la confesion de nuestra absolúta dependencia, nos coloca en nuestras verdaderas relaciones con Dios, sobre el cual es todopoderosa. De aquí la palabra admirable con que los griegos designan la oracion; en su idioma *orar* y *estar bueno* se expresan con el mismo vocablo; de aquí el célebre dicho de un poeta romano: *Es preciso orar para tener un alma sana en un cuerpo sano* [1]; y de aquí finalmente el nombre dado á la oracion por la fe católica, la cual la llama *la reina del cielo y de la tierra.* En efecto, la oracion manda á Dios y á la naturaleza entera, como se ve por mil ejemplos en los Libros santos, en la historia de los Mártires, de los Santos y de todos los pueblos. En una palabra, la oracion *satisface* por nuestros pecados; *merece* la gracia y la gloria; *obtiene* todo lo que quiere, pues escrito está sin restriccion ni reserva: *Todo lo que pidais con fe, lo obtendréis.*

Tal es la formal promesa de Nuestro Señor, que santo Tomás, de acuerdo con los santos Padres y Doctores, explica de este modo: «El efecto de la oracion es infalible siempre que reune las cuatro «condiciones siguientes: Pedir para sí; pedir cosas necesarias para «la salvacion; pedirlas con piedad; pedirlas con perseverancia [2]. Reu-

quia sic innititur principaliter caritati; sed quantum ad efficaciam *impetrandi*, quia per fidem homo habet notitiam omnipotentiae divinae et misericordiae, ex quibus oratio impetrat quod petit. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 15). — Oratio sine gratia gratum faciente meritoria non est... et tamen etiam oratio quae impetrat gratiam gratum facientem, procedit ex aliqua gratia, quasi ex gratuito dono, quia ipsum *orare* est quoddam donum Dei, ut S. Augustinus dicit in lib. de Persever. c. 23, id. id. id.

[1] Oraudum est ut sit mens sana in corpore sano. *(Iuv.).*

[2] Ponuntur quatuor conditiones, quibus concurrentibus semper aliquis impetrat quod petit: ut scilicet pro se petat, necessaria ad salutem, pie et perseveranter. (2, 2, q. 83, art. 15). — Supradictis quatuor conditionibus, oratio semper infallibiliter impetrat, et si non impetrat, provenit ex defectu alicuius ex dictis conditionibus, ut omnes ipsas egregie complectens dicit S. Basilius, *Serm. de orand. Deum:* ideo quando petis, et non accipis, est quia

«nidas estas cuatro condiciones, hacen siempre infalible la oracion del «justo; y si no lo es, tened por cierto que no se ha cumplido algu«na de dichas condiciones. La del pecador, continúa el Ángel de las «escuelas, es oida igualmente, no en virtud de las leyes de la jus«ticia, sino por misericordia, cuando procede de un buen deseo y «está revestida de las condiciones arriba indicadas [1].»

En cuanto á las oraciones bien hechas, pero que no tienen por objeto cosas necesarias á la salvacion, son tambien infalibles en su efecto, solo que no siempre la cosa que pedimos es la que se nos concede. Algunas veces Dios nos oye dándonos precisamente lo que solicitamos; otras nos oye negándonoslo positivamente, porque ve en su infinita sabiduría que lo que nos complacemos en llamar un bien seria para nosotros un mal; sin embargo, no deja nuestra oracion sin recompensa, y la satisface concediéndonos otra cosa de lo que pedimos. Por ejemplo, pedimos la salud de una persona; Dios se la niega, pero le concede la gracia de soportar con gran mérito los dolores de su enfermedad; le pedimos la vida, y nos otorga la gracia de una buena muerte que nos pone en posesion de la vida eterna; pedimos la conversion de una persona, Dios la hace esperar, pero nos concede para nosotros mismos gracias de perseverancia, de las cuales teníamos gran necesidad, y que no pensábamos en solicitar. Así pues, ninguna oracion bien hecha queda privada de su recompensa, y al dar al hombre la oracion, Dios ha puesto entre sus manos las llaves del cielo y todos sus tesoros. ¿De quién es la culpa si languidecemos en la debilidad y en la indigencia? ¿De quién, sobre todo, si tenemos la desgracia de perdernos [2]?

perperam postulasti, vel infideliter, vel leviter, vel non conferentia tibi, vel destitisti. (Ferraris, art. *Oratio*, n. 27).

[1] Orationem vero peccatoris ex bono naturae desiderio procedentem Deus audit, non quasi ex iustitia, quia peccator hoc non meretur, sed ex pura misericordia, observatis tamen quatuor praemissis conditionibus, ut scilicet pro se petat, necessaria ad salutem, pie et perseveranter. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 16).

[2] Fideliter supplicans Deo pro necessitatibus huius vitae, et misericorditer auditur, et misericorditer non auditur. Quid enim infirmo sit utile, magis novit medicus quam aegrotus. (S. Aug. *Lib. de Sentent. prosper.*). — Non nos hortaretur ut peteremus; nisi dare vellet; unquam oranti beneficia denegat, qui ut orantes non deficiant, sua pietate instigat. (S. Aug. *Serm. V de Verb. Dom.*; S. Chrysost. in c. XVIII *Luc.*). Véase tambien san Efren, *Tratado de la Oracion*, etc., etc.

Preciso seria citar cási todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento si quisiéramos referir los diferentes rasgos que prueban la eficacia todopoderosa de la oracion; Abrahan obteniendo la conservacion de Sodoma si hubiese habido en ella solamente diez justos; Moisés arrancando de las manos de Dios la sentencia de muerte fulminada ya contra el pueblo de Israel; los ninivitas salvándose de la destruccion; el leproso, el centurion, el ciego de nacimiento, la cananea; la iglesia de Jerusalen rompiendo las puertas de la cárcel en que estaba encerrado san Pedro, y así sucesivamente en los siglos posteriores. La oracion nada ha perdido de su fuerza, y entre mil ejemplos solo citarémos dos: el de Mr. Ratisbonne, convertido en Roma en 21 de enero de 1842, y referido detalladamente en nuestra obra de *las Tres Romas*; el segundo, que apenas data de algunos años.

En una ciudad del Mediodía vivia una jóven piadosa y pura como un ángel, pero que tenia la desgracia de descender de unos padres sin religion. ¡Ah! estar separada de papá y de mamá durante toda la eternidad! decíase con frecuencia la tierna niña; y este triste pensamiento le despedazaba el corazon. Todos los dias se dirigia á la iglesia, y prosternada allí en una capilla de la santísima Vírgen, decia, mirando con los ojos arrasados en lágrimas la imágen de María: Ó María, madre de Dios y mia, convertid á mis padres. Pasóse un año sin que tuviese el consuelo de ver cumplidos sus votos, hasta que llegó finalmente el dia de su primera comunion, para la que se habia preparado con la piedad de un ángel; adelántase hasta el pié del altar, y al volver á su sitio rompe en un copiosísimo llanto, pues ha visto algo que le ha atravesado el corazon. Terminada la misa siguió á sus padres que la esperaban en la puerta de la iglesia, y quienes la estrechan entre sus brazos y la cubren de besos; condúcenla en triunfo al hogar doméstico, donde por la noche se dió un gran banquete, acudiendo una numerosa reunion invitada para celebrar el dia mas bello de su vida. La niña ocupa el puesto de honor; la comida empieza, todas las frentes brillan de alegría.

De repente profundos sollozos salen del pecho de la niña; abundantes lágrimas caen de sus ojos; levántase su padre y le pregunta con ansiedad cuál es la causa de su dolor; pero cuanto mas la interroga, mas amargo es su llanto, mas repetidos sus sollozos, contestando únicamente con el silencio á las solícitas preguntas de su

padre y de su madre. Finalmente, tomando su padre un tono solemne, le dijo: «Hija mia, ¿has tenido la desgracia de profanar el au«gusto Sacramento que has recibido esta mañana?—¡Oh, padre «mio! ¿qué me preguntais? Mediante la gracia de Dios, creo no te«ner nada que echarme en cara; mi comunion ha sido buena; á ella «me he preparado lo mejor que he podido.—¿Qué tienes, pues, «hija mia? En nombre de la obediencia te mando que hables.— «Pues bien, ya que lo mandais, voy á decíroslo: mi pena está en que «María, la hija de nuestro portero, es mas feliz que yo.—¿Cómo «así? ¿Qué tiene que tú no tengas? habla, tu madre y yo estamos «prontos á otorgarte cuanto desees.—Sí, María es mucho mas feliz «que yo; esta mañana, al verificar su primera comunion, ha tenido «la dicha de tener á su lado á sus padres, mientras que yo me halla«ba sola, como una pobre huérfana.» Apenas puede concluir; sus sollozos aumentan, y su emocion se comunica á los convidados. El padre y la madre participan de ella, y su padre, conteniendo apenas sus lágrimas, le dice: Consuélate, hija mia, no tardarás en ser tan dichosa como María. ¿Quién podrá resistir á los ruegos y á las lágrimas de un ángel como tú? En efecto, un mes despues la niña renovaba su primera comunion, y se adelantaba hácia el altar acompañada de sus padres, feliz como una reina el dia de su consagracion.

9.° ¿Qué oraciones deben hacerse?—La oracion, cuya necesidad, condiciones y efectos generales acabamos de exponer, se divide en oracion *mental* y en oracion *vocal*. La oracion mental ó interior, llamada propiamente *oracion*, es la que se hace desde el fondo del corazon sin el movimiento de los labios, y consiste en la afectuosa meditacion de las verdades de la salvacion, á fin de hacer de ellas la regla de nuestros pensamientos, de nuestros deseos y de nuestras acciones, de alabar á Dios y de imitar las virtudes de Nuestro Señor y de los Santos.

Su excelencia.—La oracion mental es mucho mas excelente que la oracion vocal, á causa de que nos hace mas semejantes á los Ángeles, de los cuales es ocupacion continua; de que puede existir sin la oracion vocal, y no esta sin aquella, puesto que debe ir acompañada de la atencion del corazon.

Su necesidad.—Es imposible salvarse sin pensar en nuestra salvacion; así pues, bajo una ú otra forma la oracion es de absoluta necesidad. La meditacion propiamente dicha es tambien moralmente

necesaria á todos los hombres, por la razon de que, ordinariamente hablando, solo en ella se piensa en la salvacion. Hé aquí por qué el Espíritu Santo y todos los Santos formados en su escuela proclaman á porfía la necesidad de la meditacion. *¿Por qué el mundo está cubierto de iniquidades?* pregunta el Señor por medio del profeta Jeremías. *¿Por qué las almas se pierden por miles? ¿Por qué reina la desolacion en la tierra? Porque nadie reflexiona en su corazon* [1]. Todos los Santos han sido y son aun los apóstoles de la oracion. «Todo el «progreso espiritual, dice Rufino, depende de la meditacion [2].» El P. Suarez, personificacion de toda la ciencia teológica, decia: «Daria «todos mis libros por un cuarto de hora de oracion.» «El alma que «abandona la oracion, añade santa Teresa, no tiene necesidad de «un demonio para condenarse; con sus propias manos se coloca en «el infierno.» Tambien decia: «Prometedme hacer cada dia un cuar«to de hora de oracion, y yo, en nombre de Jesucristo, os prome«teré el cielo.» «Sin el ejercicio de la meditacion, continúa Gerson, «nadie, sin un milagro, puede vivir como cristiano [3].» Todos los Santos fundadores de Órdenes religiosas han prescrito la oracion como un ejercicio esencial, y la experiencia prueba que los que hacen oracion caen raramente en pecado mortal, y si por desgracia incurren alguna vez en él, se levantan de nuevo prontamente y vuelven á Dios, gracias á la oracion. Se pueden hacer oraciones vocales y permanecer en pecado mortal; se puede asistir á la misa, dar limosna, ¡ay! hasta se puede comulgar y permanecer en pecado mortal; mas la oracion y el pecado mortal son incompatibles. Tal era la opinion de san Alfonso, el cual decia: *Muchos recitan frecuentemente el Rosario, el Oficio de la santísima Vírgen, y perseveran en el pecado; mas es imposible que el que hace oracion persevere en la enemistad para con Dios; ó abandonará la oracion, ó abandonará el pecado.*

Su facilidad. — Para meditar, basta amar á Dios, pues fácilmente se piensa en lo que se ama. El avaro piensa fácil y voluntariamente en su tesoro, el comerciante en sus negocios, el artesano en su oficio, el ambicioso en sus dignidades; ¿por qué? porque los aman. Amemos á Dios, amemos nuestra alma, y pensarémos de buen grado en

[1] Ierem. XII, 11.
[2] Omnis profectus spiritualis ex meditatione procedit. *(In Psalm.* XXXVI).
[3] Absque meditationis exercitio, nullus, secluso miraculo Dei, ad Christianae Religionis normam attingit. *(De Med. consid.* 7).

Dios y en nuestra alma; decir, pues, que no puede hacerse oracion, es acusarse á sí mismo de indiferencia para con Dios; mas se añade: No puedo fijar mi espíritu; tengo un carácter seco y árido que me desespera, y por esto no hago oracion. San Francisco de Sales contesta que aun cuando durante la oracion se ocupe uno continuamente en rechazar y expulsar las distracciones y las tentaciones, la oracion no será por esto menos bien hecha, con tal que las distracciones no sean voluntarias; el Señor se contentará con vuestras buenas disposiciones. Una onza de oracion hecha en medio de distracciones y de disgustos vale mas que cien libras en medio de los consuelos. ¡Cuántos cortesanos van cien veces al año á la cámara del príncipe sin esperanza de hablarle, y solo para ser vistos por aquel y tributarle sus respetos! pues bien, si Dios no juzga conveniente introducirnos en sus conversaciones, permanezcamos en la antecámara y hagámosle nuestras reverencias. Las inmóviles estatuas colocadas en las galerías de los Príncipes no dejan de hacerles honor, y si el Señor quiere que seamos como estatuas en su presencia, contentémonos con honrarle como estatuas [1].

Dícese tambien: No tengo tiempo; y sin embargo teneis tiempo para todo; lo teneis para dormir, para hablar inútilmente, para pasearos, para trabajar; lo teneis hasta para pecar, ¡ y no lo teneis para meditar! Si un pobre veia que arrojábais al mar muchas monedas de oro, ¿le faltaria razon para pediros la mitad de una? Y ¿pide demasiado Nuestro Señor Jesucristo al exigiros la mitad, la cuarta parte de una de aquellas horas que en tanto número perdeis diariamente? Pero decidme por favor, ¿por qué os ha sido dado el tiempo? ¿Creeis acaso que Jesucristo ha muerto para obtenéroslo, á fin de que pudiéseis entregaros á los placeres y bagatelas de la vida? Indudablemente no estais mas ocupados que aquellos grandes Obispos que gobernaban vastas iglesias, que aquellos Reyes encargados de la administracion de poderosos reinos, y sin embargo todos ellos hallaban tiempo para meditar. Si absolutamente no podeis meditar en el silencio del reposo, meditad trabajando. ¡Cuántos pobres aldeanos hacen de este modo su diaria meditacion! Una flor, una planta, la menor criatura basta para elevarles á Dios; ¿sabeis por qué? porque aman; amad tambien, y encontraréis siempre el tiempo de hacer oracion.

[1] *Introduccion á la vida devota.*

Su práctica.—El sitio mas favorable para orar es la iglesia; mas se puede orar por todas partes, en las casas y en los campos; si bien es conveniente retirarse á un lugar solitario, léjos del ruido exterior. Por la mañana es el tiempo mas favorable, pero es bueno orar otras veces al dia si se ha empezado á dar al alma un alimento de fuerza y de virtud. La oracion contiene tres partes:

La primera es la *preparacion.*—En la preparacion débense practicar tres actos: 1.° ponerse en presencia de Dios diciendo: *Dios mio, creo que estais aquí presente; voy á hablar con Vos; os adoro desde el fondo de mi nada;* 2.° humillarse diciendo: *Señor, en este momento deberia hallarme en el infierno á causa de los pecados que he cometido, arrepiéntome de haberos ofendido, y perdonadme segun vuestra gran misericordia;* 3.° pedir las luces del Espíritu Santo, diciendo: *Padre eterno, por el amor de Jesús y de María, dadme vuestras luces durante esta meditacion, á fin de que me aproveche de ellas.* Rézase en seguida un *Ave María* á la santísima Vírgen, á fin de que nos obtenga estas luces, y un *Gloria Patri* en honor de san José, del Ángel de la Guarda y del Santo del nombre de cada uno; estos actos se hacen con atencion, pero en pocas palabras, y se pasa en seguida á la meditacion.

La segunda parte de la oracion es la *meditacion,* cuyo objeto es una verdad de salvacion. Débese considerar lo que Jesucristo Señor nuestro y los Santos nos han enseñado sobre ella, los ejemplos que nos han dado, y comparar nuestros pensamientos con los suyos, y nuestra conducta con la suya, y en seguida deducir resoluciones prácticas para la reforma de nuestras costumbres. Para ello se pueden usar útilmente algunos libros: san Francisco de Sales dice que es preciso imitar á las abejas, las cuales se paran sobre una flor mientras encuentran en ella miel, pasando luego á otra. El que no sepa leer, medite sobre los últimos fines, sobre los beneficios de Dios, y principalmente sobre la Pasion de Nuestro Señor. El fruto de la oracion consiste en la resolucion que en ella se forma, pues no debe terminarse nunca sin haberse dicho á sí mismo: Á consecuencia de lo que acabo de meditar hoy, haré tal cosa ó evitaré tal otra; siendo preciso recordar esta resolucion durante el curso del dia.

La tercera parte de la oracion es la *conclusion,* la que se compone de tres actos: 1.° se dan gracias á Dios por las gracias y luces que ha inspirado durante la oracion; 2.° se hace la promesa de observar

fielmente la resolucion que se ha tomado; 3.° se pide á Dios, por intercesion de Jesús y de María, la gracia de permanecer fiel á la misma; y se concluye recomendándole las almas del purgatorio y las necesidades de la Iglesia; para esto se reza un *Padre nuestro* y un *Ave María*, que son las dos oraciones mas excelentes que Dios y la Iglesia nos han enseñado.

La oracion vocal es aquella que se hace con la boca y pronunciando palabras. Como la meditacion, exige una actitud modesta y religiosa, la atencion del espíritu y la devocion del corazon; sin estas dos últimas condiciones no se ora verdaderamente, y se merece el cargo fulminado por el Señor contra los judíos carnales: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazon está léjos de mí* [1]. La atencion que debe presidir en la oracion vocal difiere en algo de la que es necesaria en la oracion mental; esta atencion es de tres especies: la atencion *á las palabras*, que consiste en pronunciarlas bien, es decir, con páusa, entereza y distincion; la atencion al *sentido*, que consiste en penetrarse bien del sentido de las palabras, á fin de unir á la pronunciacion los afectos del corazon; la atencion *á Dios*, que es la mejor, y que consiste en ocuparse interiormente de Dios durante la oracion adorándole y dándole gracias, amándole y pidiéndole sus gracias. La primera atencion basta para cumplir el precepto de la oracion; pero, sola, la oracion será muy fria, y no producirá grandes frutos [2].

Como la oracion mental, la oracion vocal es necesaria. 1.° Nuestro Señor nos la mandó, al imponernos la obligacion de rezar la Oracion dominical, y la Iglesia nos da el ejemplo, pues en todos sus oficios emplea la oracion vocal; 2.° estando compuestos de cuerpo y alma, es preciso que nuestros sentidos concurran á su manera á alabar y á glorificar á Dios; 3.° nuestra alma depende de tal modo de los órganos, sobre todo despues del pecado, que comunmente tene-

[1] Matth. xv, 8.

[2] Triplex est attentio quae orationi vocali potest adhiberi: una quidem qua attenditur ad verba, ne aliquis in eis erret; secunda, qua attenditur ad sensum verborum; tertia qua attenditur ad finem orationis, scilicet ad Deum et ad rem pro qua oratur; quae quidem est maxime necessaria, et hanc etiam possunt habere idiotae. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 13). — Prima est attentio ad verba quibus petimus, deinde ad petitionem ipsam; et quaecumque earum attentionem adsit, non est repetenda inattenta oratio. (Id. 4 *Dist.* 15, 9, 1, *Salut.* 5).

mos necesidad de pronunciar ó de oir pronunciar palabras para ayudarnos á formar buenos pensamientos y á elevarnos hácia Dios; 4.º la oracion vocal es necesaria para edificar al prójimo, y para mantener el culto exterior de la Religion [1].

La oracion vocal se divide en *pública* y en *particular* ó privada. La oracion pública es la que se hace por los ministros de la Iglesia en nombre de todo el pueblo fiel; esta oracion debe ser vocal, á fin de que sea conocida de todos aquellos por quienes es hecha, y hé aquí por qué la Iglesia ha establecido que sus ministros la pronunciasen en alta voz [2]. El santo sacrificio de la misa, el oficio divino son las oraciones públicas mas excelentes; de ellas hablarémos en la parte IV del Catecismo. La oracion particular es la que hace cada fiel en particular, ó con otros en su nombre personal, por ellos mismos ó por sus hermanos [3]. Entre las oraciones particulares mas útiles es preciso colocar las oraciones *jaculatorias*, cuyo nombre se da á oraciones cortas y fervientes que salen del corazon del hombre como dardos inflamados que van á atravesar el seno de Dios; como son muy cortas, puédense repetir á cada instante, solos y en compañía, en el reposo y en medio de las ocupaciones y negocios: además están menos sujetas á las distracciones y á la tibieza; finalmente, mantienen un comercio habitual del alma con Dios, forman poco á poco en nosotros el espíritu interior, y transportan nuestra conversacion al cielo.

Hé aquí por qué todos los Santos han hecho de ellas un gran caso y un uso frecuentísimo; la mayor parte compusieron alguna, que fue, por decirlo así, como su divisa y su grito de guerra, destinada á inflamar su valor en las luchas de la virtud, y á sostenerles en sus grandes empresas para la gloria de Dios. *Mi Dios y mi todo,* repetia continuamente san Francisco de Asis. *He venido para incendiar la tierra, y no deseo otra cosa sino ver el fuego encendido,* decia santo Domingo. *¡Oh gloriosa Señora! mas elevada que los astros,* repetia cada vez que respiraba san Antonio de Padua, el gran taumaturgo

[1] D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 12.

[2] Duplex est oratio, communis et singularis: communis quidem oratio est quae per ministros Ecclesiae in persona totius fidelis populi Deo offertur, etc. (*Id.* 2, 2, q. 83, art. 12).

[3] Oratio vero singularis est quae offertur à singulari persona cuiuscumque sive pro se, sive pro aliis orantis. *(Id. id.).*

de Italia. *Todo para la mayor gloria de Dios*, decia san Ignacio. *¿Qué es todo esto para la eternidad y en comparacion de la eternidad?* decia san Luis Gonzaga. *Ó sufrir ó morir*, exclamaba la angelical Teresa. *Ó santísima Trinidad*, repetia á todas horas el apóstol de las Indias, san Francisco Javier. Hé aquí, pues, algunas oraciones jaculatorias que podríamos adoptar para nosotros, y si las repetimos con frecuencia y reflexion, no tardarémos en sentir y recoger sus felices frutos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme enseñado el medio de obtenerlo todo de Vos; hacedme la gracia de que recurra á él frecuente y dignamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer todos los dias un cuarto de hora al menos de meditacion.*

LECCION XXX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Oracion dominical. — Rasgo histórico.

Á pesar de que la Oracion dominical sea oracion pública cuando es ofrecida á Dios por un ministro sagrado en nombre de todo el pueblo fiel, la ponemos al frente de las oraciones particulares, en cuanto Nuestro Señor parece haberla compuesto principalmente para el uso particular de cada cristiano, en los casos sin cesar renovados en que necesitamos recurrir á Dios. «Cuando tengais necesidad de orar, di«ce, entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta, y dirigiéndoos á «Dios decid: *Padre nuestro* [1], etc.»

Ya se la mire en su autor, en su forma ó en su fondo, la Oracion dominical es evidentemente la mas excelente de todas las oraciones. 1.° En su autor; pues no es un Santo ni un Profeta, ni un Ángel ni un Arcángel quien la compuso, sino el mismo Jesucristo Señor nuestro, el Hijo y la eterna Sabiduría de Dios. 2.° En su forma; la Oracion dominical es clara, todo el mundo puede comprenderla, así el niño como el anciano, el campesino como el que habita en las ciudades; es corta para que pueda aprenderse fácilmente, retenerse con fidelidad y ser recitada con frecuencia; esta cualidad la hace esencialmente popular, y por consiguiente digna del Dios que vino á salvar á todos los hombres, y de la Religion que debe ser predicada á los libres y á los esclavos, á los pueblos civilizados como á los pueblos bárbaros y salvajes. Es persuasiva, pues nada hay tan humilde, tan sencillo, tan filial, es decir, mas eficaz que el modo con que manifiesta á Dios nuestras necesidades. 3.° En sí misma la Oracion dominical es completa; encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma, para nosotros mismos y para los demás; es

[1] Matth. VI, 6, 9.

prudente, pues nos recuerda y nos hace poner en accion las tres virtudes que son las tres grandes bases de la Religion, de la sociedad y de la salvacion, la fe, la esperanza y la caridad; es divinamente lógica, pues arregla los deseos de nuestro corazon enseñándonos á expresar primeramente los mas nobles y los mas necesarios, y en seguida los que lo son menos [1].

«En efecto, dice santo Tomás, es evidente que el primer objeto de «nuestros deseos es nuestro último fin, y luego los medios de conse- «guir el mismo fin: ahora bien, nuestro fin es Dios, al cual tiende «nuestra afeccion de dos maneras, la una que consiste en desear la «gloria de Dios; y la otra en querer gozar de esta divina gloria. La «primera pertenece á la caridad, por la que amamos á Dios en sí mis- «mo: la segunda á la caridad, por la que nos amamos á nosotros mis- «mos en Dios. Hé aquí por qué nuestra primera peticion es: *Santifi- «cado sea el tu nombre*, por medio de la cual pedimos la gloria de «Dios; y la segunda: *Venga á nos el tu reino*, por la cual pedimos al- «canzar la gloria de Dios. Una cosa puede conducirnos á nuestro úl- «timo fin, ó *por sí misma* ó *por accidente;* por sí misma y directamen- «te, *haciéndonos* merecer la beatitud eterna por la obediencia á los «mandatos de Dios; y por esto nuestra tercera peticion es esta: *Há- «gase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Por sí misma tam- «bien, aunque de un modo menos directo, *ayudándonos* á merecer la «bienaventuranza eterna; de aquí nuestra cuarta peticion: *El pan «nuestro de cada dia dánosle hoy.* Una cosa nos conduce á nuestro úl- «timo fin por accidente cuando aleja los obstáculos que podrian im- «pedirnos llegar á él: los obstáculos de este género son tres: el pe- «cado, que nos excluye directamente; por esto nuesta quinta peticion «dice: *Perdónanos nuestras deudas.* La tentacion, que nos induce al «pecado; de aquí nuestra sexta peticion: *No nos dejes caer en la tenta- «cion.* Los males temporales, consecuencia del pecado, que hacen in- «sufrible el peso de la vida, y de aquí nuestra séptima peticion: *Lí- «branos de mal* [2].»

Las siete peticiones de la Oracion dominical corresponden tambien

[1] In Oratione dominica non solum petuntur omnia quae recte desiderare possumus, sed etiam eo ordine quo desideranda sunt; ut sic haec oratio non solum instruat postulare, sed etiam sit informativa totius nostri affectus. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 9).

[2] D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 9).

á los siete dones del Espíritu Santo, y á las siete beatitudes evangélicas, de modo que esta admirable oracion está en perfecta armonía con el conjunto de la Religion, y tiende á obtenernos cuanto es necesario para hacer de un cristiano un hombre perfecto en este mundo, y un bienaventurado en el otro. Hé aquí por qué san Agustin la define con estas sublimes palabras: La Oracion dominical es la regla que el celeste Jurisconsulto ha dado él mismo á los fieles para obtener el cumplimiento de todos sus deseos [1].

Finalmente, lo que completa la excelencia de la Oracion dominical está en que es la mas necesaria de todas las oraciones: varios concilios, entre otros el de Roma, mandan á todos los Cristianos saberla de memoria, puesto que segun la doctrina de los santos Padres conviene rezarla cada dia [2]. «Viviendo en medio del mundo, dice «san Agustin, donde nadie puede vivir sin pecado, la remision de «nuestras faltas se encuentra no solo en las sagradas aguas del Bau«tismo, sino tambien en la Oracion dominical y cotidiana, la que «es como nuestro bautismo de todos los dias [3].» Así pues, la Oracion dominical es el remedio de nuestros pecados de cada dia, es decir, de nuestros pecados veniales, con tal que, al rezarla, nos halle-

[1] Regula postulandi fidelibus à coelesti iurisperito data. (*Enarr. in Psalmo* CXLII.

[2] Es la mas necesaria de todas. (Belarm. *Dottr. crist.* p. 71; Concil. Rom. c. 2). —Nisi qui has duas sententias (Symbolum et Orationem dominicam) et memóriter tènuerit et ex toto corde crediderit, et in oratione saepissime frequentaverit, catholicus esse non poterit. (Syn. Remens. VI, c. 7). Véase tambien el concilio de Toledo IV, c. 9; S. Aug. *Enchir.* 71; S. Cypr. *De Orat. domin.* — «Hay necesidad de precepto de saber, al menos sustancialmente: «1.° El Símbolo de los Apóstoles entero; 2.° la Oracion dominical; 3.° los pre«ceptos del Decálogo; 4.° los Mandamientos de la Iglesia que son comunes á «todos los fieles; 5.° el sacramento del Bautismo, que todo fiel puede hallarse «en el caso de administrar, y los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, «que se deben recibir á lo menos una vez al año. En cuanto á los demás Sa«cramentos, la fe explícita no es necesaria sino en el que los recibe; mas el «conocimiento de estos diferentes artículos tiene sus grados, pudiendo ser mas «ó menos perfecto, mas ó menos extenso. Sin embargo, no es permitido igno«rarlos enteramente, y solo un defecto de capacidad puede excusar esta igno«rancia de pecado mortal.» (Mons. Gousset, *Theol. mor.* c. 1, pág. 129).

[3] Quoniam victuri sumus in isto saeculo, ubi quis non vivit sine peccato, ideo remissio peccatorum non est in sola ablutione sacri Baptismatis, sed etiam in Oratione dominica et quotidiana. In illa invenietis quasi quotidianum Baptismum vestrum. (*Serm. CCXIII de temp.; et Enchir.* c. 71).

mos animados de un verdadero sentimiento de contricion. Es conveniente que todos los fieles la sepan en latin y en su idioma patrio; en latin, porque es el idioma de la Iglesia; y en el patrio, para que sepan lo que piden.

Division de la Oracion dominical. La Oracion dominical se divide en tres partes: el *prefacio* ó preparacion; el *cuerpo de la oracion*, y la *conclusion*.

El prefacio se compone de estas sencillas pero sublimes palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*. No hay duda en que el Salvador habria podido hacernos dar á Dios títulos mas capaces de revelarnos su majestad y de penetrarnos de respeto; mas estos títulos habrian continuado haciendo de nosotros los esclavos del Sínai, mientras que debemos ser los hijos del Calvario; así pues, no se nos enseña á decir Dios nuestro, Criador nuestro, Señor nuestro, sino *Padre nuestro!* Consideremos esta palabra respecto de Dios, de nosotros mismos y del prójimo.

Respecto de Dios, excita maravillosamente nuestra confianza recordándonos que á pesar de nuestra debilidad y de nuestras miserias somos los hijos, no de un rey, no de un emperador, no de un monarca de la tierra, sino del mismo Dios; por otra parte, conmueve de un modo infalible el corazon de Dios, recordándole que es nuestro Padre, nuestro Padre de todas maneras, por la creacion, por la conservacion, por la redencion, el Padre de nuestro cuerpo y de nuestra alma. «Así como los niños, nos dice el Salvador con estas «tiernas palabras, recurren á su padre en todas sus necesidades, cuyo «número y extension no temen manifestarle; asimismo recurrid vos«otros á vuestro Padre celestial, el cual os consolará, os aliviará, «se apiadará de vosotros, al modo que un padre se apiada de sus «hijos.»

Respecto de nosotros mismos, estas palabras *Padre nuestro* nos recuerdan, con mas fuerza que todos los discursos, la nobleza de nuestro orígen, y por consiguiente el cuidado que debemos tener en conservar la amistad de Dios y en portarnos como hijos suyos, si queremos ser oidos. Los pecadores, quienes, segun expresion del mismo Salvador, son hijos del demonio, no tienen derecho para llamar á Dios Padre, puesto que no obedecen sus mandatos; sin embargo, ni aun estos deben omitir el rezo de la Oracion dominical, y no la rezarán sin fruto; si son verdaderos penitentes dirán *Padre nuestro* co-

mo el hijo pródigo al presentarse á su padre, para obtener el perdon de sus faltas; y si permanecen obstinados en el mal, lo dirán al menos en nombre de la Iglesia, de la que son miembros por la fe y por la esperanza.

Respecto del prójimo, estas palabras *Padre nuestro* expresan la grande ley que ha salvado, y que únicamente puede salvar al mundo, la ley de la fraternidad universal, y nos enseña lo que son para nosotros todos los hombres y lo que debemos ser para ellos. En efecto, no decimos *Padre mio*, sino *Padre nuestro*, porque somos todos hermanos, y debèmos orar no solo por nosotros, sino por todos los hombres católicos, herejes, judíos, infieles, amigos y enemigos, es decir, amarlos con un amor verdaderamente fraternal [1]. En estas solas palabras *Padre nuestro* está la abolicion ó á lo menos la condenacion de todas las tiranías, la exaltacion del pequeño, la proteccion del débil, el continuo sacrificio del rico y del fuerte para el alivio corporal y espiritual de sus hermanos menos favorecidos por la fortuna ó la inteligencia; es decir, la caridad, base de la familia, lazo de la sociedad, y prenda de la felicidad futura.

En una palabra, decimos *Padre nuestro*, de una parte, á fin de manifestar que oramos por todos y en nombre de todos, y de otra, á fin de excitar al Señor á concedernos, en consideracion á los demás, lo que no merecemos por nosotros mismos. *Padre nuestro;* nuestra oracion se dirige á las tres Personas divinas, puesto que las tres merecen el título de padre, por razon de la creacion, de la redencion y de la santificacion.

Que estás en los cielos. El Dios que invocamos está en todas partes [2]; sin embargo decimos *que estás en los cielos*, ya porque allí resplandecen con mas brillo todas las magnificencias de la gloria, ya porque allí reina en toda la plenitud de su amor sobre los Ángeles y los Santos; ó ya porque debemos recordar sin cesar que allí deben

[1] Ante omnia pacis doctor atque unitatis magister singillatim noluit et privatim precem fieri, ut quis cum precátur, pro se tantum precetur... Publica est nobis et communis oratio; et quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo oramus, quia totus populus unum sumus. Deus pacis et concordiae magister qui docuit unitatem, sic orare unum pro omnibus voluit, quomodo in uno omnes portavit. (S. Cypr. *De Orat. domin.*).

[2] Ipsum intelligimus sine qualitate bonum, sine quantitate magnum, sine indigentia creatorem, sine situ praesentem, sine habitu omnia continentem, sine loco ubique totum. (S. Aug. *lib. V de Trinit.* c. 1).

estar nuestros pensamientos, nuestros deseos, el fin de nuestros trabajos; en una palabra, como dice el Apóstol, nuestra conversacion. *Padre nuestro que estás en los cielos;* sí, estás en los cielos, en el colmo de la felicidad, infinitamente rico, infinitamente poderoso, infinitamente bueno; y nosotros, hijos tuyos, nos hallamos en la tierra, en un lugar de destierro, léjos de nuestra patria, de nuestra familia, pobres, débiles, enfermos, rodeados de enemigos y de peligros. ¿Cómo no conmoverá esto el corazon de Dios? ¿Cómo no inspirará al nuestro una humildad profunda, un vivo sentimiento de nuestras necesidades, y al mismo tiempo el respeto filial, la piedad, la confianza, la pureza y la caridad para con nuestros hermanos? ¿Cómo no será oida una oracion que tan bien prepara así al que pide como al que debe conceder? Tal es el prefacio de la Oracion dominical.

¿Qué debemos pedir y con qué órden debemos pedirlo? ¡Ah! tan insensibles y ciegos somos, que muchas veces no conocemos ni la naturaleza de nuestras verdaderas necesidades, ni el órden con que debemos pedir su alivio, siendo esto causa de que ó no pedimos nada ó pedimos mal. Para remediar esta doble desgracia, el nuevo Adan compuso él mismo una súplica para nuestro uso, en la cual se expresan así los objetos de nuestras oraciones, como el órden con que debemos solicitarlos. Ahora bien, la razon y la fe nos dicen que para hijos bien nacidos y verdaderamente inteligentes los intereses de su padre deben ser preferidos á los suyos, los bienes de la eternidad antes que los temporales, el fin antes que los medios, todo lo cual se nos enseña de un modo admirable en la segunda parte de la Oracion dominical.

En efecto, el *cuerpo* de esta divina súplica se divide, como el Decálogo, en dos partes. La primera se refiere á Dios, y comprende estas tres peticiones: *Santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* La segunda se refiere al hombre, y comprende cuatro peticiones: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy,* y lo que sigue hasta el fin.

Peticion primera: *Santificado sea el tu nombre.* La primera cosa que debemos pedir, porque es la mas excelente y al mismo tiempo el mayor de todos los bienes, es la gloria de Dios: así es que, como hijos solícitos por el honor de su padre, comenzamos por pedir, en general que el nombre de nuestro Padre celestial, es decir, el mismo Dios, su majestad, su poder, su sabiduría, su bondad, su miseri-

cordia, su justicia sean santificadas, conocidas, apreciadas, honradas, respetadas y amadas así en la tierra como en el cielo [1]. Es decir, que á imitacion de los bienaventurados habitantes del cielo, todos los habitantes de la tierra honran, aman, celebran y exaltan con sus palabras y acciones, con la fe, la esperanza y la caridad, el adorable nombre de Dios. En particular pedimos 1.° que los fieles, iluminados por la luz celeste, conozcan al verdadero Dios, y sean regenerados por las aguas del Bautismo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; 2.° que sean desarraigadas todas las herejías, y que sus sectarios conozcan y abracen, como á su verdadera madre, á la santa Iglesia católica, apostólica y romana, fuera de la cual no hay ni efusion del Espíritu Santo, ni perdon de los pecados, ni salvacion; 3.° que desaparezcan de la tierra toda clase de supersticiones, sortilegios, prácticas diabólicas, perjurios, blasfemias y otros desórdenes con los cuales se desprecia y ultraja el santo nombre de Dios; 4.° la vuelta de los pecadores al amable y sagrado yugo de nuestro Padre celestial; el conocimiento efectivo de que todos nuestros bienes, así del cuerpo como del alma, provienen de Dios, y la fidelidad en ofrecerlos todos á su gloria, así como el religioso cuidado de honrar á la santísima Trinidad con nuestra conducta, por miedo de que nuestros escándalos hagan blasfemar su nombre entre los hombres. Esto lo pedimos no solo por un dia, sino por toda nuestra vida; en otros términos, pedimos la perseverancia en el bien hasta el último suspiro [2].

El deseo de que sea santificado el nombre de Dios es ciertamente el mas noble que pueda formar el corazon del hombre, puesto que para ello hemos sido criados y dotados de razon; el mismo es el mas ardiente y continuo que formára Nuestro Señor y todos los Santos, á su ejemplo, en la sucesion de los siglos. San Ignacio de Loyola, dirigiéndose un dia al P. Laynez, le dijo: «Si Dios os daba á elegir «entre entrar inmediatamente en el paraíso, y quedaros en la tierra «con la perspectiva de hacer alguna gran cosa por su gloria, ¿qué

[1] Verba enim illa, quae tertiae petitioni adiuncta sunt: *Sicut in coelo* et in terra, ad quamlibet primarum trium petitionem referri posse docet Concilii Tridentini Catechismus, ut sic intelligamus: Sanctificetur nomen tuum sicut in coelo et in terra; adveniat regnum tuum sicut in coelo et in terra; fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. (Nat. Alex. *De Orat. domin.* pag. 322).

[2] In his verbis quotidie fideles Christi petunt ut perseverent in [illegible] esse coeperunt. (S. Aug. *De Corrept. et Grat.* lib. VI).

«escogeríais? — Escogeria ir al cielo, contestó el P. Laynez. — En «cuanto á mí, repuso el Santo, preferiria quedarme aquí abajo para «cumplir la voluntad de Dios y prestarle algunos servicios; pues por «lo que toca á mi salvacion, no dudo de que Dios tendria cuidado «de mí, y no dejaria perecer al que por su amor habia voluntaria- «mente retardado su entrada en el cielo.»

Peticion segunda: *Venga á nos el tu reino.* Despues de haber pedido la gloria de Dios, pedimos la participacion de esta gloria, que es el fin por que fuimos criados, y por consiguiente la última palabra de la Religion, de la vida, del tiempo y de la eternidad [1]. Obsérvese que pedimos que el reino de Dios *venga á nos*; y no que nosotros vayamos á él, á causa de que es preciso que el reino de la gracia venga á nosotros, para que nosotros podamos ir al reino de la gloria. En efecto, el reino de Dios se entiende de tres maneras: el reino de *naturaleza*, el reino de *gracia* y el reino de *gloria*. El reino de naturaleza es aquel por el cual Dios rige y gobierna á todas las criaturas y á todo el género humano; de este reino habla la Escritura cuando dice: *Vuestro reino, ó Dios, es un reino de todos los siglos; Señor Dios, Rey todopoderoso, el universo entero está sometido á vuestro imperio, y nadie puede resistir á vuestra voluntad* [2]. No pedimos que venga este reino, puesto que existe desde el orígen del mundo, y quieras que no, hasta los malos no pueden menos de conocerlo; pedimos únicamente que sea manifestado, y que todos reconozcan, admiren y bendigan las leyes de la maternal Providencia, que lo dispone todo con número, peso y medida, que consigue su objeto con tanta fuerza como dulzura, y que se sometan siempre á ella con una resignacion filial.

El reino de la gracia es aquel por medio del cual Dios rige y gobierna las almas y los corazones de los hijos fieles de la Iglesia, por la accion del Espíritu Santo, y por las tres grandes virtudes de fe, de esperanza y de caridad, las que les impulsan á seguir sus divinos preceptos, y á buscar su gloria ante todas cosas.

El reino de la gloria tendrá lugar en la otra vida despues del juicio general; entonces Dios reinará con los Santos sobre todas las criaturas, sin oposicion de ninguna clase, pues entonces se despojará de todo poder á los demonios y á los malos, encadenados juntos en las

[1] Matth. VI.
[2] Psalm. CXLIV, 13; Esther, XIII, 9.

cárceles de la eternidad. Entonces será tambien destruido el imperio de la muerte y de la corrupcion, lo mismo que todas las tentaciones del mundo y de la carne que oprimen aquí abajo á los servidores de Dios, de modo que será un reino tranquilo, pacífico, acompañado del goce cierto de una felicidad sin mezcla y sin fin.

¿De cuál de estos tres reinos solicitamos el advenimiento en la segunda peticion de la Oracion dominical? Ya hemos dicho que no era el del primero, el cual no debe venir, pues ya ha venido; tampoco pedimos su continuacion, pues impediria nuestro último fin, que es ver á Dios cara á cara en la eternidad. Tampoco solicitamos el del segundo, pues que lo hemos deseado en la primera peticion, y que ha venido ya en gran parte. Pedimos sí el advenimiento del tercero, el cual debe venir, que desean con ardor cuantos conocen las miserias de esta vida, y que consiste en el sumo bien y en la perfecta gloria de nuestro cuerpo y de nuestra alma, gloria que no llegará hasta despues del juicio final. Por esto pedimos viva y diariamente el fin del mundo y la llegada del juicio final; pédimos que este mundo de iniquidades y desórdenes sea cuanto antes reemplazado por una nueva tierra y unos nuevos cielos, donde impere la justicia, á fin de que Dios sea todo en todas cosas. Á pesar de que los que aman al mundo no pueden oir peor noticia que el anuncio del juicio final, nosotros ciudadanos del cielo, que vivimos aquí como peregrinos y desterrados, no tenemos ni debemos tener otro deseo que el verle llegar: de ahí aquellas palabras de san Agustin: «Así como, dice, «antes de la venida del Mesías, todos los votos de la alianza antigua «tenian por objeto el advenimiento de Nuestro Señor, del mismo mo- «do hoy todos los deseos de los Santos de la nueva alianza se cifran «en el segundo advenimiento del Hijo de Dios, el cual nos conduci- «rá al colmo de la perfeccion y de la dicha [1].»

Hé aquí una verdad que importa recordar con frecuencia á nuestro espíritu y al de los demás. Nada es mas propio para ennoblecer nuestros pensamientos que la memoria de ese fin sublime para el cual estamos destinados; nada mas propio para hacernos soportar las adversidades con valor, resistir las tentaciones con fidelidad y pisotear los bienes de la tierra, que la idea de los goces reales que nos esperan en la eternidad. Sí, vendrá un dia en que reinarémos con Nuestro Señor; aprendamos, pues, á mandar, poniendo á raya nuestras

[1] In Psalm. CXVIII; Belar. *Dottr. crist.* pág. 79.

pasiones, y obligando al mundo á que se incline ante nuestra fe. ¡Qué vergüenza si así no lo hiciéramos! ¿Acaso se hace el aprendizaje de rey arrastrando la cadena del esclavo?

Peticion tercera: *Hágase tu voluntad.* En la peticion anterior hemos pedido la beatitud eterna, que es nuestro último fin; en la presente pedimos el medio principal para conseguirla. Ahora bien, este medio, segun las propias palabras de Nuestro Señor, es cumplir la voluntad de nuestro Padre celestial: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* [1]; pero como por nosotros mismos no podemos guardar aquellos divinos mandatos, de ahí es que pedimos á Dios que su voluntad sea hecha por nosotros, es decir, que nos dé 1.° la gracia de cumplirla obedeciendo en todo y siempre sus mandatos, á ejemplo de nuestro divino modelo que se hizo *obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* [2]; 2.° la gracia de aceptar, si no con una confianza y alegría filial, al menos sin murmurar, las penas espirituales y corporales que pueden afligirnos, como son la pérdida de nuestros bienes y de nuestros parientes y amigos. En efecto, todas estas cosas ordenadas ó permitidas por Dios son para nuestro bien; si somos justos, nos dan mayor materia para merecer, y si no lo somos, nos ofrecen el medio para purificarnos.

¡Hombres de poca fe! ¿qué podemos pedir mas ventajoso que el cumplimiento de la voluntad de nuestro Padre? Él nos ama mas tiernamente de lo que nos amamos nosotros mismos; su voluntad es santa, justa, perfecta. ¡Ah! por no haberla cumplido el primer Adan se precipitó en este abismo de males, de que hemos sido los desgraciados herederos; cumpliéndola nos libraremos de ellos, y estarémos tanto mas exentos de los mismos, ó nos serán tanto mas ligeros, en cuanto cumplirémos mejor esta voluntad perfecta, hasta el punto que en el cielo será completa la dicha, porque allí reinará la voluntad de Dios, única, plena y eternamente; siendo esta dicha proporcionada, para cada uno de nosotros, á la fidelidad con que habrémos cumplido la voluntad de Dios.

Así en la tierra como en el cielo. Al pedir á Dios la gracia de obedecerle, le pedimos al mismo tiempo hacer nuestra obediencia digna de él y meritoria para nosotros, es decir, semejante á la de los Ángeles y á la de todos los Santos que habitan en el cielo; ahora bien,

[1] Matth. XIX, 17.
[2] Philipp. II, 8.

los Ángeles y los Santos se someten á la voluntad de Dios con una grande plenitud de amor; obedecen únicamente porque Dios lo quiere, sin ninguna mortificacion de amor propio; ejecutan sus órdenes con la rapidez del rayo; no razonan ni murmuran. Por el contrario, á cuanto Dios les manda, sólo contestan con el cántico de alabanza y de accion de gracias: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos. De este modo debemos obedecer. ¡Oh, cuán agradable seria la permanencia en esta tierra, si todos esos millones de voluntades humanas se sometiesen siempre y en todas las cosas á la voluntad de Dios! En cuanto á nosotros, tengamos siempre en el corazon y en los labios aquellas palabras del apóstol san Pablo: Señor, ¿qué quereis que haga? las del Rey profeta: Mi corazon está pronto, Señor, mi corazon está pronto; las del santo varon Job: El Señor me lo dió, el Señor me lo quita; ha hecho lo que mejor le ha parecido; sea bendito su santo nombre; y finalmente las de nuestro divino modelo: ¡Padre mio, si posible es, haced que este cáliz pase léjos de mí! Sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mia.

Tal es la primera parte de la Oracion dominical. Consideradas en su objeto, nada hay mas sublime que las tres peticiones de que se compone, así como nada hay mas lógico que el órden en que se expresan. En primer lugar, pedimos que sea santificado el nombre de Dios, porque ante todo debemos amar á Dios y desear su gloria sobre todas las cosas; en segundo lugar, pedimos que su reino venga á nosotros, pues Dios será perfectamente amado y santificado cuando reinará perfecta y enteramente, sobre todo despues del juicio final; y en tercer lugar, pedimos la gracia de hacer la voluntad de Dios en la tierra, á fin de que en este mundo empecemos á santificar el nombre del Señor y á vivir bajo su reino, para llegar por tal principio al lugar donde su reino será perfecto y su nombre plenamente santificado. En dos palabras; en esas tres primeras peticiones pedimos las cosas que pertenecen á Dios; que su nombre sea santificado, que su reino venga á nos, y que sus mandatos sean observados: en esto consiste la perfeccion y el último fin del hombre.

La segunda parte de la Oracion dominical contiene cuatro peticiones, por las que pedimos las cosas temporales necesarias para conseguir los bienes eternos. ¡Qué sabiduría! Así como el hombre se refiere á Dios como á su fin, del mismo modo los bienes de esta vida se refieren á los de la otra, como medios á su fin; hé aquí por

qué Nuestro Señor quiere que la peticion de estas cosas venga en segundo lugar, y no debemos solicitarlas sino en cuanto el mismo Dios lo permite, y en cuanto las necesitamos para adquirir los bienes celestiales.

Peticion cuarta : *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy*. Con estas sencillas y tiernas palabras pedimos cuanto es necesario para el sostenimiento de nuestra vida temporal; mas como estamos compuestos de dos sustancias, de alma y de cuerpo, ambas necesitan alimento para vivir. El alma, que es espiritual, quiere un alimento espiritual tambien, al paso que al cuerpo, que es material, le conviene un alimento material. La santa Eucaristía, la palabra de Dios, las santas inspiraciones, tal es el alimento del alma, y hé aquí lo que para ella pedimos. El beber, el comer, el vestido y otras cosas análogas son necesarias para la vida del cuerpo, y esto es lo que para él pedimos.

Danos. ¡Palabra de humildad admirablemente propia para conmover el corazon de Dios! Reconocemos que nada tenemos, y que somos unos infelices mendigos; reconocemos que solo Dios es rico, y que solo él puede dárnoslo todo; reconocemos que no somos deudores de nuestra existencia, es decir, de las cosas mas necesarias á nuestra vida espiritual y corporal, ni á nuestro trabajo, ni á nuestra industria, ni á nuestras virtudes. Nada hay mas cierto : no somos nosotros quienes hacemos crecer en la tierra el trigo que nos alimenta, ni en la oveja la lana que nos cubre, ni en nuestra alma la fe, la esperanza ó la caridad.

Así es que ricos y pobres, todos debemos decir *danos*, pues todos sin excepcion somos delante de Dios mendigos que esperamos en la puerta del Padre de familia [1]. Los ricos deben decir *danos*, y en su boca estas palabras significan : ¡Dios mio! dignaos conservarnos los bienes que nos habeis confiado; continuadnos vuestra liberalidad, pues reconocemos que podeis á cada instante quitarnos lo que poseemos, de modo que conservándonoslos, nos haceis igual gracia que si nos los diéseis á cada instante [2]. Los pobres deben decir *danos*, y en sus

[1] Omnes enim, quando oramus, mendici Dei sumus, ante ianuam magni Patris familias stamus, imo et prosternimus, et supplices ingemiscimus, aliquid volentes accipere. (S. Aug. *Serm. XV de Verb. Dom.*).

[2] Et quid eget dives? Audeo dicere, ipso pane quotidiano eget dives. Quare enim abundant illi omnia? unde nisi quia Deus dedit? quid habebit si Deus

labios, estas palabras significan: ¡Dios mio! esperamos de vuestra liberalidad lo que es necesario para nuestra vida; enviádnoslo directamente, por Vos mismo, ó indirectamente, por medio de los ricos, á quienes inspirais la caridad hácia nosotros; bendecid nuestro trabajo, y haced que ni la enfermedad ni la miseria pública nos priven del fruto de nuestros sudores. En efecto, seria tentar á Dios creer que nos enviaria el maná del cielo sin que tuviéramos que hacer otra cosa que pedirlo; Dios, que nos ha impuesto el precepto de orar, nos manda tambien trabajar, y nuestra oracion tiene por objeto obtener su bendicion sobre nuestras fatigas y sudores; pues como el trabajo es inútil si Dios por su gracia no lo hace fecundo, esta súplica *danos* es una protesta de que vivimos, mas que de nuestra industria, de la providencia de Dios [1].

Finalmente, ricos y pobres, pedimos no solo que Dios nos dé nuestro pan, sino que lo bendiga, que lo santifique, de modo que lo usemos siempre en utilidad de nuestra alma y de nuestro cuerpo.

Decimos *danos* y no *dame*, porque es propio del cristiano no pensar únicamente en sí, y la caridad exige que nos interesemos por nuestro prójimo. Otra razon es que Dios no nos concede sus beneficios para que nos aprovechemos solos de ellos, ni para que nos entreguemos á la intemperancia, sino que quiere que dividamos entre los demás lo que nos resta despues de haber satisfecho nuestras necesidades.

Hoy. Esta palabra tiene dos sentidos; en primer lugar significa todo el tiempo de la vida presente, pues la vida no es mas que un dia sin ayer ni mañana, y pedimos á Dios que nos dé durante toda nuestra peregrinacion el pan del alma y el pan del cuerpo, hasta que lleguemos á la patria bienaventurada donde no tendrémos ya necesidad ni de Sacramentos, ni de predicaciones, ni de alimentos corporales [2]. En segundo lugar, *hoy* significa el dia presente, y pedimos á Dios que nos dé hoy mismo el pan de que necesitamos, puesto que no querémos inquietarnos por el de mañana; no sabiendo, como no sabemos, si mañana nos hallarémos con vida. El pan de

subtrahat manum suam? nonne multi dormierunt divites et surrexerunt pauperes? et quod illi non deest, misericordiae Dei est, non potentiae ipsius. (S. Aug. *Serm. XXXVI de divers.*).

[1] Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed, qui incrementum dat, Deus. (*I Cor.* III, 7).

[2] S. Cyril. *Catech. mystag.* V.

hoy lo pedimos hoy, el de mañana lo pedirémos mañana; ¿era posible enseñarnos con mas elocuencia aquella admirable y deliciosa pobreza evangélica que consiste por una parte en un absoluto desprendimiento de todas las cosas, y por otra en una confianza filial en la Providencia? Nuestro Padre celestial no quiere que contemos con nuestras fuerzas, ni aun para un solo dia, puesto que quiere que cada dia le pidamos el pan de cada dia; quiere que confiemos cada dia á su Providencia el cuidado de proveer nuestras necesidades. ¿Qué inquietud podemos abrigar? Si deseamos ante todo el reino de Dios y su justicia, todo lo demás nos será dado como sobrante; ¿acaso nuestro Padre celestial no alimenta al gorrion, no viste al lirio de los campos, y ni el primero siembra ni el segundo hila? ¿No hace salir diariamente el sol sobre el justo y el injusto?

Debiendo ocuparnos únicamente del presente, ¿será mal hecho acopiar provisiones de trigo, de vino y de otras cosas semejantes por un año entero? Al enseñarnos á ocuparnos solo del presente, Nuestro Señor quiere solo librarnos de supérfluos cuidados, que son un grande obstáculo para la oracion y otras ocupaciones de mayor importancia, cuyo cumplimiento debe hacernos adquirir la vida eterna; mas cuando la idea del porvenir, léjos de ser *supérflua* es necesaria, como la de hacer provisiones, no es un *mal*; *¿qué digo? semejante* pensamiento no es del dia *siguiente*, sino de hoy, puesto que si esperásemos á mañana quizás seria demasiado tarde.

El pan nuestro. Nada mas natural que pedir el pan que sostiene la vida, despues de haber en la peticion anterior solicitado la gracia, que es la misma vida. En efecto, la primera cosa que desea el que empieza á vivir es el alimento con el que se sostiene la vida, mas no olvidemos que aquí pedimos primero el pan espiritual, que es el alimento del alma, y el pan material en seguida, que es el alimento del cuerpo; así lo exigen la razon y la fe.

Por el pan espiritual se entiende la santa Eucaristía, que es el pan celeste y divino que conserva maravillosamente la vida del alma; entiéndese tambien la palabra de Dios, la que, recibida por la predicacion ó por la lectura, contribuye poderosamente á conservar nuestra vida espiritual; finalmente, entiéndense las santas inspiraciones, la oracion y cuanto contribuye á mantener ó aumentar en nosotros la gracia, que es, como ya hemos dicho, la vida del alma. Por esto Nuestro Señor quiere que pidamos cada dia su sangre para

beber y su carne para comer, lo que equivale á decir que la santa Eucaristía debe ser nuestro alimento de todos los dias, y por consiguiente que debemos vivir de tal modo que seamos dignos de participar diariamente de ella. ¿Qué debemos pensar ¡oh Dios mio! de aquellos que solo la reciben todos los años [1]? Quiere tambien que pidamos cada dia su divina palabra; ¿qué debemos pensar, pues, de aquellos que no la escuchan, que no la leen jamás, ó que solo la oyen para juzgarla? Segun los santos Padres, se condenan á muerte y se hacen culpables de igual sacrilegio que los profanadores de la Eucaristía [2]. Lo que sí puede afirmarse es, que los que huyen de la palabra de Dios, así como los que se alejan de la Eucaristía, no saben lo que dicen al rezar el *Padre nuestro*.

Por el pan material se entiende lo que es necesario para la vida del cuerpo, y nada mas; nada que pueda halagar la sensualidad ó lisonjear el lujo. Nuestro Señor se sirve de la palabra *pan*, primeramente, porque en la Escritura esta palabra expresa todas las cosas indispensables á la vida, tales como el alimento, el vestido, la habitacion, y luego, para manifestarnos que debemos contentarnos con poco, sin desear ninguna superfluidad, como conviene á viajeros que no hacen mas que atravesar una tierra extranjera.

Decimos el *pan nuestro*, y estas palabras encierran un sentido profundo. En efecto, si se trata de la santa Eucaristía, es *nuestro pan*, porque fue formado para nosotros en el seno de la bienaventurada Vírgen María por obra del Espíritu Santo, porque fue cocido en la cruz en el fuego de la caridad, y porque es servido en el altar por mano de los Sacerdotes. Es nuestro pan además, porque la Eucaristía es el pan de los verdaderos hijos y no de los perros, esto es,

[1] Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, Eucharistiam tuam, quotidianum cibum. (S. Aug. *Serm. LVIII).*—De aquí que san Mateo llama á este pan, superior á toda sustancia, *supersubstantialem.*

[2] Cibus noster quotidianus in hac terra sermo Dei est, qui semper erogatur Ecclesiis. (S. Aug. *Serm. LVI).*—Quid vobis plus esse videtur, verbum Dei an corpus Christi? Si verum vultis respondere; hoc utique dicere debetis, quod non sit minus verbum Dei quam corpus Christi, et ideo quanta sollicitudine observamus, quando nobis corpus Christi ministratur, ut nihil ex ipso de nostris manibus in terram cadat; tanta sollicitudine observemus, ne verbum Dei quod nobis erogatur, dum aliud aut cogitamus aut loquimur, de corde nostro depereat; quia non minus reus erit qui verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit. (S. Caesar. *Serm. XCV in append. Augustin.* 300).

de los pecadores, como dice la Escritura; el pan de los Católicos y no de los herejes ó infieles [1]. Si se trata de la palabra de Dios, pedimos, al decir el *pan nuestro*, la sana y pura palabra de Dios, que distribuyen los verdaderos predicadores á los hijos de la Iglesia, mas no el pan extraño, corrompido, envenenado, que los herejes dan á sus sectarios. Si se trata del pan corporal, deseamos que Dios nos dé *nuestro* pan y no el de otro, es decir, que nos auxilie para ganarlo bendiciendo nuestros trabajos, nuestras propiedades, nuestros campos, nuestras viñas, á fin de que, sin recurrir al fraude ni á la mendicidad, podamos procurarnos de qué vivir [2].

Decimos el pan *nuestro*, no porque nos pertenezca en propiedad, sino porque Dios en su misericordia se digna dárnoslo como el alimento que nos es propio [3]. Finalmente, decimos *nuestro* pan y no *mi* pan, porque cada uno de nosotros debe desear y pedir para sus hermanos lo que desea y pide para sí; y ¿podríamos decir que tenemos este deseo, si nos negásemos á partir entre ellos lo que nos da Dios, además de lo necesario?

De cada dia. Estas palabras nos advierten que no debemos pedir un alimento exquisito y delicado, sino un alimento sencillo, ordinario y suficiente para las necesidades de cada dia, segun expresion del Apóstol : *Con tal de que tengamos alimentos y vestidos, estamos contentos* [4]. Á esta leccion de frugalidad aquellas palabras añaden otra no menos elocuente de modestia y desprendimiento : ¡el hombre solo pide pan por un dia, porque no sabe si vivirá el dia siguiente!

Peticion quinta : *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* En las cuatro peticiones anteriores hemos pedido á nuestro Padre nos dé bienes, ya eternos, ya temporales; en las tres siguientes le pedimos nos libre del mal, sea cual fuere, pasado, futuro ó presente, de modo que la Oracion dominical contiene cuanto podemos desear. El mal pasado es el pecado cometido;

[1] Panis vitae Christus est, et panis hic omnium non est, sed noster est; et quomodo dicimus Pater noster, quia intelligentium et credentium Pater est: sed et panem nostrum vocamus, quia Christus noster (qui eius corpus contingimus) panis est. (S. Cypr. *De Orat. domin.*).

[2] Auct. *Oper. imperf. in c.* VI *Matth.*

[3] Panem nostrum dicimus, et tamen ut detur oramus. Noster quippe fit cum accipitur, qui tamen Dei est, quia ab illo datur. (S. Aug. *Lib.* XXXIV, *Monal.* c. 7).

[4] I Tim. VI, 8.

el mal futuro la tentacion que conduce al pecado, y el mal presente las tribulaciones y penas inseparables de nuestra trabajosa peregrinacion. Por los males de que pedimos se nos libre se entienden tambien los males muy grandes, que son los pecados, en cuanto nos separan de Dios; los males medianos, que son las tentaciones, las que si bien no son pecados por sí mismas, pueden hacernos caer en ellos, y ¿qué cosa mas justa que llamar mal á lo que nos expone á tan gran peligro? y finalmente los males ligeros, en comparacion de los otros de que son consecuencia, son las penas temporales y eternas.

En esta quinta peticion Nuestro Señor nos enseña á pedir el perdon de nuestros pecados [1], sirviéndose de la palabra deudas, *debita,* para expresar aquellos. ¿Por qué así? Por tres razones, dicen los doctores: la primera, porque todo hombre que ha ofendido á Dios, queda deudor para con Dios por la injuria que le ha hecho; la segunda, porque todo hombre que peca, viola la ley de Dios, y como esta ley promete recompensas al que la observa, y amenaza con el castigo al que la infringe, de ahí es que el infractor, por el mero hecho de ser tal, se encuentra merecedor y deudor de la pena estipulada en la ley; la tercera, porque estando todos obligados á cultivar la viña de nuestra alma y ofrecer á Dios sus frutos, que son las buenas obras, el que no practica buenas obras, y, sobre todo, el que las practica malas, se constituye el deudor de Dios, verdadero dueño de aquella viña y de todos sus frutos. Ahora bien, como todos faltamos con gran frecuencia, ya haciendo lo que no debiéramos, ya no haciendo lo que deberíamos, es conveniente decir muchas veces al dia con una humildad profunda: *Perdónanos nuestras deudas* [2].

¿Bastan estas palabras para obtener el perdon de los pecados? Si se trata de pecados veniales y diarios, estas palabras acompañadas, como hemos dicho, de una verdadera contricion, los borran directamente; y en cuanto á los pecados mortales, los borran indirectamente en el sentido de que disponen el corazon de nuestro Padre celestial para concedernos la gracia de recibir con fruto la efusion de la gracia y de los méritos de Nuestro Señor en el sacramento de la Penitencia [3]. Los justos, lo mismo que los pecadores, deben decir,

[1] **Matth. VI.**

[2] **Belar. *Dottr. crist.* pág. 88.**

[3] **Conducit dominica Oratio ad impetrandum etiam lethalium peccatorum**

perdónanos nuestras deudas; 1.° porque no es lo mismo no conocer sus pecados, que no tenerlos. Mi conciencia nada me echa en cara, dice el Apóstol, pero no por esto estoy justificado; 2.° porque hay muchos pecados ocultos; 3.° porque, segun san Juan, si decimos que estamos sin pecado, mentimos; 4.° porque no solo pedimos el perdon del pecado, sino tambien de la pena que le es debida; 5.° porque pedimos perdon para nuestros hermanos, lo mismo que para nosotros [1].

Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Con estas palabras decimos á nuestro Padre celestial: para obtener el perdon de las deudas que hemos contraido para con Vos, perdonamos las que nuestros hermanos han contraido para con nosotros. El que nos ofende contrae una deuda para con nosotros, pues viola la ley de la caridad, y algunas veces la de la justicia, y por consiguiente está en la obligacion de satisfacernos; ahora bien, con aquellas palabras consentimos en que Dios tome por regla de misericordia respecto de nosotros la misericordia de que usamos nosotros respecto del prójimo; de modo que si perdonamos imperfectamente y á medias, ó si solo perdonamos exteriormente, guardando la amargura, la antipatía y el rencor en el fondo del corazon; finalmente si no perdonamos del todo, decimos á Dios que obre de la misma manera *con nosotros.*

Sin embargo, los que no perdonan á sus enemigos pueden hacer esta súplica, no ciertamente en la intencion de que Dios les perdone como ellos perdonan, pues se condenarian, pero sí en el sentido de que Dios les perdone como ellos mismos deben perdonar, y en nombre de la Iglesia que cuenta siempre con un gran número de fieles que perdonan á sus enemigos y que ruegan por ellos. Así es como la santísima Vírgen, á pesar de hallarse exenta de todo pecado, podia rezar la Oracion dominical y decir *perdónanos*, pues estas palabras en su boca significaban: perdonad á los pecadores que conmigo están en la Iglesia. «Si solo los que aman á sus enemigos, dice «san Agustin, pudiesen decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como* «*nosotros perdonamos á nuestros deudores*, no sé lo que debo hacer, «ni lo que debo deciros. ¿Os diré: No oreis? No me atrevo; pre-

veniam, cum peccator, deposito huiusmodi criminum affectu, sinceroque dolore compunctus quod Deum offenderit... ait: *Pater, peccavi in coelum*, etc. (Nat. Alex. *De Orat. domin.*).

[1] Conc. Trid. sess. VI, can. 23.

«fiero deciros : Orad, á fin de amarles. Pero, si no les amais, ¿debo «prohibiros el rezo de la Oracion dominical? Si no la rezais, no se«réis perdonados; y si la rezais y no haceis lo que decís, tampoco lo «seréis. ¿Qué otro medio queda, pues, sino rezarla y hacer lo que «es preciso para ser perdonados [1]?»

Así pues, las palabras *así como nosotros perdonamos* encierran una cierta condicion puesta por Nuestro Señor á su divina misericordia. ¿Por qué esta condicion? Por muchas razones igualmente dignas de su infinita sabiduría : la primera, á fin de que comprendamos en toda la extension de la gracia que Dios nos hace al perdonar nuestros pecados, gracia tan grande, que no ha querido concedérnosla sin poner como condicion la misericordia de que usásemos nosotros respecto de nuestros hermanos. La segunda, para alentar nuestra debilidad, manifestándonos la extremada facilidad con que podemos obtener el inmenso beneficio del perdon de nuestros pecados, puesto que el Señor promete tener misericordia de nosotros si nosotros la tenemos de nuestro prójimo, lo que depende enteramente de nuestra voluntad. La tercera, para mantener entre nosotros la caridad que es el gran precepto del Evangelio, haciendo de ella la condicion y la regla de la caridad de Dios para con nosotros. La cuarta, en fin, para domar nuestro orgullo y manifestar cuán absurdos y criminales son los hombres mundanos que creen una cobardía el perdonar y quedar sin venganza. En efecto, cuando pedirán misericordia, Dios les condenará por su propia boca, diciéndoles: Quieres que te perdone y aborreces la misericordia, la haces objeto de irrision; tratas de cobarde al que usa de ella; ¿te atreves, pues, á pedirme mi envilecimiento, y pretendes que satisfaga tus ruegos [2]?

En virtud, pues, de lo dicho, nuestro deber y nuestro interés nos mandan perdonar exterior, interior y prontamente, segun estas palabras de la Escritura : Si no perdonais del fondo del corazon, vues-

[1] Si soli debent dicere : Dimitte nobis, etc., qui diligunt inimicos, nescio quid faciam, nescio quid dicam... Dicturus enim vobis sum : Si non diligitis inimicos vestros, nolite orare? non audeo; imo, ut diligatis, orate. Sed numquid vobis dicturus sum : Si non diligitis inimicos vestros, nolite in Oratione dominica dicere : Dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris? Putas quia dico : nolite orare? Si non dixeritis, non dimittuntur; si dixeritis, et non feceritis, non dimittuntur. Ergo dicendum est et faciendum, ut dimittantur. (*Serm. V, alias de divers.* 48).

[2] S. Greg. Nyss. *In 5 Orat. domin.*

tro Padre celestial tampoco os perdonará; y en otra parte: Haced que el sol no se ponga sobre vuestra cólera. Los Santos han tomado siempre estas palabras por regla de su conducta. San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, habia reprendido con cierta emocion á un senador, el cual se retiró muy descontento; al llegar la tarde, el Santo hizo decir al senador: El sol está próximo á su ocaso; á estas palabras el senador arrepentido corre cerca del santo Obispo, quien le recibió y abrazó como á un hermano, iluminando el último rayo de sol aquella tierna escena de reconciliacion.

Meditemos sobre este ejemplo con frecuencia, lo mismo que sobre la quinta peticion del *Padre nuestro*. Dios promete perdonarnos si perdonamos á nuestros hermanos, y las ofensas que perdonamos á nuestro prójimo nada son en comparacion de aquellas de que somos culpables para con Dios; ¡recordad que le crucificamos! Pedimos la condonacion de diez mil piezas de oro por la de algunos dineros que se nos deben; pero si perdonamos de corazon esta pequeña suma sin esperar que nuestros deudores nos lo rueguen, si la condonamos toda y sin reserva alguna, es decir, si perdonamos á nuestro prójimo del fondo del corazon y espontáneamente; si le tratamos con bondad, con caridad, en vez de entregarnos á una venganza ciega, ó de esperar que nos satisfaga con su arrepentimiento, todos nuestros pecados nos serán perdonados. Si perdonais á los hombres las faltas que cometan contra vosotros, dice el Salvador, vuestro Padre celestial os perdonará tambien las vuestras. Esta promesa supone, en el que perdona á un hermano, el espíritu de penitencia por sus propios pecados, pues es una verdad de fe que sin el espíritu de penitencia ningun pecado puede ser perdonado.

No nos contentemos con meditar sobre estas palabras; pongámoslas en práctica á ejemplo de aquel buen religioso de que habla la historia. Este religioso vivia en su monasterio con una negligencia que le habia atraido no pocas reprensiones por parte de sus superiores, cuando al llegar á una edad avanzada, cayó enfermo para no levantarse jamás. Uno de sus hermanos, viéndole en el último extremo y sin observar en él ninguna inquietud, ningun temor, le preguntó cómo podia morir con tanta confianza, despues de haber llevado una vida tan poco edificante. Es verdad, hermano mio, contestóle el enfermo, que he sido muy descuidado, y los Ángeles me han manifestado la larga lista de los pecados que he cometido desde mi

entrada en religion: en todo he convenido; mas no han podido mostrarme que me haya hecho culpable ni de un juicio temerario, ni de la mas pequeña venganza. Entonces he tenido confianza en las promesas del Señor que dijo: No juzgueis, y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Despues de decir esto los Ángeles rasgaron la lista de mis faltas, y hé aquí el orígen de mi confianza. Poco despues se durmió tranquilamente entre los brazos del Dios de misericordia, dejando á todos sus hermanos una leccion saludable y una grande edificacion.

Peticion sexta: *No nos dejes caer en la tentacion.* Cuando hijos bien nacidos han obtenido de su padre el perdon de sus ofensas, ¿qué les queda que hacer, sino evitarlas en adelante, y por una conducta intachable consolar al padre querido á quien han tenido la desgracia de apesadumbrar? Del mismo modo quiere que obremos Nuestro Señor Jesucristo. Nada mas natural que el lazo que une esta peticion con la anterior. En la quinta hemos pedido que nos librase el Señor del mal pasado, que es el pecado cometido; en la sexta le pedimos su auxilio contra el mal futuro, que es la tentacion. Sin embargo, la tentacion en sí misma no es mal, como el pecado, y solo lo es en cuanto nos conduce á otro, que es la ofensa de Dios; en esto consiste el por qué de ser tan peligrosa y de que pidamos á Dios que nos libre de ella. Conviene explicar bien el sentido de nuestra súplica. Al decir: *No nos dejes caer en la tentacion* no pedimos quedar libres de toda especie de tentaciones, pero sí 1.° no ser vencidos por la tentacion; 2.° estar libres de tentaciones extraordinarias; 3.° no estar expuestos á tentaciones fuertes ó débiles, si Dios ve que la victoria no seria nuestra, sino para el demonio [1].

¿Por qué no pedimos no caer en toda especie de tentacion? Porque nos es útil el ser tentados. La tentacion nos instruye; por una parte nos da á conocer nuestra debilidad y corrupcion; y por otra el poder de la gracia, la que con tan débiles soldados sabe conseguir tan grandes victorias. La tentacion nos conserva en la humildad: por miedo, dice san Pablo, que la grandeza de mis revelaciones me llenase de orgullo, el aguijon de la carne, el ángel de Satanás, me ha sido dejado para abofetearme, es decir, para mantenerme en la humildad, la vigilancia y la oracion. La tentacion nos afirma en la vir-

[1] S. Cyril. *Catech. mystag. V;* S. Ambr. *lib. V de Sacr.* c. 4; S. Aug. *Epist. CXXI*, c. 11.

tud. Los vientos que agitan las plantas las alimentan, dice un santo Padre, y del mismo modo las tentaciones aumentan la fuerza del alma [1]. La tentacion nos enriquece; pues tantas veces como le resistimos, otras tantas nos hace practicar actos de fidelidad que aumentan nuestros méritos. La tentacion nos da experiencia, ya para nosotros, ya para los demás. *El que no ha sido probado, ¿qué sabe* [2]? pregunta el Sábio. Finalmente, la tentacion nos hace compasivos por las flaquezas del prójimo, y hace, segun el apóstol Santiago, reposar sobre nosotros el espíritu del Señor, mientras se espera la eterna corona que debe ceñir la frente del vencedor [3].

Decimos á nuestro Padre celestial: *No nos dejes caer en la tentacion.* ¿Cuál es el sentido de estas palabras? ¿Significan que Dios nos tienta? No, propiamente hablando Dios no nos tienta, pues tentar es equivalente á inducir al mal [4]; y si bien leemos en la Historia sagrada que Dios tentó á Abrahan, esto significa que Dios quiso poner á prueba la obediencia y la fe de aquel santo varon; de este modo nos tienta Dios diariamente con las enfermedades, aflicciones y penas, ya sea para convertirnos, ya para aumentar nuestros méritos. Dios permite únicamente que seamos tentados en el sentido propiamente dicho, y esto debe consolarnos, puesto que por una parte los enemigos de nuestra alma no pueden ni aun atacarnos sin el permiso de nuestro Padre celestial, y por otra no les permite jamás tentarnos mas allá del límite de nuestras fuerzas [5]. El sentido de la súplica que le dirigimos es el siguiente: Señor, conocemos nuestra debilidad y nuestra fragilidad, lo mismo que la malicia y el poder del demonio; no permitais, pues, que nos veamos postrados por la tentacion, ni tampoco que seamos tentados si no debemos salir victoriosos del combate.

Ahora bien, para reportar la victoria en estos peligrosos combates es preciso conocer á nuestros enemigos y las armas que debemos oponerles. Tres enemigos están coligados contra nosotros, y no

[1] Plantas nutriunt venti, et tentatio confirmat animae fortitudinem. (*S. Nil.*).

[2] Eccli. XXXIV, 9.

[3] Beatus vir qui suffert tentationem, quoniam cum probatus fuerit accipiet coronam vitae. (*Iacob.* I, 12).

[4] Deus enim intentator malorum est, ipse autem neminem tentat. (*Iacob.* I, 13).

[5] I Cor. X, 13.

cesan casi nunca de tentarnos: el demonio, el mundo y la carne. El demonio nos tienta sugiriéndonos la idea del mal, por ejemplo, del orgullo, de los celos, de la blasfemia, de la venganza, etc. El mundo nos tienta con malas palabras, con malos libros y con sus malos ejemplos. La carne lo hace con las malas inclinaciones. De estos tres enemigos, el mas peligroso es la carne, porque no nos es dable separarnos de ella.

En cuanto á las armas de que debemos servirnos contra estos tres enemigos, debemos oponer al demonio la señal de la cruz y la invocacion de los santísimos nombres de Jesús y de María; al mundo, el desprecio de sus burlas, de sus amenazas y de sus promesas, considerando su debilidad y la fragilidad de las cosas temporales que desaparecen con la muerte; á la carne, el evitar las ocasiones, la mortificacion de los sentidos, la devocion á la santísima Vírgen, madre de toda pureza: esto en cuanto á los remedios particulares. Los generales son: la humildad, la meditacion, el ayuno, la consideracion de la pasion de Nuestro Señor y de nuestras postrimerías, y por último, la fidelidad en confiar al confesor las tentaciones de que se vea uno asaltado.

Peticion séptima: *Mas líbranos de mal.* Esta peticion confirma las anteriores, añadiendo á ellas algo nuevo [1]. En efecto, en la quinta y la sexta solo hemos pedido que se nos libre del pecado y de la tentacion, é igual gracia pedimos aquí, puesto que solicitamos nos veamos libres de toda especie de mal; sin embargo añadimos que estemos libres de cualquier afliccion corporal y espiritual, pública y particular que pudiese impedirnos alcanzar la felicidad eterna; de modo que despues de haber solicitado el estar libres de los males pasados y futuros, pedimos estarlo de los males presentes; de este modo tambien, despues de haber pedido estar libres del mal de *culpa,* que es el pecado y el mayor de todos los males, pedimos estarlo del mal de *pena*, muy inferior al primero, y que consiste en las aflicciones temporales y eternas, tristes consecuencias del pecado.

Observemos aquí la profunda sabiduría de Nuestro Señor, el cual nos enseña á pedir la preservacion del mal en general y no en particular, como la pobreza, las enfermedades, las persecuciones y otras cosas semejantes. En efecto, con frecuencia nos parece que alguna

[1] S. Cypr. *De Orat. domin.*

cosa nos conviene, mientras que Dios ve que nos seria funesta, y vice versa; de modo, que segun nos enseñó el Salvador, le pedimos que nos libre de todo lo que sabe seria un mal para nosotros, ya sea la salud ó la enfermedad, la prosperidad ó la desgracia.

¿No debe considerarse como supérfluo el mandarnos solicitar la preservacion del mal, cuando la misma naturaleza nos indica bastante que recurramos á Dios en nuestras tribulaciones? Es verdad que se recurre á Dios en los sufrimientos; mas primeramente muchos no lo hacen, y era preciso recordarles este deber; en seguida, otros lo hacen demasiado tarde, despues que, por decirlo así, han agotado todos los recursos humanos: Dios no es considerado sino como el último recurso, y era preciso ponerles en guardia contra esta falta injuriosa de confianza. Finalmente, cási todos desconocemos el órden y la manera de pedir la preservacion del mal; así es que en vez de pedir ante todo la preservacion del pecado, pedimos la preservacion de la pena; experimentamos reveses de fortuna, el quebrantamiento de nuestra salud, etc., al momento pedimos á Dios que nos *libre* de estos males, sin pensar en la preservacion de los males mas importantes, como son el pecado y el peligro de cometerlo. De aquí dimana que nada se obtiene, porque no se observa el mandato de Nuestro Señor, el cual nos manda pedir ante *todo el reino de* Dios y su justicia; además, en lugar de solicitar condicionalmente la preservacion de los males temporales, la pedimos varias veces de un modo absoluto, sin resignacion, con impaciencia, dejándonos arrastrar al descontento, á los murmullos si no la obtenemos, ó si Dios nos la hace esperar. Ahora bien, para orár como Nuestro Señor manda, debemos pedir de un modo absoluto que Dios nos preserve ó nos libre del pecado, que es el único mal verdadero; respecto á los demás males debemos pedir vernos libres de ellos, en cuanto su preservacion puede ser ventajosa para nuestra salvacion.

Líbranos de mal. Para resumir en dos palabras esta peticion, *líbranos de mal,* decimos: Así terminan y deben terminar todas las oraciones del hombre desde su caida. La preservacion del mal, hé aquí el objeto de toda la Religion, de todos los sacrificios, de todas las penitencias públicas ó privadas que se han verificado en todos los pueblos desde el principio del mundo. En la peticion anterior rogábamos á Dios que nos librase del pecado; en esta le pedimos nos libre de la pena del pecado; así es que solicitamos nos libre de una

muerte repentina, de los castigos que están reservados á los impíos, y del fuego del purgatorio, del cual le pedimos queden libres los que lo sufren. Pedímosle que nos preserve de todos los males, así interiores como exteriores, del agua, del fuego, del rayo, del granizo, del hambre, de las sediciones y de la guerra; pedímosle que aleje de nosotros las enfermedades, la peste, los estragos, la prision, el destierro, las traiciones, las celadas, en una palabra, todas las incomodidades que afligen al género humano. Pedímosle finalmente que las riquezas, los honores, la salud, la misma vida no contribuyan á nuestra desgracia y á la ruina de nuestra alma.

Pidámoslo todo con confianza, pues al mandarnos que le pidiésemos la preservacion de los males, nuestro buen Padre nos ha dado con esto mismo la seguridad de ser escuchados. *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y de todas sus tribulaciones los libró* [1]. En esta peticion la palabra mal significa el *malo* ó el demonio, y pedimos á Dios que nos libre de él, por haber sido el autor de todos los crímenes y desgracias de los hombres; decimos el *malo* y no los malos, porque los males que nos vienen de nuestro prójimo deben ser imputados á las sugestiones del demonio; así es que, léjos de irritarnos contra nuestro hermano, debemos dirigir toda nuestra cólera contra Satanás, causa de todos los males que los hombres se hacen unos á otros.

La tercera parte de la Oracion dominical se compone de esta sola palabra, que es, por decirlo así, el sello y la *conclusion: Amen. Amen* es una palabra hebrea que significa: *así sea;* que se haga como acabo de decir, que todas nuestras peticiones nos sean concedidas; lo creemos, lo esperamos. Esta palabra hebrea se conserva como un recuerdo de la primitiva Iglesia, por respeto hácia nuestra venerable antigüedad [2]; y tambien por respeto hácia Nuestro Señor, de cuyos labios se oyó frecuentemente [3]. *Amen* es tambien un nuevo voto, un deseo mas vivo de obtener lo que se ha pedido. Conviene pronunciar esta conclusion con particular sinceridad y devocion, ya para suplir los defectos de atencion y de fervor que hayan podi-

[1] Psalm. XXXIII, 18.

[2] Propter sanctiorem auctoritatem servata est antiquitas. (S. Aug. *Lib. II, de Doctr. christ.* c. 11).

[3] Absolutis precibus et gratiarum actione, quilibet de populo qui adest, faustis vocibus acclamat: Amen. (S. Iustin. *Apol.* 2).

do deslizarse en el resto de la oracion, ya para hacer un último esfuerzo, y herir como por un último golpe el corazon de nuestro Padre.

Tal es la oracion del Señor; nada mas santo, mas tierno, mas augusto, mas eficaz. Es una llave de oro con la cual podemos, cuando nos plazca, abrir todos los tesoros del cielo; así pues, amémosla, venerémosla, y guardémosla como el bien mas precioso, haciendo de la misma un frecuente uso. Sin embargo de ser todopoderosa, esta oracion divina nada nos hará obtener si no es bien hecha, y nada es tan eficaz para reanimar nuestro fervor al orar, así como nada hay tan célebre en la historia de la santidad como la vision de san Bernardo, la cual nos manifiesta las diferentes clases de personas que se dan á la oracion, y las recompensas que cada una merece.

El ilustre fundador del Cister se hallaba una noche en oracion, mientras todos sus religiosos recitaban el oficio: estos eran en gran número, y Dios le dió á conocer que todos serian salvados, no porque en el momento de la vision estuviesen todos animados de un verdadero fervor; mucho faltaba. El Santo vió al lado de cada religioso á un Ángel que escribia; algunos de ellos lo hacian con letras de oro, otros con agua, y otros con tinta negra. Nuestro Señor reveló al Santo el sentido de esta vision, *diciéndole que los religiosos* que oraban con *fervor* eran *aquellos* cuyos Ángeles escribian sus oraciones en letras de oro; que los que oraban con dejadez eran aquellos cuyos Ángeles escribian sus oraciones con agua; que los que oraban con distraccion y medio dormidos eran aquellos cuyas oraciones escribian los Ángeles con tinta negra; que los primeros merecian una gran recompensa, que los segundos no merecian nada ó cási nada, y que los últimos eran dignos de castigo.

¡Oh vosotros que leeis estas líneas! supongo que veis lo que vuestro Ángel bueno escribe cuando orais por la mañana ó por la noche, ya en la iglesia ó ya durante el dia: ¿está mojada su pluma en oro, en agua ó en tinta negra? Hé aquí una cuestion que os dejo el cuidado de resolver.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber compuesto para mí una oracion corta, fácil, completa y sumamente eficaz; ha-

cedme la gracia de que la recite siempre con las disposiciones que la misma exige.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré con doblada atencion el Padre nuestro de mi oracion de la mañana.*

LECCION XXXI.

DE NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Salutacion angélica. — Angelus. — Salve Regina. — Regina coeli. — Letanías.

Despues de la Oracion dominical, la mas bella de todas las oraciones particulares es la Salutacion angélica. En efecto, Dios mismo la compuso, á pesar de que no nos la enseñó por su propia boca, sino por la del arcángel Gabriel, de santa Isabel y de la Iglesia, las tres inspiradas por el Espíritu Santo [1]. Es costumbre universal en la Iglesia católica recitarla despues del *Padre nuestro*, y la razon es la siguiente: un hombre que tenga negocios en la corte empieza por presentar su demanda al príncipe, y luego se dirige al cortesano que sabe disfruta del favor del monarca, rogándole se interese por el buen éxito de su pretension y haga de modo que se obtenga su concesion; la misma es nuestra conducta en este punto. Despues de haber presentado nuestras demandas al Rey del cielo, nuestro Padre, conjuramos á la Reina del cielo, Madre suya y nuestra, para que interceda por nosotros y nos auxilie con su poderosa recomendacion para obtener lo que pedimos en nuestras oraciones [2]. Esta es tambien la razon por que vamos á explicar ahora el *Ave María*.

Como el *Padre nuestro*, el *Ave María* se divide en tres partes, ó en cuatro, contando la conclusion, igual á la de la Oracion dominical; la primera parte se compone de las palabras del arcángel Gabriel á la santísima Vírgen: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*. La segunda comprende las palabras de santa Isabel: *Bendito es el fruto de tu vientre*. La tercera está formada de las palabras de la Iglesia: *Santa María, Madre de Dios*, etc.

[1] Belar. *Dottr. crist.* pág. 95.

[2] Opus est mediatore ad mediatorem Christum, nec alter nobis utilior quam Maria. (S. Bern. *Serm. ultim. de Assumpt.*).

Parte primera: *Dios te salve.* Segun los cálculos mas verosímiles, en el año del mundo 4004, el dia 25 del mes de marzo, que era un viernes, el arcángel Gabriel, deslumbrante de luz, bajó del cielo, en calidad de embajador de la santísima Trinidad, cerca de una jóven vírgen de la raza real de David, la que habitaba en una modesta casa en una pequeña ciudad de Galilea, llamada Nazareth, y le dijo: *Dios te salve.* Estas palabras expresan á la vez la familiaridad, el respeto y la felicitacion. La familiaridad; cuando las dirigimos á la Vírgen, manifestamos, como el arcángel Gabriel, que somos del número de sus amigos y conocidos, lo que nos comunica atrevimiento para hablarle. El respeto; saludamos á María, porque reconocemos en ella á la mas santa, á la mas elevada y poderosa de las criaturas. La felicitacion; pues estas palabras *Dios te salve* significan: alegraos, sed dichosa; despues de la de Dios no hay felicidad comparable á la vuestra.

Es evidente que es muy agradable á la santísima Vírgen oirnos repetir con frecuencia estas palabras: en efecto, ¿cómo suponer que deje de oir con placer una salutacion que le recuerda el momento mas delicioso, mas solemne y mas glorioso de su vida, y su incomparable dignidad de Madre de Dios, que abraza, que sobrepuja por sí sola á todos los títulos y prerogativas que se puedan atribuir á una criatura cualquiera? ¿Cómo no se alegrará al vernos ocupados con la idea de su gloria en reconocimiento del inmenso beneficio de la encarnacion: cosas ambas que se confunden cada vez que pronunciamos dignamente aquellas hermosas palabras, que nos hacen agradables á su maternal corazon? Así con estas palabras; *Dios te salve,* demostramos á la santísima Vírgen el afecto que la profesamos, la gratitud de que estamos penetrados por los bienes que le debemos, y despertamos en su alma la alegría que el Ángel le causó en otro tiempo dirigiéndole iguales palabras. Hé aquí por qué desde los primeros siglos de la Iglesia los Cristianos no han cesado de hacer resonar á los oidos de la santísima Vírgen la Salutacion angélica como un armonioso concierto; y la prueba está en nuestros mas antiguos monumentos, tales como las liturgias de Santiago y de san Crisóstomo.

María. El Arcángel no pronunció este augusto nombre; limitóse á decir: Dios te salve, llena eres de gracia. ¿Por qué así? 1.° Porque hallándose solo con la santísima Vírgen, no era necesario que

la nombrase para darle á entender que sus palabras se dirigian á ella; 2.° porque el nombre de las personas que exceden en alguna cualidad ó prerogativa eminente se sobrentiende lo bastante, cuando se habla de la misma prerogativa. Por ejemplo, si decimos el Sábio, se entiende Salomon; el Orador romano, Ciceron; y asimismo cuando el Ángel dijo: Dios te salve, llena eres de gracia, manifestó á María que solo ella debia entenderse; 3.° porque ordinariamente no se llama por su nombre á las personas de calidad; así al hablar á los Príncipes de la Iglesia, á los Reyes de la tierra, al Sumo Pontífice, decimos: Eminentísimo Cardenal, Señor, Vuestra Santidad, sin pronunciar el nombre propio de tan altos personajes. El nombre de María en la Salutacion angélica fue colocado por la Iglesia, á fin de recordarnos á quién hablamos, y de despertar en nuestros corazones los inefables sentimientos que por sí solo inspira aquel nombre bendito.

María es un nombre hebreo que significa *señora*, *dueña* é *iluminadora*. En su doble significacion este nombre conviene admirablemente á la santísima Vírgen; es señora, porque Dios la ha establecido reina y dueña de todas las criaturas, y le ha dado sobre sí mismo un imperio ilimitado; es iluminadora, puesto que nos ha dado el Salvador, que es el sol de justicia y la luz del mundo. De aquí proviene el profundo respeto y la viva confianza que la Iglesia católica ha manifestado siempre por el nombre de María, tanto que ordena á sus ministros que en las oraciones públicas no lo pronuncien sin una inclinacion de cabeza; tanto que pasaron mas de cuatrocientos años antes que en la religiosa Polonia se permitiese que ninguna de sus hijas lo recibiese en el Bautismo; tanto que el glorioso mártir san Gerardo, obispo de Candía, enseñó á los húngaros á no pronunciar sino muy raramente el nombre de María, á decir solo Nuestra Señora, y á descubrirse y á postrarse de rodillas siempre que lo pronunciasen ú oyesen pronunciar [1]. Para manifestar respeto hácia este glorioso nombre, no lo pronunciemos jamás con ligereza, llevémosle ó conservémosle escrito, pintado ó grabado como un objeto religioso, como una enseñanza y como un preservativo; á ejemplo de la Iglesia invoquémosle con absoluta confianza en los peligros, en las enfermedades, en las tentaciones, en las penas y sobre todo en el momento de nuestra muerte; porque, dice un Santo, el augusto nombre

[1] Sur. 24 *Sept.*

de María es un signo de vida, un manantial de goces y una fuente de gracias [1].

Llena eres de gracia. Estas palabras empiezan á explicar el profundo respeto del Arcángel hácia María, y manifiestan la primera excelencia de la augusta Vírgen. María es llena de gracia, es decir, que recibió ella sola mas gracias que todos los hombres y Ángeles juntos. Efectivamente, Dios proporciona siempre los medios al fin que quiere conseguir, y habiendo escogido á la santísima Vírgen para elevarla á la dignidad de Madre de Dios, la mas sublime de que pueda ser capaz una criatura, la dotó de una plenitud de gracia en armonía con tan suprema dignidad [2]. Mas ¿cuál es el sentido exacto de estas palabras *llena eres de gracia?* Es de saber que la gracia de Dios produce en el alma tres grandes efectos: borra los pecados, que son otras tantas manchas que afean el alma; adorna á esta de dones y de virtudes, y le da la fuerza de practicar obras meritorias y agradables á la divina Majestad. La santísima Vírgen es llena de gracia, porque en cuanto al primer efecto jamás estuvo manchada por pecado alguno, ni original, ni actual, ni mortal, ni venial; en cuanto al segundo, posee todas las virtudes y todos los dones del Espíritu Santo en el mas alto grado; y en cuanto al tercero, hizo obras tan meritorias y agradables á Dios, que mereció ser elevada sobre todos los coros de Ángeles en cuerpo y alma [3].

[1] S. Bern. *Serm. II, sup. miss.* — Quemadmodum continua respiratio non solum est signum vitae, sed etiam causa; sic sanctissimum Mariae nomen, quod in Dei servorum ore assidue versatur, simul argumentum est, quod vera vita vivant, simul etiam hanc vitam ipsam efficit et conservat, omnemque eis laetitiam et opem ad omnia impertitur. (S. Germ. episcop. Constantinop. *In Orat. de Deip. Virg.).*

[2] Bene plena quia caeteris per partes praestatur, Mariae vero se tota infudit plenitudo gratiae. (S. Hier. *De Assumpt.).* — Beata Virgo dicta est plena gratia, non ex parte ipsius gratiae, quia non habuit gratiam in summa excellentia (sicut Christus) qua potest haberi nec ad omnes effectus gratiae, sed dicitur fuisse plena gratia per comparationem ad ipsam, quia scilicet habebat gratiam sufficientem ad statum illum ad quem erat electa à Deo, ut esset scilicet Mater Unigeniti eius, et similiter Stephanus dicitur plenus gratia, quia habebat gratiam sufficientem ad hoc quod esset idoneus minister et testis Dei, ad quod erat electus, et idem dicendum est de aliis. Harum tamen plenitudinum una est plenior altera, secundum quod aliquis est divinitus praeordinatus ad altiorem vel inferiorem statum. (D. Thom. 3 p. q. 7, art. 10. — Canisius, *De Mar. Deip.* lib. III, c. 6).

[3] Belar. *Dottr. crist.* pág. 97.

El Señor es contigo. Estas palabras expresan la segunda prerogativa de la santísima Vírgen, y la segunda alabanza que le tributamos. Por el *Señor* se entiende aquí la santísima Trinidad en general, y en particular la segunda Persona. Así es que el Arcángel dijo á María: «La santísima Trinidad es contigo desde el primer «instante de tu concepcion, con una perpétua asistencia, para pre«servarte de toda mancha, de toda imperfeccion, para dirigirte por «todas las vias, para protegerte, para llenarte de las gracias mas exce«lentes, en una palabra, para guardar por sí misma un tan precio«so tesoro [1].» No solo la santísima Trinidad ha sido hasta ahora contigo por una Providencia particular, sino que á partir de este momento es contigo de un modo muy diferente y especial. El Padre te cubre con su sombra; el Espíritu Santo viene á tí, y el Hijo desciende en tu casto seno, de modo que no está contigo por su gracia, sino personalmente [2]. De modo que el Padre es contigo elevándote á la dignidad de Madre de su propio Hijo; el Hijo es contigo conservando tu virginidad, antes del parto, en el parto y despues del parto, y el Espíritu Santo es contigo santificando tu cuerpo y tu alma con una santificacion incomparable. En una palabra, la santísima Trinidad es contigo como en su templo vivo; el Padre es contigo como en su Hija; el Hijo como en su Madre, y el *Espíritu Santo como en* su Esposa.

«Hay mas; el Señor, el Verbo divino será contigo: vivirá por es«pacio de nueve meses en tus entrañas virginales; jugará en tus ro«dillas; te prodigará sus divinas caricias; durante treinta años no se «separará de tí; como obediente hijo, te prestará todos los servicios «que le pidas; con sus diarias conversaciones te instruirá, te con«solará y te llenará de continuas gracias. Durante su vida pública «tampoco se separará de tí, lo mismo que en su vida privada; es«tará contigo en las bodas de Caná para continuar haciendo tu vo«luntad; contigo estará tambien en el Calvario para darte una últi«ma prueba de amor confiándote á los cuidados del discípulo queri«do. Despues de su resurreccion te vendrá á ver la primera, y des«pues de su ascension te llenará de los dones del Espíritu Santo con

[1] S. Aug. *De Natur. et Grat.* c. 6.

[2] Dominus (Filius) tecum non tántum gratia, sed etiam natura ex te factus homo; non tantum consensione voluntatis, sed etiam coniunctione carnis. (S. Bern. *Serm. III, sup. miss.* — S. Chrys. *Serm. CXLIII*).

«mas abundancia que á todos los Apóstoles y los Santos juntos. Cuan-«do estarás á punto de abandonar la tierra, correrá á tu encuentro, «y te recibirá en sus brazos para conducirte triunfante en cuerpo y «alma al recinto de su gloria, y colocarte triunfante á su lado por «toda la eternidad: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Se-«ñor es contigo.*»

Bendita tú eres entre todas las mujeres. Hé aquí la tercera é incomparable prerogativa de María, y la tercera alabanza que le tributamos; reconocemos con el Arcángel que mujer alguna ha recibido, y que ninguna recibirá jamás tantas y tan particulares bendiciones como María. En efecto, por un privilegio único reunió las bendiciones de la vírgen y de la madre, lo que jamás tuvo ni habrá jamás otro ejemplo, y lo que le merece con justicia ser proclamada bendita entre todas las mujeres. Las bendiciones de la Vírgen son la pureza continua y sin mancha del alma y del cuerpo, estado sublime que en todos los pueblos, aun paganos, ha valido á las vírgenes los mayores honores, y hasta un respeto religioso; que les vale todavía iguales prerogativas entre las naciones cristianas, y que en la corte celestial les valdrá la gloria exclusiva de seguir al Cordero inmaculado en todos sus eternos pasos. María ha gozado, goza y gozará siempre, mas eminentemente que cualquiera otra, de las bendiciones de la virginidad.

Las bendiciones de la madre son la fecundidad y la perfeccion de sus hijos. María dió á luz á un Hijo que vale mas él solo, infinitamente mas que todos los hijos juntos, y puede decirse que es Madre de mayor número de hijos que su padre Abrahan; su posteridad excede el número de estrellas del firmamento, puesto que todos los buenos cristianos son hermanos de Nuestro Señor, y por consiguiente hijos de María, no por naturaleza, como el Salvador, sino por amor maternal, por gracia y por herencia. Además, así como la virginidad de María sobrepuja en perfeccion á la de todas las vírgenes, del mismo modo su maternidad excede en gloria á la de todas las madres. Todas las mujeres paren con dolores, solo María se eximió de esta ley; de modo, que con sobrada razon la saludamos como bendita entre todas las mujeres, pues las demás tienen la gloria de la virginidad sin la fecundidad, ó la bendicion de la fecundidad sin la virginidad, mientras que solo María reunió la doble bendicion de una perfecta virginidad y de una fecundidad perfecta.

Parte segunda: *Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.* Estas palabras comprenden la segunda parte de la Salutacion angélica, inspiradas por el Espíritu Santo á santa Isabel [1], y expresan tambien el cuarto privilegio de María, así como la cuarta alabanza que le tributamos. Acabamos de exaltar á la santísima Vírgen por lo que es *en sí* misma; aquí la felicitamos por lo que es á causa de su Hijo, fruto de sus castas entrañas; y si bien á primera vista esta alabanza parece dirigirse al Hijo, sin embargo se dirige directamente á la Madre. En efecto, el elogio que se hace del fruto se hace tambien del árbol que lo produce, y la gloria del Hijo recae en la Madre; ahora bien, Nuestro Señor, siendo hombre y Dios verdaderos, es bendito no solo entre todos los hombres, sino tambien, como dice san Pablo, sobre cuanto existe en el cielo y en la tierra [2]; es bendito, es decir, que él mismo es orígen de todos los bienes que posee por naturaleza y que derrama sobre todas las criaturas: de modo que su Madre, la santísima Vírgen, es bendita no solo entre todas las mujeres, sino tambien sobre todas las criaturas, en el cielo y en la tierra, pues, lo hemos dicho ya, toda la gloria del Hijo se refleja en la Madre.

Nuestro Señor es designado, bajo el misterioso nombre de *fruto*, primeramente para indicar que ha sido formado *de la misma sustancia* de María, luego que lo ha sido únicamente por la sobrenatural operacion del Espíritu Santo, y finalmente que nació sin lesion de su santa Madre, así como el fruto nace y se sazona sin ofender el árbol.

Jesús. Santa Isabel no pronunció este nombre divino al dirigirse á su prima, y esto por algunas de las razones que explican el silencio del Ángel respecto del nombre de María. La Iglesia añadió despues el nombre de Jesús á la Salutacion angélica, á fin de designar claramente que él era el fruto bendito de las castas entrañas de la augusta Vírgen, é inducirnos con ello á celebrar el seno de María digno de las eternas alabanzas del cielo y de la tierra. Al obrar así, la Iglesia se ha conformado perfectamente con las intenciones del mismo Salvador, cuyo deseo es ver exaltar, alabar y bendecir el seno de su divina Madre, que durante nueve meses le sirvió de tabernáculo. Así, cuando una mujer, testigo de los admirables discur-

[1] Luc. I, 42.
[2] Rom. IX.

sos del Hombre-Dios, exclama de entre la multitud : *¡Bienaventurado el seno que os ha llevado!* Nuestro Señor repite este elogio y lo confirma diciendo : Sí, bienaventurado ; pero mas feliz todavía mi Madre por haber oido la palabra de Dios. Desde hace muchos siglos la Iglesia católica, á imitacion de aquella mujer del Evangelio, dirige cada dia á María igual fórmula de alabanza.

Parte tercera : *Santa María, Madre de Dios, ruega*, etc. Llegamos á la tercera parte de la Salutacion angélica, compuesta por la Iglesia. Los elementos de esta oracion se encuentran ya en los siglos inmediatos á la cuna del Cristianismo ; así los sirios, que aprendieron su *Ave María* de los Apóstoles, y probablemente de san Pedro, no la terminan sin implorar la intercesion de la santísima Vírgen diciendo : *¡ Paz á María, llena de gracia! Nuestro Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto que está en tu seno, Jesucristo. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, por nosotros pecadores. Amen.* En cuanto á la fórmula actual, Baronio, fundado en la tradicion, la hace remontar al año 431, despues del concilio de Éfeso, en el cual salió por aclamacion de la boca de todos los fieles como una reparacion de los ultrajes hechos á su Madre por Nestorio, y como un perpétuo monumento de la victoria de María sobre el heresiarca [1]. Aquí resumimos las principales glorias de María, que se resumen por sí mismas en el inefable privilegio de la maternidad divina ; luego le expresamos á la vez nuestra confianza filial en su auxilio, y la apremiante necesidad que de él tenemos. Santa María ¡ oh ! sí, santa de una santidad que criatura alguna comparte con ella ; santa en su concepcion, en su nacimiento, antes de nacer ; santa en su vida, en su muerte ; santa de alma y de cuerpo, sin sombra ni mácula de pecado ; hermosa interior y exterior-

[1] Sancta Dei Ecclesia, eidem immortales gratias egit, quod vindex extitisset Filii deitatis et Matris eius honoris, utriusque praeconia illis vocibus celebrans, quas à sanctis sciret frequentatas esse patribus, ubique locorum MATREM DEI MARIAM omnium ore cantans, laudans atque praedicans. Tunc et additamentum illud accepisse creditur angelica Salutatio : *Sancta María, Mater Dei, ora pro nobis*, etc. Quod omnium Fidelium ore dici, ac frequentius repeti, et tanquam prima quaedam elementa piis parentibus una, ferme cum lacte infantibus propinari consuevit : ut fieret secundum illud propheticum : *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem tuam, Ps.* VIII, 3; Matth. XXI, 16, illuderentque superbo draconi pueruli. *(Bar. ann.* 431, t. V, pag. 457, n. 176, A).

mente, de una hermosura superior á la de los Ángeles y de los hombres, inferior solo á la del mismo Dios.

Madre de Dios. Nada mas eficaz que estas dos palabras para regocijar el corazon de María; nada mas eficaz para despertar en ella la mas viva compasion hácia nosotros, y para inspirarnos hácia ella una confianza sin límites. Madre de Dios; luego eres la mas gloriosa, la mas feliz de todas las criaturas; Madre de Dios; luego eres todopoderosa; ¿acaso una madre como tú puede experimentar una negativa de parte de un hijo como el tuyo? ¡Madre de Dios; luego eres compasiva, pues estos pecadores que te imploran son tiernamente amados de tu Hijo; son el precio de su sangre, sus hermanos, deben ser sus coherederos; y amando á tu Hijo, ¿podrias dejar de amarnos? Siendo nuestra salvacion el mas ardiente deseo de tu Hijo, ¿seria posible que no nos ayudases á conseguirla?

Ruega. Despues de haber tributado á María la alabanza mas bella llamándola Madre de Dios, partimos de aquí para darle á entender 1.º de cuánto poder disfruta en el corazon de Dios, y cuán fácil le es auxiliar á los pecadores; para esto le basta una mirada, una señal, una palabra, una simple súplica. ¿Por qué? porque la súplica de la mejor y de la mas querida de *las madres*, cerca del mejor y mas poderoso de los *hijos, es siempre una órden. Así* se expresan todos los santos Padres, todos los Doctores, todos los siglos cristianos, quienes, no sabiendo cómo caracterizar en María la inferioridad natural de una criatura, y la omnipotencia de que goza por la gracia, llaman á la santísima Vírgen la *Omnipotencia suplicante* [1]. 2.º Cuán buena es, porque una madre es todo corazon; ahora bien, el corazon de María, siempre en armonía con el de Jesús, ama todo lo que Jesús amó, ama mucho á los que Jesús amó mucho, y por consiguiente á los hombres, criados á su imágen y semejanza, á los hombres á quienes llama hermanos, y con los cuales contrajo en efecto los lazos del mas estrecho parentesco al tomar nuestra naturaleza en el seno de María.

Por nosotros. Entendemos aquí por todos los hombres, y principalmente por los Cristianos; pues todos necesitan de la asistencia de la santísima Vírgen, abogada de todo el mundo.

Pecadores. Entre los hombres, aquellos á quienes Nuestro Se-

[1] Omnipotentia supplex.

ñor amó mas en cierto modo, son los pecadores; por ellos se hizo carne; el Hijo del Hombre, dice él mismo, no ha venido por los justos, sino por los pecadores; ha venido para salvar todo lo que habia perecido; los que gozan de salud no tienen necesidad de médico, pero sí los enfermos. Con ellos se hizo familiar hasta el punto de hacerse llamar por sus enemigos el amigo de los publicanos y de los pecadores; á ellos dirige particularmente esta invitacion: Venid á mí los que os hallais abrumados bajo el peso de vuestras miserias, y os consolaré; y por ellos refirió las tiernas parábolas de la dracma perdida y del hijo pródigo. Siendo así, estamos seguros de conmover el corazon de la santísima Vírgen diciéndole: Ruega por nosotros pecadores.

Pobres pecadores [1]; sí, muy pobres, puesto que el pecado nos despojó de todos nuestros bienes, arrojándonos desnudos y lastimados á los piés de los demonios. Este reconocimiento de nuestra miseria es muy eficaz para conmover el corazon de María; pero al añadir la palabra *pecadores*, es decir, confesando además que esta desnudez, estas heridas, este infeliz estado en que nos vemos es nuestra culpa, nuestra propia culpa, nuestra grandísima culpa, descubrimos nuestra miseria en toda su extension, y empleamos el verdadero secreto para enternecer infaliblemente las entrañas de la Madre de misericordia. Le probamos que si ella es Reina de misericordia, somos nosotros los primeros de sus súbditos; y lo comprende tan bien que san Bernardo no vacila en decir: «Consiento en que jamás se «hable de Vos, si se me cita un solo hombre que os haya invocado «sin obtener de Vos asistencia en sus necesidades [2].»

Ahora. Esta palabra significa todo el tiempo de la vida presente, de la cual no poseemos la víspera ni el dia siguiente, sino el presente momento. Observemos con qué cuidado nos recuerda Dios en las dos oraciones mas bellas, en la Oracion dominical y en la Salutacion angélica, la brevedad del tiempo y la fragilidad de la vida. La palabra *ahora* nos recuerda tambien nuestra condicion en la tierra, condicion de incesante lucha, de modo que cada dia, á cada hora

[1] En la Iglesia francesa se añade en el *Ave María* el adjetivo *pobres* antes de pecadores. *(Nota del Censor de la* Librería religiosa).

[2] Sileat misericordiam tuam, Virgo beata, si quis est qui invocatam te in necessitatibus suis sibi meminerit defuisse. *(Serm. de Nativ. B. Mar.* Memorare, ó piísima, etc.).

tenemos necesidad de auxilio, puesto que no hay para nosotros un solo momento sin peligro.

Y en la hora de nuestra muerte. La hora mas peligrosa y la mas decisiva, aquella por consiguiente en que tenemos mayor necesidad de socorro, es la hora de la muerte. Es la mas peligrosa, porque viendo entonces el demonio que no tiene mas que algunos instantes para tentarnos, redobla su ira y su astucia para hacernos caer en el mal; la mas peligrosa, porque el pasado, el presente, el porvenir, los dolores de la enfermedad, todo conspira para postrarnos en el desaliento, en la impaciencia y en la desesperacion, al mismo tiempo que la debilidad de la naturaleza nos deja menos energía para resistir, ó nos hace cási insensibles al estado de nuestra alma, mayormente cuando muchas veces las personas que nos rodean contribuyen por su parte á adormecernos en fatales ilusiones. La mas decisiva, porque de la hora de la muerte depende la eternidad: el árbol quedará del lado de que habrá caido. Ahora bien, la santísima Vírgen es todopoderosa para fortificar al enfermo, para consolarle, para defenderle, para reanimar en su corazon los sentimientos de arrepentimiento, de confianza, de perfecta conformidad con la voluntad de Dios, en una palabra, para obtener á los que, como san José, han vivido en su compañía, la gracia de morir, como él, entre sus brazos maternales y los de su Hijo.

Amen. Hágase todo como lo pedimos. ¡Oh! cuán admirablemente está colocado este *amen* al fin de la Salutacion angélica bien comprendida y bien rezada!

Al explicar la Oracion dominical y la Salutacion angélica hemos dado á conocer las dos oraciones mas excelentes y venerables, entre todas las particulares. Para completar tan importante leccion, falta que indiquemos algunas otras oraciones muy respetables, ya por su antigüedad, ya por su belleza intrínseca, ya por el uso general que de ellas hacen los fieles desde muchos siglos en todas las regiones del globo.

La primera, que en cierto modo dimana de las dos anteriores, es el *Angelus.* Tres veces al dia, por la mañana, al mediodía y por la noche, se deja oir la campana, y los piadosos cristianos saludan por tres veces á la augusta María. Esta costumbre, general en el dia en la Iglesia, tiene su orígen en una remota antigüedad; en 1262 san Buenaventura prescribió á la Órden de san Francisco, de la cual era

general, el recitar cada noche, al sonido de la campana, tres *Ave Marías* para honrar el misterio de la encarnacion. La diócesis de Saintes fue la primera de Francia que adoptó esta costumbre, y Juan XXII la aprobó y alentó con indulgencias. En 1724 Benedicto XII concedió cien dias de indulgencia cada vez, y la indulgencia plenaria una vez al mes, á los que recitasen el *Angelus* en su forma actual [1]. Para ganar la indulgencia, débese rezar esta oracion de rodillas aun los sábados al mediodía; pero en virtud del derecho comun se exceptúan de esta regla los domingos, y durante el tiempo pascual se reemplaza el *Angelus* con el *Regina coeli*. El triple rezo de aquella oracion nos manifiesta la necesidad que tenemos de recurrir con frecuencia á Dios y á los Santos, rodeados como estamos de enemigos visibles é invisibles, y de no contentarnos con emplear las armas de la oracion al principio de nuestras acciones, sino tambien al medio y al fin. En la costumbre de tocar tres veces al dia la campana y de rezar la Salutacion angélica se encierra además otro misterio; la santa Iglesia quiere recordarnos continuamente los tres grandes misterios de nuestra redencion: la encarnacion, la pasion y la resurreccion, y desea que saludemos á la santísima Vírgen por la mañana en memoria de la resurreccion de Nuestro Señor, al mediodía en memoria de la pasion, y por la noche en memoria de la encarnacion; pues así como estamos ciertos de que Jesucristo Señor nuestro fue clavado en cruz al mediodía, y de que resucitó por la mañana, del mismo modo creemos que se encarnó durante la noche [2].

La segunda es la *Salve Regina*. El piadoso y sábio Hermann Contractus, conde de Veringen, muerto en 1054, pasa por ser el autor [3] de la *Salve Regina;* esta oracion, la favorita de san Bernardo, es tan bella, tan tierna, tan propia en los labios de los pobres hijos de Eva, peregrinos en este valle de lágrimas, que es difícil recitarla sin sentir el corazon conmovido y sin conmover las maternales entrañas de María [4]. Á su rezo están concedidas preciosas indulgencias.

La tercera son las *Letanías* de la santísima Vírgen, llamadas tam-

[1] *Raccolta d' indulgenz.* 258.

[2] Sap. XVIII; Belar. *Dottr. crist.* pág. 101.

[3] No falta quien la atribuya, y no sin fundamento, á Pedro de Compostela. (*Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

[4] Véase la explicacion de la *Salve Regina* en Canisio, *De Virg. Mar. Deip.* lib. V, c. 13; y san Alfonso, *Glorias de María.*

bien *letanías lauretanas*, de Nuestra Señora de Loreto, donde se cantan con gran pompa todos los sábados del año. Estas letanías, que todos los Católicos saben de memoria y que se hacen un deber de recitarlas cada dia, son cuatro veces venerables por la belleza de las demandas que encierran, por los títulos á la vez tiernos y graciosos que dan á la santísima Vírgen, por la devocion con que tantos santos pontífices, reyes y sábios de todos los países las han dirigido á María, y finalmente por su antigüedad. Todo induce á creer que se remontan hasta el tiempo de los Apóstoles [1]; solo que segun nuestra opinion la palabra *sancta*, santa, colocada antes de cada invocacion, es de fecha posterior. Por cada vez que se digan estas hermosas letanías se han concedido trescientos dias de indulgencia, y cinco indulgencias plenarias, en los dias de la Concepcion, de la Natividad, de la Anunciacion, de la Purificacion y de la Asuncion, á los que las recen todos los dias.

La cuarta, el *Regina coeli*, fue empezada por los Ángeles y terminada por el papa san Gregorio el Grande y el pueblo de Roma, el dia de Pascua, 25 de abril del año 550, en la época de la terrible peste que desolaba la capital del mundo cristiano y que cesó al instante [2]. Iguales indulgencias que al *Angelus*.

La quinta, las letanías del *santísimo nombre de Jesús*, recuerdan á Nuestro Señor sus diferentes títulos de Hombre-Dios, de Salvador y de modelo. Aunque de mucho no tan antiguas como las letanías de la santísima Vírgen, son, sin embargo, muy bellas, muy devotas, y están enriquecidas por el papa Sixto V con trescientos dias de indulgencia por cada vez que se recen [3].

La sexta, las letanías *de los Santos*, forman como un largo suspiro de la Iglesia de la tierra hácia su hermana la Iglesia del cielo. Nada mas solemne ni mas tierno que estas invocaciones de todos los órdenes de bienaventurados, cuya poderosa intercesion se implora representándoles la infinita série de miserias corporales y espirituales, públicas y particulares de que están rodeados los desterrados en este

[1] Ferraris, art. *Litan.*—Cum autem nemo ab historicis litaniarum auctor quamvis vetustissimus asseratur, quin eo antiquior litaniarum usus inveniatur, merito ab Apostolis eas ducere originem censendum est. *(Quart. Tract. litan. sect. I, punct. 4; Diclich. dict. liturg. art. Litan.).*

[2] Véase la historia de este hecho en nuestra obra las *Tres Romas*.

[3] Ferraris, *Ubi supr.*

valle de lágrimas. El orígen de esta oracion sublime se pierde en la noche de los tiempos, y encontramos ya sus huellas en los siglos de los Mártires [1]. Tales son las principales fórmulas de oraciones cuyo uso es mas general y mas antiguo en la Iglesia; lo mejor que los fieles pueden hacer es rezarlas con preferencia, pues este es el medio de orar mas digna y eficazmente [2].

Oracion y propósito.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á vuestra Iglesia tantas oraciones que tan gran poder tienen en vuestro corazon; hacedme la gracia de que las rece como los Santos que me han precedido, y como los que me seguirán.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no dejaré nunca de recogerme por un instante antes de orar.*

[1] Ferraris, id. — A quo litaniae primum fuerint institutae, adhuc mihi est inexploratum, vetustissimum sane morem fuisse in Ecclesia litanias peragere certissimum est. (Bar. *Annot. ad martyrol.* 25 *april.*).

[2] Exceptis sanctissimi nominis Iesu litaniis, nullae aliae praeter litanias Sanctorum et beatissimae virginis Mariae *Lauretanae* nuncupatae recitari et cani possunt sine approbatione Sedis Apostolicae aut Sacrae Congregationis Rituum. Clemens VIII, *Constit. Sanctissimus,* idus sept. 1601.—Litaniae non approbantur à Sacra Congregatione Rituum praeter ordinarias impressas in Breviaro (romano)... Litaniis non possunt inseri alii Sancti praeter ibi descriptos. (Ferraris, id.).

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION I.

ESTADO DEL MUNDO CUANDO VINO EL MESÍAS.

PREGUNTA. ¿Cuál era el estado del mundo cuando vino el Mesías?

RESPUESTA. Segun la profecía de Daniel, el imperio romano habia sometido todos los pueblos á sus leyes; César Augusto reinaba en paz en el mundo, pero todas las naciones estaban sumidas en las tinieblas de la idolatría.

P. ¿Qué es idolatría?

R. El culto de las falsas divinidades. Los Paganos no adoraban solamente el sol, la luna y la tierra, sino tambien las mas viles criaturas, y atribuian á sus dioses todas las pasiones.

P. ¿Cuál era el estado de los judíos cuando vino el Mesías?

R. La verdad, que estaba espirando en las naciones paganas, amenazaba tambien perderse entre los judíos. Habia en Judea cuatro sectas principales que la alteraban y le quitaban su imperio sobre los ánimos.

P. ¿Cuáles eran estas sectas?

R. La de los Fariseos, los Saduceos, los Esenios y Herodianos.

P. ¿Qué eran los Fariseos?

R. Una secta que habia añadido á la ley de Moisés una multitud de tradiciones y prácticas supersticiosas y ridículas. Los Fariseos eran orgullosos, avaros, ambiciosos, hipócritas, y enemigos declarados de Nuestro Señor.

P. ¿Qué eran los Saduceos?

R. Los Saduceos negaban la tradicion de los antiguos, la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos. Menos numerosos

que los Fariseos, tenian, sin embargo, mucha influencia porque eran los principales de la nacion.

P. ¿Qué eran los Esenios?

R. Otros sectarios que rechazaban todas las tradiciones, negaban la resurreccion de los cuerpos y la espiritualidad del alma: vivian léjos de las ciudades populosas, y se entregaban á grandes austeridades.

P. ¿Qué eran los Herodianos?

R. Personas adictas á la corte de Herodes que profesaban una moral muy peligrosa.

P. ¿Cómo estaba dividida la Palestina á la venida del Mesías?

R. En tres partes. La primera era la Samaria, cuyos habitantes se llamaban samaritanos, y eran idólatras convertidos á la religion judáica, pero á la cual mezclaban muchos errores.

P. ¿Cuáles eran estos errores?

R. 1.° Solo reconocian de la santa Escritura los cinco libros de Moisés; 2.° rechazaban la tradicion de los doctores judíos; 3.° sostenian que debia adorarse á Dios en el monte Garizim y no en Jerusalen. Los judíos los miraban con horror.

P. ¿Cuál era la segunda parte de la Palestina?

R. La Galilea, cuyos moradores se llamaban *galileos*; eran los israelitas de las diez tribus que de regreso del cautiverio de Nínive habian reedificado una parte de las ciudades del antiguo reino de Israel, y practicaban la misma religion que los judíos.

P. ¿Cuál era la tercera?

R. La Judea propiamente dicha, cuya capital era Jerusalen. Esta parte de la Palestina estaba ocupada por las tribus de Judá y de Benjamin, que al volver del cautiverio de Babilonia habian reedificado á Jerusalen y el templo.

P. ¿De quién dependian los judíos cuando nació el Mesías?

R. De los romanos que les habian impuesto un tributo y privado del derecho de ejecutar á muerte á los delincuentes: era la señal de que el soberano poder habia salido de sus manos y que estaba próximo el Mesías.

Oracion y propósito, pág. 12.

LECCION II.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

P. ¿Todos los pueblos esperaban al Mesías cuando Nuestro Señor vino al mundo?

R. Sí; cuando Nuestro Señor nació, todos los pueblos esperaban un personaje extraordinario que debia reinar en el mundo y establecer en él el imperio de la justicia y de la virtud. Los judíos sabian, segun las profecías, que estaba próxima la venida del Mesías; pero, cegados por los Fariseos, esperaban un Mesías conquistador que los libertase del yugo de las naciones, y hasta con esta esperanza trataron, á pesar de sus débiles fuerzas, de sostener la guerra contra todo el poder del imperio romano.

P. ¿Y los Paganos?

R. Fundados en antiguas tradiciones, esperaban tambien, en la misma época, la venida de un personaje extraordinario. *Reinaba una general conviccion*, dice Tácito, *de que los antiguos libros de los sacerdotes anunciaban que en aquella época prevaleceria el Oriente y saldrian de Judea los soberanos del mundo.*

P. ¿Es cierto este hecho?

R. Es tal su certeza, que hasta los enemigos mas encarnizados de la Religion se ven precisados á admitirlo.

P. ¿Qué se advierte además?

R. Que desde la venida de Jesucristo todos los pueblos han cesado de esperar un Mesías, de lo cual debemos deducir que, ó todos los pueblos se engañaron al esperar un Mesías y al reconocer como tal á Jesucristo, ó que Nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente el Mesías prometido por los Profetas y esperado por las naciones.

P. ¿Todos los pueblos se han engañado?

R. No, porque todos los caractéres del Mesías anunciado por los Profetas corresponden á Nuestro Señor Jesucristo, y solamente á él corresponden.

P. ¿Quién es Nuestro Señor Jesucristo ó el Mesías?

R. El Hijo de Dios hecho hombre para redimirnos.

P. Cuéntame la historia del nacimiento del Mesías.

R. Cuando llegó la época señalada por los Profetas, Dios envió al

arcángel Gabriel á María que vivia en la pequeña ciudad de Nazareth en Galilea.

P. ¿Quién era María?

R. Una jóven vírgen de la familia real de David y esposa de san José, tambien de la familia de David.

P. ¿Qué le dijo el Ángel?

R. Que Dios la habia escogido para ser madre del Mesías, á lo cual respondió la Vírgen santísima : *Hé aquí la sierva del Señor : cúmplase en mí su voluntad segun tus palabras*. El Ángel desapareció, y el Hombre-Dios quedó formado por obra del Espíritu Santo en el casto seno de María.

P. ¿Dónde nació el Mesías?

R. Un edicto del emperador Augusto obligó á la Vírgen santísima y á san José á trasladarse á la pequeña ciudad de Belen en Judea, donde nació el Mesías, como lo habian anunciado los Profetas.

P. ¿Por quién fue anunciado su nacimiento?

R. Por los Ángeles, que entonaron este cántico que es el resúmen de todas las obras del Mesías: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

P. ¿Quién adoró al nacer al Mesías?

R. La Vírgen santísima y san José en primer lugar, despues los pastores que se apresuraron á publicar por todas partes las maravillas de que habian sido testigos, y últimamente los Magos, que eran reyes de Oriente, y le ofrecieron oro, incienso y mirra.

P. ¿Cuándo recibió Nuestro Señor el nombre de Jesús?

R. En su circuncision. Jesús quiere decir Salvador, y Nuestro Señor es llamado así porque salvó á todos los hombres de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte eterna.

P. ¿Por qué nació el Mesías en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos?

R. El Mesías nació, vivió y murió en la pobreza, en las humillaciones y en los padecimientos, 1.° para expiar el pecado; 2.° para curarnos de sus consecuencias; 3.° para servirnos de modelo.

Oracion y propósito, pág. 22.

LECCION III.

VIDA OCULTA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

P. ¿Qué hicieron la Vírgen santísima y san José despues de la circuncision?

R. Cuarenta dias despues del nacimiento del Niño Jesús, san José y la santísima Vírgen le llevaron al templo de Jerusalen para ofrecerle á Dios su Padre.

P. ¿Por qué?

R. Para observar un artículo de la ley de Moisés que mandaba que todos los primogénitos fueran presentados en el templo como pertenecientes al Señor.

P. ¿Por qué se presentó la misma Vírgen santísima en el templo?

R. Para cumplir la ley que mandaba á todas las mujeres que daban á luz un hijo, que fueran á purificarse delante del Señor. La Vírgen santísima y Nuestro Señor, que no estaban obligados á someterse á estas leyes, las observaron para enseñarnos la humildad y la obediencia.

P. ¿Qué sucedió mientras estaban en el templo?

R. Que un santo anciano llamado Simeon, que se hallaba tambien allí, sostuvo en sus brazos al Niño Jesús, y anunció las grandezas futuras del Mesías y los dolores de la santísima Vírgen.

P. ¿Á dónde fueron despues la Vírgen y san José?

R. Á Egipto para salvar al Niño Jesús del furor de Herodes.

P. ¿Quién era Herodes?

R. Un rey malvado que queria dar muerte al Niño Jesús. Con este objeto mandó matar á todos los niños de Belen y de las cercanías, desde la mas tierna edad hasta los dos años, creyendo que en esta matanza pereceria el nuevo Rey de los judíos; pero habiendo avisado un Ángel á san José, huyó este á Egipto con el Niño y la Madre.

P. ¿Dónde vivieron san José y la Vírgen santísima despues de la muerte de Herodes?

R. En su casa de Nazareth en Galilea, no atreviéndose á permanecer en la Judea propiamente dicha, porque reinaba allí Arquelao, hijo de Herodes; no obstante, iban todos los años á Jerusalen á celebrar la fiesta de Pascua.

P. ¿Qué sucedió en uno de estos viajes?

R. Que Nuestro Señor, de edad entonces de doce años, se separó de san José y de la Vírgen santísima. Se quedó en el templo en medio de los Doctores, á quienes asombró con la sabiduría de sus preguntas y respuestas, y le hallaron allí sus padres al cabo de tres dias.

P. ¿Qué le dijo la Vírgen santísima?

R. Díjole : *¿Por qué nos has tratado así? Tu padre y yo estábamos buscándote llenos de afliccion.*

P. ¿Qué respondió Nuestro Señor?

R. Le dió esta contestacion sumamente instructiva : *¿No sabeis que es preciso que me emplee en cosas que corresponden á mi Padre?* para enseñarnos á preferir á todo la voluntad de Dios. Volvió despues á Nazareth con san José y la Vírgen santísima, *y les era sumiso.*

P. ¿Qué adviertes en estas últimas palabras?

R. Que encierran toda la vida de Nuestro Señor hasta los treinta años. Nuestro Señor se dignó vivir en la obediencia de dos de sus criaturas, para enseñarnos esta virtud y confundir para siempre nuestro orgullo.

Oracion y propósito, pág. 31.

LECCION IV.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR. — AÑO PRIMERO.

P. ¿Qué entiendes por la vida pública del Mesías?

R. El tiempo durante el cual Nuestro Señor predicó su doctrina en la Judea, y que fue de tres años.

P. ¿Cómo empezó Nuestro Señor su vida pública?

R. Recibiendo el bautismo de san Juan Bautista. No era el sacramento del Bautismo, sino una señal de penitencia que el Precursor daba á los que querian convertirse y prepararse á recibir al Mesías.

P. ¿Qué sucedió en el momento del bautismo de Nuestro Señor?

R. Que descendió sobre él el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma, y se oyó una voz celestial que decia : *Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.*

P. ¿Qué hizo despues Nuestro Señor?

R. Despues de recibir el bautismo de Juan Bautista, que era una profesion de penitencia, quiso ejercer en sí todo su rigor; se retiró al desierto, pasó cuarenta dias sin tomar alimento, y se dejó tentar por el demonio.

P. ¿Por qué se dejó tentar por el demonio?

R. Para vencerlo, y enseñarnos el modo de triunfar de sus tentaciones.

P. ¿Á dónde fué Nuestro Señor al salir del desierto?

R. Volvió á las orillas del Jordan, donde se agregó sus primeros discípulos. Fueron estos Andrés y Simon Pedro, su hermano, con Felipe, los tres de la ciudad de Betsaida. Nuestro Señor partió con ellos á Caná en Galilea.

P. ¿Qué milagro hizo Nuestro Señor en esta ciudad?

R. Al llegar á esta ciudad fue convidado, así como tambien la santísima Vírgen y sus discípulos, á una comida de bodas. Á ruegos de su divina Madre cambió el agua en vino, y nos enseñó con esto que la Vírgen santísima es todopoderosa cerca de él, y que hasta se interesa por nuestras necesidades temporales.

P. ¿Cuál fue el otro efecto de este milagro?

R. El de fortalecer la fe de los discípulos de Nuestro Señor, y el de agregársele otros; en particular Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, pescadores de oficio, que siguieron al Salvador á Jerusalen, á donde fué para celebrar la fiesta de Pascua.

P. ¿Qué hizo en Jerusalen?

R. Fué al templo, y echó de allí á los mercaderes.

P. ¿De qué modo?

R. Se armó de un azote, y derribó sus mesas diciendo: *Mi casa es una casa de oracion, y la habeis hecho guarida de ladrones*. Nadie se atrevió á resistírsele, pues tanta era la impresion que habia causado á los profanadores. San Jerónimo considera esta accion como uno de los mayores milagros que hizo el Señor.

Oracion y propósito, pág. 40.

LECCION V.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO PRIMERO.

P. ¿Qué hizo Nuestro Señor despues de haber echado á los mercaderes del templo de Jerusalen?

R. Partió á Galilea pasando por la Samaria.

P. ¿Qué le sucedió en este viaje?

R. Convirtió á la Samaritana revelándole todo lo que ella habia hecho, y anunciándole que era él el Mesías. Esta mujer creyó en su palabra, y corrió á contar lo que acababa de sucederle á los habitantes de la ciudad, que fueron en seguida á ver al Salvador, cuyas palabras convirtieron un gran número de ellos.

P. ¿Qué milagro hizo en Cafarnaum?

R. Habiendo ido en Galilea á la ciudad de Cafarnaum, le trajeron un poseido del demonio en presencia de mucha gente. De pronto el demonio exclamó por boca del poseso: *Déjanos en paz, Jesús de Nazareth, no nos perturbes en nuestra posesion. Sé quién eres, el Santo de Dios.* Jesús tomó un tono amenazador, y dijo al espíritu maligno: *Enmudece, y sal del cuerpo de ese hombre,* quien quedó al momento libre.

P. ¿Qué otro milagro hizo además?

R. Curó un paralítico, porque la noticia de la libertad del poseso se esparció al momento por todo el país, y de todas partes acudian para oir y ver al gran Profeta. Un dia se reunió tanta gente delante de la casa donde estaba, que era imposible penetrar por la multitud; cuatro hombres que llevaban un paralítico en su camilla subieron al tejado de la casa, hicieron una ancha abertura, y bajaron por ella al enfermo acostado en su camilla hasta los piés de Jesús y en medio de la asamblea.

P. ¿Cómo comenzó el Salvador su curacion?

R. Viendo la fe de aquel hombre, le dijo: *Hijo mio, ten confianza, y serán perdonados tus pecados.* Los Escribas y Fariseos que se hallaban en la asamblea se dijeron á sí mismos: *Blasfema, solo Dios puede perdonar los pecados.*

P. ¿Qué les dijo el Salvador?

R. El Salvador, conociendo sus pensamientos, les preguntó: *¿Es*

mas fácil decir á un paralítico : Tus pecados serán perdonados, que decirle : Levántate, toma tu lecho y anda? Ahora bien, para que sepais que el Hijo del Hombre tiene poder de perdonar los pecados, voy á curar al instante á vuestros ojos á este paralítico. Y dijo al paralítico : *Levántate, llévate tu lecho y anda.* El paralítico se levantó, y cargando sobre sus hombros su lecho, se fué publicando las alabanzas de Dios.

P. ¿Qué hizo despues el Salvador?

R. Despues de este milagro, que probaba tan bien su divinidad, salió de la ciudad, subió á un monte donde pasó la noche en oracion, y por la mañana eligió doce de sus discípulos, á quienes nombró Apóstoles, que quiere decir enviados.

P. ¿Cuáles son los nombres de los doce Apóstoles?

R. Pedro, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo; Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás; Santiago y Judas, hijos de Alfeo; Simon y Judas Iscariotes que le vendió.

Oracion y propósito, pág. 48.

LECCION VI.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO PRIMERO.

P. ¿Qué hizo el Salvador despues de haber elegido sus Apóstoles?

R. Les dirigió, é igualmente á una innumerable multitud de pueblo, el admirable discurso que llaman el *Sermon del monte*.

P. ¿Cómo se divide este discurso?

R. Puede dividirse en dos partes : la primera se dirige particularmente á los Apóstoles y á todos los ministros de la Iglesia, y la segunda corresponde á todos los fieles.

P. ¿Qué enseña el Salvador en la primera parte?

R. En qué consiste la felicidad, reforma todas las ideas que de ella se habia hecho el hombre desde el pecado original, diciendo que no existe en las riquezas, en los honores ni en los placeres, sino por el contrario en el desprendimiento de todas estas cosas, y en el deseo ferviente y la práctica fiel de las virtudes cristianas.

P. ¿Qué dice despues?.

R. Dice á los Apóstoles, encargados de predicar un dia todas estas verdades, que deben ser santos porque son la luz del mundo y la sal de la tierra.

P. ¿Qué enseña el Señor en la segunda parte?

R. Que la ley nueva es mucho mas perfecta que la antigua, que por lo mismo los Cristianos deben ser mas santos que los judíos, y despues de haber recomendado el gran precepto de la caridad y del amor de los enemigos, concluye diciendo: *Sed, pues, vosotros perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto.*

P. ¿Cuál es el primer medio que nos da el Salvador para llegar á esta perfeccion?

R. La oracion. *Pedid*, dijo, *y se os dará; si á pesar de ser tan imperfectos sabeis dar cosas excelentes á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará á los que le pidan? Hé aquí cómo debeis orar; diréis: Padre nuestro*, etc.

P. ¿Cuál es el segundo?

R. El ayuno. *Cuando ayuneis*, dijo, *lavad vuestra cara, para que los hombres no sepan que ayunais, sino vuestro Padre celestial que os lo galardonará.*

P. ¿Cuál es el tercero?

R. La limosna. *No querais*, dice el Salvador, *atesorar riquezas en la tierra; el orin puede consumirlas, y los ladrones arrebatarlas. Colocad vuestros tesoros en el cielo, y allí estarán seguros contra el orin y los ladrones.*

P. ¿Qué se advierte acerca de estos tres medios?

R. Que son opuestos á las tres grandes pasiones de nuestro corazon, que son la causa de todos nuestros pecados y de todos los males del mundo.

P. ¿Qué añade el Salvador?

R. Que no debemos entregarnos á desmesuradas inquietudes sobre el alimento y el vestido; nos prescribe el trabajo, pero prohibe la desconfianza en los cuidados de su providencia.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Que Nuestro Señor destruye de un solo golpe el desarreglado amor á las riquezas, honores y placeres, tristes frutos del pecado, y que recordando al hombre su perfeccion primitiva, asegura su felicidad, hasta en esta vida, y se muestra verdaderamente su Salvador.

P. ¿Qué hizo Nuestro Señor despues del sermon del monte?

R. Quiso confirmar su doctrina por medio de milagros, y curó á un leproso y al siervo de un centurion que era paralítico.

Oracion y propósito, pág. 57.

LECCION VII.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR. — AÑO SEGUNDO.

P. ¿Qué hizo el Salvador despues de la curacion del siervo del centurion?

R. Obró otros varios milagros; curó á una mujer que padecia, hacia muchos años, un flujo de sangre; resucitó á una jóven de doce años de edad, y dió al pueblo un gran número de saludables instrucciones.

P. ¿Qué hizo además?

R. Para poner los cimientos de la jerarquía eclesiástica se asoció cierto número de discípulos, que debian en lo sucesivo emplearse en la predicacion del Evangelio bajo los Apóstoles; y para formarles para su ministerio quiso tenerles por cooperadores y testigos de sus maravillas.

P. ¿Qué maravillas obró en su presencia?

R. Varias; entre otras, resucitó al hijo de la viuda de Naim que llevaban á enterrar cuando Nuestro Señor llegaba á las puertas de la ciudad. Se acercó al féretro y dijo al muerto: *Jóven, levántate, yo te lo mando*. El muerto se levantó al momento, y empezó á hablar; Jesús se lo restituyó á su madre, y todo el pueblo exclamó: *El gran Profeta apareció entre nosotros, y Dios visitó á su pueblo*. Estas expresiones designaban la venida del Mesías.

P. ¿Á qué dió lugar este milagro?

R. Á que el Salvador probase su divinidad á los discípulos de Juan Bautista, é hiciera el elogio de su Precursor, que estaba entonces en la cárcel, donde fue muerto por mandato del culpable Herodes.

P. ¿Á dónde fué entonces el Salvador?

R. Á Cafarnaum, y despues al desierto inmediato á esta ciudad.

P. ¿Qué milagro hizo allí?

R. Sustentó maravillosamente á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. Este milagro, á pesar de su grandeza, no era mas que el anuncio de otro aun mas admirable.

P. ¿Cuál fue este milagro?

R. La multiplicacion del cuerpo y la sangre del Salvador en la Eucaristía. Á su regreso á Cafarnaum, Nuestro Señor anunció al pueblo la institucion del augusto Sacramento del altar, diciendo: *Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Mi carne es verdaderamente un alimento, y mi sangre una bebida. La carne que os daré para comer es la misma que será inmolada por la salvacion del mundo.*

P. ¿Qué promesa hizo el Salvador á san Pedro?

R. Despues de su discurso sobre la Eucaristía, el Salvador recorrió los diversos pueblos de Galilea, y prometió á san Pedro establecerle jefe de la Iglesia diciendo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

P. ¿Qué le anunció en seguida?

R. Le anunció á él y á los demás discípulos su pasion y muerte, y les precavió contra el escándalo de sus humillaciones.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Tomó consigo á Pedro, y á Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, los mismos que debian ser testigos de su agonía; subió con ellos á un monte elevado, y se transfiguró delante de ellos. Su rostro quedó resplandeciente como el sol y sus vestidos mas blancos que la nieve; aparecieron Moisés y Elías y hablaron con él; una nube luminosa los rodeó, y los Apóstoles aterrados cayeron de hinojos en tierra. Al mismo tiempo se oyó una voz del cielo que decia: *Este es mi Hijo el amado, en quien mucho me he complacido, escuchadle.* El Salvador bajó despues del monte.

Oracion y propósito, pág. 65.

LECCION VIII.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO SEGUNDO.

P. ¿Qué milagro obró el Salvador al bajar del monte?

R. Curó á un niño poseido del demonio.



P. ¿Qué instruccion dió el Salvador en esta ocasion á sus Apóstoles?

R. Les enseñó la necesidad y el poder del ayuno y la oracion.

P. ¿Qué otra instruccion les dió además?

R. Habiendo vuelto á partir á Galilea, dió á comprender á sus Apóstoles y á todos sus discípulos la necesidad de perdonar, y la indignidad de la conducta del que se niega á olvidar las injurias.

P. ¿Qué medio empleó?

R. Se sirvió de una parábola. Un súbdito, dijo, debia á su soberano diez mil talentos y no tenia con qué satisfacerle; el soberano mandó que le prendiesen y se vendieran su mujer y sus hijos, para emplear su valor en el pago de la deuda; y el súbdito le suplicó que se apiadase de él y tuviese paciencia. Movido el soberano á compasion, le perdonó toda la deuda. Al salir, este súbdito encontró uno de sus compañeros que le debia la módica suma de cien denarios, y asiéndole del cuello y ahogándole, le dijo: Págame lo que me debes. El desgraciado le respondió: Ten paciencia, que ya te lo pagaré todo. El otro no accedió, y en el acto le hizo poner en la cárcel.

P. Continúa la parábola.

R. Sabedor el soberano de tan bárbara conducta, mandó llamar al malvado siervo, y le dijo: Me he compadecido de tí y he perdonado toda tu deuda; ¿no debias tener tambien compasion de tu compañero? Y le mandó encerrar en una cárcel hasta que hubiera pagado todo lo que debia. *Del mismo modo*, añadió el Salvador, *hará tambien con vosotros mi Padre celestial, si vosotros*, á quienes ha perdonado todos los dias tantos pecados, *no perdonais de todo corazon las ofensas que os hayan hecho.*

P. ¿Qué sucedió despues de esta leccion?

R. Tuvo lugar un acontecimiento que dió motivo al Salvador para enseñarnos el espíritu de mansedumbre que ha de animar á sus discípulos. Habiéndose negado á recibirle los habitantes de una ciudad de Samaria, dos de los Apóstoles le pidieron el permiso de hacer bajar fuego del cielo sobre la ciudad culpable. El Salvador les respondió: *No sabeis de qué espíritu debeis estar animados; el Hijo del Hombre no ha venido á la tierra para perder las almas, sino para salvarlas.* Y sufrió la afrenta sin quejarse, y fué á buscar asilo en otra parte.

P. ¿Qué mas le sucedió en aquel viaje?

R. El Salvador proclamó nuevamente el gran precepto del amor

de Dios y del prójimo; despues llegó á la pequeña ciudad de Betania, y se hospedó en casa de Lázaro y de sus dos hermanas Marta y María.

P. ¿Á dónde fué despues?

R. Á Jerusalen para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, donde sus enemigos se vieron obligados á decir como el pueblo: *Nunca habló nadie como este hombre.*

P. ¿Se convirtieron?

R. No; sin embargo el Salvador para conmoverlos hizo en su presencia uno de sus mas ruidosos milagros; curó á un ciego de nacimiento, milagro que no habia obrado ningun Profeta y que nunca se habia visto desde el principio del mundo.

Oracion y propósito, pág. 73.

LECCION IX.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO TERCERO.

P. ¿Cuál era el objeto de todas las palabras, milagros y acciones del Salvador?

R. Salvar al hombre. Con sus palabras desvanecia la ignorancia, con sus milagros nos enseñaba á creer en él, y todas sus acciones tendian á aliviar nuestras miserias y arreglar nuestra conducta.

P. ¿Qué otro objeto se proponia además?

R. Desterrar el temor excesivo que el hombre tenia de Dios, porque queria hacer suceder la ley de gracia á la de temor, é impedir que el hombre se desesperase despues de sus pecados.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Se mostró siempre bueno, afable y compasivo para con todos. y para pintar su bondad y misericordia, contó varias parábolas, en particular la del hijo pródigo y la de la oveja perdida.

P. Cuenta la parábola de la oveja perdida.

R. Un pastor, dijo el Salvador, tenia un rebaño de cien ovejas, y las amaba á todas y las guardaba con precaucion; pero á pesar de su vigilancia, se extravió una de ellas. ¿No es verdad que apenas lo advirtió dejó las otras noventa y nueve, y corrió en busca de la que

se habia alejado? La buscó por todas partes, y no descansó hasta haberla encontrado.

P. Continúa la misma parábola.

R. Cuando la encontró no la castigó, sino que se la puso suavemente sobre sus hombros, y la llevó él mismo al redil para aliviarle el cansancio de la vuelta. Cuando llegó á su casa, reunió á sus amigos y vecinos, y les dijo: Felicitadme, he encontrado la oveja que habia perdido. Este es, dijo en conclusion el Salvador, el retrato de vuestro Padre celestial: *En verdad os digo, que la conversion de un solo pecador causa en el cielo una alegría mayor que la perseverancia de noventa y nueve justos.*

P. ¿Qué hizo el Señor despues de esta interesante parábola?

R. Una accion que descubre toda la bondad de su divino corazon.

P. ¿Cuál fue esta accion?

R. Un gran número de padres y madres fueron á presentarle sus tiernos hijos pidiéndole que los bendijera. El Salvador recibió en sus brazos á todos aquellos niños, les colmó de caricias, les impuso las manos y les bendijo.

P. ¿Qué hizo además?

R. Para poner su inocencia y su vida á cubierto, declaró que era preferible ser arrojado en el mar con una rueda de molino en el cuello, que escandalizar á un niño, y que reputaria como hecho contra sí mismo todo lo que hicieran contra el mas inferior de estos niños que eran sus hermanos.

P. ¿Qué anunció en seguida á sus Apóstoles?

R. Que estaban próximas su muerte y su pasion, que seria crucificado, pero que resucitaria tres dias despues. Empleó el escaso tiempo que le quedaba en darles instrucciones, y en hacer milagros mas notables que nunca.

P. ¿Cuáles fueron estos milagros?

R. Los principales fueron la conversion de Zaqueo y la resurreccion de Lázaro muerto hacia cuatro dias, que tuvo lugar á las puertas mismas de Jerusalen y en presencia de un gran número de judíos.

P. ¿Cuáles fueron sus consecuencias?

R. Que se convirtieron muchos judíos y creyeron en el Señor; pero celosos los Pontífices y Fariseos, resolvieron darle muerte.

Oracion y propósito, pág. 84.

LECCION X.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR. — AÑO TERCERO.

P. ¿Era una razon para que el pueblo no reconóciera al Salvador como Hijo de Dios el que los grandes de Jerusalen hubieran resuelto darle muerte?

R. No, por cuanto los milagros de Nuestro Señor hablaban mas alto que el odio de la Sinagoga.

P. ¿Habia omitido el Salvador alguna cosa que fuera necesaria para mostrar que era verdaderamente el Mesías?

R. Ninguna; habia venido al mundo en la época precisa en que era esperado el Mesías; habia nacido en Belen, de la familia de David; habia sido adorado por los Reyes, segun los vaticinios de los Profetas, y durante treinta y dos años no habia hecho otra cosa que perfeccionar en su persona el retrato completo del Cristo con su doctrina, su santidad, sus milagros y el cumplimiento literal de las profecías que le correspondian.

P. ¿Qué le faltaba hacer?

R. Consumar la prueba de su divina mision.

P. ¿Cómo?

R. Muriendo; porque el rasgo decisivo del Mesías era su muerte en una cruz, decretada por la Sinagoga, padecida de manos de extranjeros, seguida tres dias despues de su resurreccion gloriosa, y coronada por su ascension al cielo.

P. ¿Aterraron al Salvador los proyectos de la Sinagoga?

R. No, y hasta quiso demostrar á sus enemigos que si algun dia se entregaba en sus manos, era porque así lo queria.

P. ¿Qué hizo para esto?

R. Resolvió ir á mostrarse públicamente en Jerusalen, montado en una asna seguida de su pollino, porque el profeta Zacarías habia vaticinado que el Mesías entraria de este modo. Todo el pueblo salió á su encuentro con ramos de olivo en la mano y exclamando: *Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor!*

P. ¿Qué hizo el Salvador en medio de su triunfo?

R. Lloró sobre Jerusalen, y vaticinó las calamidades que muy pronto debian caer sobre ella, y subió despues al templo, donde una voz del cielo proclamó altamente su divinidad.

P. ¿Qué sucedió mientras estaba en el templo?

R. Que una pobre viuda puso una pequeña moneda en el tesoro, y el Salvador dijo que habia puesto mas que los ricos, para enseñarnos el mérito de la pureza de intencion.

P. ¿Á dónde fué al salir del templo?

R. Se retiró á la falda del monte de los Olivos, donde anunció á los Apóstoles la ruina de Jerusalen y del templo, así como el fin del mundo y las circunstancias del juicio final.

P. ¿Qué hizo despues?

R. Volvió á Betania, á casa de Simon el leproso, donde una mujer derramó sobre su cabeza un licor precioso. Esta accion irritó de tal modo al avaro Judas, que concibió el designio de vender á su Maestro. Fué, pues, á encontrar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijo : *¿Cuánto quereis darme y os le entregaré?* Le prometieron treinta denarios : era el precio de un esclavo. Judas volvió al lado del Salvador buscando una ocasion de entregarle.

Oracion y propósito, pág. 92.

LECCION XI.

VIDA PÚBLICA DE NUESTRO SEÑOR.—AÑO TERCERO.

P. ¿Qué hizo el Salvador durante sus últimos momentos?

R. Celebró la Pascua con sus discípulos. Á las tres de la tarde envió dos de sus Apóstoles á Jerusalen para que preparasen lo necesario para la Pascua. Les dijo : *Id á la ciudad, y luego que entreis hallaréis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa donde entre, y decid al padre de familia : El Maestro dice : Mi tiempo está cerca; he escogido tu casa para celebrar la Pascua con mis discípulos. Enséñanos el lugar donde podré comerla con ellos. Y os enseñará una gran sala amueblada, y haréis en ella los preparativos.*

P. ¿Qué nos enseñan estas palabras?

R. Que Nuestro Señor sabia lo porvenir y era dueño de los corazones.

P. ¿Qué hicieron los Apóstoles?

R. Lo que el Salvador les habia mandado, y lo encontraron todo

como lo habia vaticinado. El Salvador llegó por la noche y se puso á la mesa con sus discípulos para comer el cordero pascual. Entonces les dijo : *Uno de vosotros me venderá. El Hijo del Hombre se va, pero ¡ ay de aquel por quien será entregado el Hijo del Hombre! Mas le valiera no haber nacido...* Los Apóstoles creyeron que se iba á su reino, y empezaron á disputar para saber quién de ellos ocuparia en él los puestos principales.

P. ¿Qué leccion les dió el Salvador?

R. Se compadeció de su flaqueza, y les dijo que el reino á donde iba é irian tambien ellos no era como los de la tierra, y que solo podian llevar á él la humildad y la pureza de corazon. Entonces se levantó de la mesa, les lavó los piés y les dijo : *Me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pero si yo me he abajado hasta lavaros los piés, vosotros debeis tambien humillaros delante de vuestros hermanos, porque yo os he dado ejemplo para que hagais tambien lo que yo he hecho con vosotros.*

P. ¿Qué siguió al lavatorio de piés?

R. La institucion de la santa Eucaristía destinada á reemplazar todos los sacrificios de la antigua ley.

P. ¿Cómo instituyó el Salvador la santa Eucaristía?

R. Del modo siguiente : tomó pan, lo bendijo, lo hizo pedazos y lo dió á sus Apóstoles diciendo : *Tomad y comed; este es mi cuerpo, este cuerpo que va á ser entregado para vosotros á la muerte.* Tomó en seguida un cáliz de vino, lo bendijo y lo presentó á sus Apóstoles diciendo : *Bebed de este todos, porque esta es mi sangre que será derramada para vosotros.* Les dió en seguida el poder de consagrar ellos mismos su cuerpo y su sangre, diciendo : *Haced esto en memoria mia.*

P. ¿Qué dijo el Salvador á Judas?

R. Despues de la comunion quiso darle la última amonestacion á Judas y le dijo : *Haz cuanto antes lo que tienes resuelto hacer;* pero Judas continuó insensible y salió.

P. ¿Qué hizo el Salvador despues que salió Judas?

R. Dió las gracias despues de la comida, y se entregó á toda la efusion de su ternura en la despedida que hizo á sus Apóstoles, con los cuales se fué al huerto de los Olivos.

Oracion y propósito, pág. 101.

LECCION XII.

PASION DE NUESTRO SEÑOR.

P. Cuenta la pasion de Nuestro Señor.

R. El Salvador fué al huerto de Getsemaní acompañado de sus once Apóstoles. Judas sabia que este era el sitio donde Jesús acostumbraba retirarse para orar. El Salvador dijo á sus Apóstoles: Quedaos aquí mientras voy á orar, y orad tambien para no entrar en tentacion. Y dejando entonces á los demás, tomó consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, y les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí y velad conmigo*. Y habiendo dado algunos pasos, se apartó á la distancia de un tiro de piedra, y puesto de rodillas hizo esta oracion: Padre mio, apartad de mí este cáliz si es posible; sin embargo, que no se haga mi voluntad sino la vuestra.

Despues de su oracion se levantó, vino á sus discípulos, los halló á los tres dormidos, y dijo á Pedro: ¿Duermes, Simon? ¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigais en la tentacion; porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil. Se retiró segunda vez, é hizo la misma oracion. Volvió á donde estaban sus discípulos y los halló tambien dormidos, y se fué nuevamente, y por tercera vez hizo la misma oracion. Entonces cayó en la agonía y tuvo un sudor de sangre que se vertió hasta el suelo, y un Ángel bajó del cielo para fortalecerle. Vino entonces á sus discípulos y les dijo: Dormid ahora y descansad; el que me ha de entregar se acerca; levantaos, y salgamos á su encuentro.

Y hablaba aun cuando llegó Judas seguido de una multitud de soldados y criados, enviados por los sacerdotes y los ancianos del pueblo; unos iban armados de palos, y otros llevaban linternas y antorchas. Todo esto se hacia para que se cumpliera el oráculo del Profeta que habia dicho al hablar del Mesías: *Le tratarán como á los malvados y ladrones*. Judas les habia dado una señal diciendo: El que yo besare, él mismo es; prendedle y llevadle con precaucion. Luego que llegó, se adelantó hácia Jesús y le dijo: Maestro, yo os saludo. Y le besó. Jesús le dijo: Amigo mio, ¿con qué designio has venido? ¿Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre? Jesús se adelantó entonces hácia la tropa y les dijo: ¿Á quién buscais? Á

Jesús de Nazareth, le respondieron. Jesús les dijo: Yo soy. Y en seguida cayeron todos en el suelo. Jesús, que los habia derribado, permitió que volviesen á levantarse, y le prendieron.

Simon Pedro, que llevaba una espada, la desenvainó entonces, é hiriendo á un siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja derecha; pero Jesús le dijo: Dejad hasta aquí; y curó al herido. Todos los Apóstoles emprendieron la fuga. Los judíos se llevaron á Jesús y le condujeron primero á casa de Anás, suegro de Caifás, sumo sacerdote. De allí le llevaron á casa de Caifás donde estaban reunidos todos los sacerdotes, Escribas y ancianos. Simon Pedro seguia en tanto de léjos á Jesús, y entró en el atrio del sumo sacerdote.

Caifás interrogó, pues, á Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Manifiestamente he hablado siempre al mundo; pregunta á los que me han oido. Entonces un criado le dió una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Hicieron venir, pues, testigos falsos, pero sus testimonios no estaban acordes, y el sumo sacerdote dijo á Jesús: En nombre de Dios, dínos si eres el Cristo. Jesús le respondió: Sí, yo soy. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, y dijo: Ha blasfemado; ya no tenemos necesidad de testigos. ¿Qué os parece? Todos respondieron: Reo es de muerte. Y habiéndose retirado, dejaron á Jesús bajo la custodia de los soldados y criados, que le hicieron padecer toda clase de ultrajes.

En tanto una criada del sumo sacerdote vió á Pedro que se calentaba, y le dijo: ¿Tú tambien estabas con Jesús de Nazareth? Pedro le negó hasta tres veces en presencia de todo el mundo. Entonces Jesús le miró, y el gallo cantó por la segunda vez. Pedro se acordó de lo que le habia dicho Jesús: Antes que el gallo cante dos veces, tres veces me negarás. Salió y lloró amargamente.

Llegada la mañana, los sacerdotes, los Escribas y los ancianos se reunieron y preguntaron nuevamente á Jesús: ¿Eres tú el Cristo? Sí, yo lo soy, les respondió. Condenáronle, pues, á muerte, y le llevaron al gobernador Poncio Pilatos para alcanzar el permiso de darle muerte. Entonces fue cuando viendo Judas que Jesús era condenado se arrepintió; y fué al templo y llevó las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado entregando la sangre del Justo. Respondiéronle: ¿Qué nos importa? Eso es cuenta tuya. Salió, pues, y fué á ahorcarse. Con el

dinero compraron el campo de un alfarero para enterrar á los extranjeros. Todo esto se hizo para que se cumplieran las palabras del Profeta que habia anunciado que el Mesías seria vendido por treinta monedas de plata, con las cuales se compraria el campo de un alfarero.

Oracion y propósito, pág. 111.

LECCION XIII.

PASION DE NUESTRO SEÑOR. — CONTINUACION.

P. Continúa la historia de la pasion.

R. Cuando los judíos llegaron con Jesús delante de la casa de Pilatos, no quisieron entrar en el pretorio, temerosos de mancharse y no poder comer la Pascua. Pilatos, pues, salió fuera á ellos y les dijo: ¿De qué acusais á este hombre? Ellos le respondieron: Si no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Pilatos les dijo: Tómadle allá vosotros y juzgadle segun vuestra ley. Ellos le respondieron: No nos es lícito matar á nadie.

Pilatos interrogó, pues, á Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió que era Rey; pero que su reino no era como los de la tierra. Pilatos dijo á los judíos: No hallo en este hombre ningun motivo para condenarle. Pero se pusieron á gritar: Subleva el pueblo. Pilatos dijo al Salvador: ¿No oyes de cuántos crímenes te acusan? Pero él no respondió. Sabiendo Pilatos que Jesús era de Galilea, lo envió delante de Herodes. Este deseaba sobremanera ver al Salvador, esperando que haria en su presencia algun milagro, pero quedó burlada su vana curiosidad. Despreció, pues, al Salvador con todo su corazon, y habiéndole hecho poner una túnica blanca, como á loco, le volvió á enviar á Pilatos.

Este dijo á los judíos: Me habeis presentado este hombre como sublevador del pueblo, le he interrogado en vuestra presencia sin encontrar en él ningun motivo para condenarle; tampoco Herodes lo ha encontrado, y por consiguiente le dejaré libre despues de castigarle. Sin embargo temia que este medio no podria salvar á Jesús, y recurrió á otro. Era costumbre que en la época de la Pascua el go-

bernador concediese al pueblo la libertad de un preso. Habia en las cárceles un famoso criminal llamado Barrabás, que era ladron, sedicioso y homicida. Pilatos dijo al pueblo : ¿Á quién quereis que os entregue libre, á Barrabás ó á Jesús, que es llamado el Cristo? Los sacerdotes persuadieron al pueblo para que pidiera á Barrabás y condenara á muerte á Jesús. Por eso cuando Pilatos les dijo : ¿Á quién de los dos quereis que os entregue libre? gritaron todos á una voz: No queremos á Jesús, escogemos á Barrabás. Pilatos les dijo : ¿Qué quereis, pues, que haga de Jesús, el Rey de los judíos? Le respondieron todos : ¡Que sea crucificado! Les dijo otra vez : Pero ¿qué mal ha hecho? Nada hallo en él que merezca la muerte. Voy á azotarle y á ponerle en libertad.

Pero gritaron nuevamente : ¡Que sea crucificado! Pilatos mandó entonces que le trajesen agua, y lavándose las manos en presencia del pueblo, les dijo : Inocente soy de la sangre de este justo; pensadlo bien vosotros. Todo el pueblo respondió : ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Pilatos mandó entonces azotar al Salvador, y habiéndole desnudado los soldados, le pusieron un manto encarnado sobre los hombros, una corona de espinas en la cabeza y una caña en la mano; y acercándose despues y doblando la rodilla delante de él, le decian *por irrision* : *Dios te salve, Rey de los judíos.* Y al decirlo le hundian las espinas en la cabeza dándole grandes golpes con la caña, le escupian en el rostro y le abofeteaban.

Hallándose el Salvador en este estado, Pilatos mandó que se lo condujesen, y enseñándole al pueblo, le dijo : ¡Ved aquí el hombre! Al momento gritaron los príncipes de los sacerdotes : ¡Crucifícale! ¡crucifícale! Si le sueltas no eres amigo del César. Confuso Pilatos al oir esta palabra, les abandonó á Jesús para que hiciesen lo que quisieran.

Apenas fue condenado, cuando los soldados se apoderaron de él, arrancáronle su manto de púrpura, le volvieron á poner su vestidura y le sacaron fuera de la ciudad para crucificarle. Jesús salió con la cruz á cuestas, pero muy en breve sucumbió bajo su peso. Detuvieron á un extranjero, llamado Simon el Cireneo, y le obligaron á llevar la cruz detrás de Jesús. Seguian al Salvador una gran multitud de pueblo y de mujeres que lloraban, y se volvió y les dijo : Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí; antes llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos. Cuando llegaron al Calvario le crucificaron con

dos ladrones, uno á cada lado. Apenas fue suspendido el Salvador en la cruz, pidió perdon para sus verdugos. ¡Padre, dijo, perdónales porque no saben lo que hacen!

Los soldados se repartieron sus vestiduras, y sacaron á la suerte su túnica. Los judíos blasfemaban diciendo: Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creerémos en él. Si el Salvador hubiera bajado, no hubiese sido el Mesías, porque los Profetas habian anunciado que el Mesías moriria en la cruz. El Salvador convirtió al buen ladron. Vió en seguida á su santísima Madre con el Discípulo querido, y dijo á la Vírgen: Mujer, hé aquí tu hijo; y á Juan: Hé aquí tu madre. María adoptó á Juan por hijo, y en su persona á todos los Cristianos.

Densas tinieblas se esparcieron entonces sobre toda la tierra, y se escureció el sol. El Salvador clamó con alta voz: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Y dijo en seguida: Sed tengo. Habia allí un vaso de vinagre, y al mismo tiempo uno de los que estaban presentes corrió á tomar una esponja, la empapó en vinagre, y atándola al extremo de una caña, se la dió para que bebiera. Era para que se cumpliera esta profecía de David: *Apagaron mi sed con vinagre.*

Habiendo tomado Jesús el vinagre y estando seguro de que nada faltaba á su sacrificio, ni al cumplimiento de todas las profecías, ni á su amor hácia los hombres, exclamó con fuerte voz: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y al decir estas palabras bajó la cabeza y espiró.

Oracion y propósito, pág. 123.

LECCION XIV.

SEPULTURA Y RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

P. ¿Qué milagros se obraron al morir el Salvador?

R. En el momento que espiró se disiparon las tinieblas que se habian esparcido sobre la tierra, desgarróse de arriba abajo el velo del templo, tembló la tierra, se hendieron los peñascos, se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos.

P. ¿Qué efectos produjeron estos milagros?

R. El centurion que custodiaba al Salvador se convirtió diciendo: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios;* los soldados que le habian crucificado exclamaron á su vez: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios;* y finalmente un gran número de personas, testigos de tantos prodigios, se volvieron dándose golpes de pecho.

P. ¿Qué hicieron los jefes de la Sinagoga?

R. Fueron á ver á Pilatos para suplicarle que mandara romper las piernas á los tres crucificados, y Pilatos envió soldados para hacer lo que pedian los judíos.

P. ¿Qué hicieron los soldados?

R. Rompieron las piernas de los ladrones, mas viendo que Jesús estaba ya muerto, no se las rompieron, y únicamente uno de los soldados le abrió con su lanza el costado, de donde salió al instante sangre y agua.

P. ¿Qué adviertes en esto?

R. Que cada una de estas circunstancias era el cumplimiento de una profecía, porque la Escritura habia dicho al hablar del cordero pascual: *No romperéis ninguno de sus huesos.* Y la figura debia cumplirse en el Salvador, verdadero cordero pascual. Y en otra parte: *Echaron los ojos sobre el que traspasaron.*

P. ¿Quiénes fueron los que sepultaron al Salvador?

R. José de Arimatea y Nicodemo. Le envolvieron en sábanas con perfumes y lo depositaron en un sepulcro enteramente nuevo; abierto en la roca, donde nadie habia sido depositado aun, y cubriendo despues la entrada con una gran losa, se fueron.

P. ¿Qué precauciones tomaron los jefes de la Sinagoga?

R. Alcanzaron de Pilatos guardias que colocaron cerca del sepulcro, y sellaron la piedra que cerraba la entrada con el sello público; pero todo esto no sirvió mas que para demostrar su debilidad y la verdad de la resurreccion de Nuestro Señor.

P. ¿Cómo resucitó?

R. Por su propia virtud, el sepulcro se abrió milagrosamente, y los centinelas quedaron cási muertos de pavor.

P. ¿Á quién se mostró primero el Salvador?

R. Á la Vírgen santísima, á María Magdalena, y en seguida á otras santas mujeres á quienes encargó que anunciasen su resurreccion á Pedro y á sus discípulos.

P. ¿Qué hicieron los soldados que le custodiaban?

R. Fueron á contar lo que habia sucedido á los jefes de la Sinagoga, que les dieron una crecida cantidad de dinero recomendándoles que dijesen que los discípulos de Jesús habian ido á llevárselo á favor de la noche mientras dormian.

P. ¿Qué era todo esto?

R. No era mas que una torpe fábula para engañar al pueblo, y á la cual no daban crédito los mismos jefes de la Sinagoga, pues persiguieron y dieron muerte á los Apóstoles, no por haber arrebatado el cuerpo de su Maestro del sepulcro ó predicado falsamente su resurreccion, sino únicamente por haberla predicado á pesar de sus mandatos.

Oracion y propósito, pág. 137 y 138.

LECCION XV.

VIDA GLORIOSA DE NUESTRO SEÑOR.

P. ¿Cómo probó el Salvador á los judíos su resurreccion?

R. Sacando su cuerpo de su poder, porque los judíos eran dueños del sepulcro de Nuestro Señor, y por consiguiente estaban obligados á presentar su cuerpo al tercer dia, ó debian reconocer que habia resucitado.

P. ¿Por qué no se mostró el Salvador á los judíos despues de su resurreccion?

R. 1.° Porque era una gracia que no les debia; 2.° porque hubieran abusado de esta gracia como de las demás.

P. ¿Qué lo induce á creer?

R. Su conducta, pues no se convirtieron á la vista de Lázaro resucitado ni ante los milagros que hicieron los Apóstoles para probar la resurreccion de su Maestro, pues por el contrario crecieron en maldad, y no eran pruebas lo que les faltaba sino buena voluntad.

P. ¿Cómo probó el Salvador su resurreccion á sus discípulos?

R. Mostrándose á ellos, hablando y comiendo con ellos, y permitiendo que le tocasen.

P. ¿Se mostró á ellos muchas veces despues de su resurreccion?

R. Con frecuencia; primero á san Pedro, despues á Santiago, en seguida á dos discípulos que iban á Emaús y á los Apóstoles reunidos, y finalmente á mas de quinientos discípulos á un mismo tiempo.

P. Los Apóstoles ¿creyeron fácilmente en la resurreccion del Salvador?

R. No; pues santo Tomás llegó hasta decir que no la creeria si no ponia sus dedos en las aberturas de los clavos y su mano en el costado del Salvador.

P. ¿Se le concedió este favor?

R. Sí; ocho dias despues de su resurreccion, estando reunidos todos los discípulos, apareció Nuestro Señor, y dijo á Tomás: *Mete aquí tu dedo y mira mis manos; acerca la tuya y ponla en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel.* Tomás exclamó: *¡Señor mio y Dios mio!*

P. ¿En qué se ocupó el Salvador durante los cuarenta dias que pasó en la tierra despues de su resurreccion?

R. En convencer plenamente á los Apóstoles que verdaderamente habia resucitado, en instruirles á fondo en su doctrina, y en enseñarnos cómo debemos vivir cuando hemos tenido la fortuna de resucitar á la gracia.

P. ¿Por qué puso el Salvador tanto cuidado en probar su resurreccion?

R. Porque este milagro es la base de toda la Religion.

P. ¿Qué es un milagro?

R. Un hecho contrario á las leyes de la naturaleza y que solo Dios puede obrar; por ejemplo, restituir con una sola palabra ó simple contacto la vista á un ciego de nacimiento y la vida á los muertos.

P. ¿Puede Dios hacer milagros?

R. Es lo mismo que preguntar si Dios puede suspender las leyes que ha establecido. «Seria, dice un impío, hacer demasiado honor «al que dijera que Dios no puede hacer milagros el responderle, pues «bastaria encerrarle como un loco.»

P. ¿Ha hecho milagros Dios en favor de la religion cristiana?

R. Los ha hecho y estamos de ellos mas seguros que de los acontecimientos mas célebres de la antigüedad, de los que nadie duda; tales son, por ejemplo, la existencia de Alejandro y de César. Millones de Mártires han muerto para atestiguar la verdad de los milagros de Nuestro Señor y de los Apóstoles.

P. ¿Prueban los milagros la verdad de la Religion?

R. Sí, porque tan solo Dios puede hacer milagros, y siendo Dios la misma verdad, no puede hacer milagros para autorizar la mentira.

P. ¿Qué debemos deducir de esto?

R. Que la religion cristiana, en cuyo favor ha hecho Dios tantos milagros, es la verdadera Religion y la única verdadera, y que para salvarse es preciso creerla y practicarla.

Oracion y propósito, pág. 148 y 149.

LECCION XVI.

NUESTRO SEÑOR REPARADOR DEL MUNDO.

P. ¿Por qué debia venir el Mesías á la tierra?

R. Segun los Profetas, debia venir para quitar el pecado del mundo; es decir: 1.° para expiar el pecado; 2.° para reparar sus consecuencias; 3.° para proporcionarnos los medios de no cometerlo mas, y de llegar á la felicidad eterna.

P. ¿Expió Nuestro Señor el pecado con relacion á Dios?

R. Sí, porque se humilló hasta anonadarse, y satisfizo plenamente á la justicia de Dios su Padre.

P. ¿Reparó Nuestro Señor las consecuencias del pecado?

R. Sí, así lo hizo.

P. ¿Cuáles son estas consecuencias?

R. La *primera* consecuencia del pecado, con relacion al hombre, es la ignorancia. El hombre recobró en la persona de Nuestro Señor todos sus conocimientos primitivos, porque Nuestro Señor gozó como hombre todos los conocimientos del primer Adan, y aun mayores.

P. ¿Cuál es la segunda consecuencia del pecado?

R. La *segunda* es la concupiscencia ó la inclinacion al mal, y el amor á nosotros mismos y á las criaturas. Nuestro Señor reparó esta consecuencia del pecado; es decir, que como hombre estuvo enteramente libre de la concupiscencia.

P. ¿Cuál es la tercera consecuencia del pecado?

R. La *tercera* es la muerte, las enfermedades y todos los males temporales. Nuestro Señor reparó esta tercera consecuencia del pe-

cadó, porque despues de haber sobrellevado nuestras dolencias y padecido la muerte, quedó, en cuanto hombre, inmortal, impasible, glorioso y triunfante en el cielo por toda la eternidad.

P. ¿Quitó Nuestro Señor el pecado con relacion á Dios y al hombre al mismo tiempo?

R. Sí, pues separados Dios y el hombre por el pecado, se reunieron en la persona de Nuestro Señor con los mas estrechos lazos.

P. ¿Quitó Nuestro Señor el pecado con relacion á las criaturas?

R. Sí, porque todas las criaturas fueron restituidas á su objeto en su persona, habiéndolas hecho servir Nuestro Señor á todas para la gloria de Dios.

P. ¿Reparó Nuestro Señor para sí solo el pecado y sus consecuencias?

R. No, sino para nosotros, proporcionándonos los medios de no volver á cometerlo.

P. ¿Qué debemos hacer para aprovecharnos de estos medios de salvacion?

R. Unirnos á Nuestro Señor, porque si nuestra union con el primer Adan nos hizo culpables y desgraciados, *nuestra union con el Salvador*, que es el segundo Adan, *nos hará justos y felices*.

P. ¿Qué debe deducirse de *lo expuesto?*

R. 1.° Que Nuestro Señor hizo todo lo que debia hacer el Mesías, que era quitar el pecado del mundo; 2.° que debemos hacer todos nuestros esfuerzos para unirnos á él.

Oracion y propósito, pág. 161.

LECCION XVII.

NUESTRO SEÑOR, NUEVO ADAN.

P. ¿Cuál es el objeto de nuestra union con Nuestro Señor, el nuevo Adan?

R. Libertarnos del mal, y, por consiguiente, la felicidad del hombre y la gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad.

P. ¿En qué consiste esta union?

R. En vivir de su vida, y en parecerle en la tierra para participar de su gloria en el cielo.

P. ¿Cómo se efectúa esta union?

R. Por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad; es decir, que para unirnos á Dios debemos hacer tres cosas : *creer* en él, *esperar* en él y AMARLE con todo nuestro corazon.

P. ¿Qué es lo primero que debemos hacer para unirnos á Nuestro Señor y salvarnos?

R. Creer.

P. ¿Qué es fe?

R. Una virtud sobrenatural por la cual creemos firmemente todo lo que la Iglesia nos enseña, porque Dios lo ha dicho y es la misma verdad. El que cree somete su espíritu al de Nuestro Señor, y uniéndose á él se libra de la ignorancia.

P. ¿Es racional la fe del cristiano?

R. Sí, porque descansa en una base sólida, que es la palabra de Dios atestiguada por milagros incontestables, sellados con la sangre de millones de Mártires, y admitidos por el mundo entero desde el principio de los siglos.

P. ¿Cuáles son las principales cualidades de la fe?

R. 1.° La firmeza; debemos creer sin vacilar; 2.° la universalidad; nuestra fe debe extenderse á todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia; 3.° la sencillez; debemos creer sin discurrir ni discutir: habiendo hablado Dios, nuestra razon debe callar y someterse.

P. ¿Cuáles son las ventajas de la fe?

R. 1.° Desvanecer las tinieblas en que nos habia sumido el pecado del primer Adan; 2.° darnos á conocer las verdades del órden sobrenatural; 3.° precavernos del error y curar á nuestro espíritu de su orgullo.

P. ¿Qué ha de hacerse para alcanzar y conservar la fe?

R. Pedirla á Dios, estudiar la Religion y evitar el mal; y para conservarla, hacer sus obras y alejar las ocasiones de perderla.

P. ¿Cuáles son los pecados opuestos á la fe?

R. Los pecados opuestos á la fe, es decir, los que impiden ó rompen la union de nuestro espíritu con el segundo Adan, son : la infidelidad, la apostasía, la herejía, la duda voluntaria y la ignorancia.

Oracion y propósito, pág. 180 y 181.

LECCION XVIII.

UNION DE NUESTRO ESPÍRITU CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULOS PRIMERO Y SEGUNDO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el objeto de la fe?

R. Dios y todas las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia; entre estas verdades, hay algunas que son superiores á nuestra razon y que no podemos comprender, y se llaman misterios.

P. ¿Por qué es racional creer los misterios de la Religion?

R. 1.° Porque nuestra misma razon nos prescribe que admitamos una multitud de verdades que no comprende, pero de cuya existencia está segura; 2.° porque si no hubiera misterios en la Religion, no procederia de Dios y seria falsa.

P. ¿Cuáles son las principales ventajas de los misterios de la Religion?

R. 1.° Ponen un freno á la curiosidad de nuestro espíritu, y hacen inexpugnables las verdades que sirven de base á la Religion y á la sociedad; 2.° son el fundamento de todas las virtudes, pues no hay ninguna que no sugiera motivos de reconocimiento hácia Dios, de amor á nuestros hermanos y de santidad para nosotros mismos.

P. ¿Cuáles son los tres principales misterios de la Religion?

R. El de la santísima Trinidad, el de la Encarnacion y el de la Redencion, que debemos creer y saber distintamente.

P. ¿Con qué señal expresamos estos tres misterios?

R. Con la señal de la cruz, llamada la señal del cristiano, porque nos distingue de los judíos, mahometanos é idólatras.

P. La señal de la cruz ¿es muy antigua en la Iglesia?

R. Tanto como ella; la costumbre de hacerla se remonta hasta los Apóstoles y á Nuestro Señor, y los primeros cristianos la hacian cási continuamente.

P. ¿Tiene mucho poder?

R. La señal de la cruz es omnipotente para arrojar al demonio, alejar las tentaciones, y librarnos de los peligros del alma y del cuerpo; debemos especialmente ser fieles en hacerla antes y despues de la comida.

P. ¿Cuáles son las demás verdades que debemos creer y saber en particular?

R. La inmortalidad de nuestra alma y la eternidad de los premios y castigos.

P. ¿Dónde se contienen las verdades que debemos creer en particular y en general?

R. En el Símbolo de los Apóstoles?

P. ¿Qué nos enseña el Símbolo?

R. Nos enseña en resúmen todo lo que debemos creer de Dios, del hombre y del mundo.

P. ¿Qué debemos creer de Dios?

R. Que hay un Dios, que solo hay uno; que hay un Dios en tres personas distintas que son igualmente Dios, pero que no forman mas que un solo Dios, porque tienen la misma naturaleza.

P. ¿Qué debemos creer además?

R. Que el Padre engendra á su Hijo igual á él desde toda eternidan; que el Hijo se hizo hombre para rescatarnos, y que el Espíritu Santo, igual en todo al Padre y al Hijo, procede del uno y del otro.

P. ¿Qué debemos creer del hombre?

R. Que fue criado por Dios; que tiene un alma espiritual, libre é inmortal; que pecó y fue rescatado, y que resucitará un dia para ser juzgado y recibir segun sus obras dicha ó desdicha eterna.

P. ¿Qué debemos creer del mundo?

R. Que fue criado por Dios y puesto para el uso del hombre; que se conserva y gobierna por una providencia universal, y que tendrá fin.

P. ¿Cuántos artículos hay en el Símbolo?

R. Doce, de los cuales los ocho primeros nos enseñan á conocer á Dios nuestro Padre, y los cuatro últimos á la Iglesia nuestra madre.

P. ¿Cuál es el artículo primero del Símbolo?

R. Dice así: *Creo en Dios, Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.*

P. ¿Qué quiere decir *creer en Dios?*

R. Tener por ciertas y superiores á toda clase de duda la existencia de un solo Dios, su bondad, su sabiduría, su verdad y todas sus perfecciones, porque él nos las ha revelado, y además confiar en él plenamente y para todo.

P. ¿Por qué damos á Dios el nombre de *Padre?*

R. Porque desde toda eternidad engendra á su Hijo que es el principio de todo lo que existe, y nos ha adoptado por hijos.

P. ¿Por qué principiamos por llamarle *todopoderoso?*

R. Porque nada le es imposible, y para no tener trabajo en creer las maravillas de la naturaleza y de la gracia.

P. ¿Por qué le llamamos *criador del cielo y de la tierra?*

R. Porque hizo de la nada todas las criaturas visibles é invisibles; pero aunque digamos que el Padre crió el cielo y la tierra, la obra de la creacion es comun á las tres personas de la santísima Trinidad.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo primero del Símbolo?

R. 1.° Hácia Dios, un gran sentimiento de respeto, de confianza y de amor; 2.° hácia nosotros mismos, un santo orgullo, porque somos criados á imágen de Dios; 3.° hácia las criaturas, un gran temor de profanarlas, porque pertenecen á Dios.

P. ¿Cuál es el artículo segundo del Símbolo?

R. Dice así: *Y en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor.*

P. ¿Por qué se llama *Jesús* el Hijo de Dios?

R. Se llama *Jesús,* es decir, Salvador, porque salvó á todos los hombres del pecado y de la muerte eterna.

P. ¿Qué quiere decir el nombre de *Cristo?*

R. Ungido ó consagrado. El Hijo de Dios se llama Cristo, porque entre los hebreos se consagraba con la uncion santa á los Sacerdotes, los Reyes y los Profetas, y Nuestro Señor es rey, sacerdote y profeta, y posee la plenitud de la gracia y de la divinidad.

P. ¿Por qué se llama á Jesucristo único Hijo, Nuestro Señor?

R. Se llama *único Hijo,* porque lo es único de Dios por naturaleza, y Nuestro Señor, porque es nuestro dueño como Dios y como hombre.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo segundo del Símbolo?

R. El de una sumision filial hácia Nuestro Señor.

Oracion y propósito, pág. 205.

LECCION XIX.

UNION DE NUESTRO ESPÍRITU CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE. — ARTÍCULOS TERCERO, CUARTO Y QUINTO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo tercero del Símbolo?

R. Dice así: *Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Vírgen María.* Este artículo nos enseña tres verdades.

P. ¿Cuál es la primera?

R. Que Jesucristo, Hijo único de Dios desde toda eternidad, se hizo hombre en el tiempo, es decir, que tomó un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros.

P. ¿Quién formó el alma y el cuerpo de Nuestro Señor?

R. El Espíritu Santo, y á ellos fué á unirse la segunda persona de la santísima Trinidad.

P. ¿Cuál es la segunda verdad?

R. Que Nuestro Señor, al hacerse hombre, no cesó de ser Dios, pero que es Dios y hombre á un mismo tiempo.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Dedúcese: 1.° que hay dos naturalezas en Nuestro Señor, la divina y la humana; 2.° dos voluntades, la divina y la humana; 3.° una sola persona, la del Verbo.

P. ¿Cuál es la tercera verdad?

R. Que el Hijo de Dios tomó un cuerpo y un alma en el seno de la bienaventurada Vírgen María, que es verdaderamente Madre de Dios, y siempre Vírgen.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo tercero del Símbolo?

R. Una gran confianza hácia la Vírgen santísima.

P. ¿Cuál es el artículo cuarto del Símbolo?

R. Dice así: *Padeció bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado.* Los Apóstoles nos hablan de los padecimientos de Nuestro Señor en el momento despues de hablar de su nacimiento, para enseñarnos que Nuestro Señor nació para padecer y que constantemente padeció.

P. ¿Cómo padeció Nuestro Señor?

R. Libremente y por amor; padeció toda clase de dolores en su cuerpo y en su alma.

P. ¿Padeció en cuanto Dios?

R. No, porque siendo Dios infinitamente perfecto no puede padecer; pero la divinidad de Nuestro Señor comunicaba un precio infinito á los padecimientos de su humanidad.

P. ¿Por quién y para qué padeció Nuestro Señor?

R. Padeció por todos los hombres, y para reparar la gloria de su Padre, expiar el pecado y servirnos de modelo.

P. ¿Por qué dicen los Apóstoles que padeció bajo Poncio Pilatos?

R. Por dos razones: la primera, para señalar la época de su pasion, y para probar su sinceridad. Si la hubieran supuesto, hubiesen proporcionado á todo el mundo el medio de convencerles de impostura, pues hubiese bastado para esto demostrar que Poncio Pilatos, gobernador de la Judea, no habia hecho morir á ningun hombre llamado Jesús de Nazareth.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. La segunda, para dar al mundo entero la certeza de la muerte del Salvador, indicándole el medio de tener pruebas; porque Pilatos habia enviado al emperador Tiberio la relacion de la vida y muerte de Nuestro Señor, y esta relacion se conservaba en los archivos del imperio.

P. ¿Cómo lo sabemos?

R. Por el testimonio de Tácito, historiador gentil; de san Justino, mártir; de Tertuliano, de Eusebio y de otros autores.

P. ¿Por qué quiso Nuestro Señor ser crucificado y sepultado?

R. Quiso ser crucificado, porque el suplicio de la cruz era el mas cruel é ignominioso, y sepultado, para demostrar que verdaderamente habia muerto.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo cuarto del Símbolo?

R. Un gran dolor de nuestros pecados, y un grande aprecio de nuestra alma.

P. ¿Cuál es el artículo quinto del Símbolo?

R. Dice así: *Bajó á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.* Habiendo muerto Nuestro Señor por todos los hombres, quiso que todos experimentaran los efectos de su redencion, y por eso bajó á los infiernos. Aunque durante este tiempo el alma del

Salvador fue realmente separada de su cuerpo, la divinidad no fue separada nunca de su cuerpo ni de su alma.

P. ¿Qué se entiende por infiernos?

R. Se entiende: 1.° aquella cárcel negra y oscura donde las almas de los réprobos son atormentadas noche y dia con los demonios por un fuego que no se apaga jamás; 2.° el purgatorio; 3.° el *limbo*, es decir, el lugar donde las almas de los justos esperaban la venida del Mesías.

P. ¿Á qué lugar bajó Nuestro Señor?

R. Al limbo, donde anunció á las almas de los justos el cumplimiento de los misterios de la redencion, y su próxima entrada en el cielo.

P. ¿Se mostró en otra parte?

R. Se mostró tambien en el infierno como vencedor y como juez, y en el purgatorio como consolador.

P. ¿Qué se advierte acerca de la resurreccion de Nuestro Señor?

R. Que se diferencia de la resurreccion de los demás muertos: 1.° en que Nuestro Señor resucitó por su propia virtud; 2.° en que una vez resucitado no estuvo mas sujeto á la muerte, como los que habian sido resucitados antes; 3.° en que él es la causa y el principio de la resurreccion de todos los hombres.

Oracion y propósito, pág. 227.

LECCION XX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE. — PURGATORIO.

P. ¿Qué es el purgatorio?

R. El lugar ó estado en el cual las almas justas que salen de este mundo, sin haber satisfecho enteramente á la justicia divina por sus pecados, acaban de purificarse antes de ser admitidas en el cielo.

P. ¿Qué debemos creer respecto al purgatorio?

R. 1.° que existe uno; 2.° que las almas padecen en él; 3.° que el santo sacrificio de la misa, las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden aliviarlas.

P. ¿Qué pruebas hay de la existencia del purgatorio?

R. Varias; la primera está sacada del Antiguo Testamento, donde se halla escrito que Judas Macabeo envió una cantidad de dinero á Jerusalen con la intencion de hacer orar por los soldados muertos en el campo de batalla para que quedasen libres de sus pecados. *Porque*, añade la Escritura, *es una idea saludable la de orar por los muertos.*

P. ¿Cuál es la segunda prueba del purgatorio?

R. La segunda está sacada del Nuevo Testamento, donde Nuestro Señor dice que *el blasfemo contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo, ni en el otro.* Luego hay pecados que son perdonados en el otro mundo en un lugar que no es el cielo, ni el infierno, y que llamamos purgatorio.

P. ¿Cuál es la tercera?

R. La tercera es la tradicion de la Iglesia católica, que no ha cesado de orar desde los Apóstoles, y de ofrecer el santo sacrificio por sus hijos finados, como nos lo enseñan Tertuliano, san Justino, san Agustin y todos los demás Padres de la Iglesia, añadiendo que esta costumbre procede de los Apóstoles, y por consiguiente de Nuestro Señor Jesucristo.

P. ¿Cuál es la cuarta?

R. La cuarta es la tradicion de las antiguas sectas separadas de la Iglesia, y que, esparcidas por Oriente, conservan aun la costumbre de orar por los muertos; ellas no la han tomado de la Iglesia despues de su separacion, luego les procede de los Apóstoles y de Nuestro Señor.

P. ¿Cuál es la quinta?

R. La quinta es la misma tradicion de los gentiles que ofrecian sacrificios por los difuntos, y oraban por ellos; esta costumbre se encuentra hasta entre los salvajes.

P. ¿Qué motivos tenemos para orar por los difuntos?

R. Cuatro motivos principales: 1.° la gloria de Dios, á quien procuramos adoradores perfectos, haciendo entrar en el cielo las almas del purgatorio; 2.° la caridad; los difuntos nos pertenecen porque son nuestros hermanos en Jesucristo, y nuestros parientes y amigos segun la carne; 3.° la justicia; hay algunos que padecen tal vez por causa nuestra; 4.° nuestro interés personal, porque las almas libertadas por nuestras oraciones intercederán por nosotros cerca de Dios, y nos ayudarán algun dia á salir del purgatorio.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo quinto del Símbolo?

R. Un sumo reconocimiento hácia Nuestro Señor.

Oracion y propósito, pág. 239.

LECCION XXI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULOS SEXTO Y SÉPTIMO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo sexto del Símbolo?

R. Dice así: *Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios, Padre todopoderoso.* Este artículo nos enseña que Nuestro Señor subió al cielo en cuanto hombre en cuerpo y alma por su propia virtud; y no subió en cuanto Dios, pues como tal estaba ya allí, y nunca ha dejado de estar.

P. ¿Qué se da á entender cuando se dice que Dios bajó á la tierra?

R. Que se humilló hasta unirse á la naturaleza humana; mas no quiere decirse que dejó el cielo, porque Dios está en todas partes.

P. ¿Dónde está ahora Nuestro Señor?

R. En cuanto Dios está en todas partes, y en cuanto hombre está en el cielo y en todas las hostias consagradas.

P. ¿Por qué subió al cielo?

R. 1.° Para tomar posesion de él; 2.° para abrirnos su entrada; 3.° para interceder por nosotros; 4.° para excitar en nosotros el deseo de ir á él; 5.° porque su cuerpo, hecho inmortal y glorioso, exigia una morada que no fuese esta tierra de miseria y de destierro.

P. ¿Qué significan las palabras: *Está sentado?*

R. Que Nuestro Señor está en el cielo, como en el lugar de su reposo, y que goza en cuanto hombre de una gloria eterna.

P. ¿Y las palabras: *A la diestra de Dios, Padre todopoderoso?*

R. Que Nuestro Señor goza, en cuanto Dios, de un poder igual al del Padre y del Espíritu Santo; y en cuanto hombre, de un poder que le eleva sobre todo lo que no es Dios.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo sexto del Símbolo?

R. Un intenso deseo del cielo.

P. ¿Cuál es el artículo séptimo del Símbolo?

R. Dice así: *Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.* Estas palabras significan que al fin del mundo Nuestro Señor bajará del cielo á la tierra para juzgar á todos los hombres.

P. ¿Cómo vendrá?

R. Vendrá acompañado de los Ángeles y Santos, con gran poder y majestad.

P. ¿Cuántos juicios hay?

R. Dos; el juicio particular, que tiene lugar en el momento despues de la muerte de cada uno de nosotros, y el juicio general, que tendrá lugar al fin del mundo en presencia de todas las naciones reunidas.

P. ¿Sobre qué serémos juzgados?

R. Sobre todo el mal y el bien que hayamos hecho por pensamiento, por palabra, por obra y por omision.

P. ¿Para qué tendrá lugar el juicio particular?

R. Para dar á cada cual segun sus obras.

P. ¿Y el juicio general?

R. Para justificar la Providencia, glorificar á Nuestro Señor, honrar á los justos y confundir á los malos.

P. ¿Qué se entiende por *los vivos y los muertos*?

R. En primer lugar todos los hombres, y en segundo lugar por los *vivos*, todos los que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, y por los *muertos*, todos los que hayan espirado en pecado mortal.

P. ¿Á dónde irán despues del juicio?

R. Los buenos irán al cielo á gozar de una dicha eterna, y los malos irán al infierno para arder eternamente con los demonios.

P. ¿Cuáles serán los principales tormentos de los réprobos?

R. La pena de daño y la de sentido. La pena de daño es el dolor de haber perdido á Dios, y es la pena mayor que puede sentir una criatura racional.

P. ¿Habló el Salvador de esta pena?

R. Habló de ella cuando dijo en el Evangelio: *Su gusano no morirá:* este gusano es la conciencia, y la conciencia de los réprobos

son sus remordimientos. Estos se resumen en cuatro palabras que tendrán incesantemente presentes en su mente: He perdido á Dios; lo he perdido por mi culpa; lo he perdido por una bagatela; lo he perdido sin recurso.

P. ¿Cuál es la segunda pena de los réprobos?

R. La de sentido, ó el dolor ocasionado por un fuego que quemará el cuerpo sin consumirlo, y que no se apagará jamás.

P. ¿La indicó el Salvador?

R. La indica claramente cuando dice: *Apartaos de mí, malditos! id al fuego eterno; este fuego no se apagará jamás.* Estas dos penas son de toda justicia, porque corresponden á dos desórdenes incluidos en el pecado: el desprecio de Dios y el amor desarreglado á las criaturas. La existencia de un infierno eterno ha sido creida en todos los pueblos; mas las pasiones habian oscurecido esta creencia, y por eso Nuestro Señor la proclamó y confirmó nuevamente.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo séptimo del Símbolo?

R. Un gran temor á los juicios de Dios.

Oracion y propósito, pág. 260.

LECCION XXII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULO OCTAVO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo octavo del Símbolo?

R. Dice así: *Creo en el Espíritu Santo*, y nos enseña que la tercera persona de la santísima Trinidad se llama Espíritu Santo; que procede del Padre y del Hijo, que es Dios como el Padre y el Hijo, es decir, que tiene la misma naturaleza, la misma eternidad y el mismo poder, y que debemos creer en él como creemos en el Padre y en el Hijo.

P. ¿Por qué se le llama *Espíritu Santo?*

R. Porque es la santidad misma y el principio de nuestra santificacion. Se atribuye al Espíritu Santo la obra de la santificacion, porque es el amor esencial del Padre y del Hijo, y todas las gracias y dones que Dios nos concede son un efecto de su amor.

P. ¿Qué quiere decir que el Espíritu Santo nos santifica?

R. Que nos hace justos y agradables á Dios, dándonos la gracia, y dándosenos él mismo con todos sus dones.

P. ¿Qué se entiende por dones del Espíritu Santo?

R. Ciertas cualidades sobrenaturales que comunica á nuestras almas para ayudarnos á salvarnos.

P. ¿Cuántos son los dones del Espíritu Santo?

R. Siete, que están indicados de esta suerte por el profeta Isaías: don de *sabiduría*, que nos hace gustar de Dios y las cosas de Dios; don de *entendimiento*, que nos hace creer y comprender las verdades de la Religion, en cuanto es capaz un espíritu limitado; don de *consejo*, que nos hace tomar en todas las cosas el mejor partido para nuestra salvacion; don de *fortaleza*, que nos hace emprender cosas grandes por Dios, y vencer los obstáculos que se oponen á nuestra santificacion.

P. Continúa la misma respuesta.

R. Don de *ciencia*, que nos hace discernir el bien del mal, y nos da una grande idea de Dios y de nuestra alma; don de *piedad*, que nos induce á rendir á Dios un culto filial; don de *temor de Dios*, que imprime en nuestra alma un gran respeto hácia Dios.

P. ¿Á qué se oponen los siete dones del Espíritu Santo?

R. Á los siete pecados capitales.

P. ¿Qué producen en las almas fieles?

R. Los doce frutos que se llaman del Espíritu Santo.

P. ¿Qué proporcionan los doce frutos del Espíritu Santo?

R. Las ocho bienaventuranzas temporales, señaladas en el Evangelio, que nos conducen á la bienaventuranza eterna.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo octavo del Símbolo?

R. Un gran reconocimiento hácia el Espíritu Santo.

Oracion y propósito, pág. 277.

LECCION XXIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULO NOVENO DEL SÍMBOLO.—LA IGLESIA.

P. ¿Cuál es el artículo noveno del Símbolo?

R. Dice así: Creo *la santa Iglesia católica, la comunion de los Santos.* Los Apóstoles pusieron este artículo despues de haber hablado del Espíritu Santo, porque la Iglesia es el gran medio de nuestra santificacion, y la señal siempre subsistente de la inmensa caridad de Dios hácia nosotros.

P. ¿Por qué se dice: Creo *la Iglesia* y no las iglesias?

R. Porque no hay mas que una verdadera Iglesia, y confesamos que procede de Dios, y que es santa é inmortal.

P. ¿Qué es la Iglesia?

R. La congregacion de todos los fieles gobernada por nuestro santo padre el Papa.

P. ¿Qué se entiende por fieles?

R. Los que están bautizados, que creen y reconocen la autoridad de los pastores legítimos, particularmente de nuestro santo padre el Papa.

P. ¿Cuáles no son miembros de la Iglesia?

R. Los infieles, herejes, cismáticos, excomulgados y apóstatas.

P. ¿Por qué?

R. Los infieles no son miembros de la Iglesia, porque no están bautizados; los herejes, porque no tienen fe; los cismáticos, porque no reconocen la autoridad del Soberano Pontífice; los excomulgados, porque se han hecho excluir de la Iglesia, y los apóstatas, porque la han dejado para abrazar una secta extraña.

P. Los pecadores, ¿son miembros de la Iglesia?

R. Sí, porque Nuestro Señor comparó la Iglesia á una era donde la paja está mezclada con el grano; pero los pecadores son miembros muertos.

P. ¿Quién es el jefe de la Iglesia?

R. El jefe invisible de la Iglesia es Nuestro Señor Jesucristo, y el jefe visible es nuestro santo padre el Papa, sucesor de san Pedro, á quien dijo Nuestro Señor: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.*

P. ¿Qué poder dió Nuestro Señor á san Pedro y á sus sucesores?

R. El pleno poder de enseñar y de gobernar la Iglesia.

P. ¿Quiénes son los que el Espíritu Santo estableció para gobernar la Iglesia bajo la autoridad de nuestro santo padre el Papa?

R. Los Obispos, sucesores de los Apóstoles.

P. ¿De cuántos modos se puede pertenecer á la Iglesia?

R. De dos: en cuanto al alma, por la fe, la esperanza y la caridad; y en cuanto al cuerpo, por la profesion exterior de la fe.

P. ¿Qué significan las palabras: fuera de la Iglesia no hay salvacion?

R. Que no la hay para el que, conociendo la verdadera Iglesia, se niega á entrar en ella, ó la deja para abrazar una secta extraña.

Oracion y propósito, pág. 293.

LECCION XXIV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULO NOVENO DEL SÍMBOLO (CONTINUACION).

P. ¿Debe ser visible la verdadera Iglesia?

R. Debe ser visible, porque Dios quiere que todos los hombres lleguen á salvarse, y que no puedan conseguirlo sino por medio de la Iglesia.

P. ¿Debe ser infalible la verdadera Iglesia?

R. Debe ser infalible, es decir, que no debe engañarse ni engañarnos, porque está encargada de enseñarnos las verdades que debemos creer sin vacilar, so pena de condenacion eterna.

P. ¿Cuáles son los caractéres de la verdadera Iglesia?

R. El ser una, santa, católica y apostólica.

P. ¿Por qué es una?

R. Porque tiene un solo jefe, una sola fe, una sola ley, y siempre los mismos Sacramentos.

P. ¿Por qué es santa?

R. Porque es santo su jefe, Jesucristo, y santa su doctrina, y porque produce verdaderos santos, cuya santidad muestra Dios con milagros.

P. ¿Por qué es católica?

R. Porque enseña todas las verdades que Dios ha revelado, sin quitar una sola, y abarca todas las épocas y lugares.

P. ¿Por qué es apostólica?

R. Porque se remonta sin interrupcion hasta los Apóstoles que la fundaron.

P. ¿Cuál es la verdadera Iglesia?

R. La Iglesia romana, que se llama así porque nuestro santo padre el Papa, que es su jefe visible, sucede á san Pedro, vicario de Jesucristo y primer obispo de Roma.

P. ¿Qué ventajas nos proporciona la Iglesia?

R. Cuatro grandes ventajas: la comunion de los Santos, el perdon de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna.

P. ¿Qué es la *comunion de los Santos?*

R. La union que existe entre todos los miembros de la Iglesia que están en el cielo, en el purgatorio y en la tierra.

P. ¿Cómo están unidos entre sí los miembros de la Iglesia?

R. Como los miembros de un mismo cuerpo de que es jefe Jesucristo; esta union pone en comun todos los bienes espirituales de los miembros de la Iglesia.

P. ¿Cuáles son estos bienes?

R. Las oraciones, ayunos y demás buenas obras practicadas por los miembros de la Iglesia, y las gracias que reciben.

P. ¿Por qué se llama comunion de los Santos á la union de todos los miembros de la Iglesia?

R. Porque todos los fieles están obligados á la santidad, y porque ayuda á santificarnos.

P. ¿Qué sentimiento debe inspirarnos el artículo noveno del Símbolo?

R. El de un tierno amor hácia la Iglesia.

Oracion y propósito, pág. 313.

LECCION XXV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE. — ARTÍCULO DÉCIMO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo décimo del Símbolo?

R. Dice así: Creo *el perdon de los pecados*.

P. ¿Qué se entiende por estas palabras?

R. Que en la Iglesia católica se encuentra el perdon de los pecados, y que Nuestro Señor Jesucristo dió á la Iglesia el poder de perdonarlos.

P. ¿Cuándo dió Nuestro Señor este poder?

R. Cuando le dijo á ella en la persona de los Apóstoles: *A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos.*

P. ¿Por cuánto tiempo les dió este poder?

R. Para siempre, porque siempre es necesario, pues los hombres nacerán siempre con el pecado original, y cometerán pecados actuales.

P. ¿Á qué pecados se extiende?

R. Á todos sin excepcion, cualquiera que sea su número ó su enormidad.

P. ¿Quién ejerce el poder de perdonar los pecados?

R. Únicamente los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y los sacerdotes asociados á su ministerio.

P. ¿Cómo se ejerce este poder?

R. Por medio de la administracion de los Sacramentos, especialmente por el Bautismo y la Penitencia.

P. ¿Qué deben hacer los fieles para aprovecharse de este poder?

R. 1.° Deben tener cuidado de ofrecer sin dilacion sus hijos al Bautismo, que borra el pecado original; 2.° recibir ellos mismos dignamente y sin tardanza el sacramento de la Penitencia, si son culpables de pecado mortal.

P. ¿Qué deben hacer si solo son culpables de pecados veniales?

R. Recurrir á los medios de alcanzar el perdon; estos medios son tres: los Sacramentos, los sacramentales y las buenas obras ordinarias.

P. ¿Cómo perdonan los Sacramentos los pecados veniales?

R. Por su propia virtud, ora comunicando al alma la primera ó la segunda gracia, ora haciéndole producir actos de caridad mas perfectos.

P. ¿Cómo perdonan los sacramentales los pecados veniales?

R. En parte por su propia virtud, y en parte por las disposiciones del que de ellos hace uso.

P. ¿Cuántos sacramentales hay?

R. Seis: el Padre nuestro, el agua bendita, el pan bendito, el Confiteor, la limosna y la bendicion del Obispo, ó la del sacerdote en la misa.

P. ¿Cómo perdonan las buenas obras ordinarias los pecados veniales?

R. Únicamente por las buenas disposiciones del que las hace, y en cuanto son actos de amor de Dios.

P. ¿Por qué se dice que el perdon de los pecados es una de las ventajas de la Iglesia?

R. Porque el pecado es el mayor de todos los males, y solo en la Iglesia encontramos su perdon.

Oracion y propósito, pág. 324.

LECCION XXVI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.—ARTÍCULO UNDÉCIMO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo undécimo del Símbolo?

R. Dice así: Creo *la resurreccion de la carne.*

P. ¿Qué nos enseña?

R. Que al fin del mundo nuestro cuerpo y nuestra alma se reunirán para no separarse mas.

P. ¿Puede Dios resucitarnos?

R. Sí, porque todo lo puede. Si ha podido darnos la vida cuando aun no la teníamos, no le será mas difícil devolvérnosla cuando ya no la tengamos.

P. ¿Quiere Dios resucitarnos?

R. Sí, porque lo ha prometido y lo exige su justicia. En efecto, el hombre debe ser juzgado, castigado ó recompensado segun sus obras; pero el hombre no es el alma separada del cuerpo, ni el cuerpo separado del alma, sino la reunion de una y otro. Así pues, nuestro cuerpo y nuestra alma deben reunirse para participar de las recompensas y de los castigos que hayan merecido por sus virtudes ó por sus pecados.

P. ¿Por qué se dice *la resurreccion de la carne?*

R. Porque el cuerpo y no el alma es el que resucita.

P. ¿Cuándo se hará la resurreccion?

R. Inmediatamente antes del juicio final, al eco de la trompeta é instantáneamente: lo mismo que al mandato de Dios salió el mundo de la nada en un instante, saldrá el hombre del sueño del sepulcro.

P. ¿Resucitarán todos los hombres?

R. Todos sin exceptuar uno solo, los buenos y los malos, los unos para la gloria y los otros para la ignominia.

P. ¿Por qué es la resurreccion de la carne una ventaja de la Iglesia?

R. Porque solo los verdaderos fieles resucitarán para vivir eternamente con Dios.

P. ¿Cuáles son los verdaderos fieles?

R. Los que mueren despues de haber recibido de la Iglesia el perdon de los pecados.

P. ¿Para qué resucitarán los malos?

R. Para ser eternamente desgraciados con los demonios.

P. ¿Cuáles son las cualidades de los cuerpos resucitados?

R. Todos los cuerpos resucitados serán inmortales, y esta cualidad será comun á los buenos y á los malos.

P. ¿Cuáles serán las cualidades de los cuerpos de los Santos?

R. Cuatro principales: la *impasibilidad*, que les impedirá estar sujetos á las incomodidades y á los padecimientos; la *claridad*, que les hará tan brillantes como el sol; esta claridad será mas ó menos viva, segun el mérito de los bienaventurados; la *agilidad*, que librará al cuerpo del peso que lo abruma, y permitirá al alma trasladarlo á donde quiera, con tanta facilidad como ligereza; finalmente la *sutilidad*, que hará este cuerpo enteramente sumiso al alma.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo undécimo del Símbolo?

R. Un gran temor al pecado mortal.

Oracion y propósito, pág. 338.

LECCION XXVII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE. — ARTÍCULO DUODÉCIMO DEL SÍMBOLO.

P. ¿Cuál es el artículo duodécimo del Símbolo?

R. Dice así: *Creo la vida perdurable.*

P. ¿Qué es *la vida perdurable?*

R. *La vida perdurable*, ó *el paraíso*, es la suprema felicidad, sin mezcla de ningun mal.

P. ¿Que hará la felicidad de los Santos?

R. Dios comunicándose á ellos con todos los bienes, de los cuales es el manantial infinito.

P. ¿Cuáles serán los bienes del cuerpo?

R. La satisfaccion de todos sus deseos legítimos con la inmortalidad, la impasibilidad, la agilidad, la sutilidad y la claridad.

P. ¿En qué consistirá la felicidad del alma?

R. En ver á Dios cara á cara, que será la recompensa de la fe, en poseerle, que será la recompensa de la esperanza, y en amarle y ser amado durante toda la eternidad, que será la recompensa de la caridad.

P. ¿En qué consistirá además?

R. En ver y amar la gloriosa humanidad de Nuestro Señor, la Vírgen santísima, los Ángeles, todos los Santos, y en ser de ellos amado.

P. ¿Qué producirá esta mútua caridad?

R. Aumentará la felicidad de todo lo que ame el alma, y la felicidad de todo lo que ella ame aumentará la suya.

P. ¿Habrá Santos que gocen de una gloria particular?

R. Sí, de una gloria que se llama *auréola*, y estos Santos son las Vírgenes, los Mártires y los Doctores.

P. ¿Por qué pusieron los Apóstoles la *vida perdurable* en el último artículo del Símbolo?

R. Para enseñarnos: 1.° que el cielo es el objeto de toda la doctrina de Nuestro Señor y de todas las obras de Dios: la creacion, la redencion y la santificacion; 2.° que es nuestro último fin, y debe ser el objeto de nuestros deseos.

P. ¿Qué significa la palabra *así sea?*

R. Creo todo lo que enseña el Símbolo.

P. ¿Basta creer interiormente para salvarse?

R. No, porque en varias circunstancias es preciso además hacer una profesion exterior de la fe.

P. ¿Qué sentimientos debe inspirarnos el artículo duodécimo del Símbolo?

R. Un gran valor para trabajar por nuestra salvacion.

Oracion y propósito, pág. 347.

LECCION XXVIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA. — ESPERANZA Y GRACIA.

P. ¿Basta creer para salvarse?

R. No basta, porque la fe no es mas que el primer medio de unirnos á Nuestro Señor; el segundo es esperar.

P. ¿Qué es esperanza?

R. Un don de Dios y una virtud sobrenatural por la cual esperamos con confianza por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo todos los bienes que Dios nos ha prometido.

P. ¿Es necesario esperar?

R. Sí, porque Dios nos lo exige so pena de condenacion eterna.

P. ¿En quién debemos esperar?

R. Únicamente en Dios; porque es el manantial de todos los bienes.

P. ¿Por qué debemos esperar?

R. Debemos esperar firmemente y sin vacilar, porque Dios es todopoderoso, bueno y fiel en sus promesas, y los méritos del Señor son infinitos.

P. ¿Qué debemos esperar?

R. Todo lo que Dios nos ha prometido, su gracia en este mundo y su gloria en el otro, es decir, la dicha de poseerle durante la eternidad, y todos los medios de conseguirlo.

P. ¿Cuáles son los pecados opuestos á la esperanza?

R. La presuncion y la desesperación. Se peca por presuncion, cuando uno se lisonjea de llegar al cielo sin tomar los medios necesarios, por ejemplo, sin observar fielmente todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia.

P. ¿Cuál es el segundo pecado opuesto á la esperanza?

R. La desesperacion. Se peca por desesperacion cuando se miran las faltas como demasiado enormes para alcanzar el perdon, las pasiones demasiado fuertes para reprimirlas, y finalmente cuando nos dejamos llevar por una excesiva inquietud por las cosas necesarias á la vida.

P. ¿Qué es gracia?

R. Un auxilio sobrenatural que Dios nos da gratuitamente, en vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, para hacer nuestra salvacion.

P. ¿Podemos lograr nuestra salvacion sin la gracia?

R. Sin ella no podemos salvarnos, ni tener fe, esperanza, caridad, ni aun un solo buen pensamiento meritorio para el cielo.

P. La gracia ¿nos salva por sí sola?

R. No puede salvarnos por sí sola, y es preciso que nos aprovechemos de ella obrando segun sus inspiraciones.

P. La gracia ¿destruye nuestra libertad?

R. No, antes bien la perfecciona, fortaleciéndola y volviéndola capaz de hacer el bien y de evitar el mal.

P. ¿Qué es la gracia santificante?

R. La que nos hace amigos de Dios y herederos del cielo. Distínguese la primera gracia santificante, que de pecadores nos hace justos, y la segunda, que de justos nos hace aun mas justos.

P. ¿Qué es la gracia actual?

R. Un auxilio pasajero que Dios nos da para hacer algun bien ó evitar algun mal.

P. ¿Podemos tener la gracia de nosotros mismos?

R. No, pero podemos siempre obtenerla de Dios, especialmente por medio de la oracion y de los Sacramentos.

Oracion y propósito, pág. 364.

LECCION XXIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.—PRIMER MEDIO DE ALCANZAR LA GRACIA, LA ORACION.

P. ¿Qué es oracion?

R. Una peticion hecha á Dios de cosas justas y decorosas, ó bien la elevacion del alma á Dios para rendirle nuestros homenajes, y exponerle nuestras necesidades.

P. ¿Por qué es necesario orar?

R. Porque estamos obligados por la virtud de la religion á rendir á Dios nuestros homenajes, y porque Nuestro Señor y la Iglesia nos prescriben la oracion.

P. ¿Cuándo se debe orar?

R. Debe orarse, so pena de pecado, de vez en cuando, y siempre que es necesario para conservarnos en la virtud; pero conviene orar por la mañana, al mediodía, por la tarde, antes y despues de la comida, y antes de nuestras principales acciones.

P. ¿Dónde se debe orar?

R. Se puede orar en todas partes, pero es preferible en un paraje apartado del ruido, y especialmente en la iglesia.

P. ¿Por quién debemos orar?

R. Por toda la Iglesia, por los vivos y los muertos, y tambien por los que están fuera de la Iglesia.

P. ¿Para qué es preciso orar?

R. Para alcanzar todo lo que nos es necesario, ya para el cuerpo, ya para el alma, con objeto de llegar á nuestro último fin, que es el cielo.

P. ¿Cómo debemos orar?

R. Con modestia, fe, humildad, confianza y perseverancia.

P. ¿Cuáles son los efectos de la oracion?

R. Son tres: el mérito, la satisfaccion y la impetracion, que se alcanzan siempre si la oracion se hace con la disposicion conveniente.

P. ¿Cuántas especies hay de oracion?

R. Dos, la oracion mental ó la meditacion, y la oracion vocal.

P. ¿En qué consiste la meditacion?

R. En reflexionar sobre una verdad de salvacion, para arreglar á ella nuestra conducta. La meditacion es necesaria, porque es imposible salvarse sin pensar en ello, y es muy fácil, porque basta amar para hacerla bien, en atencion á que se piensa fácilmente en lo que se ama.

P. ¿De qué se compone la meditacion?

R. De tres partes: la primera es la preparacion, que comprende un acto de fe en la presencia de Dios, y un acto de humildad y de contricion, seguido de una invocacion para pedir las luces del Espíritu Santo.

P. ¿Cuál es la segunda?

R. La segunda es la meditacion propiamente dicha, que consiste en considerar atentamente una verdad de la fe, un deber y una virtud, y en examinar lo que Nuestro Señor y los Santos nos han enseñado, y como ellos lo practicaron; despues de lo cual se compara con ellos, haciendo el propósito de reformarse, y de imitarles mas fielmente.

P. ¿Cuál es la tercera?

R. La conclusion, que se compone de un hacimiento de gracias y de ofrenda, y de una breve oracion para encomendar á Dios los propósitos que se han tomado, así como las necesidades de la Iglesia y de las almas del purgatorio.

P. ¿Qué es oracion vocal?

R. La que se hace pronunciando palabras: nos es necesaria como la oracion mental, y exige la misma disposicion.

P. ¿Cómo se divide la oracion vocal?

R. En pública y particular.

P. ¿Qué es oracion pública?

R. La que se hace por los ministros de la Iglesia en nombre de todo el pueblo fiel. El santo sacrificio de la misa y el oficio divino son las oraciones públicas mas excelentes [1].

P. ¿Qué es oracion particular?

R. La que hacemos particularmente, ó con otros, en nuestro nombre personal, por nosotros ó por nuestros hermanos.

P. ¿Qué se entiende por oraciones jaculatorias?

[1] Se hablará de esto en la parte IV del *Catecismo*.

R. Breves y fervientes oraciones que hasta pueden hacerse trabajando, y cuyo uso es muy recomendado por los Santos.

Oracion y propósito, pág. 386.

LECCION XXX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.—PRIMER MEDIO DE ALCANZAR LA GRACIA, LA ORACION.—ORACION DOMINICAL.

P. ¿Cuál es la mas excelente de todas las oraciones particulares?

R. El *Padre nuestro*, ú Oracion dominical, porque su autor es el mismo Jesucristo, y encierra todo lo que debemos pedir, y el órden con que lo debemos pedir.

P. ¿Por qué la hizo tan corta Nuestro Señor?

R. Para que podamos aprenderla fácilmente y recitarla con frecuencia.

P. ¿Cómo se divide el *Padre nuestro?*

R. En tres partes: la preparacion, que consiste en estas palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos;* el cuerpo de la oracion, que comprende siete peticiones, y la conclusion incluida en esta sola palabra: *Amen, así sea.*

P. ¿Por qué principiamos llamando á Dios *Padre nuestro?*

R. Para inspirarnos una gran confianza, y prepararle á escuchar favorablemente nuestra oracion.

P. ¿Por qué decimos *que estás en los cielos?*

R. Para advertirnos que el cielo es nuestra patria, y debe ser objeto de todas nuestras oraciones.

P. ¿Á qué se refieren las tres primeras peticiones del *Padre nuestro?*

R. Á la gloria de Dios y á nuestra dicha eterna.

P. ¿Y las cuatro últimas?

R. Á nuestras necesidades temporales.

P. ¿Cuál es la primera peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *Santificado sea el tu nombre;* con estas palabras pedimos que nuestro Padre sea conocido, amado y glorificado por

toda la tierra, es decir, que deseamos la conversion de los infieles, herejes y pecadores, y la perfeccion de los justos.

P. ¿Cuál es la segunda peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *Venga á nos el tu reino;* deseamos que venga la eternidad, para que Dios reine en toda la extension de su gloria sobre los buenos y los malos.

P. ¿Cuál es la tercera peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;* deseamos que todos los hombres tomen los mandamientos de Dios por regla de su conducta, y que los cumplan pronta, pura y exactamente como los Ángeles y los Santos que están en el cielo.

P. ¿Cuál es la cuarta peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.* Decimos *dánosle* para demostrar que nada tenemos de nosotros mismos y que todo lo esperamos de Dios; *hoy,* porque cada dia tenemos necesidad de que Dios nos dé, y no nos pertenece el dia de mañana.

P. ¿Qué pan pedimos?

R. El pan del alma, es decir, la santa Eucaristía y la palabra de Dios, y el pan del cuerpo, es decir, todo lo que es necesario á nuestra vida, como el alimento y el vestido. Decimos *de cada dia* para indicar que pedimos un alimento sencillo, y nos enseña á no desconfiar de la Providencia.

P. ¿Cuál es la quinta peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores:* hacemos esta oracion para pedir la caridad hácia el prójimo, y recordarnos que Dios no nos perdonará si no perdonamos á nuestros hermanos de todo corazon.

P. ¿Cuál es la sexta peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *No nos dejes caer en la tentacion.* Con estas palabras pedimos que nos aleje de las grandes tentaciones, y la gracia de resistir á las ordinarias.

P. ¿Qué debe hacerse para evitar las tentaciones?

R. Evitar las ocasiones, y para resistirlas orar y pensar en la pasion de Nuestro Señor y en nuestras postrimerías.

P. ¿Cuál es la séptima peticion del *Padre nuestro?*

R. La que dice: *Mas líbranos de mal:* deseamos ser libertados de todo lo que Dios sabe que es un mal para nosotros, y particularmente del pecado.

P. ¿Cómo deseamos ser libertados del mal?

R. Deseamos ser libertados del pecado de un modo absoluto, y de los males temporales en cuanto pueda esto ser útil á nuestra salvacion.

P. ¿Qué significa la palabra *Amen*, que es la conclusion del *Padre nuestro*?

R. Significa: Deseo que se me conceda lo que he pedido.

Oracion y propósito, pág. 412 y 413.

LECCION XXXI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA. — SALUTACION ANGÉLICA.

P. ¿Cuál es la mas hermosa oracion particular despues del *Padre nuestro*?

R. El *Ave María* ó la Salutacion angélica, porque el mismo Espíritu Santo nos la enseñó por boca del arcángel Gabriel, de santa Isabel y de la Iglesia.

P. ¿Por qué la recitamos despues del *Padre nuestro*?

R. Para alcanzar por la intercesion de María, nuestra Madre, lo que hemos pedido á Dios, nuestro Padre.

P. ¿Cómo se divide la Salutacion angélica?

R. En tres partes: la primera, que comprende las palabras del Ángel; la segunda, las palabras de santa Isabel, y la tercera, las de la Iglesia.

P. ¿Cuáles son las palabras del Ángel á María?

R. Dicen así: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres.*

P. ¿Qué denotan las palabras: *Dios te salve*?

R. El profundo respeto del Ángel hácia María, y nos enseñan á que la respetemos nosotros y le hablemos con confianza.

P. ¿Qué quiere decir el nombre de *María*?

R. Quiere decir *luz*, porque la Vírgen santísima es la madre de Nuestro Señor, que es la luz del mundo, y quiere decir tambien *señora* y *soberana*, porque es la reina del cielo y de la tierra.

P. ¿Qué significan las palabras: *Llena eres de gracia?*

R. Que María ha recibido mas gracias que todos los hombres y los Ángeles juntos.

P. ¿Qué nos enseñan las palabras: *El Señor es contigo?*

R. Que la santísima Trinidad ha estado siempre con la Vírgen santísima para preservarla de todo pecado, y elevarla al mas alto grado de virtud y de gloria.

P. ¿Por qué dijo el Ángel á María: *Bendita tú eres entre todas las mujeres?*

R. Porque ella sola es madre de Dios, siempre vírgen, y madre por adopcion de todos los hombres.

P. ¿Cuáles son las palabras de santa Isabel?

R. Las que dicen: *Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús;* las decimos para glorificar á la Vírgen santísima en su Hijo, porque la gloria del Hijo redunda en la de la Madre.

P. ¿Cuáles son las palabras de la Iglesia?

R. Las que dicen: *Santa María, Madre de Dios,* etc.; y con ellas glorificamos á la Vírgen santísima recordándole su santidad, su dicha y su nacimiento.

P. ¿Por qué añadimos: *Ruega por nosotros pecadores?*

R. Para excitar su compasion representándole nuestra miseria.

P. ¿Por qué decimos: *Ahora y en la hora de nuestra muerte?*

R. Porque no hay para nosotros un solo instante sin necesidad ni peligro, y porque el demonio redobla en nuestros últimos momentos sus esfuerzos para perdernos.

Oracion y propósito, pág. 427.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO.

PARTE SEGUNDA.

LECCION I.

ESTADO DEL MUNDO CUANDO VINO EL MESÍAS.

LECCION II.

NACIMIENTO DEL MESÍAS.

LECCION III.

VIDA OCULTA DEL MESÍAS.

LECCION IV.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—PRIMER AÑO.

LECCION V.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS—PRIMER AÑO.

LECCION VI.

VIDA PÚBLICA DEL MESÍAS.—AÑO PRIMERO.

LECCION XIII.

PASION DEL MESÍAS.

LECCION XIV.

SEPULTURA Y RESURRECCION DEL MESÍAS.

LECCION XV.

VIDA GLORIOSA DEL MESÍAS.

LECCION XVI.

EL MESÍAS REPARADOR DEL MUNDO.

LECCION XVII.

EL MESÍAS, NUEVO ADAN.

LECCION XVIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE. — DEL PURGATORIO.

LECCION XXI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.



LECCION XXIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXIV.

DE NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXV.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXVI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXVII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA FE.

LECCION XXVIII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

LECCION XXIX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

LECCION XXX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

LECCION XXXI.

DE NUESTRA UNION CON EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.



Conforme estaba anunciado, repartimos este mes á los señores suscriptores el tomo 3.° del CATECISMO DE PERSEVERANCIA, debido á la eminente pluma del abate Gaume. El tomo 4.° se publicará en el próximo agosto, y sucesivamente los cuatro restantes en los cuatro meses que restarán del corriente año. — Constará de 8 volúmenes en 8.° mayor, y su precio será el de 6 y medio rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

En el próximo mes de julio repartirémos á los señores suscriptores el tomo 3.° y último de la tan amena cuanto religiosa novela VIRGINIA Ó LA DONCELLA CRISTIANA. — Constará de 3 volúmenes en 8.°, y su precio será el de 12 rs. en rústica y 18 en pasta.

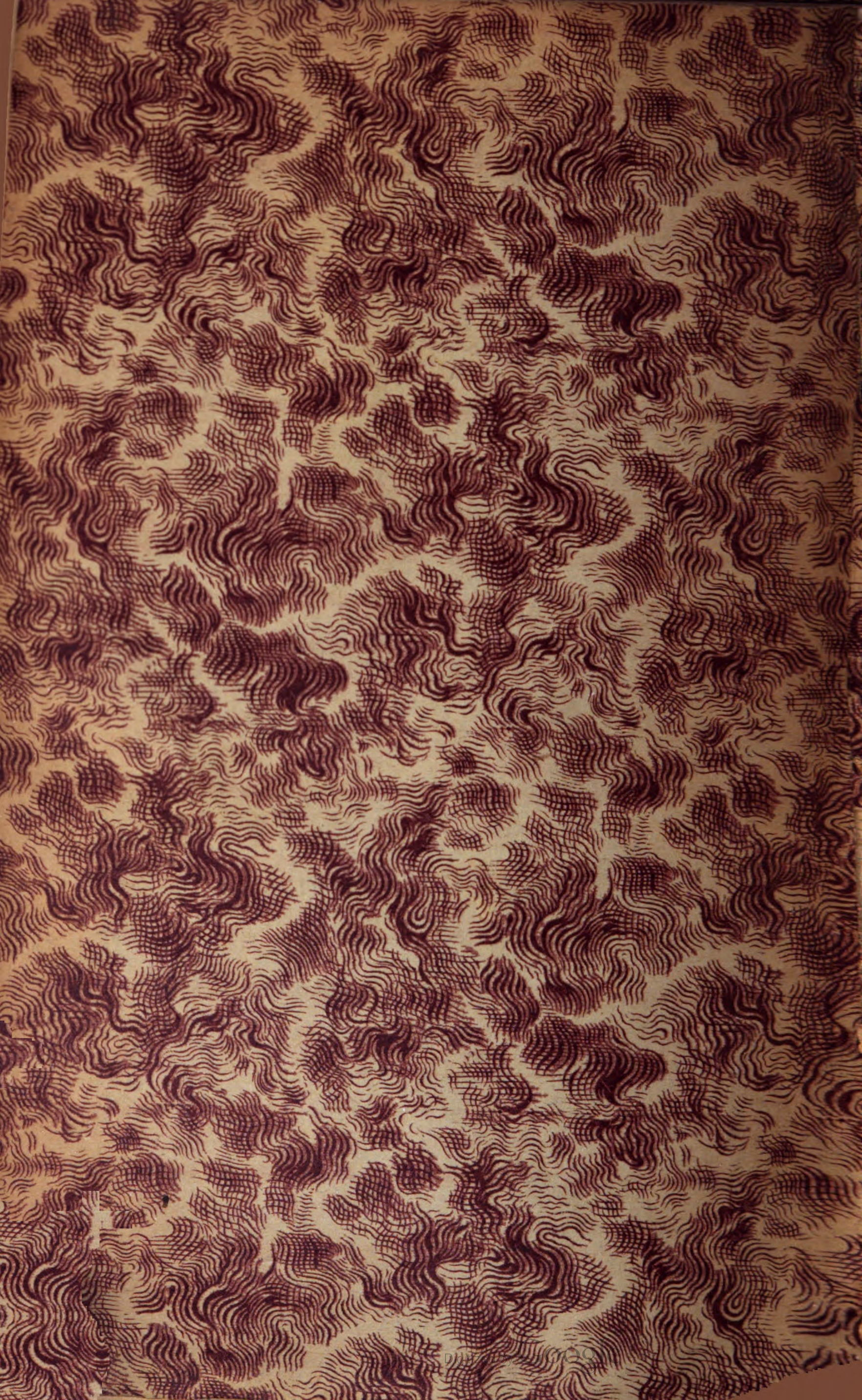
Está pronto á darse á la encuadernacion el tomo 4.° de LA SANTA BIBLIA *(segunda edicion)*. Toda la obra constará de 6 volúmenes en 4.° mayor con 32 magníficas láminas grabadas sobre acero y 9 mapas iluminados, al precio de 26 rs. cada uno en rústica y 35 en piel de color y relieve.

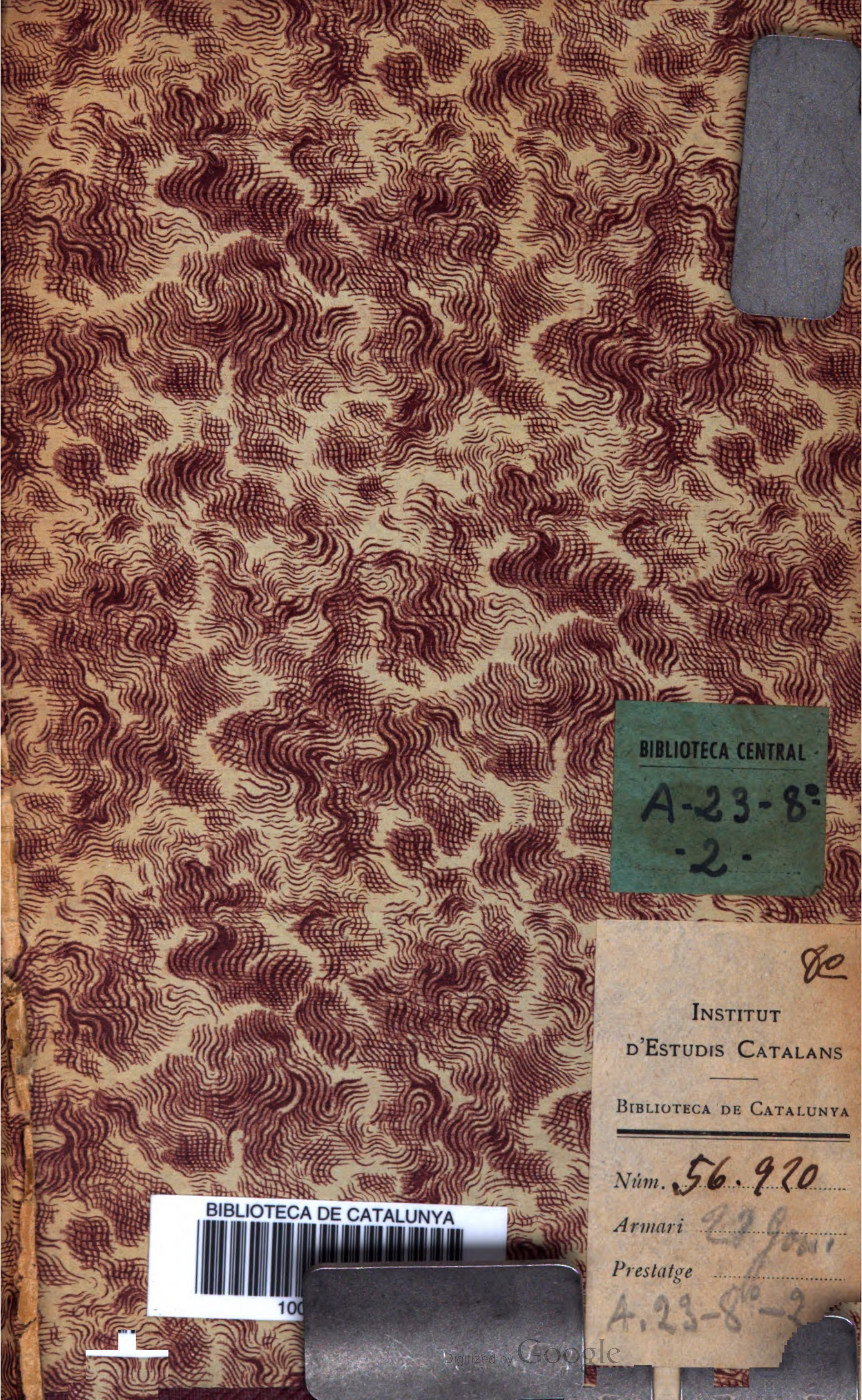
MANUAL DE LOS CONFESORES, compuesto 1.° del Sacerdote santificado por la administracion caritativa y discreta del sacramento de Penitencia; 2.° de la Práctica de los confesores, de san Ligorio; 3.° de los Avisos á los confesores y del Tratado de la confesion general del beato Leonardo de Puerto-Mauricio; 4.° de las Instrucciones de san Cárlos á los confesores; 5.° de los Avisos de san Francisco de Sales á los confesores; 6.° de los Consejos de san Felipe Neri; 7.° de los Avisos de san Francisco Javier á los confesores; por el abate J. Gaume, Vicario general de Nevers. Traducido de la sexta edicion francesa. — Consta de un grueso volúmen en 4.°, y se halla de venta á 10 rs. en rústica y 14 en pasta.

Como tenemos indicado, los señores encargados de la LIBRERÍA RELIGIOSA recibirán este mes algunos ejemplares de un opusculito titulado: LA ÉPOCA PRESENTE *considerada como probablemente la última del mundo, segun los datos que sobre esta nos suministran las santas Escrituras, los santos Padres, y expositores de aquellas*, que se servirán regalar á los señores suscriptores y demás personas que se interesan por el bien y prosperidad de tan santa Empresa, á fin de que unos y otros lo pongan en manos de los que crean convenirles. El otro de los dos que dijimos el mes anterior se estaba preparando, y cuyo título es: EL FERROCARRIL, *ó sean medios para conseguir la felicidad, y evitar la infelicidad ó desgracia*, creemos poderlo remitir en el mes próximo, dedicándolo tambien la misma Empresa á igual objeto que el anterior.

Sigue abierta la suscripcion á las obras pendientes y venta de todas las ya publicadas en los mismos puntos, y en poder de los señores encargados nombrados al efecto.






BIBLIOTECA CENTRAL
A-23-8º
-2-
8º
INSTITUT
D'ESTUDIS CATALANS
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
Núm. 56.920
Armari
Prestatge
A.23-8º-2
BIBLIOTECA DE CATALUNYA
Digitized by Google

